

M E M O R I A S



Presidente de la República de Chile
GABRIEL GONZALEZ VIDELA
(1946-1952)

G A B R I E L
G O N Z A L E Z
V I D E L A

MEMORIAS



GABRIELA MISTRAL

44.407

EDITORIA NACIONAL GABRIELA MISTRAL, LTDA.
Avda. Santa María 076. Casilla 69-D. Cables Mistral.
Santiago de Chile.

Primera edición 1975 en esta editorial.
1.º al 3er. millar.

DOS PALABRAS

Para poder juzgar con rectitud los aciertos y errores de un Gobernante, como sería mi caso, es necesario ponderar, con una visión de conjunto, el mayor número de antecedentes geográficos, raciales, éticos, psicológicos y educacionales que influyeron en él, como asimismo el medio social y familiar que modeló su juventud. Además, no sólo se deben recordar las acciones positivas, sino también las actuaciones negativas o equivocadas, considerando las limitaciones de todo Jefe de Estado que vive el permanente drama entre la teoría y la realidad, entre lo ideal y lo posible.

Con el propósito de cooperar a este juicio de la Historia, he comenzado, hoy jueves 2 de noviembre de 1972, a redactar estas Memorias. Tengo a la fecha setenta y cuatro años de edad, y han pasado exactamente veinte años desde que dejé el Gobierno.

El comunismo internacional nuevamente se ha adueñado de mi Patria y tiene a mi país al borde de la guerra civil. Escribo en el momento culminante en que los chilenos, cansados de tanta persecución, despojo y despotismo, se rebelan decididos en un paro nacional sin precedentes.

Han transcurrido casi tres años desde que comencé a escribir estas Memorias, que en esta fecha, 17 de agosto de 1975, doy término.

En este lapso se han producido acontecimientos de gran trascendencia histórica para el futuro de Chile:

El Gobierno marxista del Presidente Allende fue derrocado merced a la patriótica intervención de las Fuerzas Armadas, como se relata en estas páginas.

Primera Parte

LOS AÑOS JOVENES

Capítulo I

MI NIÑEZ

El hombre que no ha tenido horas de niño, tiene derecho para creerse desgraciado.

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

Voy a empezar por narrar mi vida familiar y provinciana para indicar de dónde vengo y quién soy.

Nacido en las postrimerías del siglo XIX (1898), mi niñez y juventud las viví en la cuatro veces centenaria ciudad de La Serena, fundada por Juan Bohón, en 1544, por orden de don Pedro de Valdivia, apenas tres años después de la fundación de Santiago.(1)

Mi padre, Gabriel González Castillo, modesto pero acreditado comerciante, dedicaba a la atención de su negocio de doce a catorce horas diarias; los sábados y domingos los aprovechaba también para vigilar la explotación de una pequeña mina de plata que se trabajaba "al pirquén", (2) ubicada en el mineral de Condoriaco, muy cerca de la ciudad.

Mi madre, Teresa Videla Zepeda, casó muy joven con mi padre, quien le llevaba una diferencia de más de veinticinco años.

Los hijos, que fueron naciendo cada año, hasta completar dieciocho, de los cuales yo soy el mayor, no minaron su salud ni encanto, pero la vida le impuso la dura e infatigable tarea de criar y vestir, educar y darle formación moral a tan numerosa prole.

Nuestro hogar era una modesta casona de tejas, rodeada de tres grandes patios y un huerto donde los chirimoyos, papayas y lúcumas hacían las delicias de todos nosotros con sus exquisitos frutos tropicales.

El salón daba al primer patio, alhajado con muebles de caoba de recargado estilo, que rivalizaban con ciertos cuadros de pintura al relieve y otros adornos, todo muy de moda en aquella época.

(1) No hay una fecha exacta que indique la fundación de La Serena; pero los historiadores coinciden en indicar el año anotado en el texto.

(2) Pirquén: mina que es trabajada sin técnica y con escasos recursos por uno o dos mineros llamados "pirquineros".

Por su total consagración al trabajo, mis padres no mantenían relaciones sociales y mi madre utilizaba dicho salón como costurero, ya que pasaba el día remendando y cosiendo "la ropa de los niños".

Al segundo patio daba el comedor, que tenía una larga mesa donde el almuerzo y la comida eran servidos en grandes soperas, utilizando mi madre el tradicional cucharón.

Seis dormitorios, con varias camas cada uno, estaban distribuidos en los tres patios.

La sala de baño, principal instalación de las viviendas de hoy día, no era conocida en las casas de los pobres, ni siquiera en las mansiones de los ricos.

La razón era simple: a principios del siglo XX, La Serena carecía de alcantarillado, y para los servicios higiénicos de sus habitantes corrían acequias a tajo abierto que atravesaban el interior de las propiedades.

El baño consistía en un aparato redondo de latón, que se llenaba con agua que era transportada en baldes. Esta se calentaba en un fogón de leña sobre una sólida parrilla de hierro. No se conocía la ducha ni el *califont*. Por todo esto era una complicada tarea cuidar el aseo personal de la familia, y se debía recurrir a un estricto turno semanal.

En el verano no había problema, pues para eso estaba el delicioso mar a pocas cuadras de la ciudad, a donde íbamos diariamente.

Gracias al clima templado, de 18 a 19 grados, de que gozaba La Serena en el invierno, no era desagradable sumergirse en el baño de latón preparado con agua fría de la llave. Pero ya tomáramos baños calientes o fríos, la costumbre tradicional era hacerlo cubierto con un viejo y desteñido delantal. Ninguno de nosotros se atrevió jamás a desafiar tan exagerado hábito, impuesto por la pulcritud de mi madre y del ambiente. El desnudo estaba condenado como pecado de lujuria o como una ofensa contra la castidad.

Después del almuerzo, toda la familia, siguiendo la costumbre de los días de la Colonia, aletargados por el sopor que impone el clima tropical, se entregaba al placer de "hacer la siesta", sana y grata costumbre que ha sido desterrada por la agitación y nerviosismo que trajo la "civilización" del nuevo siglo.

Caída la tarde, en la hora del ángelus, mi madre nos sometía a los

hijos, grandes y pequeños, al suplicio de rezar el rosario con su final de interminables letanías:

Kyrie eleison - Christe eleison
Kyrie eleison - Christe eleison
Kyrie eleison - Christe audi nos
Christe exaudi nos.

En este ambiente provinciano y de auténtico sabor a clase media, se desarrolló mi niñez, guiada por un padre severo, infatigable en el trabajo, honorable y acérrimo "radical" y librepensador; y bajo la influencia de una madre joven, de dulce rostro y arraigados sentimientos religiosos.

Madre excepcional por su intuición y perseverancia, alentaba para mí, un modesto niño de provincia, el secreto sueño de verme alcanzar algún día la más inimaginable y lejana meta humana del poder y la fama: regir los destinos de la República.

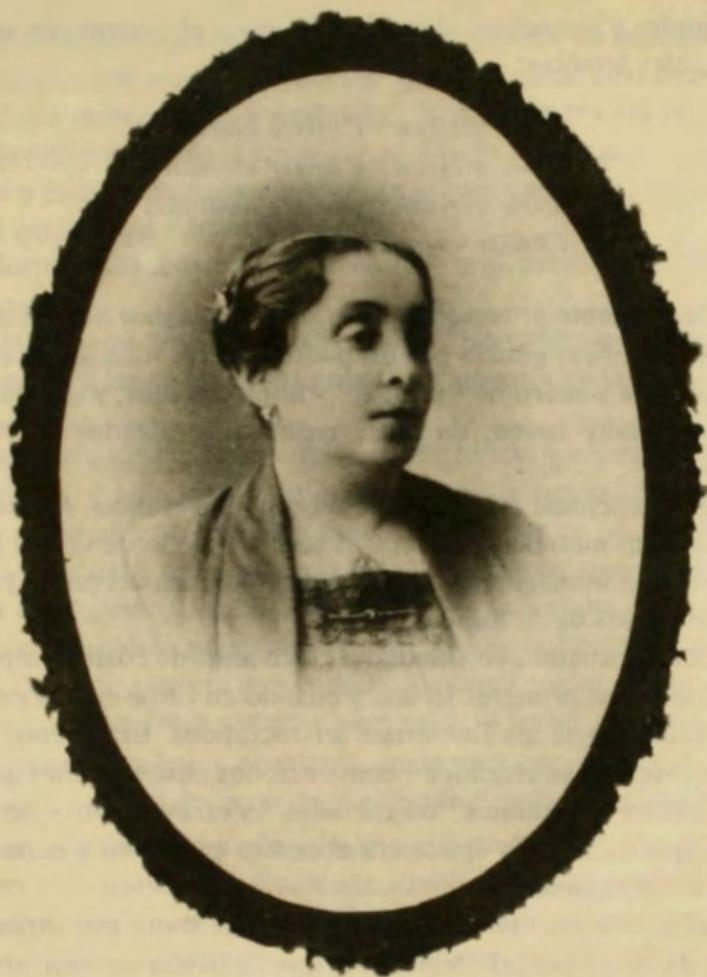
Esto ocurría cuando yo sólo tenía cinco años de edad y empezaba el aprendizaje de las primeras letras, y cuando en Chile estaba en todo su apogeo el reinado de los Gobiernos aristocráticos. Era la época en que los Presidentes no se elegían en convenciones abiertas, sino que se los designaba entre las familias "de apellidos" y en los salones del Club de la Unión, que en aquella época era el centro exclusivo y cerrado de la oligarquía santiaguina.

Mi madre, con no indisoluble preferencia sobre mis otros hermanos, hizo de mí un ser privilegiado, al que dedicaba no sólo su ternura, sino también su preocupación por el desarrollo de mi mente y personalidad.

Apenas cumplí los cuatro años de edad, me entregó en manos de doña Juanita Hidalgo para que aprendiera las primeras letras.

Doña Juanita tenía un colegio de niños y niñas a quienes enseñaba el silabario, aunque carecía, sin embargo, de la más mínima cultura pedagógica.

En cambio, disponía de un chicote de cuatro ramas como sistema para el aprendizaje de sus tiernos alumnos. Era la época de "la letra con sangre entra".



Mi madre, señora Teresa Videla de González.

Aunque nunca llegó a los extremos de usarlo, muchas veces, no obstante, recibimos las "caricias" de su inflexible mano.

Mi madre compensaba la falta de pedagogía de doña Juanita estimulando mis gustos, interesándome por el estudio y por el desarrollo físico. Trataba ella de atenuar mi carácter agresivo, pero yo daba rienda suelta al placer que me producía jugar en patota con los niños del barrio y encabezar sus jugarretas.

Cuando a los cinco años aprendí a leer y a escribir, ella aprovechó la bien cortada pluma del eminente Presbítero, Canónigo Capitular de la Catedral de La Serena, don Daniel Frictis, padrino mío de bautizo, para que me hiciera cortos discursos que yo debía aprender de memoria y pronunciarlos en los cumpleaños y santos de mi padre o de ella. Nunca olvidaré cuánto interés tomaba mi madre para que el discurso fuera pronunciado no sólo correctamente, sino dándoles emoción a las palabras. Cuando yo le reclamaba el tiempo excesivo que me hacía perder en estos ensayos, ella insistía diciéndome: "Mi hijito, usted tiene que aprender desde chico a conmover a las multitudes".

Los aniversarios familiares iban acompañados de un desfile de tortas de diversos tamaños y clases. Eran famosas las llamadas "mil hojas", las de bizcochuelo con lúcuma y manjar, las catalanas y las de chocolate y merengue. La Serena, hasta hoy, es famosa por la producción casera de dulces, tortas y pasteles.

Junto a la vigilancia esmerada de mi educación, mi madre, en desacuerdo con las convicciones de mi padre, pero con admirable tino, me llevaba con ella a la iglesia del Corazón de Jesús, vecina a nuestra casa, en la calle Colón. Recuerdo que después de participar en las festividades del mes de María y de cantar "Venid y vamos todos...", me escabullía con otros muchachos vecinos hacia la puerta principal de la iglesia, donde salían en apretadas filas las piadosas feligresas, envueltas en el tradicional manto negro que les ocultaba casi todo el rostro. Era ése el momento en que nosotros, a hurtadillas, les prendíamos los mantos con alfileres de gancho, provocando entre ellas tirones, acaloradas discusiones y serios enojos. Nosotros, desde la distancia, sin medir las consecuencias de esas "cosas de niños", disfrutábamos impunemente de nuestra picardía.

Cierto día la severidad de doña Juanita me indujo a urdir una estratagemata para no asistir al colegio durante algunos días, hostigado como estaba con la amenaza del chicote de cuatro ramas...

Me fingí enfermo del mismo mal que sufrí a los dos años de edad y que me tuvo a las puertas de la muerte.

Dejó de funcionar un riñón y se paralizó la evacuación de la orina. Mi madre, ante la posibilidad de que la enfermedad volviera a repetirse, se puso pálida de susto, me echó inmediatamente a la cama y llamó al

doctor don Julio Espinoza, el mismo que tiempo antes me salvara la vida. El médico, después de examinarme y comprobar que no tenía fiebre, me dejó en cama, en observación, con estrictas instrucciones de vigilar al enfermo.

Muy pronto me sentí perdido, cuando la vejiga colmó su capacidad de contención. En un descuido de mi madre, se me ocurrió abrir un pequeño orificio en la esquina de la pared de adobe, revestida de un cálido y florido papel, rincón del dormitorio donde estaba estratégicamente ubicado mi catre.

Allí, en el mayor secreto, dejaba escurrir mis contenidas micciones.

Mientras tanto, reposando en cama, llevaba una vida regalada, rodeado de mimos y colmado de juguetes y regalías.

Pero mi padre, hombre realista, no se había dejado dominar por el pánico de la enfermedad, porque me veía rozagante y de muy buen ánimo, y, por el contrario, entró en sospechas de que podría estar empleando el colchón de la cama como resumidero de mi vejiga.

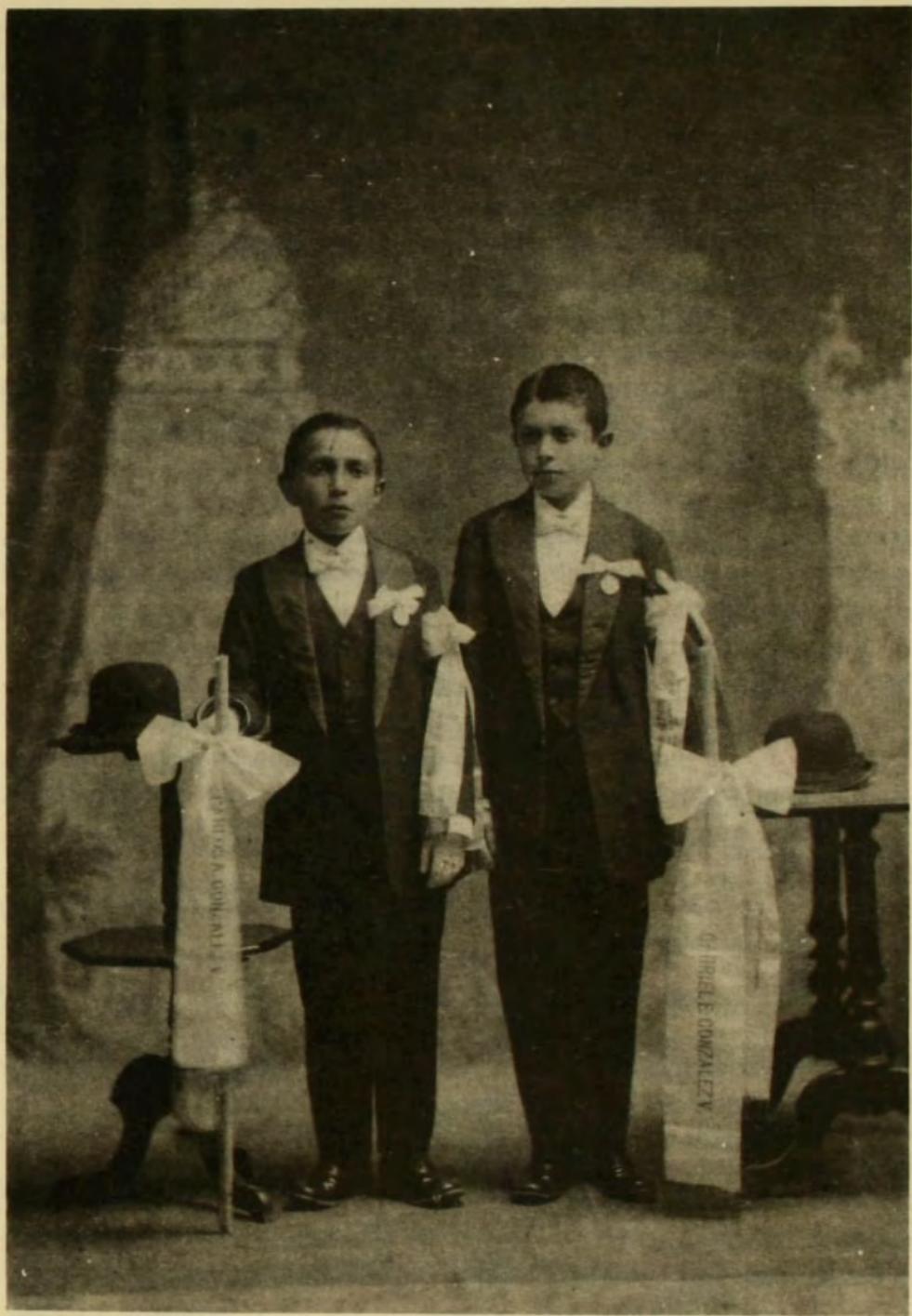
Y en una de las investigaciones que hizo, me levantó las frazadas intempestivamente, examinó la cama, pero no encontró huellas; al acercarse a la pared percibió un pronunciado olorcillo, ¡claro!, a orín retenido. Levantó la vista y descubrió, recién humedecido, el orificio que durante dos días me había servido de urinario.

No dijo nada, mas allí mismo, con la camisa de dormir levantada, me aplicó la clásica "frisca" empleada en esos tiempos como correctivo máximo en casos tan calificados como éste.

Mi madre acudió presurosa en mi auxilio para rescatarme de mi enardecido pero justiciero progenitor.

En aquellos lejanos años, mi madre obtuvo de los "curas españoles" que me prepararan para la Primera Comunión, que se llevaría a efecto el 8 de diciembre, como es costumbre, término del mes de María y fiesta de la Inmaculada Concepción.

Fue una gran fiesta, más pagana que religiosa. Se me vistió de smoking, y en vez del *cannotier*, de moda en aquella época, me encajaron un "tongo", además de una larga cinta de seda blanca en el brazo derecho. Naturalmente, recibimos numerosos regalos y profusión de tarjetas de recuerdo con hermosas y elegantes reproducciones de temas bíblicos. Yo repartí más de cien de estas cartulinas, que llevaban im-



En tenida de Primera Comuni3n, con Carlos, mi hermano.

preso mi nombre y la fecha del acontecimiento: 8 de diciembre de 1908; al mismo tiempo recibí otras tantas de mis amigos y vecinos.

Mi padre observaba todo esto con mirada tolerante, y en el fondo gozaba viendo cómo mi madre, satisfecha y feliz, iba conduciendo a su primogénito por lo que ella creía era el camino del cielo. Años más tarde debió producirle a ella una desilusión muy grande, talvez dolorosa, cuando decidí romper con aquellos incultos y sectarios "curas españoles" del convento, con la consiguiente pérdida de mi fe.

Pero el reparto y distribución de los "santitos", como se llamaba a las imágenes policromadas impresas en cartulina, fueron la causa de una discusión con mi hermano Carlos, que degeneró en un intercambio de puñetes y palabrotas de grueso calibre. Mi hermano me colocó tal certera bofetada en la nariz, que la hizo sangrar.

A los gritos acudió mi madre, y vio a sus dos hijos, vestidos desde temprano con flamante smoking, ensangrentados y descompuestos, mientras los tongos, que habían volado por el aire durante el pugilato, se encontraban abollados en medio del polvo del patio.

Vino en su ayuda una prima que hacía el noviciado para monja, y que hoy, con el nombre de Sor María Josefina, es Superiora de la Congregación de la Preciosa Sangre de Santiago. Con santa indignación nos reprendió y, sin vacilar, nos acusó de haber caído en pecado mortal, quedando privados de recibir la comunión. Mas de inmediato acudió el Padre Lino, quien a su ruego nos "reconcilió", dándonos una nueva absolución.

Así se hizo; pero mi madre no se cansaba de llorar ¡por estos hijos tan herejes que le había dado Dios!

La calle Colón

Mi familia vivía en la calle Colón, muy cerca de donde mi padre tenía la bodega de frutos del país y el almacén para la venta al detalle.

En el frontis del negocio se leía un rótulo:

GABRIEL GONZÁLEZ C.
Frutos del País
Al por Mayor y Menor

Las calles Colón y Cienfuegos, que hacían esquina, pasaban casi siempre llenas de “tropillas” de mulas y burros, cargados con mercaderías y provisiones que mi padre vendía para abastecer las diferentes minas de la zona; otras veces, una fila de carretas de dos grandes ruedas, tiradas por tres y hasta cuatro caballos, descargaban las mercaderías que mi padre transportaba de Valparaíso y Santiago, por vía marítima, utilizando el puerto de Coquimbo. Por falta de caminos, las carretas hacían el viaje por la playa, aprovechando la baja marea, lo que representaba un constante riesgo de quedar empantanados y ser dañada la carga por el agua del mar.

Cuando éramos aún muy niños, a mí y a mis hermanos nos gustaba ir a ayudar a mi padre en su negocio, pero éste sacó muy mala experiencia de nuestra cooperación, porque además de vaciar los tarros de pastillas y galletas, pasábamos saltando por las elevadas rumas de sacos de harina, maíz, porotos y otros granos, ensuciándonos y dando un pésimo ejemplo al personal de empleados y bodegueros. A raíz de esto, mi padre cortó en seco la ayuda “tan desinteresada” de nuestra parte.

Más tarde, cuando ya cursaba humanidades y los negocios de mi padre habían prosperado, se vio obligado a pedirme que lo ayudara en las noches en la contabilidad y especialmente en la confección de las facturas para la clientela.

A pesar de mi interés por servir con toda responsabilidad el cargo de ayudante, me encontré en duros aprietos para conciliar el empleo de los pesos y medidas que regían en el comercio desde el siglo pasado, siguiendo la costumbre inglesa —libras, arrobas, pulgadas y yardas—, con el sistema métrico que se enseñaba en el liceo.

Me resultaba inevitable, al hacer las conversiones en las facturas, incurrir en errores garrafales, y lo que es peor, generalmente en contra de los intereses de mi padre.

Convencido mi progenitor que no podía llevar su negocio sin un verdadero “tenedor de libros”, como se llamaba en esa época a los contadores, me reemplazó por uno de ellos, pero agradeciendo mi buena voluntad: ¡lo único que había aportado! ¡No volví nunca más a meter mano en la contienda entre el imperialismo inglés y nuestro sistema de pesos y medidas!

El barrio en que vivía se caracterizaba también porque en él la explosión demográfica había sentado sus reales.

Efectivamente, sólo entre cuatro familias, todas vecinas y contemporáneas, había 65 hijos. La nuestra aportaba 18; la de Toro Gertosio, 12; la de González Torrejón, 10, y la familia Pinto Durán, 25.

Es de imaginar la alborotada, alegre y bulliciosa vida de esta turba de niños, jóvenes y adultos, que eran los dueños y señores de la calle.

Era difícil encontrar algún vidrio de nuestras casas que no hubiera sido acariciado por la pelota, el báculo, el puño o los puntapiés.

Sin embargo, la calle, y sólo la calle, era la única salvación que tenían las pobres madres para sacar del interior de sus hogares a estas verdaderas hordas juveniles que todo lo arrollaban. Los peligros del tránsito no se conocían en aquel entonces, porque éste estaba reducido a las tropillas de mulas y asnos, a las carretas y a las viejas "victorias" tiradas por dos caballos.

¡Los buses, autos y camiones aún no llegaban a la ciudad como instrumentos de muerte!

El niño prodigio

Entre mis compañeros de la niñez, de quien conservo un nítido recuerdo es del "niño prodigio", como se apodaba a Ricardo Latcham, que a los nueve años de edad tenía una madurez intelectual y una sabiduría que asombraban a maestros y condiscípulos.

Rubio, de elevada estatura, gordiflón y consentido, era negado para los juegos infantiles y los deportes, a los cuales siempre se sustraía.

Nuestra amistad se remontaba a la vinculación del compadrazgo que habían contraído nuestros padres hacía muchos años y al que a principios del siglo se le daba la importancia de un parentesco. Con este motivo, sus padres, don Ricardo Latcham, ciudadano británico y profesor de inglés en el Liceo de La Serena, y Sarita frecuentaban nuestra casa, especialmente esta última, que cultivaba estrecha amistad con mi madre desde que eran niñas. Por supuesto, Ricardo los acompañaba siempre.

Pero al "niño prodigio" no le gustaban nuestros juegos en patota, ni las jugarretas con el empleo de la fuerza. No sabía dar un empujón, menos echar una zancadilla.

Siempre recordábamos, ya hombres, su triste experiencia cuando, tentado por la apetitosa fruta que colgaba de los árboles del huerto de nuestra casa, nos instó a mis hermanos y a mí para que saltáramos la reja que mi padre mantenía cerrada con llave para evitar el consumo inmaduro de las chirimoyas, papayas, nísperos y duraznos, en defensa de nuestra salud.

Ante su desafío, todos nos lanzamos a escalar la reja de madera de dos metros de alto que terminaba en punta en busca de la fruta prohibida.

Con algunas dificultades logramos salvar el puntiagudo cerco, menos el desvalido Ricardo, quien, carente de entrenamiento, con sus músculos flácidos y con muchos kilos de exceso, quedó enredado en sus puntas, rasgándose el pantalón.

A sus gritos para que lo sacaran de tan desagradable y peligrosa postura, montado en la reja, acudieron nuestras madres, quienes con la ayuda de una escalera lograron bajarlo.

Sarita, su bondadosa madre, le decía a la mía, viendo a su hijo con el pantalón roto y las blancas carnes al aire: "¿Habrás paciencia, comadrita...?"

Después de este percance, Ricardo prefirió convidarnos a su casa para recrearse con su juego favorito: sus soldaditos de plomo, que don Ricardo le hacía traer de Londres. Los tenía de todas las nacionalidades: británicos, franceses, rusos, austríacos, y con ellos reproducía las batallas napoleónicas con estricta sujeción a la historia, que dominaba totalmente.

En verdad, era sencillamente sorprendente y hasta ofensiva la cultura general de que hacía ostentación este "fenómeno del saber".

Por eso tuvo que abandonar la escuela, pues la superioridad de conocimientos, unida a su jactancia, hacían que fuera un alumno insostenible para sus profesores, humillados por las constantes rectificaciones de fechas, nombres y lugares.

Así se explica que sus estudios humanísticos los hiciera con lecciones y cursos privados en su casa en Santiago, donde don Ricardo, poco tiempo después, fuera trasladado con su familia.

Mis padres los despidieron con una comida, durante la cual don Ricardo comprometió a los míos para que lo visitaran en el mes de

septiembre, fecha en que se celebraría solemnemente el centenario de nuestra Independencia.

Mi madre convenció a mi padre para que realizara este viaje, pues junto con proporcionarle unos días de descanso se aprovecharía para llevarme a conocer la capital, previamente preparado para seguir mi entrenamiento oratorio con dos poesías y discursos alusivos a las Fiestas Patrias.

Yo estaba radiante de felicidad con la idea de conocer la capital y contaba los días que faltaban para iniciar el ansiado viaje.

Por fin, el 15 de septiembre de 1910, nos embarcamos en el puerto de Coquimbo, en el vapor *Victoria*, rumbo a Valparaíso.

A bordo mi padre encontró a varios amigos y conocidos, que impuestos por él de mis condiciones de orador que me suponía, me obligaron, en el salón de recepción del barco, a recitar poesías relacionadas con el "Sol de septiembre" y los Padres de la Patria.

Los pasajeros me aplaudieron al principio, pero a la tercera o cuarta intervención sólo se sentían los aplausos de mi padre y de sus amigos.

Felizmente, este desesperante suplicio me fue suspendido por obra del mal tiempo, que agitó el mar, causándonos un fulminante mareo que nos tumbó en nuestros camarotes.

Al día siguiente, el barco fondeó temprano en Valparaíso con un bello sol primaveral.

Al salir a cubierta quedé cautivado con la belleza panorámica del Puerto, con sus cerros dominados por el verdor de una abundante vegetación que se confundía con las tranquilas y azules aguas del mar.

Al bajar a tierra, mi sorpresa fue grande cuando vi los carros urbanos, que corrían por los rieles, sin caballos y sin que nadie los arrastrara.

Mi curiosidad obligó a mi padre a que subiéramos en uno de ellos, y aunque él quería hacerme comprender cuál era la fuerza que los movía, a mí me interesaba más recoger del piso los boletos usados, para llevarlos a La Serena y mostrarlos a mis compañeros como prueba de que efectivamente había viajado en estos extraños vehículos. El valor del pasaje era de dos cobres (dos centavos), y los boletos los entregaba una cobradora de delantal blanco y sombrero de hule negro.

Al día siguiente tomamos el tren para Santiago, donde nos esperaba don Ricardo con su hijo. Nos instaló en su misma residencial, para dar

comienzo de inmediato al programa de visitas a los lugares más interesantes de la capital.

Empezamos por echar un vistazo al centro comercial, causándome la mayor impresión las vitrinas de Gath y Chaves y de la Casa Francesa, con sus maniqués vestidos a la última moda y que yo creí seres vivientes que se exhibían como modelos.

Este provincialismo mereció la burlesca crítica de Ricardo.

Con todo, me gustó mucho un abrigo que en vez de mangas llevaba una especie de anchas aletas que exhibía un pequeño maniquí de mi talla. El modelo se llamaba "macfarlán". Mi padre me lo compró en el acto para satisfacer tan vivo deseo. Su precio estaba fijado en \$ 5, 98. Yo quedé feliz llevando tan original vestimenta.

Una noche concurrimos al Teatro Municipal, donde se representaba la ópera "Aída". Por falta de localidades, o por economía, fuimos instalados en la parte más alta de la galería.

Quedé deslumbrado con el espectacular golpe de vista del primer coliseo, repleto de un abigarrado público que enfrentaba un gigantesco escenario con un rojo telón, bajo el cual una inmensa orquesta afinaba sus instrumentos.

De la ópera no recuerdo nada, porque me quedé profundamente dormido, cansado de esperar y víctima del calor que reinaba en esas alturas. Mi padre me despertó cuando aparecieron en escena los coros cantando la marcha de Aída, pero tampoco pude prestar mayor atención, dominado por el sueño.

La otra maravilla que me mostraron fue el cerro Santa Lucía, que no me causó la menor impresión. No lo encontré espacioso como nuestro cerro Santa Lucía de La Serena, donde se podía jugar al fútbol y encumbrar volantines a discreción. Además, en vez de tener vista al mar, a su alrededor sólo se levantaban edificios chatos y feos. Ricardo coincidió con mi opinión.

En cambio, me gustó la Alameda con sus tres avenidas de frondosos árboles y los monumentos ecuestres de O'Higgins y San Martín.

Estas visitas fueron interrumpidas por un dramático suceso que nos ocurrió a Ricardo y a mí y que afectó tremendamente a nuestros progenitores el día de la Parada Militar en el Parque Cousiño, que presenciamos tras los cordones de la elipse, recinto destinado al estado llano.

Mientras transcurría el desfile militar, el inquieto Ricardo divisó una laguna a la distancia y unos botes que la surcaban, pero nuestros padres se negaron a llegar hasta ella para no perder la ubicación de primera fila que habían conseguido en la elipse. Horas más tarde, aburridos de ver pasar tanta tropa, Ricardo me convenció de que fuéramos de una carrera a ver la laguna. Furtivamente partimos con el rumbo que creíamos nos llevaría al lugar codiciado. Pero mientras más avanzábamos, más nos alejábamos del verdadero camino. Al querer regresar nos encontramos totalmente desorientados, hecho que se agravó cuando el público empezó a movilizarse para volver a sus casas o concurrir a las ramadas ubicadas en todas partes, donde se bailaba cueca y se bebían sin medida la chicha y el "tinto"

Al convencernos de que estábamos definitivamente extraviados, el pánico se apoderó de nosotros y perdimos toda esperanza de encontrar a nuestros padres.

Después de vagar sin rumbo, cansados y con hambre, nos sentamos al pie de un árbol llorando a lágrima viva.

En este estado nos encontró una pareja de policías a caballo, quienes, impuestos de nuestra desgracia y conscientes del peligro que corrían estos muchachitos de nueve y diez años, a pesar de nuestra resistencia y sordos ante nuestros ruegos de que nos ayudaran a buscar a nuestros padres, resolvieron llevarnos montados en sus caballos al retén de policía, cerca del Parque Cousiño, lo que nos produjo verdadero pavor.

Nuestra impresión al llegar al retén fue todavía peor. En una pieza amoblada sólo con bancas, y custodiados por varios policías, una veintena de niños menores, extraviados como nosotros, esperaban en medio de sollozos que sus padres los reclamaran.

No recuerdo haber tenido en mi vida una angustia más lacerante, cuando transcurrían las horas y ya de noche no venían en nuestro auxilio. Idéntica desmoralización se apoderó de Ricardo, quien, además, se atormentaba, culpándose de lo ocurrido.

Por otra parte, nuestros padres, profundamente afectados por nuestra desaparición, tuvieron el presentimiento, que no se atrevían a comunicarse, de que habíamos caído a la laguna. Por eso iniciaron la búsqueda alrededor de ésta, interrogando una y otra vez a los cuidadores y al público que allí estaba ubicado.

Después de recorrer varias veces todo el Parque, volvían siempre al mismo lugar y, como no nos encontraban, caían en una desesperación que ya no podían controlar.

Acertó a pasar otra pareja de policías, quienes les informaron que en el retén próximo al Parque estaban los niños perdidos.

Nuestros padres volaron al recinto policial y allí nos encontraron dormidos de cansancio, de ansiedad y de hambre. Al despertar, todo me pareció una atroz pesadilla y me aferré al cuello de mi padre entre sollozos y risas, pidiéndole que nos fuéramos esa misma noche a nuestra casita de La Serena, donde éramos tan felices...

Fue tan fuerte el impacto que me causaron el largo tormento del extravío y la intervención de la policía, que mi padre se vio obligado a suspender la visita a Santiago y tomar al día subsiguiente el barco que nos conduciría de regreso a nuestro terruño.

Cuando Ricardo Latcham, decenas de años más tarde, llegó a la Cámara de Diputados como el más brillante orador del Partido Socialista, después de haber alcanzado fama de escritor, crítico y periodista, nos gustaba reunirnos a la hora del té para evocar los momentos felices y también los dramáticos de nuestra niñez, mientras los colegas de la Cámara nos creían enfrascados en una trascendente conversación de alta política...

EN EL LICEO DE LA SERENA

MIS MAESTROS

En el año 1908, mi padre me llevó al Liceo de La Serena, donde, después de dar un buen examen de admisión, fui matriculado en primera preparatoria.

La etapa que viví como alumno de ese plantel educacional es la que más huellas ha dejado en mi espíritu y de la cual he conservado imborrables y gratos recuerdos.

Cuando ingresé era Rector el eminente profesor y hombre público don Eliseo Peña Villalón, profesor de Historia y Geografía. De alta estatura y rostro severo, enmarcaban su cara las tradicionales patillas de la época. Era una personalidad que infundía respeto y autoridad.

Años después, fue elegido diputado (1926-1930), y posteriormente formó parte de la Junta de Gobierno de 1932, con Carlos Dávila y Pedro N. Cárdenas.

Junto al Rector había maestros excepcionales, como don Néstor Rojas Villalobos, poeta y cantor de la ciudad, el cual, con la arrogancia de un "Chanteclair", recitaba en sus clases la *Oda a La Serena*, la que, junto con admirarla, me hacía querer más a mi ciudad natal.

Me veo impelido a reproducir en estas páginas una de esas estrofas, pues ella había de inspirarme en el Plan Serena la construcción del "Faro Monumental" en la playa, donde hoy su pie es bañado por las olas, como don Néstor lo viera en su fértil imaginación:

*Hada hermosa que elevas la frente
con los tintes del alba luciente,
que esmalta el rocío, que adorna la flor,
en tus regias y pródigas alas
puso Dios sus ingénitas galas,
su luz la Esperanza, su trono el Amor.*

*Como busca en la bruma al marino
el fanal que ilumina el camino
que rumbo hasta el puerto seguro le dé,
de la vida en la noche inclemente
busca el alma ese faro luciente
que se alza en las ondas que bañan tu pie.*

Del centenar de profesores que pasaron por el Liceo durante los ocho años que duró mi educación, todos eran de una honorabilidad verdaderamente ejemplar. Nunca me tocó ver, dentro o fuera de las aulas, a alguno de nuestros maestros ebrio o en actitudes desdorosas o inmORALES. Quiero señalar en estas páginas cuatro maestros ejemplares a quienes debo, en gran parte, mi ascensión en la vida, sin dejar de reconocer los méritos de otros grandes pedagogos en sus cátedras, como lo fueron don Ramón Espinoza, don Sebastián Eyzaguirre, don Leonidas Rivas, don Roberto Riffo, don Santiago Muñoz, don Francisco Fuentes, don Arturo Maschke (padre), don Ricardo Latcham (padre), don Pedro Farambuller y don Teodoro Repenning.

Estos cuatro maestros, verdaderos directores espirituales y forjadores de voluntades, fueron don Horacio Arce, don Roberto Ochoa, don Oscar Cabezas y don Demetrio Salas.

Don Horacio Arce

Don Horacio Arce, profesor de Matemáticas y Astronomía, era un experto en su cátedra y por eso sus lecciones eran escuchadas por sus alumnos en religioso silencio. Tenía claridad, método y persuasión para explicar los difíciles axiomas de estas ciencias abstractas.

Don Horacio tenía, a la vez, don de mando y de gentes. A la severidad de su aspecto unía una benevolencia paternal, pronto para ayudar y dar consejos oportunos al que lo necesitaba.

Así ocurrió conmigo, cuando se impuso del error que iba a cometer al interrumpir mis estudios en el liceo para ingresar al Colegio Mac-Kay de Valparaíso, donde pensaba continuarlos para poder ayudar a mi padre más tarde en la contabilidad de su negocio.

La verdad es que mi madre, en secreto, le había confesado a don Horacio el destino que me tenía asignado y la locura que iba a cometer si abandonaba el liceo. Eso significaba, para ella, mi renuncia a la Universidad, el abandono del título profesional de abogado y, en definitiva, la pérdida de todo lo que su ilusión imaginaba para mí.

Don Horacio la tranquilizó, prometiéndole llamarme al día siguiente para convencerme de que abandonara tan descabellado proyecto.

Con ese objeto fui citado a la sala de profesores. Con un lenguaje persuasivo y autoritario a la vez, me dijo:

—Usted, mi querido Gabriel, no tiene ninguna condición para entrar al Colegio Mac-Kay. Allí se especializa al alumno en temas matemáticos, y usted, mi amigo, es harto malito para los números, con los que riñe de continuo. Recuerde que, en los exámenes, a palos con el águila logra una votación de mayoría de votos, cuando no lo apabullan “las tres negras”, como así le ocurrió una vez. En cambio —prosiguió—, es como bala para dominar con rapidez la Historia, la Filosofía, la Literatura, ramos que un día, como lo espera su madre, pueden abrirle las puertas del éxito si estudia y logra recibir su título de abogado.

“Además —recalcó al terminar—, le advierto formalmente que usted tiene el 90 % de probabilidades de ser rechazado en el examen de admisión del Mac-Kay, por el solo hecho de exhibir el contraste entre sus notas de los ramos humanísticos y los de Matemáticas.

Ante este balde de agua fría, que me dejó aniquilado, mis planes quedaron sepultados para siempre. Tanto mi madre como mi padre acudieron a la casa de don Horacio para agradecerle su exitosa y contundente intervención.

Cuando en el transcurso de la vida he evocado este hecho, surge siempre viva mi gratitud hacia el recordado maestro. Por suerte, el destino me ha proporcionado la enorme satisfacción de que su hijo, el cual lleva su mismo nombre y tiene idéntica personalidad, haya sido uno de mis más eficientes colaboradores en el Plan Serena, en su carácter de Comandante del Regimiento Arica, de guarnición en esa ciudad.

Don Roberto Ochoa

Después de haber sido el primer alumno de su curso en el Liceo de La Serena, don Roberto Ochoa recibió su título de profesor de Ciencias

Naturales en el Instituto Pedagógico y fue destinado inmediatamente al mismo Liceo de La Serena, como titular de esa Cátedra.

Don Roberto, hombre muy joven y de recia contextura, venía de una respetable familia de Algarrobito, pequeño poblado campesino, muy cerca de La Serena. Al margen de sus conocimientos científicos, era un excelente futbolista.

Ochoa no era orador, y tampoco lo pretendía. Poseedor de una musculosa contextura, no necesitaba de su verba para persuadir a nadie o imponerse a sus adversarios con sus puños; bastaba su presencia.

Radical de pura ley, y muy resuelto, a la palabra prefería la acción; a la fantasía demagógica, la realidad histórica.

Siguiendo este impulso, tan propio de su espíritu, un día sacó a mi curso a una excursión para hacer una clase práctica de Botánica, rumbo a la Quebrada de Los Loros, ubicada muy cerca de la ciudad. Al instalarnos allí, un alumno curioso le preguntó por qué se llamaba así dicha quebrada, cuando no se divisaba un loro, ni siquiera rastros de otros pájaros.

Entonces don Roberto, levantando la cara sabia y morena, le contestó: "Aquí no hay loros, pero hay héroes enterrados". "¡Cuéntenos, cuéntenos!", gritamos a coro sus alumnos.

Don Roberto, para satisfacer nuestra curiosidad, comenzó a exponernos un apretado relato;

—Era el año 1863. Un déspota gobernaba a Chile; se llamaba Manuel Montt. Dos jóvenes chilenos, con estudios en Europa y amigos de la libertad, fundaron entonces el Partido Radical en las ciudades de Copiapó y La Serena. Estos dos superhombres llamábanse Manuel Antonio Matta y Pedro León Gallo.

"Así es como el radicalismo nace para combatir la tiranía y defender los ideales libertarios.

"Pedro León Gallo, fiel a sus principios, levantó la bandera de la revolución, y formó un ejército que financió con el producto de las minas de plata que poseía y explotaba en la región atacameña. Con sus tropas ocupó Copiapó y marchó a la cabeza de ellas hacia la capital de la República.

"Aquí, en este mismo sitio, en estas mismas colinas, las fuerzas de Montt enfrentaron a las de Pedro León Gallo, para intentar detenerlo;

después de ruda batalla, el líder radical resultó victorioso. Hubo grandes pérdidas de vidas y material bélico en ambos bandos. Esos restos están aún esparcidos bajo vuestros pies. —Y agregó para terminar—: Si ustedes prefieren buscar como “recuerdos” de esta victoria de los principios libertarios restos de balas, botones de uniformes y aun calaveras, en vez de plantas para el herbario, yo no tengo inconveniente en asentir en homenaje a este primer triunfo del radicalismo chileno.

Los alumnos, sin excepción, quedamos electrizados por el encendido relato y por la sensación de estar pisando el terreno mismo de la batalla; y como un solo hombre, emprendimos la búsqueda de “los recuerdos” de aquellos héroes que habían derramado su sangre por defender la libertad.

No fueron muchos, claro está, los *souvenirs* que hallamos: sólo algunos botones y restos de balines. Pero como el impacto producido en nosotros fue muy grande, al día siguiente casi todos los alumnos de mi curso acudimos al local de la Juventud Radical para inscribirnos en sus registros.

Ya hemos dicho que don Roberto no era orador, pero podía levantar montañas con su fe y sus arraigadas convicciones.

Don Oscar Cabezas Bascuñán

Don Oscar Cabezas Bascuñán, profesor de Dibujo y Trabajos Manuales, era el ideólogo que, paso a paso, iba divulgando el Evangelio libertario del radicalismo chileno.

De convicción firme en sus ideas, gustaba de la polémica en el plano del diálogo sin que jamás rehuyera un desafío.

Además de su afán proselitista, era un experto organizador de la institución de los boy-scouts, que los ingleses crearon como medio de promover el amor entre las razas y el mejoramiento físico y moral de las juventudes.

Con refinada paciencia, equipó con uniformes, elementos y material de campaña a unos cien liceanos que formaron la brigada de boy-scouts del Liceo de Hombres de La Serena; además la dotó de una banda de pitos y tambores con su respectivo instrumental, y me llamó para designarme jefe de ella, porque estaba en conocimiento de que seguía un

curso de violín con el maestro Salas, y me sería fácil, sabiendo leer música, aprender a tocar el pito o flautín.

Todo lo tenía previsto. Había contratado a un Sargento de apellido Sabando, de la Banda del Regimiento Arica, para que procediera a elegir diez scouts aptos para iniciar el aprendizaje.

Antes de veinte días, la banda debía estar en condiciones de tocar, porque el 21 de mayo desfilaríamos en la Plaza de Armas, frente a las autoridades.

Llamó a un compañero mío muy aficionado a la música, Carlos Peralta, y con él, tarde y noche, nos dedicamos, junto con los otros diez, a soplar los flautines, lo que hicimos con bastante éxito, gracias, por cierto, a la asistencia que recibimos del Sargento Sabando.

Como guaripola, cuya tarea consistía en encabezar y dirigir la banda, se designó a Horacio Videla Cobo, compañero mío de banco, de arrogante figura y muy ágil, hermano del Almirante Jorge Videla, que, años más tarde, tendría destacada actuación en mi Gobierno.

La brigada fue muy aplaudida por su impecable presentación, vistoso uniforme y marcialidad; en resumen, fue un desfile exitoso. Pero el que se llevó las mejores palmas fue el guaripola Videla, el cual, haciendo ostentación de su destreza y gallardía, nos descompaginaba el ritmo, rompiendo toda relación con lo que estábamos tocando. Pero el público sólo tenía ojos para gozar con el espectáculo de las subidas y bajadas de la guaripola de Videla, sin captar la desarmonía entre éste y sus dirigidos.

Al regresar al Liceo, Videla nos explicó que un fuerte resfrío lo había dejado casi sordo, y como tenía miedo de fracasar, al darse cuenta de que el público se interesaba particularmente y aplaudía a rabiar los movimientos de la guaripola y sus lanzamientos al aire, se aferró a ese manipuleo para aminorar los efectos de su sordera.

Paralela a la enseñanza y cultura humanística difundida en el Liceo, la lucha por la vida exigía modelar las aptitudes naturales del niño, y entre ellas, el carácter, facultad psíquica hasta hoy tan controvertida y en la cual los pedagogos, en su mayoría, no se han puesto de acuerdo, y es posible que nunca lo hagan.

El profesor Cabezas aprovechaba las excursiones de los fines de semana para ir inculcándonos, con pertinentes y amenas anécdotas de la

realidad contingente, el significado del lema del scout: "¡Siempre listo!" Y el mágico lema era, en efecto, un himno al valor y un rechazo a la cobardía y la indecisión.

Para don Oscar Cabezas, hombre decidido, era imperativo que sus lecciones, tendientes a combatir el miedo y exaltar el coraje, resultaran persuasivas.

Para él, la mayor calamidad que azotaba al hombre en las circunstancias caóticas era la "indecisión". Indecisión para elegir una carrera o casarse; o para afrontar dificultades en el manejo de un negocio, y, la peor de todas, indecisión en los políticos y gobernantes, que, por esta causa, lanzan a sus pueblos hacia el descalabro o la guerra civil.

Por eso el scout se levanta desafiante en contra de los indecisos con sus lemas: "Jamás vacilante", "Ser o no ser", "Siempre listo".

Al escribir estas líneas, en el atardecer de mi vida, considerando retrospectivamente los años idos, con cuánta emoción dedico este recuerdo de gratitud al gran maestro y a la noble institución de los boy-scouts, por la ayuda que me prestaron al endurecer mi carácter, capacitándome para emplear oportunamente esa inflexible decisión en cada una de las encrucijadas, conflictos y subversiones que hube de arrostrar y vencer en mi vida de Gobernante.

Don Demetrio Salas

Apóstol del naturismo y autor de varios textos relacionados con esta ciencia, difundía sin cansancio en las jóvenes mentalidades filosóficas prédicas sobre el amor que debiera tenerse por las fuentes naturales de la vida.

Portando un viejo violín, en su carácter de profesor de Canto, nos introducía con infinita paciencia en los dominios de la música, organizando coros y conjuntos orquestales.

Así fue como me sentí incorporado en un curso de violín, recibiendo el estímulo de don Demetrio, que me dio un asiento en la Orquesta del Círculo Zapiola, nombre que le puso al conjunto musical por él organizado.

Con mal disimulado orgullo participé por primera vez en un acto público en el teatro, en calidad de ejecutante de esa orquesta. No

olvidaré nunca las noches de ensayo en que se repetía diez y más veces el mismo tema, hasta lograr una perfecta armonía y sincronización bajo la hábil batuta del maestro. Se ensayaba la clásica y conocida obertura de Offenbach llamada "Cuentos de Hoffmann", con su romántica y melodiosa sinfonía. Los segundos violines, donde yo estaba ubicado, debían hacer el acompañamiento de los bajos.

Mis padres –también entre la concurrencia– mostrábase dichosos, mientras mi madre aprovechaba la ocasión para justificar ante su marido la inversión extra que le había obligado a hacer con la compra del violín y mis lecciones.

Todos los miembros de la orquesta eran alumnos y ex alumnos del liceo. Entre los primeros violines hallábase Roberto Marín Gibson, el talentoso y refinado compañero que llegara más tarde a ocupar el cargo de Ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago, y Carlos Lanús, fallecido prematuramente.

Pero no paraba en esto la variada actividad del maestro Salas. Su mayor acción empleábase en predicar a sus alumnos una vida sana, plena de sol, de aire puro, de campo y de mar. Para esto organizaba excursiones, a fin de pasar el día en pintorescos y bellos rincones, a diez o veinte kilómetros de La Serena. Punta de Teatinos, Quebrada Honda, Islón, Quebrada de Los Loros o El Arrayán eran algunos de los lugares predilectos que visitábamos los domingos.

Frente al océano, a la montaña o al valle, el sabio naturista, con su etérea y frágil figura, con encendido lenguaje de amor a la naturaleza, nos hablaba, inspirado, sobre la forma como debíamos disfrutar y descubrir sus indecibles encantos. Para ello, según él, bastaba contemplar el mar con el juego de las olas; o las vaporosas y abigarradas nubes teñidas con la luz crepuscular; o hacer que el viento nos despeinara frente a un bello paisaje...

No se cansaba de predicar su Evangelio sobre las hermosuras de la vida, que para él encerraba el mayor de los milagros. Quería que cada uno de nosotros aprendiera a amar la existencia, a renovarla, arrancándole siempre nuevas y alegres páginas, por encima de cualquier fracaso o dolor.

Así, don Demetrio cultivó desde niño mi emotividad, educándome para captar, por ejemplo, en un despertar de madrugada, el agradable

canto de jilgueros, triles, tencas, chincoles y zorzales que, en espontáneo concierto, confundían sus cantos en el huerto de mi casa; o, en las noches, sentirse arrullado por el rumor de las olas que bañan los pies de la ciudad, o con el rompimiento del silencio por el tañido de los quince campanarios, herencia de una vida cuatro veces centenaria.

Son los imponderables de la naturaleza y del medio ambiente de que hablaba el maestro, y que la ciencia psicoanalítica de hoy recomienda como una manera de prolongar la vida afectiva e intelectual del hombre, frente a las asechanzas de la senectud y la muerte.

Su dogma, inflexiblemente predicado, era que el verdadero manantial de la alegría de vivir está en la naturaleza, la Música, el Arte, el Pensamiento y, principalmente, en el Amor, ¡la más hermosa y fecunda pasión del género humano!

¡Cómo quisiera retransmitir este recado inspirador del maestro a mis nietos y, en especial, a la juventud chilena!

La música, el piano y el violín

Los negocios de mi padre mejoraban, y un buen día, el "pirquinero" que le trabajaba la mina de plata en Condoriaco le trajo, cargado en un burro, un capacho de cuero con un pequeño "alcance", (1) que se tradujo en unos cuantos miles de pesos; mi madre los aprovechó en el acto para invertirlos en un piano para mi hermana Teresa.

Al día siguiente ya estaba instalado en el salón de mi casa el flamante instrumento, color caoba, con sus dos juegos de metal dorado para colocar las velas.

Yo quedé arrobado por la belleza del mueble, que causó admiración y envidia en el barrio.

Inmediatamente me entró la codicia de aprender a tocar el piano también.

Mi madre celebró la idea, pero mi padre, muy severamente, advirtió que a ese paso, primero violín y ahora piano, en vez de llegar a la Casa de La Moneda iba a terminar tocando piano en una "casa de remolienda"...

Mi entusiasmo era tan grande, que insistí y logré que mi madre me

(1) "Alcanzar": descubrir el pirquinero una veta de metal rico.

enviara a las clases de una conocida profesora, doña Agripina Barrera, solterona y "tan desgraciadita" como su nombre de pila.

¡Quién iba a pensar que con el tiempo iba yo a tocar nada menos que en la Casa Blanca, con míster Truman, la noche que como Presidente de los Estados Unidos me hospedó en su hogar, como era costumbre hacerlo con los Gobernantes de naciones amigas!

Mi padre no alcanzó a conocer el acontecimiento, pero sí lo disfrutó mi madre.

Para mi cultura y disfrute espiritual, los estudios de piano y de violín me abrieron el mundo maravilloso de la armonía, capacitándome para penetrar en la comprensión y el goce de las sublimes composiciones de los maestros clásicos, ayudado con la moderna técnica de la música grabada de grandes conjuntos y notables solistas y directores.

Así, en mis ratos de ocio, disfruté de la música de Chopin, para continuar con Grieg, Schubert, Paganini, Mendelssohn, Rachmaninoff, Tchaikovsky, Haydn, Brahms, Lizst y alcanzar hasta el cenit de la sinfonía orquestal con Beethoven, para luego aprender a concentrarme con las creaciones intelectualizadas de Bach y de su precursor Vivaldi.

Este deleite espiritual no me impedía apreciar la música folklórica, la que me despertó un gran entusiasmo por el baile, que mucho más tarde mereció las críticas de más de algún mojigato, incapaz de comprender que, cuando se tienen aficiones, es una delicia poder deslizarse al ritmo de un vals o de un samba brasileiro. Me ocurrió esto especialmente con el último, que aprendí a bailar como un auténtico carioca durante mi Embajada en Río de Janeiro.

Despedida fatal

El sexto año de humanidades llegaba a su final y teníamos que afrontar el triste trance de abandonar nuestro viejo liceo y separarnos de los compañeros de colegio de tantos años, para incorporarnos como bachilleres al trabajo o al estudio de las distintas profesiones. Yo había decidido seguir la carrera de Leyes en la Universidad de Chile.

Nuestro profesor de Castellano, don Santiago Muñoz, organizó para este evento una comida de despedida en el viejo Hotel Santiago, de La

Serena, hoy desaparecido. Muy emocionado, ofreció el ágape en sentidas frases.

Todo era animación y la alegría aumentaba con los continuos brindis "al seco".

Era medianoche cuando, de repente, como un fantasma, se levantó la figura del más tranquilo y querido de nuestros condiscípulos: Arturo Salfate, el cual nos expresó que nada bueno nos iba a deparar ese alborozo, pues éramos trece los comensales, número, como se sabe, cargado de malos presagios por la superstición universal.

Naturalmente que echamos a la risa las aprensiones de nuestro compañero, y la cena continuó alegre y confiada, a tal punto que, por salir cantando a la calle, a avanzadas horas de la noche, los "pacos" nos detuvieron y con profesor y todo fuimos a parar a la comisaría.

Al día siguiente, en la Estación de los Ferrocarriles de La Serena, nuestro compañero Salfate —el mismo que nos hiciera el fatídico presagio la noche antes—, al tratar de tomar el tren, ya en movimiento, que debía conducirlo a su casa en Ovalle, resbaló y fue alcanzado por las ruedas del convoy, lo que le causó una muerte instantánea.

¡Por algo dice la cuarteta popular!:

*El chuncho canta,
el indio muere,
no será cierto,
pero sucede.*

Como es de comprender, el trágico accidente nos produjo un inmenso dolor entre los compañeros y conocidos de Salfate; y, además, estoy seguro de que ninguno de nosotros volvió a sentarse a una mesa donde hubiera ese fatídico número de comensales. Por mi parte confieso, sin ser supersticioso, que siempre me preocupé incluso de que en las comidas o almuerzos protocolares jamás fueran trece los invitados.

RECUERDOS DE LA VIEJA SERENA

La visión de La Serena a principios de siglo (1905) era decididamente la de un rústico pueblo de provincia, pero no por eso dejaba de tener encanto y belleza peculiares para mis ojos de niño.

La edificación ocupaba dos de las cuatro colinas que abarca la ciudad, destacándose en ella las torres de los quince campanarios de los templos y las majestuosas palmeras centenarias que hasta hoy día mecen al viento sus esbeltas y elegantes siluetas.

Refiere la historia que en una de ellas amarró su caballo el conquistador don Pedro de Valdivia.

Conservo un vivo recuerdo del cerro Santa Lucía, que era el lugar preferido para nuestros juegos y deportes, en especial el fútbol, el "diábolo" y los concursos de volantines.

Al caer la tarde, de regreso a nuestros hogares, quedábamos estáticos con el maravilloso espectáculo proporcionado por el sol, que adquiría dimensiones y formas inverosímiles cuando comenzaba a hundirse en las aguas del océano, mientras el cielo y las crestas de las olas teñíanse en una variedad de colores, desde un rojizo violento hasta un pálido celeste, prodigio de esplendor y hechizo que colmaba la visión.

Desde el mismo cerro, La Serena de esos tiempos tenía una perspectiva distinta a la actual. Así, hacia el norte, en la Compañía Alta, se divisaban las gigantescas chimeneas de la Fundición de Cobre de Lambert y su extenso establecimiento, con inmensas y permanentes columnas de humo blanquecino elevado por kilómetros hacia el oriente.

Hoy nada de eso existe; la fundición fue desmantelada a causa de la crisis del año 1911.

Hacia el poniente, La Vega, extensión pantanosa que abarcaba desde la Punta de Teatinos, por el norte, hasta el puerto de Coquimbo, y en un ancho de un kilómetro a dos del mar, daba al paisaje un verdor y cierta atracción campestre, con los bueyes, asnos y caballos pastando libremente, mientras que la cercanía del océano le aportaba el blanco color de las olas al reventar, que llegaban hasta la Punta de Teatinos, donde el mar embravecido irrumpe furioso en el inhóspito roquerío.

Pero La Vega era nociva y peligrosa para la salud de los habitantes, por ser incubadora de mosquitos y zancudos, los cuales, en enjambres desatados, caían en las tardes sobre el Paseo de la Plaza de Armas para picar y saciarse con la sangre de los paseantes, en particular de las niñas, que si bien no llevaban sus piernas descubiertas hasta el muslo, como es la moda de hoy, eran de todas maneras las víctimas máspreciadas de sus voraces lancetazos. Además, La Vega, con sus aguas detenidas, formaba pantanos de enorme extensión que, en contacto con los rayos solares y la descomposición del líquido, producía el peligroso gas metano, el cual contaminaba la atmósfera, haciéndola dañina.

Sólo la desecación de los pantanos, obra efectuada durante mi Gobierno, hizo el milagro de hacer desaparecer tan temible enemigo y transformar la ciudad y sus alrededores en un verdadero vergel.

Hacia el sur, se dibujaba en perspectiva la Fundición de Guayacán, también con sus perpetuas y largas columnas de humo blanquizco; en las noches se iluminaban con rojizos resplandores, dando la impresión de que los cerros de Coquimbo habíanse transformado en un impresionante volcán en erupción.

Más cerca de la ciudad, y siempre mirando hacia el sur, todo el panorama hallábase dominado por las arboledas de gigantes higueras, chirimoyos y lúcumos que abarcaban toda La Pampa hasta llegar a Peñuelas.

Más lejos, al S.E., surgía, en "los años buenos", una imponente cordillera nevada, que enmarcaba la visión de La Serena.

En aquel entonces, esta ciudad no se hallaba dotada de alumbrado eléctrico, el cual vino mucho más tarde, sino de un sistema de iluminación a gas, cuyos mecheros había que encender y apagar diariamente. Y como el gasómetro, ubicado en la Alameda frente a la Estación de los Ferrocarriles, era reducido, el servicio no podía ser más deplorable. Además, los pocos faroles hallábanse muy retirados unos de otros, generalmente a una cuadra de distancia, lo que mantenía a la ciudad prácticamente a oscuras.

En las casas particulares, lo recuerdo muy bien, usábanse palmatorias con velas de estearina; sólo más tarde, allá por el año 10, aparecieron las primeras lámparas de querosén y con mecha.

Nació, entonces, la moda de la lámpara de vidrio estampada en vivos

colores, tanto las de opalina como las de porcelana. También en esa época, para no estrellarse cuando temblaba, usábase casi en todas las casas, vale decir, en las de ricos y pobres, la "mariposa". Su luz tenue era mantenida por una pequeña mechita de cera que flotaba en un vaso con agua y aceite y se colocaba en algún rincón del dormitorio.

Para la calefacción de los habitantes no había otro recurso que el brasero, alimentado con carbón de espino, con el consiguiente peligro, por cierto, de las emanaciones de gas carbónico.

Mientras subsistió el uso del brasero, se mantuvo como institución nacional el "mate servido". Así, en torno al fuego del rescoldo, reuníase la familia y se acogía a las visitas.

"Cebiar" un mate era placer de dioses en las antiguas costumbres serenenses.

Con el auge del mineral en Condoriaco y Chañarcillo, el comercio de mates de plata llegó a ser una industria regional importante, y fueron lanzados al mercado interno y externo miles de modelos, algunos de ellos verdaderamente artísticos y de refinado buen gusto.

La falta de transporte era otro de los graves problemas que afectaban el desarrollo y progreso de la ciudad.

Desde luego, a principios del siglo, no se conocía el automóvil, y fue una sensacional sorpresa para los serenenses cuando don Benjamín Amenábar y don Adolfo Floto trajeron los primeros coches europeos. Para qué decir el asombro que causó la vista del avión de los hermanos Copetta, de primitiva factura, que hizo un vuelo de prueba en La Pampa, y que, en medio del pánico de los serenenses, cayó después de elevarse unos pocos metros sobre la cancha. El aparato quedó destrozado, pero el piloto resultó ileso.

El ferrocarril sólo llegaba hasta Coquimbo; después corrió hasta Vicuña y Ovalle. Para Santiago y el Norte no había ni camino ni ferrocarril, menos servicio aéreo, el cual se vino a establecer recién en la tercera década del siglo.

Sólo podíamos comunicarnos hacia el Norte y hacia el Sur por vía marítima.

El viaje a la capital demoraba prácticamente tres días, entre navegación, embarco en Coquimbo y desembarco en Valparaíso y tren a Santiago. El mayor inconveniente lo constituía la falta de un itinerario

fijo, ya que el arribo y zarpe de las escasas naves se hacían de acuerdo a la mayor o menor carga habida en los puertos.

Dentro de la ciudad, hasta no hace mucho, las verduras y frutas de las chacras vecinas eran vendidas en burritos con árguenas; igualmente el pescado, marisco y cochayuyo.

El abastecimiento de las minas se hacía con las famosas "tropas" de mulas y burros, que se caracterizaban por una campana colgada al cuello de la "mula madrina" o del macho más viejo; es sabido que la tropa sigue ciegamente a este señalado jefe.

Abierto el camino para el valle de Elqui y después a Ovalle, los nuevos senderos permitieron el paso de las diligencias cerradas, conducidas generalmente por dos parejas de caballos. Para recoger a los pasajeros estacionábanse estos carruajes al lado norte de la Plaza de Armas. El viaje demoraba dos días a Vicuña, haciendo relevos y pernociando en el pueblo de Marquesa; y tres días a Ovalle, con relevo en Higuierillas.

Pesadas carretas de dos ruedas, tiradas por tres caballos percherones, hacían el servicio de transporte de carga entre La Serena y Coquimbo, por la playa, aprovechando las horas de la baja marea.

Dentro de la ciudad existía una movilización especial de pequeños tranvías, tirados por un caballo para pasajeros durante la temporada estival. En este medio de locomoción casero trasladábanse los veraneantes a la playa.

*A punto de perecer en Punta de Teatinos
Nace Peñuelas*

La playa de La Serena fue siempre el balneario de sus habitantes, a pesar del peligro constante que ofrecían sus aguas agitadas por una fuerte resaca. No hubo temporada veraniega sin que uno o dos bañistas pagaran con su vida la imprudencia de alejarse de los cables de seguridad que les permitían asirse para evitar desgracias.

Igual peligro ofrecía la playa de Punta de Teatinos, pintoresco lugar que es la continuación y el final, por el norte, de la playa de La Serena.

Yo mismo estuve a punto de perecer ahogado en esa playa cuando me bañaba con un grupo de amigos en un paseo del día domingo.

El agua se mostraba calma y con poco oleaje, lo que aproveché para nadar unas brazadas mar adentro. De pronto me sentí cogido por una corriente que con violencia me separó de mis compañeros, arrastrándome hasta la ola grande, que violentamente me golpeó en la cabeza, hasta hacerme perder el control y tragar gran cantidad de agua. Me defendí con refrenado dominio al principio, consciente del gran peligro en que me hallaba y de los esfuerzos de mis compañeros para ir en mi ayuda; pero cada vez los veía más lejos. Entonces, extenuado de luchar con la fuerza de las olas, me sobrevinieron una desesperación y angustia terribles, que duraron varios minutos, mientras por mi cerebro pasaba vertiginosamente, como una película, la visión de toda mi vida, a la que trataba de aferrarme en supremo instinto de conservación.

Luego se apoderó de mí un sopor, una especie de sueño profundo, y perdí todo conocimiento.

Los amigos que integraban nuestro grupo, desesperados por su ineficacia, sólo tenían ojos para mirar mi progresivo ahogamiento, después del fracaso de los mejores nadadores para llegar a mi lado. Fue entonces cuando un Teniente de Artillería, amigo mío, Justo Pastor Rivera, que estaba entre los invitados, tomó la audaz determinación de meterse al mar, en mi auxilio, montado en pelo en su caballo, y logró rescatarme después de titánicos esfuerzos, sin conocimiento y semiahogado.

Inmediatamente me sometieron a respiración artificial, logrando recuperarme después de grandes esfuerzos.

Nunca he olvidado ni olvidaré el sentimiento de gran alegría cuando desperté renacido a la vida; pues al empezar a perder el conocimiento, por el sopor que me iba invadiendo, tuve la sensación de que me moría. Después de abrazar y agradecer a mi salvador, éste recibió las felicitaciones de todos los concurrentes y se convirtió en el héroe del día.

No obstante que la prensa dio cuenta del peligro inminente en que estuve de morir ahogado en esa playa, el domingo siguiente, un joven de Coquimbo, de apellido Juliá, pereció en el mismo lugar, resultando infructuosos todos los esfuerzos hechos para salvarlo.

Desde entonces, nunca más nos bañamos en la Punta de Teatinos ni en la playa de La Serena; pero, en cambio, con un grupo de jóvenes

universitarios serenenses nos instalamos en una nueva playa, con un mar tranquilo y deliciosamente temperado, llamada Peñuelas, y ubicada en la misma bahía, entre La Serena y Coquimbo, donde habitaba una pequeña colonia de pescadores. Como dicha playa estaba lejos de la ciudad, a unos seis kilómetros de distancia, sólo podía llegarse a ella por el ferrocarril que iba a Coquimbo. Hablamos con el administrador de los Ferrocarriles del Estado y obtuvimos que una locomotora con dos carros de tercera viajara diariamente a las nueve de la mañana y regresara a la una de la tarde para llevar y traer a los bañistas. Como el convoy era muy pequeño, lo llamaban "La Pulga".

Así nació el balneario de Peñuelas, que después me tocó en suerte construir y urbanizar con el bello desnivel donde surgen sus acogedoras cabinas rodeadas de jardines a orillas del mar.

Desde entonces esa playa reemplazó como balneario a las de La Serena y Punta de Teatinos, y son miles y miles de serenenses y coquimbanos los que durante la temporada veraniega acuden hoy a sus templadas aguas, donde nunca —y alabada sea esa suerte— se ha registrado desgracia que lamentar.

Catástrofes que vi de niño

En el año 1905, después de una lluvia torrencial, un verdadero diluvio, que duró ocho días consecutivos —un tipo de catástrofe nunca más repetido en la zona con igual magnitud y duración—, el agua bajó por las quebradas, desde la misma cordillera, con tal ímpetu y caudal, que el lecho del río Coquimbo resultó impotente para contener la crecida. Fue entonces cuando la corriente, con furia devastadora, se llevó caminos, villorrios, pueblos, e incluso amenazó peligrosamente a ciudades como Vicuña y aun la propia ciudad de La Serena.

Conducido de la mano por mi padre, recuerdo que presencié cuando las aguas, en incontenible ímpetu, socavaban las fundaciones de la Barranca del Río; y cómo los moradores de las casas, ayudados por vecinos, luchaban por salvar sus muebles, y junto con arrancar las puertas, sacaban las planchas de cinc, con intención de librar siquiera algún material de sus casas de tan arrolladora inundación.

El río, que se extendía mucho más allá de su lecho, horadó y arrasó,

después de algunas horas, dos o tres cuadras de la Barranca del Río, dejando a ésta reducida a lo que es hoy la calle Cirujano Videla.

Como si eso fuera poco, la Quebrada de San Francisco, que se vaciaba en los cauces de la Alameda para conducir sus aguas al mar, se convirtió en una turbulenta riada que anegó las casas y propiedades colindantes. Ese fue el momento de la máxima crecida.

Tengo vivo el recuerdo del tremendo impacto recibido cuando vi el cadáver de un niño flotando sobre las furiosas aguas, mientras se hacían esfuerzos para rescatarlo, por desgracia sin resultado por la velocidad de la corriente, que, además, arrastraba animales, aves, muebles, árboles y restos de chozas que hundíanse para luego aparecer en la superficie.

Cuando me correspondió planificar La Serena, lo primero que exigí fue que se construyera un tunel abovedado de dos metros de circunferencia y mil trescientos metros de longitud, para que las aguas de la peligrosa Quebrada de San Francisco se desviarán hacia el río y nunca más pudieran poner en peligro a la ciudad.

La visión que dejó en mi retina la catastrófica inundación del año 1905 estaba viva en mi memoria en 1946.

Otro acontecimiento trágico que también me tocó presenciar fue cuando un sismo de extremada violencia sacudió la tierra con caracteres de terremoto, afectando casi todo el Centro del país.

Acompañaba a mi madre en el centro de la ciudad, donde el comercio acostumbraba abrir dos horas después de comida. Eran alrededor de las siete de la tarde, cuando sentí un terrible sacudimiento, que no me permitía tenerme en pie, mientras mi madre caía al suelo, presa de un ataque de nervios gritando: "¡Misericordia, Señor! ¡Misericordia, Señor!". exclamaciones que aumentaban mi angustia y desesperación.

Un sordo y tenebroso ruido, salido de las entrañas de la tierra, aumentaba el aterrador cuadro y hacía crecer el pánico de la gente que, de rodillas, confesaba sus pecados, creyendo en el advenimiento del Juicio Final, mientras otras corrían despavoridas, esquivando la caída de los postes de la luz. Uníase a esto el estruendoso desplome de las cornisas, vitrinas, murallas y de las viejas casas de adobe.

Un polvo oscuro terminó por cubrir la calle. No sé cuánto duró el

sismo. Sólo sé que lo creí eterno, y para mi inocencia infantil, representó el fin del mundo.

Al día siguiente, la prensa anunció que el epicentro del terremoto había sido Valparaíso, con la trágica noticia de casi su total destrucción, con miles de muertos y decenas de miles de heridos. ¡Fue la histórica catástrofe del 16 de agosto de 1906!

La peste negra y la viruela, epidemias endémicas

Por aquel entonces La Serena conservaba, con respecto a sus servicios de salubridad e higiene, el mismo atraso que en el siglo XIX.

Sin obras de alcantarillado, las acequias a tajo abierto que atravesaban las calles y propiedades, para evacuar los servicios higiénicos de la población, propagaban continuamente epidemias y enfermedades contagiosas, como la terrible peste bubónica, la destructora viruela y el mortal tifus.

En aquellos años, antes que la vacuna apareciera, la ciudad, por su estado sanitario, era sencillamente la antesala de la muerte.

El doctor Marcial Rivera, eminente médico y diputado radical por La Serena, se constituyó en el defensor de la salud pública de los serenenses, y hubo de gastar con voluntad de acero mucha energía para lograr que el Congreso despachara los fondos necesarios para la construcción del alcantarillado y las nuevas cañerías de agua potable que exigían los dos tercios de la ciudad. Abastecida entonces con un pilón y una fuente en cada barrio, no se conocía la instalación domiciliar de agua potable.

Recuerdo todavía con espanto cuando aparecía en la calle el coche celular del lazareto, con su lúgubre campana de alarma, para que la gente se alejara del paso del macabro vehículo que conducía a dos o tres moribundos por causa de la peste bubónica o viruela.

En las épocas de epidemia, estos coches no daban abasto y se les veía pasar a cada hora, creando verdadero pánico en la población.

A pesar de ello, la gente se resistía a la vacunación, por la que sentía un miedo cerval, y fue necesario que la autoridad sanitaria la declarara obligatoria; así y todo, debió recurrirse a la fuerza pública para inmunizar a los desconfiados serenenses.

Alejado el peligro de la viruela, resultaba lamentable ver en el centro

a numerosos niños y a muchas mujeres jóvenes, con su belleza borrada por la enfermedad, exhibiendo el rostro desfigurado, como harnero, por las cicatrices deformantes de la maldita epidemia.

Hoy nadie imagina cuántos peligros hubo de pasar nuestra generación, nacida a fines del siglo XIX y principios de este siglo.

La muerte del doctor Rivera, en medio de la consternación de la gente pobre, inconsolable por la pérdida de su más eficiente y abnegado benefactor, dio lugar a que sus funerales fueran una apoteósica manifestación de dolor y pesar.

A LA CONQUISTA DE LA CAPITAL
UNA NUEVA VIDA EN SANTIAGO

Corría el año 1917, cuando hube de trasladarme de La Serena a Santiago, a fin de incorporarme a la Universidad de Chile e iniciar mis estudios de Derecho.

Era un muchacho de dieciocho años que por primera vez hacía abandono del terruño provinciano y me alejaba de la familia.

Mi mayor preocupación fue buscar un puesto que me permitiera ayudar a mi padre a costear mis estudios. Logré emplearme en la agencia del diario *El Sur* de Concepción, ubicada en calle Morandé, frente a *El Mercurio*, en esquina encontrada con el Congreso, que servía de corresponsalía del conocido periódico penquista.

Mi horario de trabajo era de siete de la tarde a doce de la noche y tenía un sueldo de cincuenta pesos mensuales, que me permitía en parte contribuir al pago de mi pensión.

En el año 1919, después de activas gestiones, obtuve un nuevo cargo en el diario *La Nación*, en carácter de secretario privado de don Carlos Dávila, director de dicho diario. Esto me permitió sufragar todos mis gastos personales, que mi padre ya no podía atender por el mal estado de sus negocios.

La Nación me puso en contacto con el mundo político, hasta entonces insospechado para mí. Así pude ser testigo ocular de los más importantes acontecimientos que conmovieron al país en los años 1919 y 1920 y conocer directamente a las grandes figuras nacionales de la época, como don Eliodoro Yáñez, dueño de *La Nación* y presidente de su Consejo; don Arturo Alessandri, don Ismael Tocornal, don Ernesto Barros Jarpa, don Eduardo Suárez Mujica. Asimismo, a los parlamentarios radicales de mayor actuación en aquella época, como don Pedro Aguirre Cerda, Pablo Ramírez, Carlos Alberto Ruiz, Galvarino Gallardo Nieto, Héctor Arancibia Lazo, Víctor Robles, Fidel Muñoz Rodríguez, Domingo Durán Morales (padre del senador Julio Durán), Ramón Briónes Luco, Armando Quezada Acharán, Enrique Oyarzún, Remigio Medina, Víctor Celis y otros.

La convención de la Alianza Liberal

En ese mismo año de 1919, el 25 de abril, se celebró la Convención de la Alianza Liberal que debía elegir candidato a la Presidencia de la República, para oponerlo al que posteriormente resultó candidato de la Unión Nacional (derecha), don Luis Barros Borgoño.

La Alianza Liberal estaba integrada por el Partido Radical, un grupo de liberales y el pequeño Partido Demócrata. La fuerza de la combinación la hacía el Partido Radical.

La Unión Nacional la constituían los Partidos Conservador, Liberal, Liberal Democrático (balmacedistas) y Nacional (montt-varistas).

La lucha de la Convención de la Alianza Liberal se concretó en torno a dos altas figuras de esa combinación política: don Eliodoro Yáñez y don Arturo Alessandri Palma.

Don Eliodoro Yáñez, a quien conocí muy de cerca en mi cargo en *La Nación*, era hombre de extraordinario talento, orador impecable, y, en sus editoriales, un estilista de gran claridad y erudición.

En pleno despotismo de Ibáñez, a nombre del Partido Radical, le rendí, antes de dejarlo en su definitivo reposo, el homenaje al que era merecedor, subrayando que su último aliento como polemista para combatir la dictadura fue su obra maestra, que tituló: *Autoridad y Libertad*.

Yáñez era un formidable contendor y se le consideraba imbatible. Por otra parte, don Arturo también se creía con las mismas condiciones.

Pero don Eliodoro no era demagogo; tampoco agitador de masas. Por su frialdad, no exaltaba a las muchedumbres, arrastradas por la oratoria vibrante y avasalladora de Alessandri, que conmovía el alma del pueblo y de la clase media, al ofrecerles cambios para poner término al predominio de la oligarquía santiaguina.

Se iniciaba una revolución que exigía caudillos antes que filósofos; actores del gesto y la palabra más que juristas; polemistas demoledores más que maestros en el arte de la elocuencia.

Y en ese enfrentamiento, Alessandri—fenómeno político del siglo que vivimos—venció al destacado tribuno que era el señor Yáñez, aunque por su jerarquía intelectual éste jamás fue superado. Nunca quienes le

conocieron dejaron de aplicarle la designación con que desde siempre fuera jerarquizado: lo llamaban "el Maestro".

Para mí, ésta constituye la más grande hazaña política alcanzada por Alessandri; ella, sin duda, le abrió de par en par las puertas de la Presidencia de la República.

Un detalle que demuestra la penetración del verbo de Alessandri en el espíritu de los chilenos de clase media de aquellos años, es que la inmensa mayoría de quienes colaboramos en la plana menor de *La Nación* éramos partidarios del "León" —apodo impuesto a don Arturo cuando afrontó su campaña electoral de Tarapacá— y no del "Maestro", no obstante la preeminencia y la indiscutible autoridad moral de éste sobre el personal que trabajaba a sus órdenes en el mencionado rotativo.

Tuve la suerte de asistir a la Convención de la Alianza Liberal del año 1919, donde iban a chocar estos dos grandes de la política nacional. Desde la tribuna seguí con emoción el histórico acontecimiento, nuevo para mi mentalidad de deslumbrado provinciano.

El trascendental acto, realizado en el Salón de Honor del Congreso, lo presidía el eminente político don Armando Quezada Acharán, a la sazón presidente del Partido Radical, quien anunció que sería elegido el candidato que obtuviera el 60 % de los votos.

Se inició la votación en medio del expectante nerviosismo de los electores y del público asistente. La primera votación fue "un saludo a la bandera", lo que en jerga política significa que cada partido debe votar por el presidente de su colectividad.

A pesar de esto, Alessandri, sorpresivamente, obtuvo 400 votos, superando a todos los demás, hecho que fue saludado con estruendosos y prolongados aplausos. Era un indicio claro de que Alessandri triunfaría.

En efecto, mientras se estaba efectuando la segunda votación, surge desde las tribunas una potente voz que informa (según los cálculos realizados de acuerdo con cada elector que votaba) que en esos mismos momentos Alessandri había sobrepasado el límite exigido.

Nueva y estruendosa ovación estalla en el recinto del Congreso, y Quezada Acharán, imponiendo silencio, pide la palabra. De pie declara oficialmente que don Arturo Alessandri Palma ha superado en mucho el 60 % de los votos.

Instantes después hace su aparición teatral el "León". Luego, con voz trémula de emotividad y elocuencia, improvisa un discurso-programa, talvez el mejor en las páginas de su fecunda oratoria. Señalando los fundamentos de su acción futura, dijo al comienzo aquellas célebres palabras:

Me habéis discernido el más alto honor que puede alcanzar un ciudadano en una República democrática, honor que es todavía más excelso ante los escasos méritos que justifiquen la extraordinaria benevolencia que para mí habéis gastado en esta solemne ocasión.

Aprecio en toda su magnitud la responsabilidad que envuelve esta distinción; la he pesado conscientemente y comprendo que descansa sobre mis hombros, en estos instantes, la suerte entera del liberalismo chileno; pero es tan, tan inquebrantable la fe que me inspira la justicia de nuestra causa, que no vacilo en asegurar para ella una victoria cierta y segura; el sentimiento liberal del país no puede ser vencido y no se dejará vencer jamás. Sin temor a equivocarme, conociendo como conozco el país de un extremo a otro, puedo afirmaros que no emprenderemos en estos momentos una lucha, sino que empezaremos un paseo triunfal, y oigo que el toque de victoria resuena ya de un extremo a otro de la República.

En mi excursión por el país acabo de sentir las vibraciones del alma nacional; he auscultado sus palpitaciones y sus más nobles anhelos y, aunque modestísimo soldado de una gran causa, me siento irresistible al impulso de las grandes aspiraciones populares.

Y termina su arenga-programa con el siguiente vibrante enunciado:

Yo quiero, antes de terminar, hacer una declaración: ha sido costumbre oír a los que han tenido la satisfacción de alcanzar el honor que ahora vosotros me discernís, que no son una amenaza para nadie.

Mi lema es otro: quiero ser amenaza para los espíritus reaccionarios, para los que resisten toda reforma justa y necesaria; éstos son los propagandistas del desconcierto y del trastorno.

Yo quiero ser amenaza contra los que se alzan contra los principios de justicia y de derecho; quiero ser amenaza para todos aquellos que permanecen ciegos, sordos y mudos ante la evolución del momento histórico presente; ser una amenaza para los que no saben amarlo y no son capaces de hacer ningún sacrificio por servirlo.

Seré, finalmente, una amenaza para todos aquellos que no comprenden el verdadero amor patrio y que, en vez de predicar soluciones de armonía y de paz, van predicando divisiones y sembrando odios, olvidándose que el odio es estéril y que sólo el amor es fuente de vida, simiente fecunda que hace la prosperidad de los pueblos y la grandeza de las naciones.

El despertar de una ambición

El solemne y severo Salón de Honor del Congreso, donde se realizaba este acto histórico; los personajes que actuaban en las emocionantes alternativas de la votación; el verbo encendido del candidato, despertaron mis íntimas y ocultas ambiciones, trabajadas sutilmente por mi madre, desde que yo era niño; y en secreto, pues no me atrevía a repetirlo en voz alta sin rubor, me dije a mí mismo: “¿Por qué no puede ocurrir que yo también, algún día, llegue a ser candidato a la Presidencia de la República?”

Esta tentadora ambición, guardada con recato, me dio, sin embargo, tal fuerza íntima, que ella me permitió redoblar el interés por mis estudios de Leyes y, a la vez, acumular bríos para poder prosperar como periodista en *La Nación*.

Bajo el influjo de las emociones del día, en la pensión, antes de conciliar el sueño, me entregué a un prolijo examen de conciencia. Medí mis fuerzas, capacidad, limitaciones, mis reacciones frente al peligro y al miedo; pero el subconsciente modelado por mi madre reaccionaba siempre, dándome seguridad y valor, a tal punto que un poderoso impulso me hizo sentirme dueño absoluto de mi destino.

¡Sólo de mi voluntad y nada más que de mi voluntad, me decía, dependía el éxito o el fracaso de mi existencia!

La verdad es que esta decisión, mantenida durante años, quedó grabada en mi mente de manera indeleble, decisión que se hizo realidad veintiséis años más tarde, cuando asumí la Presidencia de la República.

Mi madre vigila desde lejos

Mi madre me vigilaba desde lejos, preocupada de que el trabajo nocturno del diario no dañara mi salud, sobre todo en los meses de invierno.

Con grandes sacrificios, me enviaba encomiendas con medicamentos, entre los cuales, recuerdo, nunca faltaba un frasco de Emulsión de Scott, que en su etiqueta presentaba a un pescador cargando a sus espaldas un enorme bacalao, que después fue transformado por las revistas satíricas como un símbolo para señalar a los políticos fracasados que a veces los partidos tenían que llevar a cuestras. Esta emulsión fue famosa como reconstituyente antes que se conociera la acción directa de las vitaminas en el organismo humano.

Además, mi madre vivía preocupada por la marcha de mis estudios de Derecho; y, como un estribillo, repetía en sus cariñosas cartas que debía alcanzar el título profesional, como finalidad indispensable para "no ser pequeño" en el mundo.

Y con intuición ajena a su cultura elemental, pero propia a todas las mujeres de su época, me ponía en guardia contra la tendencia tan natural de la juventud, de aquellos y de estos tiempos, a la arrogancia, el egocentrismo, la fatuidad.

Cuando, ya hombre, en mis ratos de ocio exploraba en el campo aún oscuro y a veces hasta contradictorio de la psicología, encontré que este peligro, contra el cual mi madre instintivamente me prevenía, era lo que algunos psicólogos llaman "imagen idealizada", que termina fatalmente por desgarrar la personalidad humana y someterla al infierno de la neurosis.

La ambición que a mí me impulsaba, por suerte, no era la "idealización de mi imagen"; todo lo contrario: estaba basada en la más pura realidad. Sabía que sin título, sin un esfuerzo extraordinario, constante y sufrido en la vida, jamás llegaría a ser "grande", sino que continuaría siendo "pequeño".

EN LA UNIVERSIDAD

Mientras proseguía mis estudios de Leyes, con mucha dificultad por las pocas horas disponibles, me vi obligado a golpear las puertas de la Universidad Católica para poder continuar los diferentes ramos del tercer año de Derecho que no podía cursar en la Universidad de Chile, donde seguía Comercio y Derecho Administrativo.

Fui aceptado como alumno en el curso de Derecho Civil que enseñaba el eminente profesor y jurista don José Ramón Gutiérrez (padre) y, en Derecho Internacional, el dictado por el joven abogado don Horacio Walker Larraín.

Las relaciones entre ambas Universidades no eran todo lo cordiales de lo que son hoy en día; desde luego, la Católica no podía considerarse una Universidad libre y pluralista. Vivíase una época de luchas religiosas, y esta Universidad constituía un baluarte de la Iglesia militante, dirigida por el eminente prelado Monseñor Carlos Casanueva.

Dispuesto así mi tiempo, todas las tardes asistía a la Dirección Central de Estadística, donde, después de largo interinato, me nombraron oficial cuarto de la Planta, con un sueldo que me permitía no sólo sufragar mis gastos personales, sino también ayudar modestamente a mi necesitada familia.

Como director de dicho servicio público actuaba el notable escritor y economista, y más tarde (en tiempos del Presidente Ibáñez) Ministro de Relaciones Exteriores y Comercio, y luego de Justicia, don Alberto Edwards Vives.

En la Universidad, como consecuencia del profundo divorcio existente entre ambos institutos superiores de enseñanza, me vi expuesto, en dos eventualidades, a perder mi tercer año de estudio. Felizmente, la amenaza fue superada.

Se trataba del examen de Derecho Internacional, el cual se rendía ante una comisión de dos profesores de la Universidad de Chile, que hacían mayoría, y el profesor del ramo, que en este caso era don Horacio Walker.

Presidía la comisión el prestigioso internacionalista don Guillermo

Guerra, famoso por su intransigencia anticlerical, que lo inducía a seleccionar preguntas polémicas para su interrogatorio a los alumnos de la Católica.

Al alumno que me precedió en el examen le preguntó textualmente:
-Dígame, señor, ¿el Vaticano es persona de Derecho Internacional?

El alumno agotó los argumentos enseñados por don Horacio para demostrar que la Santa Sede era persona de Derecho Internacional, pero el profesor Guerra volvió a confundirlo al preguntarle qué requisitos se precisaban para constituir un Estado de Derecho Público.

Cuando vi que el examinado empezaba a vacilar y enredarse, me puse muy nervioso. Por fortuna, divisé en la puerta de la sala a un compañero de La Serena, Exequiel Zavala, que seguía el curso de Derecho Internacional con el profesor Guerra, y a él acudí apresuradamente a fin de que me explicara cuál era la tesis de su profesor y sus fundamentos.

Apenas Zavala había terminado de informarme, cuando el examinador mandó a su asiento, reprobado, a mi predecesor, llamándome enseñada a tomar asiento ante la comisión. Como lo imaginaba, me hizo la misma pregunta y con idéntico intencionado tono. En el acto, temeroso de perder el año y con el riesgo de arrostrar la furia de don Horacio, le contesté, categóricamente, que la Santa Sede no era persona de Derecho Internacional.

La reacción no sólo afloró en la cara de don Horacio, sino también en la de todos los alumnos, que me hicieron una ruidosa arrastrada de pies. Hecho el silencio, el polémico examinador me pidió explicar las razones en las cuales fundamentaba mi aserto. Bien informado por Zavala (inteligente y espléndido amigo, muerto muy joven, cuando ya era Relator de la Corte de Apelaciones de Santiago), le di las mismas razones que Guerra enseñaba en su Cátedra. Estas eran:

1º Carencia de territorio.

2º Falta de una población estable y con los medios necesarios para mantener su independencia con la fuente de sus propios recursos.

3º Inexistencia de una autoridad reconocida, encargada de dirigir a la colectividad nacional y administrar los bienes del Estado en beneficio del común de sus habitantes.

Satisfecha la tesis del severo catedrático, sonriente me colocó una

bola blanca de aprobación, mientras don Horacio, con estrépito, me colocó la bola negra de reprobación, salvándome el otro examinador de la Universidad de Chile, que me puso otra bola blanca.

El Destino inexorable, siempre dispuesto a jugar en la vida con paradojas, hizo que el joven y agraviado maestro de la Cátedra de Derecho Internacional se transformara un día en el brillante y firme conductor de las Relaciones Exteriores de Chile, y en carácter de Canciller del mismo alumno que le había proporcionado tan sorprendente desencanto.

Pese a la intransigencia y sectarismo religiosos de la época, uno de cuyos enfrentamientos realizábase entre la Universidad de Chile y la Católica, logré salvar mi examen de Derecho Internacional y el año; lo que me era imprescindible en esta lucha contra el tiempo, con objeto de graduarme a la brevedad y recibir mi título de abogado.

Sin embargo, otros incidentes del mismo origen y que relataré a continuación, demuestran lo que era el ambiente de nuestro país en la década del 20.

Lo que me aconteciera en el examen de Derecho Internacional trajo como consecuencia que Monseñor Casanueva, Rector de la Universidad Católica, me llamara, no para reprochar mi actitud, sino para representarme la inobservancia de los Reglamentos de la Universidad, que en esa época exigían a los alumnos participar en "retiros" y "comuniones" obligatorios y que, por supuesto, yo no había cumplido.

Estaba, pues, en manos del señor Casanueva poder rendir mi examen de Derecho Civil, ramo que seguía, como ya lo he dicho, con el profesor José Ramón Gutiérrez, cuyas clases eran de una claridad y amenidad tales, que sus alumnos, sin excepción, salíamos a la vida profesional totalmente familiarizados con el Código Civil de don Andrés Bello. El lema de don José Ramón era: "Hay que conocer la geografía del Código para poder consultarlo".

Traté de explicar a Monseñor Casanueva mi situación de muchacho pobre, con la obligación de trabajar tarde y noche para subvenir a mi sustento diario e incluso ayudar económicamente a mi familia. Por este motivo, me veía obligado a seguir los cursos de tercer año de Derecho en ambas Universidades, distribuyendo en las mañanas mis horas de clases. Le agregé, además, que yo era librepensador, arreligioso, lo que me

impedía someterme a la reglamentación de observancia católica de la Universidad.

Terminé apelando a su espíritu de justicia, para que no me perjudicara tan gravemente en mi carrera al suspenderme del examen de Derecho Civil.

El señor Casanueva comprendió el caso, y haciendo excepción al ambiente sectario que reinaba en el país, llegó a reconocermé, paternalmente, el derecho a disentir de sus sentimientos religiosos.

Agradecí emocionado la tolerante actitud de Monseñor, pero comprendí que mi persona había dejado de ser grata en ese ambiente estudiantil y no volví a matricularme en dicho establecimiento.

En mi fuero interno me sentí muy reconfortado de haber podido salvar los dos escollos que tuve en la Universidad Católica y por haber rendido satisfactoriamente en la Universidad de Chile los exámenes de Comercio y Derecho Administrativo. Arregladas las posibilidades de esa temible amenaza en la forma que acabo de referir, quedé promovido al cuarto año de Derecho.

¡Sólo me faltaba, pues, un año para alcanzar mi ansiado título de abogado!

“Vacaciones”: un semanario satírico

En los meses de verano, una vez rendidos nuestros exámenes en la Universidad, los estudiantes regresábamos a nuestro terruño a disfrutar del ambiente hogareño y de un bien merecido descanso, aprovechando las playas y los agrados que nos proporcionaba una ciudad adormecida por el rumor del mar, el tañido de bronce de sus campanarios y la fragancia de sus huertos y jardines.

En las vacaciones del año 1922, a un grupo de universitarios se nos ocurrió sacudir la modorra de los serenenses con una revista satírico-literaria que llamamos *Vacaciones*.

Esta iniciativa la tomamos, entre otros, Alex Varela Caballero, quien reveló de inmediato sus extraordinarias condiciones de escritor y periodista por la elegancia de su estilo y claridad de expresión; Inocencio Pinto Durán y Darío Rojas Espoz. La dirección de la revista la asumí yo.

Este semanario aparecía todos los sábados y su precio era de veinte centavos.

En el primer número, Alex Varela escribió en el editorial que los fines del semanario no eran otros sino "dar a conocer las especulaciones de la inteligencia, del esfuerzo y de la acción colectiva", agregando a la nota cultural una dosis de buen humor y de sana crítica.

Ante el solo anuncio de la orientación festiva del semanario, los serenenses agotaron la edición, y aunque gradualmente fue aumentando su tiraje, las ediciones se terminaban una hora después de ser lanzadas a la calle.

La iniciativa tuvo pleno éxito. Pero no todos los serenenses aceptaron de buen humor que se les hiciera blanco de algún chiste, por inocente que fuera, porque no estaban acostumbrados a que sus nombres aparecieran en letras de molde y menos se les pusiera en solfa.

Esta inadaptación nos causó malos ratos, molestias y hasta la pérdida de amigos, en algunas ocasiones, como el caso que cuento más adelante.

Mientras tanto, Alex, con su intuición y sutil espíritu burlón, hurgaba noticias sensacionales y golpes periodísticos, revelándose ya el escritor de fuste que alcanzara fama en la prensa nacional como director del más antiguo diario de Chile, *El Mercurio* de Valparaíso.

Aprovechó su amistad con la inaccesible Gabriela Mistral, de paso en nuestra ciudad, para arrancarle la verdad de su resentimiento con La Serena y los serenenses.

Creo de verdadero interés reproducir la síntesis de este reportaje, de proyecciones históricas para la biografía de Gabriela, perdido en las páginas de un semanario humorístico, que terminó de publicarse tan pronto sus fundadores y mantenedores dejaron de ser estudiantes. De esto hace la friolera de ¡cincuenta y tres años!

Gabriela respondió a la pregunta, concreta y simple, de Alex si pensaba próximamente volver a La Serena, con esta tajante y lapidaria respuesta:

No volveré jamás. Conservo muy amargos e ingratos recuerdos de La Serena. De mis comprovincianos nunca obtuve una voz de aliento, una palabra de aplauso, un gesto abnegado. Por el contrario, cuando la Directora del Liceo de aquel tiempo, la alemana Ana Krusche, me expulsó

injustamente del establecimiento, por ciertas desavenencias personales, no hubo ni una sola voz que se levantara en favor mío. Hubo, sí, muchas voces en defensa de la extranjera, pero para la comprovinciana modesta, que en su interior llevaba la noble aspiración de surgir por encima de aquel ambiente ingrato ... el vacío.

Esta cáustica declaración causó impacto entre los serenenses, que terminaron por reconocer que habían sido ingratos, injustos e indiferentes con la modesta maestra de Monte Grande que luchaba por abrirse camino en la vida.

La sección humorística de *Vacaciones* era, sin duda, la que más interés y curiosidad despertaba y, a la vez, la que exigía un control muy estricto sobre las "tomaduras de pelo", para que la broma no excediera del límite de lo humorístico. Y ésa era una responsabilidad que pesaba sobre mí, como director del semanario.

A pesar de nuestras precauciones, una broma mía a un amigo de mucha confianza, pero sin una pizca de humor, me significó la pérdida de su apreciada amistad, a la que unió el desaire en pleno paseo público al dejarme con mi sombrero levantado en alto, como era la usanza de esa época, sin dar respuesta a mi cortés saludo.

En el diario *El Día* de La Serena, del 9 de marzo de 1975, en la crónica "La Serena de antaño", que escribe el destacado historiador y periodista Gustavo Rivera Flores, quien aún conserva en su poder la colección del semanario universitario, se reproduce precisamente este episodio con el siguiente comentario:

Eran los tiempos en que reinaba el buen humor. La ciudad era más pequeña y la gente se podía dar ciertos lujos, comer en abundancia, derrochar el tiempo, cantar y reír, porque la vida no tenía las complicaciones de hoy.

En uno de los números del semanario *Vacaciones* hemos leído una carta abierta dirigida por un estudiante universitario que colaboraba en dicha hoja periodística:

"Caballero Pancho: Ha tenido usted la gentileza de retirar el saludo a este su humilde admirador y amigo, por el desacato atroz de haberse preocupado de su tan gentil y apuesta persona. Para mí ello ha sido una sorpresa, y aún no comprendo cómo usted, joven refinado de sociedad y

de mundo, que lleva frac, baila shimmy, fuma bueno y bebe champagne; que lee a Loti, a Bourget y a Prévost, haya cometido (perdóneme la expresión) la siutiquería de quitar la protección a un amigo que jamás ha tenido la intención de zaherirlo ni ofenderlo.

“¡Qué ironía! Ya me imagino ver a mi ex amigo Pancho, con la majestad y el aspecto grave con que hoy mira a sus amigos, ocupar un banco en la Cámara. ¿Qué cara pondría o a qué desvarío lo arrastraría su susceptibilidad de provinciano orgulloso al verse caricaturizado por algunas de nuestras revistas?

“Ignoraba que la persona de mi ex amigo, como aquellos gatos sagrados de la mitología egipcia, era inviolable, indiscutible, sólo objeto de adoración.

“Creí, mi estimado ex amigo, engañado por su atavío exterior, dirigirme a un espíritu moderno y de mundo, pero encontré que su psiquis aún permanece adormecida con rancios prejuicios de apocado provinciano.

GABRIEL GONZÁLEZ VIDELA

Febrero 16 de 1922.”

Termina la crónica con el siguiente comentario:

Parece que cierta alusión del estudiante González Videla al amigo Francisco Cavada, en la sección “Pelambrillo semanal”, trajo el malentendido, lo que motivó el enojo y la negativa de saludo. No todos mostraban su buen humor, y en ese entonces también había señores graves que no admitían bromas de ninguna especie. El grupo de universitarios que editaba el semanario *Vacaciones* tenía por objeto tomar la vida más en broma que en serio. Pero no todos los habitantes estaban a tono con la juventud universitaria, que siempre ha sido alegre y que trataba en lo posible de hacer reír a los serenenses, sin ninguna mala intención. La carta abierta del estudiante González Videla deja ver ya al polemista, al político, al futuro parlamentario.

Nadie talvez en esos años imaginaba que aquel estudiante travieso, un tanto díscolo e inquieto, años más tarde sería Presidente de Chile.

Interrumpo mis estudios para cumplir con el servicio militar

Fui llamado por la Conscripción Militar a reconocer filas en el Regimiento Arica N.º 2, de La Serena, el 2 de noviembre de 1918, cuando se iniciaba el período de exámenes en la Universidad.

Ante tan grave dificultad para la continuación de mis estudios de Leyes, pero decidido, por otra parte, a cumplir con la Ley del Servicio Militar, opté por pedir a mi padre, que mantenía muy buenas relaciones con el Ministro de Defensa de esa época, el diputado radical señor Víctor Robles, que consiguiera la postergación de mi acuartelamiento hasta después de rendir todos mis exámenes y quedar promovido al cuarto año de Derecho.

El Ministro Robles, pesando la justificada petición, dictó el decreto respectivo, que me permitió el día 2 de febrero de 1919 presentarme al cuartel del Regimiento Arica cuando los conscriptos llevaban ya tres meses de instrucción militar.

Ingresé al curso de Aspirantes a Oficiales, donde encontré a muchos *compañeros de estudios, que me hicieron objeto de un cariñoso recibimiento*, que contrastó con la dureza y hostilidad del Sargento instructor, causada por mi tardía incorporación, quien después de conducirme a la enfermería para el examen médico y a la peluquería para el corte de pelo reglamentario, me entregó dos uniformes: uno de trabajo y otro de salida, con sus insignias respectivas. A continuación, sin dejar de rezongar por mi tardanza, me dio las instrucciones elementales para *conformar mi conducta en el cuartel*.

A las ocho de la noche, los Aspirantes estábamos ya en nuestras camas, y al toque de corneta que imponía "silencio", se suspendió la conversación, la lectura, todo.

Al día siguiente, a las cinco de la madrugada, se nos despertó al toque de diana, que nos obligó a levantarnos en plena oscuridad, mientras la aurora iba poco a poco asomando con sus primeros rayos por la cordillera. Luego se nos formó en el gran patio central del cuartel y de ahí se nos condujo a las cuadras o "caballadas", donde se guardaban los caballos que tiraban las pesadas piezas de artillería. (El regimiento era de artillería montada.)

Allí se me entregó un caballo, una escobilla, una rasqueta y un paño para el aseo del animal. Yo nunca había limpiado un equino, y mucho menos estaba entrenado en el arte de la equitación, que se practicaba inmediatamente después del aseo.

Aquí comenzó mi vía crucis para adaptarme a este rígido mundo de la Defensa Nacional, al que había ingresado por un deber patriótico.

Todos mis compañeros llegaron a compadecerme por la severidad del Sargento instructor, que me exigía un grado de preparación igual al de ellos.

Al primer salto de valla en el picadero caí en forma violenta, afortunadamente sin dañarme, porque la pista era arenosa y mullida, pero el susto acobarda al más valiente. Mis sorpresas siguieron a medida que iba incorporándome a la vida del cuartel, como igualmente los desaciertos en que incurría por mi desidia a someterme a la vida de soldado.

A las ocho de esa primera mañana, la 4ª batería, a la que pertenecía el curso de Aspirantes a Oficiales, estaba formada para dar cuenta al Capitán de las novedades y leer la "orden del día". Nadie me advirtió que iba a ser llamado por este jefe.

Efectivamente, al darle cuenta el Teniente de la incorporación de un nuevo Aspirante, su superior me llamó por mi nombre. Por falta de instrucción, en vez de dar un paso al frente, yo creí mi deber mostrarme un cumplido y bien educado universitario: salí de la fila, me dirigí donde el Capitán y, sacándome la gorra, le extendí la mano y le dije: "Mucho gusto en conocerlo, señor Capitán..." El Capitán tuvo la suficiente fuerza de voluntad para contener la risa, pero no así mis compañeros, incrédulos todavía de ver tan tremenda "paisanada".(1)

El Capitán Carlos Emparán, que posteriormente fue un cordial amigo, siempre recordaba con mucho humor la escena, y yo jamás olvidé que no me hubiera dejado con la mano estirada, después de tan cortés presentación...

Pero alguien tuvo que cargar con el desaguisado, y éste fue el Sargento, a quien se le censuró y arrestó en su pieza por no haberme instruido previamente para ser presentado al Capitán.

Esta circunstancia hizo que la malquerencia y hostilidad del Sargento hacia mi persona se hicieran más virulentas, no sólo por mi calidad de universitario reñido con la disciplina, sino por esos arranques de recluta incorregible. Me hacía trabajar en las labores más pesadas para mi débil contextura, con el fin de cambiar mi espíritu de "paisano".

Recuerdo que un caluroso día de verano me obligó, junto a los demás conscriptos, a descargar las carretas con sacos de cebada, de cien kilos

(1)En jerga castrense: hecho reñido con la disciplina militar.



Cuando fui ascendido a Sargento primero en el Regimiento Arica de La Serena.

cada uno. Por supuesto que al echarme sobre mis espaldas el primer saco, caí a tierra y, a pesar de mis esfuerzos, fui impotente para soportar semejante peso. (1) El Sargento, cobijado bajo la sombra de un árbol, me gritó entonces con regocijo y a la vez con furia: "¡Aspirante González, cuarto año de Leyes y no es capaz de cargar un vulgar saco de cebada!"

Estas y otras peripecias me convencieron de que la vida de cuartel era una cosa seria y peligrosa; que el mando y la obediencia eran los pilares en que descansaban la jerarquía militar y la disciplina, y por lo tanto mi condición de recluta atrasado y displicente me colocaba en una condición muy desventajosa.

Al mes siguiente, mis compañeros iban a ser promovidos a Cabos y yo seguiría como recluta. No me gustó mi posición de "colista", y decidí hacer cualquier sacrificio físico e intelectual para colocarme a la cabeza del curso de Aspirantes. Y lo logré. Meses después ascendía de Cabo a Sargento con la segunda antigüedad. Como consecuencia de esta súbita promoción, resolví al final de curso seguir un mes más para alcanzar como oficial el grado de Teniente 2º.

No pasó mucho tiempo después de mi licenciamiento cuando, el 11 de octubre de 1920, fui llamado de nuevo a reconocer cuartel, con motivo de la "Guerra de don Ladislao", como relato más adelante.

Mis experiencias de la vida de cuartel fueron muy provechosas. El servicio militar, además de inculcar en el joven, especialmente en el universitario, hábitos de disciplina, orden y sentido del mando, los hace hombres en el amplio sentido de la palabra: vigoroso desarrollo físico y culto por la hombría de bien.

(1) Posteriormente, una ley limitó a ochenta kilos el peso máximo de los sacos de carga.

Capítulo VI

LA ELECCION PRESIDENCIAL DEL AÑO 20

El 25 de junio de 1920 se realizó la elección presidencial que debía dirimir entre la Alianza Liberal, que llevaba de candidato a don Arturo Alessandri Palma, y la Unión Nacional, que postulaba a don Luis Barros Borgoño. Era Primer Mandatario don Juan Luis Sanfuentes, liberal democrático que apoyaba a ojos vistas al candidato de los "unionistas".

La elección de Presidente de la República en esos años era indirecta. Se votaba por "electores", los cuales, posteriormente, elegían al Presidente.

Realizado el escrutinio, las urnas dieron 179 electores al señor Alessandri Palma y 174 a don Luis Barros Borgoño.

Tan estrecho margen colocaba al "León" en una peligrosa encrucijada, porque el Congreso Pleno tenía la facultad de anular a los electores contra los cuales se entablaban reclamos; y como en el Congreso Pleno la Unión Nacional era bloque mayoritario, resultaba evidente que dejaría sin mayoría a Alessandri, y de acuerdo a la Constitución de 1833, procedería a elegir al señor Barros Borgoño.

Ante esa amenaza, don Arturo reaccionó violentamente y, arrojando al pueblo a rebelarse para apoyarlo, reunía a diario frente a su residencia de la Alameda a grupos de estudiantes y obreros partidarios suyos, los que no tardaban en provocar agitación en las calles adyacentes, en particular en la calle Moneda, frente al Palacio de Toesca, morada habitual de los Presidentes de Chile.

No obstante mis ocupaciones periodísticas y mi vida estudiantil, me daba tiempo para concurrir a las reuniones de la Alameda y participar en las asonadas, a fin de gritarle a don Juan Luis Sanfuentes las consignas de nuestro partido, matizado todo esto con las pedradas que lanzábamos a las ventanas del Palacio Presidencial.

Muchas veces nos rechazaron y fuimos apaleados por los "pacos", como se motejaba a la fuerza policial de la época. El Cuerpo de Carabineros no existía y su creación fue muy posterior: en 1927.

Más de una vez se nos detuvo y llevó a la comisaría, desde donde

fuimos sacados por gestiones de don Arturo, o por intervención de sus hijos Arturo o Fernando.

Cada día crecía la agitación, hasta el extremo de emplear armas de fuego en las manifestaciones callejeras, con objeto de que el Gobierno entendiera la soberana decisión del pueblo de no dejarse arrebatar el triunfo.

La guerra de don Ladislao

A la reacción derechista se sumó la violencia; y así —entre otros ejemplos— fue asaltada la Federación de Estudiantes, lo que vino a agravar aun más la situación, exponiendo al país a un enfrentamiento revolucionario de tipo clasista.

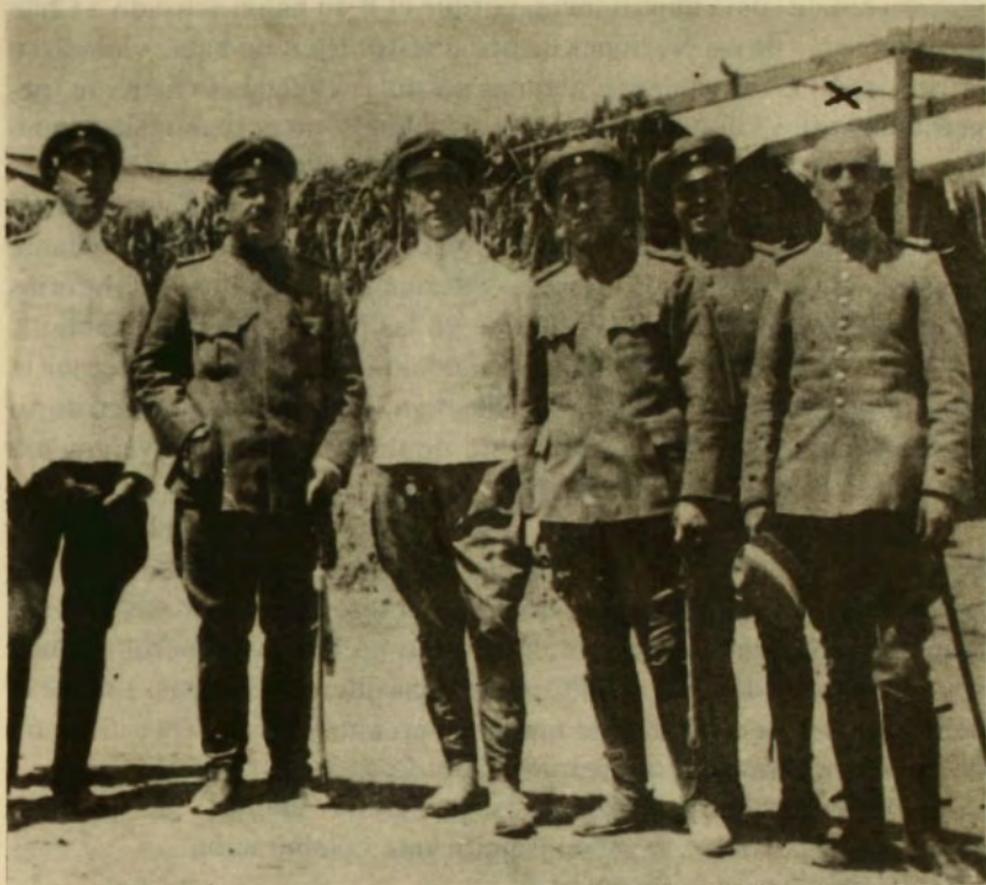
En ese momento comienza a correr el rumor —luego concretado oficialmente— de que el Perú movilizaba su Ejército para ocupar Tacna y Arica, todo de acuerdo con un informe del Jefe de la División Militar de la Primera Zona, General don Luis Cabrera.

El Gobierno chileno movilizó a su vez el Ejército y la Armada, y llamó a sus reservas a reconocer cuartel en el plazo de veinticuatro horas.

Pocos meses antes me habían licenciado del Regimiento Arica, de guarnición en La Serena, adonde nuevamente me incorporé llamado como oficial de reserva. Mi regimiento fue movilizado a Tacna, pero esta vez yo iba de oficial con el grado de Teniente 2.º, con caballo, mando de patrulla y sueldo.

La ciudad de La Serena nos despidió con arcos de triunfo y lluvia de flores, como si fuéramos héroes que de inmediato ofrendaríamos nuestras vidas luchando en los campos de batalla. ¡Exaltación del patriotismo serenense, que así despertaba de su quietud ante el posible peligro que podrían correr sus hijos! Lo mismo ocurrió en todo Chile.

Los primeros contratiempos los tuvimos al embarcar y desembarcar las piezas de artillería y la caballada, por falta de grúas y elementos de embarque en los puertos de Coquimbo y Arica, lo que significó un atraso de más de un mes en llegar al punto de destino, que era Tacna. Tiempo suficiente para que el Ejército peruano hubiera ocupado varias veces ambas ciudades.



En Tacna, en el campamento del Regimiento Arica, con la cabeza rapada, a la usanza de los reservistas. (Señalado por una cruz.)

En Tacna armamos nuestros campamentos a orillas del Caplina, riachuelo con más apariencia de acequia que de río.

Al día siguiente de nuestra llegada, el Comandante del Regimiento me designó jefe de una patrulla de veinte hombres, para explorar hasta el límite mismo con el Perú, pero con estricta prohibición de pasar la frontera e invadir territorio peruano.

Esto era de suma importancia, porque el Perú había acusado a Chile en la Sociedad de las Naciones de que nuestro Ejército había violado su territorio. Y, efectivamente, algunas patrullas chilenas lo hicieron, penetrando varios kilómetros al interior del territorio peruano, sin encontrar vestigios del Ejército de los potenciales adversarios.

El Comandante del Regimiento, junto con dar su orden, me advirtió que se me había elegido para esa misión dado mi carácter de estudiante de Derecho, conocedor de las reglas internacionales sobre declaratorias de guerra, y con la seguridad de que yo las tendría muy en cuenta.

Partí, pues, con mi patrulla, reiterándoles antes a mis subalternos la estricta prohibición, individual o colectiva, de internarse en territorio peruano, bajo pena de caer en delito de desobediencia, severamente castigado por el Código Militar.

Llegamos al límite y, con la ayuda de prismáticos, exploramos el horizonte, sin divisar un ser viviente en el yermo territorio.

Pasaban entretanto las semanas y los meses. Tacna, con sus diez mil hombres movilizados, habíase convertido en inmenso cuartel, donde sólo se veían soldados con uniformes de las diferentes armas, sin que la población civil, en su inmensa mayoría peruanos, saliera a la calle, a fin de no dar oportunidad al menor contacto con los chilenos.

El recelo y la antipatía hacia nosotros eran evidentes. Sus hogares, cerrados, negábanse a la más insignificante colaboración.

Pero esto no era lo más grave.

La movilización decretada por el Gobierno chileno cuando el proceso electoral hallábase en un crítico y apasionado momento, es decir, cuando el pueblo se rebelaba para defender el triunfo de Alessandri en las urnas, amenazado éste de ser desconocido por el Congreso Pleno, comenzó a engendrar un descontento peligroso entre la oficialidad joven y la tropa. Se empieza a creer, primero, y a convencerse después, que la movilización había sido un pretexto para arrebatarse el triunfo a Alessandri. Esta creencia era confirmada por el hecho de que ninguna patrulla exploradora chilena divisó jamás un solo soldado peruano a veinte kilómetros de distancia de la frontera.

Ya fuera por la precipitada movilización, que demostró que Chile no estaba lo suficientemente preparado para afrontar una guerra, o por el cansancio y el tedio de la tropa concentrada en la pequeña ciudad de

Tacna, con malos alojamientos y peor alimentada, el hecho es que la disciplina se relajó a tal extremo, que soldados de algunos regimientos de Tarapacá y Antofagasta se reunieron en un campo colindante al cementerio general, y, en franco motín, pidieron su desmovilización para volver a luchar en sus pueblos, a fin de que no le fuera arrebatado el triunfo a Alessandri.

Don Ladislao Errázuriz Lazcano, hombre de excepcional energía y carácter, era Ministro de Guerra y Marina desde el 1.º de julio de 1920. Acusábasele, por su amistad con Barros Borgoño, de ser el inspirador de la estratagema para llevar al país a una movilización que levantara el fervor patriótico (como efectivamente ocurrió) y desviar así a la opinión pública de la tensión provocada por el proceso electoral en desarrollo.

Por eso a esta precipitada movilización de diez mil ciudadanos se la llamó "la guerra de don Ladislao".

El propio don Arturo, en su obra *Recuerdos de Gobierno*, reconoce que don Ladislao procedió de buena fe al movilizar al Ejército, para prevenir la amenaza denunciada por el Comandante en Jefe de la Guarnición del Norte, General don Luis Cabrera.

No obstante, algún tiempo después de la movilización, llegó a conocimiento del Ministro de Guerra y Marina, señor Errázuriz, el descontento, el estado de exaltación de la oficialidad y tropa en Tacna. Estos habían llegado a excesos de peligrosa indisciplina.

Se designó, entonces, al General Boonen Rivera, declarado enemigo de Alessandri, para que informara sobre la verdad de lo ocurrido en Tacna y su trascendencia, y asumiera el mando de esa guarnición, en reemplazo del General Cabrera.

La llegada a Tacna de este General exaltó más los encendidos ánimos, y especialmente la tropa cometió actos no ya de indisciplina, sino de amotinamiento, como el ocurrido en el Pasaje Vigil de Tacna y del cual fui testigo ocular.

Unos trescientos soldados de los regimientos de Antofagasta e Iquique, que llevaban en sus gorras el retrato de Alessandri, esperaron en ese lugar el paso del General a las oficinas del Comando en Jefe, ubicado muy cerca del pasaje; y apenas lo vieron comenzaron a vejarlo con rechiflas, insultos y denuestos. El valor y la sangre fría del General, que caminaba acompañado de su ayudante, le salvaron de ser víctima de una

agresión física que pudo ser fatal, si se tomá en cuenta el desborde de la ira instintiva que se desata en esta clase de hechos.

No obstante mi alessandrismo, sufrí una fuerte reacción en contra de los manifestantes cuando vi que soldados chilenos, que vestían el uniforme de nuestro Ejército, comportábanse como fieras al pisotear la disciplina, sustento firme de todo Ejército regular, y al faltar el respeto que se debe a la jerarquía al vejar a un General de la República.

Después de estos bochornosos e incalificables hechos, puestos en conocimiento del Ministro de Guerra, el General Boonen Rivera no aceptó la Jefatura de la zona y regresó a Santiago.

El informe verbal, posteriormente proporcionado por este digno militar, y del cual tomaron conocimiento los dirigentes de la Unión Nacional, obligó a éstos, ante el riesgo de una sublevación de la guarnición nortina, a abandonar la campaña para arrebatarse a Alessandri su triunfo, y aceptaron formar el Tribunal de Honor auspiciado por don Arturo para que éste fallara en definitiva, dándole el triunfo al que juzgara ganador en la elección.

El Tribunal quedó compuesto por los señores Ismael Tocornal, Luis Barriga, Emiliano Figueroa, Ramón Briones Luco, Armando Quezada Acharán, Abraham Ovalle y Guillermo Subercaseaux. Por cinco votos contra dos, el Tribunal reconoció el triunfo de Alessandri. Los dos votos de minoría fueron emitidos por los señores Subercaseaux y Figueroa.

El 6 de octubre de 1920 se reunió el Congreso Pleno, y por 87 votos contra 29 se proclamó Presidente de la República, por el período constitucional de cinco años (1920-1925), al ciudadano don Arturo Alessandri Palma.

La proclamación del combativo líder por el Congreso Pleno produjo un clamoroso júbilo entre los oficiales y tropa de la guarnición, lo que obligó a éste a viajar a Tacna para calmar al inquieto Ejército movilizadizo, que exigía allí su presencia.

La llegada del "León" a Tacna es uno de los espectáculos más impresionantes entre los que he presenciado a lo largo de mi vida. En realidad, fue una apoteosis sui géneris. La muchedumbre no estaba formada por civiles, sino por ciudadanos uniformados; en efecto, en el camino, varios kilómetros antes de llegar a Tacna, miles y miles de hombres de tropa, con sus gorras en alto que llevaban el retrato de

Alessandri, abrían paso al candidato triunfante, ya electo, y lo aclamaban con delirio.

Todo este desborde de júbilo y entusiasmo se hacía, sin embargo, con el sacrificio de la jerarquía militar, gravemente comprometida por la euforia alessandrista.

El Ministro de Guerra, impuesto del relajamiento de la disciplina, la que los Comandos de los regimientos no lograron imponer a la llegada del Presidente electo, se apresuró a desmovilizar las tropas.

Ese fue el fin de la muy famosa "Guerra de don Ladislao".

TRANSMISION DEL MANDO

El 23 de diciembre de 1920 se efectuó la Transmisión del Mando en el Salón de Honor del Congreso Nacional.

Una multitud desbordante, jubilosa, optimista, daba a Santiago la imagen de una ciudad en fiesta, que impedía el paso del "León" para alcanzar el Congreso Nacional.

Asistí a la ceremonia desde la tribuna de la prensa, y esta vez ya no me deslumbraron, como en mi primera visita, ni la severidad arquitectónica del Salón de Honor, con sus bellas columnas y sus racimos de luces, ni el gigantesco mural del Descubrimiento de Chile, de Pedro Subercaseaux.

Ahora, a pesar de mi antipatía de opositor, me impresionó fuertemente la figura majestuosa y señorial del Presidente Sanfuentes, que recibía con irónica sonrisa e imperturbable tranquilidad la rechifla de sus adversarios.

Ante su paso, me quedé mudo, y mis labios no fueron capaces de lanzar un silbido de protesta, ni un grito de victoria por el advenimiento de una nueva época y el entierro de otra que se iba con él.

Efectivamente, don Juan Luis Sanfuentes, hábil político, perteneciente a la aristocracia chilena postcolonial que el historiador Francisco Antonio Encina ha denominado castellano-vasca, fue el último gobernante descendiente de esa casta; pero es hidalgo reconocer que ella hizo de una pobre colonia española una República en forma, edificada sobre bases sólidas de gran estabilidad institucional.

Pero el Destino, con sus inexorables leyes de evolución y mutación, al entregar el cetro del Poder al señor Alessandri, da paso también a una nueva clase, culta y laboriosa, que venía pujando por abrirse camino y sacudirse de los complejos de inferioridad a que la aristocracia la tenía sometida, ya motejándola como de "medio pelo", ya aplicando a sus esforzados hijos el calificativo de "siúuticos".

De ahí que la elección del año 20 marcara una fecha memorable con la sucesión de una etapa a otra distinta, en la cual se fija un hito de progreso social en nuestra República: el del advenimiento de la clase media al

Poder. Se inicia ese año el despertar de los trabajadores para luchar por la dignificación de su pan, su sindicalización, sus derechos hasta entonces postergados.

*Mis actividades como corresponsal en el Gobierno de Alessandri.
Una indiscreción que provoca la ira del "León"*

Desmovilizado del Ejército, pude rendir los exámenes correspondientes al cuarto año de Derecho, en cuya preparación estuve dedicado en Tacna dentro de mi carpa de campaña, en las horas libres, que eran muchas.

Me reintegré, además, al cargo que ocupaba en la Dirección Central de Estadística; y con gran entusiasmo renové mi trabajo de corresponsal de los diarios *La Prensa* de Coquimbo y *El Coquimbo* de La Serena.

Las actividades periodísticas, muy gratas a mi espíritu inquieto, permitieron que siguiera de cerca el dramático camino recorrido por el Gobierno de la triunfante Alianza Liberal con su abanderado, don Arturo Alessandri, el político que tenía en ese momento el timón de la República.

Desde la tribuna de la prensa en el Senado y en la Cámara de Diputados, fui testigo de cómo poco a poco este formidable y arrollador movimiento social y político fue debilitándose en su unidad y cohesión por las rivalidades de hombres y partidos. Cómo se derribaban los Gabinetes, por las más absurdas y nimias causas; cómo la obstrucción parlamentaria, por una parte, y, por otra, la condescendencia del Presidente hacia un reducido círculo de amigos personales, que la oposición llamara "la execrable camarilla", fueron causantes de que la duda, la decepción, el escepticismo, comenzaran a despuntar en el alma del pueblo y de la clase media.

Mientras tanto, dos problemas fundamentales trataba de solucionar el Presidente: la reforma constitucional, para poner término a la rotativa ministerial establecida por el régimen parlamentario, instituido de hecho después de la Revolución de 1891, y la solución del problema de Tacna y Arica, permanente causa de fricción con nuestros vecinos peruanos, que podía explotar de un momento a otro.

El cambio del régimen parlamentario al presidencial de Gobierno,

donde los Ministros dependen, de manera exclusiva, de la voluntad del Presidente de la República y no de los votos de confianza del Parlamento, fue en el acto combatido por el Partido Radical.

Pero lo que apasionó el patriotismo de todos los chilenos fue el problema de la aprobación del Protocolo de Washington, firmado el 20 de junio de 1922, entre los representantes chileno y peruano, y por el cual se sometían al arbitraje del Presidente de los Estados Unidos las dificultades por el incumplimiento del Tratado de Ancón. Esto ponía en juego el amor propio nacional ante la expectativa de una partija o de la pérdida de los territorios de Tacna y Arica, por decisión plebiscitaria.

En el Congreso, digamos en el Senado en particular, tuve la suerte de seguir el apasionante debate internacional, no exento de odio revanquista de los sectores conservadores. También, día a día, aumentaba el caudal opositor la cáustica crítica de don Eliodoro Yáñez, que desde el diario *La Nación* disparaba contra su antiguo contendor triunfante en la Convención de la Alianza Liberal.

Alessandri respondió a unos y otros opositores montando una oficina de prensa en La-Moneda, para difundir a través de todos los periódicos de provincias una sincronizada campaña, ensalzando como el más grande triunfo internacional de Chile la firma del Protocolo. También se aprovechaba para desprestigiar a sus impugnadores, entre los cuales se destacaba lógicamente don Eliodoro Yáñez.

En su obsesiva tenacidad de ganar la aprobación del Protocolo y conquistar el favor del público, no le bastó instalar en la propia Moneda —como ya lo dijimos— una oficina de prensa y propaganda, sino que apeló en persona al cuerpo de corresponsales de los diarios de provincias, para tratar de catequizarlos y usarlos como francotiradores contra “los viejos del Senado”, como despectivamente llamaba a los miembros de la Cámara Alta.

Un día del mes de julio de 1922 fuimos citados a La Moneda más o menos veinte corresponsales. En esa reunión, Alessandri nos dio una ilustrada y sutil conferencia, para convencernos de que lo mejor para el interés nacional era recurrir al arbitraje para solucionar el problema de Tacna y Arica. Al hacer una pausa en su disertación, uno de los nuestros le preguntó cómo se explicaba que senadores de la talla de don Eliodoro Yáñez, miembro destacado de la Alianza Liberal, estuviera ahora cam-

peando con los tradicionales enemigos del nuevo régimen y atacando con tanta violencia la iniciativa presidencial. A lo que don Arturo, muy exaltado y con su vocabulario característico, respondió sentenciosamente que don Eliodoro lo atacaba por un bajo sentimiento de revanchismo; esto es, a causa de la derrota que le había infligido en la Convención de la Alianza Liberal para designar candidato a la Presidencia de la República.

Antes de retirarnos de Palacio, nos invitó a los comedores privados de La Moneda a un bien servido y regalado coctel, en el cual el "León", con cautivantes modales y afables palabras para cada uno de nosotros, hizo derroches de obsequioso anfitrión.

Cerca de las nueve de la noche nos despidió con abrazos y fuertes apretones de manos, para después acompañarnos hasta la escalera que da a Morandé 80.

Volé al Telégrafo, para despachar por "vía triple" la noticia de la entrevista con el "León" y el ágape que él nos ofreció en Palacio.

Engatusado, por una parte, por la verba persuasiva de don Arturo y, por otra, por la humana vanidad de destacar en los diarios mi presencia en esa reunión en La Moneda, mi versión, aunque veraz, fue quizás demasiado viva, cuando traduje el juicio del Presidente con respecto a la actitud opositora del señor Yáñez.

La Prensa y El Coquimbo, como si se hubieran puesto de acuerdo, salieron al día siguiente con unos enormes encabezamientos que decían:

"Alessandri enjuicia a Yáñez. Agape en La Moneda, al cual es invitado nuestro corresponsal".

En esa época *La Nación* de Santiago mantenía canje con todos los diarios de provincias; y, por supuesto, llegaron a manos de don Eliodoro las dos ediciones de mis diarios con dichos titulares y su colorida narración.

Don Eliodoro, el mismo día, en la sesión de la tarde del Senado, antes de iniciar su larga y documentada intervención de fondo, denunció a la Corporación, exhibiendo los ejemplares de mis diarios, "la grotesca propaganda movida por los hilos del Telégrafo y los ágapes presidenciales". "La opinión de las provincias debe ser ilustrada con el convenci-

miento y el estudio sereno de los hechos —expresó Yáñez— y no desacreditando a los opositores que son, asimismo, representantes del Congreso soberano”.

Don Arturo, indignado por mi vanidosa indiscreción, me hizo buscar con dos detectives, no para hacerme detener, sino para que me retratara de inmediato. Previamente, con su propia mano había redactado un humillante desmentido, del cual fui informado a tiempo por uno de mis colegas.

Si bien yo no era culpable de los títulos jactanciosos de mis diarios y la versión que había dado correspondía exactamente a lo que pasó en La Moneda, opté, sin embargo, por retirarme discretamente a mi casa de La Serena, donde permanecí algunos días, hasta que amainó el temporal.

No obstante la encarnizada oposición hecha en el Senado, donde se rechazó el Protocolo, con una sutil enmienda fue aprobado por la Cámara de Diputados, el 14 de noviembre, por una aplastante votación de 78 votos contra 27. Careciendo el Senado de mayoría para insistir en su rechazo, el proyecto se aprobó en definitiva el 28 de noviembre de 1922.

El 14 de diciembre se mandó extender el instrumento de ratificación. Quince días después el Presidente de los Estados Unidos aceptaba servir de árbitro.

Pero no fueron sólo las tribulaciones del Protocolo por las cuales hube de pasar como corresponsal bajo el Gobierno de don Arturo.

Al cumplirse un año del maremoto que asoló el puerto de Coquimbo, ocurrido en el “bajo del Puerto”, se publicó en *La Nación* un pronóstico del Capitán de Corbeta Waldo Nuño Jiménez, astrónomo que más tarde fue jefe de la Oficina Meteorológica de Chile, donde anunciaba la posibilidad de que se repitiera la “salida del mar” en la bahía de Coquimbo.

Sin exagerar en nada, transmití esta información a los diarios de los que era corresponsal.

La Prensa recibió la comunicación telegráfica más o menos a las siete de la tarde, y el director, que gustaba mucho de frecuentar el Club de Coquimbo, fue con la noticia a ese lugar. Allí, espíritus timoratos y exaltados exigieron que ella se comunicara a Carabineros para que, a su vez, la pusiera en conocimiento de la población, especialmente la de los barrios bajos.

El rumor que se inició en el Club de Coquimbo se transformó luego en

pánico colectivo. Carabineros, de casa en casa, creyó necesario obligar a las gentes a refugiarse en los cerros, las cuales salían despavoridas, cargando apenas lo necesario para poder cubrirse.

A la mañana siguiente, casi todos los habitantes amanecieron en los cerros en camas improvisadas y, además de trasnochados, muertos de frío. El anuncio del astrónomo Nuño sólo era una probabilidad, y en ningún caso representaba certeza alguna, pues no existe, hasta hoy, base científica para pronosticar los fenómenos sísmicos.

En duros aprietos me encontré cuando, al día siguiente, recibí una citación del Ministerio del Interior, acusado de transmitir noticias alarmantes, a la cual acudí sin el amparo de una Asociación de Prensa, ni de un gremio periodístico, porque entonces no existían.

Fui a defenderme con un ejemplar de *La Nación* y del telegrama que despachara a *La Prensa* que reproducía con exactitud la noticia del diario.

Felizmente, pude convencer al Ministro del Interior que la responsabilidad de esa publicación con caracteres sensacionalistas era exclusiva del director del diario que había exagerado la noticia, de acuerdo con una vieja costumbre periodística, especialmente en provincias.

LA CLASE MEDIA Y EL RADICALISMO

La revolución pacífica del año 20, que puso fin al predominio de la oligarquía santiaguina en la sucesión de los Presidentes de Chile, no fue obra propiamente de un hombre, sino del lógico y natural desenlace de una evolución social que venía desde los tiempos de Bilbao y que el Partido Radical impulsara, a partir de su fundación, por intermedio de los liceos y de la instrucción primaria o básica.

Esta no es una ligera afirmación partidista; basta con echar una ojeada al pasado histórico de nuestra Patria para que el espíritu más obcecado reconozca la verdad de este aserto.

Es un hecho que, durante la Colonia, España incorporó en sus posesiones de América un tipo de señorío feudopatriarcal organizado en el sistema de las "encomiendas".

Los historiadores y sociólogos difieren del número de clases sociales claramente observables que había cuando Chile se liberó del dominio español y se transformó en un Estado republicano. Según unos, sólo existían dos clases sociales: la clase poseedora de los encomenderos y la de los siervos y peones; según otros, penetrando más en las funciones de los habitantes, había cuatro clases: 1.º La de los jefes políticos y militares, que actuaban en nombre del Rey. 2.º La de los criollos, esto es, de los hijos nacidos en América, pero de madre y padre españoles. 3.º La de los mestizos, que, sin voz ni voto en el Gobierno de la Colonia, en su gran mayoría eran libres, vale decir, jurídicamente no esclavos. 4.º La población indígena.

Es evidente que en ninguna de estas divisiones aparece una clase media con las características, organización y finalidades de los movimientos sociales que luego irrumpen y se imponen en Chile.

Eran clases superpuestas: unas para mandar, explotando; las otras para obedecer, odiando.

La clase media vino recién a insinuarse como tal cuando toma cuerpo el criollismo, en buena parte integrado por gremios de las distintas actividades nacionales: bajo clero, maestros, artesanos, pequeños labradores, despacheros, tenderos al menudeo, los servidores de la poli-

cía y municipalidades, etc., todos los cuales se beneficiaron al desarrollarse, con perspectivas óptimas, la minería y el comercio a mediados del siglo XIX. Exactamente cuando los precursores del radicalismo chileno echaban las bases de la organización oficial del partido (1863).

No obstante este esfuerzo económico, la evolución social de nuestro país era muy lenta; el espíritu de la Colonia sobrevivía en las imperturbables costumbres de la clase pudiente, que en gran parte alternaba la explotación de sus "encomiendas" con una vida consagrada a la siesta y sus devociones religiosas.

La incipiente movilidad de la mesocracia de esa época no alcanzaba todavía a constituir una *clase social*, debido a su insignificancia numérica y escasa preparación cultural.

Hubo de pasar un largo período para que la educación impartida por los liceos y las escuelas primarias hiciera sentir su fecunda influencia en la masa media del país. Y así fueron incorporándose año tras año falanges de abogados, médicos, ingenieros, profesores, técnicos, periodistas y profesionales de competencia en general, que levantaron inmediatamente el nivel pedagógico e intelectual de esa tendencia clasista, ya en franco desarrollo y madurez.

A este decisivo impulso se unieron los efectos de un fenómeno migratorio de no menos importancia que el anterior. Fue éste la llegada de ingenieros, técnicos, empleados y obreros especializados venidos de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y España atraídos por el auge del salitre y el descubrimiento de la "California chilena" en la zona del Norte Chico, con fabulosos yacimientos de oro, plata y cobre, que perduraría hasta fines del siglo XIX.

Al mismo tiempo, la inmigración alemana, traída por Pérez Rosales, contribuía al desarrollo y progreso de las provincias sureñas.

La influencia del aporte de cerebros, experiencia y brazos europeos resultó de incalculable beneficio para el asentamiento de la clase media e inspiró en ella un nuevo espíritu de progreso en todas las ramas de la actividad humana.

Estos cambios hicieron el milagro de que en un ambiente de desidia despertara una nueva clase con profundos hábitos de trabajo, superación y sobriedad. Por eso cabe decir que los dirigentes del radicalismo

—con Valentín Letelier a la cabeza— tuvieron una visión extraordinariamente realista para reclutar sus huestes en ese sector de la población.

La conquista del poder político, especialmente la de las bancas del Congreso, fue una ardua y difícil tarea. Los primeros representantes de la clase media que lograron llegar hasta él fueron, por cierto, radicales, que recibieron el altanero menosprecio y mordacidad de los partidos tradicionales. No podían éstos mirar con satisfacción el ascenso a los mandos de la ciudadanía de esta nueva clase que representaba a la mesocracia naciente.

Fidel Muñoz Rodríguez, joven tribuno del radicalismo serenense, decía en la Cámara de Diputados, el 10 de agosto de 1911:

“El Partido Conservador combate sin tregua al Radical, tachándolo de no ser sino el representante de la clase media, sin raíces en el pueblo; partido compuesto por un núcleo de profesionales y oficiales de peluquerías, cantinas y baratillos.

“No saben que la grandeza de una nación está precisamente en la clase media, que en su conjunto es la más ilustrada, y, también, es la que educa y forma la opinión del pueblo”.

“Con razón —sostenía un eminente publicista inglés— las clases medias, es decir, el mayor número de las gentes con educación, forman el sólido basamento del poderío británico.”

Ya en las elecciones de 1912, la clase media logra ubicar en la Cámara de Diputados a brillantes paladines como Armando Quezada Acharán, Pedro Aguirre Cerda, Héctor Arancibia Lazo, Enrique Oyarzún, Pablo Ramírez, Víctor Robles, Guillermo Bahamondes, entre los radicales, y a Malaquías Concha, Guillermo Bañados y Pedro Nolasco Cárdenas, entre los demócratas.

Seis años después, la clase media obtiene un triunfo aplastante en las elecciones de 1918, donde la Alianza Liberal derrota en el Senado y en la Cámara a la coalición de derecha. Por primera vez llega al Parlamento un número abrumador de hombres de extracción provinciana y mesocrática, como eran Antonio Pinto Durán, Octavio Señoret, Víctor Celis, Luis Ambrosio Concha, Galvarino Gallardo Nieto, Remigio Medina, Wenceslao Sierra, Ramón Ernesto Videla, Gustavo Silva Campos, Carlos Alberto Ruiz y otros.

En la sesión del 26 de diciembre de 1918 le corresponde a otro joven

tribuno, también serenense, y ya famoso por su espíritu cáustico y mordaz —Antonio Pinto Durán—, levantar su elocuente voz para saludar el advenimiento de una nueva clase al Parlamento. “Estamos asistiendo —dijo— a la transformación de todos los valores. A nuestra antigua organización social, formada por una oligarquía omnipotente arriba y un pueblo analfabeto y miserable abajo, ha sucedido la formación de una clase media numerosa, ilustrada, inteligente, que analiza y juzga por sí misma, que no se deslumbra y, al contrario, sonríe bondadosamente”.

Añadía en otra ocasión: “Es cierto que con frecuencia me refiero a la oligarquía; pero es porque la oligarquía es el gran hecho social y político de nuestro país, es el gran hecho político y social de nuestra Historia”.

Con motivo de la ruptura de la Alianza Liberal, la expulsión de los radicales del Gabinete y la presentación en la Cámara de un Gabinete de franca reacción oligárquica, clerical, Pinto Durán, haciendo gala de su agudeza y sentido del humor, se refería así a la personalidad de los nuevos Ministros:(1) “Los preside un representante distinguido de nuestra más rancia aristocracia. En el Ministerio de Relaciones Exteriores podemos ver a un retoño distinguidísimo de la ilustre familia de los marqueses de Casa Real. Los demás son todos hijos y nietos de Presidentes de la República o descendientes de oidores de la Real Audiencia, evocando así en estos bancos prosaicos imágenes coloniales, arreboladas por la pátina del tiempo y por el polvo augusto de los siglos”.

En ese mismo año entrábase una verdadera lucha de clases entre los sectores medios salidos de los liceos y Universidades del Estado y las fuerzas de la oligarquía representadas por el Partido Conservador y los liberales unionistas, lucha que mantenía al país en un ambiente de agresividad y odio, anuncio no de “la fronda aristocrática” de que hablara Alberto Edwards, sino del viento precursor de una tempestad revolucionaria.

El mismo Alberto Edwards, que por su familia pertenecía a uno de los círculos más estrechos de la oligarquía santiaguina, cuando se refiere al antagonismo de ambas clases no deja de reconocerlo:

(1) Los Ministros eran: Interior, José Florencio Valdés Cuevas; Relaciones Exteriores, Alamiro Huidobro; Instrucción, Guillermo Subercaseaux; Guerra y Marina, Germán Riesco; Obras Públicas, Oscar Dávila Izquierdo.

El fondo de la querella —dice— era muy simple. En el complejo problema político de la época, la clase media rebelde no veía sino la dominación de una oligarquía que se le antojaba específicamente incapaz, desnacionalizada, sin moralidad ni patriotismo. La aristocracia política, por su parte, no pretendía disimular su desprecio por esos advenedizos, vencidos en las luchas de la vida económica y social, que intentaban suplantarla en la dirección del país. Esos hombres destituidos de experiencia y capacidad directiva, sin lastre histórico ni aptitudes hereditarias, en el concepto de sus émulos, sólo conseguirían derribar el majestuoso edificio de la República, levantado trabajosamente durante varias generaciones.

Por su parte, la ágil e incisiva pluma de Carlos Vicuña Fuentes, conocida en su obra *La Tiranía en Chile*, nos da un aguafuerte sobre la oligarquía:

Su vicio peor es su obstinada tendencia a mirarse como una raza distinta, cerrada, que no debe mezclarse ni contaminarse con las demás. Muy unidos entre sí, fuertemente vinculados por lazos de familia, negocios comunes y aspiraciones políticas, consideran al estado llano que les sigue como fundamentalmente inferior e indigno, y no entran en contacto con él, sino en forma mínima y con no disimulada repugnancia. En el fondo de su alma, se creen de otra especie zoológica, distinta y superior.

Aunque no tienen antecedente alguno en que fundar una prosapia noble, pues sus antepasados llegaron a Chile a la hora undécima, como inmigrantes pobres y pacíficos, la mayoría como simples artesanos, y no se lustraron en la Conquista ni en las guerras de Arauco, ni en la Independencia, presumen, sin embargo, de nobles y linajudos, pavonean los escudos que compraron sus mayores y los títulos que obtuvieron por alianza, todos ellos comprados también al Rey de España en buenos y pesados patacones.

Acalladas las pasiones con el trascurso del tiempo —rasero implacable que sólo deja en pie los verdaderos valores históricos—, vemos que nuestras primeras clases dirigentes dejaron también tras de sí un pasado de grandeza, cuando consolidaron el régimen civil y republicano de Gobierno y sometieron, con Portales, el caudillaje, imponiendo la autoridad y el respeto a la ley; cuando destruyeron con habilidad y astucia a la Confederación Peruano-Boliviana del Mariscal Santa Cruz, y cuando, con sacrificios heroicos, llevaron de victoria en victoria a las armas chilenas en la Guerra del Pacífico.

SE INICIA MI CARRERA
PROFESIONAL

Este fue un año decisivo en el rumbo de mi vida.

Había cursado satisfactoriamente todos los estudios de Derecho en la Universidad de Chile, y me dediqué a preparar la "Memoria de Prueba" para optar al grado de Licenciado en Leyes y Ciencias Políticas, requisito previo para alcanzar el título de abogado.

Elegí como tema la "Estadística", ciencia que por no ser conocida en esos años, se le daba poca importancia en los estudios de Economía y Hacienda.

Pero mi experiencia como funcionario de la Oficina Central de Estadística me hizo comprender las ventajas y utilidad que esta disciplina puede aportar al Estado, a los Gobernantes y particulares. Es un notable instrumento de investigación cuando se la emplea con espíritu verdaderamente científico y veraz; pero peligroso y nefasto cuando se la tuerce o adultera.

Tuve la suerte de contar con la bondadosa e ilustrada colaboración técnica de don Alberto Edwards, director de dichas oficinas y jefe directo mío, quien colmaba mi curiosidad de provinciano con su amena charla sobre la vida y costumbres de la sociedad chilena a principios de siglo. Más tarde, todo su pensamiento, críticas y presagios los vació en la notable obra que tituló *La fronda aristocrática*, muy consultada por sociólogos, políticos e historiadores y que produjo en su época gran revuelo en todos los círculos intelectuales.

Aprobada la Memoria, rendí examen de abogado ante la Corte Suprema; pero, al ser interrogado por el Ministro de más edad, don Eliseo Cisternas Peña, sin que fuera mi intención, incurrí en una lamentable "plancha".

El señor Cisternas Peña me interroga en forma directa y me dice:

—Señor, ¿puedo ser yo designado curador o tutor?

Precipitadamente le respondo:

—No, señor, no puede por razón de sus años...

Por las miradas risueñas de los otros miembros del Tribunal hacia mi

octogenario interlocutor, me doy cuenta de mi poco atinada respuesta, aunque tarde, pues me rectifico y doy la contestación correcta de que era el cargo que desempeñaba lo que le excusaba de ser tutor o curador.

Con mi ambicionado título y una experiencia rica en emociones y conocimientos como funcionario público, periodista y estudiante universitario, regresé a mi querida ciudad natal, donde desafiando aquel proverbio de que "nadie es profeta en su tierra" decidí abrir mi bufete de abogado y enfrentarme resueltamente con las dificultades que me deparara la lucha por la vida.

Al llegar a la Estación de los Ferrocarriles encuentro a mi madre en un deplorable estado de ánimo, y, al abrazarme, irrumpe en llanto. mientras con palabras entrecortadas me comunica que para no interrumpir mis exámenes finales me había ocultado que la enfermedad de mi padre, anunciada, *sin mayor importancia, tenía consecuencias más graves*; estaba parálitico y sin habla. Por otra parte, como los malos negocios le tenían al borde de la quiebra, ofreció a sus acreedores entregarles nuestra casa de la calle Colón, que era el único bien que poseíamos. Mi madre terminó diciéndome que estábamos entre la ruina y el descrédito, con una declaratoria de quiebra pendiente. Y me repetía, abrumada, que yo era la única esperanza de salvación...

Debo confesar que este cuadro desgarrador que con crudo realismo se me relataba, lejos de deprimirme y desilusionarme de la vida, me dio nuevas fuerzas para luchar con mayor tenacidad, con la esperanza de devolver la salud de mi padre y sacar a la familia de la miseria que le acechaba.

Fue un choque emocional tremendo el encuentro con mi padre; estaba tendido en el lecho, sin habla, con todo el lado izquierdo del cuerpo paralizado. En su mirada, que reflejaba profunda desesperación, comprendí lo que deseaba decirme. Le di esperanzas de recuperación, y con palabras de optimismo agregué que yo venía preparado, con mi título de abogado, para enfrentarme con sus acreedores y salvarlo de la quiebra. Y que con esa poderosa arma que con tantos sacrificios me había ayudado a obtener, él, mi madre y hermanos tendrían todo lo necesario para subsistir holgadamente.

El mismo día empecé a tomar las providencias más urgentes. Llamé

al interesado por la compra de la casa, y después de exigir hasta donde pude para obtener el precio más alto, llegamos a un arreglo.

Como la suma convenida no alcanzaba a cubrir todas las deudas, de acuerdo con mi madre y el tácito consentimiento de mi padre (su principal preocupación era no ser declarado en quiebra), se procedió a vender los muebles y útiles de la casa y del negocio, reservándonos lo indispensable para amoblar nuestro nuevo hogar, en una pequeña y modesta casita que tomamos en arriendo en la misma calle.

Allí instalé mi estudio de abogado, junto con el talentoso compañero de Leyes Hernán Bonilla Vicuña, resuelto a vencer cuanto nueva desgracia u obstáculo se atravesara en mi camino. El ejemplo de mi padre, que en su vida no hizo otra cosa que trabajar y vivir para darlo todo a la familia, sin que jamás se tomara un descanso o unas vacaciones, me hizo meditar en la grandeza de su espíritu, al cual yo tenía la responsabilidad de no defraudar y sí corresponder con creces...

Mi padre era un hombre de pocos y buenos amigos; uno de ellos era nuestro vecino don Félix González, dueño de la principal panadería de la ciudad y hombre acaudalado, de generosos sentimientos, que, impuesto de la desgracia en que habíamos caído, se apresuró a ofrecerme un préstamo, sin intereses y a largo plazo, que me permitiera instalar mi estudio profesional en forma decente...

Don Félix, además, me entregó varios documentos mercantiles para su cobro judicial; me recomendó también al principal y rico industrial de La Serena don Adolfo Floto, dueño de la fábrica de cerveza, de la usina eléctrica y de varias explotaciones mineras. Don Adolfo me tomó como abogado auxiliar del asesor legal de la empresa, don Nicolás Marambio Montt. Se me fijó un sueldo mensual de cincuenta pesos. Esto ocurría en el año 1923.

Al poco tiempo trasladé mi bufete de la calle Colón a un edificio en el centro de la ciudad, en la calle Cordovez, y logré formar una numerosa y selecta clientela. Con ella se me abrieron las puertas de la prosperidad y el bienestar económico; a tal punto, que pude casarme tres años después y mantener la casa de mi madre y hermanos, además de mi propio hogar.

A la abogacía le dedicaba todo mi tiempo. Por esos años existía en La Serena un cuerpo de abogados de gran fama y experiencia jurídica, con los cuales era muy difícil competir y menos superarlos en elocuencia y

dominio de las leyes cuando había necesidad de enfrentarlos en los alegatos en la Corte de Apelaciones.

Sin embargo, yo no cejaba en emularlos, movido por la ambición juvenil que me animaba, y reforzado con la sólida preparación que tenía en Derecho Civil.

Los más destacados jurisconsultos y abogados del foro serenense eran don Antonio Aguirre Mercado, don Nicolás Marambio Montt, don Aurelio del Río, don Ernesto Peñafiel, don Fortunato Peralta, don Alejandro Jiliberto, don Ambrosio Rodríguez, don Hernán Bonilla Vicuña, don Sigisfredo Solar; y de Coquimbo, los colegas don Humberto Alvarez Suárez, don Luis Barrera y don Osvaldo Palominos.

Ya en el año de 1924, con mi estudio de abogado sólidamente constituido y organizado, pude dar satisfacción a mis ideales políticos, y, como miembro de la Juventud Radical, reorganicé el centro de propaganda, y nos instalamos en un magnífico local de dos pisos cerca de la Plaza de Armas. Llegué a ser presidente de este movimiento político juvenil, cargo que desempeñé por un largo período. Junto con eso ingresé a la Asamblea Radical de La Serena y a la temida institución masónica, hoy reconocida aun por sus más intolerantes enemigos como una de las fuerzas de mayor jerarquía en la defensa de la libertad y de la dignidad humana.

REALIDAD DE UNA ILUSIÓN...

Si el amor es la primera de las pasiones, es porque sin ella no se enaltecen las otras.

HONORATO DE BALZAC.

En aquellos días que me vine a Santiago a proseguir mis estudios, por recomendaciones de algunas amigas tuyas, mi madre, en uno de sus viajes a la capital, había logrado ubicarme como pensionista en una casa de familia, la cual recibía "huéspedes" muy seleccionados. Esta casa se hallaba en calle Merced, cerca del cerro Santa Lucía. Fue ahí donde conocí a una hermosa niña de catorce años, de largas trenzas doradas, y de cuya extraordinaria belleza quedé súbitamente prendado.

La niña era hija de don Juan Francisco Markmann Villagrán, alto funcionario del Banco de Chile, el cual por aquel entonces regresaba con su familia del Norte, con la resolución de instalarse en su quinta de Ñuñoa, en compañía de su esposa, doña Ana Reijer, y de sus hijas, Laura y Miti, cuyo chalet en construcción estaba próximo a terminarse. Es la propiedad donde actualmente vivimos.

A medida que me acercaba al término de mis estudios, y mientras luchaba por mejorar mis medios de subsistencia en Santiago, mi ilusión de conquistar el amor de tan seductora joven, cuyo nombre de pila era Rosita, pero a quien todo el mundo llamaba por el apelativo familiar de "Miti", se hacía más y más dominante.

Mientras la "pololeaba", sólo me atrevía a cortejarla con invitaciones al paseo del Parque Forestal, al que la juventud romántica había constituido en el *rendez vous* de moda de esa época; al cine o al Salón de Té de la casa Gath y Chaves; y como mis recursos eran muy escasos, y por otra parte era también de rigor en aquel entonces invitar a la madre o hermana, me veía en grandes apuros económicos, por lo que debía recurrir a las casas de empeño para proveerme de fondos y armonizar así, en lo posible, mis desequilibradas finanzas...

El primer sacrificio fue el violín que me había comprado mi madre, que en definitiva perdí porque no lo pude rescatar. Después empeñé uno de los dos ternos que formaban mi ropero..., lo que me obligaba, cuando

vencía el préstamo, a quedarme en cama en la mañana, para que un compañero de toda mi confianza tuviera el tiempo necesario para llevar a la agencia el que llevaba puesto, y empeñarlo a su vez, para con su producto salvar el terno en garantía.

La casa de préstamo a la que recurría, que por ironía llamábase "La Equitativa", se hallaba en Alameda esquina de Santa Lucía. Está de más decir que la explotación de los agencieros era inicua; y tanto, que cuando no se rescataba la prenda cancelando los altísimos intereses penales con que entonces se esquilma a la clientela, el agenciero quedábase con ella por un precio verdaderamente miserable.

La explotación del negocio prendario tenía, además, otro desagradable cariz, sobre todo para mí: cada vez que se rescataba uno de mis ternos, transcurría por lo menos una semana antes que el traje perdiera el tufillo a naftalina, substancia fuerte, además de antipática, que servía a la agencia para defender las ropas de la acción de la polilla. Naturalmente, este aroma *hacía disminuir mucho mi prestigio de pretendiente de gustos refinados...*

Mas pese a la explotación de la cual fui víctima, lo importante era que no me faltaba el dinero para salir en compañía de Miti, lo que me hacía el hombre más feliz del mundo, aun cuando su hermana se viese obligada a actuar como "violinista", expresión chilénísima con que se designa a la persona que acompaña a una pareja de enamorados, con la misión de impedir cualquier intento de efusiva espontaneidad.

Desgraciadamente, los escasos recursos con que contaba no me permitían repetir sino muy a lo lejos estas expansiones colmadoras de mi dicha.

Mi falta de fondos para las invitaciones contrarrestábalas con agradables veladas musicales en la pensión, aprovechando al máximo el piano que por fortuna allí existía, donde ejecutaba lo mejor y más romántico de mi repertorio, a fin de despertar definitivamente el amor de Rosita.

Cuando ni las invitaciones ni mis inspirados conciertos de piano produjeron el resultado apetecido, recurrí a mi arma favorita: el baile.

Para eso acudí a un viejo fonógrafo de la casa, en el que colocaba cadenciosos vales como "El Danubio azul", "Fascinación", "La viuda alegre", "El conde de Luxemburgo", "El encanto de un vals",

etc., de moda en aquella época. Y enseñé a bailar a Miti, que muy pronto se reveló no sólo como una vaporosa danzarina, sino también como una adorable muchachita, que superando su cortedad de genio, empezó a responder a mis anhelantes requerimientos amorosos.

Así pasó el año 1922. Luego ella se instaló definitivamente con su familia en la quinta que poseían en Ñuñoa, donde yo la visitaba con asidua frecuencia.

Ese mismo año yo debía regresar a La Serena con mi título de abogado para instalar en la "patria chica" mi estudio profesional, como lo he relatado en páginas anteriores. Antes de partir nos comprometimos en secreto y nos hicimos un sencillo cambio de esas frágiles argollas que en el lenguaje sentimental se llaman "ilusiones", con mi formal promesa de volver cuando ella terminara sus estudios de humanidades.

Cambiamos desde entonces una nutrida y apasionada correspondencia, la que para mí fue trascendental en esos momentos de mi vida, pues la situación de mi padre, inválido, arruinado y con tanta familia, hacía más difícil la pesada carga económica sostenida sobre mis hombros, que a veces me parecía un problema sin solución.

Las palabras de aliento, los valiosos consejos emanados de la que era todavía una niña y sus cálidas expresiones de amor, contribuyeron a infundirme tal fuerza y seguridad, que poco tiempo después logré tener éxito en mi estudio de abogado. Miti dio sus exámenes finales en el Liceo N.º 1 de Santiago. Lo hizo en forma tan brillante, que llegó a despertar mi envidia, sobre todo en Matemáticas, donde obtuvo tres coloradas, es decir, distinción unánime, ramo en el cual yo —lo digo con cierto pudor— nunca pude obtener, que yo recuerde, una bolita roja y sí muchas negras...

A los pocos días Miti recibía sendos diplomas de Bachillerato: uno de Matemáticas y otro de Humanidades.

Fue en aquel momento cuando ella me avisó que podía hablar con su padre. Mas, en forma muy discreta, me dio a entender que el señor Markmann no estaba de acuerdo con nuestra resolución de apresurar el matrimonio. No obstante, con objeto de no martirizarme, agregó en su carta que "los detalles te los daré personalmente en Santiago".

Corrí a la capital con gran congoja, pero dispuesto a vencer la

resistencia de don Juan, respetable caballero de ascendencia alemana, formado en los rígidos hábitos bancarios, y con una clara realidad de la vida, tanto de sus grandezas como de sus miserias.

En forma cortés y afectuosa, con tono paternal, me planteó lo duro y difícil que había sido para mí salvar y ayudar a mi familia, y que ésta seguía teniendo necesidad absoluta de mi directa protección, y, en consecuencia, tenía un derecho preferencial para que todo mi apoyo se vaciara en ella, antes de pensar en formar un nuevo hogar.

No me fue fácil vencer la resistencia del señor Markmann, y, en verdad, nunca cedió en su punto de vista. Sólo la decisiva insistencia de Miti hizo que, a última hora, diera su consentimiento para poder casarnos, lo que hicimos en privado en la quinta de Ñuñoa, el 24 de febrero de 1926.

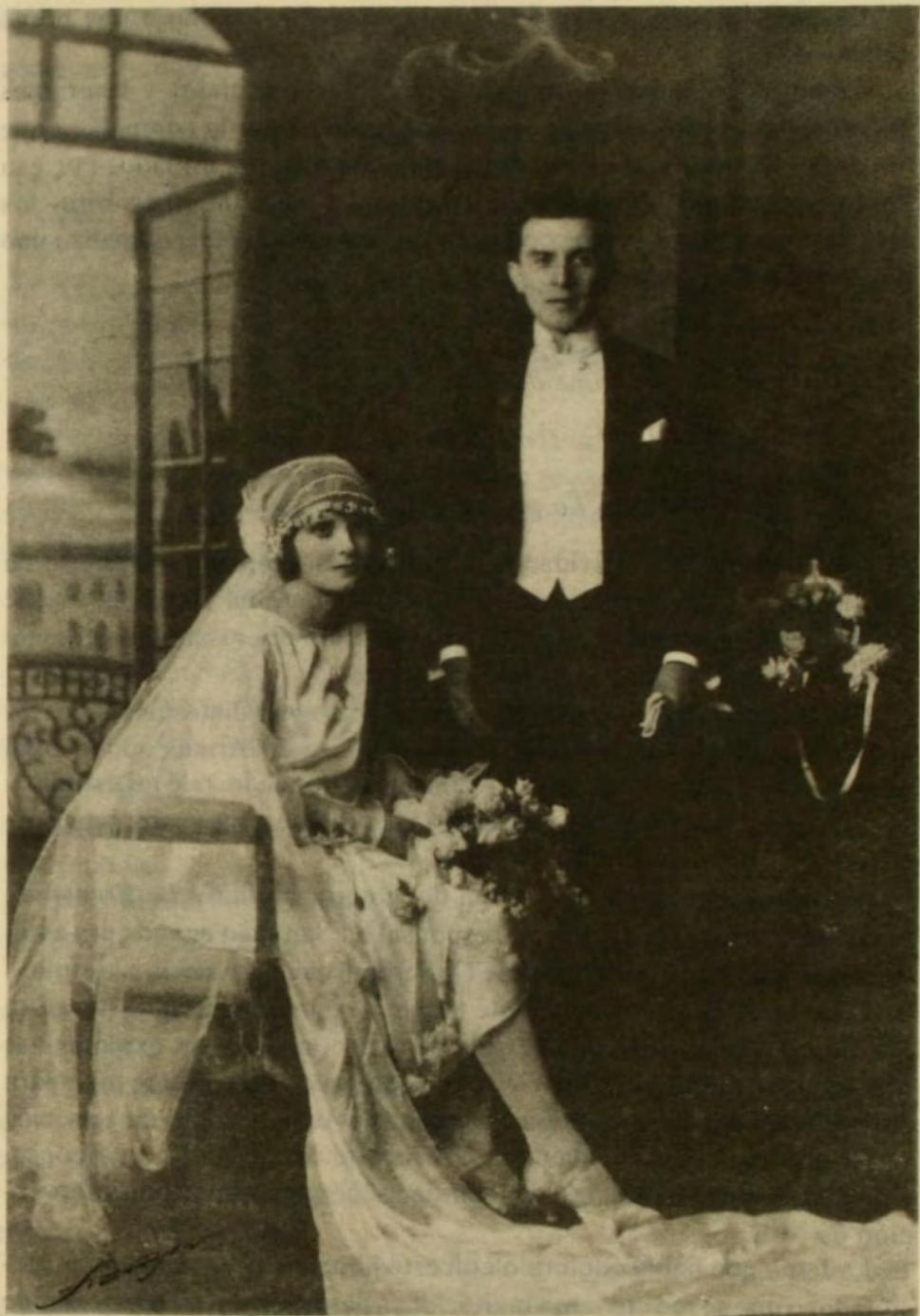
Así el amor, que iba a colmarme de felicidad, daba a la vez a la ruta de mi destino una nueva inspiración con la presencia de otra mujer en mi vida, además de mi madre: la de la linda jovencita a quien el mundo que la rodeaba llamaba "Miti".

Ahora comprendo en su plenitud, en mi carácter de padre y abuelo, la oposición de mi suegro a mis aspiraciones de novio, porque en verdad él no sólo trataba de velar por la felicidad de su bella y adorada hija, sino, además, por la seguridad de mi familia, de la cual yo era el único sostén.

Recién recibido de abogado, con escasa clientela, sin parientes poderosos, con un padre arruinado e inválido, sin influencias de ninguna especie, y con la obligación de sostener a tan numerosa familia, no podía ofrecer a nadie una expectativa promisoría.

Con razón mi suegro les decía a sus íntimos del Banco de Chile que el pretendiente de su hija era "un buen muchacho, pero sin ningún porvenir".

Años más tarde, estos amigos de don Juan tuvieron la humorada de invitarlo a almorzar el día de la Transmisión del Mando, cuando asumí constitucionalmente la Presidencia de la República. Al final del almuerzo, uno de ellos se levantó y dijo: "Brindemos por el ojito que se gastaba don Juan para con este muchacho sin ningún porvenir".



El día de nuestro matrimonio, el 24 de febrero de 1926.

Después de estos recuerdos, creo que tengo derecho a una breve reflexión:

Como todos los seres humanos, he tenido profundos y lacerantes dolores, pero todos ellos han sido compensados por la compañera que me dio el Destino y el sólido hogar que ella formó a mi lado. Por eso deseo repetir aquí —dándoles valor personal dentro de mi espíritu— los serenos e inspirados versos con que el poeta Amado Nervo finaliza uno de sus más bellos poemas:

*Amé, fui amado, el sol iluminó mi faz.
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!*

La pasión del juego

Al poco tiempo, mis actividades profesionales, ampliadas al puerto de Coquimbo, hicieron aumentar considerablemente mi clientela, lo que me permitía seleccionar aquellos asuntos más interesantes y que me proporcionaran un más seguro rendimiento.

La prosperidad económica de la cual empezaba a disfrutar la aproveché en magníficas inversiones: en plena Plaza de Armas adquirí una amplia casa de dos pisos, que aún conservo, donde instalé mi estudio y trasladé a mi joven familia; contigua a ella ubiqué a mi madre y hermanos.

Además, se presentó la ocasión de adquirir el diario *La Prensa* de Coquimbo, aquel del que fui corresponsal en Santiago cuando era estudiante, y, más tarde, *El Chileno* de La Serena, que pertenecía a la curia.

Tuve también la posibilidad de tomar la representación de los automóviles y camiones Dodge y Chrysler, y, con el fin de explotar ese negocio, constituimos una sociedad colectiva con un pariente mío, para cuyo efecto instalamos un local adecuado y una estación de servicio.

El negocio resultó espléndido. Pero este apogeo tuvo una consecuencia que pudo haberme sido fatal sin la enérgica y oportuna intervención de Miti.

La fama que había adquirido con estos buenos negocios y mi profesión, hizo que se me enviaran invitaciones para participar en partidas de

bacarat y póker que se organizaban en el Club Social, donde concurría la gente más conocida y pudiente de la ciudad.

Desde el primer momento me deslumbró el embrujo de las cartas, sobre todo en el bacarat. Esto me permitió, con cierta frecuencia, obtener fuertes ganancias.

Como la suerte me acompañaba, encontré el asunto fascinante.

Mi desde el primer momento se dio cuenta de esta inclinación mía por el juego, y en forma insistente quiso alejarme del Club, haciéndome ver que comprometía mi salud con las recogidas a las dos o tres de la mañana, ya que al día siguiente debía levantarme temprano para atender a mi numerosa clientela.

Durante un par de meses empleó la vía de la persuasión y de las buenas palabras; mas yo, seducido por la atracción del azar, que tanto me favorecía, lejos de hacerle caso empecé a molestarme, y reñimos por primera vez.

Una noche, cuando desde el balcón de la casa vio que las luces de la sala de juego del Club estaban encendidas, bajó con una amiga y, aprovechando el pavimento de piedras de la calle donde éste se encontraba, empezaron a dispararlas contra las ventanas, con el consiguiente estrépito de los vidrios quebrados y la sorpresa de los socios.

Acto seguido entró al Club y pidió hablar con el presidente, a quien le enrostró que estaba violando la ley al permitir juegos de azar en un centro social.

Al retirarse le notificó que ella vendría cada vez que yo concurriera a la mesa de juego.

Por supuesto que el presidente y todos los socios, indignados por su actitud, me rogaron que no siguiera asistiendo a la sala de bacarat, pues comprometía el "prestigio" y la tranquilidad de la institución.

A la noche siguiente, al pretender entrar nuevamente al Club, para mi sorpresa encontré cerrada con barra la puerta principal, con orden de no dejar entrar a nadie.

Los directores se pusieron firmes para deshacerse de tan inconfortable socio.

Obstinado, me hice invitar entonces por un grupo de damas que jugaban partidas de póker en sus respetables hogares, donde fui muy

bien acogido. Quedaron encantadas cuando les enseñé un juego mucho más emocionante y fácil que éste: el bacarat.

Transcurrió una semana sin que Miti reaccionara. Además, todas las noches las damas cambiaban de lugar de juego.

Hasta que al fin un día estalló la bomba.

Miti logró informarse dónde se jugaba esa noche, y a eso de las dos de la mañana apareció con un carabinero, a quien previamente, con el texto de una publicación del diario local, donde el Gobierno daba instrucciones a la policía para dar una batida al juego clandestino, convenció de que la acompañara con objeto de verificar el hecho, en el lugar que ella le señalaba con calle y número de la casa.

Abrir la puerta, ver aparecer en el umbral de la sala a mi mujer con la fuerza pública y producirse un pánico general, fue una misma cosa. El desbande de señoras que abandonaban cartas, fichas y dinero, al grito de: "¡Miti con un carabinero!", fue total.

Una vez disuelta la reunión, mi esposa se retiró con el representante de la ley...

Al día siguiente, el comentario obligado en la ciudad fue la atrevida intervención de Miti, la que dividió a los serenenses entre quienes la censuraban y los que celebraban su valentía y decisión para combatir el juego clandestino.

El vencido y perdedor en esta ofensiva fui yo, porque se me cerraron todas las puertas donde podía encontrar entretenimiento para el vicio que había adquirido.

Y, como golpe definitivo, pocos días después, Miti tomó pasajes para Santiago con nuestras dos hijas y se dirigió a casa de sus padres. Antes de partir, me dejó una carta en que me advertía que no regresaría hasta que no le prometiera que dejaría el juego para siempre.

Todas estas desagradables incidencias, comentarios y críticas comprometieron seriamente mi tranquilidad y, además, mi prestigio profesional.

Abandonado en mi casa, solitario, comencé a meditar acerca de cómo pude ser arrastrado al juego, cuando no tenía necesidad de recurrir a él, ni siquiera como recurso desesperado para ganar dinero, el que, afortunadamente, no me hacía falta.

Sometiéndome a un verdadero autoanálisis, descubrí que los juegos

de azar, y muy especialmente el bacarat, de fácil comprensión y de rápida pérdida o ganancia, tenían una atracción que coincidía con mi temperamento y, más que todo, con una posición anímica frente a la vida.

Para mí, el Destino depara a todos los seres, por lo menos una vez en la vida, la oportunidad del triunfo o del éxito, que sólo saben aprovechar aquellos dotados del poder de decisión y arrojo.

Los timoratos, los vacilantes, los cobardes, dejan pasar, en cambio, esa y cien oportunidades más cuando la suerte les sonríe.

Fenómeno semejante ocurre en el juego del bacarat.

Los indecisos, cuando llegan a ganar, se abstienen de arriesgar una segunda postura, o la achican, cuando las cartas vienen en un "suite" favorable que se repite 3, 4, 5 y hasta 10 veces y más.

Pero esta seductora atracción del azar, hube de convencerme, llevaba la secreta y peligrosa destrucción del espíritu y el valor del trabajo.

Efectivamente, no pude dejar de reconocer que muchas veces me costaba un gran esfuerzo ir a alegar un asunto en la Corte después de una noche de juego, cuando en pocas horas ganaba o perdía 10.000 pesos, mientras que con el trabajo profesional recibía, a lo más, honorarios por 200 ó 300 pesos, en una excarcelación, por ejemplo.

La destrucción de la noción del trabajo, virtud fundamental de una sociedad civilizada, me ayudó a recuperar mi equilibrio emocional y renunciar para siempre a la tentación peligrosa de los naipes.

Además, este vicio tan difundido enerva los más generosos sentimientos humanos y transforma a los seres en irresponsables y materialistas. Y a la larga los conduce a la ruina moral o a su autodestrucción.

Este severo análisis sobre mi comportamiento; unido al dilema que Miti me dejó planteado en su carta, me hicieron correr presuroso a su lado para presentarle mi rendición incondicional.

En homenaje al valor moral de mi compañera, que luchó con tanta energía y perseverancia para arrancarme de las garras tentadoras del vicio, consigno en estas páginas esta sincera confesión: sin su ayuda jamás habría surgido en la vida y mucho menos alcanzado la Presidencia de la República.

Mi cura fue tan definitiva, que desde entonces jamás volví a tomar una carta en mis manos, no obstante haber visitado en varias ocasiones los casinos de Montecarlo, Niza, Río de Janeiro y otros de fama mundial.

EL GOLPE MILITAR DEL
5 DE SEPTIEMBRE DE 1924
CAIDA DE ALESSANDRI

Mientras tanto, en la capital continuaba desarrollándose, desaprensivamente, la total desmembración del movimiento del año 20, agudizándose las luchas entre partidos aliados e incluso entre los propios parlamentarios y dirigentes radicales, hasta que la presentación del proyecto de "dieta parlamentaria" encendió la chispa del golpe militar del 5 de septiembre de 1924.

Este movimiento castrense impuso una Junta Militar que irrumpió con un programa de trece puntos que, dócilmente y por unanimidad, aprobaron las Cámaras sin discusión ni lectura, con la sola excepción de la voz de protesta de Pedro León Ugalde, quien emocionadamente dijo:

Señor Presidente: yo me rebelo ante esta manifestación de fuerza que ejecutan militares de mi tierra, ante este reto horrible al pueblo chileno.

No ha sido en ningún momento mi intención tratar de oponerme a las determinaciones que desean adoptar, pero no puedo dejar de decir que el Ministerio está violando nuestros derechos, y es eso, señor Presidente, lo que me indigna. Y si quiere acallar mi voz dentro de un reglamento, cuando no se respeta una Constitución, que quede, por lo menos, señor Presidente, formulada mi más enérgica protesta.

La actitud tan servil del Parlamento hizo reaccionar a la Junta Central Radical, la que aprobó en la misma noche un enérgico voto de protesta contra el pronunciamiento militar y un acuerdo para ir en defensa de las libertades públicas, lo que me produjo tan honda impresión, que tomé la iniciativa, en la Asamblea Radical de La Serena, para secundar ese movimiento restaurador del régimen civil y republicano de Gobierno.

Por otro lado, la renuncia y la caída de Alessandri, que era en el fondo lo que buscaba la reacción al mover sus hilos conspirativos, comenzaron a hacerse cada vez más inminentes.

Se logró también movilizar a la Marina, con el propósito de que la

Junta Militar exigiera que Alessandri se ausentase del país con permiso constitucional y al mismo tiempo se declarara la disolución del Congreso.

El Presidente Alessandri, impuesto de estos acuerdos y temiendo ser vejado por las Fuerzas Armadas sublevadas y por sus adversarios, que, desbordantes de júbilo, celebraban estos acontecimientos en medio de las más soeces injurias, solicitó asilo en la Embajada de los Estados Unidos de Norteamérica, que lo acogió con todos los honores de un Jefe de Estado.

Renuncia de Alessandri

La Junta Militar le otorgó entonces garantías para su salida del país en su carácter de Presidente, y como una ausencia temporal; Alessandri, sin embargo, en un gesto de dignidad que lo honra, presentó al Congreso la renuncia de su cargo.

El día 10 de septiembre de 1924, resguardado, o vigilado, por la fuerza pública, abandonó el país por la vía de Los Andes.

Al día siguiente, la Junta Militar acordó la disolución del Congreso, y así se consumó el total derrumbe institucional de la República, con el beneplácito y el alborozo de los derrotados del año 20. Habían derribado al símbolo de la revolución y al nuevo Congreso, pero la verdad es que en gran parte contribuyó a desencadenar esta catástrofe institucional la acción suicida de las propias fuerzas de la Alianza Liberal.

Derrocado Alessandri, se nombró una Junta de Gobierno compuesta por los Generales Altamirano, Bennett y el Almirante Nef, fiel reflejo de las fuerzas reaccionarias que habían conspirado contra Alessandri y los partidos renovadores.

Con el golpe del 5 de septiembre se había conseguido restaurar la hegemonía de los gobiernos oligárquicos del pasado, pero en la oficialidad joven del Ejército se produjo un unánime descontento por el giro que los Generales y Almirantes le habían dado al movimiento militar. Después de una sostenida campaña del radicalismo y de la Logia, contra la Junta de Gobierno y su Ministerio de antiguo cuño, el día 23 de enero de 1925, o sea, cuatro meses después del derrocamiento de Alessandri, se sublevaron los regimientos de la Guarnición de Santiago y apresaron

a los Generales Altamirano y Bennett y al Almirante Nef, que fueron sorprendidos tomando té plácidamente en los comedores de La Moneda, comentando los rumores de la calle sobre un posible golpe preparado para ese día...

¡En tal ingenua seguridad fueron apresados estos altos restauradores de nuestra obstinada oligarquía santiaguina!

Se nombró una nueva Junta de Gobierno compuesta por don Emilio Bello Codesido, el General Dartnell y el Almirante Carlos Ward. La primera medida de los miembros de la nueva Junta, decididos partidarios de Alessandri, fue llamar al Presidente depuesto a través de un telegrama, para que reasumiera el Mando Supremo de la Nación, restaurara el Gobierno civil e hiciera que los militares se reintegraran a sus cuarteles.

Restauración de Alessandri

Alessandri decidió aceptar las condiciones puestas por la Junta en el telegrama y regresar al país. Sin embargo, los acontecimientos posteriores impusieron un rumbo distinto.

La recepción tributada a Alessandri por la población de Santiago, y que yo presencié desde la Alameda, fue apoteósica, verdaderamente conmovedora.

De inmediato don Arturo se dio a la tarea de llamar a una Constituyente para darle a Chile una nueva Constitución que reemplazara a la de 1833. Se trataba de cambiar de raíz el régimen parlamentario, con sus rotativas ministeriales, por el régimen presidencial, donde los Ministros dependen de la exclusiva confianza del Presidente de la República y no de los votos políticos de los parlamentarios.

Como el Congreso había sido disuelto y la Junta Militar no aceptaba su reincorporación o convocatoria, hecho que a Alessandri lo tenía sin cuidado, se nombró, con fecha 7 de abril de 1925, una Comisión Consultiva, de acuerdo con todos los partidos, para estudiar la organización y convocatoria de la Asamblea Nacional Constituyente.

Término del régimen parlamentario en la nueva Constitución "presidencialista"

Esta Comisión Consultiva aprobó un proyecto de nueva Constitución "presidencialista", y por presión de la Junta Militar, que actuaba entre bastidores, se resolvió que debía ser votada en una consulta directa al pueblo, por medio de un plebiscito, derogándose el "acuerdo" con los partidos políticos, que requería su aprobación por una Asamblea Constituyente.

Radicales, conservadores y comunistas se opusieron al plebiscito, y exigieron el cumplimiento del "acuerdo".

En nada pesaron estas voces disidentes: los dados estaban tirados. La espada militar había decidido el cambio. Y Alessandri obtenía así su más sonado triunfo contra moros y cristianos, al conseguir el término del régimen parlamentario.

Era la revancha, sin sangre, de la Revolución del 91.

El 30 de agosto se llevó a efecto el plebiscito, después de una desbordante y sostenida campaña, dirigida personalmente por don Arturo, que eclipsó las protestas de todos sus adversarios.

El plebiscito consultaba tres cédulas de distintos colores.

La cédula roja representaba la aprobación de la nueva Constitución "presidencialista".

La azul, la mantención del régimen parlamentario.

La blanca, la abstención.

La cédula roja obtuvo una aplastante mayoría: 128.381 sufragios.

Las cédulas azul y blanca alcanzaron poquísimos votos.

Conservadores y comunistas votaron por la cédula azul, y los radicales terminaron votando por la blanca: la abstención.

Aunque simpatizaba con la fórmula del "León", después de haber presenciado desde la tribuna de prensa del Congreso Nacional la orgía en que se debatían hombres y colectividades políticas, voté, sin embargo, como soldado disciplinado, por la orden de partido: la abstención. Era la primera vez que sufragaba como ciudadano elector.

La nueva Constitución, que en el futuro se llamaría Constitución del 25, fue promulgada solemnemente el 18 de septiembre de ese mismo año.

A pesar de este triunfo, Alessandri enfrenta un escollo inesperado: su Ministro de Guerra, el Coronel Ibáñez, surge arbitrario y despótico, atropellando su autoridad presidencial.

Ibáñez ordena mi detención en La Serena

Con motivo de una intervención mía en la Asamblea Radical de La Serena, donde atacué el incumplimiento del acuerdo de la Junta de Gobierno que exigía el retorno de las Fuerzas Armadas a sus cuarteles, presenté un voto de protesta con encendidos considerandos, que fue aprobado por aclamación y reproducido por la prensa santiaguina.

Dicho voto llegó a conocimiento del Ministro de Guerra, que sin más trámites ordenó al Comandante del Regimiento Arica de La Serena que su autor fuera detenido y puesto a disposición de la Justicia Militar.

La orden, por escrito, fue dada al Prefecto de Carabineros, Comandante Aquiles Frías, amigo personal mío, quien, con muy buenas maneras, me arrestó a la salida de la Estación de los Ferrocarriles, donde yo acababa de llegar de un viaje al vecino puerto de Coquimbo.

Me invitó a subir a un auto, pero yo lo convencí de que fuéramos a pie hasta la Prefectura. Tomado de un brazo por él y del otro por su ayudante, esperé llegar a la Plaza de Armas para poner en práctica una idea que me nació en el momento mismo de mi arresto, una vez impuesto del tenor de la orden: huir y refugiarme en el Club Social de La Serena, porque la orden no se extendía a allanamiento de domicilios privados.

Así lo hice. Cuando me encontraba a unos cincuenta metros del Club Social, aproveché un descuido de mis confiados aprehensores para soltarme y lanzarme en veloz carrera. Ya dentro del Club, fui amparado inmediatamente por su presidente, que era nada menos que el Secretario de la Corte de Apelaciones, don Enrique Vergara, quien convenció al Comandante Frías que incurriría en flagrante delito de violación de domicilio si me arrestaba en dicho recinto sin orden de autoridad competente. El Prefecto acató la protesta del presidente, y se retiró para dar cuenta a su superior del fracaso de la misión.

En el acto, asesorado por el señor Vergara, redacté un recurso de amparo a la Corte de Apelaciones para que se me dejara en libertad, y en un "otrosí" pedía que se notificara al Comandante de la Guarnición,

señor Morales, y al Prefecto de Carabineros para que no innovaran mientras no se fallara el recurso.

Mi detención produjo gran revuelo en la ciudad, y media población de La Serena pasó por el Club donde me había refugiado para exteriorizarme su solidaridad; estaban todos dispuestos a impedir que fuera yo sacado del edificio, para cuyo efecto se organizaron guardias, especialmente de jóvenes, que se opondrían a la entrada de la fuerza pública.

Allí pernocté, y al día siguiente, puesto el recurso de amparo en el primer lugar de la tabla, concurrí, rodeado por una muchedumbre, a defender personalmente mi libertad, la que obtuve por resolución unánime de la Corte.

Días más tarde me tocó asistir a La Moneda a una audiencia con el Presidente Alessandri, como miembro de una comisión especial que la ciudad de La Serena enviaba para obtener del Gobierno que la Corte de Apelaciones no fuera trasladada de su asiento.

Fuimos recibidos con afabilidad e interés por el señor Alessandri; sin embargo, su mirada y su rostro acusaban cansancio y honda preocupación.

Con gran sorpresa mía, al despedirme, y sin que yo hiciera ninguna referencia a mi detención ordenada por el Ministro de Guerra, me pidió que me quedara un momento en el salón, pues estaba al tanto del problema, ya que la directiva radical de Santiago se había acercado al Mandatario para pedirle su intervención en mi favor, lo que no fue necesario dada la rápida y oportuna resolución de la Corte de Apelaciones de La Serena.

Don Arturo tenía la costumbre de informarse previamente sobre cualquier visitante que le solicitara audiencia; por eso sabía que yo era un dirigente radical de La Serena, que profesaba gran simpatía por su persona, que, además, era partidario suyo y que había defendido entre los radicales de esa ciudad la reforma constitucional "presidencialista".

Don Arturo me alentó para que siguiera luchando dentro de mi partido, a fin de que esa colectividad fuera el verdadero adalid de las libertades públicas. Me expresó que estaba convencido de que Ibáñez se encaramaría en el Poder, haciéndose elegir Presidente de la República. Según su opinión, éste era un hombre sin ningún tino ni experiencia,

como lo había demostrado la inconsulta medida que tomó al ordenar mi arresto, atropellando su autoridad presidencial.

Me agregó, además, que no podría soportar por mucho tiempo esta situación desdolorosa como Presidente, y que por este motivo tenía resuelto entregar el Mando anticipadamente.

Muy conmovido por sus revelaciones tan sinceras, sólo atiné a decirle que debería pensarlo dos veces antes de hacer dejación de su alto cargo, por las consecuencias irreversibles que tal determinación podría acarrearle al país. Sobre todo cuando estaba tan próxima la expiración de su Mandato.

Don Arturo terminó diciéndome: "Mi amigo, usted es un hombre muy joven y no sabe que los acontecimientos son más fuertes que la voluntad de los seres humanos".

Y el 1º de octubre de 1925, Alessandri, obligado por las circunstancias y la premeditada desobediencia de Ibáñez, que vejaba su autoridad de Presidente de la República, salió de La Moneda como simple ciudadano, después de hacer entrega del Mando a don Luis Barros Borgoño, como Vicepresidente, su ex contendor en la elección presidencial del año 20.

Mi detención, fuga, asilo en el Club y el amparo de los Tribunales de Justicia me colocaron en el primer plano de la actualidad política en las provincias del Norte, y especialmente en La Serena. Gracias al criterio arbitrario de Ibáñez, precursor de un Gobierno dictatorial y personalista, las puertas del Parlamento se me abrieron al ser elegido candidato a diputado después de una lucha interna en todas las Asambleas Radicales de la provincia de Coquimbo.

Segunda Parte

PRIMERAS JORNADAS
POLITICAS

IBÁÑEZ Y EL CONGRESO TERMAL

Una vez que el General don Carlos Ibáñez del Campo se hizo elegir Presidente, tal como lo había pronosticado don Arturo, se vio obligado a dar cumplimiento a la nueva Constitución vigente, convocando a elecciones para elegir la nueva Cámara y el Senado.

Dominado por su tendencia autoritaria, ideó la creación de un Congreso dócil y benevolente, aprovechando la disposición de la Ley de Elecciones que suspendía la obligación de recurrir a las urnas cuando el número de candidatos fuese igual al número de vacantes por llenar. Por ejemplo, si para elegir cinco candidatos a senador por Santiago sólo se presentaban y se inscribían cinco nombres, éstos eran automáticamente proclamados por el Director Electoral, sin necesidad de elecciones.

Ibáñez se puso de acuerdo con todos los presidentes de los partidos de derecha e izquierda, y en las termas de Chillán, donde pasaba una temporada, confeccionó con ellos una lista perfecta, en que el número de senadores y diputados correspondía exactamente a las vacantes que había que llenar en todas las circunscripciones electorales del país.

Al ser inscritas dichas listas en el Registro Electoral por los respectivos presidentes de partidos, los nominados en las mismas automáticamente quedaron elegidos.

Allí nació, en el año 1930, el tan discutido "Congreso Termal", así llamado por el lugar donde se gestó.

Es de clara evidencia que al confeccionar la lista Ibáñez restó de ella a las más destacadas y conocidas figuras opositoras a su política; personalidades que, además, se encontraban deportadas desde que el anterior Congreso había sido disuelto.

El haber sido yo incluido en la lista de los "termales", no obstante mi actuación pública y los incidentes originados a raíz de mi arresto en La Serena, debióse a que había sido elegido en la votación interna de todas las Asambleas Radicales de la provincia de Coquimbo por abrumadora mayoría.

Seguramente Ibáñez no dio importancia a mi persona, ya fuera por mi

juventud e inexperiencia, o por carecer de todo relieve o significación. En suma, no era una amenaza para su sólido y autoritario régimen.

Durante la elección interna de las Asambleas Radicales, donde tenía como contendor al combativo y prestigioso correligionario Humberto Alvarez Suárez, oriundo de Ovalle, me ocurrió una graciosa incidencia, provocada por la imprudencia de un mozo del Club Radical ovalino, donde se celebraba una desbordante reunión para oír al candidato.

Estaba exponiendo mi programa en defensa de la civilidad y de las libertades públicas con encendido lenguaje, destacando mi decisión de combatir inexorablemente y no aceptar jamás el yugo de ninguna dictadura, cuando dicho mozo me interrumpe y dice en voz alta:

—Señor, un recado urgente de La Serena: su señora anunció que lo vendría a buscar ahora mismo, pues usted tenía permiso para llegar sólo hasta Vicuña...

Una estruendosa carcajada y un sonoro aplauso acallaron la inoportuna voz que en tan descomedida situación dejaba al libertario candidato.

A pesar de ello, los radicales de Ovalle me apoyaron con sus votos.

Se eligió así un Congreso colaboracionista, donde la labor fiscalizadora y de crítica era excesivamente atenuada, casi imperceptible, lo que hizo que varios diputados, entre los cuales me encontraba, levantaran sus voces de protesta por la mantención de las arbitrarias medidas de detenciones y relegaciones que se habían aplicado a los parlamentarios del Congreso anterior, disuelto por el golpe militar.

Así, habían sido deportados Ladislao Errázuriz, José Maza, Manuel Hidalgo, Luis A. Cariola, Horacio Hevia, Luis Enrique Concha, Gonzalo Urrejola, Rafael Luis Gumucio, Santiago Labarca, Pedro León Ugalde, Daniel Schweitzer, Carlos Vicuña Fuentes, Eulogio Rojas, Enrique Matta Figueroa, Ramón y Luis Gutiérrez Allende, Alfredo Guillermo Bravo, Domingo Durán, Marcial Mora, Luis Alamos, Elías Errázuriz, Leonardo Guzmán y algunos otros.

Anteriormente habían sido deportados don Arturo Alessandri y sus hijos Arturo, Fernando, Jorge, Eduardo y Mario; el Coronel Grove y el General Enrique Bravo.

Los diputados que nos atrevimos a afrontar la ingrata y peligrosa

tarea de disentir de la omnipotente voluntad dictatorial de Ibáñez, criticar sus excesos y abusos de poder, fuimos pocos.

Sólo recuerdo a Ignacio Urrutia Manzano, Manuel Muñoz Cornejo, Rudecindo Ortega, Juvenal Hernández, Juan Pradenas Muñoz, Santiago Wilson y Alejo Lira Infante.

Ibáñez, ebrio de poder con su triunfo en las urnas y el sometimiento del país, en vez de tomar la limpia línea constitucional y democrática frente a un Congreso adicto que todo le facilitaba, cometió el incomprensible error de seguir su inclinación natural de jugar un rol de César criollo, que a breve plazo le costaría su caída...

Esta deformación y desorientación institucional lo llevaron a decir, al leer su primer mensaje al Congreso, parodiando a Cicerón: "Al dar cuenta de mi Mandato, en vez de deciros que he cumplido la promesa de observar la Constitución y las leyes, podré deciros: juro que he salvado a la República".

Ibáñez dictador

Sin experiencia política alguna, Ibáñez desperdició la magnífica oportunidad de ser el primer Presidente de Chile que iba a gobernar con la nueva Constitución "presidencialista", en que los Ministros dejaban de depender de los caprichos parlamentarios y solamente necesitaban de la confianza del Presidente de la República.

Para poder comprender mejor el juicio que merecía la mentalidad despótica de Ibáñez en ese tiempo, es útil conocer la opinión de uno de sus compañeros de armas y colaboradores más cercanos.

Aquiles Vergara Vicuña, ex Mayor de Artillería del Ejército y Ministro de Justicia de Ibáñez, autor de varias obras, dice textualmente en su libro *Ibáñez, César Criollo*:

Desde que el Presidente se afirmó en los estribos de la pseudoconstitucionalidad, empezó a mangonear su plan absolutista. Para mantener la adhesión sumisa y abyecta de las Cámaras legislativas, hizo deportar en masa a los diputados que podían alentar alguna oposición. Para que la prensa no deslizará la menor crítica, o siquiera información que pudiera ser desfavorable al Gobierno, Ibáñez implantó la censura periodística.

Su Gobierno, personalista, sinuoso, a ratos desorientado, a pesar de sus omnímodas facultades, plagado de contradicciones, deshaciendo lo creado en la víspera, errado las más de las veces en sus hombres y procedimientos, es la confirmación irredargüible de la improvisación, de la falta de lastre: vale decir, de aptitudes o principios derivados de la tradición o del estudio.

Luego agrega:

Las dotes que dan la práctica, el estudio y el discreto entendimiento, brillaron por su ausencia en el Presidente Ibáñez y en la mayoría de sus abúlicos consejeros. La espada de Ibáñez fue fría, tiránica; pero no supo pensar.

Ibáñez, en verdad, era soldado de gran espíritu de mando y con una incuestionable personalidad, que imponía respeto. De ahí su influencia en el Ejército, especialmente en la oficialidad joven, que lo siguió hasta el momento de su caída.

Sin embargo, resulta curioso, o mejor diríamos incomprensible, su falta de los más elementales principios de psicología política.

En momentos en que su Gobierno había perdido gran parte de su prestigio, cambió radicalmente de posición; de la más dura dictadura pasó al pleno régimen de libertad.

¡Arrepentimiento tardío, que le fue decididamente fatal!

Para este efecto, llamó a don Juan Esteban Montero, profesor de Derecho y jurisconsulto de gran fama y prestigio, a fin de que se hiciera cargo del Ministerio del Interior y organizara un nuevo Gobierno con plena vigencia del derecho y las libertades públicas, poniendo con esto punto final a las deportaciones y detenciones ilegales.

Don Juan Esteban, después de una prolongada resistencia, patrióticamente terminó por aceptar el duro sacrificio de intentar enrielar por las vías constitucionales el carro del Estado...

Su nombramiento fue recibido con júbilo y alegría general por la

ciudadanía, cansada de vivir en medio de la angustia cívica y de los continuos sobresaltos.

Como Ministro del Interior, su primer acto fue nombrar en la Cartera de Hacienda a don Pedro Blanquier, de inflexible voluntad y de vasta experiencia financiera y administrativa, quien se dedicó desde el primer momento a investigar el estado del Erario nacional, con sentido ecuánime y veraz.

En medio de la sorpresa de la opinión pública, el Ministro Blanquier, como quien destapa una olla en ebullición, causó estupor cuando dio a conocer el déficit catastrófico del presupuesto nacional de aquel año: llegaba a los 145.000.000 de pesos, en evidente contraste con el dinero disponible en Caja, que sólo eran 5.000.000 de pesos.

En resumen, el país estaba en plena y total bancarrota.

Esta información oficial fue fatal para Ibáñez, pues surgió un movimiento incontenible en su contra en las esferas profesionales y universitarias, que declararon huelga general para exigir su salida, lo que obligó a Ibáñez a desprenderse del señor Montero y restablecer de nuevo su dictadura, organizando un Gabinete de guerra, con el Almirante Carlos Froedden como Ministro del Interior.

Pero ya era demasiado tarde: los gremios, dueños de la calle, se enfrentaron cierto día a los carabineros, quienes causaron la muerte del estudiante de Medicina Jaime Pinto Riesco. Al día siguiente cayó una nueva víctima, el profesor Alberto Zañartu, además de un centenar de heridos.

La situación se hizo más y más violenta, y esta vez empezaron a menudear los atentados en contra de los carabineros, que tuvieron que replegarse a sus cuarteles.

En estas trágicas circunstancias, el día 24 de junio presenté a la Cámara de Diputados un voto, suscrito además por los diputados don Guillermo González, conservador, y don Santiago Wilson, demócrata, en el cual pedía que la Cámara designara una comisión de cuatro miembros para que solicitara al Presidente Ibáñez su renuncia al Mando Supremo de la Nación, evitando así la posibilidad de una cruenta guerra civil en la República.

Los comités ibañistas del Partido Demócrata y de la CRAC (Confede-

ración Republicana de Acción Cívica) pidieron una segunda discusión en la Cámara; en el intertanto, Ibáñez ordenaba mi detención.

Cuatro agentes de policía me esperaban en un automóvil frente a mi quinta, en Ñuñoa; pero no pudieron capturarme, porque yo, prevenido de una posible agresión, salí de la casa manejando mi auto, y cuando los policías me perseguían, aceleré a fondo, sin que pudieran darme alcance, despistándolos al meterme por calles extraviadas del barrio, que tan bien conocía, y dar vueltas y revueltas. Mis perseguidores, desesperados por mis maniobras, disparaban a las ruedas del auto, provocando con ello gran alarma en el vecindario. Asediado por tan peligrosos como obcecados sujetos, decidí defenderme dentro de mi casa. Con riesgo de mi vida, eludiendo los disparos de los agentes, me bajé del auto en pleno movimiento y entré a ella, procediendo, acto seguido, a echar cerrojo al portón; Miti, alertada por los disparos, ya me tenía preparada la defensa.

Ella, mi suegra, doña Ana Reijer de Markmann, y yo nos procuramos unos rifles y revólveres y desde las ventanas del segundo piso hicimos una cerrada descarga al aire, como notificación a los policías de que estábamos dispuestos a defendernos si ellos asaltaban la casa. Mientras tanto, todo el vecindario se movilizó, prestándonos una valiosa y salvadora ayuda.

En vista de nuestra resolución, los agentes pidieron refuerzos, y no pasó mucho tiempo sin que apareciera un carro lleno de carabineros armados hasta los dientes...

Mientras tanto, nuestros vecinos se habían apresurado, por su parte, a dar aviso a la Presidencia de la Cámara y a la del Senado, alertando de lo que ocurría.

Cuando el jefe de la fuerza policial me conminaba a rendirme, y yo replicaba que estaba dispuesto a defenderme hasta el último, a menos que exhibiera orden de detención emanada de juez competente, llegaron los dos Presidentes del Parlamento, señores Opazo Letelier y Arturo Montecinos, a los que acompañaban varios colegas de diversos partidos políticos. Ambos Presidentes se pusieron en contacto con el Ministro del Interior, que, compenetrado de la gravedad del enfrentamiento, dio orden de retirar inmediatamente la fuerza pública.

Por precaución, tanto los señores Opazo y Montecinos como mis

otros colegas, temerosos por mi seguridad personal, me convencieron de que me refugiara en el Congreso, donde estaría más protegido.

Así lo hice y esa noche pernocté en el recinto del Parlamento y me ocultaron en uno de los subterráneos por temor a que el Congreso pudiera ser asaltado.

El día 26 de julio de 1931 se precipitaron, veloces, los acontecimientos políticos.

Ibáñez, abrumado por el desastre económico, por una parte, y convencido de que por la fuerza y la violencia no podría dominar al país a menos que corrieran ríos de sangre, por la otra, decidió patrióticamente presentar la renuncia de su cargo y entregar el mando al Presidente del Senado, don Pedro Opazo Letelier.

El Ejército acató la decisión del Presidente Ibáñez en una histórica declaración firmada por el Comandante en Jefe del Ejército, general señor Bartolomé Blanche. Por su sobriedad y ejemplarizadora doctrina castrense es digna de ser conocida y ponderada por las nuevas generaciones. Ella dice así:

Su Excelencia el Presidente de la República, en un gesto de amor a Chile y deseos de que la paz y la concordia vuelvan al ánimo de sus conciudadanos, ha decidido retirarse de la Primera Magistratura.

El Ejército, que –según la misma Constitución que se ha mirado como divisa en estos días de ansiedad y tristeza para la nación– es una fuerza esencialmente obediente, que no puede deliberar, tiene que acatar esta resolución.

Fuerte como una masa de granito, acordándose solamente que es un baluarte del orden y de la seguridad de la Patria, debe poner su espada y su vida al servicio del nuevo Gobierno.

Esta misión de honor es la única que cabe a un soldado en las actuales circunstancias. En noble renunciación a los efectos personales y propias convicciones, cumplámosla leal y honradamente.

Nuestros conciudadanos podrán así apreciar que el Ejército *no vibra al nombre de personas o partidos*, sino exclusivamente al de su deber, marcado por la Constitución de la República y sancionado por su conciencia profesional. (Firmado) BARTOLOMÉ BLANCHE E., General, Comandante en Jefe del Ejército.

La caída de Ibáñez

La caída de Ibáñez provocó una explosión de alegría y manifestaciones de regocijo nunca antes vistas en el país... Las campanas fueron echadas al vuelo, la ciudad entera se embanderó y las gentes se abrazaban en las calles y plazas, sin distinción de clases, sexo ni edad.

El aire de libertad se volvía a respirar en Chile, sin miedo, sin angustias, sin temores...

Pasarían veinte años desde los acontecimientos narrados antes que Ibáñez llegara nuevamente a la casa de los Presidentes de Chile. Pero esta vez trató de rectificar en la raíz su error fundamental del primer Gobierno.

Bien o mal, gobernó dentro de la Constitución y la ley.

No hay duda que Ibáñez adolecía del mismo complejo de don Arturo: la irrefrenable ambición del Poder.

El destacado hombre público don Cornelio Saavedra Montt, leal y consecuente amigo de don Arturo, decía con fina ironía, a quien quisiera oírlo, que cuando Alessandri no estaba en la Presidencia de la República "se creía *cesante*".

Para ellos no tener en sus manos las riendas del Gobierno era lo mismo que si un intruso les hubiera arrebatado algo propio, personal y no delegable.

Así se explica que ambos caudillos, durante cuarenta años, se disputaran con saña la sucesión presidencial, cerrando el paso a numerosos políticos con méritos más que suficientes para optar a la banda de O'Higgins.

Sin embargo, debemos reconocer que, al margen de los atropellos y violación de la Constitución y las leyes cometidos durante su dictadura, Ibáñez tiene a su haber tres obras positivas:

La solución del problema internacional de Tacna y Arica, que restableció la paz y la amistad entre dos naciones hermanas;

La puesta en marcha del régimen presidencial de Gobierno, que dio término a los abusos del parlamentarismo, y el afianzamiento de la clase media al derrocar a la Junta Militar restauradora del antiguo régimen oligárquico, con que la reacción intentó perpetuarse en el Poder.

*Renuncio al Congreso Termal. La Cámara rechaza la renuncia.
Ceso en mis funciones parlamentarias al inhabilitarme*

Caída la dictadura y vueltos al país los ex parlamentarios y los políticos desterrados, se dio comienzo a un intenso movimiento de opinión que exigía la disolución del Congreso Termal y la convocatoria de otro nuevo, elegido directamente en las urnas.

El Partido Radical fue el primero y más insistente en bregar por la disolución del Congreso. La Junta Central, por la unanimidad de sus miembros, ordenó que, de no obtenerse el término de funciones del Parlamento, sus parlamentarios renunciasen.

La Convención Nacional del radicalismo, celebrada en Santiago el 6 de diciembre de 1932, ratificó esa orden con el siguiente acuerdo:

Que el actual Congreso no representa la soberanía nacional ni está capacitado para ejercerla, por la forma irregular en que fue designado el año 1930; y, en consecuencia, acuerda: dirigirse al Presidente de la República para que envíe un mensaje al Congreso pidiendo facultad para disolver el actual Parlamento.

La Convención Radical, dominada por el natural rencor contra la dictadura y sus cómplices, arremetió ciegamente contra el Congreso Termal, y sin distinguir entre opositores y colaboradores sometió a todos sus miembros a un Tribunal Investigador, que iba a juzgar a cada uno de los parlamentarios por su actuación durante la dictadura; y, como sanción previa, negó a éstos sus derechos de participar en la Convención, es decir, a ser oídos.

Debo reconocer que tal acuerdo me produjo una honda decepción, porque, si alguien tenía el derecho a ser oído, era el diputado por La Serena, por la constante defensa que había hecho de las libertades públicas y repudio a las medidas despóticas que, más de una vez, merecieron disposiciones policiales en su contra. Además, al caer la dictadura, fui el primero en renunciar a mi cargo y entregar el documento en que así lo hacía a la Junta Central de mi partido, a la vez que en la Cámara de Diputados presentaba y movía el despacho de la reforma constitucional encaminada a disolver el Congreso.

Pero el odio contenido contra los crímenes, violencias, deportacio-

nes, persecuciones e injusticias del régimen depuesto tenía raíces tan profundas en el alma republicana de los chilenos, que se explican estos desbordes de los radicales, insuflados, además, por el espíritu revanchista con que lógicamente llegaron a Chile los "perseguidos de la dictadura".

En estas circunstancias, presenté a la Cámara la renuncia de mi cargo de diputado, contenida en los siguientes términos:

De acuerdo con lo dispuesto en el artículo 26 de la Constitución, vengo en dimitir el cargo de diputado por La Serena, proclamado por el Partido Radical de la provincia de Coquimbo.

Fundo esta dimisión en el acuerdo tomado por la más alta autoridad de mi partido, la Convención Radical, que ha desconocido nuestra investidura parlamentaria, ordenándonos perentoriamente que hagamos dejación de nuestros cargos, bajo pena de expulsión del partido.

En esta situación, consciente de la dignidad y autoridad moral con que debe estar revestido el cargo de parlamentario, el acuerdo de la Convención de mi partido me coloca en la imposibilidad moral más calificada para continuar en el desempeño de un cargo al cual yo había renunciado voluntariamente hace cerca de tres meses. Reitero a la Honorable Cámara mi decisión firme e inquebrantable de alejarme del Congreso, por cuyo motivo un rechazo de mi renuncia significaría obligarme a un sacrificio personal de tener que ausentarme del país sin permiso constitucional para llegar a obtener la inhabilidad legal que me permitiera automáticamente cesar en el cargo de diputado.

Yo invoco al patriotismo e hidalguía de los señores diputados para que me permitan satisfacer este sentido anhelo mío, y al mismo tiempo poder dar cumplimiento a un mandato imperioso de la Convención de mi partido, cuyo acatamiento significa para mí un estricto deber de dignidad, obediencia y disciplina, base elemental en que descansa la reorganización de los partidos políticos como fuerzas efectivas y capaces de reconquistar y mantener vigente la estructura jurídica del Estado.

Santiago, 9 de diciembre de 1931 (Firmado) GABRIEL GONZÁLEZ V.

Mi renuncia fue enviada a la Comisión de Legislación y Justicia, y ésta, por unanimidad, acordó no aceptar la dimisión y recomendó su rechazo.

Al tratarse en la Sala el informe de la Comisión y después de oír al diputado informante, señor Vicente Acuña, quien negó valor a los acuerdos de la Convención del Partido Radical, pedí la palabra y me expresé en los fundamentos de mi inhabilidad moral. Dije:

Me parece profundamente erróneo y peligroso sostener que las resoluciones, acuerdos o mandatos de las más altas autoridades de los partidos políticos no afectan a sus representantes en el Parlamento.

A mi juicio, tal aseveración significa desconocer el principio democrático representativo que establece nuestra Constitución para la generación y funcionamiento del Poder Legislativo.

El sistema representativo democrático exige como base fundamental de su organización la existencia de los partidos políticos, que agrupan, disciplinan y orientan las fuerzas de la opinión, para dar vida y estructura jurídica al principio de la soberanía popular.

La democracia política, que es intervención de todos los ciudadanos en las funciones públicas, que es responsabilidad y colaboración constante, dejaría de subsistir si los partidos políticos no tuvieran intervención directa en la generación, conducta y actuación de los miembros del Poder Legislativo.

Mal o bien elegido, he llegado a este cargo por voluntad del Partido Radical de la provincia de Coquimbo, con el exclusivo objeto de ocupar la tribuna parlamentaria en defensa de los principios constitucionales, para luchar por el restablecimiento de la libertad y de las garantías individuales y la independencia de los Poderes Públicos.

Tengo la íntima satisfacción de declarar, sin jactancia ni vanidad de ninguna especie, que, dentro de mi modesta capacidad y esfuerzos, he creído cumplir fielmente el sagrado mandato que me impuso mi partido en la provincia de Coquimbo. Actuando entre amenazas, arriesgando la tranquilidad de mi hogar, víctima de agresiones de hecho, jamás traicioné la doctrina libertaria de ese gran partido, que hoy repudia mi investidura parlamentaria por el pecado de haber actuado en la única forma que en esa época era posible llegar al Parlamento.

A pesar del respeto que me merecen sus resoluciones inapelables, hoy, como ayer, no trepidaría en buscar la acción parlamentaria, en vez de la inacción, para combatir una dictadura.

Durante el debate, fue para mí alentador escuchar a colegas como los señores Alejo Lira Infante, Ignacio Urrutia Manzano y otros, que, ubicados en bancas adversarias, se expresaban así de mi labor frente a la dictadura:

El señor Lira (don Alejo). Lo primero que tengo que reconocer es que la disciplina es la condición esencial del debido funcionamiento de los partidos políticos; que la determinación adoptada por el señor González Videla lo honra, porque manifiesta que es un soldado disciplinado de su partido; pero estoy en perfecto acuerdo con el informe de la Comisión, que reconoce que no es suficiente motivo para abandonar las tareas parlamentarias el acuerdo de un organismo político, aunque sea de una Convención, que es la suprema autoridad de los partidos políticos. Creo que el Honorable Diputado se debe al Parlamento, al desempeño de su cargo, formando parte de un poder público como el Congreso Nacional.

Aprovecho la oportunidad de estar con la palabra para rendirle homenaje en forma muy sincera y afectuosa al Honorable señor González Videla, por la forma levantada, patriótica y enérgica con que ha desempeñado sus funciones en el Parlamento, sobre todo para constituirse en la Cámara, como se constituyó en época bastante ingrata, en paladín de las libertades públicas.

El señor Lezaeta. Adhiero con todo agrado a las expresiones del Honorable señor Lira, con respecto al Honorable señor González.

El señor Urrutia Manzano. He querido rememorar este hecho para poner de relieve la labor del diputado señor González, y poner de manifiesto, ahora que se ha ausentado de la Sala, su valentía en defender la libertad durante la dictadura.

Es demasiado conocida la labor del señor González. Consta en los anales de esta Cámara su brillante actuación, que ha sido aplaudida por la opinión general del país y especialmente por la altiva región que aquí representa.

Varios señores diputados. ¡Muy bien!

Puesto en votación el informe de la Comisión que rechazaba mi renuncia, fue aprobado por 42 votos contra 4.

Consecuente con mi determinación y la orden del partido, procedí, entonces, a inhabilitarme, tomando la defensa de un juicio en contra del Fisco.

Así terminó mi participación en el Congreso Termal...

Mientras tanto, este Congreso continuó funcionando gracias al apoyo que le prestó el Presidente Montero, que fue correspondido por sus miembros con una leal y decidida cooperación, sobre todo en los difíciles momentos de la sublevación de la Escuadra.

Capítulo II

LA ELECCION PRESIDENCIAL DE MONTERO Y EL ASALTO AL PODER DEL 4 DE JUNIO DE 1932

Don Juan Esteban Montero, que había reemplazado a don Pedro Opazo Letelier en la Vicepresidencia, convocó de inmediato a elecciones presidenciales para los primeros días de octubre, después de haber restablecido el orden, pacificado los espíritus y puesto en plena vigencia las libertades públicas y las garantías individuales.

Ordenó el regreso de todos los parlamentarios, dirigentes políticos y obreros exiliados, y la libertad de los detenidos.

Entre los vueltos del destierro estaba don Arturo Alessandri, a quien se le hizo un grandioso recibimiento y, de inmediato, fue proclamado candidato a la Presidencia de la República.

En esa ocasión pronunció su famosa frase: "No quiero, no puedo, ni debo aceptar dicha candidatura", la que se prestó a muy encontradas interpretaciones y, desde luego, a la sátira política de la prensa opositora a su anterior gestión y a su persona.

Mientras tanto, los gremios de profesionales, que prestaran tanto y tan decidido apoyo al derrumbe de la dictadura, levantaron la candidatura del señor Montero, quien en esos momentos encarnaba los más arraigados anhelos de la civilidad democrática.

Dedicado por completo al estudio de las ciencias jurídicas y a su Cátedra de Derecho Romano en la Universidad de Chile, don Juan Esteban Montero, no obstante militar en el Partido Radical, no era un político en la estricta acepción de esta palabra; nunca había participado en una elección, ni en los debates de las asambleas partidistas.

Por el contrario, su carácter reservado, su talento dedicado a la erudición en todos los aspectos que se relacionaban con su Cátedra, habíanlo habituado al don, tan poco común, de saber escuchar, incluso a aquellos interlocutores locuaces que no siempre dicen cosas inteligentes o dignas de atención.

Para estos últimos tenía, sin embargo, una sonrisa irónica, apenas

expresada en un pliegue fugaz en las comisuras de los labios, que se reflejaba en su apacible rostro.

No era ampuloso ni locuaz; menos aún engreído por su fama de maestro ejemplar.

En suma, un hombre verdaderamente superior, feliz en su ambiente de Códigos, recopilaciones históricas y filosóficas del Derecho, donde se encontraba más a sus anchas que en el mundo de la política. Respiraba mejor en la atmósfera de los Tribunales de Justicia, en que su prestigio de abogado trascendía por su erudición, dominio de la jurisprudencia y la práctica forense.

Más allá del foro y de la Cátedra, jamás le interesaron los honores; menos el Poder o la popularidad.

En estas circunstancias, no fue fácil a los partidos políticos y sectores gremiales doblegar su sincera y obstinada voluntad de rechazar la candidatura presidencial que le ofrecían.

Fue una batalla de semanas, donde la ofensiva y la presión de los gremios, amigos y partidos se mantuvieron tarde, mañana y noche.

Por fin, rendido por el asedio, su voluntad fue doblegada. En ese momento, precisamente, lanzó su famosa frase que el tiempo ha incorporado a la Historia, haciéndola inolvidable: "Me someto".

¡No aceptaba el Poder; apenas se sometía!

Como candidato, hubo de enfrentar una campaña enardecida de pasiones, para lo cual no estaba habituado ni preparado, y, en particular, para colocarse a la altura de un contendor de la talla de Alessandri, que sabía estremecer a las multitudes con sus golpes oratorios; amenazantes a veces; lastimeros, otros; encendidos, demoledores, y hasta demagógicos, los restantes.

El país venía saliendo de una insoportable opresión, tapizada de dolores, odios, humillaciones. El buen sentido político aconsejaba la unión nacional; devolver al país la paz y la institucionalidad.

Don Arturo, comprendiendo que su candidatura en vez de unir dividía, y ante la obstinada resistencia de don Juan Esteban Montero para aceptar la Presidencia, le propuso unir todas las fuerzas civiles en un solo frente con un abanderado único, para cuyo efecto ambos debían renunciar a sus respectivas postulaciones.

Don Juan Esteban, con modestia y humildad emocionantes, aceptó

con agrado la proposición, pero condicionada a la ratificación de los partidos y gremios, a quienes había comprometido su palabra con la célebre frase: "Me someto".

La histórica carta de aceptación que dirigiera a don Arturo dice así:

Distinguido amigo:

Acuso recibo de su carta que ha tenido a bien dirigirme con fecha 9 del corriente, en la cual me propone una fórmula de transacción para eliminar nuestras candidaturas a la Presidencia de la República y fijarse en un tercer nombre que evite la lucha electoral.

De seguro que no hay nadie tan convencido como yo de mi falta de condiciones para desempeñar ese alto cargo, y ello originó mi tenaz negativa para aceptar la candidatura que me ofrecían los representantes de los partidos históricos y de los gremios profesionales.

No obstante, hube de ceder ante las múltiples consideraciones que se me hicieron valer, y me encuentro así ligado ante los partidos y gremios profesionales con un compromiso del que ellos solamente pueden relevarme. Por eso, y porque usted también me insinúa poner la proposición que me hace en conocimiento de sus organismos directivos, me he apresurado a hacerlo, manifestándole que yo acepto gustoso lo que decidan.

Los partidos y gremios rechazaron la patriótica iniciativa. Los círculos de derecha, sobre todo, le dieron una torcida interpretación que indignó a don Arturo, pues suponíanlo inspirador de una maniobra para descartar a don Juan Esteban.

La reacción de Alessandri, arrastrado por su apasionado temperamento, indújole a cometer un grave error: suponer que don Juan Esteban tenía el propósito de arrebatarle la elección, y apeló a las Fuerzas Armadas a fin de que éstas intervinieran a favor suyo durante el acto electoral.

El señor Montero, en abierto contraste, contestó el llamado a la violencia y a la intervención del Ejército con sereno lenguaje y con la pureza de sus convicciones republicanas.

Así expresa sus ideas en el manifiesto que dirigió al electorado:

Mi vida es todo un acto de fe en el derecho; amor a la libertad, respeto a todas las conciencias. Nunca hice nada que pudiera amenguar la estimación que he merecido de mis conciudadanos; si mi pasado político no tiene

un acervo de batallas electorales, no tiene tampoco, en cambio, un solo acto público que merezca la condenación de una recta conciencia ciudadana.

Es por esto que, en vísperas de la solemne batalla, yo pido a la ciudadanía que me acompaña, a los hombres que con nuestra causa comulgan, sobre todo el haz del suelo nativo, que se adentren hacia las urnas serenos y respetuosos, conscientes de que llevan en la cédula de su sufragio la defensa de nuestra causa, la simiente primaria de la gran obra de engrandecimiento nacional que aspiramos realizar en un ambiente de orden, de libertad, de tranquilidad y de paz.

Sólo al final desliza una sencilla frase que, además de expresar serenamente su protesta, diríase una bella lección de moral política:

El hijo de una democracia que se acerca a la urna republicana para cumplir con su sagrado deber de ciudadano, en nombre de la Patria, de la familia y del porvenir de la nacionalidad, no puede ser amedrentado jamás por la agresividad que substituye con espasmos irreflexivos la fuerza incontrastable del Derecho.

Realizada la elección, en un ambiente cargado de tirantez, pero sin que ocurrieran incidentes de importancia, don Juan Esteban Montero obtuvo, de acuerdo con las inscripciones electorales de entonces, una abrumadora mayoría de 183.000 votos contra 100.000 que alcanzó don Arturo.

Los partidos históricos, el Radical, Liberal y Conservador, en una alianza civilista y republicana, respaldados por los gremios profesionales y técnicos, además de los sectores independientes que habían salido a la calle a enfrentarse con la dictadura, le dieron sus votos con entusiasmo y disciplina.

Don Juan Esteban, en la sucesión histórica de los Presidentes de Chile, es, sin duda, una excepción. Representa un extraño símbolo de pura e intransigente subordinación a la letra y al espíritu de la ley; por encima de cualesquiera consideraciones o conveniencias, aun de tipo nacional, incluso la de sacrificar por esta pasión la Presidencia de la República.

¡Grave error este, que costó al país otro derrumbe de la institucionalidad!

LA SUBLEVACION DE LA ESCUADRA EN LA BAHIA DE COQUIMBO

El martes 1º de septiembre de 1931, desde La Serena, muy de madrugada, el Prefecto de Carabineros de Coquimbo informó telefónicamente al Vicepresidente, don Manuel Trucco, que reemplazaba al titular, don Juan Esteban Montero, de un hecho insólito.

Las tripulaciones de la Escuadra Activa, al mando del Comandante en Jefe, Almirante don Abel Campos Carvajal, en el buque insignia *O'Higgins*, y la Escuadra de Instrucción, al mando de su Comandante en Jefe y Comandante del *Latorre*, Capitán de Navío don Alberto Hozven, surtas en la bahía del puerto de Coquimbo, se habían sublevado, reteniendo como prisioneros, con centinela de vista, al Almirante Campos, al Comandante Hozven y a todos los jefes y oficiales.

La Escuadra Activa estaba compuesta por las siguientes unidades de guerra:

Buque insignia, crucero *O'Higgins*.

Destróyers: *Riquelme, Hyatt, Videla, Aldea*.

Submarinos: *Simpson, Gálvez y Artilleros*.

La Escuadra de Instrucción, por:

Acorazado *Almirante Latorre*.

Destróyers: *Lynch, Orella y Serrano*.

En suma, la marinería de doce unidades de guerra, encabezadas por uno de los acorazados más grandes del mundo, el *Almirante Latorre*, se había tomado los barcos, posesionándose enseguida del armamento menor de las salas de armas, y hecho prisioneros a los jefes y oficialidad de los buques antes nombrados.

Al día siguiente, se unió a la sublevación la Escuadra del Sur, que navegando desde Talcahuano había logrado burlar la vigilancia del Gobierno.

La Escuadra del Sur se hallaba formada por el crucero *Blanco Encalada*; los transportes *Araucano* y *Maipo*, los submarinos *Thompson*, *O'Brien*, *Guacolda*, *Fresia* y *Quidora*, y las escampavías *Janequeo* y

Sibbald, elevándose con ello a veintidós las unidades sublevadas, y a más de cinco mil hombres el número de los amotinados en la rada de Coquimbo.

El golpe se produjo sin que la jefatura de la Armada, y menos el Gobierno, de reciente instauración, tuvieran el menor indicio del complot, que desde hacía meses se venía fraguando a bordo del *Latorre*.

La noticia cayó como una bomba, tanto en los círculos oficiales como en la opinión pública del país; y trascendió al exterior con caracteres alarmantes.

El motivo aparente de este estallido era la reducción, por razones económicas, de los sueldos de la marinería, pero, en el hecho, era una hábil y audaz maniobra, tejida desde dentro por sólo dos agentes comunistas, que, con gran pericia, lograron infiltrarse en la dotación del *Latorre*. Uno era Manuel Astica, cabo despensero de ese buque, que astutamente había ingresado seis meses antes y había ocupado el primer lugar en un concurso de condestables, muy ayudado, por cierto, con recomendaciones de líderes católicos.

El otro era el cabo despensero Augusto Zagal, quien tomó desde el primer momento la dirección del movimiento, utilizando al preceptor Ernesto González Brion, al cual nombraron jefe del estado mayor de las tripulaciones sublevadas, porque era, además, el suboficial más antiguo.

Como secretario general se designó, por supuesto, a Manuel Astica.

González Brion quiso, sin embargo, postergar el movimiento, pero Astica se opuso tenazmente. Aunque éste era prácticamente un aparecido y ni siquiera cabo de planta, sino simplemente contratado, como era también el caso de Zagal, exigió, imponiéndose en la reunión de suboficiales (sus superiores jerárquicos), que el golpe se diese, indefectiblemente, el martes 1º de septiembre, como había sido ordenado desde tierra por el comité revolucionario secreto del Partido Comunista.

Esto quedó de manifiesto cuando la radio del *Latorre* lanzó la siguiente proclama:

Declaramos ante la conciencia del país que en estos momentos las tripulaciones, al ver la intransigencia antipatriótica del Gobierno y al considerar que el único remedio para la situación es el cambio de régimen social,

hemos decidido unirnos a las aspiraciones del pueblo, y zarpará junto con nosotros una comisión de obreros que representa el sentir del proletariado, de la Federación Obrera de Chile y del *Partido Comunista*. La lucha a que nos ha inducido el Gobierno se transforma en estos momentos en una REVOLUCION SOCIAL.

Al Gobierno ya no le cupo duda alguna de que el amotinamiento de la Escuadra en la bahía de Coquimbo, hecho con el pretexto de oponerse a la rebaja de los sueldos, era en el fondo una obra de zapa del Partido Comunista y que el control de las tripulaciones estaba íntegramente en sus manos, con el total apoyo de la Federación Obrera de Chile, también de fisonomía comunista.

Para conjurar el peligro, el Vicepresidente de la República, don Manuel Trucco, obtuvo de inmediato del Congreso Nacional la declaración de Estado de Sitio en todo el país, suspendiéndose las garantías constitucionales.

La situación fue calificada de extremadamente grave y se estimaba que sólo podía ser conjurada empleando la fuerza contra la fuerza.

A pesar de esto, el Consejo de Almirantes sugirió buscar una solución pacífica que salvara la autoridad del Gobierno y evitase el empleo de las armas, cuyas consecuencias no podían preverse.

El Vicepresidente, acogiendo esta proposición, comisionó al Almirante Von Schroeders para que se trasladase a Coquimbo en misión conciliadora a fin de que los amotinados depusiesen su actitud.

El Almirante fue recibido a bordo del *Latorre* con todos los honores correspondientes a su alta jerarquía. Pero la conferencia, realizada en la cámara de los guardiamarinas, fue presidida por el jefe del estado mayor de las tripulaciones sublevadas, el preceptor Ernesto González, y por el secretario general, cabo despensero Manuel Astica.

Cuenta el Almirante Von Schroeders en su informe secreto al Ministro de Marina, fechado el 10 de septiembre de 1931:

La Cámara estaba repleta, calculo unas 60 ó 70 personas. Les doy los buenos días, y todos me contestaron con voz clara y respetuosa: "Buenos días, Almirante". Me pareció que con esto el hielo se hubiese roto algo. *En la cabecera de la mesa, a popa, presidía el suboficial preceptor González, gordo, calvo, cara casi bonachona, modo suave, palabra respetuosa;*

nunca habría creído que era el cabecilla y que detrás de esa fisonomía, que había engañado a muchos comandantes, pudiera esconderse tanta deslealtad e hipocresía.

Al ver que el primer round había sido del Delegado, se levantó el hombre que considero el más funesto de todos los que vi en la reunión: el despensero Astica. Así como me había blufado con González, jamás me habría equivocado al observar los ojos, el modo de mirar y la expresión general del físico de este peligroso espécimen; por muy bien preparadas que sean estas personas, no comprendo cómo la Dirección del Personal no tiene seleccionadores más hábiles o psicólogos para impedir su ingreso a la Armada. Cara delgada, cutis moreno amarilloso, nariz afilada, ojos negros penetrantes y con expresión de ser muy malo; prestó constante atención a todas mis palabras y nunca dejó de rebatirme de frente o bien indirectamente. En efecto, en todas las conferencias estuvo sentado a la derecha de González, al cual durante mis argumentaciones le hablaba al oído o le pasaba un papelito escrito con alguna razón para que González hiciera uso de ella y entorpeciera las gestiones. Hombre seguramente inteligente y bastante instruido para su clase social; tupé enorme, mucha labia para discurrir sobre temas elevados, que se conoce ha leído, pero no digerido; sobre todo, ansias de lucirse y, a la vez, sobreponerse ante el auditorio selecto que él ya tenía envenenado y al cual era necesario tenerlo dominado. En su tono altanero, se veía que era ahí un líder, y un *líder comunista con odios*.

Las negociaciones a bordo del *Latorre* fracasaron, y el Almirante regresó a Santiago.

Ante el sesgo que tomaban los acontecimientos, agravados por el fracaso de la gestión conciliatoria del Almirante Von Schroeders, renunció el Gabinete que presidía don Horacio Hevia, y se nombró otro que no vacilara enfrentar a los amotinados y, como último recurso, fuera capaz de dominarlos por la fuerza a fin de evitar que el país desembocara en una guerra civil o en la revuelta social que habían proclamado los sublevados por inspiración de los comunistas.

Para este efecto se entregó el mando de la fuerza pública al General don Carlos Vergara Montero, como Ministro de Defensa Nacional, militar enérgico, educado en la vieja escuela de guerra prusiana, quien tomó en sus manos la grave y delicada responsabilidad de someter a la Escuadra sublevada.

De inmediato éste ordenó que la Fuerza Aérea y el Ejército estuviesen preparados para atacar a los revoltosos, pero sin causar pérdidas de buques, en particular de cruceros y acorazados, indispensables factores para la defensa de nuestra soberanía nacional.

El día 5 de septiembre el General Vergara Montero envió a las tripulaciones sublevadas un ultimátum en que les intimaba a la rendición incondicional; además, les exigía la entrega de las armas al Comandante de la Guarnición de La Serena dentro del plazo de dos horas; en caso contrario, serían atacados por la aviación.

El comando de la marinería sublevada respondió con la amenaza de bombardear La Serena si eran atacados por la Fuerza Aérea y reiteró por la radioemisora del *Latorre* que el verdadero móvil de la revuelta era la revolución social.

El momento revestía extrema gravedad. El Vicepresidente de la República, conociendo mis estrechas relaciones de amistad con el Intendente de Coquimbo, don Román Mery Peñafiel, caballero de avanzada edad, solicitó que me trasladase en el acto a La Serena a fin de que lo asesorara en los graves acontecimientos que estaban próximos a desarrollarse, derivados de la resolución del Gobierno de bombardear la Escuadra sublevada.

Como la marinería había anunciado que bombardearía La Serena si esto se cumplía, aconsejé al Intendente que recibiera a la comisión del estado mayor de las tripulaciones, que ya habían desembarcado, con objeto de impedir el bombardeo a la Escuadra.

No alcanzó a realizarse la reunión, porque los serenenses, hombres, jóvenes y mujeres, en valiente y firme actitud, recibieron con gritos, pifias y piedras a la comisión de la marinería, que optó, indignada, por regresar a bordo, fracasando su plan de amedrentar a la población.

El Ministro de Guerra, General Vergara Montero, dio la orden a la aviación, a las cinco de la tarde, de bombardear los buques.

Una bandada tras otra de aviones Junkers, Vickers y Falcon, protegidos por los rayos solares en declinación, lanzaron sus terroríficas bombas, que por su gran potencia explosiva hacían temblar los edificios de las ciudades de Coquimbo y La Serena, al mismo tiempo que elevaban trombas de agua de mar.

Por disposición táctica, las bombas sólo caían muy cerca de los barcos, especialmente del *Latorre*, donde actuaba el estado mayor de la rebelión. Los sublevados no podían defenderse eficazmente, por ignorancia del manejo de la artillería antiaérea.

Entonces la radio del *Latorre* anunció que procedería al bombardeo de La Serena, y para este efecto se ordenó al crucero *O'Higgins* tomar posición frente a la ciudad y abrir el fuego.

En esos dramáticos momentos, los aviones debieron cambiar su táctica y lanzar sus bombas contra el submarino H-4, que tenía una tripulación de veinticuatro hombres. El submarino, que resultó con sus máquinas destruidas, quedó, por supuesto, fuera de combate, además de lamentar la muerte de tres marineros. Y como el *O'Higgins* empezaba a virar para tomar posición de fuego, apuntando sobre La Serena, lanzaron otra bomba tan cerca del casco de la nave, que ésta estuvo a punto de quedar tumbada.

Estos impactos produjeron pánico y desmoralización en la marinería de los otros buques y temor de correr la misma suerte; de inmediato, la tripulación del *O'Higgins* levantó bandera de parlamento, desobedeciendo la orden de bombardear. La Serena se salvó de ser destruida.

Adelantándose a los riesgos del bombardeo, las autoridades militares habían ordenado la evacuación de la ciudad, refugiándonos los habitantes en las colinas adyacentes, desde donde presenciamos, angustiados, la espectacular batalla aeronaval.

El informe del Comandante de Aviación Ramón Vergara Montero, que dirigió el ataque de la aviación con maestría y temeridad, da cuenta de las siguientes bajas y vicisitudes de la operación:

Inspeccionando el material de vuelo, pude evidenciar que el Falcon N.º 3 había recibido dos impactos; el N.º 26, dos; el Vickers N.º 04, dos; el N.º 9, uno; el Junkers N.º 1, cuatro. Un Falcon piloteado por el Teniente Julio Tapia y el Alférez de Reserva en retiro Renato Ortega, había sido derribado, afortunadamente sin consecuencias para sus tripulantes. Revisado el personal, comprobé que su moral era excelente.

Durante todo el ataque había observado desde el aire la fuga al norte de dos destróyers, y por teléfono se me comunicó luego, desde Coquimbo, que el submarino H-4 *Quidora* atracó al muelle durante el combate y su

tripulación se entregó prisionera a las autoridades. Una bomba pequeña había ocasionado tres bajas en la tripulación que estaba en cubierta.

El día 7, de madrugada, el resto de la Escuadra se rindió incondicionalmente. La tripulación fue desembarcada y llevada detenida al cuartel del Regimiento Arica, donde se constituyó el Consejo de Guerra que habría de aplicar las sanciones penales dispuestas por el Código Militar.

A la tripulación del *Latorre* la juzgó el Consejo de Guerra de San Felipe, que condenó a la pena de muerte a Ernesto González Brion, jefe del estado mayor de las tripulaciones sublevadas; y a los dos cabos dispenseros de filiación comunista: Manuel Astica y Augusto Zagal, verdaderos cabecillas de la asonada naval.

La sentencia del Consejo de Guerra, atendida a la rigidez del Código Militar, ordenaba que al amanecer del día 18 de septiembre debían ser fusilados los tres dirigentes condenados a muerte.

El Vicepresidente recibió alrededor de las diez de la noche del 17 de septiembre la sentencia del Consejo de Guerra en que se ordenaba la ejecución.

El señor Trucco pidió la opinión de sus Ministros; y aunque el de Defensa, señor Vergara, solicitó que se diera cumplimiento al fallo a fin de restituir y mantener la disciplina, el Vicepresidente, invocando que, en fecha tan simbólica de nuestra nacionalidad, como es el 18 de septiembre, era de parecer que debía conmutarse la pena de muerte por la de presidio perpetuo:

Los Ministros aprobaron la decisión del Vicepresidente, pero el Ministro Vergara, vencedor de la revuelta, se sintió obligado a presentar su renuncia. Esta le fue rechazada por el Jefe de Estado, y recibió, junto con esa manifestación de confianza, toda clase de explicaciones y ruegos del señor Trucco y de sus colegas del Gabinete, para convencerlo de que debía retirar su renuncia, a lo que el General terminó por acceder.

Posteriormente, las sentencias a perpetuidad fueron conmutadas por las de relegación, y el 14 de junio de 1932, con el advenimiento de la República Socialista, fue concedida la amnistía general.

Así terminó el drama, y el Ministro de Guerra, señor Vergara Montero, conquistó la admiración de los chilenos por su valiente, audaz y definida acción. En ésta fue respaldado por la población serenense, que

dio un ejemplo de solidaridad cívica y patriotismo al apoyar al Gobierno constituido, aun a riesgo de que la centenaria ciudad hubiera sido destruada.

Y ahora una breve consideración.

Sería ingenuo separar los sucesos del acontecer chileno, o de cualquier otro país, del contexto de la historia mundial contemporánea.

Ello ocurriría si se desvincularan los sucesos de Coquimbo, sucintamente referidos, de la experiencia adquirida por la permanente estrategia del comunismo internacional.

Entre los años 1905 y 1915 —antes de los alzamientos “preliminares” de la Escuadra rusa del Báltico, ocurridos en febrero y julio de 1917—, los activistas camuflados del marxismo soviético habían puesto en movimiento algunas células, con cierto grado de éxito relativo, en cruceros de la Armada Imperial.

En octubre de 1917 los sóviets de marineros y soldados lograron conquistar el Poder.

Ateniéndonos a tal permanente estrategia del Partido Comunista, estos históricos acontecimientos deben constituir una severa advertencia para las Fuerzas Armadas, después de la última experiencia en que el marxismo pretendió infiltrarse nuevamente en nuestra Marina de Guerra, aprovechándose de su permanencia en el Poder.

L A C A I D A D E M O N T E R O

A mi juicio, la caída del primer Presidente del radicalismo y el retorno a la dictadura militar no pueden ser imputados exclusivamente a Juan Esteban Montero, honesto y preclaro varón que habíase adelantado a poner de manifiesto su carencia de condiciones políticas antes de aceptar su postulación a la Presidencia de la República.

Nunca pretendió ser un político ni modelador de pueblos, vocación inherente a un estadista destinado a plasmar, conducir y orientar a la opinión pública de su Patria.

La democracia verdadera, auténtica, sólo vive palpitante en la política, y para que ésta irradie fuerza y acción, necesita de un conductor de hombres.

El hombre público obedece a un imperativo categórico creado por la democracia. Sin él, sin líderes, sin hombres representativos, no puede funcionar la máquina de las civilidades libres, que, al mismo tiempo, deben ser ordenadas, creadoras, fecundas.

La designación de Montero se debió más bien a un sentimiento revanchista de los sectores de derecha en contra de don Arturo, ya que por su falta de actuación pública ese eminente jurisconsulto conciliaba las más encontradas opiniones e intereses. Grave error, pues debieron buscar a un político experimentado, como los había en gran número entre los perseguidos y no perseguidos por la dictadura.

Cuando el Destino, meses después de la caída del Mandatario, echó sobre mis hombros la responsabilidad de elegir a su sucesor, la experiencia de la gestión de Juan Esteban me sirvió para no caer en el desierto recién cometido, y procedí, en consecuencia, a buscar al hombre capaz de mantener la estabilidad constitucional y poner término a los pronunciamientos militares, sin otra consideración de orden personal o ideológico que la jerarquía partidista y experiencia del candidato.

El asalto al poder del 4 de junio

Herencia directa de la larga noche de las asonadas militares, que comenzó el 4 de septiembre de 1924, con el derrocamiento del Presidente Alessandri, fue el motín de la Escuela de Aviación de El Bosque, encabezado por el Coronel Marmaduke Grove y un grupo de ilusos y audaces políticos, de tendencia socialista, que planeaban establecer, por vía militar, una "República Socialista" en nuestro país.

Sólo un profundo desquiciamiento de la disciplina y el relajamiento de la moral en nuestras Fuerzas Armadas hacen explicable el hecho de que un simple amotinamiento de la Base de El Bosque, apoyado sólo por el Coronel Lagos, Comandante de la Escuela de Infantería, hubiera facilitado a Eugenio Matte, Carlos Dávila y demás líderes socialistas su llegada a La Moneda.

Tal situación encontró al Presidente Montero el día 4 de junio de 1932 sin poder o no querer combatir la revuelta y con la amenaza inminente de que los amotinados asaltarán y ocuparán La Moneda de un momento a otro.

Por consejo de sus Ministros, el Presidente llamó personalmente a Alessandri para que interviniera frente a los sublevados, conociendo la íntima amistad que lo unía a Grove, desde su destierro en París. Don Arturo aceptó la misión y, en compañía de su hijo Fernando, se trasladó a la Escuela de Aviación, donde conferenció largamente con el Coronel, quien se mostró intransigente en su resolución de exigir la renuncia a Montero. Fracasada la misión de Alessandri, el golpe estaba consumado.

Montero se negó a presentar su renuncia y estoicamente esperó que llegaran los amotinados, encabezados por Eugenio Matte, Carlos Dávila y el General Puga, los que, una vez instalados en el Poder, declararon constituida la República Socialista y disuelto el Congreso Nacional.

La República Socialista

El experimento político que lleva este nombre sufrió su primer quebranto gubernamental nueve días después del golpe, a causa de la renuncia intempestiva de Carlos Dávila a la Junta de Gobierno. ¿Mo-

tivo? Porque representando él la corriente ibaíista del Ejército, no estaba de acuerdo con la preeminencia que había tomado Grove en la Junta, quien representaba la corriente alessandrista.

Nuevamente, la pugna y rivalidad por el Poder entre Alessandri e Ibáñez fueron causa de la prolongación de los cuartelazos con efímeras Juntas militares.

Con el retiro de Dávila, la nueva Junta de Gobierno Socialista, compuesta por Rolando Merino, Puga y Matte, se instaló el 13 de junio de 1932.

Dos días después, el Coronel Lagos, de la Escuela de Infantería, el Comandante de Aviación Arturo Merino Benítez y el Regimiento Buin desconocieron la autoridad de la Junta y marcharon sobre Santiago. El movimiento era esencialmente ibaíista, y tenía por finalidad eliminar a Grove y Matte, y reponer en la Junta a Dávila, mientras Ibáñez regresaba de Buenos Aires.

Grove movilizó entonces al Regimiento de Caballería Cazadores para defender La Moneda.

A las pocas horas hicieron aparición, en pie de guerra, la Escuela de Infantería, con sus temibles tanques, el Regimiento Buin y otras unidades.

Se dio un ultimátum al Regimiento Cazadores para que se rindiera, antes de proceder a bombardear.

La superioridad de fuerza y de fuego era tan grande en favor de los regimientos sublevados, que el Cazadores no tuvo otro camino que rendirse, y a las 22 horas se retiró de La Moneda.

Lagos, Merino Benítez y el General Moreno, acompañados de jefes de la Armada y del Ejército, entraron al Palacio de Gobierno y exigieron a la Junta su inmediata renuncia. El 16 de junio se instaló la nueva Junta, presidida por Carlos Dávila e integrada por Alberto Cabero y Nolasco Cárdenas.

Al mismo tiempo que se proclamaba la continuidad de la República Socialista, Grove y Matte fueron apresados y conducidos a San Antonio y embarcados en el *Araucano*. Destino: La Isla de Pascua.

El 30 de junio se produjeron serias divergencias en la nueva Junta para restablecer las normas constitucionales auspiciadas, sinceramente,

por Alberto Cabero, lo que obligó a éste a renunciar; se constituyó entonces la cuarta Junta de Gobierno del mes de junio.

En esta Junta Cabero fue reemplazado por don Eliseo Peña Villalón, ex Rector del Liceo de La Serena.

Cuando el General Ibáñez llegó de Buenos Aires a tomar posesión de La Moneda, se encontró con la desagradable sorpresa de que a Carlos Dávila le habían nacido ambiciones de poder, y de acuerdo con el Coronel Lagos lo notificó de que las Fuerzas Armadas lo habían designado a él para conducir al país hacia la normalidad constitucional. Además, Ibáñez fue obligado a regresar nuevamente a su exilio en Buenos Aires, en un plazo muy breve.

Eliminado el General, Dávila disolvió la Junta de Gobierno que presidía con Peña Villalón y Cárdenas, y por decreto de 8 de julio se proclamó a sí mismo como Presidente Provisional de Chile.

Para asegurar su autodesignación, Dávila nombró Ministro de Defensa al Coronel Lagos, a quien parte de la opinión pública, y especialmente las revistas humorísticas, apodaron "El Tanque Lagos".

Presidente del Partido Radical

En medio de un ambiente de gran incertidumbre y desconfianza, los dirigentes radicales que habían colaborado con el Presidente Montero hicieron abandono, desmoralizados, de la dirección de la Junta Central Radical, quedando el partido acéfalo en tan peligrosas circunstancias.

En La Serena, adonde me había retirado para atender mi estudio profesional, recibí un telegrama firmado por Pedro Bórquez y el secretario general, Humberto Mardones, destacados miembros de la Junta, en el que me informaban que había sido designado presidente del Partido Radical por la unanimidad de la directiva, y me pedían que me trasladase urgentemente a Santiago, porque existían graves asuntos por resolver.

Al día siguiente asumí dicho cargo, en momentos en que iban a producirse vuelcos decisivos y cambios profundos en el panorama político nacional.

Adelantándome a estos hechos, tomé contacto personal con los jefes de los partidos históricos: demócratas, liberales, conservadores y radi-

cales socialistas, para concertar una acción planificada que nos llevara a la restauración del régimen legal; previo a eso, provocar la renuncia del señor Dávila, que no representaba a nadie, carecía de apoyo en la opinión pública y tampoco tenía de su parte a las Fuerzas Armadas. Además, en los sucesivos golpes, su conducta había demostrado a las claras su intención de perpetuarse en el Poder.

Se logró tomar contacto con las guarniciones militares de Antofagasta y La Serena, las que, encabezadas por el General Vignola, prestaron su apoyo a la idea de restaurar el régimen de derecho y convocar a elecciones para designar en las urnas al nuevo Jefe de Estado y renovar el Congreso Nacional. Con esto se desautorizaba a la Guarnición de Santiago, especialmente al Coronel Lagos y sus tanques, para seguir prestando su apoyo a Carlos Dávila.

Este se apresuró a presentar su renuncia y entregó el Poder a un hombre de gran prestigio y elevada solvencia moral: el General Bartolomé Blanche.

Con el fin de facilitar la vuelta al régimen institucional, Blanche renunció al Mando para dejarlo en manos del Presidente de la Corte Suprema, Abraham Oyanedel, a quien correspondía la sucesión presidencial, de acuerdo con la Constitución.

HACIA LA NORMALIDAD CONSTITUCIONAL

ALESSANDRI DE NUEVO PRESIDENTE

El día 1.º de octubre de 1932 se dio el primer paso hacia la restauración del régimen republicano y democrático de Gobierno.

El señor Oyanedel, sin derogar el Estado de Sitio, restableció la libertad de prensa y las garantías individuales, y ordenó poner en libertad a los presos políticos, lo que provocó una gran sensación de alivio y confianza que reconfortó al país después de las zozobras producidas por los excesos, amenazas y desorden que dejara la República Socialista.

Ese mismo día, los jefes de los partidos concurrimos a La Moneda a expresarle al señor Oyanedel nuestro incondicional apoyo, a fin de ayudarle en su patriótica tarea de dar a Chile la oportunidad de elegir libremente los nuevos Poderes del Estado.

El señor Oyanedel, con emocionadas palabras, agradeció y aceptó gustoso el apoyo que le brindaban todos los partidos, representantes del sentir de la casi totalidad del país.

Con este sólido respaldo cívico, el señor Oyanedel fijó el 30 de octubre como fecha para la elección del nuevo Presidente de la República y el nuevo Congreso, dando satisfacción así al unánime anhelo de restablecer a la brevedad la normalidad jurídica e institucional de la República.

Este feliz acontecimiento trajo muy pronto, sin embargo, un resquebrajamiento en las relaciones entre los partidos históricos que se habían jugado por derribar la última y más degradante dictadura, debido a que no hubo acuerdo para llevar un candidato único de todas las fuerzas civiles de la Nación.

El problema lo creó una proposición mía para que ese candidato único fuera don Arturo Alessandri.

Esta indicación fue rechazada con violencia por los partidos Conservador y Liberal, y apoyada por mi partido, además del Radical Socialista y Demócrata.

Fueron inútiles todos mis esfuerzos para persuadirlos de que esta candidatura era la única capaz de sacarnos de la órbita de los cuartelazos y motines en que vivía el país desde el año 1924. "Hoy necesitamos —dije en esa oportunidad— a un político con larga experiencia y habilidad en el manejo de los hombres; con ambición del Poder y audacia para conservarlo. La experiencia del sacrificio a que fue llevado el Presidente Montero no debe repetirse en esta histórica ocasión."

No tuve éxito.

Las pasiones y odios que había despertado don Arturo desde su campaña del año 20 no se habían borrado de la mente de sus adversarios, quienes llegaban a suponerle responsabilidades en la caída de Juan Esteban Montero, a raíz de una supuesta frase de aliento que le habría dirigido a Grove durante su rebelión: "No afloje, mi Coronel", frase que don Arturo, reiteradamente, negó haber pronunciado.

Pero la oposición al señor Alessandri llegó aun más lejos.

Se me ofrece la candidatura

Un día fui invitado por don Francisco Bulnes Correa, presidente del Partido Liberal, a su oficina del edificio de la Compañía de Seguros "La Sudamérica"; allí se encontraban don Ladislao Errázuriz Lazcano y don Alejo Lira Infante, presidente este último del Partido Conservador, quienes me ofrecieron, con gran sorpresa mía, la candidatura a la Presidencia de la República, a nombre de sus respectivas colectividades. En aquel entonces apenas alcanzaba yo los treinta y dos años de edad.

Al principio tomé en broma la intempestiva proposición, pero luego hube de enfrentarla seriamente, ante la insistencia con que aguardaban mi aceptación; era evidente que se trataba de descartar la candidatura de don Arturo.

Por el giro que fue tomando la conversación, cada vez más ardorosa, me di cuenta de que ellos no cejarían en su empeño, pues suponían que la exitosa carrera política que había alcanzado en plena juventud, hasta llegar en momentos tan tensos a dirigir el partido más poderoso y con mayor base de opinión en la República, debería tener como meta lógica la Presidencia de Chile. Pidieron, por último, que no me pronunciara en el acto, sino que me tomara uno o dos días para madurar mi respuesta.

Estaban seguros, creo, del efecto seductor de la oferta tentadora que me hacían.

El cerco se estrechaba y había necesidad de reaccionar rápidamente.

En ese momento se libró en el fondo de mi conciencia la pugna entre la ambición, fomentada desde niño por mi madre, y la imagen nítida de la realidad, proporcionándome el justo equilibrio, para no caer en excesos ilusorios que llevan al fracaso, la derrota, la decepción.

En espontánea confesión les expresé que, efectivamente, nada podía halagar más mi vanidad que tan generoso ofrecimiento, sobre todo, y lo dije sin rubor, cuando desde niño había sido influenciado para ambicionar tan alto honor. Sin embargo, mi decisión irrevocable era que el candidato a la Presidencia en esos momentos debía ser un político de la experiencia y condiciones de don Arturo Alessandri.

La realidad política y los últimos acontecimientos nos obligaban a reconocer que el único hombre capaz de detener el caudillismo militar y devolver el Ejército a sus nobles funciones profesionales, era don Arturo: su larga experiencia, destreza en el "muñequero" para manejar hombres y partidos, y sobre todo su irrefutable ambición por el Poder lo indicaban como un caudillo civil al cual resultaría muy difícil derribar de nuevo.

El más elemental sentido de las proporciones demostraba que sólo Alessandri, con su pasión por el Mando Supremo, podía mantenerse en la cuerda floja de las conspiraciones.

En consecuencia, frente a esta palpable evidencia nada ni nadie podría hacerme cambiar de juicio.

Don Arturo, en su libro *Recuerdos de Gobierno*, hizo público este episodio del ofrecimiento formal de la candidatura presidencial. Textualmente dice:

Era presidente de aquel partido don Gabriel González Videla, muy joven entonces, quien me ofreció su adhesión y la de su partido, considerando, como él decía, que no se determinaba sólo por el afecto hacia mi persona, sino porque tenía el convencimiento de que, dadas las perturbaciones que había sufrido el país y las consecuencias que ellas habían dejado, era el hombre más capacitado para imponer el orden y de mantenerse en el Gobierno durante todo su período presidencial. dada la experiencia y el

arraigo que yo tenía en la opinión pública y, principalmente, en la clase media.

Las gestiones ante el señor González de mis adversarios para que desistiera de sus propósitos fueron reiteradas, insistentes y constantes. No faltaron los ofrecimientos de toda especie y género ante el señor González, a quien, no obstante su extremada juventud de aquellos años, tentaron para darle a él la Presidencia de la República, a fin de que no insistiera en el apoyo resuelto y firme que prestaba a mi candidatura.

El señor González se mantuvo en su punto de vista, y con su firma y la de Humberto Mardones, secretario del Partido Radical, me ofrecieron la candidatura a nombre de su partido.

Rota la unión de los partidos históricos por la rotunda negativa de los partidos Conservador y Liberal de apoyar a Alessandri, y dada la premura del tiempo, propuse a la Junta Central Radical que hiciéramos una consulta plebiscitaria en todas las Asambleas Radicales del país, para que ratificaran la candidatura de don Arturo, lo que así se hizo, aprobándose tal designación sin que nadie se opusiera.

El 2 de octubre se le comunicó oficialmente su nombramiento como candidato del Partido Radical; y el día 4 del mismo mes, en un manifiesto, aceptó la candidatura.

En síntesis, dijo en ese momento que él, a través de su vida, había coincidido con las doctrinas y procedimientos del radicalismo, defendiendo las libertades públicas, los derechos del hombre, el respeto a la justicia, el bienestar social. Que estaba muy satisfecho de que el Partido Radical, en su última convención, orientara su programa hacia los problemas de índole económica y social, que constituía la aspiración en esa hora difícil. Que era un supremo sentir suyo reconstruir la República, alterada por reiterados movimientos revolucionarios, afianzando el Gobierno civil e imponiendo a las Fuerzas Armadas el cumplimiento exclusivo de sus funciones profesionales.

En sus fundadas consideraciones, insistió en que sólo un Gobierno nacional podía hacer el milagro de salvar a la República y ordenar la grave situación económica y financiera que agobiaba al país.

Al final, el manifiesto dice textualmente:

“Aseguraba que mi candidatura sería levantada por los partidos de

avanzada y, sin apartarme de esas orientaciones, insisto en que seré un candidato nacional y mañana Gobernante del país y para el país.”

Rechazada toda posibilidad de organizar un solo frente cívico electoral, los partidos fueron a la lucha separados: los radicales, democráticos y radicales socialistas llevaron a Arturo Alessandri; los conservadores, a Héctor Rodríguez de la Sotta; los liberales, a Enrique Zañartu Prieto; la extrema izquierda, a Marmaduke Grove, y el Partido Comunista, a Elías Lafertte.

El resultado de las urnas fue el siguiente:

Arturo Alessandri Palma	187.914 votos
Héctor Rodríguez de la Sotta	47.207 ..
Enrique Zañartu Prieto	42.885 ..
Marmaduke Grove	60.856 ..
Elías Lafertte	4.128 ..

El triunfo de Alessandri fue abrumador al obtener la mayoría absoluta, evitando así que el Congreso eligiera, según la disposición constitucional pertinente, entre las dos más altas mayorías.

El triunfo radical y “Los Tres Mosqueteros”

Al mismo tiempo, el partido lograba un sonado triunfo en la elección del nuevo Congreso, al conseguir la más elevada representación parlamentaria en ambas Corporaciones.

En la provincia de Coquimbo fuimos elegidos, con las más altas mayorías, los candidatos regionales de La Serena, Ovalle y Coquimbo: Pedro Enrique Alfonso, Humberto Alvarez Suárez y el que estas líneas escribe.

Pedro Enrique Alfonso, hijo predilecto de Ovalle, había conquistado fama como magistrado probo mientras desempeñó el cargo de Juez de Letras de ese departamento, puesto obtenido en concurso, tan pronto recibió el título de abogado. De extraordinario talento y consagrado con devoción al estudio del Derecho, tenía, además, un fervoroso espíritu público que le hizo cambiar la toga de magistrado por la silla curul del parlamentario.

De irreprochable honestidad y de excesiva modestia, Alfonso luego escalaría todos los altos cargos de la vida ciudadana: congresal, Ministro de Estado en varias ocasiones, Vicepresidente de la República, candidato a la Presidencia. Los partidos de la derecha, por sectarismo, lo bloquearon en este último escalón, para entregarle la banda presidencial al General Ibáñez.

Humberto Alvarez Suárez era asimismo un político por excelencia. Hijo también de la ciudad de Ovalle, por su preparación forense no sólo se consagró como el mejor jurista de la zona, sino que se constituyó en un verdadero cacique político, temido y obedecido por amigos y adversarios.

Nadie habría podido imaginar que en la obesa figura de Humberto, que exhalaba bonhomía, indolencia, modestia, frialdad, se ocultara una voluntad intransigente, de obsesivo apasionamiento para vencer o someter al adversario. Así se explica que para castigar a un juez prevaricador de Coquimbo, que la Corte no quiso sancionar, no encontrara mejor medio que colocarle una bomba de petardo en el juzgado. Bastó, naturalmente, para que el discutido magistrado pidiera su inmediato cambio.

Una hazaña parecida, pero sin petardo, fue la bomba política que hizo estallar cuando amenazó con disolver el Congreso, en su época de Ministro del Interior de don Pedro Aguirre Cerda.

Con estos dos extraordinarios y disímiles jóvenes coterráneos me uní, y no sólo en la Cámara, para defender los intereses de la "patria chica", nuestra querida tierra coquimbana, sino para trabajar, codo a codo, asociándonos en el bufete de abogados que abrimos en Santiago.

Nuestra acción fue tan solidaria y nuestra amistad tan fraterna, que se nos honró con el título de "Los Tres Mosqueteros".

Organización del Ministerio

La organización del Ministerio la hizo don Arturo, dentro de una orientación nacional, como las circunstancias extraordinarias lo requerían, de acuerdo con los partidos políticos que lo apoyaron.

Tres radicales ocuparon Secretarías de Estado: en Instrucción Pública y Justicia, Domingo Durán Morales; en Obras Públicas, Alfredo

Piwonka, y en Agricultura, Carlos Henríquez, profesor de la Escuela de Agronomía.

La única designación que creó dificultades fue la de Hacienda, por la caótica situación económica y financiera en que habían dejado al país los gobiernos de hecho, y, particularmente, el de la República Socialista.

Don Arturo, desde su estada en París, tenía en la mente el nombre de Gustavo Ross Santa María. En la Ciudad Luz, Alessandri había podido apreciar su preparación y el prestigio que éste gozaba en los círculos financieros y políticos franceses.

Los radicales éramos reticentes a su nombramiento, lo que preocupaba a don Arturo, que para convencernos nos invitó a un almuerzo en su casa al que asistiría Ross.

Gustavo Ross, a primera vista, nos dejó buena impresión. A pesar de su fama de terco, lo encontré afable, hasta adulator; no se me escapa que en ello estaba la mano del "León". En su trato y conversación demostró tener gran confianza en sí mismo y en las reformas que pensaba hacer; en particular, en lo concerniente al salitre, que era el gran problema que por su importancia debía encarar con urgencia el Gobierno.

Resistían también su nombramiento los dirigentes de la derecha, los cuales dieron una verdadera pero inútil batalla frente a don Arturo, sin lograr evitar su designación. Esa actitud produjo verdadera alarma en los círculos financieros, cuando se supo la firme resolución del Presidente; incluso en la Bolsa de Comercio bajaron los valores, pues se temían las drásticas medidas que impondría el nuevo Ministro.

Don Arturo hizo oídos sordos a la campaña desatada; y, pese a todos, lo confirmó en la Cartera de Hacienda.

No pasó mucho tiempo antes que esa misma derecha, en conocimiento del carácter intransigente y enérgico del Ministro, proclive a las medidas ultraconservadoras y de la libre empresa, se plegara entusiasta a su persona. Entonces levantaron su nombre como candidato a la Presidencia de la República para suceder a don Arturo.

Instalado el nuevo Gobierno del señor Alessandri, desde mi banca de diputado dediqué mis mejores esfuerzos a prestarle la más resuelta colaboración, destacándome muy pronto en la Cámara como su principal defensor en las arremetidas de los enemigos del régimen y en los proyectos económicos y financieros del Ministro de Hacienda, señor Gustavo Ross.

Esta incondicional colaboración me significó, sin embargo, con el trascurso del tiempo, desagradables molestias, lacerantes decepciones y enemistades.



En la apertura del Congreso, en 1932, junto al Presidente Alessandri y al Presidente del Senado, don Alberto Cabero, en mi carácter de Presidente de la Cámara de Diputados.

Don Arturo, que me guardaba desde su elección una sentida gratitud, me hacía objeto de finas y reiteradas atenciones, a tal punto que era como un familiar más en su mesa de La Moneda.

Lamentó mucho que en la elección de la mesa provisoria con que se iba a constituir la Cámara de Diputados, donde fui llevado por mi partido, como candidato a presidente de la Corporación, hubiera sido derrotado por un voto.

Al elegirse la mesa definitiva, donde fui llevado nuevamente por mi partido como candidato a la presidencia, don Arturo hizo llamar a su amigo de toda confianza, el hábil y destacado parlamentario Gregorio Amunátegui, y a otros diputados y liberales adictos, y los comprometió para que votaran por mí.

Gracias a esos votos fui elegido, en el año 1932, Presidente de la Cámara de Diputados, pasando a ocupar el cuarto rango en el orden constitucional de la República, a los treinta y dos años de edad.

Desgraciadamente, al final de su período nuestras relaciones fueron rotas violentamente cuando su Gobierno, controlado por los partidos de derecha y por su candidato presidencial, don Gustavo Ross Santa María, me arrebataron la senaturía por Coquimbo y Atacama, en una descarada y brutal intervención electoral.

Más adelante relato en detalle este vergonzoso episodio con el comentario que a su vez hace don Arturo en sus "Memorias", descargando sobre la derecha y don Gustavo Ross la responsabilidad de esos ingratos acontecimientos.

La gratitud del radicalismo

El radicalismo, junto con la honrosa ascensión política que me había hecho objeto, llevándome a la presidencia de la Cámara de Diputados, quiso expresarme su gratitud en la XV Convención del partido, celebrada en Viña del Mar, el 29 de junio de 1932.

En medio de los aplausos y el desbordante entusiasmo de los convencionales, el presidente del partido, don Luis Alamos Barros, me rindió un cariñoso homenaje en un brillante discurso, cuyos fragmentos más importantes se reproducen aquí:

Junto con caer el Gobierno del señor Montero, y volver a entronizarse en el país los gobiernos de hecho, con sus medidas desquiciadoras para los organismos políticos, sufrió el partido nuevamente rudos golpes que tendieron a desorganizarlo. En estas circunstancias difícilísimas se hizo cargo de la presidencia, exponiéndose a positivos sacrificios, nuestro joven y valiente correligionario don Gabriel González Videla. A él le cupo reasumir las responsabilidades de la directiva, con la resolución y entereza del capitán que toma en sus manos el timón en lo más rudo de la tormenta.

Salvó el partido, con fortuna, de los escollos que se presentaban, hasta llegar bien organizado y fuerte al nuevo restablecimiento del régimen civil y la renovación total de los Poderes del Estado.

LA ELECCION SENATORIAL DE
ATACAMA Y COQUIMBO Y SUS
CONSECUENCIAS POLITICAS

El fallecimiento del senador por Atacama y Coquimbo, mi entrañable amigo Nicolás Marambio Montt, ocurrido en Santiago, en la medianoche del 27 de junio de 1936, dejó vacante su banca en el Senado. El Presidente de la República, entonces, convocó a elecciones para el día 16 de agosto.

Las Asambleas Radicales de Coquimbo y Atacama, y posteriormente la Junta Central del partido, levantaron mi nombre en carácter de diputado de la zona, y por el arrastre que era de suponer tenía en esas provincias.

Acepté gustoso la honrosa designación, la cual, además, era otro escalón que conquistaba para mi carrera política.

Las estrechas y amistosas relaciones con el Presidente, y la coincidencia de acción con las fuerzas de la derecha para restablecer el orden jurídico e institucional de la República, además del ordenamiento financiero, me hicieron concebir la ingenua esperanza de que estos sectores, si bien no iban a prestar su colaboración directa, mirarían con respeto y aun con simpatía mi llegada al Senado de la República.

Profundo y craso error mío.

La derecha, alentada por las probabilidades de rehacer sus dispersas huestes con Gustavo Ross como candidato a la Presidencia de la República, sólo pensó en ganar la vacante para su sector, no importándole el precio ni los medios.

No se detuvieron a meditar cuáles serían las consecuencias políticas y personales al serme arrebatado el sillón senatorial; como radical y coterráneo del señor Marambio, tenía yo el mejor derecho para sucederlo.

El señor Ross impuso como candidato a un respetable hombre de negocios, dueño de una inmensa fortuna, pero que no tenía ninguna vinculación con la zona electoral, y era, por lo tanto, un ilustre desconocido.

Don José Manuel Ríos Arias fue elegido para la ingrata misión de desplazarme, a cualquier precio, de la disputada senaturía.

A pesar de las fuerzas confabuladas en mi contra, continuaba optimista y seguro de mi triunfo, porque tenía plena fe en que el electorado de Coquimbo y Atacama, a quien había servido con gran devoción, tendría que preferir a un hijo de esa tierra antes que a un candidato extraño impuesto desde la capital.

También contaba con el apoyo y simpatía del Presidente, quien fue el primero en felicitarme por mi designación; y en un gesto de cordial generosidad, propio de su temperamento, me hizo entrega de la suma de diez mil pesos para los primeros gastos de mi campaña.

En estas condiciones, dominado por un gran optimismo, me trasladé a La Serena para organizar los trabajos electorales.

Designé generalísimo de mi campaña a Héctor Arancibia Lazo, experto político, vencedor en varias batallas electorales, entre otras, la de Alessandri el año 20.

Junto con el Partido Radical, apoyaban mi candidatura todos los partidos del Frente Popular.

El generalísimo de Ríos Arias fue Ladislao Errázuriz Lazcano, quien no escatimó medios para organizar, con la experiencia y don de mando que lo caracterizaban, una campaña en que la intervención de la fuerza pública y el cohecho desenfrenado lograron derrotarme en mi propia tierra natal.

Cuando mi comando se dio cuenta de que se estaban haciendo traslados de funcionarios radicales fuera de la zona electoral para reemplazarlos por agentes políticos del señor Ríos Arias, y que se estaba desplazando de sus más altos cargos a todos los jefes de Carabineros de la zona para substituirlos por otros de la capital, bajo el mando del Intendente de Santiago, don Julio Bustamante, con tropas especialmente instruidas para intervenir el día de la elección, traté de ponerme en contacto telefónico con el Presidente. Como no lo consiguiera, pedí a Miti, que se encontraba en Santiago, que hablara personalmente con don Arturo, dada la estrecha amistad que nos unía, y le pidiera en mi nombre que retirara al Intendente ya citado y se entregara al Comandante del Regimiento Arica, de la Guarnición de La Serena, el mantenimiento del orden y la corrección del acto electoral.

Don Arturo recibió a Miti en el acto en el Salón Rojo de La Moneda; escuchó con atención el tenor de mi reclamo, y le informó en dramático relato de las contrariedades y dificultades que le había provocado el Ministro de Hacienda, don Gustavo Ross, con su actitud incomprensible e injusta de cerrarme el paso, cuando yo había quebrado lanzas por defender su política de saneamiento económico. Y como todos los Ministros habían solidarizado con él, se sentía como un prisionero en La Moneda.

Quiriendo sincerarse aun más, agregó:

“Es un gran Ministro de Hacienda, pero carece de todo sentido político.”

Miti lo escuchaba descorazonada, pero se atrevió a insistir en que por lo menos retirara a Bustamante, porque estaba en su mano hacerlo, como funcionario dependiente de su exclusiva confianza.

Don Arturo, en amables pero discretas frases, le prometió, sin asegurarle el éxito, que trataría de hacerlo, pero temía que esa medida tuviera como consecuencia la caída del Gabinete.

Miti, desolada y un tanto nerviosa por el fracaso de su delicada misión, se puso de pie y se despidió del Presidente, diciéndole:

—Gabriel no le perdonará esta flaqueza, don Arturo. No la va a entender. Usted y yo conocemos sus reacciones violentas frente a la injusticia...

Tal como lo preveía Miti, don Arturo no pudo, o no se atrevió, a retirar a Bustamante, que fue, en el hecho, el jefe que organizó la acción de los carabineros para amparar las largas colas de cohechados en la secretaría de Ríos Arias.

La intervención de la fuerza pública fue violenta, brutal, para reprimir, sable en mano, cualquier acto destinado a impedir el descarado cohecho en las calles y plazas públicas.

Dos de mis hermanos menores, Jorge y José, que sorprendieron a un cohechador con las manos en la masa, fueron ferozmente sableados y debieron ser conducidos a la Posta, en gravísimo estado, con traumatismo encefalocraneano y chorreando sangre.

Personalmente me acerqué a un oficial montado, a cargo de la fuerza, para reclamarle la bárbara agresión a mis hermanos; mientras hablaba con él, se precipitó sobre mí un carabinero a caballo, blandiendo su sable

para descargarlo sobre mi cabeza. La oportuna intervención del oficial, que desvió el golpe con su sable, evitó que cayera sobre mi cabeza, recibiéndolo, ya atenuado, sobre mis espaldas.

Estoy seguro de que si el oficial, que me había identificado, no hubiera actuado tan oportunamente y en forma tan rápida, desviando el sablazo criminal del carabinero, mi vida habría terminado ahí.

En aquella trágica y arbitraria batalla electoral se me arrebató el triunfo por estrecho margen: 8.000 contra 7.000 votos.

La ceguera, la injusticia, la prepotencia, y más que nada, la estupidez de la reacción, cavaron su propia sepultura; porque ese mismo día, a la misma hora en que se consumaba el escamoteo de mi votación, quedó sellada la derrota de Gustavo Ross como candidato a Presidente de la República.

Sacrificaban a un demócrata de corazón y de acción militante para ganar un sillón senatorial, pero en ese mismo instante perdían el apoyo de un sector del electorado sin el cual ninguna combinación política podía constituirse en mayoría para gobernar.

Así también lo consideró don Arturo Alessandri en su obra *Recuerdos de Gobierno*, al justificar su actuación en este ingrato episodio:

Gabriel González Videla, diputado por aquella provincia, había prestado grandes servicios a su partido, que presidió con mucho acierto, y en tal carácter influyó decisivamente en mi elección de 1932; y, con toda justicia, deseaba reemplazar como senador a su correligionario Marambio, y así lo deseaba también el electorado radical de Coquimbo, cuyas Asambleas lo proclamaron por unanimidad.

Yo también lo felicité calurosamente por aquella justísima y merecida designación.

Desgraciadamente, los dirigentes de la combinación de derecha no pensaron así, y, después de muchas gestiones, acordaron presentar otro candidato para combatir y vencer con toda clase de elementos a Gabriel González.

Fue esto una gran injusticia y un profundo error que tuvo consecuencias fatales para el porvenir político del país.

González gastaba en la marcha y dirección de la política una actividad prodigiosa y no superada por nadie. Sumando esto a su gran simpatía, tenía condiciones de caudillo y agrupaba hombres a su alrededor que lo seguían con fe, resolución y gran entusiasmo.

Durante todo el tiempo de mi Administración había defendido invariablemente y con excepcional energía la obra gubernativa dentro del Congreso y fuera de él, siendo el más eficaz cooperador de todas las medidas y grandes proyectos presentados, principalmente por el Ministro de Hacienda, don Gustavo Ross, para el arreglo de las finanzas nacionales y la reconstrucción económica del país. Esta actitud fue causa de grandes dificultades y molestias para Gabriel González y de reiterados incidentes de palabra y de hecho con el diputado don Juan Antonio Ríos, que desarrollaba en el Congreso y fuera de él una despiadada y violentísima oposición de Gobierno y dirigía su campaña, principalmente, contra don Gustavo Ross, quien por un error político inexplicable e incomprensible era el más empeñado en cerrarle el paso a la justa candidatura de Gabriel González.

La derecha ganó un senador eficiente, muy preparado y útil, pero perdió la Presidencia de la República, y también el Gobierno, pérdida que se ha perpetuado por una cadena continuada de absurdos errores.

EL FRENTE POPULAR

REVELADORAS CONFIDENCIAS

Chile y América, en el mundo interdependiente que se vivía, no podían dejar de recibir la influencia de las encontradas ideologías comunista y fascista.

Terminada la primera Gran Guerra, seguida del fracaso de la Sociedad de las Naciones, que presenció, sin poderlo evitar, el desorden social y económico que sobrevino en los países europeos, se desataron en el mundo fuerzas destructoras de nuestra civilización, dirigidas por caudillos con mentalidad troglodita que actuaban con la crueldad y salvajismo del hombre primitivo.

Eran ellas las fuerzas del totalitarismo, no importa cuál haya sido el color de sus camisas, pues tanto daba que fueran pardas, negras o rojas, impulsadas como estaban por egoísmos nacionales y secretas ambiciones de dominio mundial. Tres hombres se apoderaron entonces de la voluntad de tres razas y decidieron la suerte del mundo, arrastrando a la Humanidad a la más horrenda y devastadora conflagración. Hitler, con Alemania; Mussolini, con Italia, y Stalin, con Rusia.

Con armas vedadas, proscritas por nuestra civilización, conquistaron, asaltaron, asesinaron, poniendo en jaque a débiles y confiadas democracias, obligadas a ceder, a transar con humillación, creyendo salvar con ello la paz del mundo, sin pensar que con su acatamiento aterrorizado estaban, precisamente, abriendo camino a la bárbara invasión.

Mussolini creó, organizó e impuso el fascismo, haciendo del pueblo italiano una máquina guerrera; y ya con ese poderoso instrumento en sus manos, no tardó en satisfacer sus instintos imperialistas, lanzándose sobre la indefensa Etiopía.

Hitler lo imitó; pero, sin la imaginación del Duce, lo sobrepasó en exceso en crueldad, falacia y ambición de poder universal.

Su dictadura la presentaba con la etiqueta de "nacional-socialismo", fundamentándola en la supremacía de la raza teutónica. Con ella se

apoderó de Alemania, ocupó Austria, saltó sobre Checoslovaquia, invadió Polonia y desencadenó la Segunda Guerra Mundial.

Stalin, con su imperio eslavo-asiático, se exhibía bajo la ficción de "Repúblicas Socialistas Federadas", unidas por el símbolo de la revolución proletaria, y en sus afanes de dominación mundial rivalizaba en brutalidad y desprecio por el ser humano con los otros dos dictadores.

Con astucia felina jugó a dos caras con las democracias, hasta que Hitler lo tentó con el reparto de Polonia, que se sancionó en el Pacto Von Ribbentrop-Molotov. Este sensacional viraje conmovió al mundo. Sin embargo, poco después se volvió contra Hitler, luchando junto a las democracias y compartiendo con ellas, al término de la guerra, los laureles del triunfo y el botín del reparto.

Es por ello que tampoco sorprende ahora que el señor Stalin, obtenida la paz, hubiere terminado rompiendo con sus aliados, a quienes declaró de inmediato la "Guerra Fría", para hacer honor a su inconstante y traicionera mentalidad comunista.

El mundo no podía sustraerse ni a la infiltración ni a la influencia de esta barbarie invasora, que aparecía en todas las latitudes.

En Europa, España fue la primera víctima que sufrió en carne propia, en una desgarradora guerra civil, que costó más de un millón de muertos, las consecuencias del fuego cruzado del comunismo y del fascismo.

Para tener una visión exacta de cómo y cuándo nuestro país se vio arrastrado a participar, consciente o inconscientemente, en esta pugna, vamos a trasladarnos al año 1935, cuando los Frentes Populares proliferaban en el mundo.

¿Qué era el Frente Popular?

Para los demócratas que en él abrigábamos esperanzas, el Frente Popular era la unión de todas las fuerzas democráticas, por encima de diferencias ideológicas o de clase, para mantener el pleno imperio de la legalidad, y resguardar los derechos del Hombre, tanto como la conservación de sus conquistas sociales y sindicales. Junto con esto, creíamos que su consigna internacional era la paz.

Para los comunistas, era la concreción de una estrategia de guerra para buscar aliados entre la burguesía y los países capitalistas, a fin de cerrarle el camino al avance arrollador del fascismo de Europa.

Hasta aquel entonces, el Partido Comunista se había caracterizado por aplicar sectariamente su política obrerista y tratar de alcanzar, revolucionariamente, la dictadura del proletariado, combatiendo desde ahí no sólo a los partidos de derecha, sino también a los de izquierda, entre ellos a los radicales, a quienes englobaba, con fundamento, dentro de la Social Democracia. Su fanatismo lo extremaba hasta enfrentarse en la calle y en los sindicatos con el propio Partido Socialista, originándose con ello numerosas víctimas.

Pero, al mayor sectarismo comunista, surgía, multiplicada, la violencia a muerte del fascismo.

En efecto, el fascismo creado por Mussolini no sólo fue una reacción del pueblo italiano contra la anarquía política y parlamentaria, sino una rebelión de la clase media contra los asesinatos, asaltos, tomas, despojos y violencias de las brigadas comunistas que aterrorizaban a Roma, Nápoles y Milán, en particular.

Stalin, a raíz de las sucesivas derrotas que le iba infligiendo el fascismo, como reacción por los métodos empleados por el comunismo en contra de la burguesía, hizo un viraje de 180 grados en su política obrerista, propiciando espectaculares alianzas con esa burguesía, con las naciones democráticas y con los países capitalistas.

Este sorpresivo cambio recibió el nombre de "gran viraje", y oficialmente se anunció al mundo en el VII Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú en 1935.

El instrumento político del "gran viraje" fue el *Frente Popular*.

El discurso pronunciado por el secretario general del Comité Ejecutivo, Z. Manuisky, ante el VII Congreso es memorable. Ahí quedó fijada la posición de los comunistas en esa hora que vivía el mundo. Dijo textualmente:

Todo lo apuntado exige que los Partidos Comunistas *cambien* a este tenor *su orientación*. Deben romper con las viejas orientaciones de propaganda según las cuales los comunistas no son en el seno de la clase obrera más que una oposición revolucionaria combativa frente a los partidos socialdemócratas de masas y a los sindicatos reformistas de masas, sin responsabilidad alguna en el destino de la clase obrera.

Este está obligado a extender el frente de los posibles aliados, en el

terreno de la lucha contra el fascismo y la guerra, a grupos sociales, clases y naciones que *no son partidarios de la dictadura proletaria ni partidarios de la Revolución Social.*

Tan insólito viraje dejó perplejos a los fanáticos delegados comunistas del Congreso, y tuvo que tomar la defensa de Manuilsky el delegado búlgaro, Dimitrov, para que el aburguesamiento táctico del Congreso pudiera ser soportado, aunque fuese como un laxante, por aquellos incrédulos agentes de la violencia y la destrucción burguesa.

Dimitrov llegó más lejos; en un audaz arranque en favor de Estados Unidos e Inglaterra, sostuvo frente a sus alópnitos oyentes:

Nosotros somos partidarios de la democracia soviética, pero *defendemos y seguiremos defendiendo en los países capitalistas, palmo a palmo, las libertades democrático-burguesas*, contra las cuales atentan el fascismo y la reacción burguesa, pues así lo exigen los intereses de la lucha de clases del proletariado.

Empezó entonces la consigna del Frente Popular en todos los continentes, junto con la loca carrera belicista de Hitler por dominar el mundo.

Hitler, dueño del poder en Alemania y Austria, se alzó amenazante y agresivo para con sus vecinos y las propias potencias aliadas, especialmente Francia.

Ahora era el comunismo el que, dentro de las democracias amenazadas por los grupos fascistas del nacionalismo continental, llamaba a unirse a los partidos burgueses para contener al enemigo común.

En Francia, fue el jefe del Partido Socialista, Léon Blum, quien organizó el primer Frente Popular, con la cooperación de los Partidos Radical, Socialista, Comunista y Republicano. Obtuvo una sonada victoria en las elecciones parlamentarias de 1935, que lo llevó al Gobierno con su consigna de Pan, Paz y Libertad, en medio de la alarma de los partidos de derecha.

Una vez instalado el Frente Popular en el Gobierno, Léon Blum, para tranquilizar a la ciudadanía, fijó su posición republicana, democrática y de colaboración de clase, al declarar categóricamente:

No tengo necesidad de repetir una vez más que nosotros no somos un Gobierno socialista; que no buscamos, ni directa o indirectamente, aplicar desde el Poder el programa socialista; que nosotros trabajamos con entera lealtad dentro del marco de las instituciones actuales, de la sociedad actual, del régimen de propiedad actual; que nuestra voluntad y nuestra sola ambición es extraer de estas instituciones, de esta sociedad y de este régimen todo lo que pueda contener de orden, de justicia, de bienestar para el logro del libre juego de la legalidad republicana con el abrazo amigable de todas las clases sociales.

Fue a España a quien correspondió seguir la huella del Frente Popular francés, organizándose poco tiempo después para afrontar las elecciones del Parlamento, que iban a decidir la suerte del Gobierno republicano español.

Encabezados por la figura señera de Manuel de Azaña, el 16 de febrero de 1936 los partidos republicanos de izquierda obtuvieron un categórico triunfo, ganando 268 bancas para el Frente contra 140 de la derecha.

La misma bandera de conciliación de clases y de respeto a las instituciones republicanas fue levantada por Azaña, que con visión de estadista se esforzaba por apaciguar la reacción contra "el terror" del Frente Popular por la intervención del Partido Comunista.

Azaña organizó su Gobierno con nueve Ministros de Izquierda Republicana, tres de Unión Republicana, y designó como Ministro de Guerra a un general apolítico.

La primera alocución de Azaña buscaba el diálogo por un declarado espíritu de conciliación y estaba dirigida a "todos los españoles". Con su proverbial elocuencia se dedicó, ante la sorpresa de muchos de sus partidarios, a convencer a la derecha española de que el programa del Frente Popular, lejos de ser socialista o comunista, era en exceso moderado, y no traía consigo ni despojo ni persecuciones ni represalias de ninguna especie; que los cambios se llevarían a efecto sin dañar los derechos y la existencia de la clase media española.

Sus palabras consiguieron aplacar momentáneamente los ánimos y aun logró convencer a *El Debate*, uno de los diarios de la derecha, que al día siguiente publicó este comentario:

Las elecciones que acaban de tener lugar en España tienen dos características importantes: constituyen una manifestación concluyente de la conciencia popular y han tenido lugar en condiciones de perfecta disciplina y normalidad. Frente a un fenómeno de este tipo, no hay otra cosa que hacer sino someterse democráticamente. La soberanía nacional reside en el pueblo. El pueblo español ha dicho lo que quería.

Este mismo programa de cooperación y de mano tendida a los sectores democráticos y a la burguesía fue el que, trasplantado a América, trajo a Chile, por encargo del Comité Ejecutivo del VII Congreso de la Internacional Comunista, el delegado peruano Eudocio Ravines, a fin de imponerlo a los Partidos Comunistas, obcecados en su lucha contra la burguesía y las instituciones republicanas.

Ravines visitó Río de Janeiro, Lima, Buenos Aires y Santiago, y fue en Chile donde encontró un Partido Comunista más fácil de embarcar en el "gran viraje", a pesar de su resistencia de unirse a radicales y demás partidos burgueses.

El Komintern, impuesto por Ravines de esta posibilidad, le envió entonces al secretario general de la Internacional Comunista, el jerarca soviético Ilya Curalsky, para secundarlo en su misión.

Ravines tuvo, además, la cooperación del jefe comunista argentino Vittorio Codovilla, quien vino especialmente a nuestro país para vencer la tenaz oposición de algunos dirigentes que aún se resistían a adoptar la nueva línea.

También fue acreditado como auxiliar de Ravines el comunista alemán, secretario del Grupo del Komintern, Manuel Cazon, quien posteriormente fue asesinado en Ecuador por los propios comunistas.

Por su parte, el secretario general del Partido Comunista, Carlos Contreras Labarca, asistente al VII Congreso de la Internacional Comunista, ayudó en definitiva a barrer los últimos vestigios de resistencia.

En esa época, en Chile empezaron las primeras escaramuzas de la campaña presidencial entre la izquierda y la derecha. Esta última había levantado la resistida candidatura de Gustavo Ross, la que contaba con el apoyo del Gobierno.

La situación desventajosa en que se encontraba la izquierda facilitó en Chile la organización del Frente Popular, no obstante la fuerte resis-

tencia de vastos sectores radicales y socialistas por la presencia del Partido Comunista. Y así fue como contribuyeron a organizarlo partidos de principios tan distintos como el Radical, Radical Socialista, Demócrata, Socialista y Comunista.

La Asamblea Radical de Santiago, en sesión de 22 de febrero de 1936, fue la primera en aceptar la idea del Frente Popular, aprobándose un voto presentado por el diputado por Santiago Justiniano Sotomayor, por el cual solicitaba a la Junta Central Radical que tomara la iniciativa de la creación del Frente Popular en nuestro país.

Mientras se gestionaba la organización y aprobación del Frente por las directivas de los partidos, se produjo la vacante senatorial por las provincias de Bío-Bío, Cautín y Malleco por fallecimiento del titular, Artemio Gutiérrez, de filiación demócrata.

Los partidos del naciente Frente Popular pusieron a prueba su fuerza electoral y llevaron como candidato al acaudalado y progresista agricultor radical de la zona doctor Cristóbal Sáenz, quien triunfó holgadamente sobre el candidato del Gobierno y de la derecha, el demócrata Luis Mandujano Tobar.

Este triunfo afianzó, en el Partido Radical, a la corriente que apoyaba la aprobación del pacto.

La Junta Central de este partido, con fecha 19 de junio de 1936, haciéndose eco de los acuerdos de la Asamblea de Santiago y de numerosas otras del país y de la victoria obtenida en las urnas, acordó no sólo organizar el Frente, sino darle una estructuración que permitiera al Partido Radical intervenir más directamente y con mayor unidad con los otros partidos aliados.

Para ese efecto se designó al presidente del partido, senador Octavio Señoret, para que, con plenos y amplios poderes, representara al partido en la dirección ejecutiva del Frente.

Sin embargo, esta ola de optimismo que iba doblegando la voluntad del partido en favor de una colaboración con los marxistas del Frente, se vio casi contenida por algunas iniciativas sectarias de parte de comunistas y socialistas, que en los actos públicos postergaban las intervenciones de los radicales, o sencillamente prescindían de ellos, para imponer sus consignas.

No obstante la convincente y dogmática pluma de Alfredo Guillermo

Bravo, gran impulsor de la idea del Frente desde las columnas del diario *La Hora*, el descontento por el pacto se hacía evidente en las filas radicales.

Contribuían también a este pesimismo el estallido de la Guerra Civil Española contra el Gobierno del Frente Popular, presidido por Azaña, y los primeros éxitos militares obtenidos por las fuerzas derechistas acaudilladas por Franco y desembozadamente apoyadas por Hitler y Mussolini, mientras las potencias democráticas proclamaban su "no intervención".

Este descontento entre los radicales por la afloración del sectarismo de los partidos marxistas, que provocaba continuos y enojosos conflictos, facilitó que la corriente contraria del Frente, muy minoritaria, fuese creciendo, hasta conquistar toda la representación del Senado. Inclusive al propio senador elegido por el Frente, doctor Cristóbal Sáenz.

Pero eso no era lo más grave; en provincias empezó a levantarse un amenazador movimiento antifrente. El caso más significativo fue el de la provincia de Concepción.

En efecto, la Junta Provincial Radical penquista se reunió el 1.º de noviembre de 1936, y encabezada por los patriarcas radicales Rodríguez Mac-Iver y Alberto Coddou, y por el diputado de la zona Pablo Vailant, planteaba en un enérgico voto la recuperación de la independencia del partido y el desahucio del pacto.

Presidía el partido el diputado Pedro Enrique Alfonso, quien, junto con miembros de la mesa y los diputados Juan Antonio Ríos, Fernando Maira y Humberto Mardones, se trasladan a Concepción, y mediante su oportuna presencia y enérgica intervención logran salvar el pacto con un difícil y laborioso empate a 21 votos.

La creciente ola opositora que surgía en las provincias del Sur llevó a considerar a Pedro Enrique Alfonso que era indispensable convocar a todos los presidentes provinciales de las Juntas del país a una reunión en Santiago, la cual se fijó para el 8 de diciembre de 1936, para reforzar así la corriente partidaria más favorable al pacto. Alfonso, consciente de su responsabilidad frente a la elección presidencial, era un convencido de que sin el pacto no había posibilidad alguna de que el Partido Radical tuviera la menor opción a la Primera Magistratura. Después de un agitado debate, en que intervinieron todos los presidentes provinciales,

se procedió a la votación, en medio de un impresionante silencio. El resultado fue de 13 votos por el Frente Popular y 6 votos en contra, más una abstención.

A pesar de este favorable resultado, y en medio de la sorpresa de los presidentes provinciales, Alfonso presentó la renuncia de su cargo, fundándola en que, latente el otro serio obstáculo provocado por los senadores que resistían el pacto, debía ser encarado por una nueva mesa, con mayor autoridad, para someter a la disciplina a ese sector del Parlamento.

Asumió entonces la presidencia el veterano líder radical Héctor Arancibia Lazo, quien trató de convencer a los senadores en sucesivas conferencias con éstos, pero fracasó en sus gestiones, viéndose obligado a presentar también la renuncia indeclinable de su cargo de presidente del partido.

La colectividad radical quedó a la deriva y al borde de una división: por una parte, los senadores y delegados de minoría de la Junta Central; por otra, los diputados con la mayoría de la Junta.

Esta conflictiva situación me produjo hondo sentimiento, por lo que no pude ocultar a los colegas de la Cámara mis temores de que estábamos acercándonos a un desastre político y electoral, lo cual me hacía creer que era imperioso actuar en el acto a fin de conjurar tan inminente peligro.

Fue entonces cuando acudí a la sesión de la Junta Central del día 5 de abril de 1937, y expresé con toda franqueza mis temores. En serena y documentada exposición demostré que, en la práctica, el partido estaba dividido; que la Junta Central no era respetada en sus acuerdos; que la minoría no acataba democráticamente las decisiones de la mayoría, y que esta situación tenía su origen en un hecho: el pacto político y electoral del Frente Popular.

Como, por otra parte, era indiscutible que sin el pacto el Partido Radical no tenía ninguna posibilidad de alcanzar el Poder, y era, precisamente, el pacto lo que estaba provocando la división del radicalismo, era imprescindible, de una vez por todas, tomar el toro por las astas, y resolver quiénes y cuántos querían que el partido postulara a la Presidencia de la República con uno de sus hombres, y quiénes deseaban que

éste recuperara su independencia, o sea, la renuncia a la Presidencia, apoyando a un tercero, extraño al radicalismo.

Sostuve que teníamos el camino apropiado para dirimir tan espinoso y amenazador diferendo: convocar a una Convención Extraordinaria a breve plazo, la cual debía pronunciarse en forma clara y definitiva si se mantenía la vigencia del pacto político y electoral del Frente Popular o si se desahuciaba.

Con la ayuda del colega Raúl Morales redactamos el voto respectivo, el cual fue aprobado sin oposición alguna por ambas corrientes.

Se fijó la ciudad de Santiago como sede, y el 1.º y 2 de mayo, como fecha inaugural de la Convención.

En los círculos del partido, y también en los del Frente Popular, tan oportuna y eficaz intervención nuestra mereció unánimes y favorables comentarios.

Esta circunstancia hizo que los colegas de la Cámara me designaran presidente del Comité Radical de Diputados, que estaba constituido por mis correligionarios Raúl Morales, Humberto Mardones y Arturo Olavarría, lo que, automáticamente, me incorporaba a la Junta Central, desde donde pude defender en forma más efectiva la realización de la Convención y la vigencia del pacto.

Mi designación fue oportuna, porque a las pocas semanas los senadores, temerosos de perder la Convención, pidieron el aplazamiento de ella, en una solicitud firmada por el Comité del Senado, compuesto en ese momento por los senadores Octavio Señoret, Cristóbal Sáenz, Rodolfo Mitchell y Aurelio Meza.

Desde mi nuevo cargo en la Junta Central, me opuse tenazmente a la postergación indefinida de la Convención, y por 14 votos contra 10 se acordó realizar dicho evento el día 15 del mes de mayo indicado.

Apasionante lucha en la Convención Extraordinaria

El 15 de mayo de 1937, en el Teatro Victoria de Santiago, se inauguró con un acto solemne la Convención Extraordinaria del Partido Radical. Ella debía ratificar o desahuciar las bases de la Convención del Frente Popular y abocarse enseguida a la tarea de elegir candidato a la Presidencia de la República.

Este memorable acto tuvo dramáticas alternativas y se desarrolló en un clima de indiscutible derrotismo respecto a la conveniencia de continuar con dicha combinación política.

Diversos factores, internos y externos, gravitaban negativamente en ese momento: el sectarismo del Partido Comunista francés, que prácticamente había derribado al Gabinete del Frente Popular presidido por el líder socialista León Blum, y el estallido de la revolución española para combatir con las armas el Gobierno del Frente Popular, impulsado en gran parte por la violencia y persecución que los comunistas entronizados en ese Gobierno habían puesto en práctica.

Estos acontecimientos, especialmente el último que acabo de señalar, habían provocado un cisma evidente entre los que preconizaban que el Partido Radical recuperara su libertad de acción, a fin de buscar otras soluciones electorales, y los que creían poder continuar en el Frente.

Al margen de este cisma existía, sin embargo, un solo pensamiento en la mente de todos los radicales y que los dominaba sin excepción: *el de que el próximo Presidente de Chile debía ser, y tenía que ser, un radical.*

Para nosotros, radicales, el sino histórico del partido no podía ser otro que la conquista del Poder.

Era, pues, muy justificado el descontento que empezaba a manifestarse en las inquietas filas del radicalismo, cuando el Partido Socialista, sorpresivamente, le disputó al Partido Radical su mejor derecho a la Presidencia de la República, al proclamar como su candidato a Marmaduke Grove.

La Junta Central Radical contra el Frente Popular

La Junta Central Radical fue la primera en hacerse intérprete de ese sentimiento de las bases, e instruyó a su Mesa Directiva para que presentara un voto a la Convención, que significaba el abandono del pacto. Entre sus considerandos sostenía "que deplora que uno de los partidos del Frente se haya adelantado a proclamar candidaturas a la Presidencia de la República, personalizándola en uno de sus miembros, sin previo ni ulterior acuerdo con las demás entidades aliadas, *porque esta actitud crea una situación que amaga la unidad y la prosecución del movimiento frentista*, como quiera que el radicalismo, en su calidad

de partido mayoritario de izquierda, *se estima poseedor del mejor derecho para aspirar a la futura Presidencia de la República*".

En abierta pugna con el voto de la Mesa del partido, presenté otro con mi sola firma, en que pedía que se abandonaran fórmulas anodinas y que derechamente se declarara la mantención del pacto del Frente Popular.

El tenor de la parte resolutive del voto decía así:

Mantener en todas sus partes el pacto del Frente Popular, debiendo la Junta Central solicitar del Comité Ejecutivo su pronta estructuración en la cual se respeten y consideren los derechos del radicalismo chileno y la leal cooperación y unidad de los partidos aliados.

No hay duda de que el voto de la Junta representaba el descontento del partido en contra de los socialistas, por haber levantado la candidatura de Grove, pero también la desconfianza del radicalismo hacia el Partido Comunista, por su conducta desleal para con los partidos democráticos que se evidenciaba en los Frentes Populares de Francia y España.

De este recelo no sólo participaban los dirigentes de la Junta Central, sino también los propios precandidatos presidenciales: don Pedro Aguirre Cerda y don Juan Antonio Ríos.

Durante el debate quedó de manifiesto que el desengaño y la suspicacia se habían apoderado del ambiente de la Convención a través de sus más destacados e influyentes líderes, cuyas opiniones, recogidas por la prensa de esa época, reproducimos en síntesis:

Opinión de don Juan Antonio Ríos

En primer término, don Juan Antonio Ríos, elegido presidente de la Convención, se declaró partidario de auspiciar la libertad de acción del partido en caso de que previamente no se le reconociera a nuestra colectividad el mejor derecho a llevar a uno de los suyos a la Presidencia de la República.

Posición de Alfredo Guillermo Bravo

El primer vicepresidente del partido, fervoroso precursor del Frente Popular, en cuya defensa empleó su ágil y polémica pluma, hizo de

relator del voto de la Mesa, y, sumándose a los “desengañados”, terminó por pedir la reorganización del Frente.

Comenzó por declarar que una fracción democrática ya se había retirado del Frente para unificarse con los demócratas; enseguida, que la izquierda comunista hallábase absorbida por los socialistas y, por último, que el Partido Socialista acababa de proclamar la candidatura presidencial de Marmaduke Grove, y esto, sin consultar para nada a sus aliados.

Es tanto más grave esta situación –agregó–, si tomamos en cuenta que el Partido Radical, por ser el más fuerte, cree con sobradas razones tener mejor derecho a que sea un hombre de sus filas el candidato a la Presidencia.

En esa parte de sus observaciones fue interrumpido por la sala con una prolongada salva de aplausos. Cuando se hizo otra vez el silencio, continuó:

Por todas estas consideraciones, la Mesa ha creído de su deber presentar una fórmula al dictamen de la Convención, pero sólo como base de un futuro debate. En esta fórmula se declara que el partido debe mantenerse ligado a la izquierda, pero propiciando, a la vez, la reorganización del Frente.

Punto de vista de Marcial Mora Miranda

Terminada la peroración de Alfredo Guillermo Bravo, pidió la palabra el distinguido hombre público don Marcial Mora Miranda. Expresó éste que los radicales no tenían derecho a renegar de sus doctrinas y principios, ni menos ir a otras tiendas a pedir luces y procedimientos en pugna con la declaración de principios del radicalismo, históricamente respetuoso del régimen democrático.

Junto con lo anterior, declaró que el Partido Radical es una entidad formada por la clase media, y que ese vasto sector –el de mayor importancia en el orden social contemporáneo– debe ponerse al servicio del pueblo.

Agregó que el partido debía recuperar su libertad de acción para

procurar la unión de todos los radicales, amenazados de dividirse por la existencia del Frente.

Mora Miranda fue también muy aplaudido.

Pero la ofensiva no se detuvo aquí. Ahora fueron los senadores y diputados, dominados por la desilusión, quienes hablaron por boca de sus líderes, don Cristóbal Sáenz y don Pedro Enrique Alfonso.

El senador Sáenz se refiere a la responsabilidad radical

Luego de ocupar la tribuna, el doctor Sáenz expresó calmadamente, en nombre de los senadores radicales, que estaban animados del firme propósito de mantener intacta la unidad radical, porque estaban convencidos de que era el único medio de obtener el cumplimiento integral de la doctrina del partido. Agregó que no podía negarse la existencia de dos corrientes en pugna en la Convención, pero que ello no significaba que estuviera dividida.

Después de algunas consideraciones doctrinarias, denunció que el régimen democrático se encontraba en un verdadero peligro, a causa de que las masas buscaban y pedían soluciones totales y rápidas a sus problemas, y creían que ellas podrían obtenerse por la obra de un solo hombre.

Terminó expresando que el Partido Radical era democrático evolutivo y de orden, y, en consecuencia, contrario al régimen marxista. Le corresponde, por tanto, mantener su primacía y posición rectora.

También abundaron los aplausos al término del discurso del senador Sáenz.

Habla Pedro Enrique Alfonso

Se anunció enseguida que usaría de la palabra, en representación de los diputados radicales, Pedro Enrique Alfonso, lo que fue recibido con grandes aplausos.

Expresó el diputado Alfonso que, en una hora decisiva para la política del país, la Junta Central había convocado al partido con un doble fin: resolver la posición política del radicalismo y dilucidar la cuestión presidencial.

Agregó:

Nuestra ubicación en el terreno ideológico debe ser francamente de izquierda, sin reticencias ni atenuaciones, como consecuencia, además, de una triple lealtad: lealtad a nuestros principios, que son claramente izquierdistas; lealtad para con nosotros mismos, ya que, de ser sinceros, debemos actuar conforme a lo que pensamos y sentimos, y lealtad para con la colectividad en que vivimos, que tiene derecho a esperar que los partidos políticos obren de acuerdo con sus programas. En cuanto a nuestra posición frente a un Gobierno que olvida la solución de problemas fundamentales, no puede ser sino de franca oposición, como la que hoy ocupamos.

Tal posición significa la imposibilidad de que el radicalismo pueda pactar, en el futuro, con colectividades antagónicas; significa negar posibilidad a todo acercamiento con caducos partidos de doctrina liberal individualista, pero tampoco podemos aceptar que a través de un pacto electoral se desconozca al Partido Radical su mejor derecho a la Presidencia de la República.

El Frente, herramienta inútil

El convencional por Concepción, señor Raúl Rettig, habló enseguida, y manifestó que el Frente Popular había servido en marzo del 36 para poner un atajo a la ola de reacción que se veía avanzar amenazante, como lo demostraba el hecho de que habían sido confinados periodistas y obreros, y cuando simultáneamente se pretendió romper algunas organizaciones de trabajadores.

Opinó que el Frente sólo servía en momentos de angustia del país; pero que, durante la normalidad, los partidos debían luchar solos por imponer sus ideales. Agregó que no podría haber Frente Popular cohesionado bajo la tutela del Partido Radical, como se había insinuado, porque los socialistas jamás lo aceptarían, ya que su línea política era de intransigencia. Terminó declarando que el Frente Popular era ya una herramienta inútil que había que tirar.

Cerrado el debate

Luego que habló el delegado por Malleco, don Alejandro Arenas, para pedir que el partido recobrara su libertad de acción, el presidente de la

Convención, señor Juan Antonio Ríos, declaró cerrado el debate y anunció que se daría lectura a los dos informes de la Comisión de Asuntos Políticos, uno de mayoría, firmado por los señores Gabriel González Videla, Litré Quiroga, Carlos Céspedes, que propiciaba el mantenimiento del Frente, que causó sorpresa general, y otro de minoría, suscrito por los señores Alfredo Guillermo Bravo y Raúl Rettig, que auspiciaban su ruptura.

Efectivamente, horas antes, la Comisión había aprobado mi moción por un voto de mayoría.

El señor Ríos, ante un impresionante silencio de la sala, anunció que defendería el voto de mantención del Frente Popular su autor, el diputado don Gabriel González Videla, y el voto de minoría, impugnándolo, sería sostenido por el delegado por Concepción, el elocuente orador y tribuno don Raúl Rettig.

Me defendiendo y atacando

Comencé mi intervención diciendo que se mantenían, y aun agravadas, las condiciones económicas, políticas y sociales que dieron nacimiento al Frente Popular.

Agregué que me parecía imposible que el Partido Radical pudiera aspirar aisladamente al Poder y llevar, con probabilidades de éxito, un candidato a la Presidencia de la República, y que sólo se podían realizar estos fines con el concurso de los demás partidos de izquierda, y que nada más que con esta ayuda se podría aspirar a la Presidencia de la República.

Y advertí: Si el Partido Radical rompe el Frente Popular, ya no será factible contar con la adhesión de las grandes centrales obreras que ahora están agrupadas en el seno de esta organización.

También afirmé que en las elecciones pasadas el Partido Radical había ganado en todas las provincias donde marchó junto con los demás partidos de izquierda; y, en cambio, perdió donde estuvo solo. Ataqué, además, los temores de que el partido pudiera ser absorbido por las organizaciones marxistas.

Dije también que era posible que un sector del Partido Socialista quisiera quebrantar el Frente, porque así le convenía a su posición

trotskista, pero que el Partido Comunista ya no estaba en esa línea después de la dura experiencia con los nazistas en Alemania. Los comunistas habían acordado en el VII Congreso de la Internacional Comunista aliarse públicamente con los partidos burgueses, a fin de defender la democracia frente al avance arrollador de Hitler en el mundo.

Declaré que la opresión en que vivíamos en la actualidad a causa del desacierto de los gobernantes y del régimen mismo, no terminaría mientras las fuerzas de la izquierda no se presentaran sólidamente unidas. Finalmente hice una declaración perentoria: que el divisionismo en la izquierda traería fatalmente el entronizamiento de la reacción en el Poder, quizás por cuántos años más, y que, en presencia de esa posibilidad, el Frente era la única fórmula factible para que el radicalismo pudiera cumplir con su sino histórico. ¿Alcanzar hoy el Poder? Sí, porque mañana sería demasiado tarde. Los radicales estaban en la obligación de dar cumplimiento a su programa de avanzada social y económica que el país esperaba.

Terminado mi discurso, que fue saludado con grandes y prolongados aplausos, se hizo enseguida el anuncio de que el señor Raúl Rettig defendería de inmediato el informe adverso.

La minoría aclara su posición

El señor Rettig declaró que al Partido Radical no podía convenirle pactar con fuerzas que son esencialmente enemigas del régimen democrático, como los comunistas, por ejemplo, que tienen incorporado en su programa, como finalidad política, la implantación de regímenes totalitarios, vale decir, de la dictadura del proletariado como sistema. Afirmó que el partido debía seguir su línea doctrinaria, que era de izquierda, sin pactar con partidos que a la postre serían sus enemigos disfrazados y que terminarían por disgregarlo. Fustigó severamente la deslealtad socialista, al romper el pacto y proclamar por su cuenta al señor Grove, sin consideración alguna para con sus aliados.

Terminó pidiendo que la Convención votara el informe de minoría, que era el único que podía resguardar lo que habían defendido siempre

los radicales: integridad individual de la persona como sujeto de derecho y la libertad civil.

Grandes aplausos rubricaron sus palabras.

La votación

Terminado el discurso, don Juan Antonio Ríos anunció que se iba a dar comienzo a la votación. El secretario llamó a los convencionales por orden alfabético, los cuales emitían su voto: "mayoría" o "minoría", poniéndose de pie.

Hecho el recuento, resultó aprobado el informe de mayoría, que propugnaba el mantenimiento del Frente Popular, por 316 votos contra 138, y fue acogido con grandes aclamaciones de entusiasmo.

Después el señor Rettig hizo uso de la palabra a nombre de la corriente antifrentista, y manifestó que ellos, además de plegarse a las resoluciones de la mayoría, se incorporarían de inmediato a los trabajos del Frente.

Su actitud unitaria mereció prolongados aplausos de la Convención.

Algunas confidencias reveladoras

Así terminó este histórico torneo, de tan fecundas proyecciones para el radicalismo y para el país, pues abrió el camino a tres hombres del Partido Radical para que llegaran a la Presidencia de la República: don Pedro Aguirre Cerda (1938-1941), don Juan Antonio Ríos (1942-1946) y el que estas líneas escribe (1946-1952).

Debo declarar, al recordar esos momentos, que pocas veces en mi vida he tenido más honda satisfacción, al conocer la aplastante mayoría obtenida, en una votación que todo el mundo daba por perdida para la causa del Frente Popular.

Por eso, ahora ha surgido en mi espíritu la curiosidad de conocer, a través de un examen crítico personal, cuál fue el verdadero móvil que me impulsó, en desigual contienda, a enfrentarme con toda la brillante plana mayor del radicalismo, y defender el mantenimiento del Frente Popular.

Mi obstinación por mantener el pacto no obedecía a un impulso irresponsable, demagógico, mucho menos a la influencia comunista.

Quizás surgió de una convicción basada en la aritmética electoral que, sin el apoyo de los partidos de izquierda, Socialista y Comunista, el Partido Radical, por sí solo, carecía de potencia electoral, vale decir, de sufragios para conquistar la Presidencia de la República.

Añádase a esto el temor de que el partido aislado se viese empujado a caer en la disyuntiva de optar por una candidatura de centro o de transacción, como la de Ibáñez, que era propugnada por algunos de los nuestros con la consigna de: "Libertad de acción para el Partido Radical".

Dentro del conocimiento personal y de amistad con dirigentes socialistas, como Oscar Schnake, Marmaduke Grove y Manuel Hidalgo, me había formado una opinión bien definida de la personalidad seria y responsable de ellos, y por lo tanto los consideraba incapaces de entregar la suerte del movimiento popular en brazos de la derecha.

Un buen día me aseguró confidencialmente Oscar Schnake que "lo de Grove" no era una cosa definitiva. El mismo don Marmaduke, llevado por su innata generosidad, me lo ratificó así más tarde.

Personalmente, además, no temía ni creía en el peligro comunista en aquel momento histórico que vivía la Humanidad. Me basaba para ello en el viraje anunciado al mundo —como ya lo expresé antes— por el VII Congreso de la Internacional Comunista de Moscú, que ordenaba a los Partidos Comunistas abandonar la línea obrerista y entrar de inmediato a la colaboración con los partidos burgueses.

Asimismo, yo tenía la ventaja sobre los otros líderes radicales, en mi afán de sacar adelante el pacto del Frente Popular, de conocer no sólo a los dirigentes comunistas nacionales, sino también a altos dirigentes enviados por el Comité Ejecutivo del VII Congreso de la Internacional Comunista: por ejemplo, el delegado peruano Eudocio Ravines y el argentino Vittorio Codovilla, quienes cumplieron con éxito su misión en Chile de convencer a los comunistas criollos de abandonar la sectaria posición obrerista y de lucha de clases.

Los comunistas exigían una sola cosa: unidad para que no triunfara ni avanzara el fascismo.

Por nuestra parte, los radicales teníamos un solo pensamiento y una

sola ambición: alcanzar la Presidencia de la República para imponer nuestro programa dentro de una estricta línea democrática y constitucional.

Estábamos convencidos de que el programa radical ofrecía la mejor interpretación de los cambios reclamados por las clases media y obrera, y que en esos momentos exigían con urgencia —y yo pensaba que sólo un hombre de nuestras filas podía implantar, en democracia y libertad— las reformas económicas y sociales, demasiado preteridas por los gobiernos anteriores.

Era este convencimiento el que me orientaba dentro del laberinto de hombres y partidos y de los vertiginosos sucesos mundiales, para no errar el único camino que debía conducirnos con precisión matemática a la Presidencia de la República.

Por eso actuaba con decisión, seguridad y contagioso convencimiento.

Sólo la unión de los partidos de izquierda podía dar al radicalismo la posibilidad de escalar la cima del Poder.

Ese era mi lema, mi rumbo, mi desafío.

Y esta verdad simple fue la que logramos hacer penetrar en la mente y en la conciencia de los convencionales.

Así se puede explicar mi intransigente y desigual lucha que hizo el milagro de que la soberana voluntad de la Convención, en el último momento, se volcara en favor del mantenimiento del Frente Popular y se transformara en el instrumento del triunfo de Pedro Aguirre Cerda, como el primer Presidente radical.

Ocho años más tarde, ese mismo rumbo, llevado con idéntica convicción unitaria e inflexible esfuerzo personal, me abría las puertas de la Presidencia de la República.

De nuevo presidente del radicalismo

Bajo la impresión del impacto producido por el arrollador impulso de la corriente frentista en el partido, la Junta Central fijó el 28 de noviembre de 1937 para llevar a efecto la elección interna destinada a elegir precandidato a la Primera Magistratura.

Y como el plazo para el término del mandato de Alessandri corría

velozmente, acordó, además, pedir al Comité Ejecutivo del Frente Popular que llamase a elección del candidato presidencial de la izquierda, fecha que no podría extenderse más allá del 28 de diciembre de ese año.

Reunido dicho Comité, comunistas y socialistas pidieron que se postergara la convocatoria de la Convención para los días 22 y 23 de enero de 1938, a fin de elegir sin apresuramiento el candidato del Frente a la Presidencia de la República.

Juan Antonio Ríos, en su calidad de presidente del partido, aprovechó esta circunstancia para presentar su renuncia a la Junta Central Radical, fundándola en que debía participar en la lucha interna como precandidato presidencial, ya proclamado por ciertas Asambleas del Sur.

El momento que vivía el radicalismo era muy delicado, por la efervescencia provocada por la elección presidencial, disputada por dos hombres de honda raigambre en el partido y de fuerte personalidad; ambos con grandes posibilidades, lo que hacía difícil mantener la unidad y cohesión.

Además, elegido el candidato presidencial, había que hacerlo triunfar dentro del Frente Popular, donde el Partido Socialista ya había proclamado a Grove. Y, por último, conseguido esto, era imperioso convencer a Ibáñez para que retirara su candidatura.

Para tan imposible misión fui elegido presidente del partido por consenso de los miembros de la Junta Central Radical y, como en el año 1932, acepté tomar tan inmensa responsabilidad.

También presidente del Frente Popular

Al día siguiente, reunido el Comité Ejecutivo del Frente Popular, con asistencia de Oscar Schnake, por el Partido Socialista; Carlos Contreras Labarca, por el Partido Comunista; Juan Pradenas Muñoz, por el Partido Democrático, y Juan Díaz Martínez, por la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH), y de los delegados radicales Héctor Arancibia, Alfredo Guillermo Bravo y Arturo Olavarría, fui recibido en un ambiente de plena armonía y estrecha amistad.

Cuando la delegación de mi partido dio cuenta de que se me había

elegido presidente del radicalismo, todos los asistentes demostraron una gran complacencia, y, acto seguido, me eligieron presidente del Comité Ejecutivo Nacional del Frente Popular.

En breves palabras agradecí la confianza que me dispensaban, y manifesté que mi acción más enérgica estaría dirigida a mantener la unidad de los partidos aliados; para ello estimaba que era cuestión previa que se me autorizara, con los más amplios poderes, para poner término inmediato a la beligerancia entre los partidos y a la campaña de prensa en que desgraciadamente estaban empeñados órganos izquierdistas.

Todos los delegados aplaudieron esta iniciativa del presidente, y, por acuerdo unánime, se me dio esta facultad en la forma más amplia.

La elección interna entre Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos

El domingo 28 de noviembre de 1937 se llevó a efecto la elección interna radical entre Pedro Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos, en medio de un orden y disciplina ejemplares.

Los escrutinios dieron el siguiente resultado:

Por don Pedro Aguirre Cerda	7.979 votos
Por don Juan Antonio Ríos	6.836 votos
Mayoría para don Pedro	1.143 votos

La Junta Central, en sesión del 27 de diciembre, proclamó por unanimidad candidato a la Presidencia de la República a don Pedro Aguirre Cerda.

A insinuación mía, la Mesa y todos los miembros de la Junta acordamos trasladarnos a la casa de don Pedro, para comunicarle personalmente tan honrosa designación.

Por otra parte, los que auspiciaban la candidatura del señor Ríos se habían adelantado a dejar sin efecto toda reclamación, para que don Pedro fuera ungido por la unanimidad de la directiva radical, dando así una muestra inequívoca de la unidad indestructible del partido.

Don Pedro se mostró emocionadamente reconocido por la deferencia que significaba esta visita, y expresó que el partido encontraría en él un

hombre decidido a hacer triunfar, sin omitir sacrificios de ninguna especie, los postulados políticos, sociales y económicos de la colectividad que lo honraba con esta designación y que acogía la bandera de la izquierda en la lucha presidencial dentro de las normas democráticas.

Agregó que agradecía la actitud del señor Ríos y de sus amigos, lo que venía a demostrar que en el radicalismo se luchaba por principios y que los hombres, por modestos que fueran, encontraban el apoyo de toda la colectividad al enfrentarse en luchas por el triunfo de sus ideales.

Convención del Frente Popular

Por fin, después de sucesivas y prolongadas sesiones, el día 28 de enero de 1938 el Comité Ejecutivo del Frente Popular logró el difícil acuerdo para fijar las bases de la elección del candidato presidencial.

La reunión la dirigí en mi carácter de presidente del Frente Popular, y asistieron a ella Oscar Schnake, por el Partido Socialista; Carlos Contreras Labarca, por el Partido Comunista; Juan Pradenas Muñoz, por el Partido Democracia Unificada, y Juan Díaz Martínez, por la Confederación de Trabajadores de Chile.

No fue fácil tarea arbitrar las excesivas exigencias de las bases del Partido Socialista para que le otorgara la misma cuota de delegados que le correspondía al Partido Radical.

Fue un triunfo personal mío, gracias a la posición unitaria de Schnake, el lograr por una parte que se conformaran con 330 delegados, mientras el Partido Radical dispondría sólo de 400, y por la otra, hube de sacrificar ese porcentaje en aras de la unidad y, más que todo, para afianzarle a Schnake su autoridad y prestigio en las díscolas brigadas socialistas, fanatizadas con la imagen mesiánica de Grove y su grito de guerra: "¿Quién manda el buque? - ¡Marmaduke!"

El acuerdo tomado por la unanimidad de los partidos del Frente establecía las siguientes bases:

1º La Convención del Frente Popular estará constituida por 1.030 delegados, distribuidos en la siguiente forma:

Partido Radical	400 delegados
Partido Socialista	330 delegados

Partido Comunista	120 delegados
Partido Democracia Unificada	120 delegados
Confederación de Trabajadores de Chile	60 delegados

2º Será candidato a la Presidencia el que obtenga dos tercios, a lo menos, de los votantes en la Convención.

3º La Convención se llevará a efecto en la ciudad de Santiago, los días 15, 16 y 17 de abril próximo.

El lunes 14 de febrero se reunieron los presidentes de las Juntas Provinciales del Partido Radical y acordaron ratificar las bases de la Convención, después de vencer la resistencia de varios presidentes provinciales que estimaron que al Partido Radical no se le había dado la cuota de delegados correspondiente a su importancia y representación parlamentaria.

Hube de emplear toda mi experiencia en esta clase de torneos para aplacar la oposición, que tenía evidente fundamento, pero no podía revelar su causa, porque, en el fondo, yo estaba trabajando con mucha prudencia la adhesión del Partido Socialista, condición sine qua non para que Pedro Aguirre Cerda pudiera triunfar.

Finalmente, sin mayores explicaciones, las bases del pacto fueron aprobadas por la unanimidad de los presidentes provinciales.

Envalentonado con este éxito, me aventuré a pedir una insólita autorización: que en mi carácter de presidente del Partido Radical yo tuviera derecho en la Convención a votar por los 400 sufragios de nuestro partido.

A este singular procedimiento lo llamé "voto de partido".

La moción sorprendió a primera vista a los presidentes provinciales, porque aparecía reñida con las más elementales reglas que rigen los actos electorales.

Ante su resistencia tuve que abandonar la discreción inherente a un jefe de partido, y entrar en confidencias que, por lo general, sirven para malograr los procesos electorales tan difíciles y delicados como el que se había puesto en mis manos. Tuve, sin embargo, que confesar que lo hacía por un imperioso deber de lealtad para con la candidatura de don Pedro, amenazada, por desgracia, desde dentro del partido por varios

delegados, cuyos nombres conocía, que estaban dispuestos a hacerla fracasar apelando a la dispersión de los votos radicales.

No terminó ahí mi intervención. Con firmeza y énfasis tomé entonces la defensa doctrinaria de la moción, sosteniendo que, lejos de ser anti-democrática, era todo lo contrario; estaba destinada a que se cumpliera lealmente el veredicto de la lucha interna del Partido Radical, que había elegido a don Pedro Aguirre Cerda como su candidato.

Después de un intenso y acalorado debate, la moción fue aprobada por 17 votos contra 5. Este resultado vino a confirmar mis temores del boicot con que se estaba amenazando la candidatura de don Pedro.

El histórico voto que hizo triunfar en la Convención su candidatura, era del tenor siguiente:

La asamblea de presidentes provinciales acuerda solicitar de la Junta Central que sus delegados ante el Comité Ejecutivo Nacional del Frente Popular establezcan en el reglamento de la Convención Presidencial de Izquierda el derecho del Partido Radical para sufragar como partido, y por intermedio de su Mesa Directiva, en la elección del candidato a la Presidencia de la República.

Así fue como, en el día de la elección, cada vez que le correspondió sufragar al partido en la Convención del Frente aparecía yo, en mi carácter de presidente, votando en una sola cédula por los 400 delegados.

La publicación del "voto de partido" despertó encontrados debates en las Asambleas del país, encabezados por la Asamblea Radical de Santiago, adonde fui invitado para dar a conocer todos los antecedentes de dicho voto, el que logré hacer aprobar por una fuerte mayoría.

En cambio, la Asamblea Radical de Talca acordó pedir a la Junta la derogación del "voto de partido", y, si esa exigencia era rechazada, no enviaría su delegado a la Convención.

Juan Antonio Ríos, postulante a la candidatura en el segundo lugar de la lista, solicitó de la Junta Central una sesión especial con la presencia mía, como presidente del partido y autor del voto, para el martes 1º de mayo.

Por otra parte, como una maniobra divisionista, el diario derechista *El Imparcial* puso en labios del secretario general del Partido Socialista,

Oscar Schnake, una declaración por la cual este partido se retiraría del Frente como consecuencia del "voto de partido" aprobado por los presidentes provinciales del Partido Radical.

Schnake desmintió terminantemente tal aserto, que jamás había hecho a periodista alguno, declarando inmoral la actitud del diario.

Pero el mejor desmentido a la tendenciosa y falsa información fue la reunión privada que tuvimos con Schnake esa misma tarde y en la cual éste se mostró totalmente conforme con mi indicación, al extremo de ofrecerme su apoyo para ser aprobada en el Comité Ejecutivo Nacional del Frente.

Sin embargo, en la prensa y en las Asambleas se continuaba agitando como un sórdido complot la eliminación del voto para hacer fracasar la candidatura de don Pedro. Ante esta campaña, me vi obligado a publicar en la prensa una declaración oficial, en la cual explicaba los fundamentos del llamado "voto de partido".

Su texto central es el siguiente:

En consecuencia, el Partido Radical no va dentro de la Convención de Izquierda a elegir un candidato de sus filas, sino a luchar y procurar el triunfo, disciplinada y dignamente, de uno de los candidatos ya elegidos por la voluntad de todos los radicales.

El respeto y acatamiento a la suprema voluntad manifestados libremente por el radicalismo chileno, constituyen precisamente el fundamento en que descansa toda organización democrática, sin el cual los partidos degeneran en simples montoneras y los pueblos se hunden en la anarquía.

Es evidente, entonces, que el "voto de partido", lejos de merecer la injustificada crítica de ser antidemocrático, representa la más alta expresión de la democracia: el acatamiento incondicional a los acuerdos y veredictos de la mayoría.

Ahora bien, de lo que se trata es precisamente de buscar la fórmula, el medio más honesto, más seguro, menos expuesto y el de mayor solidez unitaria, para que ese mandato supremo de los radicales del país sea cumplido fiel y lealmente, dentro de la Convención de Izquierda, en forma tal, que ni por la acción ni omisión voluntaria o involuntaria de cualquier miembro del partido, pudiera aparecer la más mínima traición a la soberana voluntad del radicalismo chileno.

El solo planteamiento de esta posición, que es la humana, la real y ajustada estrictamente a los principios de democracia, de unidad y de ética política, justifica sobradamente la aprobación de ese "voto de partido" por la casi unanimidad de los presidentes de las Juntas Provinciales de todo el país.

Esta es la situación clara y precisa. Demuestra que la proposición aprobada por la Convención de Presidentes de Juntas Provinciales es útil, razonable y democrática.

LA ELECCION DE AGUIRRE CERDA
EN LA CONVENCION DE IZQUIERDA

El 15 de abril de 1938, en medio de la expectación nacional, me correspondió, como presidente del Frente, inaugurar la Convención de Izquierda, en que se iba a jugar el destino de Chile con la elección del candidato presidencial.

Consciente de la tremenda responsabilidad que había recaído sobre mis hombros, de unir a partidos disímiles y hombres de encontradas aspiraciones presidenciales, me asistía la íntima convicción de que el Partido Socialista y su candidato Grove terminarían por someterse a la realidad electoral y volcarían sus fuerzas en favor de don Pedro Aguirre Cerda.

La verdad era que en mi fuero interno tenía depositada toda mi esperanza y fe en la capacidad y condiciones extraordinarias de líder político del secretario general del Partido Socialista, Oscar Schnake. Caudillo auténtico del socialismo, era el mejor conductor de hombres que había conocido.

De recia personalidad y profundas convicciones, hablaba a las masas en un nuevo y vibrante lenguaje, que seducía, en contraste con las monótonas y áridas consignas del Partido Comunista.

Reservado, introvertido, nada prometía, ni entraba en compromisos ni en cábalas políticas.

Como un general en jefe antes de dar la batalla, estudiaba el terreno, apreciaba las fuerzas del enemigo, sacaba sus conclusiones estratégicas para aplicarlas en el lugar y en el momento precisos, todo en el mayor misterio.

Nunca me dio a entender nada de sus planes en el Partido Socialista para volcar a sus camaradas inconformistas al lado de don Pedro, pero siempre alentaba mi confianza diciéndome que la candidatura de Grove no era una cosa definitiva, a pesar del acuerdo del último congreso.

Pero llegó el día sábado 16 de abril, el segundo de la elección, y el Partido Socialista no había retirado todavía la candidatura de Grove.

Confieso que una angustiada desconfianza se fue apoderando de mí, a

tal punto, que no pude resistir más y me dirigí a la casa de Schnake muy de madrugada, para inquirir una información definitiva y poder tomar oportunamente las medidas si fracasaba la Convención.

En respuesta a mi nerviosa insistencia para informarme del resultado de sus gestiones en el seno de la directiva de su partido, sólo expresó estas lacónicas frases: "Mañana domingo será retirada la candidatura de Grove; para ello necesito de un desprendimiento suyo: ceda la presidencia del Frente Popular a Grove, porque así éste y el partido quedarán satisfechos y asumirán una mayor responsabilidad en la campaña electoral".

Aunque la presidencia no dependía de mí, sino de todos los partidos que me habían designado, de inmediato y sin previa consulta acepté gustoso el cambio, creyendo cumplir con un deber de reciprocidad e interpretar, además, a todos mis mandantes.

Estuvimos conformes en hacer el anuncio oficial del cambio después que Grove leyera el acuerdo socialista de proclamar a don Pedro.

Radiante llegué a presidir la Convención.

Aún no llegaban rumores de lo que estaba pasando en el seno de la directiva socialista.

Mantuve el mayor secreto de lo informado por Schnake, para no entorpecer su delicado y paciente trabajo de convencimiento en las díscolas filas socialistas.

Mientras tanto, en la Convención se seguía votando con el "voto de partido", que tantos sinsabores me costó hacer aprobar a los radicales, voto que en definitiva fue adoptado y utilizado por todas las otras colectividades del Frente.

El discutido e ingenioso sistema simplificó además las votaciones, evitando intencionadas dispersiones de votos, como había ocurrido en nuestro partido, que habrían hecho peligrar las posibilidades de nuestro candidato.

Las siete primeras votaciones dieron el siguiente resultado:

Pedro Aguirre Cerda:	400 votos
Marmaduke Grove:	360 votos
Elías Lafertte:	150 votos
Juan Pradenas:	120 votos

El partido acordó darle la octava votación del domingo a Juan Antonio Ríos, que figuraba en segundo lugar de la lista.

Dio el mismo resultado:

Ríos:	400 votos
Grove:	360 votos
Lafertte:	150 votos
Pradenas:	120 votos

Por fin, tal como me lo anunciara Schnake, el Partido Socialista tomó el acuerdo de votar por don Pedro, retirando a Grove.

Los delegados socialistas llegaron organizados en filas, encabezados por Schnake y Grove, y éste dio lectura al trascendental documento por el cual el Partido Socialista proclamaba candidato de la Convención de Izquierda al ciudadano don Pedro Aguirre Cerda.

Con una apoteósica ovación se recibió el anuncio de Grove. Sin poder contenerme, lo abracé efusivamente y agradecí en nombre del radicalismo su ejemplar lección de renunciamiento, mientras la multitud demostraba su júbilo en medio de gritos, abrazos y vivas a don Pedro, a Grove y al Partido Socialista.

Pedí que se hiciera silencio para decir dos palabras, que debía al líder socialista.

Con frases entrecortadas al principio, más seguras después, comencé por declarar que ése era el momento más impresionante de mi vida, al presenciar el éxito de la Convención gracias a la unidad de las fuerzas de izquierda y al gesto de renunciamiento de Grove y del Partido Socialista, acontecimiento único en la historia política de nuestro país.

Y con la emoción contenida, dirigiéndome a Grove, le expresé que, ante esta prueba de confianza y de fraternidad para con el radicalismo chileno, en ese mismo instante resignaba la jefatura del Frente Popular, para depositarla en manos del abanderado del Partido Socialista, que con su gesto ejemplar se había conquistado el título de líder indiscutible de las fuerzas de izquierda.

“Estoy cierto —dije al terminar— de que interpreto a todos ustedes y a todos los partidos del Frente Popular, para que desde este mismo ins-

tante Marmaduke Grove sea nuestro jefe que nos lleve a la victoria con don Pedro Aguirre Cerda.”

Una estruendosa ovación ratificó mis palabras, mientras Grove me estrechaba en un apretado abrazo, que los convencionales celebraron con aclamaciones.

Grove agradeció en sentidas palabras y pidió la colaboración de todos los partidos del Frente para salir al campo, a las minas y a las ciudades a luchar por don Pedro, hasta colocarlo en el sillón de los Presidentes de Chile.

Grove pasó a ocupar mi lugar en la Mesa Directiva, como presidente del Frente, y anunció que en esos momentos llegaba el candidato recién elegido, don Pedro Aguirre Cerda.

Los convencionales se pusieron de pie y, en medio de gritos y vivas, don Pedro atravesó el Salón de Honor llevado en andas hasta llegar a la Mesa Directiva.

Grove anunció entonces que se iba a tomar juramento a don Pedro de que cumpliría el Programa del Frente Popular.

El acto fue solemne y don Pedro no ocultaba la emoción que lo embargaba hasta las lágrimas.

Grove pidió entonces silencio para escuchar la palabra del candidato.

Don Pedro habló como un estadista, sin alardes demagógicos ni timideces. Su palabra fue clara, franca, convincente.

Radicales, socialistas y comunistas recibieron sus expresiones con delirante entusiasmo, lo que prueba que era el hombre idóneo para el momento que vivía el país, porque simbolizaba la realidad del momento histórico que de acuerdo con la ley evolutiva pertenecía al radicalismo.

El discurso de don Pedro fue interrumpido con atronadoras salvas de aplausos en varios de sus pasajes, especialmente cuando, con el puño cerrado en alto, se dirigió a los convencionales llamándolos “camaradas”.

Pero el instante imposible de describir fue cuando se escucharon en la sala los vibrantes acordes del Himno Nacional. Los delegados se estrechaban unos a otros entre vítores y gritos de júbilo, mientras don Pedro era abrazado por las personas más efusivas, que no podían contener su entusiasmo.

Todos coreaban la Canción Nacional, dándole así mayor emoción a este trascendental acto democrático de nuestra historia política.

Cuando aún no terminaban las manifestaciones de júbilo por la victoria alcanzada, se me acercó el secretario general del Partido Comunista, Carlos Contreras Labarca, para pedirme que asistiera con urgencia a una reunión del Comité Central de ese partido, para tratar una grave "impasse" que afectaba a su colectividad, a la que concurrí en el acto.

Todo podía imaginarme, menos que el Partido Comunista se hubiera sentido agraviado por mi iniciativa de ceder la presidencia del Frente Popular a Grove.

Los tres o cuatro miembros que criticaron acerbamente mi actitud en la citada reunión exigían que debía retractarme y recuperar la presidencia.

En el fondo, los comunistas, que mantenían una violenta discrepancia con los socialistas, a quienes calificaban de trotskistas, temían que Grove, con el poder de la presidencia del Frente, pudiera usarlo para combatirlos en los sindicatos, donde se daba una lucha a muerte entre ambas organizaciones marxistas.

Ardua tarea fue tranquilizarlos frente al hecho consumado que seguramente habría sido ratificado por toda la Convención.

Fue éste mi primer desacuerdo con el Partido Comunista, que yo traté de aminorar.

La satisfacción del triunfo

No puedo ocultar los gratos recuerdos que guardo de esta trascendente victoria, que tuvo que pasar por tantas vicisitudes que parecían insalvables. Muchas y muy cálidas congratulaciones recibí de todos los sectores, como igualmente de la prensa.

Entre éstas reproduzco una, escrita por Zeta en el diario *La Hora*, que, aunque excesivamente encomiástica hacia mi persona, me atrevo a publicar, porque resume mi actuación durante los seis meses de mi presidencia del Partido Radical.

Hace seis meses, cuando Gabriel González Videla asumía la presidencia del Partido Radical, constatábamos que lo hacía en el comienzo de una etapa política delicada, en que se precisaban carácter e inteligencia. Esa etapa ha culminado ayer, a mediodía, en el Congreso, cuando la Convención de Izquierda proclamó candidato a la Presidencia de la República a don Pedro Aguirre Cerda, hombre de su partido. Era inevitable en ese instante reconocer que había sumado al servicio del radicalismo las dos condiciones esenciales que pedíamos al jefe radical hace seis meses: inteligencia y carácter. La etapa ha sido dura y peligrosa, con tormentas abiertas y mar de fondo; parecía a ratos indispensable el pulso sabio y certero de un viejo almirante; en otros, el brío y el coraje de un capitán audaz. Las fuerzas políticas de ahora no son las mismas de hace veinte años. Hay en ellas muchos impulsos insólitos, imprevistos, desconcertantes; son más cultas, y por lo mismo más anárquicas, más contradictorias. Conducirlas, realizar con ellas un objetivo, resulta una faena dramática, salpicada de complacencias, pero también de zozobras.

Gabriel González, como jefe del radicalismo, y al mismo tiempo como jefe máximo del Frente Popular, ha salido victorioso de la gran prueba. El armonioso proceso de fusión de las fuerzas políticas, constatado en el fruto de ayer, es la consagración de una personalidad nueva, de indiscutible destino, renovadora en los métodos, en los objetivos y en las tácticas de la política de esta época turbulenta.

La empresa obscura y amenazante que asumió hace seis meses ha sido realizada fogosamente, acometida sin vacilaciones, con una fe inquebrantable; ha desalojado del campo político la estrategia sedentaria de las maniobras de Gabinete, de fórmulas cabalísticas del ensimismamiento lleno de jactancia y vanidad de los políticos macucos de otro tiempo.

Es indudable que gran parte de la fuerza y el ritmo orgánico que caracteriza al Frente Popular se la ha transmitido este hombre que modela una nueva forma en la vida política de Chile.

Le ha insuflado sangre y brío. Le ha dado algo de su carácter.

(1) Seudónimo del notable escritor y periodista, fundador y editor del diario *La Hora*, don Aníbal Jara Letelier, quien también se destacara en el servicio exterior como Cónsul General en Nueva York y Embajador en los Estados Unidos.

ESTALLA LA VIOLENCIA ENTRE
LA OPOSICION Y EL GOBIERNO
EL RECINTO DEL PARLAMENTO
ES ASALTADO Y VARIOS CONGRESALES
SOMOS DETENIDOS

El martes 17 de mayo de 1938, en el estudio del candidato del Frente Popular, don Pedro Aguirre Cerda, se efectuó una importante reunión de los jefes de los partidos del Frente Popular, a la que asistieron Marmaduke Grove, presidente del Frente; Oscar Schnake, por los socialistas; Juan B. Rosseti, por el Partido Radical Socialista; Carlos Contreras Labarca, por el Partido Comunista; Manuel Sierra, por la Democracia Unificada, y el que escribe, por el Partido Radical. Después de analizarse las reiteradas denuncias de la flagrante intervención en el proceso preelectoral por parte del Gobierno, se acordó que una comisión compuesta por los jefes de los partidos de izquierda solicitara una audiencia al Presidente de la República, señor Alessandri, para pedir garantías.

En cumplimiento de este acuerdo, los presidentes del Frente Popular y del Partido Radical encomendaron al delegado por Malleco de la Junta Central Radical que solicitara de la secretaria de la Presidencia de la República día y hora para la audiencia.

El señor Alessandri, impuesto de la misión del delegado, se acercó a éste en actitud de extrema irritabilidad y le notificó que él por motivo alguno recibiría a esos dirigentes, pretextando haber sido injuriado por ellos. En su violenta reacción, terminó pidiéndole que se retirara de La Moneda.

Este abandonó el Palacio Presidencial y de inmediato dio cuenta, primero a la Junta Central Radical y después a la Junta Ejecutiva del Frente, imponiéndola del fracaso de su gestión.

En el acto el Comité Ejecutivo del Frente Popular acordó un enérgico pero sereno voto de protesta, que quedó redactado en estos términos.

En presencia de la insólita negativa de S.E. el Presidente de la República para recibir en audiencia especial a los dirigentes y parlamentarios del Frente Popular que anhelaban pedir las garantías electorales que son indispensables en toda democracia para el correcto funcionamiento de sus luchas cívicas, el Comité Ejecutivo Nacional del Frente Popular acuerda denunciar este hecho ante el país, haciendo presente que el Presidente de la República, merced a esta inaudita negativa, olvida sus altos deberes de prescindencia para convertirse en el principal personero de uno de los bandos en lucha.

El Comité Ejecutivo declara que esta actitud de S.E. el Presidente de la República es contraria a la Constitución, pues importa un atropello al derecho de legítima petición que ella consagra.

Entrega este hecho inusitado a la consideración de la opinión serena del país, confiando en que sabrá reaccionar como corresponde a hombres libres y capaces de defender sus derechos ciudadanos.

Con esta negativa, el ambiente electoral comenzó a tornarse difícil para nosotros, porque con la proclamación de Ross, como candidato de la derecha, se había desencadenado una ola interventora gubernamental desenfundada, lo que a mi juicio, y para mi fuero interno, estaba comprometiendo seriamente las posibilidades ya menguadas de la candidatura de don Pedro:

- 1.º Porque la combinación de la derecha era fuerte y poderosa económicamente.
- 2.º Porque el Jefe del Estado entregaba todo el peso de su influencia a favor de Ross.
- 3.º Porque la candidatura del señor Ibáñez, aunque sin posibilidad alguna, restaba fuerzas a la oposición, y
- 4.º Porque al candidato de la derecha le sobraban medios económicos para jugarse por entero la Presidencia de la República, como yo lo había experimentado en carne propia en la elección senatorial de Coquimbo y Atacama.

Ante esta apreciación pesimista, que mantuve en estricto secreto, le pedí a don Pedro que me recibiera en privado para hacerle partícipe de mis hondas aprehensiones y de la necesidad urgente de darle a la campaña un nuevo tono, más impulsivo y dinámico, y ampliar la base de la oposición con la entrada de las fuerzas ibañistas, reconociendo de

antemano el desagrado con que muchos de los nuestros recibirían tal proposición.

Don Pedro, con su fina sensibilidad e intuición política, me confesó que comenzaba a encontrarme razón; que Alessandri, con su temperamento apasionado, jamás asumiría de verdad una conducta prescindente; por el contrario, trataría de favorecer a Ross, quien desde su exilio en París lo había venido ayudando; primero con el financiamiento de los planes conspirativos en contra de Ibáñez, y después, proporcionándole recursos económicos a su campaña electoral de 1932, para obtener la Presidencia de la República.

Terminó autorizándome para conversar con las fuerzas ibañistas y actuar, después, con todos los jefes del Frente.

En el acto me puse en actividad, y el primer paso fue ponerme en contacto con el más destacado y activo dirigente ibañista, el diputado Jorge González von Marées, jefe del Movimiento Nacional Socialista, grupo básico de la organización ibañista denominada Alianza Popular Libertadora. Tuve con él una larga entrevista confidencial; y, a pesar de nuestras profundas diferencias ideológicas, quedamos de acuerdo en lo fundamental: unir ambas combinaciones para presentar un solo frente de oposición.

Debo confesar que, ante tan alentadora acogida, le hice partícipe, muy confidencialmente, de la segunda parte de mi plan, el cual era aprovechar la presencia del Presidente de la República en el Congreso Pleno, el día de la apertura de las Cámaras, para hacerle una demostración de protesta de alcance nacional y con repercusión internacional ante los representantes diplomáticos acreditados en el país.

Para este efecto solicitaría, en mi carácter de presidente en ejercicio del Frente Popular y el Partido Radical, el uso de la palabra tan pronto como el Presidente del Congreso Pleno, senador Cruchaga, abriera la sesión. Lo haría para pedir, de acuerdo con el Reglamento, que se incluyera en la cuenta una moción de protesta de todos los partidos políticos de oposición. Enseguida, todos los parlamentarios opositores nos retiraríamos del Salón de Honor en silencio y en perfecto orden.

El procedimiento era inobjetable desde el punto de vista reglamentario, aunque es necesario reconocer que nunca, en la historia del Parlamento, se había recurrido a él.

El diputado González von Marées participó ampliamente de la idea, asegurándose que ambas proposiciones serían acogidas por la directiva de la Alianza Popular Libertadora y por el propio candidato señor Ibáñez.

Igual aceptación obtuve de los demás presidentes de los partidos de izquierda, y el plan quedó definitivamente aprobado, dentro del mayor sigilo, para ponerlo en práctica el 21 de mayo de 1938, día de la apertura del Congreso Nacional.

Procedimos entonces los jefes del Comité Ejecutivo del Frente a redactar la moción de protesta que se presentaría en el Congreso Pleno al señor Cruchaga, cuyo tenor era el siguiente:

Los senadores y diputados de la izquierda, en uso del derecho que les confiere la Constitución Política del Estado y el artículo 53 del Reglamento del Senado, formulan ante el Congreso Pleno la siguiente moción de protesta:

Su Excelencia el Presidente de la República ha pretendido sujetar el ejercicio del derecho de los parlamentarios que integran las fuerzas de oposición a su Gobierno, de solicitar una audiencia del Primer Mandatario para reclamar garantías electorales, a la *condición inadmisibile de imponer él quiénes podrían concurrir a La Moneda con el objeto indicado.*

Ha estimado también que podía formular declaraciones de amenazas al Poder Legislativo, desconociendo así la independencia y soberanía de éste.

Uno y otro acto importan para la izquierda de Chile, la manifestación de propósitos que vulneran el respeto debido a la opinión de un determinado sector político con programa digno de la consideración general y que representa la mayoría del país.

Entrañan también un vejamen deliberado a los fueros y a la dignidad del Congreso Nacional, y un ataque directo a la democracia.

Revelan, al mismo tiempo, la existencia del propósito de acentuar la intromisión gubernativa en las contiendas electorales.

La exposición del Presidente del Senado, respetable por ser suya, no modifica esta situación, ya que no viene directamente de S.E. el Presidente de la República o de quien, en virtud de la Carta Fundamental, pudiera estar autorizado para formular el desagravio debido al Parlamento y al régimen democrático que servimos.

Obligados por estas circunstancias, inspirados por los más altos debe-

res cívicos, declaramos que la representación parlamentaria de izquierda se retira de este recinto, como el medio más digno y firme de manifestar su serena protesta ante el vejamen presidencial a la dignidad del Parlamento, y a los derechos electorales, que infructuosamente hemos querido ver respetados por el Ejecutivo. Y, al adoptar esta actitud, presentamos nuestros altos respetos a los señores miembros del Cuerpo Diplomático, que honran con su presencia esta sesión.

La negativa del señor Cruchaga a dar lectura y a incluir en la cuenta este documento histórico fue la causa determinante de los bochornosos sucesos que terminaron con el apaleo a congresales opositores; el apresamiento de éstos con violación del fuero parlamentario, y, además, un asalto y allanamiento al Congreso Nacional.

La gravedad de estos acontecimientos puede apreciarse por el compendiado relato que hago a continuación:

Los congresales frentistas llegan en bloque

Habían pasado una o dos horas después del mediodía, cuando los parlamentarios de la oposición comenzaron a llegar al hemiciclo del Salón de Honor, ocupando los asientos del lado poniente.

Estos comprendían cinco filas de sillones, muy próximos a la Mesa Directiva.

La primera fila estaba ocupada por los senadores frentistas y, sucesivamente, en el resto, por los diputados de los Partidos Radical, Socialista, Comunista, Democracia Unificada, Unión Socialista y Nacional Socialista.

La oposición, que subía de los sesenta parlamentarios, daba una sensación de fuerza y unidad por su disciplina. Podría decirse que constituía un solo bloque.

Lo que comúnmente se bautiza con el nombre de "público" o "invitados de honor" estaba constituido, esta vez, por altos jefes de las Fuerzas Armadas, dignidades del Poder Judicial y Cuerpo Diplomático. Todos ellos se acomodaron en el ala oriente, como era de costumbre para actos como el que ahora se iba a realizar.

Los parlamentarios de Gobierno estaban ya en sus asientos, hacia el

ala poniente, con excepción de tres o cuatro, que ocupaban las bancas de un extremo cercano a la Mesa.

La parte alta, esto es, las aposentaduras reservadas al público, fueron ocupadas en gran número por carabineros y agentes de Investigaciones, a los que se agregaba un vasto grupo de individuos contratados ad hoc, a fin de que hicieran de claque.

Llega Su Excelencia

Eran las tres y cuatro minutos de la tarde, cuando S.E. el Presidente de la República hizo su entrada en el Salón de Honor. Un poco antes de S.E. habían llegado don Miguel Cruchaga Tocornal, Presidente del Senado, y don Gregorio Amunátegui, que lo era de la Cámara de Diputados.

También estaban presentes don Enrique Zañartu y don Julio Echaurren, secretarios de las respectivas Corporaciones.

S.E., al entrar al Salón de Honor, iba seguido, naturalmente, por sus Ministros. A medida que la comitiva avanzaba hacia la Mesa, la claque de tribunas y galerías se desataba en interminables aplausos. Debo hacer notar, sin embargo, que sus partidarios, los parlamentarios gobiernistas, no procedían con igual entusiasmo.

Pero sin romper las prácticas habituales de la buena cortesía que entonces imperaba en nuestro país, todos los asistentes en el Salón se pusieron de pie, inclusive los parlamentarios de oposición.

El Presidente, junto con detenerse por algunos segundos frente a las filas de sus opositores, hizo una pequeña venia, a manera de saludo; pero se advirtió con claridad que su rostro estaba congestionado, además de tener un gesto de preocupación que, aun con su seriedad circunstancial, no lograba disimular.

Los parlamentarios de oposición nos mantuvimos en silencio y en cierta manera impasibles al paso de S.E.

Estalla un petardo

En el momento en que el señor Alessandri ocupaba su sitio de honor, se sintió una fuerte detonación que provenía del exterior del edificio, la que produjo pánico entre los asistentes.

El estampido, según se supo, lo ocasionó la explosión retardada de un petardo puesto entre el ramaje de una de las palmeras de los jardines del Congreso situada precisamente en uno de los bordes del camino recién recorrido por S.E. Dicho petardo deshizo el ramaje sin causar mayores destrozos.

“En nombre de Dios, se abre la sesión”

La detonación produjo, como ya dije, un gran nerviosismo entre las personas que llenaban el Salón de Honor.

Por su gesto, S.E. no era quien se mostraba menos preocupado; al contrario, era visible su intranquilidad, compartida en ese momento por los dos presidentes de ambas ramas del Congreso que lo acompañaban.

No obstante, el señor Cruchaga Tocornal, aparentando ahora dominio de sí mismo, se puso de pie, agitó levemente las campanillas y dijo: “En nombre de Dios, se abre la sesión”

Acto seguido, me levanté de mi asiento y pedí la palabra en mi carácter de presidente en ejercicio del Frente Popular.

A pesar de hablar en voz alta, muy alta, por los gritos ensordecedores de la claque que apagaban el eco de mis palabras, comprendí que no se me oía.

El jaleo estalló junto con mi actitud, propagándose desde las galerías y tribunas hasta los bancos que ocupaban los parlamentarios de derecha.

Por cierto que la representación opositora, incluyendo a ibañistas y nacistas, se puso en el acto de pie para respaldarme.

Con claridad deduje que toda la vociferación de la claque era un “show” organizado con mucha anterioridad; sin embargo, poco a poco, fue imponiéndose el silencio, lo que me permitió gritar a pulmón lleno, siendo esta vez escuchado por todos:

“¡Reitero, señor Presidente, la petición reglamentaria que he formulado!”

Por segunda vez la claque repitió sus estrepitosas manifestaciones.

Cruchaga, moviendo su diestra, volvió a dar la palabra al señor Alessandri, el cual se levantó, para retomar enseguida a sentarse, pues en ese momento yo lo interrumpí para anunciarle que los congresales opositores abandonaríamos la Sala.

La oposición se retira

En mucho orden y guardando estricto silencio, los parlamentarios de izquierda, acompañados de los nacionalsocialistas, abandonamos el recinto.

Esta marcha muda la encabezaban los senadores Mitchell, Azócar, Moller, Conchá, Guzmán y otros.

A continuación seguimos los diputados, a los cuales yo precedía.

Es de suponer el comportamiento de la claqué, que para eso había sido contratada. Ahora se le habían agregado miembros de la Acción Nacional de la Juventud, es decir, jovencitos derechistas, y su contra-manifestación fue estruendosa. Uno de los diputados gritó entonces: "¡Viva el Frente Popular!" y los demás coreamos esta exclamación.

Puedo afirmar en forma categórica que ésta fue la única frase combativa utilizada en esa oportunidad.

Esta disciplinada y correcta actitud contrastaba con la de nuestros adversarios políticos, que agotaban el número de chilenismos vulgares y soeces con el proposito de apabullarnos.

La provocación

Entretanto, los agentes de Investigaciones que se encontraban camuflados dentro del Salón de Honor, tratando de confundirse con algunos parlamentarios, comenzaron, distribuidos aquí y allá, a utilizar las llamadas "provocaciones estratégicas". Dentro de ese procedimiento, estimularon numerosos diálogos en voz alta, entre parlamentarios de derecha y de izquierda; y mientras los primeros se expresaban con gestos alterados, los segundos abandonaban el Salón, cuidando de no perder su compostura.

Esta actitud de los izquierdistas no determinó, por desgracia, el cese de las provocaciones de parte de los agentes, los que insistieron en ellas. Esto, sin contar la intromisión de personas de aspecto decente, pero del todo extrañas en el recinto parlamentario.

Claro está que las agresiones, por lo menos las verbales, hacíanse con objeto de incitar la reacción de los parlamentarios frentistas, para provocar un enfrentamiento.

Ya casi no quedaban parlamentarios opositores en el Salón de Honor, cuando, de súbito, se produjo un violento cambio de palabras entre un grupo de derecha y el jefe del Movimiento Nacional Socialista, diputado Jorge González von Marées. Simultáneamente fue agredido por varios de los provocadores metidos entre los congresales, y cayó al suelo a raíz de un golpe al mentón.

Al ser derribado, González von Marées automáticamente sacó su pistola y, alzando el brazo, alcanzó a hacer un disparo al aire. Con posterioridad la policía comprobó que la bala había hecho impacto a casi diez metros del suelo, en una pared del Salón de Honor.

Un verdadero alud de agentes de Investigaciones y carabineros se abalanzó entonces sobre González von Marées, sujetándolo mientras otros lo pateaban sin piedad. Fue tan salvaje esa agresión, que el propio General Humberto Arriagada, Director de Carabineros, y algunos parlamentarios, entre los cuales se encontraban Eduardo Alessandri y Raúl Morales (que había regresado al Salón al producirse el tumulto), acudieron a rescatarlo de la furia de sus agresores, que insistían en castigarlo brutalmente. El jefe nacistá apenas pudo ponerse en pie a consecuencia de los golpes que le habían propinado.

Los atentados no terminaron aquí; dos de los más jóvenes y activos parlamentarios de esa época, Justiniano Sotomayor y Fernando Maira, fueron igualmente golpeados por la policía uniformada, la que con violencia los obligó a abandonar el recinto.

Al día siguiente, el diario *La Hora* hizo esta apretada síntesis de esa agresión a los miembros del Congreso:

CARABINEROS E INVESTIGACIONES, DE ORDEN DEL
EJECUTIVO, ASALTARON EL CONGRESO Y VIOLARON
FUERO PARLAMENTARIO

Al pedir el uso de la palabra, los senadores y diputados de la oposición fueron provocados y agredidos luego por agentes de Investigaciones, soplones y carabineros en el mismo recinto del Congreso Pleno. Los diputados Sotomayor y Maira fueron heridos de gravedad. A las ocho de la

noche la Cámara fue invadida por fuerzas policiales para detener al diputado González von Marées. El diputado González Videla, que trató de evitarlo, fue golpeado y llevado detenido a Investigaciones.

Todos los partidos de oposición se unieron ayer en Frente Común de Unión Sagrada

Desde ayer la República está bajo el peso de sucesos que implican que sus resortes fundamentales han sido vencidos por la acción de la fuerza.

A un acto de simple protesta de la oposición parlamentaria al iniciarse la sesión inaugural del Congreso, el Ejecutivo respondió con un despliegue de violencia que no había sido empleado jamás en el Parlamento. Dos diputados fueron vejados y apaleados y están en la Asistencia Pública. Otro diputado, detenido con el pretexto de una acusación absurda y ridícula, fue arrestado primero en el propio Congreso y más tarde sacado a viva fuerza, con descerrajamiento de puertas de la misma Cámara, y finalmente, otro diputado, el presidente del Partido Radical, don Gabriel González Videla, fue también vejado por la fuerza policial y conducido a Investigaciones.

Aparte de esto, hay varios diputados con lesiones de gravedad, cuarenta personas detenidas y varios allanamientos.

El salvaje apaleo que sufrieron de parte de los carabineros los señores Sotomayor y Maira, agravado por el trato vejatorio de que les habían hecho víctima los oficiales durante largo rato, mientras eran conducidos a la comisaría, provocó la indignación impotente de quienes vieron el vergonzoso y cruel espectáculo. Pero una verdadera masa de carabineros y agentes impidió toda ayuda a los parlamentarios arrastrados por la fuerza pública hacia la calle. El congresal don Roberto Gómez Pérez, en compañía de un colega, manifestábase tan ostensiblemente emocionado, que parecía fuera de sí.

Asalto y allanamiento del Congreso Nacional

Los atropellos y agresiones de la fuerza policial realizados al iniciarse la sesión del Congreso Pleno continuaron.

En compañía de mis colegas, y entre ellos del diputado Raúl Morales Beltramí, me entrevisté con el Presidente del Senado, don Miguel Cru-

chaga Tocornal, una hora después que el Presidente de la República terminara de leer su Mensaje.

Dicha entrevista tenía como objetivo pedir garantías a favor del diputado González von Marées, expuesto a quedar a merced de la policía, cuyas actuaciones, por desgracia, ya nos eran conocidas.

En el acto, don Miguel dio instrucciones a los Edecanes del Parlamento, señores Guerrero y Gaete, para que respondieran de la persona de González von Marées.

Suscitada esta nueva situación, el Edecán de la Cámara de Diputados, Coronel Guerrero, ante la amenaza inminente de allanamiento, ordenó que cerraran las puertas del Congreso.

Sin embargo, el Prefecto de Investigaciones, señor Peluchoneaux, se introdujo al recinto cameral, y por una simple orden verbal del Ministro del Interior, señor Salas Romo, pretendió detener y sacar del Parlamento al jefe del Partido Nacional Socialista.

En ese mismo instante me acerqué al funcionario policial, manifestándole secamente que dentro del recinto parlamentario se requería, para que él pudiera proceder así, de la voluntad del Presidente de una de las Cámaras, o de una orden judicial, previo desafuero.

Como estos requisitos no se cumplían, me opondría junto a los demás diputados presentes por todos los medios a nuestro alcance para impedir este nuevo atropello al fuero parlamentario y al recinto del Congreso.

Esto debió haberle impresionado, pues se retiró en el acto, y yo aproveché ese paréntesis para ponerme en contacto telefónico con el señor Salas Romo, quien me confirmó que él había dado la orden de detención.

Más tarde, el jefe de Investigaciones incurrió en una nueva tropelía, con el respaldo de Salas Romo: abrió una de las puertas de la Cámara, desde adentro, y franqueó la entrada a una avalancha de carabineros y agentes, visiblemente armados, que, sin autorización del Presidente del Senado ni de la Cámara, es decir, sin permiso legal ni orden judicial alguna, se introdujeron hasta uno de los pasillos. Allí se encontraron conmigo, y les advertí: "Tendrán que pasar sobre mí para sacar a un parlamentario de este recinto, sin la orden correspondiente".

La respuesta fue: "Deténganlo".



Opongo resistencia a mi arbitraria detención.

Los hechos que a continuación sucedieron se detallan en un debate memorable en la Cámara de Diputados, llevado a efecto dos días después.

Refiriéndose a dichos atropellos, el diputado Raúl Morales, que actuó como testigo, fue enfático para fustigar aquellos procedimientos y muy severo en sus expresiones. Algunas de ellas fueron éstas:

Tal como lo advirtió Gabriel González, lo cumplió. Y fue necesario que lo atropellaran y patearan y que lo llevaran, arrastrándolo, hacia la puerta de salida para que Investigaciones pudiera enseguida descerrajar esa puerta de la sala y llevarse detenido al colega González von Marées.

Don Gabriel González fue golpeado y detenido por el "delito" de hacer

respetar por sí mismo el fuero parlamentario y defender la dignidad de esta Casa, que es del pueblo de Chile, que es el símbolo de nuestra democracia.

Don Gabriel González fue arrastrado hasta afuera; golpeado y vejado. Pero al arrastrarlo no lo mancillaron.

Porque cuando la fuerza bruta arrastra en tales condiciones a un hombre como Gabriel González, no lo mancilla, sino que lo honra, como está honrado y dignificado ante todos sus colegas y ante el país.(1)

Arrastrado por la fuerza pública a la Prefectura de Investigaciones, con el rostro y el cuerpo llenos de magulladuras, obtuve mi libertad, sin solicitarla, gracias a la gestión personal del Presidente de la Cámara, don Gregorio Amunátegui, quien me condujo en su automóvil hasta mi casa, donde hube de guardar reposo para reponerme de los golpes recibidos.

Allí fueron a visitarme los jefes del Frente y numerosos colegas, todos dominados por secreta e idéntica resolución de devolver golpe por golpe, empleando hasta la fuerza de las masas si fuera necesario para hacer respetar la inviolabilidad del Congreso Nacional, y, en consecuencia, la independencia de los Poderes Públicos, sin lo cual la democracia es una ficción.

Sin dejar de considerar la gravedad de la acción del Gobierno, traté de calmar la justa indignación de mis visitantes, y les aconsejé con insistencia que era preferible recurrir a los mecanismos legales de que disponía la Cámara para acusar constitucionalmente al Ministro del Interior por tan flagrantes atropellos.

Al día siguiente se reunió en sesión extraordinaria el Comité Ejecutivo del Frente, con asistencia del representante de las fuerzas ibañistas; y aunque estaba cojo y dolorido, alcancé a intervenir en el debate, donde se acordó entablar dos acusaciones contra el Ministro del Interior, Luis Salas Romo: la primera, por violación del fuero parlamentario en la persona de los diputados señores Maira, Sotomayor, González von Marées y el que escribe estas líneas; y la otra, por asalto, violación y ocupación policial del recinto del Congreso Nacional.

Ante la responsabilidad personal que yo tenía por la presentación de la protesta en el Congreso Pleno, y, por otra parte, la usurpación e

(1)Boletín de Sesiones de la Cámara del 23 de mayo de 1938.

invasión de poderes de parte del Ejecutivo sobre el Congreso Nacional, me sentí obligado a intervenir. Lo hice con acopio de antecedentes históricos y constitucionales, para dejar bien establecido que fue reglamentario el recurso al que echó mano la oposición en el Congreso Pleno.

Al sostener los cargos para acusar constitucionalmente al Ministro del Interior, empecé por decir:

Señor Presidente, ¿cuál es la verdad?, ¿cuál es la causa de todas estas incidencias que tuvieron su desenlace y trascendencia en el Salón de Honor del Congreso Nacional? Una sola: la negativa del Presidente de la República para aceptar la petición que le formularon los parlamentarios del Frente Popular, para que fueran recibidos en una audiencia con objeto de pedirle garantías electorales.

La izquierda sostiene, con razón, que no existen tales garantías electorales, que la libertad electoral está amagada por la intervención descarada del Gobierno a favor de la candidatura del señor Ross y en contra de la oposición.

El Gobierno de la República ha violado la Constitución y la ley sin límite ni pudor alguno, llegando hasta a ordenar el robo e incendio de la revista *Topaze*, de oposición, hecho insólito que ha merecido, como saben los señores diputados, la protesta airada de muchos elementos de derecha y aun de un partido que hoy forma parte del Gobierno.

A continuación, exhibo a la Cámara una declaración violenta y agresiva del Jefe del Estado, por la cual amenaza con el empleo de la fuerza pública a los diputados y senadores de la oposición, ante cualquier protesta que se realice durante la sesión del Congreso Pleno.

De otra suerte, vamos al abismo, y ya estamos a su borde en el personalismo entronizado entre nosotros.

Tras un largo debate dentro de un ambiente de exaltación y apasionamiento, y después que intervinieron casi todos los parlamentarios, se votaron ambas acusaciones.

La primera, relacionada con el atropello al fuero parlamentario, fue rechazada por 71 votos contra 63.

La segunda, relacionada con el atropello y violación del recinto parlamentario, fue rechazada por 72 votos contra 70.

Esta vez votaron con las bancas opositoras los tres diputados de la Falange Nacional, Boizard, Garretón e Yrarrázabal.

Tan precario triunfo salvó a Salas Romo de ser destituido por el Congreso, pero la oposición ganó y aumentó su prestigio ante la opinión pública, por la dignidad, la entereza y valor con que defendió la independencia e inviolabilidad del Parlamento.

Después de tan espectacular debate que conmovió al país, la lucha electoral entró al rojo vivo.

La agresión del diputado González Videla al Ministro Salas Romo desata un pugilato general en el hemiciclo

Las hostilidades se hicieron más intensas, poco después, cuando el Ministro del Interior tuvo la mala ocurrencia de asistir a la Cámara para defender el impopular proyecto del alza de tarifas eléctricas.

Por lo demás, la sola presencia del Ministro en el recinto de la Cámara, después de los vejámenes y atropellos del Congreso Nacional y al fuero parlamentario el 21 de mayo, exasperó a sus víctimas presentes y a los parlamentarios de izquierda, que, puestos de pie, pidieron a gritos que saliera de la Sala.

Como no lo hiciera y adoptara una actitud burlesca, me sentí impulsado a vengar la afrenta hecha al Congreso, al fuero parlamentario y a la dignidad de los diputados agredidos y vejados por la fuerza pública, y me lancé por encima de las bancas para hacer salir de la Sala al Ministro, quien se defendió con sus puños, originándose el consiguiente pugilato.

Esto provocó una batahola descomunal que duró largos minutos, mientras el hemiciclo se convertía en un verdadero ring.

El diario *La Hora*, en su edición de 10 de agosto de 1938, relató así las violentas incidencias:

GONZÁLEZ VIDELA ATACA AL MINISTRO

Ya el H. señor González Videla estaba al lado del Ministro señor Salas Romo, iniciándose un violento pugilato. El diputado radical asestó numerosas bofetadas al señor Salas Romo, el que a su vez se defendió con sus puños y pies, entrando en un clinch en el estrecho espacio entre los bancos ministeriales.

Ambos cayeron al suelo, en apretado clinch. En ese momento el pugilato se hizo general.

La mayoría de los diputados se habían corrido hacia los bancos ministeriales.

El Ministro señor Salas Romo, en el suelo, en apretado clinch con el señor González Videla.

El diputado radical don Jorge Beeche, saltando por entre las bancas, procuraba separar a los contendores, momentos en los cuales el diputado liberal don Néstor Valenzuela le asestó, por un lado, un golpe en la sien derecha al señor Beeche.

Arrastrado por el tumulto, el diputado democrático don Francisco Lobos llegaba hasta el Ministro Salas Romo, quien en ese momento daba en el plexo solar al H. señor González Videla. En presencia de este espectáculo, el H. señor Lobos dio de puntapiés al Ministro del Interior, increpándolo en los términos más duros.

En medio de la Sala se desarrollaban otros pugilatos. El H. señor Mardones castigó duramente al diputado liberal don Eduardo Alessandri, al mismo tiempo que el H. señor Gómez Pérez se enredaba en un cambio de golpes con el diputado liberal señor Del Campo.

Por todas partes menudeaban los golpes.

Fue una ardua labor la de extraer al señor Ministro del Interior y al H. señor González Videla de debajo de una verdadera pila humana de diputados que caían sobre ellos.

Diputados como los H. señores Rossetti y Boizard y otros trataban de separar a los grupos en pugilato.

Un colega conservador auxilia al H. señor González Videla

Luego se vio al diputado conservador Francisco Urrejola ayudar a levantarse al H. señor González Videla, afectado por un principio de asfixia, quien fue llevado a los lavatorios y atendido de inmediato por los parlamentarios doctor Hugo Grove, doctor Raúl Brañes y doctor Morales San Martín.

Pocos momentos después el H. señor González Videla se retiró a una de las salas de los diputados, donde se le reunió su esposa, señora Rosa Markmann de González, quien llegó en esos momentos; también numerosos senadores radicales y el director de la campaña presidencial de la izquierda, don Arturo Olavarría.

Sale el Ministro

Por fin pudo salir el Ministro del Interior, señor Salas Romo. Asistido por diputados de derecha, quienes lo sacaron del brazo, salió hacia la sala de la Presidencia de la Cámara. El señor Salas Romo atravesó el pasillo muy pálido y demudado. Ostentaba en el nacimiento de la nariz una lesión y en la sien izquierda, un pequeño hematoma.

En los momentos que cruzaba uno de los pasillos, el Ministro, muy nervioso, pero aparentando tranquilidad, exclamaba: "Déjenme solo; ¡si estoy bien! "

Se levanta la sesión

La sesión, que había sido suspendida a las 17.30, fue reanudada a las 17.40, más o menos.

Luego, el Vicepresidente, el Honorable señor Huerta, anunció que se levantaba la sesión, la que no duró más de dos minutos.

Intensa agitación

Todos los pasillos de la Cámara estaban en esos momentos repletos de diputados y senadores que venían a imponerse de los hechos.

En todas partes se advertía intensa agitación, comentándose las incidencias en todos los tonos.

La Junta Central Radical se reúne extraordinariamente la misma tarde y aplaude la actitud de su presidente

La Junta se ocupó únicamente de los incidentes ocurridos en la Cámara de Diputados en la sesión de la tarde.

Al final del debate se aprobó, por unanimidad, el siguiente voto:

La Junta Central, en presencia de los acontecimientos desarrollados en la Cámara de Diputados, aplaude la enérgica actitud de su presidente, don Gabriel González Videla, y de los parlamentarios de izquierda. Reitera su propósito de defender por todos los medios a su alcance las libertades públicas, amagadas por la presencia en el Ministerio del Interior de don Luis Salas Romo, que aparece como cómplice de la intervención gubernativa puesta al servicio de la reacción.

E L " P U T S C H " N A C I S T A

El asalto y allanamiento del Congreso Nacional y la violación del fuero parlamentario, unidos a la impunidad en que quedaron sus autores, por el rechazo de la acusación constitucional, fortaleció, en el sector nacistista, que dirigía Jorge González von Marées, su tendencia violentista hacia la acción directa.

No se necesitaba mucha perspicacia para darnos cuenta de que en las reuniones que teníamos frecuentemente con los dirigentes de la Alianza Popular Libertadora existían profundas diferencias entre el sector ibañista independiente que obedecía al Coronel don Tobías Barros y el nacistista dirigido por González von Marées, quien no disimulaba su obsesiva inclinación por el golpe militar como único medio, a su juicio, para sacar a Alessandri del Poder.

De ahí que en las reuniones generales de los partidos de oposición, en las cuales participaba el ibañismo, fuera el Coronel Tobías Barros con quien dialogábamos en las negociaciones unitarias, haciéndose menos asidua la presencia del jefe nacistista.

En esta laboriosa tarea de unificación de las fuerzas opositoras a la cual yo estaba consagrado con especial interés, se mantenían paralelamente las candidaturas de don Pedro y la del General Ibáñez, sin que nadie pudiera imaginarse que al correr de unos pocos meses, el 5 de septiembre de 1938, estallaría el "putsch" nacistista, fraguado, planeado y dirigido bajo la exclusiva responsabilidad de su jefe, González von Marées, como éste con singular hombría lo reconociera públicamente, entregándose a la justicia ordinaria para su juzgamiento y sanciones penales.

Eran las diez de la mañana de ese día, cuando un grupo de cuarenta jóvenes nacistas armados se apoderaron por sorpresa del edificio del Seguro Obligatorio, ubicado en esquina contraria con La Moneda, después de asesinar al cabo de Carabineros Salazar, que lo custodiaba. Durante cinco horas lo mantuvieron en su poder, mientras disparaban contra La Moneda y edificios circundantes, en espera de la llegada de los

regimientos que la ingenua creencia de González von Marées lo hacía imaginar.

Mientras tanto, otro grupo de jóvenes nacistas se había apoderado del edificio de la Universidad de Chile en la Alameda y se atrincheraron dentro de él, cerrando y bloqueando sus puertas.

Alessandri personalmente tomó desde La Moneda la defensa del sorpresivo ataque. Solicitó la ayuda del Regimiento Tacna, y de un cañonazo voló la puerta principal de la Universidad, provocando la muerte de seis jóvenes nacistas.

Carabineros ocupó la Universidad y tomó prisioneros a los nacistas sobrevivientes, que en número de veinte fueron conducidos a la Prefectura, con las manos en alto.

Al pasar los prisioneros frente al edificio del Seguro Obligatorio, los otros nacistas todavía estaban atrincherados en el séptimo piso, sin rendirse.

En ese momento se detuvo la columna y se les hizo penetrar al edificio.

Nadie se explica cómo y por qué estos jóvenes que se habían rendido aparecieron, junto con los demás que se encontraban dentro, ultimados por la fuerza pública.

Gracias a la intervención del diputado Raúl María Balmaceda, que concurrió al lugar de la masacre, se pudo salvar la vida a cuatro jóvenes: Carlos Segundo Pizarro, David Hernández, Alberto Montes y Facundo Vargas, que, fingiéndose muertos, habían quedado ocultos bajo los cadáveres de sus compañeros.

El horror de este asesinato colectivo, fríamente ejecutado, provocó una ola de indignación y violenta cólera en el país, desencadenándose toda la ira de las fuerzas de oposición contra Alessandri, a quien señalaron en el Congreso como el culpable de haber dado la orden al Director General de Carabineros, Arriagada, de introducir a los prisioneros en el edificio del Seguro Obligatorio.

Alessandri, haciendo honor a la tradición de los Presidentes de Chile, asumió toda la responsabilidad de los hechos, pero agregó textualmente:

“Declaro, sí, solemnemente ante el país, que al ordenarse aquella medida, nadie quiso, ni pretendió, ni imaginó ordenar el fusilamiento o la muerte de los detenidos.”

El "putsch" nacist y la masacre del Seguro Obligatorio cambiaron el destino político de Chile.

Efectivamente, la elección demostró, con la elocuencia de las cifras, 222.720 votos para Aguirre Cerda contra 218.609 de Gustavo Ross, que sin el apoyo de las fuerzas ibañistas don Pedro habría sido indefectiblemente derrotado.

Ardua y difícil tarea fue la de convencer a Ibáñez que cediera todas sus fuerzas a don Pedro, como única manera de derrotar a Ross y a la combinación de derecha.

La concentración del 4 de septiembre en el Parque Cousiño para proclamar a Ibáñez fue gigantesca y daba una impresión de que medio Santiago estaba con su candidatura, lo que haría más difícil obtener el retiro del General, que se sentía triunfante.

Pero la detención y los procesos civiles y militares que el Gobierno agitaba para buscar la responsabilidad de Ibáñez en el "putsch", obligó por fin a éste, muy en contra de su voluntad, a retirar su candidatura. Tan esperada decisión hizo que todos los partidos de izquierda levantaran un solo abanderado presidencial: don Pedro Aguirre Cerda.

El Coronel Tobías Barros y el propio González von Marées, con gran visión del panorama electoral y sentido de unidad, fueron factores determinantes de este acontecimiento político, sin el cual el triunfo de Ross hubiera sido evidente, como explicamos más adelante.

SE UNIFICA LA OPOSICION CON
EL RETIRO DE LA CANDIDATURA
DE IBÁÑEZ

Para asegurar el triunfo obtenido tan espectacularmente por don Pedro Aguirre Cerda en la Convención del Frente Popular, era indispensable que el General Ibáñez retirara su candidatura, y en tal sentido orienté todas mis energías.

Don Pedro presidió una reunión de los partidos del Frente para oír la proposición de la Alianza Popular Libertadora, que sostenía la candidatura del General Ibáñez, hecha por intermedio del senador radical Osvaldo Hiriart.

Desgraciadamente, las proposiciones eran inaceptables, porque, en vez de dar solución a la impasse, creaban otras dificultades, como la de pedir una nueva Convención, con la exigencia de entregar al ibañismo el cincuenta por ciento de los votos; o sea, la Alianza Popular Libertadora pretendía paridad con los cuatro partidos del Frente.

Entonces, con el asentimiento del señor Aguirre Cerda, redactamos una cordial pero terminante nota, en la cual se expresaba que rechazábamos por unanimidad tal proposición.

Sin embargo, dejábase también constancia de que estaríamos dispuestos en cualquier momento para aceptar la colaboración y ayuda electoral de la Alianza Popular Libertadora para derrotar la candidatura de Ross.

Al día siguiente, el jefe de la Alianza Popular Libertadora, el Coronel don Tobías Barros Ortiz, al que me unía una vieja amistad, por sus vinculaciones familiares en La Serena y con quien había mantenido cordiales conversaciones, hizo una declaración pública que daba esperanzas de llegar a un acuerdo:

Considero que no todo ha terminado y que es aún posible llegar a un entendimiento más tarde.

Las puertas, por lo que a nosotros respecta, continuarán abiertas a cualquier nueva sugestión que se nos haga.

Por cierto que no se dirigía a ningún sordo.

El mismo día tomé contacto con Tobías Barros para intentar nuevos planes, a fin de alcanzar la unificación.

Mientras estas amistosas y promisorias conversaciones se realizaban, los partidos del Frente, por su parte, acordaron lanzar un vibrante manifiesto para notificar a la ciudadanía que la candidatura de don Pedro llegaría sin transacciones hasta las urnas.

Socialistas y comunistas separadamente hicieron suyas las declaraciones de la Junta Central Radical, cuando ésta reafirmaba que la candidatura de don Pedro era "irreemplazable".

En el carácter de presidente del Partido Radical, me creí en el deber de conducir la lucha a la ofensiva, en consideración a la inferioridad en que nos encontrábamos por la abierta intervención del Gobierno y los cuantiosos recursos de que disponía la caja electoral de Gustavo Ross.

Después de prolongadas conversaciones, consultas, acuerdos, en que participaron con nosotros destacados dirigentes de la Alianza Popular Libertadora, como Tobías Barros, Ricardo Latcham, Juan Bautista Rossetti, Fernando Guarello, Gustavo Vargas Molinari, Isaías San Martín y otros, el día 19 de octubre, nueve días antes del acto electoral, se alcanzó el acuerdo definitivo para apoyar a don Pedro.

Facilitaron este trascendental convenio la renuncia previa que hizo Ibáñez y un manifiesto que desde la cárcel dirigió a sus huestes Jorge González von Marées.

Don Pedro, inmediatamente de conocidos estos hechos, me pidió que lo acompañase a Investigaciones, para que visitáramos al General Ibáñez, todavía detenido por el proceso del 5 de septiembre, y agradecerle su honroso gesto de facilitar con su acción y ejemplo la unidad de la izquierda. Al llegar a la celda, el señor Ibáñez, emocionado, se unió en un estrecho abrazo con don Pedro.

Enseguida pasamos a la celda de Jorge González von Marées para agradecerle también su adhesión y caluroso manifiesto.

Este histórico acto, coronación de nuestro plan unitario en que descansaba el triunfo del Presidente radical, elevó la fe y el entusiasmo en el pueblo, y a la vez produjo una ostensible desmoralización en los sectores de derecha.

Recibí numerosas felicitaciones, empezando por la cálida y sincera de don Pedro y su esposa, que no podían disimular la inmensa alegría que les embargaba.

Con el título "La tesis de González Videla", el diario *La Hora* hizo el siguiente comentario al respecto:

En esta hora de tan hermosas realizaciones, el presidente del Partido Radical, don Gabriel González Videla, ha recibido innumerables felicitaciones de todo el país, como damos cuenta en otra información. En realidad, el jefe del radicalismo ha alcanzado el triunfo en la tesis unitaria que ha venido sosteniendo desde hace mucho tiempo en el seno de su partido. En efecto, el Honorable señor González Videla, desde antes de asumir la presidencia del partido, estimó que era necesario agrupar en torno del candidato de la izquierda la mayor suma de fuerzas políticas.

Para esto, el señor González Videla sostuvo constantes conferencias con dirigentes tanto del Frente Popular como de la Alianza Popular Libertadora para establecer las bases de la unidad. Aun el jefe del radicalismo tuvo que realizar una ardua tarea en el seno de su propio partido.

La tesis unitaria del jefe del radicalismo, que imponía el mantenimiento del Frente Popular, se ha constatado: era la acertada.

Reconocimiento de la Junta Central Radical

Reunida al día siguiente la Junta Central, el destacado líder radical don Guillermo Labarca Hubertson presentó un voto que, además de honrarme, me conmovió por sus términos concluyentes, para establecer que los éxitos sucesivos que habían culminado con la unión de la izquierda se debían a la dirección personal que supe darle a la lucha, por encima de las divergencias de hombres y partidos, que parecían invencibles.

El voto fue aprobado por unanimidad.

LA ELECCION PRESIDENCIAL.
TRIUNFO DE AGUIRRE CERDA
SOBRE ROSS

Con estas promisorias expectativas electorales se llevó a efecto el martes 25 de octubre de 1938 el acto electoral donde Pedro Aguirre Cerda obtuvo un estrecho pero inamovible triunfo, que ni el Gobierno, ni la derecha, ni Ross se atrevieron siquiera a discutir.

Pedro Aguirre Cerda	222.720 votos
Gustavo Ross	218.609 votos
Diferencia a favor de don Pedro	4.111 votos

Las Fuerzas Armadas, por intermedio del Comandante en Jefe del Ejército, General Novoa, reconocieron el triunfo de don Pedro, en una comunicación que le fue solicitada por el señor Ross, la que indujo a este candidato a renunciar a cualquier reclamación.

Se empieza a organizar el Gobierno de don Pedro

Cuando se estaban barajando candidatos para la organización del Ministerio, don Pedro, con afectuosa deferencia, me consultaba sobre los nombres que tenía anotados en una libretita negra que llevaba consigo. Por elemental sentido de discreción política y conociendo el celo de don Pedro para defender sus prerrogativas de Mandatario, nunca les puse "un pero" a las personas propuestas, y mucho menos intenté tomarme la confianza de imponerle a alguien. No obstante, una gran legión de candidatos a puestos públicos invadían no sólo mi oficina, sino hasta mi propio hogar.

Hice dos excepciones: una relativa al pedido que me hiciera el Partido Comunista ante don Pedro, de obtener el Ministerio del Trabajo y dos Direcciones de Servicios. La otra fue para que se designara Ministro Secretario de Gobierno a un sobrino suyo, Humberto Aguirre Doolan.

A don Pedro no le cayó bien ninguna de las dos proposiciones. Sobre la primera me habló con la franqueza de un padre. Me dijo:

—Comprendo que usted ha recibido del Partido Comunista tanto apoyo para mantener la unidad del Frente Popular, que se siente, como yo, agradecido de esa valiosa cooperación. Pero las circunstancias en que va a enfrentarse mi Gobierno con una derecha mayoritaria en el Congreso, que va a explotar la presencia de los Ministros comunistas, harían imposible la marcha de mi Administración. Creo también que al Partido Comunista no le conviene exponerse a tales riesgos.

Y confidencialmente me manifestó que el propio líder del Partido Socialista, Marmaduke Grove, le había aconsejado, por encargo de su directiva, no llevar comunistas al Gobierno, si no quería tener conflictos con su partido.

—Confío en usted, mi querido Gabriel —concluyó—, para que convenza a sus amigos comunistas, y ojalá ellos se adelanten a declarar que no desean ingresar al Ministerio.

Así lo hice, con el mayor tino y discreción.

El Partido Comunista, al conocer el resultado de mi gestión, redactó un manifiesto en que expresaba su decisión de no participar en el Gobierno.

Elías Laferte, en su libro *Vida de un comunista*, afirma que el Partido Comunista declinó participar en el Gabinete de don Pedro, y agrega: “Nos pidió entonces una lista con nombres de camaradas que pudieran ocupar puestos en la administración pública. La lista se entregó, los candidatos fueron entusiastamente aprobados por don Pedro, pero... *no se designó a ninguno*”.

Al abordar la designación de Humberto Aguirre para la Secretaría General de Gobierno, en el carácter de Ministro, don Pedro empezó a pasearse por su acogedor despacho, mientras encendía un cigarrillo tras otro. Se sentó nuevamente y, colocándome a su lado en el sofá, me tomó del brazo y con gran intimidad me dijo:

—Yo quiero mucho a Humberto; es un muchacho de gran talento y condiciones humanas de trato; posee imaginación y generosas iniciativas; pero tiene un grave defecto que lo imposibilita para el cargo: *es mi sobrino*, y no quiero que por ello se me acuse de nepotismo.

—Don Pedro —repliqué—, usted me va a perdonar que disienta de su opinión, pero voy a revelarle algo que hasta hoy he mantenido en secreto por petición de Humberto, que demuestra lo justificado de mi petición.

—Triunfante en la lucha interna del partido, usted recordará que me pidió que acompañara a Humberto, a quien usted le había encomendado juntar fondos para la campaña, insinuándole que empezara por La Serena, donde tenía muchas vinculaciones con los principales agricultores y gente acaudalada de la provincia.

—Nuestra gira fue un fracaso. Reunimos una miseria, debido al confucionismo producido por la proliferación de tantos candidatos.

—Humberto, en un gesto de audaz generosidad, pues era un hombre pobre, recurrió al Banco de Chile, y con la hipoteca de la casa que tenía en La Serena obtuvo un préstamo de veinte mil pesos y se lo entregó a usted como si hubiera sido erogado en esa ciudad.

—Con gran persistencia y psicología intuitiva para no rebajar la moral del candidato cuando se necesitaba tenerla más en alto, prefirió ocultarle a usted el fracaso de la gestión y entregarle el dinero como recolectado entre entusiastas partidarios.

—Esa cantidad fue, además, el motor que hizo andar la máquina de la propaganda electoral y que permitió que nuevas sumas engrosaran la siempre escuálida caja del partido.

—Un hombre que dispone de una abnegación tal —agregué— y de tan fecunda imaginación, no lo va a encontrar ni dentro ni fuera del partido.

—Y si algo justifica plenamente el parentesco en el cargo, es que sólo la vinculación de la sangre puede garantizar la incondicional devoción que necesita tener quien desempeñe tan íntimos y personalísimos deberes de confianza.

Al terminar mi perorata, don Pedro, sonriente, se paró y me dijo:

—Me ha convencido; dígame a Humberto que venga a verme esta misma tarde.

El tiempo y los tumultuosos conflictos que hubo de sortear este Mandatario radical, en medio de conspiraciones y traiciones de hombres y partidos, justificaron mi audacia de haber impuesto un Secretario General de Gobierno (con el impedimento de ser su sobrino) a todo un Presidente de la República.

Transmisión del Mando

El domingo 25 de diciembre de 1938 don Arturo Alessandri, en impresionante ceremonia en el Salón de Honor del Congreso Nacional, hizo entrega del Mando a don Pedro Aguirre Cerda.

El nuevo Presidente concurrió al Congreso Pleno acompañado de su primer Ministerio, que estaba formado por las siguientes personas:

Interior	PEDRO E. ALFONSO	(radical)
Relaciones	ABRAHAM ORTEGA	(radical)
Defensa	ALBERTO CABERO	(radical)
Hacienda	ROBERTO WACHHOLTZ	(radical)
Educación	RUDECINDO ORTEGA	(radical)
Agricultura	ARTURO OLAVARRÍA	(radical)
Fomento	ARTURO BIANCHI	(socialista)
Tierras	CARLOS A. MARTÍNEZ	(socialista)
Salubridad	DR. MIGUEL ETCHEBARNE	(socialista)
Justicia	RAÚL PUGA	(democrático)
Trabajo	ANTONIO POUPIN	(democrático)

Un verdadero delirio popular de más de veinte mil almas, congregadas frente a La Moneda, y otras decenas de miles ubicadas en las calles por donde pasaba la carroza presidencial, daban ¡vivas! al nuevo Presidente. Era un espectáculo grandioso, como nunca antes se había visto y que pude apreciar desde los ventanales del Palacio Presidencial.

Cuando don Pedro apareció en los balcones luciendo la banda tricolor de los Presidentes y la refulgente "piocha", (1) heredada por todos los Presidentes de Chile, desde O'Higgins, una multitud abigarrada de personas de todas las clases sociales y edades aplaudían, agitaban pañuelos y vitoreaban llenas de gozo.

Con la Transmisión del Mando de Alessandri a Aguirre Cerda se dio comienzo a una nueva etapa de la historia nacional, que arrojaba gran-

(1) "Piocha de O'Higgins": joya con una estrella suspendida, que O'Higgins creó como símbolo del poder presidencial, y que se lleva prendida al final de la banda.



Don Pedro Aguirre Cerda, Presidente de la República de Chile (1938-1941).



des responsabilidades sobre el nuevo Presidente y las fuerzas políticas que hicieron posible su triunfo. Las esperanzas y fe del pueblo de Chile, tanto en la capacidad como en el talento de estadista de don Pedro, eran muchas. Y no les faltaba razón: su vida honesta, entregada toda al servicio de la República, era suficiente aval para el respeto ciudadano que se había ganado.

Presidido por el Jefe del Estado, se me rinde un homenaje nacional en el Teatro Caupolicán

Mi carrera política fue consagrada por un homenaje de carácter nacional que recibí no sólo de mi partido, sino de los del Frente, de la Alianza Popular Libertadora y la Confederación de Trabajadores. Además, la presencia del Presidente de la República, don Pedro Aguirre Cerda, y sus Ministros y los miembros de la Embajada Extraordinaria de España, que presidía el elocuente orador Indalecio Prieto, quien anunció que hablaría, dio todavía mayor realce y resonancia a este acto.

Mucho antes de las 21.30 horas el Teatro Caupolicán se encontraba totalmente lleno, permaneciendo cientos de personas sin poder entrar.

La presentación del teatro daba un imponente aspecto. Banderas chilenas y españolas, profusamente distribuidas, adornaban el recinto, junto con los pabellones de los países americanos. La Orquesta Sinfónica amenizaba el acto.

Justamente a las 22.20 horas hicieron su entrada al escenario el Presidente de la República, los Ministros de Estado, la Embajada Extraordinaria de España, formada por los señores Indalecio Prieto, Angel Osorio y Gallardo, Rodrigo Soriano y General Herrera; Benito Mariannetti, diputado socialista mendocino; los dirigentes del Frente Popular Marmaduke Grove, Carlos Contreras Labarca, Juan Díaz Martínez y gran número de parlamentarios. Todos los asistentes, de pie, vitorearon especialmente a los señores Indalecio Prieto y Pedro Aguirre Cerda. Cuando yo hice mi entrada al proscenio, grandes y sostenidos aplausos me fueron prodigados. A continuación, la Orquesta Sinfónica ejecutó la Canción Nacional, coreada por todo el público, de pie y con el puño en alto. Apagados los últimos acordes, se inició el homenaje, ofreciéndose la palabra al presidente de la Asamblea Radical, señor Guillermo Jofré

Vicuña, quien expresó que era para él un gran honor presidir la institución que patrocinaba el homenaje. Hizo un elogio de mi persona, a quien llamó "El Caudillo de la Victoria".

A continuación, la Orquesta Sinfónica Nacional ejecutó el prelude de "Carmen", de Bizet.

Enseguida, en medio de una calurosa acogida, hice uso de la palabra. Expresé que la emoción que me embargaba era inmensa, al ver que había concurrido el Presidente de la República y que se encontraban presentes los Embajadores Extraordinarios de España.

Sostuve que la victoria había sido posible gracias a la acción abnegada de los dirigentes y a la unidad granítica del pueblo.

Agregué que esta unidad debía mantenerse, postergando toda intransigencia y tratando siempre de conjugar la necesidad con la posibilidad. Recalqué que los extremismos sólo conducían a favorecer los planes de la reacción.

Después sostuve que los dirigentes del Frente Popular cumplirían con el compromiso contraído ante el país, y que ya el Presidente de la República estaba tomando medidas que iniciaban el cumplimiento del programa ofrecido. Reafirmé la decisión del radicalismo de defender a su Presidente de todas las asechanzas de nuestros enemigos.

LO QUE REVELE "A PUERTAS
CERRADAS" EN LA CONVENCION
RADICAL DE LA SERENA

El 23 de junio de 1939 se inauguró en la ciudad de La Serena la Convención Radical, con asistencia del Presidente de la República y los Ministros radicales.

Por aclamación, y en homenaje a la labor desarrollada en la dirección del partido, fui designado presidente de la Convención. Presidente Honorario fue elegido don Pedro Aguirre Cerda.

De inmediato la Convención se constituyó "a puertas cerradas", a petición mía, para escuchar la cuenta confidencial que debía rendir.

Contenía ella observaciones, prevenciones, advertencias, además de planteamientos y críticas que la más elemental prudencia aconsejaba sustraer del comentario público, siempre predispuesto a sembrar la cizaña o a dar por verdaderas torcidas interpretaciones.

Mi exposición duró dos horas y media. Fue mi última intervención, antes de renunciar como presidente del partido y trasladarme a Francia en calidad de Embajador.

Extraigo de las anotaciones que conservo algunas ideas, fundamentos, consejos, críticas que a continuación expongo. Ellas fueron dichas hace treinta y seis años, y, sin embargo, creo que no han perdido su actualidad y validez, pues estaban inspiradas en el propósito de orientar al partido en su nueva y trascendental misión de gobernar a Chile.

Contenido filosófico del radicalismo

Comencé mi intervención con una simple pero profunda verdad:

"El radicalismo, en la vida política, se confunde con la idea de la democracia y de la libertad."

A este respecto, dije:

Misión del radicalismo en el Poder

Es gigantesca la misión del radicalismo en el Poder. Con tino político y sentido realista, por encima de infantilismos revolucionarios de algunos de nuestros aliados, debe imponer en gradual desarrollo las reformas y realizaciones pragmáticas.

Nuestro método debe consistir en cada ocasión, en cada instante, en saber conjugar *posibilidad con necesidad*.

A toda hora y frente a cada problema hay que tener la flexibilidad de nuestra propia condición de radicales, y de nadie más, para encontrar la ecuación que logre una fórmula de armonía dentro de la heterogeneidad de las fuerzas de avanzada que luchan por imponer sus rígidas concepciones económicas y sociales.

Un paso en falso del radicalismo, actitudes intransigentes o sectarias, posiciones demagógicas o extremismos detonantes pueden producir el mayor desconcierto a la República, al Gobierno y a la causa misma de la democracia.

Y cuando se tiene la responsabilidad del Poder, todo esto se hace más inminente.

Arbitro en la política nacional

Por una exigencia de la mecánica política, que para funcionar bien necesita una mayoría para gobernar y una minoría para fiscalizar, el Partido Radical parece hoy en tan estratégica y favorable posición, que sin él no hay mayoría, es decir, no hay combinación de Gobierno.

Apelo a la lealtad y discreción que los radicales debemos a nuestro partido para que no se interprete mal y mucho menos se haga público para su explotación lo que a continuación voy a informar confidencialmente, porque es mi deber hacerlo, antes que abandone el país.

La estabilidad del Gobierno de don Pedro y la posibilidad de que dos o tres radicales más puedan sucederlo durante varios períodos dependen exclusivamente de la unidad del Partido Radical.

El Destino ha colocado al Partido Radical en estratégica alternativa: o gobierna y funciona la democracia, o se va a la oposición y surge la crisis presidencial o la dictadura.

Mantener la unidad del radicalismo por encima de sectarismos, prebendas y ambiciones personales es el más imperioso deber de cada radical y especialmente de sus dirigentes, porque de nosotros, y nada más que de

nosotros, correligionarios, depende la continuidad de los gobiernos radicales, o el advenimiento de la crisis a que me refiero y que pueden sobrevenir.

La moral política

Sostenemos que los hombres públicos de Chile, los políticos, son honestos. Es más: sostenemos que los casos de excepción que se han producido son pocos.

Si el Partido Radical tiene algo de que enorgullecerse, es, precisamente, del hecho de que sus más altos dirigentes, después de ocupar los primeros cargos en la República, han muerto pobres.

Tales son los ejemplos de Quezada Acharán, Fidel Muñoz Rodríguez, Héctor Boccoardo, Nicolás Marambio Montt y tantos otros.

Pero hoy no basta ser honrado ante las fuerzas del totalitarismo, las cuales, para desprestigiar a los Gobiernos democráticos, emplean la difamación y las más arbitrarias calumnias contra sus principales dirigentes. Para los totalitarios, a un político de un partido democrático hay que gritarle "ladrón", a sabiendas que miente.

Una seria y alta moral política exige que en los directivos de los partidos exista un principio de rectitud y severidad para repudiar lo malo, y fiscalizar con valentía cualquier sospecha de deshonestidad.

El hombre que se consagra a la política está ejerciendo el más grande de los apostolados nacionales.

De ahí que sea indispensable proceder a extirpar drásticamente todos los focos de perturbación moral en los partidos políticos. Nuestro partido debe dar el ejemplo en tal sentido, cuando tiene en su manos la responsabilidad del Gobierno y la administración.

Un partido que sabe depurar sus filas demuestra no sólo la firmeza de sus convicciones, sino también la reciedumbre de toda su arquitectura.

No podemos defender la democracia del totalitarismo si los enemigos de ella encuentran en los partidos políticos ejemplos de inmoralidad que justifiquen sus ataques.

La calidad de dirigentes políticos es absolutamente incompatible con el ejercicio o la gestión de negocios particulares que tengan vínculos con el Estado.

Aconsejo a la Junta General

1. Que persiga con mayor energía a los difamadores totalitarios, llevándolos a la justicia para que allí prueben las calumniosas aseveraciones que afecten a un dirigente radical.

2. Exigir a las Asambleas la necesidad imperiosa de que para los cargos dirigentes del partido elijan a hombres de moral insospechable.

3. Declarar que es incompatible el cargo de Miembro de la Junta General o de las Juntas Provinciales en cualquier gestión de negocios relacionados con el Gobierno, en la misma forma que rige esta prohibición para los miembros del Congreso Nacional.

La pugna socialista-comunista

Es mi deber dar a conocer al partido mi preocupación por la pugna sindical socialista-comunista, que temo se ahonde aún más durante el Gobierno de don Pedro, comprometiendo la unidad del Frente Popular y del Gobierno.

Los comunistas están profundamente agraviados por haberle entregado yo la presidencia del Frente Popular a Grove; y, con don Pedro, porque los excluyó del Gobierno y también de la administración pública. Esto se debió, y lo informo confidencialmente, a que fue la condición que puso el Partido Socialista para asumir responsabilidades de Gobierno, ocupando tres carteras ministeriales.

Don Pedro, a mi juicio, procedió con mucho tino y habilidad política al amarrar al socialismo, más escurridizo que el Partido Comunista, y que, por otra parte, está obligado por los acuerdos del VII Congreso Internacional de Moscú a colaborar incondicionalmente con el Gobierno del Primer Frente Popular en América.

Es de conveniencia, además, que el partido se halle informado de que la directiva comunista chilena, en estos momentos, está asesorada por dos delegados oficiales de la Internacional Comunista: el peruano Eudocio Ravines y el argentino Vittorio Codovilla, quienes, en conversaciones privadas que he tenido con ellos, me aseguraron que, no obstante esta postergación del partido, están complacidos de que el comunismo criollo se encuentre alineado definitivamente al lado del Frente Popular.

Ravines sostuvo, además, que para terminar con esta división de socialistas y comunistas, tan peligrosa para la estabilidad del Frente, era necesario que la directiva que preside Carlos Contreras Labarca pusiera fin (y él estaba a punto de lograrlo) a la antigua tendencia de los comunistas de imponer en las directivas de los sindicatos únicamente a sus partidarios.

Me parece indispensable que tal juicio de Ravines obligue a la nueva directiva del Partido Radical a exigir, a su vez, que se considere el mejor derecho de los radicales para presidir los gremios de profesores, empleados públicos, semifiscales y particulares.

No obstante, que el diferendo entre socialistas y comunistas fue arreglado por los representantes del Komintern en Santiago, queda el germen de la división en el Partido Socialista y su posible retiro del Gobierno. Este es cultivado por la acción de la minoría trotskista encabezada por Müller, Godoy Urrutia y Zapata, los cuales viven "pastoreando" a Grove para desplazar al actual secretario general, Oscar Schnake, en quien nuestro partido puede depositar toda su confianza.

La nueva directiva debe estar muy atenta a las maniobras de los trotskistas y dar a Schnake, para su estabilidad en el Partido Socialista, el mayor apoyo.

Nueva organización

Hay algo fundamental en lo que quiero insistir para golpear la conciencia y voluntad de los correligionarios convencionales: es en la necesidad de dar nueva estructura y nueva organización al partido.

El régimen de Asamblea, que hizo grande al radicalismo, hoy es inadecuado para luchar en la nueva política de masas que estamos enfrentando.

Necesitamos impulsar nuevos métodos de captación y de proselitismo radical para reclutar adeptos y formar un solo conglomerado jerárquico, con masas que obedezcan y con jefes responsables y seleccionados que manden.

Semejante planteamiento de organización choca, yo sé, con el espíritu y mentalidad de los radicales, acostumbrados a la libre discusión en las asambleas, encerrados en las cuatro paredes de nuestras casas políticas.

¡Convencionales!, no podemos seguir así si no queremos en un futuro próximo ser barridos por los partidos con organizaciones de masas.

Debemos salir a la calle; acostumbémonos a ello. Urge llevar el verbo que defiende nuestra verdad a las fábricas, al taller, al campo, a las poblaciones, como lo hacen los comunistas y los socialistas.

La verdadera lucha política en el mundo exige, más que debates estériles, acción; continuada y enérgica de todos y cada uno de sus militantes.

No debemos, por motivo alguno, descuidar a la juventud, la cual, a pesar de nuestra falta de organización en liceos y universidades, sigue acudiendo espontáneamente a nuestras filas, atraída por nuestra doctrina. Mac-Iver, en memorable ocasión, dijo: "La juventud es la savia nueva y vigorosa del radicalismo, que va asegurando su porvenir y renovando su doctrina". No dejemos perecer esa fuerza renovadora, porque pereceremos junto con ella.

Pero la tarea más trascendental que tiene el partido es ganar para el radicalismo a la mujer chilena, que representará la mitad del poder electoral.

Bastaría para ello que nuestro empeño por vindicar a la mujer y darle el verdadero rol que debe desempeñar en la vida nacional, se traduzca bajo el Gobierno radical en una ley que otorgue el voto femenino, para que su liberación sea definitiva como ciudadana con derecho a elegir y ser elegida, no sólo en el Congreso Nacional, sino también como Presidente de la República.

Esa ley revolucionaría el destino político de Chile.

Responsabilidad del radicalismo

Reproduzco textualmente a continuación las palabras con que terminé mi exposición:

Correligionarios:

La responsabilidad que pesa sobre el radicalismo es sencillamente gigantesca y abrumadora.

Será el eje de la combinación de Gobierno, el árbitro obligado en la mantención de la unidad de los partidos del Frente.

Es halagador dejar constancia de que habéis dado ejemplo de disciplina y unidad en los días oscuros y críticos de la oposición.

Mantengámonos así ahora en la dura prueba del Gobierno, soportando y venciendo los obstáculos.

Prestemos a Pedro Aguirre Cerda nuestra incondicional cooperación para que pueda realizar su programa de Gobierno, por encima de ambiciones personales.

La responsabilidad del Poder es la más difícil de todas y exige sacrificios para la defensa de nuestra organización y nuestra disciplina.

Mantengámonos limpios y dignos para que jamás nuestros enemigos, que nos acechan con picardía y maldad, puedan tener un pretexto de ajar la honra del partido por errores o traspies de algunos de nuestros militantes.

Gracias, correligionarios y amigos, por vuestra deferencia y atención para escuchar esta Cuenta, que ruego la sancionéis con vuestra aprobación.

De pie, la Convención, en medio de prolongados aplausos, aprobó la Cuenta.

Tercera Parte

MISION EN FRANCIA,
BELGICA Y LUXEMBURGO

MISION EN FRANCIA

MISION EN FRANCIA

PARTIMOS RUMBO A FRANCIA

Un día del mes de julio fui invitado a La Moneda por el Presidente don Pedro Aguirre Cerda. Este llamado tenía por objeto ofrecerme la representación diplomática de Chile ante los Gobiernos de Francia, Bélgica y Luxemburgo, la que acepté con el mayor agrado.

Partimos a Valparaíso con mi mujer y mis dos hijas el día 21 de agosto de 1939, para embarcarnos en el *Orbita* rumbo a Francia.

En ese puerto recibimos las más cariñosas manifestaciones de aprecio y simpatía, pues llegaron hasta allá centenares de amigos, entre ellos muchos miembros de la Juventud Radical y del partido, quienes habían contratado una banda de músicos que tocó durante todo el tiempo que demoramos en embarcarnos.

Nuestros queridos amigos Pedro Enrique Alfonso y Esperanza llegaron también a despedirnos, y así como ellos numerosas personas que deseaban exteriorizarnos su amistad y desearnos un buen viaje y feliz permanencia en el extranjero.

En el mismo barco, el *Orbita*, viajaban, además, con destino a México, el líder socialista Manuel Hidalgo Plaza con su señora e hijos, que había sido designado Embajador en ese país.

De esta manera partimos cada uno a asumir nuestras representaciones diplomáticas, dejando atrás las actividades políticas, menos desconcertantes que el traicionero juego de la diplomacia, de lo que daba testimonio en esos momentos la firma del pacto de los dos enemigos más irreconciliables: Hitler y Stalin, anunciada con grandes caracteres en la prensa y efectuada el día anterior, 20 de agosto de 1939.

Nuevas y sensacionales sorpresas nos depararía ese cambio de rumbo en nuestras vidas: de la política a la diplomacia.

El golpe militar de Herrera interrumpe nuestro viaje

A nuestro arribo a Antofagasta, nos sorprendió la noticia del golpe militar fraguado por los Generales Ariosto Herrera y Carlos Ibáñez y por dirigentes de la derecha.

Desembarqué en ese puerto, y como no pude obtener rápida comunicación con don Pedro ni con el Ministro Alfonso, me reuní con las autoridades y dirigentes del Frente Popular de Antofagasta y organizamos un plan de defensa del Gobierno en esa zona.

Había ciertas dudas sobre algunos jefes militares; por eso creímos de elemental resguardo apelar a los sindicatos mineros de Chuquicamata, para que se dirigieran hacia el puerto, auxiliando con su presencia a los jefes militares leales al Gobierno.

Después me trasladé a Chuquicamata, dejando instrucciones a Miti de que ella siguiera en el barco hasta Arica, adonde iría a encontrarla para resolver si regresábamos a Santiago o seguíamos a Europa, según fueran las instrucciones de don Pedro.

En Chuquicamata recibimos mejores noticias y logré hablar con don Pedro y después con Alfonso, quien desempeñaba la Cartera del Interior.

Don Pedro daba por fracasado totalmente el golpe militar, porque Osvaldo Sagiús, mi entrañable amigo, Director de Investigaciones, le había seguido la pista tanto a Herrera como a Ibáñez y los sorprendió in fraganti cuando iban a poner en ejecución el plan conspiratorio. Todos estaban presos, menos Ibáñez, quien se había asilado en la Embajada de Paraguay.

Me recordó don Pedro que las informaciones que yo le proporcionara, en mi carácter de presidente del partido, acerca del General Herrera, lo habían decidido primero, como yo se lo pedí a nombre del Frente, a retirarlo de las filas del Ejército y después a hacerlo vigilar estrechamente por el hábil Director de la Policía Civil, lo que hizo fácil hacer abortar el complot.

Me agregó que el Gobierno controlaba totalmente la situación; que la reacción del pueblo había sido fulminante y de total y abrumador apoyo.

En consecuencia, no era necesario movilizar a los sindicatos de Chuquicamata, y que siguiera con confianza mi interrumpido viaje, reembarcándome en Arica, para cuyo efecto iba a dar órdenes a la Comandancia de Antofagasta a fin de que pusiera a mi disposición un avión para que me trasladara a ese puerto, donde me esperaban Miti y mis hijas.

Después pude hablar con Alfonso, quien me confirmó que el complot

estaba abortado, los autores presos, el Gobierno más fuerte que nunca, con el unánime apoyo del pueblo, y aun de algunos sectores de la derecha, que repudiaban la aventura golpista. Además, me dijo que no era necesario mi regreso a Santiago, y que debía acceder a la petición de don Pedro de continuar viaje.

En Arica me embarqué nuevamente en el *Orbita*, que había recibido orden de esperarme, aunque no fue necesario, porque llegué, gracias al avión que me condujo hasta allí, con una hora de anticipación a la del zarpe.

ESTALLA LA SEGUNDA GUERRA

Cuando navegábamos a la altura de Ecuador, estalló la segunda guerra europea. El día 3 de septiembre de 1939 Francia e Inglaterra declararon la guerra a Alemania.

La invasión y ocupación de Polonia por Hitler obligaron a estos países, aliados a ella por medio de un pacto, a salir en defensa de ésta y movilizar sus ejércitos y armadas.

El mismo día, el Almirantazgo británico dio instrucciones a todos sus barcos mercantes para que tomaran una serie de precauciones, a las que tuvimos que someternos como pasajeros de un barco de su bandera. Entre ellas figuraban el oscurecimiento en las noches, prácticas diarias para el uso de los chalecos y botes salvavidas, registro del equipaje y de los pasaportes y arresto de pasajeros de nacionalidad alemana en edad de cargar armas.

Además, durante el día el barco navegaba en zigzag, lo que retardaba considerablemente su velocidad.

Dos o tres días después la radio anunció que los submarinos alemanes estaban torpedeando a todos los buques ingleses en el Atlántico, por lo que se cerraba la ruta marítima por esa vía, y que la aviación alemana había bombardeado París.

Con Miti reflexionamos sobre la situación, nada confortable, que deberíamos afrontar, junto con nuestras hijas, al tener que residir en el teatro mismo de la guerra, donde la población civil no estaba libre de los bombardeos aéreos. No vacilamos un momento en continuar nuestro viaje y asumir la misión que se nos había confiado.

A mediados de septiembre llegamos a La Habana, donde el Encargado de Negocios de Chile, Camilo Riccio, nos informó que no podíamos seguir viaje en ese barco por el peligro que significaba la guerra submarina desatada frente a las costas de Gran Bretaña y Francia.

Para llegar a Francia la ruta segura era la del Mediterráneo y en un barco de bandera neutral que saliera de Nueva York.

Esta advertencia fue providencial, ya que el *Orbita* fue torpedeado y hundido al llegar a Liverpool.

Por medio de la Embajada se comunicó al Ministerio de Relaciones el cambio de ruta, que fue aprobado por éste.

*La guerra submarina nos obliga
a dirigirnos a Nueva York*

Con gran diligencia Riccio arregló entonces nuestro viaje y nos trasladamos a Nueva York, donde fuimos recibidos por el Cónsul General de Chile, señor Aníbal Jara.

Tuvimos que esperar algunas semanas antes que el moderno transatlántico italiano *Rex*, en el cual habíamos reservado pasajes, zarpara de Nueva York con destino a Nápoles. Se eligió el *Rex* por ser un barco de bandera neutral, pues Italia todavía no había entrado en guerra.

Impuestos nuestro Embajador en Washington, don Alberto Cabero, y su gentil esposa, Lya, de nuestras tribulaciones, nos telefonaron para que visitáramos esa ciudad y nos hospedásemos en la Embajada.

Aceptamos gustosos su invitación, lo que nos permitió al mismo tiempo conocer la bella capital de los Estados Unidos, tomar contacto con hombres importantes del Gobierno norteamericano, y muy especialmente con el Embajador de Francia en ese país, Conde de Saint-Quintin, quien nos proporcionó valiosas informaciones sobre la guerra y los riesgos de París.

El Embajador francés tenía plena confianza en la victoria de su patria, pues contaba con la inexpugnable fortaleza que era la Línea Maginot, levantada en la frontera franco-alemana, y además, en el poder naval y aéreo de Inglaterra. Calificó como una gran traición a las democracias occidentales el pacto de no agresión firmado por Von Ribbentrop y Molotov, pero no por eso —era su opinión— Hitler abandonaría su propósito de invadir Rusia en la primera oportunidad que pudiera hacerlo.

Con respecto a los Estado Unidos, estimaba que la opinión pública norteamericana se alineaba decididamente con los Aliados, sin desconocer que existía una mayoría pacifista, contraria a la entrada a la guerra, y marcadamente partidaria del "aislacionismo".

También creía que la guerra submarina sin discriminación ordenada por Hitler afectaría gravemente la navegación comercial norteameri-

cana, por lo que estaba seguro de que, tarde o temprano, el Presidente Roosevelt se vería obligado a declarar la guerra a Alemania.

Con la cortesía que es tradicional a los funcionarios del Quai d'Orsay, el señor Saint-Quintin nos ofreció una comida en la Embajada, a la que asistieron, además de don Alberto y señora, el Embajador de Bélgica y el Encargado de Negocios de Luxemburgo, países donde también se me había acreditado como Ministro Plenipotenciario, lo que me facilitó mucho el conocimiento de esos Gobiernos, ante los que debía presentar mis credenciales.

Don Alberto, por su parte, continuó invitando a personeros del Departamento de Estado para que tomara contacto con ellos y llevase a Francia una visión fidedigna de la posición de los Estados Unidos frente a la guerra, que era el tema que preocupaba a todas las Cancillerías europeas, especialmente a Francia.

De los contactos y conversaciones que tuve durante los días de nuestra permanencia en Washington, pude deducir que todas las opiniones coincidían con las del Embajador Saint-Quintin.

Detenidos en el Peñón de Gibraltar

Con estas autorizadas informaciones sobre la guerra, nos embarcamos en Nueva York en el *Rex*, sin otro inconveniente durante la travesía que el haber sido abordados por un destróyer inglés al acercarnos a Gibraltar, adonde el barco fue conducido y obligado a fondear.

Y así, el Peñón de Gibraltar fue el primer punto de Europa que conocimos.

No se nos permitió visitarlo, pero era tan pequeño que desde el barco podíamos divisar casi todas sus angostas y pendientes calles, con sus pintorescos edificios residenciales, que ocultaban las poderosas fortificaciones.

Los ingleses revisaron detenidamente el equipaje, bajaron a tres alemanes, y a pesar de que los pasajeros éramos apenas veinticuatro, fuimos despachados después de varios días.

Por fin el 29 de octubre de 1939 llegamos a Nápoles, desde donde seguiríamos a Roma, para tomar el tren internacional a París.

Al atracar el barco en la dársena, tuvimos dos grandes y agradables sorpresas: la belleza incomparable de la bahía de Nápoles, con el Vesubio en plena erupción, y la presencia del personal de nuestra Embajada en Roma, que se trasladó a esa ciudad para brindarnos un cariñoso recibimiento. Lo presidía el Encargado de Negocios, Raúl Infante, y entre ellos había antiguos amigos, como el Almirante Danilo Bassi y su esposa.

En el bello Nápoles

El puerto de Nápoles me causó una extraña pero agradable impresión. Su estilo es, por cierto, diferente de nuestras ciudades, y en sus calles se percibe un bello y oriental desorden. Su comercio es rico y variado. Al lado de una llamativa tienda que ofrecía artículos y objetos de coral, aparecía otra que exhibía las sederías más finas y ostentosas. Pero es la industria de las joyas la que domina el centro comercial, las cuales eran de tan refinada orfebrería como jamás había visto en mi vida.

Nápoles, centro industrial de gran importancia en Italia, desmiente a primera vista la antigua leyenda de su indolencia oriental, con más inclinación al "mandolino", al "bel canto", al "amore", que al rudo trabajo.

Pero no se crea que el fanatismo por sus bellas y románticas canciones había desaparecido. Por el contrario, siempre estaba presente en restaurantes, hoteles, paseos, calles, en fin, por todas partes.

Siempre recuerdo con simpatía una hermosa canción llamada "A arrivato l' Ambaciatore", cantada en mi honor mientras almorzábamos en un restaurante, cuando el cantor se informó de que yo era un Embajador que acababa de llegar a ese puerto.

Pero la verdadera personalidad de Nápoles la descubrí en sus pintorescos barrios antiguos, como el "Santa Lucía", colmados de una muchedumbre de abigarrados colores, que vivía en el hormiguero de sus estrechísimas y empinadas calles construidas con escalones para facilitar la pendiente. Desde las ventanas, en vistosa policromía, las más íntimas prendas de ropa interior, colgadas en cordeles de un balcón a otro, le daban al ambiente un aspecto original, divertido, como de fiesta. . .

Al día subsiguiente llegamos a Roma, donde la Embajada se encargó de reservarnos los pasajes en el expreso Roma-París.

Mientras se hacían estos trámites, aproveché el tiempo para conocer, aunque muy superficialmente, la Ciudad Eterna, visitando sus ruinas y principales monumentos, fuentes, plazas y basílicas, como la de San Pedro y otros viejos templos plenos de tesoros de arte que perpetúan la genialidad del hombre.

No obstante que mi espíritu estaba dominado por la admiración de tanta riqueza artística, mi gran interés era conocer cómo eran las leyes y costumbres de esta nueva convivencia humana que los italianos se habían impuesto bajo el régimen fascista de Mussolini.

En las calles, desde luego, sus transeúntes se veían, además de bien vestidos, alegres y afables en su trato con los extranjeros y se comportaban con las mujeres con mucha galantería.

Abundaban los uniformados con las típicas camisas negras, pantalones cortos y una gran insignia roja en el brazo, que representaba el haz de varillas de los lictores romanos.

Sin embargo, lo que parecía original y curioso visto individualmente, se transformaba en un sentimiento de reprobación o desagrado cuando estos camisas negras marchaban con aspecto agresivo, en legiones de rígida disciplina; el brazo extendido como lanza, relucientes sus armas y emblemas, símbolos de la fuerza y poder del fascismo.

Me extrañó, dadas nuestras costumbres democráticas, que el numeroso público apostado en las veredas aplaudiera también disciplinadamente, sin que hubiera podido percibir una sola expresión de disgusto o desaprobación.

Esta fue para mí una lección; o más bien dicho, mi primera comprobación personal de hasta dónde podían las dictaduras totalitarias, como la fascista, imponerse para suprimir el derecho a discrepar propio de los hombres libres.

No existía local comercial, grande o pequeño, que no exhibiese en lugar destacado la imagen del Duce.

En los escasos días de mi permanencia en Roma, no tuve oportunidad de verlo en ninguna manifestación pública.

Los informes confidenciales de nuestra Embajada expresaban que Mussolini se había visto obligado a declarar la neutralidad exclusivamente porque a juicio del Estado Mayor Italia aún no estaba preparada para la guerra.

Estas informaciones se vieron pronto confirmadas, pues toda la prensa romana, dirigida en su totalidad por el Gobierno fascista, anunció con grandes titulares que Mussolini reorganizaba su Gabinete, hecho que por primera vez se iba a llevar a efecto desde su ascensión al Poder. El único cargo que se mantuvo fue el de su yerno, el Conde Ciano, Ministro de Relaciones Exteriores.

Este espectacular cambio de su Gabinete obedeció al interés del Duce de aparecer como neutral, para cuyo efecto retiró a todos los Ministros germanófilos de su Gobierno.

Por la estación de Lyon llego a París

El día 3 de noviembre de 1939, en el expreso de Roma, llegué con mi familia a París a la estación de Lyon, donde fui recibido por el jefe de Protocolo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, M. Lozé, y el personal de la Legación; entre otros, los consejeros Samuel del Campo y Roberto Donoso, los secretarios Carlos García de la Huerta y Pedro Eyzaguirre, el jurisconsulto don Alejandro Alvarez, los Agregados Militares César Arroyo y Santiago Robles, el Cónsul en París, Armando Marín, y el de Burdeos, Alfonso Fabres.

Nos instalamos con mi familia en la Legación, ubicada en la Avenida de la Motte Piqué, frente a la Explanada y al monumental edificio de los Inválidos, donde se levanta la majestuosa tumba de Napoleón.

El edificio de la Legación era la antigua mansión de la Princesa de la Tour d'Auvergne. De gran belleza arquitectónica, las paredes de sus recibos estaban guarnecidas con artísticas *boiseries* de fama en la capital gala.

P A R I S E N G U E R R A

París me recibió con una densa bruma y una baja temperatura, características de las temporadas invernales de Europa.

Por todas partes se veían soldados y regimientos que partían al frente.

Globos aerostáticos, que descansaban en las plazas y avenidas listos para ser elevados ante cualquier alarma de raids aéreos, se destacaban junto con la artillería antiaérea, ubicada en los edificios y terrazas, con las trincheras en los bosques y los numerosos refugios para protegerse contra las bombas y gases asfixiantes.

La Legación tenía su refugio propio en los sótanos del edificio, donde hubimos de descender apresuradamente con Miti y mis dos hijas en varias oportunidades bajo el lúgubre alarido de las sirenas y el estampido de las bombas que estallaban a lo lejos.

El oscurecimiento era total. Las ventanas, tanto de los edificios públicos como las de los privados, permanecían cubiertas de negros cortinajes que impedían la filtración de la luz. Cualquier descuido alarmaba a la Defensa Civil, que con pitazos estridentes y golpes en las puertas exigía la inmediata precaución de la oscuridad.

En más de una ocasión, por desidia de los empleados, fuimos severamente amonestados por tan peligrosa infracción.

Los teatros, espectáculos y restaurantes funcionaban normalmente hasta las once de la noche; después de esa hora, todo el mundo debía estar recogido en su casa.

Primera impresión de París

Para cualquier sudamericano que llegue por primera vez a Francia después de haber visitado los Estados Unidos de Norteamérica, es fácil comprender cuánta afinidad cultural, artística y espiritual nos une con el pueblo galo.

Cuando estuve en Estados Unidos quedé fuertemente impresionado

por el desarrollo urbanístico e industrial de esa poderosa federación de Estados. El maquinismo formidable de ese país, su actividad vertiginosa, tiene gran fuerza de absorción.

En Nueva York, cualquiera se siente "tragado" por esa monstruosa máquina y triturado enseguida por sus millones de engranajes, en continuo girar, que son tanto mecánicos como humanos. No es fácil determinar, en síntesis, dónde termina el hombre y dónde empieza la máquina.

En cambio, mi impresión al llegar a París, no obstante el ambiente de guerra que acabo de esbozar, fue de íntima satisfacción, como la experimentada cuando se llega a un sitio donde encontramos algo nuestro.

Desde el primer instante de mi arribo, París me dio una sensación de belleza y de plácido y acogedor ambiente, en contraste con la agitación enervante de la vida norteamericana. Y percibí de inmediato que la atmósfera humana de aquella ciudad era la misma de mi Patria.

La verdad es que parte de nuestra cultura la debemos a los filósofos, pensadores y escritores galos, que tanto influenciaron el desarrollo pedagógico y político de nuestro país.

Como político admiré siempre a Francia por su sentido democrático que posibilita la pluralidad de partidos y permite funcionar al régimen parlamentario, donde el Primer Ministro gobierna mientras cuenta con la confianza de la Cámara, y el Presidente de la República hace de supremo árbitro.

Si bien es verdad que, teóricamente, es una democracia ideal aquella en que sólo existen dos partidos: el que gobierna y el que fiscaliza, aquí la multiplicidad de partidos llegaba también a resultados ampliamente positivos.

Para nosotros, Francia es, sin duda, una constante lección de buen sentido y coordinación de voluntades disímiles. Su democracia es un organismo fuerte, capaz de eliminar vigorosamente los gérmenes nocivos de los extremismos de derecha e izquierda.

Para mí este espectáculo político y social que ofrecía Francia, asentado en sus principios de libertad, igualdad y fraternidad, y en la existencia de una poderosa y floreciente clase media, fue otra de las manifestaciones de afinidad coincidentes con nuestra vida política y social.

Primera conferencia de prensa

En la Legación se llevó a efecto la primera conferencia de prensa que ofrecí a los periodistas franceses y extranjeros, especialmente sudamericanos y norteamericanos, que asistieron en un número superior a veinte.

La conversación se desarrolló en una atmósfera de gran cordialidad y de mucha curiosidad por conocer antecedentes del Gobierno del Frente Popular y de la posición de Estados Unidos frente a la guerra.

En concreto, me interrogaron si era verdad que la crisis de Gabinete de Aguirre Cerda, ocurrida hacía pocos días, obedecía al rompimiento del Frente Popular, como ocurriera en Francia, antes de entrar en el conflicto armado con Alemania.

Les respondí que el Frente Popular chileno tenía gran consistencia unitaria, porque el eje del Gobierno era el Partido Radical, apoyado por socialistas y comunistas, aunque estos últimos no participaban en el Gobierno, y, además, estaba dirigido por la experiencia y habilidad política del Jefe del Estado, pues don Pedro Aguirre Cerda, estadista y verdadero líder, era respetado y querido por el pueblo y las fuerzas de izquierda.

Añadí que estaba en situación de informar que la crisis se había reducido al cambio del Ministro del Interior, mi apreciado amigo Pedro Enrique Alfonso, al Ministerio de Hacienda, cuyo titular, señor Wachholtz, había renunciado por motivos particulares y no políticos; que, fuera de éste, no se había reemplazado a ningún otro Ministro. Reconocí, y era cierto, que la oposición ejercitaba en Chile una despiadada crítica al Gobierno del Frente Popular, pues la derecha, al igual de lo sucedido en Francia, repudiaba con violencia los Gobiernos en que entraran en coalición las clases media y obrera.

Con respecto a mis impresiones sobre Estados Unidos, les manifesté que mi estada en esa nación me había permitido establecer interesantes contactos diplomáticos y gubernamentales, y sostener los primeros cambios de impresiones sobre su política internacional.

Para un observador imparcial —agregué— era fácil comprobar que la opinión pública americana se inclinaba casi unánimemente en favor de Francia e Inglaterra. Por otra parte, cada día crecía y se agrandaba la

figura de Roosevelt, lo que había inducido al Congreso a aprobar la ley que levantaba el embargo sobre las armas de los Aliados; y, lo que aún era más trascendental, que permitía la venta de armamento a Francia e Inglaterra sin restricción alguna.

Varios corresponsales a la vez, casi en coro, me preguntaron si los Estados Unidos se decidirían por entrar a la guerra.

Los dejé satisfechos al responderles con el testimonio del Embajador de Francia en Washington, Conde de Saint-Quintin, quien me había informado que aún existía una mayoría en la opinión pública partidaria de mantenerse en el clásico "aislamiento" de los norteamericanos, pero que, a su juicio, eso no duraría mucho tiempo, porque estaba seguro de que la guerra submarina sin discriminación desencadenada por Hitler iba a afectar la navegación de sus barcos y obligaría al Presidente Roosevelt a declarar la guerra a Alemania.

Me fue muy grato dejar constancia ante los periodistas franceses que el Embajador Saint-Quintin gozaba de un gran prestigio y generales simpatías en todos los círculos políticos, sociales y diplomáticos de Washington.

A una pregunta sobre las supuestas actividades de los elementos proalemanes, que llegarían a constituir una minoría beligerante, especialmente en el Sur de Chile, las desmentí de manera rotunda, sin dejar de reconocer que como descendientes germánicos pudieran tener simpatías por el país de sus antepasados. Pero la estructura étnica y democrática de Chile no admitía ese concepto racista de minorías, en vigencia en ciertos países europeos.

Cuando se me preguntó sobre las instrucciones que traía de Chile con respecto a Francia, contesté con absoluta franqueza: "Fomentar y estrechar las relaciones, especialmente las comerciales, que, por desgracia (hay que confesarlo), hasta ahora no son muy satisfactorias. Trataremos de encauzarlas en recíproco beneficio para ambos países, sobre todo en lo que se refiere a las exportaciones de salitre, cobre, hierro, frutas y granos, que Chile puede enviar a Francia".

La última pregunta estuvo dedicada con vivo interés a los refugiados españoles, los cuales, en número superior a cien mil, vivían en pésimas condiciones en varios campos de concentración, lo que constituía para Francia, en esos momentos de guerra, un grave problema, cuya solu-

ción estaría en la emigración de esa población flotante a América hispana.

Con mucha discreción, les confirmé que Chile había estado ayudando a los refugiados españoles, seleccionando aquellos que pudieran aportar técnicas para su desarrollo industrial; que el Gobierno esperaba conocer el comportamiento práctico de los primeros emigrantes llegados al país, para continuar nuevos embarcos, aunque la última catástrofe producida por un sismo que arruinó a más de tres provincias del Sur aconsejaba postergar tan humana tarea, hasta que el país pudiera reconstruir toda esa zona.

La conferencia de prensa fue transmitida a casi todas las capitales sudamericanas y norteamericanas y reproducida en todos los diarios de París.

CON UNA "PLANCHA" SE INICIA EN
PARIS MI ACTUACION DIPLOMATICA

El viernes 29 de noviembre de 1939, a las once de la mañana, presenté mis cartas credenciales al Presidente Lebrún, con la clásica ceremonia protocolar, que en los países europeos es mucho más estricta y espectacular que en América.

Con una severa e implacable tenida de chaqué, corbata de plastrón, sombrero de pelo, guantes blancos y un séquito de funcionarios de la Embajada, todos enfundados en la misma acartonada vestimenta, me dirigí, junto con el jefe de Protocolo del Quai d'Orsay, M. Lozé, en una hilera de autos ocupados conforme a jerarquía rumbo al Palacio Presidencial.

En el patio del Elíseo (Palacio oficial de los Presidentes de la República de Francia) estaba formada una compañía de la Guardia Republicana, con su bandera y una banda de músicos, que rompió con el Himno Nacional chileno, en un ritmo desesperadamente lento; pero no por eso dejó de emocionarme hondamente.

El introductor de diplomáticos acompañó a la comitiva al Salón de Actos, donde se encontraba el Presidente Lebrún acompañado de su Ministro de Relaciones y de los miembros de las Casas Civil y Militar de la Presidencia. Después de las presentaciones de estilo, debía proceder a dar lectura a mi discurso protocolar, que llevaba escrito en francés.

Por una de esas malas jugadas que nos depara casi siempre el noviciado en los cambios de actividad en que nos jugamos, olvidé llevar el discurso, que no podía improvisar; primero, por mis dificultades para decirlo en francés, y, segundo, porque la respuesta del Presidente Lebrún estaba ajustada estrictamente al tenor del mío.

Desesperadamente lo busqué en los bolsillos del chaqué, y, al no encontrarlo, eché una mirada hacia atrás, pidiendo auxilio a mi séquito de funcionarios, por si alguno de ellos lo hubiera llevado. Sólo recibí una levantada de hombros general.

Entonces, el Presidente Lebrún, al darse cuenta de lo que sucedía,



con la mejor de sus sonrisas y en amable y elegante gesto, introdujo la mano en el bolsillo interior de su chaqué, sacó la copia de mi discurso, que le había enviado para su contestación, y me la entregó...

Dejé de transpirar, y controlando mis nervios di lectura a mi disertación protocolar, esmerándome en dar a la pronunciación francesa la fonética más perfecta que me permitían los ensayos a que fui sometido en la Embajada por un profesor de La Sorbona.

Después de la lectura de los respectivos discursos, el Presidente me invitó a tomar asiento, y, por supuesto, mis primeras palabras fueron para agradecerle que me hubiera sacado de esa inconfortable situación en un acto tan solemne.

Entonces con extrema amabilidad me dijo:

—No es usted el primero, señor Ministro, que es víctima de este olvido, pues les ha ocurrido a muchos jefes de Misiones. Por eso es que he tomado la costumbre, junto con traer mi discurso de contestación, de echarme también al bolsillo la copia que se me envía.

Después de sostener una amena e interesante charla, en que el tema obligado fue la guerra y la estratégica ofensiva de paz de Hitler y Stalin, luego de repartirse Polonia, me declaró, cambiando su risueña fisonomía por una dura expresión: “Jamás Francia abandonará las armas para consumir el despojo de una nación amiga como Polonia. En esto está por medio el honor de Francia, señor Ministro”.

Le estreché afectuosamente la mano, diciéndole que sus palabras eran verdaderamente conmovedoras, le felicité por ello y procedimos a retirarnos.

Después deposité una hermosa corona de dalias con los colores nacionales en el Arco de Triunfo, donde fui recibido por el General Herbillon, Comandante de la Plaza de París, y luego de guardar un momento de silencio ante la tumba del Soldado Desconocido, pasé revista a la compañía de la Guardia Republicana que rendía los honores de ordenanza; enseguida me despedí del jefe del Protocolo y del General Herbillon, que nos acompañaran en la ceremonia.

En el Arco de Triunfo, acompañado por el General Herbillon, Comandante de la Plaza de París, y M. Lozé, jefe del Protocolo.

Al regresar a la Legación, el comentario obligado fue el percance del discurso y el simpático y oportuno gesto del Presidente de Francia.

El caso era digno de ser publicado, pero conociendo yo que la mordacidad de mis enemigos y opositores en Chile era capaz de transformar el gesto humano del Presidente en una escandalera por mi plancha diplomática, guardé discreto mutismo. Todos mis colaboradores mantuvieron igual discreción.

Sólo ahora hago pública esa *gaffe* y la recuerdo con gran complacencia; hasta, si se quiere, con risueña nostalgia...

Aquel hecho me sirvió también de lección. Cuando asumí la Presidencia de la República, y hube de actuar en la primera presentación de credenciales, me acordé de la sabia y previsora medida del Presidente Lebrún, y sin dar explicaciones a nadie ordené al Ministerio de Relaciones que cada vez que un representante diplomático acompañara su discurso de presentación de credenciales, se me enviara junto con mi respuesta, una copia de aquél.

Nunca se me presentó la oportunidad de auxiliar con la copia a algún Embajador o Enviado Extraordinario. Ningún novato del mundo diplomático, al parecer, fue acreditado durante mi Administración.

Capítulo V

PRESENTACION DE CREDENCIALES AL REY LEOPOLDO DE BELGICA

El martes 8 de enero de 1940 partí a Bruselas, acompañado de Miti y mis hijas Sylvia y Rosita, a presentar las cartas credenciales al Rey Leopoldo de Bélgica; y de ahí, enseguida, a la Gran Duquesa de Luxemburgo, soberana del pequeño Estado del mismo nombre.

Hicimos el viaje en automóvil, en pleno invierno y bajo una tormenta de nieve; el intenso frío hacía que en el camino se formara el peligroso *verglas*, (1) lo que nos hizo disminuir la velocidad a menos de veinte kilómetros por hora.

La primera impresión a nuestra llegada a Bruselas fue que nos encontrábamos en un pequeño París. Pero al recorrer la ciudad con más detenimiento, vimos en el estilo de sus principales edificios y monumentos un doble sello urbanístico, fiel reflejo de lo que es Bélgica: fruto político y social de dos razas diferentes y dos lenguas distintas, lo que es típicamente flamenco y lo que representa el carácter wallon.

En 1830, Bélgica se independizó de Holanda, con la que formaban un solo Estado: los Países Bajos. Es un país pequeño, sin fronteras naturales para defenderse de las naciones poderosas que la rodean. Ahora, en medio de la guerra declarada por sus vecinos fronterizos, se aferraba a la "neutralidad" para poder subsistir; pero la población civil, como pudimos comprobarlo, vivía con el miedo instintivo de una invasión por parte de Hitler.

La Plaza de L'Hôtel-de-Ville, (2) con la original arquitectura de su bello edificio y elevada torre, es el monumento que más me impresionó, junto con el Palacio Real.

A las once de la mañana siguiente me dirigí a Palacio, acompañado

(1) *Verglas*: capa de hielo delgada y deslizante que cubre el suelo.

(2) L'Hôtel-de-Ville: palacio donde funciona el Congreso Comunal, equivalente a nuestros Municipios.

por el jefe de Protocolo, el consejero Eduardo Cristi y el secretario Oscar Valenzuela, en impecables tenidas de frac, para hacer entrega al Rey de mis cartas credenciales. Una compañía de infantes nos rindió los honores correspondientes, mientras una banda militar irrumpía con el Himno Nacional de Chile.

Nos recibió el Ministro de Relaciones Exteriores, señor Spaak, destacado político, líder del Partido Socialista, quien nos acompañó, junto con el jefe del Protocolo, para ser presentados al monarca.

El Palacio Real es un suntuoso edificio aislado en medio de una gran plaza, lo que le da una majestuosa perspectiva. Su interior hállase guarnecido con los más finos y delicados tapices de la famosa escuela flamenca de los siglos XIII, XIV y XV, mientras un original mobiliario del país hace fuerte contraste con los enseres de estilo francés que se acostumbraba ver en los salones gubernamentales de París.

Spaak nos introdujo a la sala del soberano, que, de pie, nos aguardaba vestido con el uniforme de Gran Mariscal. De acuerdo con el estricto protocolo de esa Corte, esperé que Su Majestad me extendiera su diestra para estrechársela y hacer la entrega de las cartas; y luego, retrocediendo cinco pasos, sin dar vuelta la cara, iniciar la lectura de mi discurso.

El Rey Leopoldo me dio la impresión de extrema juventud, de casi un adolescente, cuyo rostro se iba tornando rojo a medida que avanzaba en mi lectura, lo que no dejó de causarme inquietud.

A continuación el Rey leyó su discurso de contestación; esto lo hizo enojecer de nuevo, aumentando mi intranquilidad.

Luego me invitó a tomar asiento al centro de la sala, donde intercambiamos opiniones; se interesó por conocer la marcha y el funcionamiento del Gobierno de don Pedro, con la colaboración socialista; era una combinación parecida a la que él tenía, de centro-izquierda, pero sin apoyo comunista.

Por mi parte, me interesé en saber su opinión acerca de los temores de las Cancillerías europeas, particularmente de Francia, de que Bélgica pudiera ser invadida por Alemania. Me contestó categóricamente que no mantenía duda alguna de que la neutralidad de su país sería respetada por Hitler, pues éste habíale dado de manera personal amplias seguridades de respetar la soberanía del territorio belga.

Terminado el acto —con parecidas ceremonias a las que tuve a mi llegada—, volvimos a nuestra residencia a cambiarnos de indumentaria para asistir a una conferencia con el Ministro señor Spaak, la cual debía realizarse horas después.

La conferencia con Spaak

Spaak nos recibió en la Cancillería con afecto y sencillez. Tenía cabal opinión del futuro desarrollo industrial de Chile y demás países hispanoamericanos, lo que, a su juicio, permitiría un intercambio más estrecho con los centros industriales europeos, y entre ellos el belga, complementándose. Además, se mostró muy interesado por conocer el comportamiento de los comunistas chilenos con el Partido Socialista, y de cómo funcionaba el Gobierno del Frente Popular, roto en Francia en esos momentos.

Impuesto de mi visita de reciente data a los Estados Unidos, me sometió a vivo interrogatorio. Me pareció que él, en el fondo, estaba destinado a inquirir con lujo de detalles cuál era el grado de simpatía de los americanos por los Aliados y la posibilidad de que ese país pudiera entrar a la guerra en un próximo futuro.

Di respuesta a sus preguntas en la forma más completa que pude, buscando la oportunidad, a mi vez, para saber su opinión respecto a si Bélgica lograría mantener su neutralidad y escapar a la virtual amenaza de invasión.

Me contestó con mucha naturalidad, seguro de no traicionar su pensamiento, que a pesar de las seguridades que Hitler le había dado al Rey Leopoldo de respetar las fronteras, él, en su fuero interno, sentía una profunda desconfianza de la palabra del Führer.

—En todo caso —me agregó—, Bélgica está preparada militarmente para defender su independencia hasta sus peores consecuencias.

Ya de pie, para despedirme, llevado por la cordialidad y extrema confianza con que me había distinguido, le confesé mi curiosidad por saber las causas del sonrojo del Rey, mientras yo daba lectura a mi discurso, confiándole que esto me había puesto muy nervioso. A mi indiscreta pregunta, me contestó, sonriente, que era una reacción natural del Rey, que conservaba desde niño, sin que hubiera podido eliminarla.

P R E S E N T A C I O N D E
C R E D E N C I A L E S
A L A G R A N D U Q U E S A D E
L U X E M B U R G O

El carácter de intimidad en que se desarrollaron nuestras conversaciones con el Ministro señor Spaak, me inspiró la confianza suficiente para hacerle partícipe de otra honda preocupación: las excesivas –para mí– y extrañas exigencias del Protocolo del Ducado de Luxemburgo. Debía presentarme al día siguiente ante la Gran Duquesa Carlota, y por eso me permitía apelar a su experiencia y conocimiento personal de esa Corte, para que me proporcionara algunas informaciones, especialmente aquellas personales de la Gran Duquesa.

Spaak me dijo sonriente:

–No tenga, señor Ministro, ninguna aprensión. La Gran Duquesa es una mujer de extraordinario encanto y sencillez. Lo recibirá a usted rodeada de sus damas de honor y su Ministro de Relaciones, mi querido amigo Rolando Beck. La Gran Duquesa no tiene complejo alguno: no se sonroja ni palidece cuando oficialmente se dirigen a ella. –Y agregó: En lo que sí la Corte es severa es en el rito del besamanos. Yo telefonaré al Canciller para que destine al Gran Chambelán a fin de que lo instruya a usted en la forma, tiempo y distancia como deberá proceder en esa oportunidad.

Esta última recomendación, debo confesarlo, me dejó preocupado; porque en nuestras costumbres democráticas no estamos habituados a practicar tan galante como versallesco rito.

Mi segunda "plancha" diplomática

El Gran Ducado de Luxemburgo es un pequeño país de Europa Occidental, enclavado entre Francia y Alemania, y es, geográficamente, una prolongación de Bélgica. Su superficie es de 2.587 kilómetros cuadrados, con una población superior a 305.000 habitantes. Su capital es Luxemburgo, con 78.000 habitantes, residencia de los Gran-

des Duques y su Gobierno. Mitad francesa y mitad alemana, la población habla el francés, el alemán y el patois,(1) que es el lenguaje de los campesinos.

El país cuenta con una gigantesca industria siderúrgica, donde se fabrica un acero de gran fama en Europa, junto con otras fábricas importantes, como las textiles.

Su capital es muy antigua; data de los tiempos de los romanos y de los francos. Ocupada por los franceses en la Edad Media, fue admirablemente fortificada por el célebre ingeniero militar Vauban en el año 1684. Se conservan algunos monumentos de la ciudad antigua, como Notre-Dame, la Iglesia Saint-Michel y el viejo Hôtel-de-Ville, hoy Palacio Real del Gran Ducado.

En este último me correspondió presentar mis credenciales a la Gran Duquesa Carlota.

¡Quién iba a imaginar que en uno de los países más pequeños del mundo encontraría el más grande, complicado y ceremonioso protocolo, que fue la causa de mi confusión y de que incurriera en una segunda *gaffe* diplomática!

El Ministro de Relaciones, señor Beck, finísimo y amable Canciller, tomó con gran interés mi preparación para esta ceremonia, impuesto por su colega Spaak que yo era un diplomático recién iniciado. Encargó al Gran Chambelán del Palacio Ducal que guiara mis pasos y me pusiera al corriente de todas las sutilezas reglamentarias del protocolo.

Me sometí gustoso a los deseos del Gran Chambelán, antiguo y experto director de la Corte y de la vieja nobleza del Ducado, para que con el concurso de una agraciada secretaria ensayáramos las reverencias protocolares y especialmente el rito del besamanos.

Después de un corto ensayo, el Gran Chambelán se mostró satisfecho con el progreso de su "aventajado alumno". Pero se olvidó de una cosa: que desde la llegada al Palacio, hasta arribar a la presencia de la Gran Duquesa, debía pasar por cuatro suntuosas salas, siendo entregado de un chambelán a otro, hasta ser recibido, al término de ese desfile, por el Canciller señor Beck.

(1)Patois: lenguaje popular, bizarro e incorrecto.

Ignorante de tales estaciones previas por los lujosos salones del Palacio, cuando se abrieron las puertas del primer salón y vi, en el fondo, a una hermosa y joven dama elegantemente vestida de blanco, tal como se me la había descrito, acompañada por varias otras y de algunos personajes de relucientes uniformes, me detuve en el umbral de la puerta, hice una ceremoniosa venia y me lancé a cumplimentarla con el besamanos tras una segunda reverencia. Ya me había ubicado frente a ella, cuando el Gran Chambelán me dio alcance y, tocándome el hombro, me dijo:

-Pas encore, monsieur le Ministre. Sa Majesté la Grande Duchesse vous attend dans les prochaines salles(1).

Rojo de vergüenza, me impuse de que esas damas de la Corte por curiosidad se habían colocado en esa sala para verme de cerca. Seguramente creyeron que iban a entretenerse con la presencia de un Plenipotenciario indígena de la América morena, vestido con pieles y vistosas plumas erigidas en la cabeza.

Restablecido el interrumpido itinerario protocolar que provocó mi equivocación, se abrió, por fin, la puerta de la Gran Sala de Honor, donde de pie, y luciendo un lujoso atuendo, apareció la bella y joven figura de la Gran Duquesa, rubia, de celestes y profundos ojos, los que daban mayor esplendor a su majestuosa y esbelta figura.

Me detuve en el umbral, y ceremoniosamente me incliné: avancé hasta quedar frente a frente a Su Majestad, y luego de una nueva y protocolar reverencia, ella me extendió su diestra, que yo recibí con delicadeza, rozando apenas con mis labios las últimas falanges de sus blancos y finos dedos.

A continuación, le hice entrega de las cartas credenciales, y, manteniendo la vista de frente, retrocedí sin volver la cara, para empezar la lectura de mi discurso protocolar, que la Gran Duquesa a su vez me contestó con su voz deliciosamente impostada y en un correctísimo y clásico francés.

Pasado este embarazoso trance tuve el privilegio de que la Gran

(1) "Todavía no, señor Ministro. Su Majestad la Gran Duquesa os espera en las próximas salas."

Duquesa me dedicara a continuación cerca de media hora de amena conversación sobre diversos y variados temas.

Cultísima y de verdad inteligente, logró conquistar mi admiración por el conocimiento profundo que tenía de Chile, de nuestras costumbres, política y vida social, como igualmente de todos los países sudamericanos. Este hecho contrastaba con la ignorancia supina existente en Europa, aun en los círculos oficiales y diplomáticos, sobre América latina y sus pueblos, a quienes confunden o ignoran en tal forma, que sacan de quicio al espíritu más indulgente.

Al hacerle una pregunta relacionada con el riesgo que corría su país en medio de dos colosos en guerra, me contestó con mucho orgullo:

—Todavía, señor Ministro, nos damos el lujo de no tener presupuesto de guerra ni ejército, porque esos dineros están destinados a la educación del pueblo.

Fervorosa católica, como casi todos los habitantes de Luxemburgo, terminó diciéndome:

—Nuestro destino está sólo en las manos de Dios.

En el teatro de la guerra estática

Terminada la ceremonia con el mismo impresionante aparato escénico, el Ministro señor Beck me propuso visitar la aldea de Remich, en la frontera que mira hacia Francia y Alemania, donde se estaba desarrollando en esos momentos un intenso duelo de artillería, que hacía estremecer la tierra.

Acepté gustoso la invitación para ver tan extraordinario acontecimiento de la guerra. Llegamos a esa aldea, ubicada al borde del río Mosela, a eso de las tres de la tarde. Desde una colina se podían divisar las líneas de las fortificaciones alemanas y francesas, y, con ayuda de los gemelos, las trincheras abiertas a corta distancia las unas de las otras.

El cañoneo era intenso, y las ráfagas que atronaban los campos y las montañas sembraban el terror en las aldeas y pueblos circundantes.

Mientras escuchábamos las explicaciones con que nos ilustraba el señor Beck sobre lo que estábamos viendo, nuestras hijas Sylvia y Rosita, con la curiosidad e inconsciencia de su corta edad, burlando nuestra vigilancia se aventuraron a bajar la colina para alcanzar el cercano puente sobre el Mosela, atraídas por los bloques de hielo que

flotaban en las aguas del inmenso río. Los alemanes tenían horquillado con sus baterías dicho puente para impedir su tráfico. Con grandes gritos de alarma, los aldeanos se abalanzaron sobre nuestras hijas para obligarlas a volver a la colina que estaba libre del fuego alemán, por encontrarse en territorio de Luxemburgo.

Fue en realidad una impresionante experiencia presenciar desde el borde mismo del semicongelado Mosela, que separa a Francia de Alemania y a ambas de Luxemburgo, un episodio del teatro de la "guerra estática", caracterizada porque los ejércitos enemigos no salían de sus trincheras en ofensivas, sino que dejaban a los cañones de las fortificaciones el dar la sensación al mundo de que se estaba en guerra.

Los parisienses, con sentido irónico, llamaban a este período de las operaciones bélicas *drôle de guerre*. (1)

¡Debemos a la gentileza del Canciller Beck haber comprobado desde Remich tan original manera de batallar de dos ejércitos enemigos!

Hacia apenas cinco minutos que el grupo había dejado la colina que nos servía de observatorio, cuando vimos, con estupor, saltar por los aires el puente que mis hijas pensaban alcanzar. Un certero impacto de las baterías alemanas lo hizo trizas.

¡Fue la sorpresa final que nos deparó nuestra curiosidad por los acontecimientos bélicos!

(1)*Drôle de guerre*: Apelativo que se traduce por "guerra extraña".

SOY RECIBIDO EN EL
QUAI D'ORSAY

De regreso de Bélgica y Luxemburgo, mi primera audiencia fue en el Ministerio de Relaciones Exteriores, que funcionaba en un majestuoso edificio, a un paso de nuestra Legación, ubicado en uno de los costados de la Explanada de los Inválidos, y que en París se conoce con el nombre de *Quai d'Orsay* debido a que se levanta a orillas del Sena sobre el malecón del mismo nombre. Su fachada es bella y de elegantes líneas.

El despacho del Ministro y sus salones de recibo eran de gran suntuosidad, con paredes revestidas de *boiseries*, decoraciones, cortinajes y tapices, en armoniosa conjunción con el amoblado, en el que se destacaban los estilos del arte de los Luises y del Imperio napoleónico.

De sus muros habían sido retiradas, en esos días, telas de los más renombrados pintores europeos, todas ellas reputadas como obras maestras, para protegerlas de cualquier riesgo de daño o destrucción debido a las características de la guerra actual. Por ello, se guardaron secretamente en algún lugar de la República. ¡Previsora medida!

Estaba absorto, admirando la belleza de unos gobelinos con temas pastoriles, cuando un secretario me condujo al despacho de M. Charpentier de Ribes, que reemplazaba a Daladier como Ministro titular de Relaciones. Después de un cambio de protocolares saludos, impuse al Ministro de la finalidad de mi visita, que no era otra que solicitar del Gobierno francés que dejase en libertad un barco yugoeslavo detenido en Casablanca por la Armada francesa. Llevaba un cargamento completo de salitre de Chile a Egipto, y las autoridades de aquel país, llevadas por un excesivo celo fiscalizador en el bloqueo, sospechaban que tan codiciado material de guerra tuviera por destino Alemania.

Le aseguré que dicho salitre lo había comprado Egipto para la agricultura, y al cual Chile desde hacía muchas décadas proveía de este fertilizante para las cansadas tierras alejadas del cauce del Nilo.

El Ministro, en una actitud extremadamente amable, recibió el memorándum escrito que le llevaba para ratificar mi petición; y sin previa

consulta, bajo la fe de mi palabra, dio la orden para que se dejase en libertad al barco. Para esto la Corporación de Salitre de Chile se comprometía a enviar a Túnez la documentación necesaria para acreditar que el cargamento de salitre iba a Egipto y no a Alemania.

Agradecí efusivamente al ejecutivo Ministro, en nombre de mi Gobierno y en el mío propio, la confianza dispensada al hacer honor a mi palabra, como igualmente la rápida decisión para que el barco pudiera continuar su ruta.

Al abandonar el Quai d' Orsay, me dirigí hacia la Legación, y como iba a pie, no pude dejar de detenerme frente a la Explanada de los Inválidos para contemplar esa bella faceta de París, blanco en esos instantes bajo una capa de nieve, mientras el sol iluminaba la rotonda de los Inválidos, tumba de Napoleón; todo ello en armónica perspectiva con el monumental puente de Alejandro III y el Petit y Gran Palais, al otro lado del Sena.

Al experimentar tan agradable sensación de belleza creada por la mano maestra del hombre y de la naturaleza, sentí que París "ya me había cautivado". Y comprendí entonces el cabal significado del verbo *flâner*,⁽¹⁾ que usan los parisienses para expresar el agrado de pasear por las calles o los bulevares de su bella capital, sin rumbo y sin objeto, dominados sólo por la estética ambiental que trasunta cada rincón de la Ciudad Luz...

(1)*Flâner*: Etimológicamente de origen desconocido, pero que en Francia se emplea con la acepción de "caminar sin rumbo fijo y ocupar en ello el tiempo libre": callejear.

CON EL PRESIDENTE DE LA
CAMARA DE DIPUTADOS

Entre mis compromisos protocolares figuraba la visita al Presidente de la Asamblea Nacional (Cámara de Diputados), el eminente repúblico y escritor Eduardo Herriot.

En una fría mañana, concurrí al Palacio Bourbon, que así se llama el edificio donde funciona la Cámara de Diputados y que es uno de los más bellos monumentos arquitectónicos del viejo París. Está ubicado en el barrio más suntuoso de la capital: la Plaza de la Concordia, sin rival en el mundo entero.

La perspectiva que esta plaza ofrece es incomparable. De un lado se encuentran la célebre Avenida de los Campos Elíseos y el Arco de Triunfo, modelados por el más grande urbanista europeo del Segundo Imperio, el Barón de Haussmann. Es aquí donde el mundo elegante de ese entonces levantó sus residencias de lujo para opacar a la antigua nobleza gala.

Sus bellos edificios exhiben una galana uniformidad de elevación y están bordeados con frondosas arboledas de castaños, de simétrica ubicación en los verdes jardines.

Los Campos Elíseos son el paseo favorito de los parisienses, que gustan disfrutar del ambiente cosmopolita del "Gran Café", con sus grandes espejos, donde se refleja el día entero un mundo abigarrado e inquieto, en busca de un negocio o de una aventura...

La belleza femenina, desde la chica de dieciocho años hasta la dama de sesenta, luce aquí sus más coquetas toillettes y sus más caprichosos sombreros trepados en la cumbre del peinado.

La guerra, con su tremenda sacudida, también había influenciado en lo más femenino de su sentir: la moda; y así recibían a esa primavera de 1940 ataviadas con charreteras y cordones dorados, como cualquier uniformado.

La Avenida de los Campos Elíseos, a través de la Plaza de la Concordia, enlaza, además, con los ornamentados y graciosos jardines de las Tullerías, que exhiben a su entrada dos pares de grupos de caballos,

colocados *vis-à-vis* de los famosos de Coustou, llamados también de Marly, por provenir del castillo del mismo nombre, y que abren la incomparable perspectiva a la ya citada Avenida de los Campos Elíseos, de fama universal.

El Palacio Bourbon que visitamos, hace *pendant* con la célebre Iglesia de la Magdalena, al final de la Rue Royale, y con las dos majestuosas fachadas del Ministerio de Marina y del Hotel Crillon, en las que se destacan sus sobrias columnatas de estilo corintio.

El Palacio Bourbon está unido a la Plaza de la Concordia, a través del Sena, por el viejo puente del mismo nombre y en perspectiva directa; además, con el Obelisco Luxor, traído de Egipto por Napoleón, y dos gigantescas fuentes. Cierran esta hermosa lejanía arquitectónica del Palacio ocho hermosas estatuas de elevados pedestales, que simbolizan las principales ciudades de Francia.

No hay duda que, de todas las maravillas de París, ninguna impresión más al extranjero que este conjunto urbanístico unido por el romántico Sena, y donde alza su frontispicio de doce imponentes columnas el histórico Palacio Bourbon.

Aquí, en el corazón de la antigua Lutecia, me recibió el Presidente de la Cámara, Monsieur Eduardo Herriot, brillante parlamentario y jefe radical, dotado de mucha simpatía y extraordinario talento. Artista por inclinación temperamental, de prodigiosa cultura, servía con aquel bagaje a su memoria privilegiada, abierta a todas las ideas, ya fuera como estadista, escritor, historiador, crítico musical y literario.

Sus creaciones literarias, como *Madame Recamier y sus amigos*, *Filon el judío*, *En el bosque normando*, *Vida de Beethoven*, *La porte océane* y su última obra, *Orígenes de la libertad*, que me obsequió con una amable dedicatoria, justificaban la fama y popularidad de que gozaba, no sólo en Francia, sino también en todos los círculos intelectuales del mundo occidental.

Orador de gran elocuencia, no sólo por la impostación que daba a su voz, sino por las imágenes poéticas que le inspiraban las creaciones del genio grecolatino, sabía traducir como nadie sus ideas y emociones al embelesado auditorio.

Al imponerse de que su visitante diplomático era un político radical de reciente y activa participación militante, me recibió como a un viejo y

conocido "correligionario" suyo: amable, regocijado, obsequioso. La identidad de nuestra ideología política y la similitud de nuestras trayectorias en ese campo, jefes ambos del Partido Radical en nuestros respectivos países, promotores y mantenedores del Frente Popular —uno en Francia y el otro en Chile—, rompieron inclusive todo vestigio protocolar, para entrar en íntima y amena charla, de intenso contenido político, filosófico e internacional.

Como el tiempo había transcurrido rápidamente, sin que nos diéramos cuenta, sobrepasando el horario de compromisos que le esperaban en la Cámara, nuestra conversación fue bruscamente interrumpida al advertírsele al señor Herriot que estaba retrasado en media hora para presidir una sesión de comisión parlamentaria.

Al despedirse, me dijo:

—Señor Ministro, yo deseo ser su amigo; y como usted ha mostrado tanto interés por conocer a fondo lo que es el radicalismo francés y sus principales líderes, y además las causas del rompimiento del Frente Popular, si usted no tiene otro compromiso, lo invito para el sábado próximo a las seis de la tarde, a mi residencia, al lado de esta casa, en *petit comité*, (1) con Daladier, Chautemps, Bonnet y otros correligionarios, a tomar un *vin de l'amitié radical*.

Emocionado, abracé al "correligionario" Herriot, para agradecerle la espontaneidad de su invitación, que me colmaba de alegría, y que al rodar de los años recordaría con espiritual orgullo.

Le vin de l'amitié radical

Contiguo al Palacio Bourbon y separado apenas por un macizo de vistosos y bien recortados arbustos, está el *Hôtel du Président de la Chambre*, (2) donde fui recibido por el Presidente Herriot, para compartir en *petit comité*, el *vin de l'amitié radical*, con los principales líderes del radicalismo francés.

Entre los asistentes recuerdo, por sus interesantes declaraciones, además del anfitrión, a Eduardo Daladier, Camille Chautemps y Georges Bonnet, todos ex jefes del partido.

(1) *Petit comité*: Reunión íntima.

(2) Residencia de los Presidentes de la Cámara de Diputados.

Pocas veces en mi vida me ha impresionado más oír de labios de hombres en realidad inteligentes y de cultura superior, un lenguaje que tocara en lo más íntimo mi ideología y espíritu radicales. Fue éste un encuentro que me hizo descubrir la identidad de principios, finalidades, sentimientos, medios de acción y hasta tendencias que a veces desfiguraban el radicalismo chileno.

Pero el radicalismo francés mantenía, por su experiencia, a pesar de todo, una clara superioridad, desde luego de origen histórico, que se hacía sentir a través de la elocuencia de sus líderes.

El radicalismo francés es hijo de la Gran Revolución, y nació en el Grupo de los Jacobinos, de quienes son sus herederos directos. Estos, que tenían como maestro a Juan Jacobo Rousseau, se reunían, en 1790, presididos por Mirabeau, en un local del Convento de los Jacobinos, así llamados vulgarmente los monjes dominicos.(1)

Por la trascendencia de las opiniones, vertidas con tanta claridad y contenido por estos altos personeros, he tratado de resumir lo que a continuación expresaron, según lo recuerdo:

—La Dictadura y el Terror no pertenecen a la doctrina jacobina, y fueron impuestos por las circunstancias irremediables, por la amenaza y resistencia de la nobleza o por el caos o la debilidad de las masas —manifestó enfáticamente el jefe indiscutido del radicalismo francés, Eduardo Daladier, máxima autoridad política en esos momentos históricos en que vivía Francia. —Y agregó—: Nuestros adversarios han tratado de representar a los jacobinos, desde la Restauración, como fanáticos inhumanos, primarios, declamadores demagógicos. Nada más injusto...

Herriot, con su inmenso bagaje de cultura y erudición, expreso:

—Los jacobinos tuvieron la visión y el buen sentido de querer, a través de una política de masas, propia de aquel momento, realizar todas las reformas necesarias para colocar las instituciones políticas y sociales de acuerdo con la moral popular. —Y añadió sentenciosamente—: El pensamiento profundo del jacobino —vigente hoy— es aquel que hizo inscribir

(1)Fueron llamados así porque los monjes dominicos tuvieron su primera casa en la calle de San Jacobo. Tampoco el grupo de los "revolucionarios" que en 1789 comenzaron a reunirse allí adoptaron ese nombre, sino el de *Club Bretón*; fue la opinión pública la que les impuso el de *Club de los Jacobinos*.

en la Constitución de 1793: *que una generación no puede someter a sus leyes a las generaciones futuras.*

—Por eso, señor Ministro —continuó diciéndome Daladier—, el radicalismo es, ante todo, un estado de espíritu, un conjunto de concepciones morales sobre la vida, el Estado y la sociedad, que no impone ningún régimen, método, ni ninguna mira sistemática sobre el curso de las cosas. Sólo expresa el deseo de colocar a la sociedad de acuerdo con la moral. Siendo su actitud moral la más difundida de Francia, el radicalismo se dirige a la totalidad de los franceses.

“La fe en el progreso social es el centro del pensamiento radical. Nosotros no podemos resolvernos a considerar como inmutable una sociedad en la cual tantas injusticias se cometen o pueden cometerse; donde la ignorancia y el espíritu de dominación son aún tan poderosos.

Fue en ese instante cuando el brillante líder Camille Chautemps intervino para reafirmar el concepto jacobino del rol social de la propiedad, pero dejando constancia de que los principales oradores de la Revolución, como Mirabeau y Robespierre, defendieron su naturaleza y legitimidad. Para ilustrar su aserto, afirmó:

—Este concepto de la propiedad se arraigó más con el desarrollo y crecimiento de la clase media, cuyos sentimientos e intereses los interpreta el radicalismo.

Georges Bonnet, con su autoridad y bien ganada fama de estadista, hizo resaltar que la pequeña y mediana burguesía francesas eran republicanas, laicas y obstinadamente anticlericales; poco disciplinadas en el Gobierno, aunque no se resignaban a la idea de quedar mucho tiempo fuera del Poder.

—En un mundo en plena subversión de valores, son los radicales de corazón y espíritu, herederos de los auténticos jacobinos, quienes se ponen a la cabeza de la lucha social, para que Francia no vaya hacia la restauración del antiguo orden, ni hacia un orden utópico, antirrepublicano y totalitario —intervino Herriot. —Y agregó—: Será un gran error de nuestra parte dejar a los marxistas, con su ideología totalitaria, arbitrar esta batalla por el dominio político mundial. Nada impedirá, estoy seguro, que este nuevo orden sea creado, pero depende de nosotros ayudarlo a manifestarse en un clima de paz, libertad y republicanism.

Acto seguido, me pidió que hiciera algunas consideraciones sobre lo que era el radicalismo chileno, su evolución y extraordinarias coincidencias y afinidades con el francés, especialmente en su inmovible posición republicana y democrática.

Relaté la última experiencia que había tenido como presidente del Partido Radical, en forma por demás breve, hasta la conquista del Poder y proclamación de don Pedro Aguirre Cerda como Presidente de Chile. Después les pedí que me ilustraran sobre las causas que habían provocado la ruptura del Frente Popular en Francia, y cuál había sido, en verdad, la experiencia de tal unión.

El mismo Herriot me respondió:

—Señor Ministro, a todos los aquí reunidos, cuál más, cuál menos, nos ha tocado la dura responsabilidad de dirigir al radicalismo francés y, en consecuencia, somos veteranos de tal experiencia con el Partido Comunista.

“Los comunistas, hasta el año 1935, practicaban su táctica de clase contra clase, desencadenando en la calle, en la fábrica, en el taller, su odio y sectarismo contra la social democracia y haciendo profesión de fe de la patria soviética.

“Después del Pacto Franco-Soviético y del VII Congreso de la Internacional Comunista de Moscú, se produjo un profundo cambio, siendo ellos los primeros en unirse a nosotros para organizar el Frente Popular, bajo las consignas repetidas de los militantes comunistas: “Los radicales al Poder”, “Daladier al Poder”, oportunista propaganda que disgustó, naturalmente, a los socialistas.

—La verdad es —agregó Daladier— que los comunistas se han transformado en tal forma, que ahora actúan como resueltos republicanos, demócratas y hasta conservadores. En su fanático delirio por seguir la línea trazada por el Komintern y llegar a la unión nacional para contener el fascismo, proponen la política de “la mano tendida”, inclusive a los católicos más derechistas.

“En 1936, el Frente Popular obtuvo, así, una detonante victoria electoral al conquistar el Poder, y fue León Blum quien asumió la presidencia del Consejo, como Premier.

“La amistad radical-comunista era cada vez más estrecha hasta el momento, poco antes de estallar la guerra, en que Stalin pactó con

Hitler, dando un golpe de gracia a los comunistas franceses y a los del mundo entero, que de enemigos a muerte y jurados de Hitler, de la noche a la mañana se transformaron en dóciles y flamantes aliados.

''Fue desgarrador para muchos dirigentes comunistas franceses ver reproducidas en las páginas de la prensa las fotografías cuando Stalin prende en el pecho del representante de Hitler la más alta condecoración soviética, después que éste ahogara en sangre al Partido Comunista alemán.

''Pero el fanatismo comunista, al igual que el fascista, sólo es comparable con las más negras y abyectas persecuciones religiosas del sectarismo medieval.

''Repuesto del golpe (a pesar del vergonzoso viraje), el comunismo francés se alinea al lado de Rusia y en contra de Francia. Vota contra las leyes de la defensa nacional; defiende la invasión y reparto de Polonia y ataca nuestra declaración de guerra, favoreciendo la posición del Führer.

''Sólo una decena de diputados comunistas y también algunos intelectuales, como Romain Rolland y el profesor de energía atómica Paul Rongeven, expresaron su desacuerdo y solidarizaron con su patria.

''Pero dirigentes como Maurice Thorez, Jacques Duclos, Marcel Cachin y Dimas, fieros combatientes antifascistas que encontraban indulgentes y blandos a los socialistas y radicales para combatir al nazismo, con embarazosos argumentos y en cómplice obstinación defendían la perfidia traidora de Stalin, no obstante la amarga desilusión que en la masa obrera producía esta puñalada clavada en la espalda de Francia.

''Me correspondió a mí —continuó con énfasis Daladier— tomar la tremenda responsabilidad, en mi carácter de Primer Ministro del Gobierno francés, de pedir la disolución del Partido Comunista, por constituir una secta extranjera, y la inhabilitación de sus diputados, a excepción de aquellos que se declararon públicamente contrarios a la línea soviética.

''El Destino, señor Ministro, tiene sus amargas y paradójales jugadas. Yo fui proclamado por los comunistas como el candidato indicado para tomar el Poder; cuando lo ocupé tiempo después, elegido por ellos mismos, me correspondió, en defensa de los supremos intereses de

Francia, quitarles la ciudadanía francesa, procesarlos por alta traición y separarlos e inhabilitarlos como miembros del Congreso Nacional.

Herriot puso fin al dramático relato, envolviendo irónicamente en una moraleja política el sometimiento fanático de los comunistas, al decir:

—Para andar con los comunistas y aceptar su compañía en cualquier empresa, es prudente, es de elemental prudencia, conocer previamente cuál es el pensamiento del amo ruso, para no ser sorprendido o traicionado por los satélites dependientes del Kremlin.

¡Visionaria profecía que me iluminó más tarde cuando aventuré con los comunistas dar Gobierno a la República!

MI VISITA AL PRESIDENTE
DEL SENADO

Antes de realizar la rueda de visitas protocolares a los jefes de Misiones Diplomáticas acreditadas en París, me correspondió saludar al Presidente del Senado, Monsieur Jules Jeanneney, de gran prestigio y respetabilidad, haciendo honor a la tradición histórica de la más alta Corporación del Estado francés.

El Senado de Francia, de severos hábitos políticos, funciona en el famoso Palacio de Luxemburgo, que se levanta en la margen izquierda del Sena. Su amplia y suntuosa edificación data del siglo XVI.

El paisajista Jacques de Brosse, con verdadera maestría, diseñó el inmenso Parque de Luxemburgo, el más romántico y hermoso de París. Este mismo artista ideó y construyó la maravillosa Fuente de Médicis, que con atinada gracia la encuadró en una bella y larga represa de límpidas aguas.

Este paseo público de París está destinado a honrar, con monumentos y bustos, la memoria de artistas y escritores franceses modernos.

Monsieur Jeanneney me recibió con marcada fineza en su fastuosa sala presidencial, pero sin poder disimular la contrariedad, dibujada en su rostro, por la noticia recién recibida sobre los avances rusos en Finlandia. Culpaba de ello a la falta de decisión del Parlamento para exigir del Gobierno una guerra a la ofensiva, con envío de tropas para defenderla.

—Los rusos —expresó firmemente— no pueden cometer esta nueva felonía con el silencio y tolerancia de Francia. Ya tenemos bastante con la desaparición de Polonia. Lo que pasa es que entre nosotros hay gente que prefiere Hitler a Stalin; y otros, al revés, creen como más peligroso para la Humanidad el fascismo racista de Hitler que la “dictadura del proletariado” de los comunistas. La verdad, *Son Excellence*, es que uno no sabe dónde elegir después del viraje traicionero de Stalin.

Me evitó tener que opinar ante tan candentes como ásperas reflexiones políticas la intempestiva presencia del secretario de la Corporación.

quien le anunció el término de la hora de la audiencia y el próximo comienzo de la sesión de ese día.

En el acto me puse de pie; le agradecí el honor y la confianza que tuvo de hacerme partícipe de tan hondas preocupaciones; lo felicité por su ardor patriótico e idealista, y formulé en nombre de Chile, de su Presidente y del mío propio, los mejores votos por el triunfo de las armas de Francia, que para el mundo era el triunfo del Derecho sobre la fuerza y de la libertad sobre la tiranía de los pueblos y de los hombres.

Monsieur Jeanneney amablemente me acompañó hasta la puerta, y al tomar mi automóvil, me quedé admirando la belleza del inmenso parque, vestido de blanco con la nieve caída en la noche y donde se destacaba de manera particular la columna revestida de arte y de gracia que enfrenta el viejo Palacio de Luxemburgo.

Capítulo X

EN PLENO TORBELLINO POLÍTICO CHILENO

En respuesta a mis continuas comunicaciones confidenciales sobre la situación europea y el curso de la guerra, don Pedro en sus cartas se desahogaba contándome las tremendas dificultades que le presentaban no sólo los partidos de derecha que estaban en la oposición, sino los propios partidos de Gobierno, no estando exento el Partido Radical, cuya directiva le provocaba graves crisis de Gabinete, al desconocer sus prerrogativas constitucionales para designar Ministros. Los comunistas, que fueron dejados fuera del Gobierno, nunca perdonaron a don Pedro esta medida visionaria, y aprovechaban cualquier oportunidad para lanzarle violentos ataques que reproducía la prensa de derecha a través de *El Diario Ilustrado*, con grandes titulares, según detallaba la carta de Pedro E. Alfonso.

Tampoco escapaba a este torbellino político el Partido Socialista, con sus divisiones e inconformismo.

Pero lo que surge nítido en estas comunicaciones es que don Pedro, al margen de la fronda política y de la amargura en la cual vivía, se mantenía fiel a la combinación de Gobierno.

Transcribo una carta de don Pedro Aguirre y otra de Pedro E. Alfonso. La del Presidente dice así:

Santiago, febrero 26 de 1940.

Señor

Gabriel González Videla

París.

Mi querido Gabriel:

Usted que conoce el torbellino en que estoy viviendo, excusará mi tardanza para escribirle.

Con motivo de la ceremonia de la renovación del Congreso, por una parte, se acentúa la acritud de los elementos políticos de derecha, adversos a la combinación de Gobierno, y los amigos, sin querer aparecer como negligentes en la estimación de las deficiencias locales que aún no pueden

repararse, desempeñan el doble papel de críticos con la mano derecha y pedigüeños con la izquierda.

Ello no obstante, sea por prudencia o por otra causa, sus críticas son relativamente impersonales en cuanto a mí se refieren.

Ultimamente la Junta Central, que con motivo de las incompatibilidades no ha permitido la entrada a los jefes de Servicio en el Ministerio, pero sí a sus subalternos, so pretexto de que éstos son técnicos, estimó que los Ministros radicales debían retirarse, porque —fue la única razón que se me dio— querían Ministros de *mayor tonelaje*...

Según se me informó, tenían un Ministerio preparado para imponerlo, en el cual figuraba para Interior N.N.,(1) delegado por el Norte; como Ministro de Hacienda, el señor N.N., etc.

Pude formar el Ministerio actual, salvando, so pretexto de técnicos, precisamente al de Hacienda y el de Defensa, ya que nuestras negociaciones en Estados Unidos habrían experimentado un franco tropiezo si desembarcaba nuevamente a esos dos Ministros que tenían intervención en el asunto. Y, en otra forma, me habría privado de Pedro Enrique Alfonso, que es irremplazable.

Por cierto que los rumores de "conatos" de golpes se repiten constantemente, pero yo no tengo temor alguno, pues cuento con todas las fuerzas útiles para el caso.

Digo y repito, con toda sinceridad, que permaneceré adicto a la combinación actual del Frente Popular. No creo, sí, que podamos ganar la Cámara y el Senado.

Por su parte, Pedro Enrique Alfonso, en carta del mismo 26 de febrero, me confirma estos acontecimientos y textualmente me informa:

La crisis radical última, que tanta molestia causó a don Pedro, fue la obra solapada para destruir la combinación del Frente del presidente de la Junta, don N.N. Este comenzó a la mala en el Senado, jugando con cartas ocultas, y estuvo a punto de lanzarnos a un despeñadero, pues la Junta casi niega el pase a los nuevos Ministros radicales; por suerte, quien salió liquidado fue el inventor de la máquina. Como dato ilustrativo, debo confiarte que había formado "ternas" para los cargos ministeriales vacantes. ¡Si supieras con qué nombres contaba para seguir la obra de zapa!

(1) Por razones muy personales, no he querido poner nombres propios. Creo que si viviera don Pedro, él también me justificaría.

A pesar de estar presentes en la nueva Mesa de la Junta Radical Enrique Eleodoro Guzmán, como presidente, y Humberto Mardones, como vice, frentistas sinceros, el Partido Comunista, con una deslealtad e incomprensión incalificables, por intermedio de su secretario general, Carlos Contreras Labarca, se lanza en el Caupolicán en un virulento ataque a don Pedro y a los radicales. La incendiaria vociferación, en que habló de horcas y traición, fue reproducida en extenso en el rotativo conservador *El Diario Ilustrado*, con grandes titulares sensacionalistas.

Según mi concepto, el premeditado ataque comunista fue total y absolutamente infundado.

Don Pedro se mantiene firme; su línea frentista es invariable; sus propósitos, decididos como al principio.

Quienes más cerca estamos de él, vemos que su voluntad en este sentido es irreductible. Perderán su tiempo quienes esperan un cambio. Sólo un trastrueque de posición de los partidos de la combinación del Frente podría obligarlo a cambios.

Pero como si este laberinto radical y comunista fuera poco, también surge el cisma en el Partido Socialista, pues Godoy "cortó ya las huinchas" y en estos momentos funciona un Congreso de "Inconformistas", que es el nombre de los enemigos emboscados del Gobierno, engendrados dentro de sus propias filas.

Las consecuencias que esta división puede hacer derivar hacia nuestra posición son todavía inciertas. La próxima Convención del Partido Socialista oficial, a realizarse a fines del próximo mes, dará la medida de la situación.

Yo presiento la posibilidad de que el oficialismo, como medio de defensa, decida irse del Gobierno, en cuyo caso no quedaría sino que aprontarse para recibir palos de la derecha y palos de la izquierda, durante los próximos meses, hasta la formación del nuevo Congreso.

Estimo que, en el caso aludido, el Presidente mantendrá su posición de absoluto rechazo de concurso centrista o derechista, manteniéndose como le sea posible.

Tendría muchas otras cosas que contarte, pero no puedo dejar de confesarte que los desengaños que se sufren desde el Gobierno, especialmente los que sufre el Jefe del Estado, con la deslealtad e incomprensiones de los amigos y partidarios, las equivocaciones al dar confianza a la gente y todas esas pequeñas miserias humanas, que desde la oposición pasan inadvertidas o ignoradas, son inenarrables.

¿Pero qué hacerle? Esta es la vida política nacional, y en ella estamos viviendo...

Más tarde me habría de corresponder a mí, como Jefe de Estado, ocupar el lugar de don Pedro y experimentar personalmente esas mismas desilusiones, amargas y angustias que proporciona implacablemente el duro oficio de gobernar en democracia.

Con razón don Arturo Alessandri, que vivió los mismos sinsabores, y tal vez peores –porque fue derrocado y deportado–, llamó acertadamente a La Moneda: “La Casa donde tanto se sufre...”

PROFUNDO ENGAÑO DEL COMANDO
MILITAR FRANCÉS SOBRE LA
POTENCIA BELICA DE HITLER.
UN INFORME DESCALIFICADO.
PARIS BOMBARDEADO
EN UN HERMOSO CLARO DE LUNA

Luego de un mes de intensas nevazones, la Luftwaffe aprovechó la primera noche despejada del mes de febrero e iluminada por el plenilunio para enviar sus gigantescos bombarderos y aviones de ataque sobre París.

Eran las cuatro de la madrugada cuando las sirenas de alarma sacaron de sus lechos a los dormidos parisienses; Miti y yo con nuestras hijas fuimos los primeros en correr presurosos hacia las escaleras que conducían al lúgubre y frío refugio, improvisado con rumas de sacos de arena que había en el sótano de la Legación. A las niñitas les causaba todo esto un pánico difícil de ser dominado, y que sólo conseguíamos aplacar cuando el ruido de los aviones se alejaba y el eco del estallido de las bombas venía muy amortiguado por la distancia de los barrios donde caían.

Esta incursión aérea fue la de mayor potencia destructora que habíamos experimentado hasta entonces.

En verdad, el espectáculo era aterrador, porque al alarido de las sirenas se unía el tronar de los motores de los aviones y el estampido de la defensa antiaérea, instalada en diversos *quartiers* de la ciudad. Haces de luz cruzaban el cielo de París escudriñando los aviones alemanes para hacerles blanco de sus disparos.

La Luftwaffe volaba a gran altura. El ataque se hacía en olas sucesivas de bombarderos. De repente dejaban caer sobre el blanco —que en este caso eran las fábricas de armamentos y municiones situadas en los alrededores de París— sus mortíferos cargamentos de bombas, que estremecían la ciudad con sus estallidos.

El bombardeo fue intenso, pero de corta duración; terminó tan pronto como los aviones franceses decolaron para presentar combate.

La Luftwaffe, por razones que no se conocieron, rehuyó todo enfrentamiento.

Gran coincidencia, sin duda, fue que al día siguiente del bombardeo descrito tuviese invitados a almorzar a la Legación nada menos que a un grupo de altos jefes de la Aviación y del Ejército franceses, con motivo de la entrega de la Condecoración al Mérito que nuestro Gobierno les había otorgado.

Entre los agraciados estaban el General René Alnes Keller y el Coronel Vitrallez, ambos de la Aviación, y los jefes militares Henri-Fernand Dent, General de División; Joseph Martin Mierly, Teniente Coronel, y el Capitán Raymond Renard.

Como huésped especial para la ocasión, tuve al Comandante de la Plaza de París, General Pierre Herbillon, a quien ya conocía con motivo de la presentación de mis credenciales.

Después de una corta ceremonia en que hice la entrega protocolar de nuestra condecoración, la conversación rodó, por supuesto, sobre el bombardeo de la madrugada.

El General Herbillon calificó como un fracaso el intento de la Luftwaffe de destruir las fábricas e industrias de guerra de la periferia de París, porque, además de estar muy bien resguardadas por la defensa antiaérea, se encontraban dispersas en la extensa área exterior de la ciudad. Según los informes oficiales que tenía, las bombas arrojadas por los Junkers no habían dado en el blanco, y afectaron solamente a sectores civiles, causando decenas de muertes, centenas de heridos y graves daños en los hogares.

Mis altos huéspedes militares me ilustran sobre el momento bélico

Los vivos comentarios del bombardeo que se hicieron antes de sentarnos a la mesa me permitieron durante el almuerzo deslizar algunas preguntas, que, sin ser en absoluto indiscretas, reflejaban mi natural ignorancia sobre asuntos de armas. Una de ellas fue la referida a la *drôle de guerre*.

El General Herbillon me explicó que efectivamente se trataba de una guerra "estática", mantenida por Hitler como estrategia para vencer la

resistencia de los Aliados y obligarlos a firmar la paz, que era su carta de triunfo en ese momento. El General René Alnes Keller agregó que el Führer, detenido en su armamentismo por el riguroso bloqueo marítimo, no podía hacer una guerra "relámpago", pues para ello necesitaba unos veinte mil aviones, que los alemanes no poseían ni estaban en situación de fabricar en tan breve plazo.

Desvié entonces cautelosamente la conversación hacia el rol que jugaría la Línea Maginot en la defensa de Francia. Todos, unánimemente y sin reservas ni vacilación de ninguna especie, sostuvieron que en realidad era inexpugnable a cualquier clase o tipo de artillería aérea o terrestre. Y cuando insinué que quizás la Maginot podría ser perforada o sobrepasada por un suceso imprevisto, y pregunté si Francia estaría en situación de resistir la ofensiva alemana, en el acto mis interlocutores me contestaron que ni siquiera era posible ponerse en esa eventualidad.

La construcción y planificación de aquel baluarte estaban a prueba de toda emergencia y de cualquiera potencia de fuego.

En resumen, la Línea Maginot era un "tabú": no se podía dudar de ella...

Fracasadas mis intenciones para penetrar más en el pensamiento de mis ilustres huéspedes, desvié el tema hacia el de la duración de la guerra.

También sobre este problema estuvieron todos de acuerdo: sería de larga duración, y añadieron algo, a lo que yo di mucha importancia: mientras más se prolongara el conflicto, mayor seguridad existía de que Hitler fuera derrotado, aunque sus fuerzas hubieran ganado las primeras batallas.

Alemania, según ellos, no podría resistir, con su débil economía, la potencia de los países aliados, sostenidos por la fuerza industrial, económica y marítima de los Estados Unidos.

Estas aseveraciones me causaron gran impacto, a tal punto, que, terminado el almuerzo, corrí a redactar un informe para el Ministerio, influenciado por tan autorizadas opiniones, y sentenciosamente afirmé:

- 1.º Que la Línea Maginot era inexpugnable y definitivamente imbatible;
- 2.º Que Francia no podía ser jamás invadida;
- 3.º Mucho menos, naturalmente, que París pudiera ser ocupado, y

4.º Que Alemania carecía de fuerza bélica para derrotar a sus enemigos durante una guerra relámpago.

No pasó mucho tiempo cuando, desgraciadamente, la Línea Maginot fue sobrepasada; Francia, invadida; París, ocupado, y Europa entera, derribada por la bota de Hitler en una operación relámpago de sus fuerzas de ataque.

Nunca quise averiguarlo, pero estoy seguro de que mis bonos como observador de guerra deben haber bajado al más mínimo nivel de cotización en nuestra docta y displicente Cancillería...

¡Tan engañado estaba el Estado Mayor francés respecto a la potencialidad guerrera de la Alemania nazi!...

D O S E P I S O D I O S D R A M A T I C O S

En esos días salió a la luz pública el Libro Amarillo,(1) publicado por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, con 370 documentos, desde el Pacto de Munich, ocurrido el 29 de septiembre de 1938, hasta el 3 de septiembre de 1939, fecha de la declaración de la guerra de Francia y Gran Bretaña a Alemania.

La lectura de esos documentos oficiales es la historia desesperada, el esfuerzo gigantesco, ingenuo a veces, pero siempre conciliador, de Francia e Inglaterra por preservar la paz.

Oficios, notas, cartas personales de Chamberlain y Daladier a Hitler; gestiones y entrevistas de los Embajadores franceses Coulondre y André François-Poncet ante el Führer, demuestran claramente la posición inequívoca de Alemania, de desprecio por los compromisos solemnemente suscritos y su obsesión por el empleo de la fuerza bruta y del hecho consumado.

Creo de extraordinario interés hacer referencia a dos sensacionales documentos —entre muchos— que, en dramática relación, revelan los secretos manejos y oscuros acontecimientos ignorados dentro y fuera de Francia.

El engaño de Munich

El primero es el del *Embajador francés Monsieur Coulondre*, enviado desde Berlín el 16 de marzo de 1939, *en que hace el balance catastrófico del engaño de Munich, documento lapidario en contra de Hitler.*

Empieza así:

Berlín, 16 de marzo de 1939.

Menos de diez meses después de la conclusión del acuerdo de Munich y cuatro desde la sentencia arbitral de Viena, Alemania, tratando como cosa despreciable su propia firma y la de sus partidarios, ha provocado la dislocación de Checoslovaquia, ha ocupado militarmente Bohemia y

(1)*Livre Jaune*: Exposición pública del Quai d'Orsay de la documentación oficial del Gobierno francés.

Moravia, y ha anexado al Reich éstas dos provincias. La cruz gamada flota desde ayer, 15 de marzo, sobre el Hradschin, en el que el Führer ha hecho su entrada bajo la protección de tanques y de autos blindados, entre una población herida de estupor y consternada; Eslovaquia se ha constituido, al parecer, independientemente, pero se ha colocado bajo la protección del Reich. Checoslovaquia, que había aceptado en Munich crueles sacrificios para el mantenimiento de la paz, *no existe ya*. El sueño de los nazis más encarnizados en perderla se ha realizado. *Ha desaparecido del mapa europeo*.

Los acontecimientos que con rapidez fulminante han llevado a cabo tal desenlace son típicos de la mentalidad y de los métodos de los dirigentes hitlerianos. Contienen enseñanzas y conclusiones prácticas que deben desprender sin pérdida de tiempo todos los Estados cuidadosos de su seguridad y de su independencia, frente a una Alemania embriagada por sus éxitos, y que, abandonando el terreno de las reivindicaciones raciales, se ha lanzado al imperialismo puro.

La operación de que acaba de ser víctima Checoslovaquia lleva, aun en mayor grado que las precedentes violencias nazis, las marcas especiales de las empresas hitlerianas: *Cinismo y perfidia en la concepción, secreto en la preparación, brutalidad en la ejecución*.

Los acuerdos de Munich no han sido, en definitiva, para los dirigentes hitlerianos sino un medio de desarmar a Checoslovaquia antes de anexarla. Tal vez sería hablar por anticipado pretender que el Führer había ya *concebido esta maniobra desde Munich*. Lo que es en todo caso cierto, es que, anexándose bajo la presión de su ejército Bohemia y Moravia, el Gobierno del Reich, firmante de los acuerdos de septiembre, se ha hecho culpable de un abuso de confianza, de una verdadera felonía hacia los Estados confirmantes y en particular del Gobierno checo, que, fiando en la palabra de las Grandes Potencias, se había resignado a *la cesión de los países de los Sudetes*.

Alemania manifiesta así, una vez más, *su desprecio por todo compromiso escrito, y su preferencia por el método de la fuerza bruta y el hecho consumado*. Con un solo gesto ha desgarrado los acuerdos de Munich lo mismo que la sentencia de Viena, probando de nuevo que su política no conocía más que un principio director: espiar la ocasión favorable y coger todo botín que se halle al alcance de su mano. Esta es, poco más o menos, la moral corriente de los "gangsters" y de los habitantes de la selva virgen.

Hitler veja al Presidente de Checoeslovaquia y anexa su patria

Continúa el Embajador:

El cinismo alemán, por otra parte, va acompañado de una habilidad humana. Con un notable dominio de los hombres y de los acontecimientos, el Gobierno del Reich se ha esforzado en dar a la violencia ejercida contra Checoeslovaquia una apariencia de legitimidad.

M. Hacha, Presidente de la República de Checoeslovaquia, y M. Chavalkovsky, Ministro de Negocios Extranjeros, llegan a Berlín, en donde son recibidos por el Führer, en presencia de Herr Ribbentrop y de Herr Goering. Con tono brutal, el Führer (en presencia) indica que no se trata de negociaciones. Los hombres de Estado checos son invitados a tomar conocimiento de las decisiones determinadas en Berlín y a conformarse a ellas. Toda voluntad de resistencia será destruida. Toda tentativa para oponerse a la marcha de las tropas alemanas será reprimida por la entrada en acción de la aviación de bombardeo. El Reich ha resuelto anexarse Bohemia y Moravia.

Praga será ocupada el día siguiente a las diez. El Presidente Hacha, de edad muy avanzada y que se encuentra en un estado de gran depresión física, se desploma y pierde el conocimiento. Los médicos personales de Herr Goering intervienen y le reaniman con inyecciones. El anciano firma entonces el documento que se le presenta, y en virtud del cual el Gobierno checo remite "lleno de confianza" el destino de Bohemia y de Moravia en manos del Führer. Al día siguiente, 15, a las nueve, los primeros elementos motorizados alcanzan Praga. En el transcurso de la tarde, el Führer hace su entrada en el Castillo Imperial del Hradschin y hace izar inmediatamente la cruz gamada. *Checoeslovaquia ha dejado de existir.*

Desde el 16 de marzo, un decreto del Führer integra Bohemia y Moravia al territorio del Reich y lo constituye en un protectorado, gozando de cierta autonomía administrativa bajo la inspección de un Protector que representa al Reich y cuya residencia se fijará en Praga.

Me contentaré, como conclusión, con desprender algunas enseñanzas que se derivan del golpe de mano ejecutado de nuevo por el III Reich.

La Alemania hitleriana acaba de arrojar su máscara. Hasta ahora se había defendido contra toda imputación de imperialismo. Había pretendido no aspirar más que a reunir en la medida que pudiera todo lo que

fuera posible, a todos los alemanes del centro de Europa en una sola familia, con exclusión de los alójenos.(1) *Hoy está claro que la sed de dominación del Führer no reconoce límites.*

Claro está igualmente *que es en vano esperar oponer al Führer, con éxito, otro argumento que no sea el de la fuerza.*

El III Reich tiene por los tratados y otros documentos el mismo desprecio que el Imperio de Guillermo II. Alemania sigue siendo el país de los papeles mojados.

La seguridad nacional, lo mismo que la paz mundial, exigen pues, ante todo, del pueblo francés un inmenso esfuerzo de disciplina y organización de todas las energías del país, que es lo único que permitirá a Francia, apoyada por sus amigos, afirmarse y defender sus intereses frente a un adversario tan terrible como Alemania de Adolfo Hitler, *lanzada desde ahora a la conquista de Europa.*

Díez años después la heroica Checoslovaquia volvería a sufrir idéntica suerte de manos de un nuevo dictador, Stalin, y de una nueva tiranía: el comunismo soviético.

Nido de Aguila nazi en Montsaval

En el segundo documento del *Libro Amarillo* se reproduce el informe secreto del Embajador francés en Berlín, M. François-Poncet, antecesor de M. Coulondre, quien relata en un acucioso y acertado estudio psicológico la invitación que le hiciera Hitler para despedirlo, el 18 de octubre de 1938, en su "Nido de Aguila" de los Alpes bávaros, llamado Montsaval.

El intenso relato del Embajador François-Poncet es tan sorprendente que pudiera parecer inverosímil, y más aún porque no se adivina cuál fue el verdadero móvil del Führer de hacer llegar al Embajador a tan extraño como secreto refugio...

¿Convencerlo de su invulnerabilidad? ¿Convencerlo de su espíritu anacoreta o de impenitente misántropo?

La verdad es que ese refugio de los Alpes bávaros no era sólo el asilo de un alma atormentada, sino también una fortaleza construida en la

(1) Es decir, de los que no eran del idioma germano.

cima de una roca, a dos mil metros de altura, para la seguridad del Führer y para aplacar el terror constante de un atentado personal.

El Embajador fue conducido por rutas trazadas estratégicamente para empalmar a un camino audazmente construido sobre roca que iba remontando la montaña en una extensión de quince kilómetros. Cada cierto trecho, al enfrentar cualquier accidente del terreno, "nidos" de ametralladoras protegían la inviolabilidad del derrotero secreto del Führer. De repente, el camino entraba a un largo subterráneo con un doble portón blindado con planchas de cobre.

El Embajador François-Poncet creía estar viviendo una película de aventuras cuando fue bajado del automóvil e introducido a un amplio ascensor igualmente blindado que se elevaba ciento diez metros por un túnel vertical tallado en la roca viva que subía al nivel del "Nido de Aguila".

Aquí—dice el Embajador François-Poncet—la sorpresa llega a lo increíble. Se abre la puerta de bronce y aparece una inmensa sala rodeada de galerías de cristales, amoblada con una gigantesca mesa de madera con treinta o más sillas y una inmensa chimenea en que arden troncos de árboles.

La vista es sensacionalmente maravillosa, dominando el inmenso panorama de las montañas como si se estuviera volando en un avión.

El Embajador se pregunta si está despierto o es víctima de un sueño; si lo que está viendo es obra de un espíritu normal o de un hombre torturado por la locura de la grandeza, o simplemente dominado por el delirio de persecución.

Sin embargo, el día de la visita, François-Poncet encuentra que Hitler pasa por uno de sus períodos de tranquilidad, y la conversación es moderada y conciliadora. Le habla con insistencia de sus deseos de mantener las más estrechas relaciones con Francia y con todos los países que representaban la civilización blanca, "la cual había que defender y no destruir".

Pero el Embajador—que lo había conocido a fondo durante su larga estada en Berlín—agregaba en su informe que "no me hago ninguna ilusión sobre el carácter de Adolfo Hitler. Sé que es cambiante, disimulado, contradictorio e incierto. El mismo hombre de aspecto bonachón

—cosa en verdad increíble—, atraído por las bellezas de la naturaleza, y que me ha expuesto alrededor de una mesa de té ideas razonables, es capaz de los peores frenesíes, de las exaltaciones más inesperadas, de las más delirantes ambiciones”.

Y agregaba con sarcasmo irónico: “Hay días en que, al mirar un mapamundi, cambia las fronteras de las naciones, de los continentes, de la geografía y de la Historia, como un demiurgo”.

Continúa el agudo cuadro analítico cuando escribe:

Se puede estar seguro, sin embargo, de que el Führer permanece fiel a su única preocupación: disolver el bloque franco-inglés y estabilizar la paz al *Oeste*, para tener las manos libres al *Este*.

¿Es Polonia, es Rusia, o son los países bálticos los que están llamados en su pensamiento a pagar los gastos? ¿Lo sabe ya?

¿Quién podría decir, además, de qué *virajes asombrosos es capaz este dictador impresionable, voluble y enfermo, cuál será mañana su destino personal y el de Alemania?*

Y termina el Embajador con el siguiente consejo de urgencia a su Gobierno:

Francia debe, pues, abordar el examen sin miedo. Puede no ser temerario, por lo demás, pensar que los acontecimientos que acaba de vivir habrán terminado por convencerla de la necesidad de un orden y de una cohesión nacional, de una cierta reforma moral y de un *perfeccionamiento rápido y riguroso de su aparato militar*.

El Embajador regresa del “Nido de Aguila”, aprovechando el bello espectáculo del atardecer a dos mil metros de altura, sobre los Cárpatos bávaros; Hitler lo despide con gran cortesía y redobladas demostraciones de amistad y promesas de paz y amor hacia Francia y la “civilización blanca”.

Sin embargo, cinco meses después se consuma la horrenda traición de Hitler, sin paralelo en la Historia, y que en forma tan precisa, severa y lapidaria pronostica la pluma ágil y experta del Embajador Coulondre, que reproduzco en primer término.

*Hitler firma por separado dos nuevos compromisos
de paz con Chamberlain y Daladier*

En este mismo *Libro Amarillo* aparecen, además, dos documentos complementarios de los firmados en Munich, que comprueban el obsesivo sadismo de Hitler al firmar con la mayor gravedad compromisos de paz, para burlarlos al día siguiente con el mayor de los descaros.

En efecto, no le bastó el aval de Mussolini, Daladier y Chamberlain para comprometerse en Munich a respetar solemnemente la soberanía de Checoslovaquia, después del sacrificio de ésta de ceder los territorios de los Sudetes, sino que, como burla sangrienta, firmó por separado con Inglaterra el 30 de septiembre y con Francia el 6 de diciembre un nuevo pacto por el cual se comprometía con estas potencias "a la consolidación" de la situación en Europa y del mantenimiento de la paz con todos sus vecinos.

El Pacto de Munich fue celebrado con apoteósicas manifestaciones

La verdad histórica es que los acuerdos de Munich fueron recibidos con inmensa satisfacción por las naciones europeas, y por la opinión pública en general, porque todo el mundo estaba bajo la inminente amenaza de que estallara la guerra, y, por supuesto, nadie quería ese futuro.

En París y en Londres, tanto a Daladier como a Chamberlain, firmantes del Pacto, se les tributó una apoteósica manifestación, en calidad de salvadores de la hermandad occidental.

El Presidente Lebrún, en conmovedora declaración, agradeció a Daladier el éxito de su misión y lo felicitó por haber "salvado la paz".

En el Parlamento se aprobó el Pacto por 535 votos contra 75, y en el Senado fue aprobado por unanimidad.

El escritor y periodista francés Ferdinand Roger, autor de *Les Messieurs de Hier*, relata en impresionante versión cómo París recibió a sus héroes de Munich. Textualmente dice:

Una delirante ovación acogió en el aeródromo a nuestro Primer Ministro Daladier y su comitiva. Nunca se había visto cosa igual. Es necesario decirlo y repetirlo. A la angustia colectiva sucedía el frenesí. El pueblo de

París estaba ebrio de alegría. Se lloraba, se gritaba por doquier. Se lanzaba y se cubría de flores al héroe de la jornada. A la angustia mental había sucedido un desbordante entusiasmo. Era la paz celebrada desde el fondo del corazón.

Los maridos iban a retornar a sus hogares, los niños a recuperar a sus padres. Las mujeres abrazan a sus pequeños y se abrazan entre ellas.

Como forma de reconocimiento se acordó obsequiar un palacio adquirido por suscripción pública al Primer Ministro de Gran Bretaña, M. Chamberlain. Su "paraguas" llegó a ser el emblema nacional y un atuendo de moda de los parisienses.

Daladier, deslumbrado y a la vez confundido con tal apoteosis, siente pasar en sus sienes el aletear de la gloria.

Era el misionero de la más sagrada de las causas: ¡la paz!

Por eso, cada uno quería estrecharlo en su corazón, y fue necesario defenderlo de la locura de la muchedumbre, constituida especialmente por mujeres, que deseaban colmarlo de ardientes besos y ternura.

Desgraciadamente, esos días inolvidables en que Francia celebraba y saludaba ardorosamente la paz salvada, fueron efímeros como tea de paja...

Mientras sus hijos dormían confiados bajo la protección de la Paz de Munich, Hitler desde la sombra, y dominado por sus cambiantes estados mentales, ocupaba y anexaba Checoeslovaquia y se lanzaba a la loca aventura de la "conquista" de Europa.

El mundo despertó atónito. En Francia se produjo un viraje brutal de conciencia de la opinión pública en contra de Daladier y Chamberlain. A ambos se les acusó de haber obrado en Munich con cobardía y de haber impuesto la paz en vez de la guerra.

Los ídolos de hacía poco fueron derribados con furia de su pedestal de héroes por los mismos que lloraban y gritaban de felicidad por la Paz de Munich.

Daladier y Chamberlain pagaron el error de no haberse percatado psicológicamente de que Hitler, el otro pactante de la Paz de Munich, era un simple monomaniaco de la guerra, sin otra ley que la razón de la fuerza...

LA OCUPACION DE FINLANDIA
Y LA CAIDA DE DALADIER

El 13 de marzo de 1940 Stalin ocupó Finlandia, hecho que llenó de alegría a Hitler y causó gran desaliento en las potencias democráticas.

Por su parte, el pueblo finlandés sintió ira e indignación por no haber sido asistido oportunamente por sus aliados y haber tenido que soportar solo todo el peso de la violenta ofensiva del gigante ruso.

Como consecuencia de la caída de Finlandia, Daladier sufrió en la Cámara de Diputados una derrota moral que lo obligó a presentar su renuncia, después de solicitar un voto de confianza que le fue otorgado por 239 votos a favor y uno en contra. Pero se produjeron 303 abstenciones, es decir, 303 parlamentarios no votaron en su contra, pero tampoco lo apoyaron.

Daladier renunció, entonces, después de dos años de haber mantenido la jefatura del Gobierno francés.

El Presidente Lebrún encomendó la organización del Gabinete a Paul Reynaud, político de singular energía, de tendencia centro-derechista y calificado como uno de los "duros" dentro de la organización ministerial.

El Gobierno de Reynaud fue recibido por la prensa en general como un "Gabinete de Guerra", entendiéndose que se iba a pasar de la guerra estática (*drôle de guerre*) a una guerra ofensiva.

Invasión de Noruega y Dinamarca

El día 9 de abril de 1940, después que había sido organizado el "Gabinete de Guerra" francés, Hitler invadió Noruega y Dinamarca en una nueva *Blitzkrieg*.

Dinamarca no opuso resistencia, porque de antemano la "quinta columna" hitleriana tenía preparada la "operación"; pero, en cambio, el Rey Haakon de Noruega resistió la incursión de las tropas germanas y logró escapar de Oslo con los miembros de su Gobierno.

Y Suecia movilizó sus efectivos y declaró que apelaría a las armas si era atacada por Alemania.

Los Gobiernos de Francia y Gran Bretaña, por su parte, tomaron enérgicos acuerdos para luchar al lado de Noruega.

Hitler, a su vez, dio como única explicación que había ocupado Noruega y Dinamarca para protegerlas del plan de invasión de los Aliados, y amenazó a Bélgica y a Holanda con otro "ataque relámpago" si trataban de ponerse bajo protección aliada.

EL SORPRESIVO DERRUMBE
DE FRANCIA

En París, a pesar del *black-out*(1) la vida nocturna continuaba con una animación parecida a los tiempos de paz, especialmente en el funcionamiento de los teatros, *music-halls*, cabarets, restaurantes y *boîtes* de lujo.

Recuerdo especialmente la noche del jueves 9 de mayo de 1940, cuando asistimos a la excelente presentación en la Comedia Francesa de la célebre pieza de Alfredo de Musset *On ne badine pas avec l'amour*,(2) donde aparecen Camille y Perdigan, dos amantes inmortales.

El castillo campestre, la primavera, los prados floridos y las rumorosas fuentes que ambientan la obra estaban simplemente insinuados en dibujos; pero el genial actor Debucourt, como Perdigan, y la no menos magnífica Marie Bell, como Camille, excitaban tan prodigiosamente los sentidos y la imaginación del espectador, que éste creía sentirse en un ambiente de luminosa realidad.

Debucourt, que, dicho sea de paso, desempeñaba por primera vez el papel de Perdigan, era hijo de uno de los más grandes actores franceses —Le Bargy—, famoso y glorificado, precisamente, por su encarnación de este personaje.

El hecho de que el hijo interpretara a la misma altura de su padre el personaje de De Musset, produjo en el público tan viva emoción que, de pie, le obligó a más de veinte salidas a la escena, y recibió en cada una de ellas calurosas ovaciones.

La alta calidad del espectáculo; la extraordinaria jerarquía de los actores; la perfección, refinamiento y vocalización del lenguaje que fluía con grata entonación; la belleza de los versos, tanto como el tema mismo, dejaron en nuestros espíritus una sensación de paz, de plenitud de vida.

(1)*Black-out*: es una palabra del *slang* norteamericano que se puede traducir por "oscurecimiento" de las ciudades, para evitarle puntos de referencia a la aviación enemiga. Dicha palabra se impuso internacionalmente.

(2)*On ne badine pas avec l'amour*: "Con el amor no se juega".

Con ese ánimo nos retiramos esa noche a descansar...

Horas más tarde, vencidos por el sueño, despertamos con nervioso sobresalto al oír el infernal estruendo, nunca antes escuchado por nosotros con tanta intensidad, de las bombas alemanas que parecían estallar cerca de nuestra Legación, y que después supimos fueron lanzadas por una gigantesca flota aérea que había bombardeado París.

Hitler emprendía su ofensiva relámpago sobre Francia, poniendo término así a la "guerra estática".

Bajamos presurosos al refugio, tratando de calmar a nuestras pequeñas hijas, que, despavoridas y tiritando, se aferraban a nosotros.

Pasado el bombardeo, el Ministro de Defensa anunció que Alemania había invadido simultáneamente Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Agregó que el ataque a la capital lo realizó una inmensa flota, posiblemente de mil aviones, que dejó un saldo de un centenar de muertos y miles de heridos en la población civil. Además, los daños materiales fueron incalculables.

Junto con París, ciudades como Lille, Colmar, Calais y Lyon sufrieron asimismo el rigor de los embates de la aviación enemiga.

La defensa antiaérea derribó treinta aviones germanos.

Así, con este estremecedor y violento bombardeo aéreo, realizado al amanecer del sábado 9 de mayo de 1940, entra nuestra vida—hasta el día anterior tranquila— al vía crucis del éxodo, de la guerra declarada y sin cuartel; al peligro de la muerte y la derrota de un grande y heroico pueblo.

La derrota de Francia

Con nuestros apuntes de la época —como ayuda memoria— iré relatando, cronológicamente, tan trascendentales e históricos acontecimientos que conmovieron al mundo, y de los cuales fuimos testigos oculares, y en ocasiones más que espectadores, actores obligados por la vorágine de la guerra.

En la mañana, temprano, del 10 de mayo de 1940 me despertó un llamado telefónico del director de la Agencia Oficial de Informaciones HAVAS, mi estimado amigo Jerónimo Alderete, quien con palabras entrecortadas por la sorpresa y emoción me confidenció que los alemanes había entrado en territorio belga. Agregó que el Rey Leopoldo III

había pedido ayuda a Francia e Inglaterra para contener la invasión nazi. También, que Hitler se había sacado definitivamente la careta al violar su palabra y firma en el Pacto de Munich de respetar la neutralidad de ese pequeño país.

—Señor Ministro, aquí en la Agencia todos estamos muy pesimistas y esperamos lo peor (se lo informo como amigo); vaya tomando sus precauciones, especialmente con su familia.

Le agradecí su preocupación por nosotros y añadí algunas palabras de optimismo que yo mismo sentía débiles y balbuceantes. Le rogué que me tuviera informado, sin importar la hora de su llamado.

Esa noche dormí con la radio en la cabecera, y muy de madrugada sintonicé la emisora de Berlín, en los momentos que ésta, con caracteres altisonantes, anunciaba al mundo que las divisiones motorizadas Panzer habían roto el frente francés, penetrando en la línea defendida por el General Huntziger.

Además, informaba que Holanda también había sido invadida, y Amsterdam, como igualmente Rotterdam, habían caído bajo las fuerzas de paracaidistas, después que la aviación alemana arrasó prácticamente las ciudades con toda la potencia de su fuego.

Esa misma tarde un comunicado francés denunció que miles de holandeses habían sido muertos y heridos, provocando el horror y la protesta del mundo entero.

Dada la extraordinaria gravedad de la situación, reuní en la Legación a mis colegas César Gutiérrez, del Uruguay; Louis Sousa Dantas, del Brasil; Miguel Angel Cárcamo, de Argentina; Luis Rodríguez, de México; Aristimuño Coll, de Venezuela, y García Calderón, del Perú, para cambiar ideas sobre las medidas que tomaríamos para salvaguardar nuestras Misiones.

El Embajador Sousa Dantas, representante diplomático por más de veinte años en París, profundamente afectado por las dramáticas noticias, nos manifestó que la situación era más grave todavía, porque había sabido a última hora que el frente había sido roto en una extensión de cien kilómetros, y los ejércitos se replegaban a la defensiva. Opinaba que “el mito de la inexpugnabilidad de la Línea Maginot ha engañado a los franceses, que se obstinaron en negar la superioridad de la táctica de la

guerra relámpago de los alemanes con divisiones acorazadas de tanques, en estrecha combinación con la flota aérea de los aviones Stukas”.

El Embajador Cárcamo, apasionado admirador de Francia, tenía todavía esperanzas de que el genio de los Generales franceses hiciera el milagro de contener el avance nazi, aunque estaba de acuerdo con Sousa Dantas en que la Línea Maginot había sido el gran “bluff” de esa guerra.

El Embajador César Gutiérrez, con su natural vehemencia y espíritu ejecutivo, nos llamó a que permaneciéramos estrechamente unidos todos los representantes diplomáticos americanos para afrontar los difíciles y peligrosos días que nos esperaban junto a un Gobierno derrotado que se vería obligado a evacuar París y a establecerse en alguna parte del territorio nacional o fuera de él.

El Embajador García Calderón nos comunicó, por su parte, que antes de ir a la reunión se encontró con el Embajador de Gran Bretaña, señor Campbell, quien había escuchado en la radio de Londres que como consecuencia de la *Blitzkrieg* alemana, el Parlamento inglés había eliminado a Chamberlain, y designado por unanimidad a Churchill como Jefe de Gobierno, y que éste, desde la tribuna parlamentaria, en un patético y audaz discurso, había notificado al pueblo británico que sólo podía ofrecerle “sangre, sudor y lágrimas”.

Pusimos término a la reunión alrededor de las siete de la tarde, y quedamos en reunirnos nuevamente, citando a los demás representantes americanos.

Se acordó pedir por intermedio del Nuncio una información oficial al Quai d’Orsay sobre los planes del Gobierno para evacuar París.

EL GOBIERNO Y EL CONGRESO
NACIONAL SE PREPARAN
A DEJAR PARÍS

El General Hering, Gobernador Militar de París, dirigió un oficio urgente al Primer Ministro señor Reynaud, donde le comunicaba que en las actuales circunstancias militares aconsejaba que el Gobierno y las Cámaras de Diputados y Senadores se trasladasen a las zonas previstas para la evacuación de París. Confirmó que la ruta a la capital había quedado abierta para las tropas invasoras.

Reynaud esperaba una reunión con Churchill para acordar la evacuación. Mientras tanto, ésta quedaba suspendida.

Se puso en conocimiento del Cuerpo Diplomático que recibiríamos del Quai d'Orsay un "sobre blanco" con instrucciones, que al final nunca llegó, lo que demuestra el desorden, la improvisación y el pánico reinantes en los servicios de Relaciones Exteriores.

Mientras tanto, nuestra Legación hallábase invadida de compatriotas y de numerosos refugiados españoles, judíos y belgas, que imploraban que se les concediera un salvoconducto para pasar la frontera o atravesar el canal, ateniéndose a la buena voluntad de la policía fronteriza.

Los chilenos, como es natural, fueron atendidos de preferencia. Muchos de ellos tuvieron que ser acompañados por funcionarios de la Legación hasta la frontera española, donde se les puso en contacto con sus familiares.

A numerosas personas se les permitió también guardar en las bodegas de la Legación sus cuadros, tapices y otros objetos de valor. A muchos se les ayudó con pasajes, que eran sufragados con una pequeña caja formada por erogación del personal a mi cargo.

A esta tremenda agitación vino a sumarse la llegada de otros refugiados chilenos residentes en Bélgica y de funcionarios consulares que debían quedarse tanto en Francia como en el pequeño reino invadido.

Por otra parte, artistas de cartel internacional, hombres de letras, músicos y hasta políticos destacados del Gobierno español en exilio, como fue el caso de Alcalá Zamora, Negrín y otros, recibieron nuestra

ayuda y protección para salir de Francia, antes que las hordas nazistas les apresaran y confinaran en campos de concentración.

Participación muy abnegada cumplió en estas tareas el personal de la Legación, respondiendo a uno de los deberes de humanidad más sentidos por nuestra representación diplomática: preservar y defender la vida de quienes, injustamente, se encontraban en peligro de perderla.

¡Y en honor a la verdad, tenemos la íntima satisfacción de haber salvado muchas vidas de franceses, belgas, españoles y judíos!

El personal que asumió estas responsabilidades, aun con peligro de sus vidas, fue:

SAMUEL DEL CAMPO	Consejero Comercial
ROBERTO DONOSO	Consejero
CARLOS GARCÍA DE LA HUERTA	Primer Secretario
PEDRO EYZAGUIRRE	Segundo Secretario
SALVADOR REYES	Adicto Cultural
ARMANDO MARÍN	Cónsul General
ALFONSO FABRES	Cónsul
SANTIAGO ROBLES	Adicto Militar
MLLE MARGUERITE	Secretaria
MANUEL CUEVAS	Mayordomo a cargo de la Legación

Se organiza un nuevo Gabinete de Guerra

Para levantar la moral del pueblo francés y provocar una reacción del espíritu guerrero de las Fuerzas Armadas, el Presidente Lebrún llamó al Mariscal Philippe Pétain, que se encontraba en Madrid desempeñando el cargo de Embajador, y le designó Vicepresidente del Consejo de Ministros.

Paul Reynaud quedó como Presidente del Consejo, y asumió además la dirección del Ejército, en calidad de Ministro de Defensa, eliminando a Daladier y marginándolo del Gobierno.

La designación de Pétain fue celebrada con júbilo por la unanimidad del país, que veía en la figura del vencedor de Verdún al Mariscal capaz de detener el avance victorioso de los ejércitos de Hitler.

Creo de interés subrayar que, a diferencia de otros pueblos, los

franceses adoran a sus ancianos gloriosos; detestan la *guerra*, y por eso la doctrina impuesta por Pétain, basada en la "defensiva sistemática", interpretaba el sentir del pueblo galo, en contra de lo que ellos llamaban "la loca teoría de la ofensiva a *outrance*", desgraciadamente aplicada con éxito por los alemanes en esta conflagración.

Fuimos testigos presenciales tanto en París, Burdeos y Vichy de cómo al anciano Mariscal, desde que fue llamado de Madrid, se le impulsó, presionó y se le impuso, por el Presidente de la República y ambas Cámaras, que asumiera la totalidad del Poder. Referiremos en síntesis las circunstancias y sucesión de hechos y acontecimientos ocurridos en aquel entonces.

Nuestro testimonio personal, tanto como las anotaciones que hicimos en esa época, agregadas a los documentos que se reproducen, darán al lector una narración imparcial, decantada de todo juicio perturbado por los odios del momento o el dolor de la derrota.

Sin embargo, permítaseme hacer un paréntesis para enfocar la personalidad íntima de Pétain en la Primera Guerra Mundial, según la autorizada e histórica opinión de Clemenceau y del Presidente Raymond Poincaré. En aquella oportunidad éstos condenaron su congénito derrotismo.

Clemenceau, en sus "Memorias", escribió:

"Pétain es un derrotista que no cree en nada. El quiso capitular durante la guerra en marzo de 1918."

Y agregó en forma, lapidaria: "*Sería una gran desgracia para Francia si algún día volviera a asumir algún rol destacado*".

El Presidente Poincaré, en sus "Memorias" sobre la Guerra del 14, participó de esta severa crítica, cuando en el fragor de la vigorosa ofensiva alemana en la primavera de 1918 puso en labios de Clemenceau la siguiente confesión: "Pétain es irritante a fuerza de su derrotismo. Imagínese que acaba de decirme una cosa que no podría confiar a nadie que no fuera usted. Es la siguiente: 'que los alemanes derrotarán a campo abierto a los ingleses, después de lo cual nos derrotarán a nosotros...'"

Sin embargo, la verdad histórica fue que los alemanes experimenta-

ron una gran derrota frente a las fuerzas aliadas, comandadas precisamente por Pétain.

Al escribir hoy estas páginas, me pregunto lo que siempre he tratado de comprender —sin encontrar la respuesta—: por qué un pueblo de excepcional inteligencia, adicto cultor de la Historia, orgulloso de su pasado civilizador y humano, incurrió primero en el error de elegir, con el aplauso de todos, a aquel hombre que había sido tachado en la guerra anterior de derrotista, para enseguida divinizarlo e investirlo con irres- trictos poderes dictatoriales, inclusive con la facultad de poner término a la Tercera República.

¿Qué ocultos designios y misteriosas fuerzas morales teje el Destino de los pueblos para hacerlos ciegos actores de un inhumano e injusto ensañamiento con un anciano a quien, contra su voluntad, se le entrega la plenitud del Poder para luego condenarlo a morir tras las rejas de una prisión?

Gamelin es destituido y le sucede Weygand

El jueves 19 de mayo el General Weygand, quien se encontraba en Beirut, fue llamado con urgencia por el Presidente de la República y llegó a París en avión. Se le ordenó de inmediato —dada la grave situación— que asumiera el comando de todas las fuerzas terrestres, marítimas y del aire, con las más amplias facultades, reemplazando al General Gamelin, que aparecía como responsable directo de la catástrofe.

La designación de Weygand —discípulo de Foch— produjo profunda impresión en el país, y unida a la participación de Pétain en el Gobierno, trajo una ola de esperanza al desolado espíritu de los franceses.

Se agregaba a este optimismo el nombramiento de Georges Mandel como Ministro del Interior, que era un político de implacable dureza, todo lo cual revestía al Gobierno de la imagen de estar dirigido por un nuevo "Gabinete de Guerra".

Dramático llamado de Reynaud en el Senado

El sábado 21 de mayo llegamos entre los primeros a la tribuna diplomática del Senado, para asistir al acto más espectacularmente dramático

de los que yo antes hubiera presenciado en el curso de mi vida. Los rostros de los senadores y diputados reflejaban angustia, dolor, desesperación; muchos no podían ocultar las lágrimas, debido a la intensa emoción.

Subió a la tribuna el Premier Reynaud, pálido, aunque entero y con pleno dominio de la palabra y su pensamiento. Con voz emotiva, la cual me parece seguir escuchando como si fuera ayer, anunció a Francia y al mundo que la patria estaba gravemente amenazada.

Sus palabras textuales fueron éstas:

“La patria está en peligro... El primer deber del Gobierno es decir la verdad al Senado y al país. Se han cometido increíbles errores que serán severamente castigados.

“Los puentes sobre el Mosa no fueron volados, y sobre ellos pasaron las divisiones acorazadas enemigas.

“La verdad es que nuestra clásica doctrina de la *guerra defensiva* está sobrepasada por un nuevo concepto.

“Este ‘nuevo concepto’ alemán consiste no sólo en el uso de unidades blindadas en cooperación con la Aviación, sino que, además, en ataques detrás de nuestras líneas por paracaidistas que desorganizan la defensa”

Luego informó, en medio de la expectación más angustiosa, que las fuerzas alemanas habían roto en cien kilómetros el frente de Sedán y la Línea Maginot, ocupando Arras y Amiens.

Terminó rindiendo un homenaje a Pétain y Weygand:

“En esta importante hora, nosotros escuchamos orgullosos a dos de sus hijos que han ganado ya el derecho de descansar sobre sus laureles, pero que en esta trágica hora han acudido presurosos nuevamente al servicio de la Patria: Pétain y Weygand. Pétain, el vencedor de Verdún; Pétain, el gran jefe, al mismo tiempo tan humano, el que sabe imponer la victoria francesa a una *débâcle*; y Weygand, lugarteniente de Foch, el que contuvo las hordas alemanas, abriéndose paso en 1918, y sabe cómo alterar el curso de los hechos, nos conducen a la victoria.”

Y terminó haciendo una profesión de fe al Senado. Esperanzadas palabras que pocos días después serán borradas por los acontecimientos:

“Lo que yo deseo decir al Senado es que, con respecto a la conducción de la guerra, existe entre Pétain, Weygand y yo completa comunidad de ideas.

“Os digo la verdad, porque ella sola puede salvarnos, dándonos fuerzas para obrar. Si mañana se pensara en que sólo un milagro podría salvar a Francia, yo diría: Yo creo en los milagros, porque creo en Francia...”



E L E X O D O : J U N I O 4 D E 1 9 4 0

Después de tres ataques aéreos en noches y días sucesivos, en que perecieron cientos de civiles, y frente al peligro del avance nazi, la población parisiense se lanzó en un desesperado éxodo hacia el sur.

Por los caminos que convergen a París escapaban en desordenado y desolador desfile autos, camiones, carretas, bicicletas, en fin, vehículos de toda clase y dimensiones, cargados con colchones, ropa de cama, utensilios, muebles menores. Los trenes salían desde las estaciones terminales abarrotados de fugitivos, y miles esperaban la partida de nuevos convoyes. Los coches ferrocarrileros no daban abasto para transportar a una muchedumbre dominada por el miedo y la desesperación.

Los nazis trataban de aumentar la congestión en los caminos bombardeando las columnas de refugiados, muchos de los cuales se lanzaban desprovistos a las zanjas que bordean dichas rutas.

Desde la Legación salí en auto para visitar a mi librero en el bulevar Saint-Michel, a fin de retirar algunas obras de reciente publicación, y me encontré con todo el comercio y aun los cafés cerrados. Continué mi ruta por los bulevares del centro de la ciudad, regresando por la Rue de la Paix, la Plaza Vendôme, Rue de Rivoli, Plaza de la Concordia, Campos Elíseos, hasta llegar al Puente Alejandro III; lo atravesé y enfilé hacia los Inválidos, para arribar a nuestra residencia. Por todas partes encontré un París desierto, silencioso, hundido en el sombrío augurio de la inminente ocupación nazi.

La "quinta columna" hacía aun más dramática la fisonomía de la capital de Francia, porque los espías actuaban por doquier, sembrando pánico y derrotismo.

Los parisienses vivían minados por una desconfianza y sospecha mutuas, lindantes casi en la obsesión.

Ante las repetidas denuncias, la policía hacía grandes razzias en los cafés, deteniendo a centenares de sospechosos.

*El Presidente Lebrún y el
Cuerpo Diplomático evacuan París*

Junio 8 de 1940

El Nuncio, Monseñor Valeri, en su carácter de Decano del Cuerpo Diplomático, reunió a todos los jefes de Misiones, a fin de transmitirles las apresuradas instrucciones del Quai d'Orsay, para proceder a la evacuación de París con destino a Tours, donde, según información oficial de M. Lozé, jefe del Protocolo, se iba a trasladar el Gobierno.

Después de corta deliberación, se acordó evacuar París al día siguiente, o sea, a la misma hora en que el Presidente Lebrún abandonaría la capital. La partida se haría en conjunto, organizadamente y con nuestros propios medios de transporte, señalándose como punto de reunión la Nunciatura.

Junio 10

A las tres de la tarde estaban listos a la puerta de la Legación de Chile los dos automóviles cargados con las maletas y lo indispensable para el cambio de domicilio.

Dejé la Legación al cuidado del Cónsul Armando Marín, y el Consulado, a cargo de Salvador Reyes.

Ordené colocar la bandera en el mástil, para que el edificio fuera respetado por los invasores.

En el primer automóvil íbamos Miti, yo y mi suegra, señora Ana Reijer de Markmann, la cual se encontraba muy enferma. En el segundo coche, por indicación del médico, viajaba la enfermera con nuestro hijito, en precario estado de salud a causa de su nacimiento prematuro, por lo que no convenía que otros acompañantes viciaran el aire del coche. Mis hijas Sylvia y Rosita serían recogidas del hogar de la familia del consejero Roberto Donoso, que quedaba en el camino.

Reunidos los diplomáticos frente al edificio de la Nunciatura, parti-

mos con rumbo a Tours, en larga caravana que se desplazaba con lenta marcha.

Al doblar la primera avenida, un doloroso espectáculo se presentó a nuestra vista, cuando comprobamos el apresurado éxodo de la población, dominada por el pánico sembrado por los "quintacolumnistas", con el rumor de que los alemanes, en verdaderas hordas, estarían saqueando la ciudad por el norte.

El espectáculo era indescriptible. Una histeria colectiva imponía como voz de orden el "¡sálvese quien pueda!...", y los parisienses echaban mano, para movilizarse, a todos los medios automotrices y, además, a coches tirados por caballos, bicicletas, carros de mano, anticuados cacharros de épocas remotas, que con estrépitos de fierros viejos hacían contraste con los relucientes coches "limousines" último modelo de nuestra larga caravana diplomática.

Pudimos observar en los Campos Elíseos y la Plaza de la Concordia que la gente se apresuraba a huir; los cafés y tiendas tenían sus puertas cerradas.

Sumidos en una gran tristeza, a medida que avanzábamos, íbamos despidiéndonos mentalmente del bello París, que tanto nos había cautivado en nuestra corta estada.

Mientras la caravana pasaba lentamente, decíamos un cariñoso ¡adiós! a cada uno de los monumentos o lugares de mayor atracción de la ciudad, como la Plaza de la Concordia, el Palacio Bourbon, el Quai d'Orsay, los Inválidos, el Puente Alejandro III, el grande y pequeño "Palais", la Torre de Eiffel, el Trocadero, los Campos Elíseos, el Arco de Triunfo, el Bois de Boulogne, Versalles...

Todo este recorrido lo hicimos en profundo silencio. Palpábamos la desgracia a medida que avanzábamos por las rutas desbordadas con la huida de los parisienses. Era como si se tratase de nuestro propio infortunio.

El viaje fue aun más penoso debido a los atochamientos provocados por los refugiados belgas y franceses y los camiones del Ejército, que tenían preferencia de tránsito para el transporte de las tropas.

PENOSAS CONDICIONES
DEL EXODO.
IRREPARABLES CONSECUENCIAS
PARA LA SALUD
DE NUESTRO HIJO

En Tours, mientras esperábamos noticias sobre nuestro alojamiento, la sirena dio el alerta de que aviones se acercaban a la ciudad, los que minutos después bombardearon el aeródromo y la estación del ferrocarril, provocando, además del pánico y angustia de los habitantes, una mayor desorganización en los servicios.

Con Miti consideramos muy grave y peligrosa la situación, especialmente para la salud de nuestro pequeño hijo, por lo que acordamos continuar viaje a Burdeos, donde nos esperaba el secretario de la Legación, Pedro Eyzaguirre, en un punto convenido de la ruta antes de entrar a la ciudad.

Miti, con intuición de madre, se cambió al automóvil en que viajaban la enfermera con el niño, para hacerse cargo personalmente de él, en vista de todos los peligros que representaban las rutas colmadas de refugiados.

La caravana diplomática se disolvió aquí y cada jefe de Misión eligió entre hospedarse en Tours —si es que se encontraba alojamiento— o seguir viaje por su cuenta, con sus propios recursos de combustible y alimentos.

Pasamos a recoger en el camino a nuestras hijas Sylvia y Rosita, quienes nos estaban esperando con mucha ansiedad, y continuamos viaje en los dos coches. En el primero iban Miti con el niño y la enfermera; y, escoltándola, le seguía el mío, con las niñas y el personal.

El desorden y la desesperación de los refugiados, que huían en toda clase de medios de transporte, se incrementaban al cruzarse con los camiones del Ejército, llenos de fatigadas tropas. Nadie respetaba las señalizaciones, lo que producía enormes atochamientos con las consiguientes violencias de lenguaje, que llegaban incluso a las vías de hecho, entre los conductores más iracundos.

En uno de esos atascamientos, el chofer del auto en que iba Miti con

el niño fue interceptado por camiones militares que venían en sentido contrario y lo obligaron a cambiar de ruta, sin que nosotros pudiéramos seguirlo, por la imposibilidad de maniobrar, y mucho menos retroceder o detenernos.

En ese laberinto de locura colectiva, tuvimos que resignarnos a la separación, con inmensos temores por la suerte de ellos. Nos consolaba el hecho de que Miti hubiese tenido la intuición, antes de partir de Tours, de cambiarse al automóvil en el cual iba el niño, y, por precaución, anotase además en su libreta el número de la ruta y lugar donde nos esperaba el secretario Eyzaguirre.

El largo trayecto se me hizo interminable, más aun en la imposibilidad de contar con protección policial para poder ubicar el coche de Miti, resignándome a dejar en las prefecturas y bombas de bencina de los pueblos por donde íbamos atravesando mensajes para ella, en que le comunicaba que seguía sin novedad y a su vez le pedía que me informara de ella y del niño.

Por suerte, uno de esos mensajes fue recibido por ella en una bomba del camino, gracias al buen corazón de un modesto muchacho que demostró el mayor interés en ubicar el auto con las señas que le diera, especialmente por la indicación de que en uno de los tapabarros iba pintada la bandera de Chile.

Hacia las once de la noche Miti logró ubicar a Pedro Eyzaguirre, que esperaba en el puente convenido, y, al no verme aparecer, comprendieron que —como ellos— había sido desviado de la ruta.

Miti, frente a las muestras de agotamiento del niño por el pesado viaje y el frío reinante, resolvió continuar a Biarritz, en cuyas cercanías Eyzaguirre nos había arrendado una casa de campo, en un lugar llamado “La Negresse”.

Mientras tanto, por otra ruta, nosotros llegamos a Burdeos en medio de un tumulto de refugiados franceses, belgas, ingleses, españoles y judíos, los cuales luchaban desesperadamente por obtener algún medio de transporte que los llevara a la frontera española o les permitiera alcanzar Inglaterra.

En Burdeos, mis primeros pasos fueron para ubicar al *maire* (alcalde) de la ciudad, M. Marquet, pero me fue imposible hablar con él, pues estaba dedicado por entero a instalar al Presidente Lebrún y a los miembros de su Gobierno.

Frente a este imprevisto, me dirigí al Hotel Excelsior, reservado para el Gobierno y el Cuerpo Diplomático, muy preocupado por la angustia de mis hijas Sylvia y Rosita, que, casi muertas de hambre y frío, lloraban por su mamá.

Para felicidad nuestra, el administrador del hotel me atendió con especial deferencia y solicitud —que nunca olvidaré—, y por propia iniciativa se comunicó con la prefectura, para averiguar la ubicación de “La Negresse”, donde abrigábamos la esperanza de encontrar a Miti. Con el corazón apretado, nos resistíamos siquiera a imaginar que ella no hubiera llegado a la casa, y todavía estuviera botada en el camino, sin poder recibir auxilio y expuesta a los bombardeos.

Una vez que supimos las señas de “La Negresse”, de inmediato partimos por la ruta de Biarritz.

Llegamos pasadas las tres de la madrugada, y el golpe de felicidad nuestro fue muy grande cuando divisamos las ventanas de nuestra casa iluminadas y el auto de Miti frente a la puerta.

Experimentamos una inmensa alegría al vernos de nuevo reunidos, sanos y salvos, con la excepción de nuestro hijito, cuya salud se había resentido mucho, como consecuencia del penoso y agobiador viaje. Este hecho puso muy nerviosa a Miti, como igualmente al resto de la familia; la enfermera también estaba muy preocupada. Esa madrugada ni en el resto del día fue posible dar con un médico, buscado en Biarritz, Burdeos y Bayona. Todos estaban movilizados o refugiados en el campo, huyendo de los bombardeos.

La guerra moderna no respeta ni a las poblaciones civiles, y su crueldad se ensaña con los seres débiles como los niños y los ancianos, que padecen de hambre y de las inclemencias del tiempo, abandonados en los campos y los caminos, muchas veces bajo la acción despiadada de la metralla de la aviación enemiga.

Nuestro hijito —a pesar de los solícitos cuidados de Miti y de la enfermera— no resistió, por su frágil contextura, el largo peregrinaje y la embestida brutal de la guerra... A los pocos días de estar instalados en la casa de campo, nosotros pagamos, sin correspondernos, un desgarrador tributo: la muerte del más tierno miembro de nuestra familia, en un apartado lugar de Francia: “La Negresse”...

Mussolini da a Francia una puñalada por la espalda

Junio 10 de 1940

En medio del asombro del mundo, Mussolini declaró la guerra a Francia—su ex aliada—cuando el desastre del Ejército francés le impedía defenderse.

Ciano, Ministro de Relaciones Exteriores de Italia y yerno de Mussolini, escribe en su *diario político* (página 261) su entrevista con el Embajador de Francia, François-Poincet, para notificarle la “agresión”... Dice así:

JUNIO 10 - DECLARACION DE GUERRA

He recibido al Embajador francés François-Poincet, que se esforzaba en disimular su emoción. Y le dije: —Usted probablemente ha comprendido por qué lo he hecho llamar. El me respondió: —Aunque no soy muy inteligente, esta vez he comprendido bien.

Pero no ha sonreído más que un instante; después de haber escuchado la declaración de guerra de Italia a Francia, ha replicado con sorna: —Es una puñalada a un hombre ya derribado en el suelo. Yo agradezco, sin embargo, que usted haya empleado para ello un guante de terciopelo. Y agregó: —Los alemanes son amos duros. Usted mismo lo experimentará pronto. No se deje matar... Concluyó haciendo alusión a mi uniforme de aviador, y se retira estrechándome la mano.

Termina Ciano con el siguiente comentario, que revela que hasta al yerno de Mussolini le repugna el golpe bajo el cinturón... Dice:

Mussolini habla del balcón del Palacio de Venecia.

La noticia de nuestra entrada a la guerra no sorprende a nadie ni despierta el menor entusiasmo.

¡Yo estoy triste, muy triste!...

La aventura comienza. ¡Que Dios asista a Italia!

¡E L P R I N C I P I O D E L F I N ! . . .

Junio 11

Muy de mañana me trasladé a Burdeos con objeto de tomar contacto con el Quai d'Orsay y con mis colegas de Misión para informarme de la verdadera situación militar, desfigurada por toda clase de rumores, en gran parte esparcidos por los refugiados franceses y extranjeros, aterrizados por el avance alemán. La población tenía conciencia y sabía que Francia había sido derrotada y sus tropas ya no combatían.

En el Hotel Excelsior me encontré con mi colega el Embajador de Uruguay, César Gutiérrez, quien tenía la misma preocupación mía, y logramos saber por el Embajador de España, Lequerica, que el Presidente Lebrún y su Gobierno, instalados en esta ciudad, enfrentaban una difícil lucha interna entre los Ministros que querían continuar la guerra fuera de Francia, y los que, unidos al Mariscal Pétain y el General Weygand, deseaban con urgencia solicitar el armisticio.

Reynaud y Mandel, apoyados por los Presidentes de la Cámara de Diputados, Herriot, y del Senado, Jeanneney, estaban entre los "duros", y el Presidente Lebrún y Chautemps, con Pétain y Weygand, entre los "blandos".

Se esperaba la respuesta de Roosevelt a un angustiado S.O.S. lanzado por el Premier Reynaud.

El Embajador de Brasil, Sousa Dantas, se unió a nuestra mesa e informó que acababa de oír por la Radio Francesa que la ofensiva alemana avanzaba con caracteres incontenibles.

Los ejércitos de la Línea Maginot se batían en retirada, en situación extremadamente crítica.

De repente, de uno de los salones vi salir la imponente figura del Presidente Herriot, rodeado de parlamentarios, y al atravesar el hall y enfrentar la mesa donde yo me encontraba con mis colegas de Brasil, México y Uruguay, me acerqué a él para saludarlo. Al reconocerme, solamente atinó a decirme, con sus ojos húmedos:

—Aquí todo está perdido, señor Ministro. París acaba de ser ocupado. ¡Pobres hijos míos! —y se alejó presuroso...

Luego se unió a nosotros por breves momentos el Embajador de España, quien nos informó que Pétain, en vista de la derrota del Ejército francés, había pedido Consejo de Gabinete para las tres de esa tarde, con el objeto de acordar la petición de armisticio.

Según sus informantes, habría una fuerte mayoría para aprobarlo dentro del Gobierno, y, lo que era más decidor, el Presidente Lebrún estaría con la mayoría.

La reunión del Gabinete fue muy agitada y el debate tomó a veces caracteres violentos entre los "duros" y los "blandos".

El Generalísimo Weygand, al informar de la *débâcle* militar, terminó sosteniendo que se imponía con urgencia la petición de armisticio, requerimiento que Reynaud objetó con vehemencia.

Fue el Vicepresidente del Consejo, Camille Chautemps, quien propuso una fórmula de transacción: "Pedir al Reich que dé a conocer las condiciones para poner en marcha el cese de las hostilidades y aquellas otras que señalaran las bases para restablecer la paz".

Esta fórmula habilidosa obtuvo una gran mayoría con las protestas de Reynaud, Mandel, Monnet y Rollin.

El Presidente Lebrún se unió a esta fórmula con decisión.

Reynaud, agitado, se levantó y declaró: "Señores, yo constato que la mayoría del Consejo ha cambiado de opinión, y no comparto mis puntos de vista". Y se retiró...

El Presidente Lebrún —frente a la actitud de Reynaud— lo calmó y lo convenció de que no podía tomar ninguna resolución de renuncia cuando estaba pendiente la respuesta del Presidente de los Estados Unidos, señor Roosevelt.

La esperada respuesta no llegó sino pasada la medianoche.

La caída del Premier Reynaud

Junio 16-17 de 1940

La respuesta del Presidente Roosevelt, donde prometía toda clase de ayuda material a Francia, fue considerada negativa, por cuanto afirmaba

que constitucionalmente no podía declarar la guerra al Reich, porque tal facultad competía sólo al Congreso de los Estados Unidos.

Reynaud reunió al Consejo en la mañana siguiente para darle a conocer la respuesta del Mandatario norteamericano, y terminó por convencer a los pocos "duros" de que se plegaran a la fórmula de Chautemps, que, en el fondo, era la misma de Pétain y Weygand.

Manteniendo su entereza, Reynaud no rehuyó informar que acababa de visitarlo el Embajador inglés para anunciarle que el Consejo de Ministros de Londres no había aprobado los compromisos empeñados por Churchill en Tours, sobre ayuda aérea inmediata a Francia.

Pidió que no se tomara ninguna resolución hasta después de una conversación que sostendría con Churchill a las doce, y dejó citados a los Ministros para las cinco de la tarde, a fin de que conocieran su resultado.

En el Consejo, celebrado a la hora señalada, se dio cuenta de una nueva y extraordinaria proposición de Churchill: *Unir ambas naciones en un solo Estado*. La proposición —generosa en apariencia— hirió el espíritu nacionalista francés, y no tuvo acogida. Además no resolvía el urgente problema del momento.

Se levantó entonces Mandel y con voz desafiante y enérgica dijo:

—Señores, todas estas discusiones se han prolongado demasiado. Lo que es de toda evidencia, aquí aparece cada vez con más claridad que estamos divididos entre quienes somos partidarios de la guerra y quienes están decididos por la paz.

A estas palabras el Vicepresidente Chautemps le replicó con dureza:

—Señor Mandel, yo no le permito decir que aquí hay valientes y cobardes. Aquí habemos sólo hombres de sentimiento y corazón, que tenemos el valor de apreciar la trágica e irreversible situación de derrota.

Todos los Ministros, en silencio, aprobaron estas palabras, y Mandel guardó silencio.

Reynaud se levantó entonces y expresó con entereza:

—Está de manifiesto que sólo una minoría del Consejo comparte mis puntos de vista. Considero que no soy yo el hombre indicado para pedir el armisticio e intervenir para que Inglaterra releve a Francia de sus compromisos con ella. Por eso yo pido que sea aceptada mi dimisión

PÉTAİN, PRESIDENTE DEL
CONSEJO

Junio 18 de 1940

El Presidente Lebrún reunió a los Presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados, Jeanneney y Herriot, para buscar alguna fórmula que permitiera encontrar una solución a la crisis de Gobierno.

Ambos le pidieron al Presidente Lebrún que encargara la organización del Gobierno nuevamente al mismo Reynaud. Este se opuso con firmeza, y, en cambio, recomendó al Presidente de la República que llamara al Mariscal Pétain para enfrentar la apremiante situación creada con el avance alemán, en ruta hacia Burdeos.

Jeanneney y Herriot, frente a la intransigente posición de Reynaud, se inclinaron también por Pétain como organizador del nuevo Gobierno.

Llamado Pétain, aceptó el cargo y, junto con asentir, hizo entrega al Presidente de la República de una lista con los nombres de su Ministerio, en que figuraban Chautemps, como Vicepresidente; el General Weygand, en Defensa; el Almirante Darlan, en Marina, y Boudouin, en Relaciones.

Este Gobierno sería el del armisticio.

Boudouin, en su calidad de Ministro de Relaciones, convocó a los Embajadores de España, Inglaterra, Estados Unidos y al Nuncio Apostólico, para informarles que Francia iba a solicitar de Alemania las condiciones de armisticio, y le solicitó al Embajador Lequerica y al Nuncio Valeri que intervinieran frente a los Gobiernos de Hitler y Mussolini.

A las diez de la mañana, en la prefectura de Burdeos, se reunió el nuevo Consejo, presidido por el Mariscal Boudouin, quien anunció que España había aceptado ser intermediaria entre Francia y el Reich, quedando en manos de nuestro colega Lequerica las gestiones del encuentro con los Plenipotenciarios alemanes.

Chautemps, por su parte, dio cuenta de que la Santa Sede ya había

transmitido la petición a Mussolini, y se esperaba de un momento a otro conocer las condiciones de los italianos.

Weygand dio lectura al último informe del Consejo de Guerra, que fue el reconocimiento del desastre final: la resistencia definitivamente destruida. La Wehrmacht había franqueado el Loira por el oeste y avanzaba sin obstáculos hacia el sur; el Alto Saona estaba ocupado y las tropas francesas se retiraban en completo desorden.

—Es lo que yo temía —concluyó Weygand—. Nosotros hemos sido culpables por retardar la demanda de armisticio.

De inmediato se puso en discusión el otro grave y conflictivo problema que dividía al Consejo: ¿Debía el Gobierno abandonar Francia y partir para el África o quedarse en el país?

El problema requería una solución inmediata, porque el Ejército alemán avanzaba hacia Burdeos, y podía tomar prisioneros a todos sus miembros.

Pétain se opuso a dejar Francia, aunque aceptó que parte de los Ministerios podían trasladarse a las colonias. Sostuvo categóricamente que su deber era proteger a los franceses dentro del territorio nacional.

Luego de larga deliberación, se acordó que el problema debía ser resuelto por el Presidente de la República, por el Mariscal Pétain y por los Presidentes de las Cámaras, Jeanneney y Herriot, los que, reunidos en una sala de la prefectura, convinieron en que Pétain y un grupo de Ministros se quedarían en Francia, y que el Vicepresidente Chautemps, con una delegación de poderes otorgada por Pétain, saldría con rumbo a África, con los congresales, encabezados por los respectivos Presidentes de ambas Cámaras y otro grupo de Ministros.

Reincorporados a la sesión de Consejo, dieron cuenta del acuerdo a que se había llegado, y por unanimidad fue aprobado.

Por último, quedó resuelto que el embarco para el África sería al día siguiente, 19 de junio, a bordo del barco *Masiglia*.

E L A R M I S T I C I O

Junio 19

Nos informó el Embajador Lequerica que esa mañana había tenido que despertar muy de madrugada —eran las seis— a Boudouin para comunicarle que Hitler aceptaba el armisticio y que Pétain, frente a esta decisión, había nombrado al General Huntziger, al Embajador León Noël, al Vicealmirante Le Duc y al General Bergeret, como Plenipotenciarios de Francia, presididos por Huntziger.

Burdeos nuevamente bombardeada

Pasada la medianoche el alerta despertó a los sorprendidos bordaleses, que estaban confiados en que con la aceptación del armisticio por Hitler cesaría el castigo aéreo a las poblaciones abiertas, como Burdeos. Sin embargo, el bombardeo fue violento y de larga duración. La gente, con ira contenida, corrió a refugiarse.

En esos momentos por suerte aún no nos habíamos recogido a nuestras habitaciones, y nos encontrábamos con varios colegas reunidos en el Hóter Excelsior. Esto nos permitió salir apresuradamente del edificio en dirección a un refugio cercano, desde donde escuchábamos, nerviosos, lo intenso del ataque aéreo sobre la ciudad, calculado por el retumbar de las bombas que explotaban no muy lejos de donde estábamos.

El bombardeo duró exactamente desde las cero treinta horas hasta la una de la madrugada.

Este acto —injustificable e inhumano— contra una ciudad abierta y rendida costó unas trescientas vidas y más de seiscientos heridos.

El Presidente Lebrún realizó una visita a los hospitales adonde fueron llevados los lesionados, dándoles palabras de aliento.

Las condiciones del armisticio
Junio 22 de 1940

Los Plenipotenciarios franceses se reunieron con los representantes del Führer en el famoso "vagón" donde se celebró el armisticio en la guerra de 1914-1918 y en el mismo bosque de Rethondes.

A la primera entrevista asistió Hitler personalmente.

El Führer leyó una *declaración* por la cual "protesta contra las imposiciones del tratado de Versalles, que impuso tanta humillación y sufrimiento al pueblo alemán..." Terminó notificando al mundo que, con la victoria de sus tropas, ese tratado quedaba abolido definitivamente.

Enseguida se retiró y comenzaron las conversaciones.

Ese mismo día, el Mariscal Pétain se dirigió al pueblo francés y, al darle cuenta de las condiciones del armisticio, les dijo:

El armisticio está concluido; el combate ha tocado a su fin en todos los frentes.

En este día de duelo nacional, mi pensamiento va hacia todos nuestros muertos, a todos aquellos que la guerra ha martirizado en sus cuerpos y en sus afecciones. Su sacrificio ha mantenido en alto y puro el pabellón de Francia. Ellos permanecerán en nuestra memoria y en nuestros corazones.

Las condiciones que hemos suscrito son severas. Una gran parte de nuestro territorio va a ser temporalmente ocupada. Concretamente, todo el norte y el oeste de Francia, desde el lago Geneve hasta Tours y desde Tours por la costa hasta los Pirineos. Alemania ocupará militarmente este territorio.

El Gobierno queda libre en el resto de la zona (zona libre), y su administración sólo podrá ser ejercida por franceses.

El armisticio entró en vigor en la noche del 24 al 25 de junio de 1940, a la una y treinta de la madrugada.

La línea de demarcación fijada por el artículo 2.º del armisticio entregaba a la ocupación alemana los dos tercios de Francia, la mayor parte de la población, las zonas industriales más ricas y ¡París!. ¡París, la capital...!

Capítulo XXI

EN VICHY LOS PODERES PUBLICOS ACUERDAN EL CAMBIO DEL REGIMEN CONSTITUCIONAL. FIN DE LA III REPUBLICA

Julio 2 de 1940

Firmado el armisticio, el Mariscal resolvió instalar el Gobierno en la "zona libre", eligiendo la ciudad de Vichy—gran centro termal—, ubicado en el Macizo Central, y a orillas del río Allier.

Vichy contaba con una extensa red de hoteles, que facilitaron la instalación del Gobierno y sus Ministerios, como igualmente la del Cuerpo Diplomático.

La intención del Mariscal era negociar con Hitler la entrega de Versalles, que permitiría posteriormente la vuelta a París. Desgraciadamente para el Gobierno francés, nunca se logró llegar a un acuerdo.

La primera medida del Mariscal fue llamar al Gobierno a Pierre Laval, a quien designó Vicepresidente del Consejo junto con Chauvemps. Laval vio facilitado así su intencionado plan de colaboración "entreguista" a Hitler, hasta que el Mariscal, poco tiempo después, obligado a ponerle freno, lo sacó violentamente del Gobierno. Esta medida le creó un serio conflicto con el Führer.

En el primer Consejo celebrado en Vichy, el 4 de julio, se acordó convocar al Parlamento para el día martes 9 de ese mes. La Cámara sesionaría en la mañana y el Senado por la tarde, en el Salón del Gran Casino.

El miércoles 10 de julio, en el mismo Gran Casino, se reuniría la Asamblea Nacional, formada por los senadores y diputados en sesión plena.

La convocatoria tenía por objeto conseguir "que ambas Cámaras y la Asamblea otorguen poderes excepcionales al Mariscal Pétain, para dar a Francia una Constitución enteramente nueva, basada en los principios de autoridad, jerarquía y disciplina".

Una gran animación reinaba en los parques, calles y hoteles de

Vichy, repletos de parlamentarios, llegados de todas las regiones de Francia.

Las reuniones privadas se sucedían a cada hora, y según las informaciones intercambiadas con mis colegas diplomáticos, obtenidas directamente en los distintos sectores políticos, era casi unánime la opinión de apoyar las facultades plenas otorgadas a Pétain, por la profunda confianza y respeto que él inspiraba.

Por fin, el martes 9 de julio de 1940 la Cámara de Diputados se reunió a las nueve y media de la mañana en el Salón Blanco y Oro del Gran Casino. El improvisado local que estaba reemplazando al Palacio Bourbon y al Palacio Luxemburgo de París, se veía desbordante de público. En un amplio palco escénico tomaron colocación el Presidente de la República, señor Lebrún; el Presidente del Senado, Ministros de Estado; nosotros los representantes del Cuerpo Diplomático, y las señoras con primaverales toilettes, lo que daba una alegre vista al recinto, en contraste con la austeridad dramática del debate.

M. Herriot —vestido de negro— abrió con varonil y solemne acento la histórica sesión. De pie, y con la elocuencia que lo caracterizaba, pronunció una alocución, en la que comenzó por rendir homenaje a los diputados que cayeron en los campos de batalla.

Refiriéndose a la derrota, dijo: "Al día siguiente de los grandes desastres, se buscan responsabilidades. Ellas son de diverso orden y podrán diluirse. Pero la hora de la justicia debe llegar; y Francia la exige severa, legítima e imparcial. Pero esta hora no es sólo la de la justicia, sino también una hora de duelo. Ella debe servir a la de la reflexión y la prudencia. Alrededor del Mariscal Pétain, con la veneración que su nombre inspira, nuestra nación, en su desgracia, se ha unido a él. Seamos prudentes para no perturbar la unión nacional establecida bajo su autoridad. Vamos a reformar y a volver más austera una República que habíamos hecho de fácil vida, pero cuyas raíces guardan todos los principios de la virtud. Nosotros vamos a rehacer Francia.

"El destino de esta obra depende del ejemplo de cordura que podamos dar. Nuestro gran país, nuestro querido país, renacerá de sus ruinas... Señores, ¡Viva Francia!"

De pie la Cámara ovacionó, clamorosa, a su Presidente. En el acto,

Herriot puso en votación el acuerdo por el cual se daban plenos poderes a Pétain para reformar la Constitución.

Los diputados aprobaron, casi por unanimidad, la trascendental autorización. El escrutinio dio *395 votos contra 3*.

En la tarde, el Senado aprobó igualmente la autorización, también muy cerca de la unanimidad de los votantes: *229 contra 1*.

LA ASAMBLEA NACIONAL
ASUME SU RESPONSABILIDAD
HISTORICA

Julio 10 de 1940

La palabra definitiva la tenía ahora la Asamblea Nacional.

Eran las catorce horas. Los representantes del Cuerpo Diplomático ocupamos nuestros asientos reservados en el mismo palco escénico. Tenía a mi derecha al Embajador Sousa Dantas, del Brasil, quien me fue indicando el nombre e importancia de los Ministros, senadores y diputados a medida que éstos se ubicaban en sus asientos. Entre ellos me destacó a Laval, que surgió en primer plano después de ser nombrado Vicepresidente del Consejo. Confidencialmente, y con mucha visión, me dijo que era un hombre difícil y ambicioso, que le crearía dificultades al Mariscal.

El Vicepresidente del Senado, Valadier, abrió la sesión y puso en votación el siguiente proyecto de ley: "La Asamblea Nacional da plenos poderes al Gobierno de la República, bajo la autoridad y la firma del Mariscal Pétain, con objeto de promulgar, por uno o varios actos, una nueva Constitución del ESTADO FRANCES.

"Esta Constitución deberá garantizar los derechos del trabajo, de la familia y de la Patria".

Por *569 contra 80 votos* el proyecto fue aprobado.

Se levantó entonces Laval para pronunciar esta lacónica frase: "Una sola palabra: en nombre del Mariscal Pétain, yo os lo agradezco por Francia".

El Presidente de la República, Albert Lebrún, renunció a su cargo esa misma tarde, para que el Mariscal asumiera el puesto de Jefe del Estado francés.

Al día siguiente apareció en el Diario Oficial el decreto por el cual quedaba organizado el nuevo régimen.

El Mariscal Pétain asumió como jefe supremo del Estado, asistido por doce Ministros. Las Cámaras quedaban en receso y sus funciones pasaban a Pétain, que prácticamente fue ungido dictador de Francia, no sólo con la aprobación del Parlamento y del Presidente de la República, sino también con el aplauso de éstos y de la inmensa mayoría del país.

Este endiosamiento del Mariscal, llevado al extremo de quedar autorizado por el Congreso para poner término a la Tercera República Francesa y dar nacimiento al nuevo Estado, autoritario y paternalista, nos sobrecogió a muchos de los jefes de Misiones americanas, testigos presenciales de cómo se fueron desarrollando los acontecimientos día a día, los que, en síntesis, he ido relatando en estas páginas.

El Mariscal Pétain, el mismo 11 de julio, pronunció por radio una alocución para explicar el significado del mandato recibido:

La Asamblea Nacional me ha investido de plenos poderes. Os voy a deciros cómo los ejerceré.

El Gobierno debe hacer frente a una de las situaciones más difíciles que Francia haya conocido. Es urgente restablecer las comunicaciones del país; devolver a los franceses a su hogar, a su trabajo y asegurarles su abastecimiento.

Es indispensable negociar y concluir la paz.

Para cumplir la inmensa tarea que nos incumbe, tengo necesidad de vuestra confianza, y vuestros parlamentarios me la han dado en vuestro nombre. Ellos han querido, vosotros también, que cese la impotencia del Estado que paraliza la Nación.

He constituido un nuevo Gobierno. Doce Ministros se harán cargo de la administración del país. Gobernadores serán colocados a la cabeza de las grandes provincias francesas. Así la administración será concentrada y descentralizada.

Hemos pedido al Gobierno alemán liberar a Versalles y el "Quartier" de los Ministerios en París para establecer nuestro Gobierno en esos lugares.

El trabajo de los franceses es el recurso supremo de la Patria.

Es una obligación y debe ser sagrado. El capitalismo internacional y el



A M^r Gonzalez Ministre du Chili, qui
quitte notre Pays emportant la sympathie
du gouvernement et des Français.
Avec mes meilleurs vœux

P. Pétain 26 - Novembre 1941

Pétain, Jefe Supremo del nuevo Estado francés.

marxismo internacional que explotaron al trabajador son la tragedia del pasado.

Cinco años más tarde

Como ironía del destino, cinco años más tarde, cuando cambió la suerte de la guerra, y Hitler fue derrotado, los mismos políticos de la III República acusaron al Mariscal Pétain de haber usurpado los poderes dictatoriales que le concediera la Asamblea Nacional en Vichy y lo condenaron a muerte.

En su defensa apareció la figura del Almirante William Leahy, Embajador del Presidente Roosevelt ante el Mariscal, y luego Jefe de la Casa Militar del Presidente Truman, quien atestiguó ante el Tribunal que lo juzgaba "que tenía el íntimo convencimiento de que el Mariscal Pétain tuvo como principal preocupación servir a Francia", y agregó que "éste a menudo le expresaba su ferviente esperanza de que fueran destruidos los invasores nazis".

No obstante el testimonio de un Embajador norteamericano y Almirante de la Marina de Guerra, y del hecho histórico de haberse otorgado los poderes por casi la unanimidad de los congresales de la III República, el Mariscal fue condenado a muerte.

Al ser notificado de la sentencia, en forma lacónica pero severa, respondió: "En los umbrales de la muerte, juro que yo siempre serví a Francia".

Y cuando el Tribunal, por razones de edad, lo declaró acreedor a la conmutación de la pena, Pétain respondió con contenido orgullo: "Un Mariscal de Francia no pide clemencia".

El General de Gaulle se la conmutó, sin embargo, por presidio perpetuo. Murió tiempo después, en prisión, a los noventa y cinco años de edad, en la cárcel del Fuerte de Pierre Levee, en la Isla de Yeu, pequeño lugar de pescadores, en la Vendée.

El Mariscal recibe al Cuerpo Diplomático

Julio 18 de 1940

Realizados todos los cambios del nuevo régimen, en estricto ordenamiento constitucional, el primer acto del Jefe del Estado francés fue

recibir al Cuerpo Diplomático acreditado en París durante la Presidencia de Lebrún.

La abdicación del Presidente Albert Lebrún en favor del Mariscal, aprobada por ambas ramas del Congreso y por la Asamblea Nacional, nos obligó a todos los jefes de Misiones a reconocer, sin problemas, a Pétain como legítimo sucesor del Mandatario que acababa de dimitir.

Algunos Embajadores, sin embargo, consultaron al jefe del Protocolo, Lozé, si eran necesarias nuevas credenciales para ejercer nuestra representación diplomática ante el Mariscal, a lo que éste respondió que Boudouin, Ministro de Relaciones, de acuerdo con el Consejo de Ministros, había resuelto que tan engorroso y largo trámite estaba de más y demoraba el reconocimiento al nuevo Gobierno. En forma confidencial, Lozé insinuó que se trataba de evitar al Mariscal —profundamente fatigado con el tremendo fardo que sostenía sobre sus viejas espaldas— tener que recibir nuevas cartas credenciales a más de un centenar de Embajadores, escuchar sus discursos y contestar a cada uno de ellos.

Por estas circunstancias, la recepción solemne al Cuerpo Diplomático se apresuró. Este fue el primer contacto oficial del Mariscal con nosotros.

Lozé nos hizo reunir en el Gran Salón del Pavillon de Savigné, en Vichy.

El elevado número de jefes de Misiones que acudimos a la recepción, haciendo grandes sacrificios, vestidos algunos con chaquetas de sport, le quitó al acto esa solemnidad litúrgica, de la cual son tan cuidadosos los Gobiernos de las grandes potencias europeas, especialmente Francia.

Muy pocos lucían sus *jackets*, lo que hacía más abigarrado el ambiente general.

Fue, sin embargo, emocionante la aparición del Mariscal, acompañado por el Ministro Boudouin.

De andar lento pero no vacilante, vestido de civil, lucía correcta tenida negra, corbata del mismo color y cuello duro. Cuando avanzó hacia el hall, lo hizo mirando al extenso círculo de diplomáticos.

Su aspecto era magnífico, a pesar de sus ochenta y cuatro años, y de las penalidades por las que hubo de pasar durante el último tiempo, falto —como ocurrió en realidad— de sueño y de descanso. Su rostro, más bien

terso por la ausencia de arrugas, hacía destacar mejor sus ojos, de un azul intenso. Su bigote blanco manteníalo recortado al viejo estilo francés.

Erguido en el centro del hall, retiró del bolsillo interior de su vestón un lacónico saludo que leyó con voz clara y firme:

“Al hacerme cargo del Estado, debo saludar a los representantes de las naciones acreditadas ante mi Gobierno y pedirles, en la difícil tarea que emprendo, la colaboración y simpatía que siempre han demostrado en las buenas relaciones con mi país”.

El Mariscal se dirigió entonces, en gentil y no esperado gesto, a saludar personalmente a cada jefe de Misión, sin arrogancia ni prepotencia. Lentamente, como queriendo retener en su memoria el rostro de cada uno de nosotros, nos miró con detenimiento y, junto con decir una frase amable, nos estrechó la mano.

Terminado el largo recorrido, el Mariscal, desde la puerta, se despidió de nosotros con una inclinación de cabeza, al estilo militar.

Un animado comentario de la corta ceremonia siguió entre los diplomáticos americanos. La inmensa mayoría –yo entre ellos– confesó que la figura del Mariscal inspiraba respeto, junto con exhibir una vitalidad a toda prueba, que sobrepasaba en mucho la que correspondía a sus años.

EL EJERCITO ALEMAN OCUPA
BIARRITZ

NOSTRASLADAMOS A PARIS

Mientras tanto, en Vichy hospedaron al Cuerpo Diplomático en el Hotel Des Ambassadeurs. Cada jefe de Misión dispuso de una sola pieza con baño, la cual debía servirle de residencia y de oficina... Las familias, por el momento, no podían instalarse en la ciudad.

En vista de esta emergencia, Miti prefirió regresar a París, ocupado por los alemanes; la dolencia de su madre se había agravado, requiriéndose de una junta de especialistas, pues existían sospechas de un cáncer.

Como Chile no había roto relaciones con el Reich, no resultó difícil obtener salvoconductos de las autoridades alemanas para entrar a la zona ocupada.

Por su parte, el Ministro Boudouin me dio toda clase de facilidades para ausentarme de Vichy y trasladarme con mi familia a París, donde permanecería por un determinado período.

Me dirigí a "La Negresse" —en Biarritz— en busca de mi familia el mismo día que el Ejército alemán ocupó la zona de Burdeos.

Desde la puerta de nuestra casa de campo presencié la espectacular entrada de las divisiones blindadas de tanques y artillería, que parecían no tener fin. Las máquinas acorazadas, los cañones, los carros que transportaban tropas, relucientes, hacían competencia con la rígida figura de los soldados germanos: altos, rubios, de anchas espaldas. Ostentaban flamantes uniformes y cascos de color verde aceituna, que parecían recién salidos de la fábrica.

Daba la impresión de que era un ejército que no venía de los campos de batalla, sino que salía de sus cuarteles para exhibirse e impresionar a las multitudes con su marcialidad y potencia militar.

En ruta hacia París

Agosto de 1940

En una luminosa mañana de verano abandonamos "La Negresse". En tres automóviles quedaron instalados la familia y personal de servicio, listos para regresar a nuestra Legación en París.

La partida dio motivo a una escena muy triste, cuando colocamos en mi auto la urna en la cual descansaban los restos de nuestro pequeño hijo —previamente embalsamado— para poder trasladarlo a nuestro regreso a Chile. Miti no quiso nunca separarse de él hasta que fue sepultado en el Cementerio General de Santiago. Mientras tanto, vivió apegada a la urna, manteniéndola en una habitación de nuestra Legación, donde la ofrenda de una flor no faltó jamás.

Pasadas las primeras emociones, cada cual se instaló lo mejor que pudo en sus respectivos coches y emprendimos viaje rumbo a Burdeos, encontrando ya todo el largo camino ocupado por tropas alemanas. Aquí topamos con el primer control militar. Centinelas de bayonetas caladas examinaron nuestra documentación, y al comprobar que éramos miembros de una representación diplomática, procedieron con extrema cortesía, liberándonos de la apertura de maletas.

A nuestro paso por Orleáns nos detuvimos en busca de un médico a fin de que atendiera a mi suegra, que sufría de un doloroso ataque de nefritis. El facultativo que encontramos recomendó dejarla en absoluto reposo por algunas horas, lo que nos decidió a postergar el viaje para el día siguiente. Después del almuerzo, en vista de la reacción favorable de la enferma, el doctor nos autorizó para seguir nuestra accidentada ruta.

No habíamos recorrido muchos kilómetros, cuando el automóvil Simca que manejaba Miti, y que llevaba como acompañante a nuestra hija Sylvia, sufrió la rotura de una de las ruedas delanteras, lo que hizo que el coche entrara en peligroso carrusel, en una ruta de intenso tránsito. Por milagro se evitó la colisión con coches que corrían en sentido contrario, gracias a la prontitud de los conductores, que lanzaron sus vehículos fuera del camino.

Muy pronto se hicieron presentes los soldados alemanes, que, una vez restablecida la circulación de los coches, procedieron a examinar la

documentación de Miti, que acreditaba su rango diplomático. Cuando constataron que las viajeras no habían sufrido lesión alguna, ayudaron a reparar el coche, y así pudieron continuar el viaje.

Yo no supe del accidente hasta que llegué a Angulema, pues había tomado la delantera manejando el Lasalle, con mi suegra y mi hija Rosita como pasajeras.

P A R I S O C U P A D O

De Angulema tomamos la ruta de Rambouillet y entramos a París por Versalles.

Durante el trayecto nos inquietó la forma en que íbamos a encontrar a París "ocupado"... ¿Eran ciertas las noticias sobre la destrucción de los más bellos monumentos y el pillaje en sus museos? ¿Tenían base los rumores de que las tropas alemanas se habían comportado como bárbaros con la población parisiense, en particular con las mujeres y los niños?

El pesimismo me dominaba, por haber sido testigo de bombardeos a ciudades abiertas como París, Tours y Burdeos. También recordé las ráfagas de fuego de la aviación nazi que barrían las carreteras desbordadas de refugiados, en precipitada huida hacia el sur de Francia.

La duda siguió atormentándome durante todo el camino.

¿Se habría librado París, capital intelectual y artística del mundo, del furor de la guerra, conservando los museos más célebres y mejor seleccionados, tanto como sus viejos monumentos? ¿Volveríamos a contemplar intactos Notre-Dame y la Sainte-Chapelle, joyas del arte gótico? ¿Y el Louvre, imagen viva del Renacimiento? ¿Y qué decir de los admirables y armónicos palacios de la Plaza de la Concordia y el Arco de Triunfo, rediviva concepción esta última del vencedor de Austerlitz, y que éste no alcanzara a contemplar? ¿Y no nos olvidemos de Versalles, modelo de refinamiento y arte del Gran Rey!...

Por fin renació en mí la confianza cuando traspasamos este último monumento palaciego que aparecía indemne y más bello que nunca, en una tarde luminosa de verano.

Desde luego, el paisaje que íbamos dejando atrás no había cambiado, como el Bois de Boulogne y sus alrededores. Fue al recorrer los bulevares del centro y la Plaza de la Concordia, si bien sentimos el alivio de verlos intactos, sin embargo, nos causó una desagradable sorpresa el ver enormes banderas rojas con la cruz gamada flotando en los edificios requisados por las fuerzas ocupantes: Hotel Crillon, Majestic, Palacio Bourbon, Luxemburgo, Rue de Rivoli y Torre de Eiffel...

En los cruces más importantes de las avenidas, en grandes letreros de madera, pintados de amarillo y negro, con caracteres góticos, aparecían en un amontonamiento de letras indescifrables para mí: *Norbunnhof*, *Fronthistelle*, *Ortslazarett*; y como orden general, colocada en todas partes, *Verboten*.

Pero quedamos más sorprendidos aún cuando contemplamos que París presentaba un curioso contraste de sus calles y bulevares con el ambiente que recordábamos al abandonar la capital.

Era la visión de otro París, seguramente del París de 1900... No corrían ni buses, ni taxis, ni automóviles particulares. Estos vehículos habían sido reemplazados por coches y ómnibus tirados por parejas de caballos; landós, cabriolés y victorias, conducidos por pintorescos co-





cheros y en muchos casos por hermosas muchachas. Todas estas reliquias sacadas del olvido, unidas a la invasión de los velo-taxis(1) y bicicletas, daban una fisonomía distinta a la ciudad, con la ventaja de terminar con la congestión del tránsito. Sólo los alemanes se trasladaban en sus lujosos coches abiertos, con gran pompa y entorchados uniformes que hacían destacar más sus estiradas siluetas.

El servicio de velo-taxis se extendía a todos los barrios, y, en su refinamiento, algunos llevaban hasta una cabina cerrada. Pero la pobla-

(1)Velo-taxis: Bicicletas que arrastran un acoplado donde se instala el pasajero.





Wehrwirtschafts- u.
Rüstungsstab Frankreich
Dne La Perouse 36 Villa Maestric

OKW/Reifenlager
Levallois-Perret Place Collange 2

+ Sanitätspark 541
Fort de Vanves

+ Luftwaffen-Lazarett
Paris-Clichy Boul. de Lutèce

Heeres-
Krautfahr-Park 503
Paris-Courbevoie Boulevard de Verdun 138

Deutsches Rotes Kreuz
Der Beauftragte + in Frankreich
Paris Dv Kléber 26



ción no veía con simpatía esta explotación del hombre, que les recordaba los "ricksa" tirados por chinos.

Producía también un espontáneo repudio en los bulevares, plazas y calles de París verlos repletos de soldados que en perfecto orden recorrían la ciudad o entraban en las tiendas y restaurantes. Nadie los molestaba; pero se hacía sentir la glacial indiferencia de los parisienses. La opinión general de los franceses era que los alemanes se comportaban correctamente ,pero se les reprochaba que estuviesen desvalijando las tiendas y el comercio con sus compras masivas, que pagaban con el franco de ocupación que salía de las arcas francesas.

En suma, hasta ahora la presencia de las tropas alemanas era soportada, aun cuando la indignación anidaba en el fondo de los corazones patriotas. Con mayor motivo cuando a cada paso se topaban con el



inaguantable vocablo teutón *Verboten*, que los hacía refunfuñar de rabia.

Hería también el patriotismo francés el excesivo despliegue de fuerza militar en la ciudad. Todos los días —para el cambio de guardia— un regimiento distinto, en pie de guerra y en impecable formación, desfilaba por los Campos Elíseos, haciendo resonar el pavimento con sus botas taquilladas con clavos de acero.

Este golpe duro, acompasado, desafiante, no era grato a nuestros oídos; mucho menos lo sería para los franceses. Sin embargo, lo tendríamos que seguir escuchando, porque era el símbolo de la ocupación, como las banderas y los avisos góticos...

El desfile por los Campos Elíseos lo encabezaban dos automóviles abiertos, en que iban soldados con bayonetas caladas, resguardando a los jefes militares que, rígidos y arrogantes, adoptaban actitudes de conquistadores. Les seguía una banda militar compuesta por más de cien músicos, con instrumentos de viento y de percusión, como bombos, tambores y platillos, que estremecían el espacio con los acordes de heroicas marchas prusianas, que causaban profunda antipatía en los franceses, por lo que preferían mirar las vitrinas de tiendas y bazares a fin de aparecer impasibles.

*La "Ville Lumière", en la oscuridad
en tiempo de guerra*

Agosto de 1940

Instalado nuevamente en la Legación, tomé contacto con las autoridades alemanas para obtener los salvoconductos y las tarjetas de abastecimiento para mi familia, los que se me proporcionaron con facilidad y deferencia.

El Cónsul don Armando Marín, en mi ausencia a cargo del edificio, y el Agregado Cultural, Salvador Reyes, me dieron cuenta de su administración y me informaron de los chilenos que prefirieron quedarse en París, los cuales, fuera de las restricciones impuestas por los alemanes, no habían sufrido molestias mayores. Muchos guardaban todavía sus objetos de valor en nuestras bodegas.

Pero, al reintegrarnos a nuestro hogar oficial, fuimos nosotros los que

sentimos una extraña mezcla de bienestar y frustración: por una parte, el agrado de estar de nuevo en París, y por otra, realmente encontrarlo cambiado, sin alma, sin vibración, sin vida.

Todas las ciudades tienen alma...

El alma de París es perceptible para todos los que la visitan.

Quien quiera que pasara por sus avenidas o bulevares o se dedicara al *flâner* por las viejas y estrechas calles o los muelles del Sena, sin necesidad de guías de turismo, iba descubriendo la elegancia de sus perspectivas; la elocuencia de la piedra secular, en aquel entonces todavía ennegrecida por la pátina del tiempo; la fluidez de la atmósfera y los cambios de tonalidades del cielo, todo lo que daba a la "Ville Lumière" el perdido reflejo del *joie de vivre* parisiense.

Había un severo *couvre-feu*(1) que obligaba a los habitantes a recogerse en sus hogares a las diez de la noche, bajo pena de ser arrestados y conducidos a prisión hasta el día siguiente. Patrullas de soldados alemanes, fuertemente armados y con sus reflectores, recorrían calles y bulevares, provocando el desbande de los retrasados, que eran detenidos a tiros en el caso de desobedecer las órdenes.

El ritmo de la vida nocturna de lo que fuera "Ville Lumière" se hacía triste y desagradable con la oscuridad profunda, impuesta por las autoridades alemanas, para preservar a París de posibles bombardeos de la aviación británica.

A pesar de ello, los teatros, los music-halls, el Lido y los restaurantes de lujo, como el Maxim's, el Ritz, La Tour d'Argent y el Fouquet, habían vuelto a abrir sus puertas; pero ahora los clientes más asiduos eran los alemanes... En la Comedia Francesa, el teatro clásico ponía en cartelera el mejor repertorio de Molière: *Tartufo*, *El Enfermo Imaginario*, *El Avaro*, *El Misántropo*; y para sorpresa de los franceses, los oficiales alemanes demostraban gran interés por asistir a esas representaciones. Actores tan destacados como Jouvet, Jacques Copeau, Debucourt, Charles Dullin, Gastón Bally, actuaban con gran éxito. En el Madeleine, el incomparable Sacha Guitry; Harry Baur, en el Gimnase; al mismo tiempo que Edith Piaf e Yvonne Printemps, con lo más seleccionado de su repertorio de canciones, luchaban por dar vida al teatro

(1)*Couvre-feu*: toque de queda o silencio que tiene su origen en la Edad Media.

revisteril, que constituía la mayor atracción de las fuerzas de ocupación.

El Comando alemán, para la recreación de sus ejércitos en París, trajo desde Berlín un film de gran calidad, *Bel-Ami*, basado en la famosa novela del autor francés Guy de Maupassant, en que con maestría y buen gusto reconstituía la vida parisiense de la *belle époque*.

Y fue la bella y melodiosa canción "Bel-Ami", música central del film, la que alcanzó el mayor éxito y popularidad.

Grata sorpresa resultó para nosotros los chilenos comprobar que la intérprete que la hizo famosa en todo París fuera precisamente nuestra compatriota Rosita Serrano, hija de la gran cantante de ópera Sofía del Campo.

En el Maxim's

Una noche con Miti fuimos invitados a comer por el ex Embajador de Alemania en París Conde Von Welzech, en el Maxim's(1). Lo conocimos junto con su señora y sus encantadoras hijas cuando ejercía su cargo. Von Welzech era casado con una dama chilena, la señora Luisa Balmaceda, y profesaba extraordinario cariño por Chile. Brillante diplomático de antiguo cuño, gozaba de gran influencia y simpatía en los altos círculos de la aristocracia y el oficialismo gubernativo del París de la preguerra. De su ascendencia francesa, por parte de su madre, había heredado el *sprit* de la raza gala.

El Maxim's estaba desbordante de concurrencia, en especial de militares de alta graduación; destacaban particularmente Generales y Almirantes nazis con impecables uniformes de parada, luciendo brillantes condecoraciones. Se mostraban finos y corteses cuando saludaban a las damas, y con gran respeto se inclinaban para besarles la mano.

Welzech, asiduo comensal del Maxim's durante años, recibió del famoso *maitre* Albert una mesa preferencial que nos permitió observar de cerca el "nuevo París" dentro de este sofisticado restaurante. Nos acompañaba nuestra compatriota, la encantadora Sofía Barceló,

(1)Maxim's: Famoso restaurante de los tiempos de la *belle époque* y que Franz Lehar inmortalizó en su célebre opereta "La Viuda Alegre".

que residía en París desde hacía años. Vimos mujeres francesas, gráciles, elegantemente vestidas, sin duda artistas o modelos, que exhibían preciosos sombreros de plumas, inclinados sobre los ojos, que hacían contraste con otras mujeres de rubias cabelleras, hermosos ojos azules, peinados sencillos y modales más simples. Nuestro anfitrión me sacó de mi curiosidad, cuando me explicó que éstas eran alemanas que acompañaban a sus maridos con permiso de visitar la capital en premio de sus hazañas.

A una pregunta mía de que por qué Hitler mantenía en París una concentración tan grande de tropas, siendo que la ciudad estaba ya rendida y el armisticio en plena vigencia, me contestó que no era un secreto militar que el Führer, para despertar en sus soldados la misma admiración que Napoleón sobre sus tropas, había ordenado que todos sus soldados conocieran personalmente la capital más esplendorosamente bella y rica del mundo y pudieran de esta manera apreciar el genio militar suyo para conquistarla y ocuparla en sólo seis semanas de lucha.

Welzech nos contó, a propósito del racionamiento en París, que en Alemania las restricciones eran igualmente severas para la población. Además, que la gasolina estaba tan restringida, que él mismo había sido notificado de que solamente podía disponer de treinta litros mensuales, lo que le obligaría a viajar en un viejo cupé tirado por caballos, como en 1900, cuando tenía veinte años. Sofía agregó, por su parte, que ella y todos sus amigos franceses no empleaban otro medio de transporte que la bicicleta... "Es práctica, eficiente, y endurece los músculos"; lo difícil era poder adquirirlas, pues había una demanda tan grande, que se había agotado el stock en las tiendas.

Insensiblemente habían pasado las horas, y aunque el "couvre-feu" no regía para el Maxim's y los generales alemanes..., estimamos prudente abandonar el local, junto con agradecer al amable y gentil amigo su magnífica velada.

Capítulo XXIV

UN ALMIRANTE ALEMÁN OPINA QUE SIN LA OCUPACION DE INGLATERRA HITLER PUEDE PERDER LA GUERRA

SUS PROFÉTICAS PALABRAS

Agosto de 1940

Una mañana, al subir a mi despacho, en el tercer piso de la Legación, salió a mi encuentro Salvador Reyes —que atendía la Secretaría— para anunciarme que un oficial alemán, con pleno dominio del español, quería ser recibido en audiencia. Lo hice pasar. El visitante se presentó en un impecable uniforme de la guardia personal de Hitler. Cuando comenzó a conversar, me pareció estar oyendo a un chileno. Efectivamente, se trataba de un compatriota, con doble nacionalidad, de apellido Steading, nacido en Valdivia, educado en esa ciudad, que al instalarse su familia en Alemania había decidido su ingreso al Ejército alemán. Nos habló de sus parientes más cercanos en Chile y nos dijo estar vinculado a los Markmann, la familia de Miti.

Se demostró muy complacido de nuestra acogida y de las noticias que sobre Chile le proporcioné. Su afabilidad y cortesía, junto al cariño que guardaba por el país en que nació y al parentesco que invocaba, me movieron a invitarlo a cenar en la Legación para el día siguiente. Aceptó gustoso, siempre que el Almirante Kinsel, del cual era ayudante, no necesitara a esa hora de sus servicios. Se me ocurrió entonces preguntarle si su jefe hablaba español o francés; me contestó que con el castellano tenía dificultades, pero no así con el francés, idioma en el que se desenvolvía correctamente. Consulté entonces si el Almirante Kinsel tendría algún inconveniente en comer con nosotros, y como me contestara que estaría feliz de ser convidado le hice extender la invitación de estilo, que él mismo llevaría.

Me confidenció que se trataba de un personaje de gran confianza del Führer, y que había recibido tremendos golpes morales, con la muerte

de su mujer, primero; y, después, con la de su hijo único, en los campos de batalla de Polonia. Que por instrucciones de Hitler fue destinado a París con licencia como una manera de amortiguar su desgracia.

A las veinte horas del día siguiente, con absoluta exactitud, llegaron a la Legación el Almirante Kinsel y su ayudante Steading, y fueron introducidos al salón principal. Después de las presentaciones de rigor a Miti, nos instalamos los cuatro en un rincón donde les ofrecí de inmediato una copa de champaña, que el Almirante bebió con deleite.

Mi invitado, hombre de atlética figura, representaba unos sesenta años, y en su correcta tenida de Almirante lucía tres llamativas condecoraciones. Sus refinados modales y exquisito trato estaban muy lejos de parecer sofisticados.

Abierta la confianza, se habló de temas familiares, oportunidad que aprovechamos para presentarles a nuestras pequeñas hijas, Sylvia y Rosita.

Luego la charla rodó sobre nuestros respectivos países, sobre sus bellezas y los monumentos que adornaban a París. El Almirante se manifestó un gran admirador de Napoleón y de su genio militar.

Interrumpimos la conversación para invitarlos a pasar al comedor. Miti había preparado un fino menú, con algunos platos insinuados por el propio Steading. El Almirante, demostrando cultura y buen gusto, admiró desde la entrada la *boiserie* del comedor, que en realidad era una obra de arte, visitada a menudo por alumnos de arquitectura de la Universidad de París.

Terminada la comida, pasamos a la biblioteca para mostrarles algunos libros y fotografías con paisajes de Chile, y especialmente para que pudiéramos conversar más en la intimidad sobre el curso de la guerra.

Un fragante y viejo coñac, servido sin avaricia, le dio animación al diálogo.

Me dio la impresión de que el Almirante tenía incontenible curiosidad por informarse sobre la posibilidad de que Estados Unidos entrara a la guerra, y sobre el verdadero poder y organización militar de ese país.

En mis respuestas yo traté de ser objetivo y darle confianza para poder a mi vez obtener de él una contestación a la única pregunta que me interesaba, y que era ésta: ¿Si Alemania no lograba invadir las Islas Británicas, podía Hitler ganar la guerra?

Según mis apuntes de esa época, así se desarrolló este cambio de informaciones, estimulado por el aroma del exquisito coñac...

Almirante. ¿Cree usted, señor Ministro, que la opinión pública de los Estados Unidos se inclinará en definitiva por la guerra en contra de Alemania?

Respuesta. Es evidente que Estados Unidos es un país inclinado al aislacionismo; sin embargo, a pesar de esa tendencia, el Presidente Wilson fue arrastrado a la guerra el año 14. Me imagino que con Roosevelt cualquier traspié en la conducción de la guerra submarina puede hacer repetirse esa intervención armada.

Almirante. ¿Qué posibilidad da usted al poder industrial de los Estados Unidos para que se transforme en un vasto "parque" para la fabricación de armamentos?

Respuesta. Basta observar las cifras estadísticas sólo en el rubro de la industria automotriz, para concluir que la potencia productora de máquinas es fuertemente superior en los Estados Unidos. La General Motors y la Ford, individualmente, fabrican más máquinas que todas las fábricas juntas de Alemania, Francia e Inglaterra. Lo que no puedo opinar (no soy técnico) es sobre la posibilidad y capacidad de transformar los autos, camiones y jeeps en tanques y en aviones...

Después de un breve comentario sobre estos mismos temas, deslicé mi pregunta y, como un ruego, le pedí al Almirante que me sacara de una duda:

–Hitler ha anunciado que Inglaterra será invadida antes del 10 de septiembre próximo.

–El 8 –me corrigió el Almirante.

–¿Qué pasaría –continué– si por una circunstancia extrahumana no fuera tomada la Isla? ¿Podría Hitler organizar a Europa bajo su dominio, teniendo en contra una Inglaterra beligerante?

–Vea, señor Ministro –me dijo el Almirante, poniéndose de pie con arrogancia–. Lo que usted plantea es física y materialmente imposible que suceda, porque la destrucción de Inglaterra es cuestión de días, por efecto de la ofensiva aérea. No olvide que el Führer no se equivoca, ni se ha equivocado en ninguna de sus predicciones; porque las fechas fijadas en las siete batallas ganadas sucesivamente eran órdenes que se cumplieron a cualquier precio de vidas o de material. Entonces, es

imposible que no se cumpla la orden fijada para la invasión de Gran Bretaña.

—Almirante —lo interrumpí—, le ruego que me excuse por la forma tan directa como le planteé mi duda.

La verdad es que mi pregunta era puramente teórica. Y, para calmarlo definitivamente, le dije que yo también creía que el Führer era infalible. El no captó el sentido irónico con que brotó mi explicación... Por el contrario, mis palabras lo tranquilizaron y, aprovechando un globo terrestre iluminado que estaba sobre mi escritorio, expresó:

—Acérquese, señor Ministro: mire aquí. Esta Isla —me señaló a Inglaterra— domina estratégicamente todo este inmenso continente que hemos conquistado y ocupado. Mientras Inglaterra subsista en pie de guerra, nos obligará a tener bajo las armas un ejército de ocupación para dominar a doscientos millones de habitantes que están recibiendo día a día el estímulo de la propaganda radial y las armas para rebelarse.

—Y lo que es más grave, su ubicación geográfica le permite transformarse en una gigantesca plataforma para lanzar las divisiones acorazadas norteamericanas a través de la Mancha y servir de despegue a la flota aérea de los Estados Unidos a fin de paralizar a nuestro Ejército y pulverizar a nuestras ciudades.

Desde esa noche, 15 de agosto de 1940, seguimos con ansiedad la Radio de Londres, para conocer el curso de la ofensiva aérea desatada y dirigida personalmente por Goebbels. No obstante la intensidad y frecuencia de los bombardeos, los británicos resistían.

Llegó el 1.º de septiembre; pasó la primera semana del mes, y no había indicios de invasión.

En el día crítico fijado por Hitler y ratificado por el Almirante Kinsel, el 8 de ese mes, no pasó nada... Inglaterra seguía defendiéndose e inclusive lanzaba ataques aéreos sobre territorio alemán.

¡La invasión no se produjo!

Desde entonces, para mí fue un dogma de fe que Alemania estaba irremediablemente derrotada, y que Hitler tenía perdida la guerra.

Entre mis colegas diplomáticos abrí entonces cátedra de estratega de guerra, repitiendo los convincentes argumentos proporcionados por el Almirante Kinsel, durante la noche de la cena en la Legación.

Largos y documentados oficios, basados en el informe del mencionado marino, despaché a nuestro Gobierno, asegurando la derrota de Alemania por el fracaso de la ofensiva aérea para apoderarse de las Islas Británicas.

Como mis augurios sobre la inexpugnabilidad de la Línea Maginot no me habían dado fama de acucioso y certero informante, nadie hizo caso —en la Cancillería— de esta nueva y sensacional predicción mía.

Debo declarar —sin falsa modestia— que para mi íntima satisfacción ese informe y la manera como lo obtuve salvaban mi prestigio en este tan resbaloso como codiciado oficio diplomático en que hasta un Talleyrand puede sufrir las contingencias de lo imprevisto y de lo imponderable...

Los acontecimientos de la guerra posteriores a esta entrevista dieron la razón al planteamiento teórico del Almirante Kinsel. Los hechos se sucedieron tal como él los temía.

Desde las Islas Británicas se desencadenó la invasión a Francia, con las divisiones acorazadas del Ejército norteamericano. Y desde ahí partió la más destructora ofensiva aérea sobre Berlín y otras principales ciudades alemanas, que fueron materialmente pulverizadas.

Todo ello fue también consecuencia de la resistencia heroica del pueblo inglés, revelado por Churchill en su célebre discurso, cuando anunció al mundo: “Marcharemos hasta el fin; nos batiremos sobre los mares y los océanos; nos batiremos en los aires con una fuerza y constancia crecientes; defenderemos nuestras islas sea cual sea el precio; nos batiremos en las playas, en los aeródromos, en los campos, en las calles, en las colinas, *y no nos rendiremos jamás!*”

Pedro Aguirre Cerda me recuerda y agradece

En París, mientras nos habituábamos a los alertas y al acondicionamiento de nuestra vida diplomática —en plena guerra—, un soplo de cálido aliento nos llegó de la Patria, con los ecos aún vibrantes de la histórica contienda cívica, en un comunicado cablegráfico del Presidente de la República, don Pedro Aguirre Cerda:

En el primer aniversario glorioso del triunfo del 25 de octubre, todos recordamos cariñosamente al leal y entusiasta amigo y lamentamos au-

sencia suya en la celebración del éxito común. Cordiales agradecimientos.

Afectuosos saludos a Miti. PEDRO AGUIRRE CERDA.

Para quien ha participado con ardor y fe en la borrascosa vida pública, donde la gratitud no es la virtud más fervorosamente practicada, es edificante poner en evidencia el gesto singular, humano de un Jefe de Estado, que no olvidaba recordar y agradecer a quien le sirviera como unión entre las fuerzas opositoras que lo llevaron al Poder, al cumplirse el primer aniversario de su ascensión.

Sólo Pedro Aguirre Cerda, con la innata modestia en que cimentaba su férrea personalidad de demócrata, era capaz de regocijarse, dando y transmitiendo esas satisfacciones emocionales que se acrecientan cuando son recibidas en tierras lejanas de la Patria.

Así me ocurrió a mí, cuando recibí en París su generoso mensaje.

¡Por eso se lo agradecí con emoción y con una alegría que no podía disimular!...

P R E M I O N O B E L
P A R A G A B R I E L A M I S T R A L

Pedro Aguirre Cerda recibió de la reputada escritora ecuatoriana Adela de Velasco una documentación convincente, adjunta a una carta en la cual le informaba que en las dos Américas existía un consenso cada vez más clamoroso para que se otorgara el Premio Nobel a Gabriela Mistral.

Don Pedro tenía gran admiración y afecto por la genial poetisa, y siempre la ayudó en su carrera pedagógica, honrándola después con el nombramiento de Cónsul en Niza, ciudad donde permaneció algunos años.

En el acto, don Pedro instruyó al servicio diplomático de Chile, tanto en América como en Europa, con objeto de organizar una campaña destinada a compilar y hacer traducir a varios idiomas la obra poética de Gabriela Mistral.

En forma reservada, don Pedro me dirigió una carta —talvez por conocer la admiración y cariño que profesaba a mi ilustre coterránea— para que me hiciera cargo de las gestiones ante la Academia Sueca, instituto que dispensa los Premios Nobel.

Me encomendaba al mismo tiempo elegir entre los escritores y poetas franceses al más famoso, si era posible, para que redactara el prólogo de la obra y se hiciera cargo de la traducción al francés de su producción literaria. Me facultaba, además, para que no escatimara honorarios en la contratación de estos trabajos.

El notable escritor y poeta Augusto Iglesias, en su obra *Gabriela Mistral y el Modernismo en Chile*, ensayo crítico e histórico que escribió a pedido del Rector de la Universidad de Chile, don Juvenal Hernández, relata en brillante estilo y con amplio conocimiento literario la vida y obra poética de Gabriela. Comenta también la iniciativa de don Pedro en favor de ella y las órdenes impartidas por él al Cuerpo Diplomático:

Estas mismas instrucciones, pero en forma muy particular, dio el Presidente a don Gabriel González Videla, Ministro Plenipotenciario y En-

viado Extraordinario de Chile en Francia, en los días que van corriendo.

Comprovinciano de Gabriela y grande admirador de ella, el Ministro González inició en el acto las diligencias que se le encomendaron, no sólo para cumplir los deseos presidenciales, sino, además, con pródiga alegría de amigo e hijo de la misma tierra, adorada ésta por la comunidad coquimbana, al igual que los españoles adoran la "patria chica"(1).

Mi primera gestión fue transmitir a Gabriela, que desempeñaba el Consulado en Niza, los deseos de don Pedro.

Gabriela, instintivamente alérgica a los honores e indiferente a conquistar este galardón, en su infinita modestia, no tuvo la reacción que yo esperaba y dejó pasar varios meses antes de dar respuesta a mi comunicación.

Prolongó, además, este retraso, la desorganización de los servicios de correos durante la ocupación de Francia, y especialmente la abusiva estrictez de la censura impuesta por los alemanes.

Ante los apremios de Chile, y con la asesoría del escritor y poeta Salvador Reyes, Agregado Cultural a la Legación, amigo personal y gran admirador de Gabriela, con quien colaboraban asimismo Palma Guillén y Matilde Pomés (ambas de estrecha intimidad y muy conocedoras de la obra de Gabriela y representantes legales suyas ante las empresas editoras europeas), acordamos que fuera el famoso literato Paul Valéry, por ser el que parecía más indicado, el que prologase y tradujese la obra en verso de nuestra poetisa.

La carta que me dirigió Palma Guillén desde Ginebra, donde desempeñaba el cargo de Ministro de México en la Sociedad de las Naciones, era del tenor siguiente.

Querido colega y amigo:

Matilde Pomés y yo pensamos que un prólogo de Valéry será mejor para el *público francés y también para el español*, que se pagan de nombres; pero es evidente que Miomandre, que habla perfectamente el español y que conoce a fondo y admira enormemente la obra de Gabriela, haría un prólogo muy bueno.

(1)Op. cit., Editorial Universitaria, S.A., Santiago, 1950, pág. 359.

Yo le suplico a usted que me haga el favor de mandarme lo más pronto que sea posible el prólogo en referencia. Yo le prometo a usted ser lo más justa que me sea dable, advirtiéndole que yo, al revés de Gabriela, estimo grandemente el talento crítico de Valéry.

Yo no pude dar a usted, cuando le vi en París, todos estos antecedentes, porque, como usted recordará, fui con Matilde Pomés, que, además de ser muy amiga de Valéry, es poco amiga de Miomandre. ¡Cosas de traductores, como usted comprenderá...!

Le saluda muy afectuosamente su colega y amiga affma.,

PALMA GUILLÉN.

Ubicamos a Valéry en París, y concurrió a la Legación al día siguiente, donde yo le impuse de mi proposición.

Afable, de finísimos modales, tuvo al principio cierta reticencia para aceptar; pero ésta se desvaneció tan pronto yo le informé de que tenía instrucciones personales del Presidente de Chile para solventar cualquier suma que hubiera que pagar como honorarios por este delicado trabajo.

Cauteloso, postergó para el día siguiente su respuesta. Quedó convenido, sin embargo, que nuestro Cónsul Salvador Reyes, presente en la entrevista, lo visitaría en su casa para acordar todo lo relacionado con honorarios.

La ágil e irónica pluma de Iglesias relata así este delicioso diálogo:

El Ministro de Chile, con su dinamismo de siempre, ordena a un amigo suyo (Salvador Reyes) que se ponga al habla con el excelso poeta francés.

El diálogo con Valéry fue preciso y rápido. Hubo un solo compás de espera, cuando el delegado del Ministro preguntó la suma que costaría el trabajo...

El creador de *Monsieur Teste* juega con un lápiz que tiene entre sus dedos. Sonriendo, con filosófica sonrisa de veterano en la lucha por la existencia, y que sabe, además, por el recuerdo amargo de pretéritas jornadas, que no sólo de pan vive el hombre, responde con angélica placidez:

—Cincuenta mil francos...

—Puede usted contar con ellos —le asegura el Delegado (Reyes), tratando de plagiarle al poeta su obsecuente alegría facial.

Pero en ese instante, el "excelso" pliega el ceño. Adivínase que la duda agita dentro de aquel cráneo de excepción sus alas grises...

¿Son tan seguros los cincuenta mil francos prometidos por una Legación sudamericana?

Le Sud Amérique... Le Chili... Les araucans... Le roi Orélie Premier... O là, là!... La política no anda muy clara por allá. Los Presidentes de esas Repúblicas de metecos, lo mismo que las hojas de otoño, caen anualmente (si es que no antes), al llegar las maduras... Muchas revoluciones... Es cierto que, en este sentido, Chile es una excepción, pero... la moneda no es buena..., el peso ya estaba casi tan malo como el franco...

El Delegado del Ministro parece que va a perder su tranquilidad; pero en aquel momento Valéry, que mientras tanto no dejaba de jugar con el lápiz, con el cual golpea en su mesa de trabajo, expresa al interlocutor:

-El pago debe ser anticipado...

-Naturalmente, amigo...

-Merci, merci.(1)

Días después, el poeta de *Charme* recibe de manos de Salvador Reyes un cheque por cincuenta mil francos con cargo a los gastos reservados de la Legación de Chile; y él, una semana más tarde, envía el prólogo, que inicia con las siguientes frases:

Del prólogo de Valéry

Gabriela Mistral

Nadie, sin duda, parecerá menos calificado que yo para presentar al lector una obra tan distante como ésta de los gustos, ideales y hábitos que se me conocen en materia de poesía. Lo que he dicho y vuelvo a decir sobre este tema, lo que he podido hacer, las condiciones que he creído de mi deber imponerme, los ensayos que he publicado, todos ellos frutos de un espíritu nutrido por la más vieja tradición literaria europea, parecen designarme lo menos del mundo para apreciar una producción esencialmente natural, abierta más allá del océano, por el solo llamado, choque o designio de lo que es.

Parece que Valéry presentía la tormenta que se avecinaba, y agrega a título de justificación:

(1)Op. cit., pág. 385.

Mas ¿qué valdría la cultura si no enseñara por fin a volver sobre ella misma, y si, por la generalidad de sus ambiciones, nos hiciera perder la fuerza de considerarla como un caso muy particular? Creo que un hombre no podría vivir su vida si no fuera capaz de vivir también una infinidad de otras, completamente diversas, y siento que algunas circunstancias, del todo externas, me habrían llevado a producir ciertamente obras muy distintas a las que he escrito. Nos empobreceríamos cruelmente si quisiéramos ser nosotros mismos hasta el punto de no ser sino nosotros mismos. Amo lo que me gusta, conforme o no a mis manías, a mis hábitos y aun a mis preceptos, pues, aunque deba considerarlos necesariamente insuperables, su sola fijeza a veces me irrita el alma. He aquí por qué no odio del todo a mis desemejantes y puedo encontrar en lo que ellos hacen con qué maravillarme, o sea, con qué salir de mí. Más de un poema de Gabriela Mistral me ha causado esta feliz sorpresa.

Una sorpresa no tan feliz para Valéry fue la reacción posterior de Gabriela ante la idea de que él fuera el autor del prólogo...

Indignación de Gabriela con el "prólogo"...

La falta de comunicación con Gabriela y el retraso de su respuesta fueron un desastre y un golpe para todas las gestiones y compromisos que la Legación había tomado con el "excelso" Valéry.

De una plumada hubo que rehacer todo lo hecho. Dar explicaciones al espinudo vate; echar a fondo perdido los cincuenta mil francos y empezar de nuevo; esta vez de acuerdo con las sabias y terminantes instrucciones que daba Gabriela desde Niza.

Es digno relatarse el estallido de indignación de Gabriela, cuando se impuso de que Valéry había escrito el prólogo y estaba redactando las traducciones de sus poesías.

Su violenta reacción fue impresionante y a la vez ejemplar, por la limpieza moral con que defiende su alma pura de poeta, por encima de halagos, ostentaciones y elogios, aunque éstos vengan de "genios" o de "hombres consagrados"...

Ella, simplemente, no se siente interpretada en sus sentimientos ni en el sentido de su poesía por ese "genio" que nada tiene de común con ella y que ni siquiera conoce el español...

Gabriela, para vaciar su justificada cólera, echa mano a su entrañable amiga la escritora Matilde Pomés, a quien dirige con ruda franqueza, pero con gran dignidad, una carta destinada a mi conocimiento personal, donde anunciaba el rechazo de Valéry.

La carta es sencillamente ejemplar, y en ella Gabriela revelaba con orgullo su fibra racial y a la vez una modestia y desinterés sin precedentes.

Matilde Pomés, con su dulzura y afabilidad y con un gesto de confianza que siempre le he agradecido, me dio a leer íntegramente el texto de esa comunicación, conociendo mi admiración y cariño por mi coteránea.

Esa extraordinaria misiva de Gabriela decía:

Cara Matilde:

Usted conoce mi carácter: no tengo cortesía viciosa y digo mi pensamiento con una derechura *un poco brutal*. No entiendo que se haya pedido ese prólogo a Paul Valéry. El no sabe español. Es lo más serio del asunto; él debe leerlo un poco, como yo leo el inglés, sin entender los modismos. *Menos puede saber americanismos*. Yo sé que él suele hacer prólogos de libros nuestros; vi el de Brull y me pareció que estaba al margen de todo entendimiento del texto.

No es que no lo alabe; lo alabo y bastante; es que él no penetra en los libros hispanoamericanos, y no hay manera de que pueda ocurrir eso... Hace años me leí un prólogo de él sobre Swedemborg, que aunque sueco, yo me había leído en varios *comentarios* y cuya obra conozco *entera*. Tampoco allí Valéry entendió...

Porque esto de entender las almas ajenas, amiga mía, no tiene nada que hacer con el talento y la cultura... Perdone el atrevimiento de esta afirmación. Las razas existen y, además de eso, hay los temperamentos opuestos. No puede darse un sentido de la poesía más diverso del mío que el de ese hombre. Yo le tengo la más cabal y sentida admiración, en cuanto a capacidad intelectual y a una fineza que talvez nadie posea en Europa, es decir, en el mundo. El no tiene nada que hacer con su capacidad para hacer prólogos a los sudamericanos y, especialmente, uno mío. Brull entra en su línea; yo soy una primitiva, una hija de país de ayer; una mestiza y cien cosas más que están al margen de P. Valéry.

Pero eso no es todo: en cuatro ocasiones —dos recientes— me he burlado

en artículos de prensa de la gente nuestra que se hace dar prólogos o críticas en Europa, en base de paga y por gente que ignora sus libros y no sabe pizca de esta América. *Un prólogo de Valéry me dejaría en un ridículo soberano...*

Nadie puede saber que yo no lo he pedido, que no lo busqué.

Ahora un recado para mí...

Y continuaba:

Por todo lo cual, cara Matilde, le pido, le ruego, le suplico que usted haga pagar a Valéry su trabajo, pues se trata de un trabajo ya hecho, y el pago es legítimo como el que más, *pero no incluya el prólogo*. Y le explica al Ministro González lo ocurrido.

Todavía agregaba sentenciosamente:

Si no lo hiciera, me obligaría usted a algo muy feo: *a cortar el prólogo de los libros, uno por uno*.

Usted sabe que yo no he leído el texto; no se trata de que me espere alabanzas y que esté defraudada; se trata de *honradez de campesina y de mujer vieja; yo no puedo aceptarlo*.

Confieso haber quedado asombrado al terminar la lectura de la carta; pero, a la vez, sentí orgullo íntimo de chileno: que una mujer nuestra, salida de la modesta aldea de Monte Grande, se elevara a la cúspide de la fama literaria y desde ella, en la Ciudad Luz, diera ejemplo a sus exhibicionistas sucesores, saciados de honores, alabanzas y de empalagosa propaganda política, con su incorruptible honestidad y virtuosa modestia, unida siempre a la acción de la vida diaria y en el ensueño de su pensamiento.

Gabriela no desdoblaba jamás su personalidad, entre el genio poético y las miserias de la vida... ¡Era granítica, de una sola pieza, como no habrá otra...!

De inmediato le comuniqué a Palma Guillén mi resolución de entregar a Miomandre el prólogo y la traducción de la obra poética de mi ilustre comprovinciana.

La carta decía así:

Vichy, 10 de julio de 1941.

Señora
Palma Guillén,
Ministro de México
Sociedad de las Naciones.
Ginebra.

Mi ilustre y fina amiga:

A mi regreso de París me he encontrado con sus dos cartas que me apresuro a contestar.

He recibido la carta de Gabriela que he hecho seguir a París, para que llegue a manos de Matilde Pomés.

En conocimiento de la opinión de Gabriela opuesta a Valéry, escribo también a Matilde, manifestándole que he tomado la resolución de prescindir del prólogo de Valéry —no obstante estar pagado—, porque recibí instrucciones de mi Gobierno de proceder de acuerdo con los deseos y sugerencias de Gabriela.

Escribo también a Francis de Miomandre, a la dirección que usted me indica, solicitándole a nombre de mi Gobierno tome a su cargo la redacción de un nuevo prólogo y traducción al francés de toda la obra literaria de Gabriela.

Creo que con estas resoluciones tomadas desaparecerán todos los desacuerdos y, lo que es más satisfactorio para mí, es que con ello sirvo y agrado los más íntimos sentimientos de nuestra Gran Poetisa.

La saluda con todo afecto, su adicto y agradecido amigo,

GABRIEL GONZÁLEZ VIDELA.

Altivo y generoso espíritu de Gabriela

¡Por fin recibí respuesta de Gabriela a mi primera carta! y esto cuando todavía no conocía la designación de Valéry...

Sus opiniones nos fueron valiosísimas para nuestro trabajo. Nos ilustra sobre la Academia Sueca:

La Academia Sueca procede muy a conciencia. Es decir, ella no premia a autores que no conoce. Un escritor extranjero, para llegar a los académi-

cos suecos, debe estar traducido al sueco y, a lo menos, al inglés y al francés. En vista de esta circunstancia, cuando Concha Espina aspiró al Premio Nobel, hizo traducir una o dos novelas a la propia "lengua sueca".

Enseguida me ponía en guardia contra las dificultades que existen en el mundo literario, donde los poetas son poco conocidos:

El poeta, mi querido Ministro, es la persona literaria menos traducida del mundo en forma de libro. Lo que más logra un poeta extranjero en Francia, cuando tiene pundonor y no paga sus propias ediciones literarias ni compra críticos literarios, es ver traducidos algunos poemas suyos en revistas de pura índole literaria.

Los autores extranjeros que las editoriales publican constantemente son novelistas o ensayistas. No hay gran público que compre los libros de versos, y los editores huyen por eso de la poesía...

Para que persona alguna pensara mal, dejaba bien establecido que ella no andaba en la búsqueda del codiciado galardón sueco: el Premio Nobel.

Continuaba:

Hay un conjunto de poemas míos en francés, traducidos por Miomandre, Pillement, Matilde Pomés, Max Dareux, etc., pero no están editados en volúmenes. El grupo de amigos ecuatorianos al que corresponde la iniciativa en mi favor sobre el Premio Nobel, piensa hacer algo en ese sentido. *Yo... no me doy ninguna diligencia en ayudarlos, aunque agradezco mucho su generosidad. Jamás haré el papel de vocero de mi nombre literario ni de mi obra misma.*

Y con encomiable desprendimiento citaba a otros literatos como merecedores del Premio Nobel antes que ella:

Por otra parte, pienso que hay varios escritores hispanoamericanos que merecen ser recomendados por el continente para una representación de

este género: Rómulo Gallegos, el novelista; Alfonso Reyes, el ensayista; Casiano Ricardo, el poeta épico del Brasil.

En otro párrafo me ilustra sobre algunas biografías suyas publicadas y la conveniencia de que cada Gobierno hispanoamericano se preocupe de subvencionar a las editoriales europeas.

Usted sabe talvez, distinguido Ministro, que hay una, tres o cuatro biografías mías impresas: una del señor Virgilio Figueroa; otra del profesor de la Universidad de Chile don Julio Saavedra, que fue publicada por el Instituto de las Españas (Columbia University) de Nueva York; otra, la mejor, de don Ismael Edwards, que apareció en *Hoy*, y que no ha sido editada en libro.

Y refiriéndose a la acción de los Gobiernos hispanoamericanos decía:

Cada Gobierno hispanoamericano debe comenzar subvencionando a las editoriales francesas e inglesas que se dediquen a la literatura extranjera para que publiquen a sus escritores nacionales.

Lo hacen así en Europa los países llamados "arriérés"; lo hacen en Rumania, Polonia; la antigua Checoslovaquia y aun Italia.

Esta correspondencia y las consultas a mi Legación no eran como ya lo hemos dicho sólo con nuestra Gabriela, sino también con quienes colaboraban en la misión en que estábamos empeñados. Tales son los documentos transcritos enseguida.

Obstáculos en la obra de Miomandre

En frecuente cambio epistolar, Miomandre apelaba a mi intervención cada vez que se atascaba el sistema de entrega de los poemas, generalmente porque Gabriela no ponía diligencia alguna en la tarea. Así, el 28 de mayo de 1941 me decía textualmente:

S.E.M. González Videla,
Ministre du Chili.

Señor Ministro:

Acabo de traducir las páginas en prosa de *Desolación*, que Gabriela Mistral me había elegido personalmente, pero estas páginas están lejos de constituir el volumen en cuestión. Falta lo esencial, es decir, los "Elogios de la Materia", que son la obra maestra de la Gran Poetisa, y que esperamos desde hace mucho tiempo. Este precioso texto lo he reclamado por cablegrama a Gabriela Mistral, como igualmente lo hizo Mlle. Palma Guillén, sin tener respuesta. Yo espero ansiosamente esos originales, y tan pronto lleguen a mis manos, yo suspenderé todo otro trabajo para consagrarme exclusivamente a su traducción. Yo me siento feliz, y especialmente muy orgulloso de vincular mi nombre en esta obra, una de las más perfectas de vuestra bella literatura.

En espera de vuestras gestiones, sírvase recibir la expresión de mis sentimientos más deferentes,

FRANCIS DE MIOMANDRE.

Respondo a Miomandre

Vichy, 2 de junio de 1941.

Maître Francis de Miomandre,
Bugeat,
Caneze.

Querido Maestro:

Comprendo su honda preocupación por las dificultades para obtener de Gabriela los originales de lo que usted estima su obra maestra: "Elogios de la Materia", y del fracaso suyo y de Mlle. Palma Guillén, su dilecta amiga, para conseguir alguna respuesta a sus reiteradas peticiones.

Ud., mi querido Maestro, conoce a nuestra afectiva y admirable Gabriela, y no le extrañe que su desinterés y modestia son tan desacostumbrados, que llega al extremo de creer que hay otros valores en América que merecen el Premio Nobel antes que ella.

De ahí su falta de diligencia, como lo confiesa en sus cartas, para ayudarnos en nuestra tarea.

Sin embargo, conozco el atávico arraigo racial que ella siente por nuestra patria. Apelaremos a ella, y en nombre del Presidente de Chile le pediremos que nos ayude y colabore en una obra que será un honor para Chile, antes que para ella.

Espero que reaccione positivamente y olvide esa conturbación que la domina, que la gente crea que es ella la interesada de llevar su obra ante la Academia Sueca.

Mientras tanto, agradezco a Ud., querido Maestro, el singular interés y especial afecto que Ud. demuestra para servir a nuestra Gran Poetisa.

Lo saluda con todo afecto su adicto amigo,

GABRIEL GONZÁLEZ VIDELA.

En octubre de 1941, Miomandre me informó de otra grave dificultad. La Empresa Editora Stock no había recibido los textos de sus traducciones, enviadas a Vichy en junio y agosto, y temía su extravío. Me lo comunicó así el 10 de octubre de 1941:

S.E.M. González Videla,

Ministre du Chili.

Vichy.

Señor Ministro:

Acabo de recibir de Mlle Pomés la noticia que me ha llenado de estupor, que la Editorial Stock no ha recibido aún los textos de mis traducciones de Gabriela Mistral.

Yo he enviado a Vichy, a su nombre, la primera parte de estos textos, el 10 de junio último; y la segunda, en el mes de agosto.

Y agregaba alarmado:

¿Qué ha pasado? Yo estoy extremadamente inquieto. ¿Sería Ud. tan amable de presentar una reclamación a la Oficina Central del Correo, para saber dónde están retenidos esos textos?

Enseguida me decía con intencionada protesta:

Mlle. Pomés pretende que en su próximo viaje a Paris, donde permanecerá seis semanas, si no se le hace entrega de los textos, ella publicará aquellas obras de Gabriela Mistral traducidas por ella, lo que constituiría una mutilación muy perjudicial a la obra y renombre de Gabriela Mistral.

Yo me siento dispuesto a ponerme contra tal pretensión, en nombre de

la reputación de vuestra ilustre compatriota, que yo tengo la misión de cuidar.

En la impaciencia de esperar vuestra respuesta que evite mis temores, yo le ruego aceptar, señor Ministro, la expresión de mis sentimientos más diferentes.

FRANCIS DE MIOMANDRE.

La noticia de la pérdida de los textos de Miomandre me causó honda preocupación, porque desconfiaba del servicio de correos, bajo la censura y el control de los nazis. Además, el tiempo transcurrido —cuatro meses— era un mal augurio para encontrar tan valiosos originales.

Estériles resultaron mis gestiones con el director de Correos, un funcionario francés indeciso y timorato. Opté entonces por apelar al Jefe de Gobierno en Vichy, el Almirante Darlan, quien me concedió en el acto una audiencia. Escuchó con atención e interés mi reclamo. Ordenó a la Dirección de Correos una investigación exhaustiva para encontrar los textos traducidos de Miomandre. Delante de mí llamó al director y le impartió terminantes instrucciones a fin de que se abocara al descubrimiento de estos documentos y me informara directamente de sus resultados.

Doy cuenta a Miomandre del resultado positivo de estas gestiones

Vichy, 14 de octubre de 1941.

Maître Francis de Miomandre.

Bugeat.

Caneze.

Querido Maestro:

Me imagino cuán honda preocupación ha tenido con el extravío de los textos de sus traducciones de la obra de Gabriela, enviados a Vichy, en los meses de junio y agosto.

Ante tan grave emergencia, hablé personalmente con el Ministro Darlan, quien dio orden inmediata a la Dirección de Correos de ubicar ambos extravíos a la brevedad posible.

En estos momentos tengo el placer de recibir de manos del director de Correos los textos de Gabriela traducidos por Ud. y dirigidos a Stock, en París, en los meses de junio y agosto.

La suspensión de las comunicaciones entre Vichy y París, debido a los últimos acontecimientos político-militares, había detenido el curso normal de todos los servicios de comunicaciones, sin excepción alguna.

Puede Ud. estar tranquilo, mi querido Maestro. El precioso legajo traducido por Ud. lo tengo en mis manos, y sólo espero la anunciada visita de Matilde Pomés, en la próxima semana, para que ella, personalmente, los lleve a París y los entregue a la Editorial Stock.

Con ello, hemos cumplido y realizado Ud. y yo la etapa más importante, cual es dar a conocer en el idioma francés la obra poética de Gabriela y dejarla en condiciones que pueda ser presentada en su oportunidad a la postulación al Premio Nobel de Literatura ante la Academia Sueca.

El Embajador de esa nación en Vichy me ha participado la noticia que dicha Academia ha suspendido, por el momento, otorgar el Premio que aspira Chile, pero no así la recepción de las postulaciones de nuevos candidatos.

Reciba mi admirada gratitud por su devota vocación de sentir e interpretar el alma de nuestra Gabriela, la Unica.

Afectuosamente lo saluda,

GABRIEL GONZÁLEZ VIDELA.

Cuatro años después, terminada la guerra, la recopilación de la obra literaria de Gabriela y su traducción al francés, hecha en París, en tan dramáticas circunstancias, permitieron a la Academia Sueca conocer, apreciar y valorizar la maravillosa creación poética de nuestra genial compatriota.

Con fecha 15 de noviembre de 1945 se le otorgó el galardón del Premio Nobel, sin que ella, en su innata modestia, hubiera movido la menor influencia en los círculos literarios.

A los que desde París tomamos la responsabilidad de que su obra literaria fuera conocida por los doctos académicos de Suecia, la noticia de su ascenso a la fama mundial nos colmó de satisfacción y de orgullo nacional.

LAS RAZONES INTIMAS
POR LAS CUALES ME NEGABA
A REGRESAR A CHILE

En París recibí una carta de Pedro Enrique Alfonso y de Humberto Alvarez Suárez, quienes por la cual me anunciaban que en la elección complementaria senatorial por Coquimbo y Atacama, había sido proclamado por las Asambleas Radicales de esa circunscripción, en el primer lugar de la lista de candidatos, y hacíanme la consulta de si estaría dispuesto a aceptar dicha candidatura.

Posteriormente, en Vichy recibí otro ofrecimiento. Esta vez de la candidatura a senador por Valparaíso y Aconcagua.

Igualmente, como en el caso anterior, me hacían la consulta de si aceptaría dicha candidatura.

Me excusé de aceptar ambas candidaturas, invocando estar cumpliendo una misión de gran interés para el Gobierno, para el país y para el radicalismo, al estar presente en esa verdadera revolución que era la Segunda Guerra Mundial, donde se jugaba el destino de la democracia de los dos hemisferios frente al fascismo; por lo tanto, no creía útil ni conveniente regresar al país.

Pero esta negativa —añadía— la dejaba condicionada a la resolución superior del Presidente de la República, de la directiva del partido y la del Frente. Si ellos estimaban indispensable mi regreso para ayudar a evitar una escisión en las fuerzas que apoyaban al Gobierno, estaba dispuesto a acceder al prematuro abandono de mi misión en Francia, y, en consecuencia, a regresar a Chile para servir el puesto donde se me mandare.

Fui escuchado, y tanto en Coquimbo como en Valparaíso triunfaron, con holgura, los candidatos radicales doctor Jerónimo Méndez y Aníbal Cruzat.

Al conocer este último triunfo, escribí confidencialmente a don Pedro Aguirre, sincerándome de las verdaderas razones que me habían obligado a rechazar esas senaturías, y mis deseos de no regresar al país por el momento.

La carta decía así:

Confidencial

Vichy, 23 de marzo de 1941.

Señor

D. Pedro Aguirre Cerda.

Santiago.

Mi querido Presidente:

Hoy, después de imponerme del magnífico triunfo del Partido Radical en Valparaíso con la elección de Cruzat, veo un poco más claro el porvenir de nuestro país y la estabilidad de su Gobierno, lo que me alegra mucho. Lo felicito, querido Presidente, de todo corazón, por haber podido superar esta nueva crisis. Yo tengo plena confianza en su tino y visión política, en su lealtad al pueblo y en esa buena estrella suya, que nunca lo ha abandonado ni lo abandonará.

Por mi parte, quiero confesarle que mi resistencia para regresar a Chile se debe a que, a pesar de todos los riesgos, peligros y privaciones con que se vive en Francia, he disciplinado mi vida, consagrándola al estudio, a la observación y a la participación directa o indirecta de esta verdadera "revolución" en que chocan dos culturas, dos sensibilidades distintas, dos sistemas de vida antagónicos.

Seguir con atención el nuevo orden político y económico que paulatinamente se trata de imponer en Europa, y en particular en Francia, preparándola para el régimen corporativo, me ha permitido llevar una documentación y estadística minuciosa, asesorado por el profesor de Economía de La Sorbona Mr. Adolph Landry, con quien sigo un curso práctico de Economía que él dicta en la Cátedra de Altos Estudios en la citada Universidad.

Debo adelantarle que hasta hoy el ensayo en Francia ha sido un total fracaso y es resistido por la inmensa mayoría de los franceses, tanto en la zona libre como en la ocupada.

Además, aprovechando el contacto y amistad con algunos profesores y políticos de gran capacidad y experiencia, desplazados del nuevo régimen, me he dedicado a organizar una magnífica biblioteca, seleccionada por ellos en las mejores y más grandes editoriales de París, como La-

rousse, Garnier Frères, Hachette, cuyos dueños se esmeraron en prestarme su entusiasta cooperación, antes que los alemanes se llevasen a vil precio sus seleccionados autores y magníficas ediciones.

Así, he podido reunir en ediciones de gran lujo, con ilustraciones de Doré y otros artistas famosos, la principal producción literaria francesa, junto con los mejores tratados clásicos y modernos sobre Economía, Sociología, Historia y Psicología.

Es esta nueva fase de mi vida la que me tiene tomado; pues, en realidad, la sucesión paradójica de los acontecimientos, que uno no sólo los percibe, sino que los vive, experimenta y sufre, es la mejor escuela que un político puede tener, acumulando saber y experiencia.

Mi ambición, como usted ve, don Pedro, es seguir este proceso que a través de la guerra es, sin embargo —le repito—, una revolución mundial, que tarde o temprano, por una u otra vía, tendrá repercusión en Chile y en América, y yo quiero estar preparado para serle útil a usted, a mi país, a mi partido, siguiendo con imparcialidad y entusiasmo el pulso que late en este momento histórico en la civilización occidental.

Sin embargo, don Pedro, si por cualquiera circunstancia usted cree necesario mi regreso a Chile, no vacilaré un segundo en acudir presuroso a cumplir cualquier misión en que usted crea útil mi presencia.

Ante ese llamado con sentido de responsabilidad, no vacilaré en renunciar a esta intensa vida de estudios que he tenido la suerte de llevar en Francia, que es hoy un libro abierto a todas las especulaciones del espíritu, donde todo se exhibe al desnudo por la intervención quirúrgica de la espada.

Por eso es para mí grato reconocer que a usted debo la oportunidad única en mi vida de disponer de los dos elementos que nosotros los radicales no poseemos para perfeccionarnos: los recursos económicos y el tiempo. Una vez más, Presidente, mi gratitud por ello.

Afectuosamente lo abraza.

GABRIEL GONZÁLEZ VIDELA.

UN LLAMADO DE URGENCIA
DESDE LISBOA

En Vichy recibí desde Lisboa un urgente llamado de nuestro Embajador en Londres, mi querido amigo Octavio Señoret, quien me informaba que necesitaba de mi presencia, por encontrarse en delicado estado de salud.

La trágica realidad era que su enfermedad lo había obligado a hospitalizarse en Lisboa, interrumpiendo su viaje a París.

En esa época, las dificultades de las comunicaciones en Europa eran enormes. No había ninguna posibilidad de viajar en avión, y las restricciones del carburante, que eran totales, hacían imposible el empleo del automóvil. Tuve que apelar al único medio de transporte que podía conducirme a Lisboa, vía Barcelona: el ferrocarril.

El Ministerio de Relaciones hizo requisar para mí un departamento en el tren que partía esa misma noche. Al día siguiente estaba en la frontera en un pequeño pueblo llamado Port Bou, donde debí trasladarme al ferrocarril español y pasar por la aduana.

Los aduaneros, al informarse por el pasaporte de mi calidad de diplomático chileno, fueron extremadamente atentos, absteniéndose de toda revisión de documentos y bagajes. Pero lo más impresionante para mí fue la actitud de un grupo de portaequipajes, muy mal vestidos y en miserable estado físico, que se peleaban entre ellos por transportar mis maletas de un convoy a otro, hecho que yo atribuí a la necesidad de ganar algunas pesetas, dada la pobreza que reinaba en esos años en España.

Quise demostrarme generoso y repartir todas las pesetas que había cambiado en la aduana, cuando tuve la sorpresa de que todos al unísono me gritaron:

—No, señor Embajador. Usted es Embajador chileno y Chile es hermano de España. Dénos el placer de servirlo.

Quedé yo desconcertado por tan espontánea como sorpresiva expresión de afecto y generosidad, y sólo atiné, en un gesto impulsivo, a abrir mi maleta y sacar cuatro o cinco corbatas de fino corte, que les entregué

como recuerdo personal, y en este carácter me las aceptaron con mucho agrado.

En el vagón del ferrocarril, mientras me deleitaba con el panorama de la bella Cataluña, me puse a pensar en los contrastes psicológicos de las razas, aun las más similares, como la española y la francesa, pues nada podía ser más diferente que el quijotesco y humilde peninsular que, necesitado, rechaza una dádiva con gesto de gran señor; el otro, que por espíritu atesorador y práctico, no sólo exige el justo pago por sus servicios, sino que expresa más de una protesta, e incluso con procacidad al no recibir el *pourboire*, (1) transformado en verdadera institución nacional durante la guerra.

En Madrid me ayudó nuestro Embajador y amigo Hernán Figueroa a obtener un asiento en la línea aérea comercial hacia Lisboa. Con él tuve la oportunidad de informarme, después de tantos meses de vivir aislado por la guerra, de los acontecimientos políticos ocurridos en Chile. Me dio también la mala noticia de que Octavio estaba desahuciado, según pudo constatarlo personalmente en su reciente visita.

Partí el mismo día a Lisboa a cumplir con la cita convenida con el viejo amigo, y desgraciadamente llegué tarde.

Quiero reproducir la carta que escribí a don Pedro Aguirre el mismo día de mi llegada, porque ella traduce la honda impresión que me causó esta tragedia:

Lisboa, 16 de diciembre de 1940.

Mi querido Presidente:

Le escribo bajo la impresión más dolorosa al llegar al lecho de muerte de Octavio, que había expirado quince minutos antes de mi arribo.

La enfermedad lo había aniquilado en tal forma, que la cara varonil de Octavio se había transformado a tal punto, que parecía terriblemente desfigurado. Era la faz de otro hombre. Carmen, los médicos y las enfermeras estaban aún impresionados por su desesperada y titánica lucha contra la muerte y por asirse a la vida, a esa vida que él tanto amaba y que pérfidamente le abandonaba, en el mismo instante en que disfrutaba de la plenitud de su felicidad y del éxito alcanzado en su brillante función como Embajador en Londres.

(1) *Pourboire*: Propina.

Usted podrá imaginarse, don Pedro, la segunda parte de este drama, el drama de los que quedan, y muy especialmente el caso de Carmen, que, enloquecida por el dolor y las lágrimas, aún no ha podido vislumbrar el cambio brusco, definitivo y total que tendrá que experimentar su vida cuando se dé cuenta de que no sólo no tendrá el amor del hombre que la adoraba, sino que se terminaron para ella los honores, los halagos y las lisonjas de la vida de la alta diplomacia, donde ella, con su talento y atractiva prestancia, sabía reinar, cooperando al éxito de la misión de su marido.

El rápido auxilio suyo y sus paternales palabras para Carmen y sus hijas han sido providenciales para el apaciguamiento de este dolor de difícil desaparición.

Es terrible, don Pedro, morir en tierras extrañas, botado en un hotel, lejos de la Patria y de los seres queridos.

Por eso, sus palabras y su oportuno auxilio, y mi presencia para ayudarlos, y las visitas de Hernán Figueroa, Santiago Labarca y José Marió y señora, les dieron la sensación a Carmen y a sus hijitas de que no están solas ni abandonadas.

Ha sido el mejor homenaje que hemos podido rendir a nuestro inolvidable amigo.

Años más tarde, cuando llegué a la Presidencia de la República, me correspondió designar a Carmen Vial viuda de Señoret Embajadora ante la Reina Guillermina de Holanda, donde desempeñó una brillante labor diplomática.

Era la primera mujer que llegaba a ocupar dentro de nuestra Diplomacia ese elevado cargo.

DE GAULLE Y LA RESISTENCIA CIVIL

Noviembre de 1940

Aparecieron en París las primeras manifestaciones de la "Resistencia", inspiradas por un movimiento subrepticio que se inició en el Barrio Latino, con la distribución de impresos antialemanes que invitaban a los parisienses a una marcha que desembocaría en el Arco de Triunfo, para el 11 de noviembre, aniversario del armisticio de la Guerra del 14.

Por la Radio de Londres (BBC), el Comité de la "France Libre", encabezado por el General Charles de Gaulle, hizo un llamado a la población francesa para realizar ese día una romería a la tumba del Soldado Desconocido y a la de Clemenceau.

Cerca de diez mil estudiantes marcharon en silencio y en correcta formación, pero, al llegar a los primeros escalones del Arco de Triunfo, las fuerzas alemanas procedieron a disolver la manifestación con el empleo de tanques y centenares de soldados fuertemente armados de metralletas.

Más de doscientos estudiantes fueron detenidos y varias decenas cayeron heridos por las balas.

Este fue el despertar de la rebelión patriótica de los franceses contra el invasor.

Esta reacción antialemana se extendió de París a todas las ciudades principales de Francia, tanto en la zona ocupada como en la zona libre.

La organización en Londres del Gobierno de la Resistencia, reconocida oficialmente por el Gobierno británico, estimuló y vigorizó ese sentimiento de rebelión, que, a fines de 1944, llegó a constituir una verdadera fuerza paramilitar clandestina, con participación muy positiva en las operaciones de desembarco de los Aliados en Normandía y en la liberación de París.

Correspondió, sin duda, a De Gaulle el mérito de haber organizado las fuerzas clandestinas de resistencia, formadas por estudiantes, profesionales, obreros, campesinos y mujeres, dándoles una estructuración



de corte militar, en permanente contacto secreto con Londres, que la Gestapo jamás pudo impedir.

Fue Reynaud, durante su Gobierno en Burdeos, quien ordenó a De Gaulle trasladarse a Londres, donde, con el apoyo de Churchill, logró organizar un Gobierno en exilio, cuando Francia estaba derrotada.

Célebre y visionario fue el "Mensaje" que De Gaulle envió a los franceses por la Radio de Londres, en el mes de mayo, en momentos en que Hitler entraba victorioso a París y derrotaba al Ejército francés:

A TODOS LOS FRANCESES:

¡Francia ha perdido una batalla! ; Pero Francia no ha perdido la guerra!
Nada está perdido, porque esta guerra es una guerra mundial.
En el Universo libre, fuerzas inmensas no han sido aún empleadas.
Un día esas fuerzas destruirán al enemigo. Por eso es necesario que Francia, ese día, esté presente en la victoria.

Entonces, ella recuperará su libertad y su grandeza. Tal es mi fin, mi solo fin.

Es por eso que yo invito a todos los franceses para que se unan a mí, no importa donde se encuentren, en la acción, en el sacrificio y en la esperanza.

Nuestra patria está en peligro de muerte.

Luchemos todos para salvarla.

¡VIVA FRANCIA!

GENERAL CHARLES DE GAULLE.

Los alemanes recurrieron a cuanto medio técnico tuvieron a su alcance para interferir la transmisión de ese mensaje y, en general, silenciar las informaciones diarias de la BBC destinadas al conocimiento de los franceses. Sólo lo consiguieron a medias, pues la Radio de Londres, con la potencia de su onda corta, mantenida durante las veinticuatro horas del día, hizo que el mensaje fuera captado y difundido en toda Francia.

Desde entonces la figura de De Gaulle se destacó, aunque ya antes el Presidente Reynaud lo había llevado a su Gobierno en el alto cargo de Subsecretario de Defensa, designación que no fue muy del agrado de Pétain y fue peor recibida por el General en Jefe, Weygand.

Reynaud tenía un alto concepto de la preparación militar y técnica de De Gaulle, según lo expresa en sus "Memorias", donde relata, además, una anécdota relacionada con la oposición del General Weygand:

-¿Qué cargo tiene usted, General, contra De Gaulle?

-Es un niño -responde despectivamente Weygand.

Ese mismo día encuentro a De Gaulle y le pregunto:

-¿Qué edad tiene usted?

-Cincuenta años.

El cargo de Weygand no dejaba de ser exagerado, pues aun siendo el General más joven del Ejército francés, Napoleón, a su edad, hacía cuatro años que había llegado al término de su carrera. Me correspondió entregar a De Gaulle la continuación de la guerra en el Africa, y con ese fin se trasladó a Inglaterra, desde donde, para bien de Francia, tomó contacto y obtuvo el reconocimiento del Gobierno británico.

La resistencia pasiva

La "Resistencia", en su manifestación primaria y más simple, fue la "resistencia pasiva" bajo numerosos aspectos, desde la reacción individual espontánea hasta su ejecución en gran escala y de manera organizada.

La primera forma de resistencia podía ser practicada por cada individuo sin temor a mayores riesgos: el funcionario podía hacer trabajo lento; el ingeniero y el obrero —sin ir al sabotaje—, cometer errores intencionales que retardaran la producción de su fábrica; se practicaba el ausentismo, invocando enfermedades imaginarias que los médicos franceses certificaban. Además, esta resistencia fue tomando con el tiempo un aspecto de guerra psicológica para hostigar al ocupante, con la difusión de panfletos y diarios clandestinos que los alemanes perseguían con encarnizamiento.

Se mantenía viva la llama del patriotismo herido, atizado por los mensajes clandestinos de esperanzas y las órdenes, en clave, transmitidos por la Radio de Londres; se utilizaban mil estratagemas para no ser sorprendidos, porque su infracción era penada con la deportación y la muerte.

A pesar de este riesgo, todas las tardes la BBC transmitía la Quinta Sinfonía de Beethoven, que era el símbolo de la Resistencia para la Francia ocupada.

Las familias, agrupadas alrededor del receptor de radio, conocían las noticias del mundo libre y los fracasos de los ataques aéreos de la aviación alemana para invadir Inglaterra. Esto daba confianza a los franceses, por la heroica resistencia de los ingleses, y destruía con ello la insidiosa campaña nazi sobre la inminente ocupación de las Islas Británicas.

La acción directa y el sabotaje

En esa misma época la "Resistencia" estaba ya mucho mejor organizada; la liberación de prisioneros o evadidos británicos y de judíos, en complicidad con la población civil, por caminos y desvíos secretos y utilizando equipos de radio, se hacía periódicamente, a pesar de que en

muchas oportunidades los alemanes, con sus servicios radiogonómétricos, detectaron la estación emisora y apresaron a numerosos patriotas que pagaron con sus vidas su heroica acción.

El sabotaje no estaba aún bien organizado a fines de 1941, época en la cual hube de regresar a Chile, pero más tarde fue realizado con precisión y en gran escala, lo que, junto con la aviación inglesa, trajo serios quebrantos a la industria de guerra nazi establecida en Francia.

A mediados de 1941, cuando Alemania invadió Rusia y la guerra quedó declarada entre ambos países, los comunistas franceses, que hasta entonces se mostraban proclives a cooperar con los alemanes, siguiendo la inspiración del Pacto de Von Ribbentrop-Molotov, que preconizaba la no agresión entre Rusia y la Alemania nazi, cambiaron de postura y se colocaron abiertamente en contra de los invasores, incorporándose en forma activa a la lucha.

Esa consigna, que procedía directamente de Moscú y que representaba un giro de 180 grados en su posición, fue seguida con igual celo y fanatismo como antes, serviles y obedientes del déspota ruso, no habían trepidado en traicionar a la Francia invadida.

Desde entonces se vigorizó la Resistencia, al contar con el total apoyo del pueblo francés.

EL HITLERISMO EMPIEZA A MOSTRAR SUS GARRAS

A medida que la ocupación de Francia se prolongaba y las autoridades alemanas restringían los alimentos esenciales para la subsistencia de la población, con lo que desapareció del mercado toda clase de carnes, azúcar, leche, café, té, aceite y materias grasas, unido a la inhumana razia contra los judíos, la imagen del invasor se hacía más brutal.

Se violaban los hogares de los judíos y se detenía a sus moradores, sin respetar a mujeres, niños y ancianos, para trasladarlos por ferrocarril, en vagones cerrados, a Alemania, con un siniestro destino: los campos de concentración o los hornos crematorios.

Esta insania persecutoria contra los semitas, incomprensible para nuestra mentalidad occidental, inspiró un sentimiento de conmiseración



y simpatía de parte de los franceses, que se arriesgaban a esconderlos y facilitarles su evasión.

Tuve la oportunidad de ocultar y salvar, entre otros, al destacado profesor René Gutman, a quien conocía por haberme tratado de una úlcera al estómago.

Este distinguido hombre de ciencia, en el prefacio de su obra *Les Syndromes Douloureux* (Doin, París, 1951), relata así mi intervención en su favor:

Fui forzado a permanecer durante cuatro años fuera de París, y mientras los siervos de Hitler, extranjeros y franceses, machos y hembras, ensuciaban nuestras ciudades, yo —médicamente hablando— perdía mi tiempo refugiado en el campo, en casas de amigos y, más de una vez, entre las pajas de un granero. Pero el Embajador de Chile, Gabriel González Videla, llegó un día hasta mi refugio, portando mi nombramiento de profesor de la Universidad de Chile.

Gracias a este verdadero salvoconducto, cesó la persecución del eminente catedrático y pudo integrarse a sus labores científicas y docentes en la Universidad de París.

Por razón de mi cargo, pude conocer heroicas acciones de mujeres, compatriotas nuestras, residentes en París, que con riesgo de sus vidas ayudaron a ocultarse y a salir fuera de Francia a judíos, aviadores y paracaidistas ingleses, que por razón de sus misiones secretas estaban en peligro de caer en manos de la Gestapo.

Entre estas personas recuerdo a María Edwards, casada con un ciudadano francés, Jacques Fedau, quien se desempeñaba, ad honorem, como arsenalera en el Hospital de Salpêtrière y que salvó muchas vidas de británicos y judíos. Su persistente acción despertó sospechas a la Gestapo. Un día su casa fue allanada por ésta; sometida a intensos interrogatorios y torturada sin piedad, no pudieron comprarle nada.

María Edwards me relató personalmente la cruel y humillante experiencia que sufrió con los procedimientos de la Gestapo: torturas medievales y a la vez galanterías con flores y chocolates.

Contó que el 22 de diciembre de 1943, a las dos de la madrugada, diecisiete soldados armados con ametralladoras irrumpieron en su casa. Fue obligada a despojarse de toda su ropa y, no respetando su edad, la sometieron a viles humillaciones para quebrar su moral. Como éste procedimiento no les diera resultado, le aplicaron la tortura del baño, que consistía en una total inmersión en aguas heladas hasta que se producía un colapso.

Esto fue repetido varias veces, y sus verdugos se vieron obligados a administrarle respiración artificial.

Finalmente se le encerró desnuda en un armario, donde permaneció por el resto de la noche. Al día siguiente, por la mañana, el oficial que había presenciado su tortura la atendió con mucha galantería, haciendo la comedia de obsequiarle flores y chocolates, que ella, por supuesto, rechazó.

Durante cinco días y cinco noches la tuvieron sometida al inhumano interrogatorio.

Otra paradoja de la conducta de los nazis era el cinismo que empleaban para impresionar con su generosidad y humanitarismo a quienes pensaban exterminar.

Un día, continúa María Edwards, las autoridades alemanas decidieron trasladar desde Drancy a un gran número de refugiados judíos extranjeros, dando como razón que eran mantenidos en condiciones denigrantes por la policía francesa. Los trasladaron al Hospital Rothschild, en París, en espléndidas acomodaciones, pero con la pérfida intención de deportarlos y llevarlos a las cámaras de la muerte.

El Gobierno de Francia después de la guerra la condecoró por su heroica y humanitaria acción.

Recuerdo también a otra compatriota, Mary Huneus, casada con el diplomático francés Charles Saint, dilecto amigo que me informaba sobre la política de Vichy.

Mary desarrollaba una inteligente y arriesgada acción, salvando y colocando fuera de la frontera a artistas, músicos, literatos, que estaban amenazados de prisión o de relegación a Alemania. A estas personas les presté siempre todo mi apoyo, otorgándoles los *laissez-passer* a nombre de la Legación.

Otro caso fue el de la señora Ana Ross de López, que se negó a salir de París para dedicarse al mantenimiento y sostén de numerosas familias, cuyos padres o hijos estaban luchando en la guerrilla como "maquis".(1)

Su generosa misión era buscar y adquirir alimentos, pagados a precio de oro en el "mercado negro", que eran trasladados diariamente a las casas de sus protegidos, afrontando riesgos que comprometían incluso su propia vida.

Un caso dramático le ocurrió a otra chilena, la señora Teresa Pereira, cuyo marido era el ciudadano francés Jacques Lambert, destacado miembro de la Resistencia. Lambert fue muerto por sus propios compañeros cuando fue confundido con un oficial alemán, mientras se desplazaba en su motocicleta a gran velocidad por la ruta a Garcillesse, cumpliendo una secreta misión de urgencia.

Cooperadora de la acción heroica de su marido, recibió la fatal noticia con gran entereza y personalmente concurrió a la comisaría del pequeño pueblo de Garcillesse para reconocer el cadáver de Jacques y llevarlo a París para su sepultación.

La señora Teresa Pereira quedó viuda muy joven y con dos hijas de corta edad.

(1)Maquis: Miembros activos de la Resistencia.

ROOSEVELT ENVIA AL ALMIRANTE
LEAHY COMO SU EMBAJADOR ANTE EL
MARISCAL PETAIN

El Presidente Roosevelt, en un gesto amistoso y de ayuda a la Francia vencida, envió a Vichy al hombre de su mayor confianza, el Almirante Leahy, consejero suyo y ex Gobernador de Puerto Rico, quien se instaló con su señora en una villa de esa ciudad.

Después de presentar sus credenciales al Mariscal, el Almirante Leahy, a quien había conocido en la guerra anterior, se convirtió en un asiduo visitante de éste, que, a su vez, no ocultaba su agrado en recibir y conversar con el mejor colega de la guerra del 14.

El Almirante era un hombre que frisaba los sesenta años; de robusta contextura, alto, de rostro muy blanco y espesas cejas que daban a su fisonomía un aspecto patriarcal y bondadoso.

Hablaba lenta pero correctamente el francés y tuvo delicadas atenciones para con sus colegas de Sudamérica, a quienes visitaba con frecuencia.

Para mí fue grato ganar su confianza y alcanzar un grado tal de amistad, debido a la coincidencia de nuestra apreciación sobre el curso de la guerra y la personalidad del Mariscal Pétain. Años después, cuando llegué a la Presidencia de la República, el Presidente Truman le pidió que aceptara, al mando de una flota, representar al Gobierno de los Estados Unidos en la ceremonia de la Transmisión del Mando.

Esta delicadeza del Presidente Truman me colmó de satisfacción, porque me dio la oportunidad de volver a ver al antiguo amigo y colega y recordar los angustiosos tiempos de la guerra y el monótono e intrigante ambiente de las famosas Termas de Vichy, transformadas en la capital de la Francia Libre.

Además debía al Almirante muestras de confianza inusitadas en un Embajador, como aquella información, mantenida en estricto secreto, de que Estados Unidos habría resuelto declarar la guerra a Alemania, en solidaridad con Inglaterra y el Mundo Libre. Esta confidencia me la hizo el día mismo que regresaba a Chile, poniendo término a mi misión.



El Almirante Leahy, en la Legación de Chile en Vichy.

Efectivamente, cuando desembarcaba del Clipper en el aeródromo de Miami, los diarios, en grandes titulares, anunciaban la declaratoria de guerra.

En nuestras conversaciones sostenidas posteriormente en La Moneda —fuera de todo protocolo—, el Almirante me relató las vicisitudes por las que tuvo que pasar el Mariscal cuando yo había regresado ya a Chile, con la restauración de Laval en el Gobierno, impuesto por Hitler,

abusando de la decadencia física y mental progresiva de Pétain, que día a día se hacía más evidente.

Me contó, con mucha admiración, del espíritu de lucha del pueblo francés, especialmente de la juventud, de la mujer, de los profesionales, los obreros y los campesinos, enrolados en la "resistencia civil", en el año 1944, que constituyó una verdadera "rebelión" paramilitar que no dio tregua a las fuerzas hitlerianas, lo que, a su juicio, fue decisivo para la redención de Francia.

LOS ACONTECIMIENTOS DE FRANCIA EN EL INVIERNO 1940-1941

El otoño había sido una hermosa estación y París entraba a un invierno crudo, en que se desarrollarían acontecimientos imprevisibles, tanto en la zona ocupada como en la libre.

La facilidad de poder residir en París o en Vichy me permitió ser testigo ocular de históricos hechos.

Complot contra Pétain

El más grave de todos fue, a mi juicio, el complot que urdió el jefe civil alemán en París, Otto Abetz, siguiendo instrucciones de Hitler, en complicidad con Laval, personero de tal confianza de Pétain, que éste lo designó por decreto su sucesor, como Jefe del Estado francés, a su fallecimiento.

Laval, político hábil, inescrupuloso, de irrefrenable ambición, no ocultaba su franca admiración por Hitler y su doctrina, al extremo de querer adaptar a Francia al "nuevo orden" hitleriano y hacer que su patria pasara al campo del vencedor.

Una profunda anglofobia lo arrastraba a proclamar públicamente la inminente derrota de Gran Bretaña y el consiguiente triunfo del nazismo en Europa.

Explotando con astucia la confianza que le dispensaba el Mariscal, y conociendo su pensamiento antihitleriano, nacionalista, militar y consagrado a Francia como nación soberana, se valía del poder del ocupante para presionar desde París al anciano Mariscal. Con la hipócrita promesa de poner en libertad a dos millones de prisioneros franceses, que era la gran espina de Pétain, le arrancaba una serie de arbitrarias medidas, que, resistidas por el Mariscal, lograba, sin embargo, imponer.

Así Laval obtuvo un decreto para someter a control —dentro de la zona libre— a los judíos, internándolos y aun relegándolos; y otro, no menos represivo, por el cual se ordenó la prisión de los ex gobernantes

que como Mandel, Reynaud, Daladier, Pierre Lot, Brum y otros intervinieron en la "Declaratoria de Guerra".

Como consecuencia de esa persecución, Mandel fue asesinado alevosamente por una patrulla alemana, cuando era conducido detenido, pretextando un accidente en la ruta.

Pero lo que Hitler buscaba a través de Otto Abetz y Pierre Laval era la entrada de Francia a su "nuevo orden", a lo que el Mariscal oponía cada vez mayor resistencia, lo que obligó a éstos a fraguar el complot llamado "Del 13 de diciembre", para separarlo del Poder.

El hábil plan, concebido personalmente por Hitler, fue preparado tomando como pretexto la devolución a Francia de los restos de "L' Aiglon", el duque de Reichstadt, el hijo de Napoleón y de María Luisa, que se encontraba en una cripta de Viena desde hacía más de un siglo, los cuales serían llevados a París y sepultados junto a la tumba del Emperador.

Pétain tendría que trasladarse a París para recibir los restos y presidir toda la fastuosa ceremonia imperial.

Se fijó como día para el cortejo el 14 de diciembre, y el día 13 para el viaje del Mariscal de Vichy a París.

Sorpresivamente, a última hora, cuando el Mariscal estaba a punto de abordar su automóvil, desistió de su viaje...

La intempestiva decisión tenía su origen en el descubrimiento de una celada tendida al Mariscal.

Los detalles de esta emboscada me los relató confidencialmente un alto funcionario del Quai d'Orsay, mi amigo Charles Saint, como se recordará, casado con la dama chilena Mary Huneeus, y cuyos comentarios e informes me sirvieron de gran ilustración en los trágicos días de la guerra.

Los hechos habían ocurrido así:

El Mariscal, momentos antes de tomar el automóvil en Vichy, acompañado por Laval y Darlan, fue advertido por el Ministro Peyrouton—enemigo de la política prohitleriana de Laval—de que la ceremonia a la que concurriría había sido preparada por el Führer con la complicidad de Abetz y Laval..., para mantenerlo en el Palacio de Versalles, en calidad de prisionero, a la vez que Laval asumiría la Jefatura del Nuevo Estado

francés, de acuerdo con el Estatuto de Sucesión, firmado por el propio Pétain.

El Mariscal reaccionó violentamente frente a esta situación, reunió a todos sus Ministros en el Hôtel-Du-Park y les pidió la renuncia colectiva de sus cargos... Suspendió por un momento la sesión e hizo abandono de la sala.

Reabierta la reunión, y en medio del suspenso general de los allí presentes, el Mariscal anunció el rechazo de la dimisión de sus Ministros, con la sola excepción de la de Laval, que fue aceptada de inmediato.

La determinación de Pétain tomó de sorpresa a la sala...

Laval, sin reponerse aún de su estupor, con voz trémula de ira, hipócritamente se atrevió a decir:

-Yo no puedo aceptar eso, señor Mariscal. Yo exijo una explicación.

El Mariscal, enérgicamente, le respondió:

-Yo he perdido definitivamente la confianza en usted.

-Usted no puede echarme. Usted olvida el Estatuto Especial por el cual fui nombrado vuestro sucesor. En consecuencia, me quedo.

El Mariscal replicó con voz más severa y duro gesto:

-Usted ha dejado de ser mi sucesor. He firmado el decreto por el cual se deja sin efecto esta designación, y aparece publicado hoy en el Diario Oficial.

Desafiante, y con la autoridad de quien ejerce el Poder, se levantó y dijo simplemente:

-Señores, hemos terminado.

Pero no fue así... Al salir del Consejo, Laval fue apresado por el comisario Mondonel y conducido al castillo de Chateldom, donde quedó como prisionero, bajo numerosa guardia de vigilancia.

La ceremonia en la tumba de Napoleón

El golpe de estado frustrado contra Pétain y su negativa de asistir a la ceremonia urdida por Hitler produjeron honda expectación en París, ya que ésta no podía suspenderse, porque los restos de "l'Aiglon" estaban esperando ser trasladados de la Estación del Este, adonde habían llegado desde Viena.

El Almirante Darlan tomó la representación del Mariscal, y el cortejo se dirigió en plena noche, bajo la nieve, en un París desierto a causa del *couvre-feu*, a los Inválidos. La urna imperial del "prisionero de Viena" —así llamaban al hijo de Napoleón— era transportada en una pieza de artillería tirada por tres parejas de caballos.

Al llegar al patio, una compañía de la Guardia Republicana rindió honores al Almirante Darlan, que estaba acompañado por Otto Abetz y el General Von Stülpnagel, mientras una doble fila de guardias alumbraban con antorchas, dando a la escena invernal, en plena tempestad de nieve, un aspecto fantasmagórico.

Con mi familia tuvimos el privilegio de presenciar el desarrollo de la ceremonia, dada la cercanía de nuestra Legación con el Palacio de los Inválidos.

Frente a la reja se produjo un pequeño incidente al impedir los soldados franceses que las tropas alemanas llegaran a la tumba del Emperador y su hijo, ubicada más adelante, por tratarse de un recinto militar que estaba reservado a su estricta custodia.

Vimos entonces que veinte guardias republicanos tomaban el féretro de bronce sobre sus hombros y los restos del hijo de Napoleón franquearon lentamente el patio tapizado de blanco.

Una vibrante clarinada irrumpió en el silencio de París, mientras el redoblar de los tambores retumbaba en los centenarios muros de la "rendida" ciudad...

¡Pensar que esta ceremonia tan profundamente conmovedora había sido preparada como una estratagema para derrocar a un viejo Mariscal de Francia!

La lucha por el Poder entre Pétain y Laval

1941

Después que Laval fuera destituido por Pétain, no cesó en su labor de recuperar el Gobierno de la zona libre para entregarlo incondicionalmente a Hitler y hacer de Francia una provincia alemana.

Con tal propósito, el mes de febrero citaron urgentemente al Almirante Darlan, hombre de confianza del Mariscal, a París.

Ni a Pétain ni a Darlan se les escapó el verdadero objeto de dicha



Pierre Laval, Vicepresidente del Consejo.

reunión, el cual no podía ser otro que exigir la vuelta de Laval al Poder.

Efectivamente, en el curso de las conversaciones, Abetz, con tono imperativo y muy claro, pidió en nombre del Führer que Laval fuese restablecido en su cargo y se le devolviesen todos sus honores. Como Darlan expusiera con franqueza que el Mariscal no se encontraba dispuesto a cambiar de opinión, Abetz exigió entonces que, en vista del estado de salud del Mariscal, se designara un triunvirato que gobernara a Francia, integrado por Darlan, Laval y el General Huntziger.

Pétain presidiría las ceremonias y actos oficiales, pero no gobernaría.

Darlan volvió a Vichy a dar cuenta al Mariscal de las exigencias alemanas. Pétain las rechazó con extrema energía, especialmente la referida a la designación de Laval.

De nuevo Darlan se trasladó a París e informó a Abetz del fracaso de sus gestiones, lo que sacó de quicio a éste, que se puso de inmediato en conversación telefónica con Hitler.

El Führer, llevado por uno de sus histéricos arrebatos, se deshizo en injurias e improperios en contra del viejo Mariscal y ordenó que se le notificara por intermedio de Darlan que en cuarenta y ocho horas ocuparía militarmente la zona libre y nombraría un *Gauleiter* para Francia, a menos que Pétain declinara el Poder en un tercero, que, a su juicio, debía ser Laval.

El Mariscal, conservando restos de pasados orgullos y sacando fuerzas de flaquezas, resistió el golpe y lo devolvió con astucia.

Transigió en entregar el Poder; pero no a Laval, sino al Almirante Darlan, nombrándolo no sólo Vicepresidente del Consejo, sino poniendo además en sus manos las Relaciones Exteriores y la dirección y mando supremo de las fuerzas de mar, tierra y aire.

Para reafirmar que su resolución de no designar a Laval en cargo alguno de su Gobierno era inquebrantable, dictó en la misma fecha -11 de febrero de 1941- un decreto por el cual nombraba a Darlan "como su único sucesor legítimo para asumir el Poder con pleno derecho".

El Almirante Leahy en acción

La nueva derrota de Laval tuvo gran repercusión en los círculos oficiales y diplomáticos. En estos últimos se aseguraba que la "manio-

bra'' era obra personal del Almirante Leahy, Embajador de los Estados Unidos y muy amigo del Mariscal, a quien habría hecho saber que la entrega del Poder a Laval sería motivo suficiente para que Washington retirara todo el apoyo económico y ayuda en alimentos que le estaba dando a Francia Libre.

La amistad y confianza que me ligaban con el Almirante Leahy me permitieron preguntarle si era efectivo ese rumor que corría en nuestros corrillos, lo que el Almirante desmintió terminantemente. Pero, al mismo tiempo, me afirmó, sin reservas, que si ese caso se diera, no habría la menor duda de que no sólo Estados Unidos suspendería todo su apoyo, sino que en el acto su Gobierno lo retiraría como Embajador en Vichy. Y luego, reafirmando con ello nuestra estrecha amistad, muy confidencialmente me expresó que, a su juicio, el Mariscal cada día declinaba no sólo físicamente, sino también en sus facultades mentales.

—Por eso —concluyó— temo mucho que a la larga esta pugna entre él y Laval sea ganada en definitiva por éste, y se tome el Gobierno.

Al día siguiente, el Ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, Mr. Cordell Hull, en declaración pública, previno al nuevo Gobierno de Vichy que estaba extralimitándose de los términos del armisticio al colaborar con Alemania. Al mismo tiempo acusó a Laval y a Darlan de estar planeando la entrega total de Francia al dominio de Hitler.

En su declaración, Cordell Hull omite intencionadamente el nombre del Mariscal Pétain: sin duda, por consejo del Almirante Leahy, que conocía a fondo el pensamiento antialemán del anciano estadista.

LA REBELDIA COLECTIVA EN MARCHA

LA MASACRE DE LOS REHENES

El Gobierno de Darlan estimuló la insubordinación de los franceses, no sólo por su entreguismo al vencedor, sino por su posición política reaccionaria y de extrema derecha que conducía al país a su nazificación.

La actitud opositora, que al principio comenzó por palabras, se fue transformando con rapidez en acción directa, que la Resistencia aprovechó para aumentar sus cuadros, a los cuales ingresaban miles de franceses de todas clases y condiciones.

En octubre de 1941, la Resistencia —ya muy vigorizada— desbordaba su acción beligerante, impulsada por su espíritu de rebeldía, llegando al extremo de ordenar la muerte de los jefes militares alemanes de la zona ocupada.

Así fue como, por ese mandato, se ultimó, en cuarenta y ocho horas, primero al jefe de la Guarnición de Nantes, Coronel Haltz; y al día siguiente, al Comandante de Burdeos.

En el acto, el Comandante militar alemán de París hizo tomar cincuenta rehenes en Nantes, escogidos de entre la gente de mayor representación en esa ciudad, y otros cincuenta en Burdeos, en las mismas condiciones. Junto con esta orden se fijó un plazo de veinticuatro horas para que los autores se entregaran, so pena de pasar por las armas a los rehenes.

Como los responsables directos no se presentaron, los cien ciudadanos franceses, inocentes y ajenos a toda actividad subversiva, fueron fusilados en las plazas de Burdeos y de Nantes, dando lugar a un bárbaro espectáculo que estremeció a toda la Humanidad civilizada.

No satisfechos con esta masacre, los nazis tomaron otros cincuenta rehenes en Burdeos y un número igual en Nantes, que tendrían similar destino si antes de cuarenta y ocho horas no aparecían los autores o se denunciaban sus nombres.

Abrumado por la indignación que lo embargaba, el Mariscal Pétain,

en un comunicado oficial al Comandante en Jefe del Ejército alemán, se ofreció a las autoridades de ocupación en París para entregarse como rehén, y así salvar la vida de esos cien inocentes compatriotas, cuyas existencias pendían del vencimiento del plazo fijado.

Tal monstruosa determinación del Comando alemán tuvo repercusiones mundiales, de las que no estuvo ausente el Gobierno de Chile. Al contrario, éste tomó la iniciativa de una acción mancomunada de las Américas, para pedir la suspensión de estas ejecuciones. Mientras tanto, La Moneda solicitaba al Gobierno alemán la prórroga del plazo de estos nuevos fusilamientos, la que obtuvo con éxito nuestro activo Embajador en Berlín, Coronel Tobías Barros Ortiz.

Por orden de mi Gobierno, me correspondió informar de viva voz al Almirante Darlan de la prórroga obtenida por Chile en Berlín, lo que me obligó a trasladarme en el mismo día de París a Vichy.

El Almirante me recibió en los momentos de partir con destino a París. Informado de la nueva situación, agradeció con emocionadas frases la cooperación chilena, lo que reiteró, después, en nota dirigida directamente al Gobierno de Chile.

La entrevista fue corta. Darlan, con fineza de marino, se excusó de no poder retenerme más tiempo. En todo momento se mostró amable; mas en su conversación, en sus gestos, y en particular en su semblante, se veía un hombre abrumado por los acontecimientos.

Los atentados en contra de los jefes alemanes eran la consecuencia del abuso y terror impuestos por los nazis, que cada vez exigían de Francia un mayor sacrificio, a pesar de que tenían en su poder un millón quinientos mil prisioneros; sustraían al país vencido cuatrocientos millones de francos diarios por concepto de gastos de ocupación; mantenían encarcelados a cientos de miles de judíos; se habían apoderado de las industrias, las minas, la producción agrícola, además de haber anexionado al territorio del Reich la Alsacia y la Lorena.

Claro está que tales atentados no eran buen método para liberarse del opresor; al contrario, ello facilitaba la justificación de las terribles represalias en que se mataba a mansalva a pacíficos ciudadanos de la sacrificada República.

Pero no hay duda de que para Francia fue el comienzo de una insurrección nacional; porque, a mi juicio, después de dos años de

convivencia con los nazis, los franceses habían terminado por perder la paciencia, el miedo y hasta la razón...

Hitler invade la Unión Soviética

En Vichy, en la mañana del día 22 de junio de 1941, escuché por la Radio Nacional que Hitler, sin previo aviso, había invadido la Unión Soviética y sus divisiones Panzers rodaban rumbo a Minsk y a Kiev.

Ese artero ataque rompía bruscamente el "Pacto de no Agresión" firmado dos años antes entre Molotov y Von Ribbentrop; y era tan sorpresivo e insólito como había sido la celebración de dicho Pacto.

Gran alegría me causó esta sensacional noticia, que cambiaba el equilibrio de las fuerzas beligerantes en favor de los Aliados, al incorporar a la lucha a más de doscientos millones de habitantes.

La "apertura" de este segundo frente, contrario a las más elementales normas de la estrategia guerrera de batirse en dos líneas opuestas, era un acto de desesperada audacia por parte del Führer, en su impotencia por abatir a Gran Bretaña.

Hasta ahora ésta no sólo resistía, multiplicando sus ataques aéreos sobre Alemania, sino que se unía a ella la Unión Soviética.

En toda Francia la noticia produjo gran júbilo, porque no era un misterio para nadie que los comunistas galos, fanáticos incondicionales del Komintern, cambiarían en forma fulminante su rabiosa posición pro Hitler, para volver a su primitiva línea de combate ordenada por el VII Congreso de Moscú, de luchar contra el nazismo y apoyar a las democracias.

En algunos sectores del Cuerpo Diplomático y en las esferas oficialistas de Vichy se vaticinaba, sin embargo, que el Ejército Rojo sería destruido en pocos días, o meses a lo más; y los mismos resultados al iniciarse la campaña parecían afirmar estas predicciones, ya que el avance alemán era arrollador y en pocas semanas sus ejércitos se encontraban a las puertas de Moscú y Leningrado.

La verdad fue que Hitler conquistó a la Europa Occidental en una corta y exitosa campaña, pero en la guerra contra la Unión Soviética, después de una titánica y sangrienta lucha, y con la complicidad del

invierno polar, fue detenido, obligadas sus tropas a retroceder, y quedó desposeído del mito de la invencibilidad.

La derrota infligida a Alemania costó a Stalin el sacrificio de veinte millones de rusos y la destrucción de sus principales ciudades; y a Hitler, la pérdida de sus mejores tropas.

A partir de estos hechos tomó en Francia gran impulso la acción de la Resistencia, con la incorporación en masa de los comunistas. Estos, para hacerse perdonar la traición que significó a los aliados el Pacto Germano-Soviético, y borrar la escandalosa actitud antifrancesa, por lo que fueron declarados fuera de la ley por el Congreso, reclamaban ahora los primeros puestos de combate para luchar contra su aliado nazi de ayer. Sin embargo, en su euforia, fueron causantes del fusilamiento de centenares de inocentes rehenes franceses, por asesinato de altos jefes militares alemanes.

En definitiva, Hitler, al igual que Napoleón, encontró en las heladas estepas rusas y en la tierra arrasada de sus campos, ciudades y pueblos, la tumba de sus ejércitos invasores...

FALLECE DON PEDRO, Y SE ME LLAMA CON
URGENCIA PARA REGRESAR A CHILE

El día 25 de noviembre de 1941 recibí en Cannes la fatídica noticia de la muerte de don Pedro, que a Miti y a mí nos produjo gran consternación, aumentándonos la que ya teníamos, pues en esos mismos momentos la madre de Miti, afectada de una enfermedad incurable, entraba en estado de coma, falleciendo al día siguiente.

A la señora Juanita le enviamos el siguiente cable:

URGENTE - Señora Juanita de Aguirre

LA MONEDA

Profundamente consternados la acompañamos en su inmensa pena y dolor stop Vuestro luto lo llevaremos también nosotros por el eminente amigo y gran patriota que rindió su vida sirviendo a Chile y a su ideal.

GABRIEL Y MITI.

El mismo día se me comunicó que había asumido la Vicepresidencia de la República mi viejo amigo y querido coterráneo el doctor Jerónimo Méndez, a quien le envié una calurosa carta de congratulación.

Horas más tarde recibí del Ministerio de Relaciones un cable cifrado estrictamente personal, que yo debía mantener en secreto.

Su texto descifrado era éste:

Inminente convocatoria a elección presidencial dentro de brevísimo plazo. Radicales consideran tu candidatura única posibilidad unión izquierda. Dirigentes de los otros partidos aliados opinan igual. Negativa podría resultar fatal para nuestros ideales, posibilitando el triunfo de la derecha. Solicita inmediata licencia por cable. Apreciamos tu problema familiar del momento. PEDRO ENRIQUE ALFONSO, HUMBERTO ALVAREZ.

El mismo día contesté el urgente llamado, aun en medio de la tribulación que por nuestra parte vivíamos en Cannes.

Señores Pedro E. Alfonso y Humberto Alvarez. Santiago.

En el mismo instante que recibo vuestro cable, acaba de fallecer madre de

Miti. Ruégoles comunicarlo prudentemente a don Juan, advirtiéndole que su carta y fotografías alcanzó a verlas ayer. Respecto llamado para regresar a Chile y asumir candidatura presidencial, a la que se han sumado el llamado de Bossay y demás parlamentarios amigos ambas Cámaras, contestaré definitivamente mañana. Afectuosamente, GABRIEL GONZÁLEZ VIDELA.

Después de los funerales de mi suegra en Cannes, nos trasladamos con Miti a Vichy. Ella, a pesar del dolor y la tristeza que la embargaban por el desaparecimiento de su madre, a quien tanto adoraba, no vaciló y fue firme en aconsejarme que aceptara la candidatura, para no defraudar a tanta gente que tenía puestas sus esperanzas en mí, especialmente entre la juventud y las mujeres.

Tal resolución y desprendimiento de Miti para quedarse sola en un país en guerra, mientras podían conseguir ella y mis hijas Sylvia y Rosita las prioridades para viajar, demostraban un excepcional valor. Redacté, pues, un cable a Pedro Enrique Alfonso y demás amigos, en los siguientes términos:

Contrariando una invariable resolución de no regresar a Chile hasta terminar mi misión en Francia, acepto sin embargo el inmenso sacrificio que se me pide ante la inestabilidad política y el peligro de ruptura de las clases media y popular, desplazando el Poder hacia la derecha. Pero mi aceptación va condicionada a que todos los partidos aliados cesen y pospongan todas las rencillas, sectarismos y personalismos que anarquizan la acción constructiva de un Gobierno Popular, que debe más que ningún otro hacer de los principios de autoridad, disciplina y honestidad política los fundamentos de la acción creadora para dar cumplida realización al Programa de Izquierda, que será mi programa de Gobierno. GABRIEL GONZÁLEZ VIDELA.

Y desde ese instante inicié los preparativos para mi viaje, el cual iba a resultar largo y accidentado.

ME DESPIDO DEL MARISCAL PÉTAİN

En vísperas de partir a Chile, el Mariscal Pétain me recibió en su residencia, al borde del río Allier, en tenuta de civil, luciendo un flamante y bien cortado vestón gris. Me tendió su mano afectuosa, helada por los años, y me invitó a pasar a una modesta pero amplia sala que le servía para las reuniones de su Consejo.

Conocía el objeto de mi visita y del llamado que había recibido de mi país para presentarme en la lucha presidencial, con motivo del fallecimiento de Pedro Aguirre Cerda. Me reiteró en sentidas palabras sus condolencias y las de Francia por la desaparición del ejemplar gobernante.

Con suma delicadeza y diplomacia, prescindió del aspecto político de mi candidatura, apoyada por los Partidos Radical y del Frente Popular, que en Francia él combatió, acusándolos de ser responsables de la guerra.

En un tono paternal me dijo:

—La tarea que usted va a asumir es muy riesgosa, no sólo por sus acompañantes, sino por el oficio mismo de gobernar. Es más pesado de lo que uno se imagina; pero usted es muy joven y lleva la experiencia de lo sucedido en Francia, lo que le facilitará superar con éxito el juego inconformista de los partidos. Se lo deseo de todo corazón.

—Pero, señor Mariscal—repliqué—, después de salvar a Verdún, usted, a su edad, ha salvado a Francia y se le ve de un envidiable aspecto.

Levantó sobre mí sus ojos celestes, como agradeciendo mi cumplido, pero sin creer en él, y manifestó melancólicamente:

—No lo crea, señor Ministro; los años, a cierta edad, pesan más que los problemas. ¡No creo que yo alcance a ver a Francia libre, ni realizada la restauración nacional!

Estas palabras, pronunciadas por el anciano Mariscal con entristecido acento, tocaron mi sensibilidad al constatar su pesimismo y decaimiento. Su rostro rosado y terso esta vez mostraba la palidez de la fatiga, debido a las preocupaciones de su cargo, que, aunque limitadas a reducidas jornadas, influían en el deterioro de su físico.

Sobreponiéndose al esfuerzo, deseó seguir la conversación; abordó entonces su tema favorito, sobre las causas que produjeron la derrota militar de Francia, que en el fondo era una crítica a Gran Bretaña:

—Durante los ocho meses que la guerra estuvo paralizada, y que el pueblo la bautizó como *drôle de guerre*, fue Gran Bretaña quien obligó a Francia a permanecer como hipnotizada, oponiéndose a que se atacara a Alemania cuando invadía Polonia y así obligar a ésta a pelear en dos frentes.

“Mientras tanto, los ejércitos franceses e ingleses languidecían de aburrimiento en las aldeas de Lorena y norte de Francia. De esta situación se aprovecharon los alemanes para aplicar su original táctica de *Blitzkrieg* en el frente oriental y de paralización en el occidental, mientras apresuraban su rearme y almacenaban las colosales cantidades de alimentos que necesitaban para su guerra total.

“Sin embargo, señor Ministro, se lo declaro sin reservas, para Francia es más conveniente un triunfo de la pérfida Albión que la victoria de los nazis, que son racistas, fanáticos y deshumanizados.

“Este ha sido mi desacuerdo permanente con Laval, que, con obstinación y apasionamiento, sigue creyendo en el triunfo de Hitler, y, lo que es más grave, lo desea.

Aproveché una pausa del Mariscal mientras cambiaba de postura en su confortable sillón, para insinuarle una pregunta relacionada con la invasión alemana a Gran Bretaña, y le relaté, a este respecto, la opinión del Almirante alemán Kinsel, “que si Alemania no invade a Gran Bretaña antes de fines de año, Hitler tendrá perdida la guerra”.

El Mariscal tomó aliento durante el tiempo que yo hacía mi relato, y me dijo sentenciosamente:

—Esa es, señor Ministro, una opinión acertada. —Y agregó—: La prolongación de la guerra debilita económica, política y militarmente al Reich, y por eso que la posibilidad de una invasión a corto plazo a Inglaterra ejerce una irresistible tentación en el Führer.

“Es claro que, en el caso de que las defensas británicas fallen, el peligro para Inglaterra significa la derrota total. Alemania, por su parte, tiene que arriesgar toda su flota, la Luftwaffe y los cuerpos de desembarco.

“Esa invasión a través de un brazo de mar es difícil; la creo imposi-

ble, pero tiene, sin embargo, una pequenísima dosis de probabilidad. Todo esto agravado con la apertura del segundo frente ruso que, a mi juicio, es un grave error estratégico, después de la experiencia de Napoleón.

Luego de hacer estas tajantes declaraciones, se levantó con lentitud, abrió el cajón de su escritorio y sacó un retrato con uniforme de Mariscal y como Jefe del Estado francés, y me lo obsequió con una cariñosa dedicatoria, la cual conservo en mi galería de Gobernantes. Además me hizo entrega de una de sus obras que compilan sus arengas y discursos.

Me acerqué a él, y después de agradecerle su gentileza, espontáneamente le abracé con efusión de despedida.

En verdad, el Mariscal Pétain infundía admiración y respeto.

¡No merecía el triste fin con que lo deshonró la injusticia de los hombres, condenándolo a morir como un presidiario, con olvido de su amor irrestricto por la Francia inmortal, y después que los representantes de la III República lo obligaron a cargar con la pesada cruz de la derrota...!

FRACASO DEL ITINERARIO DE MI VIAJE

Después de despedirme del Mariscal, pasé a saludar al Ministro de Relaciones Exteriores, Almirante Darlan, quien, como en el caso de Pétain, reiteró sus condolencias a nombre del Gobierno y de Francia por el fallecimiento de don Pedro. Con gentileza y espontaneidad, me ofreció toda clase de facilidades para un rápido traslado a Lisboa, donde yo debía tomar un Clipper norteamericano, única línea aérea que durante la guerra unía a Europa con los Estados Unidos; todo ello para satisfacer el llamado urgente que había recibido de Chile, a fin de hacerme intervenir en la elección presidencial.

El Almirante dio instrucciones inmediatas con objeto de que se me reservara para el día siguiente un apartamento en la combinación del expreso a España, lo que acepté gustoso.

Esta decisión me obligó a despedirme sólo a la carrera de algunos de mis colegas que encontré en las Embajadas, como el Embajador de los Estados Unidos, Almirante Leahy; el Embajador Sousa Dantas, del Brasil; Cárcamo, de la Argentina, y Lequerica, de España. A los demás tuve que enviarles una nota para anunciarles mi retiro y agradecerles sus atenciones.

El Almirante Leahy, en conocimiento de que los viajes del Clipper, a causa de la guerra, se hacían a base de preferencias, se ofreció para obtener del Gobierno de los Estados Unidos una plaza a mi favor, en el primer avión que saliera de Lisboa.

A la capital portuguesa llegué el día 2 de diciembre, y, como gran deferencia, se me hizo la concesión de que viajara a Nueva York el día 6.

Mientras tanto, el Encargado de Negocios en Portugal, José Marió, y su señora me prestaron su apoyo y atenciones para facilitar mi viaje.

En Chile había gran nerviosidad entre mis partidarios y dirigentes por el retraso que sufría el viaje, ya que la fecha de la elección interna del candidato a la Presidencia de la República del Partido Radical se había fijado para el domingo 14 de diciembre.

Mis contendores, demostrando temer mi candidatura, se negaron reiteradamente a prorrogar siquiera por una semana el plazo, para



En el viaje de regreso a Chile, en el aeropuerto de Salta, junto a Salvador Allende, Ministro de Salubridad; Luis Mackenna, el Cónsul de Chile, Eduardo Gallardo Arteaga, y un amigo.

impedirme toda oportunidad de presentarme en las principales ciudades de las provincias del Norte y Sur del país.

Para colmo de mi desventura, un fuerte ciclón en el Atlántico obligó al Clipper a aterrizar en las Islas Bermudas, donde estuvo dos días, sin poder movilizarnos. Por mal tiempo, tampoco pudimos llegar a Nueva York para combinar con el avión Douglas, el cual debía conducirme a Chile, y hube de esperar en Miami hasta el jueves 11, para seguir a Santiago y llegar el viernes 12, es decir, casi en vísperas de la elección.

En Miami me sorprendió la declaración de guerra de los Estados Unidos de Norteamérica contra las potencias del Eje: Alemania, Italia y Japón.

Por radio escuché la voz vibrante y entera de Roosevelt, en un

verdadero desafío a los Estados totalitarios, que marcaba la declinación de éstos y su derrota definitiva.

Tuve además la sorpresa de encontrarme en esta ciudad, en el mismo hotel, con Salvador Allende, que en su carácter de Ministro de Salubridad visitaba los Estados Unidos.

En el mismo avión Douglas viajamos con destino a Chile; y durante la travesía sufrí un desvanecimiento producido por ingerir una droga equivocada para el resfrío, recibiendo la atención médica de él.

Restablecido del percance, Salvador Allende me informó en detalle del desastre del Frente Popular como combinación de Gobierno; la guerra declarada y sin cuartel entre socialistas y comunistas, hecho que, a su juicio, directamente perjudicaba mi candidatura presidencial, levantada como cosa propia por el Partido Comunista.

No podía recibir peores noticias. Tampoco necesitaba tener mucha perspicacia para comprender que él y su partido, pretextando el apoyo comunista, no estaban con mi candidatura.

Cuarta Parte

MI REGRESO A CHILE

MI ARRIBO A CHILE PARA INTER-
VENIR
EN LA SUCESION PRESIDENCIAL.
UN ACUERDO SECRETO

Al aterrizar el Douglas en Los Cerrillos, me encontré con la sorpresa de que me esperaba una inmensa muchedumbre, que me hizo objeto de un vibrante y afectuoso recibimiento. Esta adhesión con tanto calor humano me levantó el ánimo, tan decaído después del negro cuadro pintado por Salvador Allende respecto a mis posibilidades presidenciales.

Acompañado de los dirigentes de mi candidatura, me trasladé al Cementerio para visitar la tumba de don Pedro y depositar en ella una ofrenda floral. Me causó profunda tristeza contemplar el sepulcro del que fuera el abanderado triunfante de la campaña que me tocó dirigir, en el año 1938.

Cerca de las siete de la tarde, pasé a saludar a Misiá Juanita, emocionándome al expresarle palabras de condolencias, mientras la abrazaba con gran sentimiento.

Después nos trasladamos a La Moneda, para saludar al Vicepresidente de la República, mi gran amigo el doctor Jerónimo Méndez, a quien reiteré mis congratulaciones ya expresadas por carta.

Luego me reuní con la directiva de mi campaña, cuyos miembros me informaron que Juan A. Ríos había logrado levantar una fuerte corriente de opinión en el partido, con una bien organizada propaganda, montada desde hacía dos años y que se había constituido en un contendor verdaderamente peligroso.

A renglón seguido, me lanzaron el bombazo: que para dentro de una hora más, a las nueve de la noche, estaba programada en el Caupolicán mi proclamación, donde debía pronunciar mi discurso-programa.

En desacuerdo con esta precipitada medida después de un agotador viaje de diez días, pregunté si se habían preocupado de redactar el "proyecto" del discurso, como se acostumbra en estos casos. Los dirigentes se excusaron, diciendo que los radicales esperaban una expo-

sición oral y no escrita; especialmente un relato de los acontecimientos de la guerra que acababa de presenciar. Según ellos, éste era el tema más interesante.

Sin convencerme de tal aseveración y preocupado por tan serio compromiso, me retiré para aclarar mis ideas y ensayar una síntesis de los temas que iba a tratar.

Intervención desafortunada en el Caupolicán

Mis temores no eran infundados. Mi intervención pública fue la peor que haya tenido en mi carrera política, frente a diez mil personas que me aclamaban.

A la gente no le conmovió mi exposición de una Europa desgarrada, vencida y humillada por la bota nazi, ni mis referencias y explicaciones de lo que era la "guerra total", ni el mal siniestro de las "quintas columnas". Mucho menos merecía el interés del auditorio el tema al cual yo daba gran importancia: "El estallido de la paz", o sea, lo que vendría en el mundo después de la guerra, cualquiera que fuese el vencedor.

En cambio, sin conocimiento de lo que ocurría en Chile, por falta total de comunicación durante dos años, mi discurso, en lo que se refiere a política interna, fue pobre y, lo confieso, decepcionante.

Mis llamados a la unión de todas las fuerzas populares y mi condena a las divisiones, indisciplina y sectarismo cayeron en un ambiente de ostensible frialdad y reserva.

A pesar de no haber alcanzado a participar en la campaña, por el dilatado retraso de mi viaje, y haber pronunciado un discurso deslucido y fuera de ambiente, mis leales partidarios, al día subsiguiente de mi llegada, lograron hacerme triunfar, si bien por escasos 240 votos, sobre Juan Antonio Ríos, lo que me produjo una natural satisfacción.

Por su parte, los incondicionales de éste desconocieron el resultado y lo objetaron públicamente, alegando que el triunfo les correspondía, aunque también por estrecho margen.

Un acuerdo secreto

El martes 16 de diciembre, muy de madrugada, Juan Antonio Ríos me

llamó por teléfono para solicitarme una reunión secreta e inmediata, con el propósito de evitar la división del partido, que él veía inminente, porque el Tribunal Supremo que debía dar el cómputo final de los votos estaba en empate: dos a dos.

Acepté gustoso su llamado y le insinué que esa entrevista se realizara a las nueve de la mañana de ese mismo día en mi quinta de Ñuñoa, muy cerca de la suya en Macul.

Puntualmente acudió Juan Antonio. De inmediato, y sin preámbulos, me planteó su proposición, cuya síntesis era la siguiente: El Tribunal Supremo del partido, compuesto por Guillermo Labarca Hubertson, Héctor Arancibia Lazo, Pedro Castelblanco y Luis Alamos Barros, que debía conocer de las reclamaciones de ambos candidatos, habría que reemplazarlo por un Tribunal de Honor, para fallar, sin ulterior recurso, dentro de veinticuatro horas, a quién correspondía postular a la Presidencia de la República.

—Le acepto de inmediato su planteamiento —fue mi respuesta a Juan Antonio.

—Pero eso no es todo —agregó él—. Hay algo más espinudo que es lo que deseo conversar con usted “a puertas cerradas y a calzón quitado”... Quiero sinceramente, frente al peligro inminente de la división del partido en un momento en que la situación política por la que atraviesa el país es extremadamente delicada, que usted me ceda el paso en el Tribunal de Honor que vamos a nombrar, porque, de otra manera, mis partidarios no aceptarán el fallo. Mi gente no lo combate a usted, pues lo saben un radical de “buena ley”. No quieren nada con los comunistas, quienes verdaderamente se hicieron odiar por su conducta en el Gobierno de don Pedro; y como éstos se han apoderado de su candidatura, como cosa propia, votarán por cualquier personero de la derecha, incluso por Ibáñez... Al revés de usted, yo no controlo a mi gente; y, créame, sería un grave error suyo desconfiar de la verdad de lo que afirmo. Además, Gabriel, usted es muy joven, tiene por delante toda una vida, con un promisorio porvenir. En cambio, para mí ésta es la última oportunidad de mi vida para alcanzar la Presidencia de la República.

—Pero usted, Juan Antonio, es un hombre en la plenitud de vigor, con

el aspecto de un roble, para estar dominado por ese absurdo pesimismo —le repliqué.

—En todo caso, Gabriel, es mi pálpito... y mis pálpitos nunca han fallado.

Sin duda que fue esta idea fija de Juan Antonio lo que verdaderamente me conmovió y me predispuso a cederle el paso, para cuyo efecto, y de inmediato, nos pusimos de acuerdo en designar el Tribunal de Honor integrado por los señores Guillermo Labarca, Luis Alamos Barros y Pedro Castelblanco, que eran mis partidarios.

Al día siguiente, toda la prensa del país publicaba con grandes caracteres una sensacional noticia: los contendores radicales Juan Antonio Ríos y Gabriel González Videla habían aceptado que un Tribunal de Honor fallara en conciencia, esa misma noche, a quién correspondía el mejor derecho para optar a la candidatura presidencial.

Efectivamente, a las cuatro de la madrugada el mencionado Tribunal, en forma unánime, proclamó a Juan Antonio Ríos candidato oficial del Partido Radical.

Después de treinta y cuatro años doy a la luz pública este “acuerdo secreto” entre Juan Antonio Ríos y yo. Puedo decir, sin falsa modestia, que gracias a ese impulso intuitivo mío se produjo el milagro de que el Partido Radical continuara en el Poder por diez años más, que Juan Antonio Ríos fuera el segundo Presidente Radical, y que yo lo sucediera como el tercer Mandatario.

De no haber pospuesto mis expectativas, el radicalismo se habría dividido, sufriendo una derrota definitiva, y mis ambiciones de alcanzar la Presidencia de la República habrían quedado sepultadas para siempre.

Mi prudencia de saber esperar hizo que el sueño de mi madre se viera realizado. Sirva este episodio de mi vida de experiencia a la juventud inquieta e intransigente: en política, como en todos los actos humanos, más vale la paciencia de la espera que la precipitación irreflexiva de la ambición.

Desaparecen vencedores y vencidos.

Sólo hay radicales

Emitido el fallo del Tribunal de Honor, y tan pronto hube aceptado el cargo de presidir el comité político de la candidatura de Juan Antonio Ríos, formulé la siguiente declaración pública:

El Tribunal Radical ha reconocido a Juan Antonio Ríos el mejor derecho como candidato a la Presidencia de la República.

Este veredicto está fundado en el hecho de que el que fuera hasta ayer mi contendor habría obtenido el mayor número de sufragios del partido.

El radicalismo chileno, como órgano democrático, elige, actúa y resuelve aplicando inexorablemente la ley inapelable que las fuerzas mayoritarias mandan, y las minoritarias, aunque lo fueran por un voto, obedecen.

No es lícito, en consecuencia, a ningún radical, aun a pretexto de circunstancias extraordinarias, desconocer el fundamento ético de este postulado, base de todo sistema democrático. El que lo hiciere, contribuirá con su inconsciencia cívica a socavar aun más este principio cuya firmeza es hoy más necesaria que nunca.

Desde el momento que nos confundimos como radicales en un solo sentimiento, en un solo impulso, en una sola acción, desaparecen los partidarios de Juan A. Ríos y de Gabriel González.

Sólo hay radicales que, superando en contenida emoción sus posiciones de vencedores y vencidos e inspirados por el sentido de la responsabilidad, de la disciplina y la unidad, se ponen incondicionalmente al servicio del candidato triunfador: Juan A. Ríos.

Y yo, el primero, asumiendo desde hoy el cargo de presidente del comité de su candidatura.

Santiago, 17 de diciembre de 1941.

GABRIEL GONZÁLEZ VIDELA.

JUAN ANTONIO RÍOS,
PRESIDENTE DE CHILE

El 1.º de febrero de 1942 se llevó a efecto la elección presidencial para designar al sucesor del malogrado Presidente Pedro Aguirre Cerda.

Juan Antonio Ríos fue el abanderado de una combinación de centroizquierda, formada por los Partidos Radical, Liberal (la corriente alejandrística), Socialista y Democrático. Los comunistas fueron discretamente dejados de mano por la sagaz intuición del Presidente Ríos, que les bloqueó la entrada al Gobierno y a la Administración.

El General Carlos Ibáñez del Campo fue el candidato de los partidos de derecha, ungido como "el hombre fuerte", no obstante que ésta lo había combatido hasta el extremo de provocar su derrocamiento, acusándolo de dictador, durante su anterior Presidencia.

La lucha fue enconada, e Ibáñez, contrariando la íntima y vieja amistad que lo vinculaba a Ríos, desató la más violenta campaña contra el Partido Radical y su abanderado.

Un aplastante veredicto popular, 260.758 sufragios contra 204.858, dio el triunfo a Juan Antonio Ríos sobre el General Ibáñez.

El 2 de abril asumió el Mando Supremo de la Nación, en medio de un gran fervor popular y confianza pública, y dirigió al país un mensaje, en el que fijó la meta de su pensamiento político.

Dijo, entre otras cosas:

La democracia moderna debe ser regida con humanidad y justicia para que subsista el orden jurídico, como señero efectivo de progreso... Hay que desarmar los espíritus, sepultar en el olvido las pasiones, quitar los abrojos del camino, abrir una senda en que florezca la comprensión.

La ágil y certera pluma del destacado periodista Darío Poblete, al comentar esta jornada cívica, expresó:

Grandes y gloriosos han sido nuestros soldados en los campos de batalla, defendiendo el honor de la Patria, la integridad de su territorio, la dignidad de su soberanía e independencia.



Presidente de la República de Chile, Juan Antonio Ríos (1942-1946).

Pero tan grandes y acreedores a la admiración orgullosa de la Nación, al respeto y al cariño del pueblo, han sido los herederos de los héroes que hicieron la grandeza de la Patria en cien invictas batallas, cuando, presidiendo justas cívicas, garantizaron la majestad de la ley y, en ella, cumplieron el derecho ciudadano, resguardaron y protegieron contra toda ofensa la pureza del sufragio universal.

Quinta Parte

MISION EN BRASIL

EMBAJADOR EN BRASIL

El Presidente Ríos, al poco tiempo de asumir el Mando, me hizo llamar una tarde a su despacho para ofrecerme la Embajada de Chile en Brasil, país que tenía para mí extraordinaria atracción, aunque no había tenido oportunidad de visitarlo.

Agradecí al Mandatario esta distinción y le expresé la satisfacción que me producía aceptarla, asegurándole que no escatimaría esfuerzo ni sacrificio para desempeñarla con dedicación y leal concordancia americanista, reafirmando la tradicional amistad de Chile y Brasil.

De inmediato me puse en contacto con el Ministro de Relaciones Exteriores, Ernesto Barros Jarpa, eminente internacionalista y dilecto amigo, quien me suministró las más amplias informaciones sobre todos los asuntos pendientes entre Chile y Brasil, estimulándome con sus sabios consejos para realizar una eficiente labor en la Embajada.

De acuerdo con el Presidente Ríos, me autorizó para elegir el equipo de funcionarios que me acompañaría en esa misión en Río, lo que me permitió tener, como eficaces colaboradores, a un grupo de expertos periodistas y consejeros económicos.

Todo se me facilitó no sólo para estrechar aun más las relaciones tradicionales, sino para alcanzar también la complementación económica, industrial y comercial con ese país hermano.

El 6 de agosto de 1942 llegaba a Río de Janeiro para desempeñar la misión diplomática que me había encomendado el Presidente Juan Antonio Ríos.

Era una nueva etapa de mi vida, de extraordinaria importancia para enriquecer mi experiencia de político, de demócrata y de americano.

Tenía vivo interés en conocer y estudiar el desenvolvimiento industrial, económico y social de ese gigante de las Américas.

Desde que el avión empezó a sobrevolar Río de Janeiro, en un día de radiante luminosidad, en que la ciudad se mostraba en todo su esplendor y embrujo, quedamos definitivamente prendados de ella, tanto Miti como mis hijas Sylvia y Rosita.

La *cidade maravilhosa*, como la llaman los cariocas, que por contraste no tiene río alguno, se alza deslumbrante con sus célebres morros: "Pan de Azúcar", "Corcovado", "Tijuca", "Gavea" y los "Dos Hermanos", todos envueltos por la selva virgen y tropical que desciende desde ellos, avasalladora, con su gama de verdor y el vívido colorido en que se matizan el escarlata, el amarillo, el turquí, el lila y el blanco, hasta llegar a las mismas calles de la capital.

Edificada a orillas de las tranquilas y verdeazules aguas de la bahía de Guanabara, la más grande del mundo, que encierra cerca de ochenta islas, entre las que se cuentan como las más hermosas la de "Paquetá", de un kilómetro de extensión, y la "Del Gobernador", un poco más pequeña.

La bahía de Guanabara exhibe, además, deliciosas y soleadas playas de fama internacional, a las que acuden miles de bañistas que son atraídos por sus temperadas aguas, como la de "Copacabana", "Praia Vermelha", "Praia de Botafogo", "Praia de Gavea", "Niteroy", "Ipanema" y muchas otras que hacen las delicias de los turistas.

Esta exuberante tierra habitada por los "cariocas", cautivadora y alegre gente, príncipes de la hospitalidad, son los creadores de la *cidade maravilhosa* y guardadores celosos de la cortesía, la tradición artística, la cadencia del lenguaje y los graciosos ademanes en la expresión; por eso constituyen algo aparte de los habitantes de las otras regiones del Brasil.

Estos, un poco celosos de la supremacía de Río de Janeiro, aun cuando fue despojada del privilegio de ser la capital de la República, título que mantuvo desde los tiempos del Imperio, le reprochan su vida frívola y alegre, unida a la costumbre de no apresurarse para nada, todo se hace *devagar*, que en portugués significa despacio y sin apuros.

Tienen la filosofía de que "el tiempo arregla las cosas mejor que los hombres; el que se apresura, choca; y el que pretende apurar, ofende".(1)

(1)R. Saens: *El Brasil Moderno*.

El carioca debe su nombre a los conquistadores portugueses, que fundaron la ciudad y levantaron sus casas formando un cerrado núcleo de hombres blancos, en contraste con la población aborigen de tez oscura.

Etimológicamente, el vocablo "carioca" viene de dos palabras: "cari" y "oca", que significa literalmente "Casa de blanco".(1)

La lengua portuguesa, en boca de los cariocas, y especialmente en labios de las bellas y agraciadas mujeres de Río de Janeiro, es dulcísima, con entonación melódica, que, unida a la extraordinaria semejanza con el español, es agradable de oír y de fácil comprensión.

El brasilero habla más y comprende mejor el español que nosotros el portugués, lo que nos simplificó grandemente la vida en esa tierra maravillosa.

(1)Afranio Reixoto: *Río de Janeiro*

ARANHA ANUNCIA AL PUEBLO
BRASILEIRO LA DECLARACION
DE GUERRA AL EJE

Pocas veces en mi vida me he encontrado en más difícil trance como aquel en que me colocó el Canciller del Brasil, el sagaz y talentoso estadista doctor Osvaldo Aranha, en su generoso afán de abrirme las puertas de ese extraordinario país.

Me encontraba en su despacho en el Palacio de Itamaraty el día 18 de agosto de 1942, con objeto de fijar la fecha en que el Presidente Getulio Vargas me recibiría en el Palacio de Guanabara, para presentarle mis cartas credenciales.

Habíamos mantenido con el Canciller una amena e interesante charla, que me impresionó gratamente por la forma abierta y franca como conducía el diálogo, al que unía un trato de singular simpatía y distinción.

Aranha, más que un diplomático fiel a la tradicional escuela de Itamaraty, se me reveló como un político de alto vuelo, de certera visión y conocedor profundo de los problemas que vivían en esa época América y Europa, como consecuencia de la conflagración mundial.

Como nuestras inquietudes y pensamientos eran coincidentes, le revelé mi opinión muy personal acerca de la urgencia de que los países latinoamericanos se definieran a favor de las democracias, para ayudar a contener y derrotar el peligro del nazi-fascismo, que yo había conocido cuando desempeñaba las Embajadas de París y de Vichy.

Estábamos en lo mejor de nuestra conversación, cuando sonó el teléfono y se oyó la voz del Presidente Vargas, quien informaba a Aranha que una frenética muchedumbre, a la que acababa de dirigirle la palabra, anunciándole que la guerra sería declarada para vengar los seiscientos brasileños asesinados por los submarinos de Hitler, se dirigía a la Cancillería. La poblada, enardecida, pedía represalias en contra de los súbditos del Eje que permanecían en el país. Terminó solicitándole que la calmara y que tratara que la manifestación se disolviera pacífica-

mente para evitar los asaltos, agresiones y violencias en el centro comercial de la capital.

Aranha me rogó que no me retirara y me invitó a presenciar desde los balcones de su despacho el desarrollo de este memorable acontecimiento.

Quedé sorprendido por la excepcional deferencia y demostración de confianza que me dispensaba y acepté gustoso su invitación.

Un mar humano, movido por una inconfundible ira patriótica, pedía en medio de un torbellino de gritos, amenazas y puños alzados no sólo "la guerra a muerte a los cobardes asesinos de inocentes víctimas brasileras", según rezaban los carteles que portaban los manifestantes, sino violentas persecuciones a los súbditos de Hitler, para vengar a sus muertos.

Cuando desde los balcones del despacho del Canciller anunciaron que hablaría por encargo del Presidente Vargas, Aranha me tomó de un brazo y me condujo al balcón, colocándose a mi lado, mientras la muchedumbre rugía violenta y exasperada a la espera de la palabra del Canciller.

Trabajo costó al Ministro imponer silencio a la multitud, ebria de venganza, herida en lo más profundo de sus sentimientos patrios.

Aranha, orador de fuste, con gran dominio y atracción sobre las masas, pronunció una de las arengas más vibrantes que haya escuchado como político; y, con gesto teatral, anunció al pueblo y al mundo que el Brasil, desde ese instante, estaba en guerra con las potencias del Eje, y llamó al pueblo a las armas y a la movilización, para cuyo efecto cada brasilerero debía reconocer cuartel "hoy mismo".

La muchedumbre, al oír tan ardorosa arenga, alcanzó entonces la plenitud de su entusiasmo y patriotismo y yo mismo me sumé al fervor de las masas.

Estaba bajo ese estado emocional, cuando de repente me sentí golpeado por la más desconcertante sorpresa que haya tenido en mi vida.

Aranha, al poner término a su magistral improvisación, con voz potente le anunció al pueblo:

-A mi lado está el nuevo Embajador de Chile, señor González Videla,

gran amigo del Brasil, quien dirigirá la palabra a "o povo brasileiro".(1)

—Que fale, que fale(2) —gritó la muchedumbre.

En comprometedor situación, me veía obligado a dirigir la palabra a la delirante multitud.

Aranha me enfrentaba, sin prevenírmelo, a todo un pueblo hermano que, con justicia y ciega indignación, en defensa de su patria traicionada y herida, esperaba del Embajador de la amiga República de Chile palabras de solidaridad, cálidas, fervorosas, y no expresiones protocolares, como la clásica "protesta" para disfrazar una apaciguada política de no intervención y "neutralista".

Mi "pálpito" y mi intuición política no me defraudaron cuando en los pocos segundos que demoraron los aplausos a Chile y a su Embajador tuve que decidir una clara y opuesta posición frente a la línea antirruptista de nuestro Gobierno.

Me dejé llevar en mi improvisación por mis sentimientos americanistas y antinazis. Hablé como político, con mi estilo personal y con el lenguaje de los chilenos, tal vez parco ante la oratoria florida de Aranha, pero sincero en el fondo y en la forma, aunque, no lo niego, con audacia en el proceder, solidarizándome por entero a favor de la entrada del Brasil a la guerra, a riesgo de exponer la Embajada, que oficialmente todavía no había asumido.

Fui breve, pero supe captar emocionalmente lo que esa masa enardecida esperaba.

Recuerdo que terminé diciendo más o menos lo siguiente:

Hermanos brasileiros:

Así como en el pasado Chile recibió del Brasil solidaria ayuda cuando afrontaba un conflicto armado en el Pacífico, hoy Chile, sin olvidar esa ayuda y solidaridad, se coloca incondicionalmente al lado de la hermana República del Brasil, arteramente atacada por el fascismo hitleriano.

Por eso estoy cierto de que en estas horas decisivas para vuestra patria y América, mi Nación sabrá responder a su pasado heroico en la defensa

(1) *Povo brasileiro*: pueblo brasilero.

(2) *Que fale, que fale*: que hable, que hable.

común de las libertades que conquistamos en el curso de nuestra historia y la sacrosanta inviolabilidad de nuestros territorios. Las defenderemos con las armas si fuere necesario.

¡Viva Brasil! ¡Viva Chile!

El pueblo, en delirante y prolongada ovación, me obligó varias veces a salir al balcón, donde se repetían las demostraciones de gratitud y afecto.

Había sido ésta una tarde apoteósica, donde un pueblo hermano decidió que su derecho a la vida, a la seguridad y a su futuro dependía de su propia y soberana voluntad.

Sin quererlo, gracias a la espontaneidad y buenos deseos del Canciller Aranha de hacerme partícipe de este magno acontecimiento, me tocó en suerte ser actor de él y llevar al corazón del pueblo que me escuchaba la convicción de que cada chileno era un soldado de la causa brasilera y un enemigo de las fuerzas desatadas del nazismo de Hitler.

Al regresar a la Embajada, resolví esa misma tarde enviar mi renuncia cablegráfica al Presidente Ríos, explicándole las circunstancias que hube de afrontar, puesto que había expresado juicios que excedían mi misión de Embajador de un Gobierno todavía neutralista.

El Presidente Ríos me contestó que rechazaba la renuncia, sin comentarios.

La unanimidad de la prensa del Brasil destacó al día siguiente, en grandes titulares, el gesto del Embajador de Chile, "el primero en expresar su solidaridad y apoyo al país hermano".

El importante rotativo *O Jornal*, comentando editorialmente las palabras del Embajador de Chile, dijo:

Según un viejo refrán, los amigos verdaderos se prueban en la hora del peligro, y en este histórico momento del Brasil fue la voz de Chile, por intermedio de su Embajador, señor González Videla, la del primer país que protestó contra la agresión y aseguró su solidaridad con el Brasil.

Cuando el pueblo exigió del Canciller Aranha que estos ataques fueran vengados, apareció en el balcón de Itamaraty y dijo que Chile apoyaría al Brasil en cualquier emergencia, por peligrosa que ella fuera.

Este inusitado episodio de mi vida diplomática me abrió, sin dudas, las puertas de la popularidad en el Brasil, y su recuerdo se mantiene vivo inclusive en las esferas gubernamentales, como lo hiciera público el Presidente Dutra, durante mi visita a ese país, en mi carácter de Presidente de la República, en el año 1947, al recibir de sus manos el Gran Cordón de la Cruz del Sur.

GABRIELA MISTRAL
ME PRESENTA AL PUEBLO
BRASILEIRO

Mi iniciación diplomática en el Brasil estuvo favorecida por auspiciosos acontecimientos, como el impulsado por la recia personalidad del Canciller Aranha, al que se unió la bondadosa iniciativa de Gabriela Mistral, la excelsa poetisa, que desempeñaba el cargo de Cónsul de Chile en Petrópolis.

En el importante rotativo carioca *Correio da Manha* del día 29 de agosto de 1942, Gabriela se dio el trabajo de hacer mi presentación al pueblo brasileiro, con un benévolo y generoso retrato escrito, inspirado por el afecto de nuestra afinidad coterránea, que agradezco y agradeceré siempre por lo espontánea y cariñosa.

El diario reproduce así el retrato escrito por la pluma maestra de Gabriela:

UN DEMOCRATA CHILENO: DON GABRIEL GONZALEZ
VIDELA

El nuevo Embajador de Chile en Brasil tenía que ser un americano indudable y un demócrata, es decir, un temperamento a tono con el momento brasileiro. La fórmula la ofrecía, como nadie, don Gabriel González Videla.

El legislador que conoce todas las legislaciones de nuestros pueblos criollos y les ha visto la fuerza o la flaqueza, llega a vivir ahora dentro de un pueblo original y sorprendente. En el Pacífico se sabe poco de esta democracia brasileira no aprendida, sino congénita, que desde los orígenes de la Nación saturó de ella sus códigos, sus costumbres y sus artes. Ella vino en las carabelas portuguesas, bajo la especie de un cristianismo verídico y no formal y ahora vive su segunda etapa, la de transformarse en un organismo económico moderno, lográndolo sin terremotos morales y sin sangre.

La buena fortuna del político chileno le regala, pues, la experiencia preciosa de acercarse a un hecho histórico de los más profundos y la ocasión de completar su carta política de la América. Leyes y reglamentos

del Brasil nuevo él podría leerlos y estudiarlos en la paz de su quinta de Ñuñoa, pero la índole del luso-criollo y la convivencia maravillosa de Brasil, él tenía que venir a respirarlos y a disfrutarlos en el lugar del milagro.

El señor González Videla nació en una provincia que es para Chile lo que Minas para Brasil. El tejido más delicado de la hispanidad allí se hizo y allí perdura; los imponderables más sutiles de la costumbre ibérica, Coquimbo los recibió y los guarda.

¡Curiosa provincia castiza y brava! En las luchas políticas se produce en ella una completa operación espiritual: de una parte se levanta la mayor catolicidad de Chile; de la otra, un sentimiento liberal. Y es que, sin saberlo, Coquimbo defiende con dos métodos opuestos... la misma cosa: una vida clásico-cristiana en cuanto a la cultura, y la economía social justiciera que va aparejada con toda civilización realmente humana. Pero, en esta brega, los güelfos y los gibelinos se diferencian de las banderías criollas y mucho más de las totalitarias. Coquimbo mantiene en plena batalla electoral sus maneras finas de raza vieja. El no da al enemigo el fuego, la asfixia ni la befa; él usa los métodos que corresponden a su elegancia moral. Lodos y ponzoñas corren en las elecciones; somos ante todo "coquimbanos", curiosos miembros de una religión que tiene heterodoxos, pero que no enciende hornazas inquisitoriales. La unidad provincial se rehace unas semanas después tal como se cierran las heridas en cuerpo noble. Todo lo cual deriva de algo más profundo que un mero esteticismo: o sea, de una naturaleza cristiano-paulista, que es parroquial o comunal.

Este don Gabriel González Videla, nutrido por su provincia, contó de ese maná de la concordia y lleva sobre su mirada, su tono, su gesto y sus actos, el rocío constante del vergel serenense. El diputado, el Presidente del Parlamento, el Ministro en Francia, los tres o cuatro hombres que él representa en nuestra historia tienen el común denominador de esa benevolencia cálida, que como la Montaña-imán de las Mil y Una Noches atrae a individuos y pueblos.

En veinte años se ha vuelto el ídolo de su región. Antes veía únicamente a su Partido Radical allegarse a las urnas a dejarle su voto. Ahora él ve a dos y tres partidos entregarle su mandato; el líder se confunde con su provincia. El se la ha echado a cuestras, como el hijo a la madre vieja. Los problemas retardados de ella, la rehabilitación que le corresponde por su pasado prócer, la suerte de su minería y de su agricultura, todo esto se ha vuelto la misión del "conductor".

Don Gabriel González Videla es realmente "el hijo de sus obras". Dejó La Serena para ir a estudiar Derecho a la capital. Por esos años un provinciano de la clase media no contaba en Santiago sino con sus puras fuerzas. Ninguna regalía para el norteño; el nombre obscuro y la timidez del forastero le hacían en torno un ruedo de desdén y a lo menos de frialdad. Quien triunfase a pesar de la soledad e indiferencia ya probaba un haz de calidades superiores. La democracia liberal y aristocrática de hace treinta años forzaba y exigía pruebas antes de conceder situaciones dirigentes. En el Chile riguroso y jerárquico haría sus dos carreras, la profesional y la política, el líder coquimbano.

La lucha por la vida no lo rompería, pero tampoco escurriría en él la hebra de hiel del amargado. Tanto le celebramos sus talentos como su alegría de vivir.

Amigos y adversarios alaban en el señor González Videla estas virtudes másculas: la veracidad, la honradez y una cerrada fidelidad a los principios democráticos. Esta veracidad fundamental él la aplica ahora al oficio que las gentes tienen como la casa misma del disimulo y la malicia: a la diplomacia. Y su hábito de lealtad busca crear la unanimidad americana en estos días de unión o muerte.

La democracia ha sido la línea intelectual y emocional de nuestro líder y el tema central de su trabajo parlamentario. Más que su convicción, ella es su sangre y su pulso vital. El Embajador González Videla podría decir de la democracia lo que el hombre del pueblo: "Ella es mi padre y mi madre". El la tiene por el único clima digno del dirigente y del dirigido, del mozo y del viejo, del hombre y de la mujer.

La famosa "violencia" del político chileno no asoma en sus discursos bajo la forma de una legía escocedora de epítetos. Su mensaje en el "Congreso de las Democracias" y otras piezas que le conocemos, dejan ver que su pasión tiene como manaderos la repugnancia viva de la mentira (la verdad o quema o sollama); la falta absoluta de retórica engañosa: su verbo es rotundo por ser directo, y su naturaleza activa se cuela por las frases del período, tomando las palabras como si ellas fuesen materiales de construcción.

Sin embargo, la pasión no lo hace abundante ni desbordado. Son bastante sobrias sus arengas, y yo me acuerdo, leyéndose, de que no se vive en vano en las casas coloniales de La Serena, de fachadas austeras. Sus residencias españolas le sirvieron de antídoto contra lo barroco; los patios mansos lo bañaron en la ternura de padre o de hermano que emana de él. Pocas veces en mi vida he tratado a un hombre público por cuya

conversación corra el río de una bondad tan genuina. Oyéndolo, yo aprendía una vez más que la familia regional es tan verdad como el grupo familiar. El estilo y el acento del diplomático serenense son los mismos de nuestros poetas: Magallanes Moure, Carlos Mondaca o Vicuña Cifuentes, como si todos ellos hubieran nacido de una sola pareja humana...

Sus conterráneos le agradecemos el haber salido de mítines, de asambleas, de fraguas y hogueras políticas, llevando salva la índole de su provincia, llamada por Benjamín Subercaseaux "tierra de leche y miel".

GETULIO VARGAS RECIBE MIS CARTAS
CREDENCIALES DE EMBAJADOR

El 1.º de septiembre de 1942, el Presidente Getulio Vargas, Jefe del "Estado Novo" del Brasil, instaurado con plenos poderes por la Revolución de Noviembre, me recibió en audiencia especial en el Palacio de Guanabara, en compañía del Canciller doctor Osvaldo Aranha y de todos los miembros de su Gabinete y con los honores correspondientes a mi rango de Embajador.

Después de hacer entrega de las cartas credenciales y cambiar los discursos de rigor, el Presidente Vargas, con afectuoso gesto, me invitó a tomar asiento en la suntuosa sala imperial.

En forma por demás amistosa, se sintió obligado a explicarme que su enfermedad le había impedido recibirme tan pronto llegué. Agradeció muy efusivamente mi intervención desde los balcones de Itamaraty para solidarizar con su país, cuando se anunció la declaración de guerra del Brasil. Me agregó que estaba dispuesto a solucionar personalmente cualquier problema que se presentara entre Chile y Brasil, fuera éste económico o político, y que las puertas de Guanabara estaban abiertas para el Embajador de Chile, expresiones que agradecí en nombre propio y de mi Gobierno.

Después de las presentaciones de los miembros del Gabinete y del personal superior de la Presidencia, me retiré con la comitiva de la Embajada.

Imagen del Presidente Vargas

Al primer golpe de vista, la imagen del "gaucho"(1) que se transformó en el "hombre fuerte" del Brasil era la de un sonriente y apuesto joven funcionario, de maneras agradables que armonizaban con la cadenciosa pronunciación de un correcto español.

El Presidente Vargas, aparte de su indiscutido talento y desconcertante habilidad para el manejo de hombres y colectividades políticas,

(1)*Gaucho*: Los brasileros llaman así a los fronterizos con la Argentina y el Uruguay.



Ao Embaixador Gabriel Fousale
 Videla, com muito apreço
 Luís Vaz
 25-6-1994

M. Amfiof
 Rio

tenía una condición humana sobresaliente, una cautivante modestia, condición a la que debió, en mi concepto, su súbita ascensión desde el más austral Estado del Brasil, Río Grande do Sul, al mando supremo de la más extensa nación de Latinoamérica.

Conversar con Getulio Vargas era entrar de inmediato en una amena y amistosa charla, facilitada por una simpatía contagiosa, que hacía que sus ideas, proposiciones y observaciones fueran recibidas con agrado. Su cultura, experiencia, conocimientos de los negocios del Estado, lo convertían en un interlocutor a quien se le oía, respetaba y admiraba.

Era característico de él que, en medio de la discusión más docta, cualquier desliz lo hacía irrumpir en una contagiosa carcajada, que dejaba escapar echando gozosamente su cabeza hacia atrás.

Vargas fue el verdadero arquitecto del plan de la industrialización del Brasil, fue su propio constructor, para lo cual puso en juego su condición de caudillo de una revolución destinada a remover las montañas de obstáculos o de intereses creados, que aventó en nombre de lo que él llamó "la evolución armada".

Durante mis dos años de permanencia en Brasil, me distinguió siempre con su amistad, interesándose vivamente por ayudarme a enriquecer mi experiencia y conocimiento sobre el proceso industrial de su país.

Me abrió la puerta de los Ministerios y de "Volta Redonda", la gigantesca siderúrgica, sin cuya creación Brasil no hubiera podido superar su etapa económica semicolonial. El mismo me puso en contacto con el consorcio norteamericano a cargo de la construcción de esta industria, ofreciéndome, además, cuanto antecedente ayudara a Chile para realizar la instalación de la usina de acero de Huachipato.

Recuerdo que en una ocasión me sentí profundamente sorprendido por un voluminoso informe de un grupo de los financistas y economistas más calificados del Brasil, en el cual se llegaba a la conclusión de que el proyecto de "Volta Redonda" significaba para ese país pagar dos veces más caro el precio del acero que el importado de los Estados Unidos.

El demoleedor informe, difundido a grandes titulares por toda la República, agitó a los sectores industriales y de la producción, que se mostraron primero recelosos y después contrarios al proyecto.

Presidente Getulio Vargas.

Esta posición negativa seguramente iba a tener repercusión en Chile, que desde la Presidencia de Pedro Aguirre Cerda y de Juan Antonio Ríos, ambos Gobiernos radicales, venía luchando por su industrialización y la fabricación del acero dentro del territorio.

Impulsado por este temor, pedí una audiencia a Getulio Vargas para conocer su reacción frente a las críticas de los sectores conservadores de la producción.

Con imperativa y visionaria seguridad me dijo:

—Vea, Videla, estos financistas son los eternos enterradores del progreso de nuestros países en la América Latina, porque, como los caballos que llevan anteojeras, ven en un solo sentido: su interés inmediato. ¿Qué sacaría Brasil con poder importar acero más barato si no tiene dólares para comprarlo?

“En cambio, fabricando nuestro propio acero, con el hierro de nuestras propias minas, con el carbón de nuestros propios yacimientos y con el trabajo del obrero brasilero, se impulsará una gigantesca industria nacional que dará movimiento y vida al país y trabajo abundante y bien remunerado a la clase trabajadora. —Y terminó diciéndome—: Por otra parte, la extensión inexplorada del Brasil, la urgente necesidad de llevar el progreso al interior, unidos a un desarrollo industrial que urge, hace que un mayor costo de la planta de “Volta Redonda”, por el momento, sea un factor insignificante ante la magnitud del beneficio para Brasil: obtener la independencia económica que le permita fabricar sus propias herramientas, sus propias máquinas, ferrocarriles, naves, aviones, automóviles y hasta las armas para defender su soberanía.

Cuatro años más tarde me correspondió como Presidente de la República poner todo mi interés para continuar las obras de construcción de nuestra Siderúrgica de Huachipato. Al solicitar a los empresarios nacionales y extranjeros que suscribieran acciones para su financiamiento, importantes hombres de negocios, con propósitos de excusar su colaboración, invocaron los mismos argumentos que los financistas brasileños manifestaron en su oportunidad al Presidente Vargas.

Quedaron desconcertados cuando en mi despacho, en tono firme y seguro, les dije que me conocía de memoria la versión del cuento del alto costo, que antes ya lo había oído en Río, y les di a conocer la contun-

dente respuesta del Presidente Vargas, confirmada con el auge industrial del Brasil, después de la aparición del acero de "Volta Redonda".

Convencidos o no, terminaron por suscribir las cuotas de acciones que se les habían fijado.

En un viaje que hice al Brasil años después de dejar la Presidencia, visité a Getulio Vargas, el cual por segunda vez asumía el Gobierno de su patria.

Le conté el episodio que me había pasado con los empresarios de mi país que resistían el establecimiento de la industria siderúrgica en Chile y cómo los había vencido con los mismos argumentos con que él había desbaratado la conjura de los financistas brasileiros.

Dejó escapar una espontánea carcajada de satisfacción, inclinando para atrás, como acostumbraba, su ahora plateada cabellera.

En otra oportunidad tuve que pedirle una audiencia para solicitarle que derogara un decreto último, que significaba suspender la línea chilena de navegación al Brasil.

Después de oírme, me dijo:

—O senhor Presidente podrá no mandar más en Chile, pero O senhor sigue mandando en Brasil. Ese decreto quedará derogado hoy.

Y así lo hizo.

Era un hombre que gustaba servir a Chile y lo hacía con desprendimiento y elegancia.

EL APORTE EFECTIVO DEL BRASIL EN LA GUERRA

Existía en ciertos ambientes diplomáticos la idea de que el Brasil, al entrar en la guerra, se había constituido en un combatiente teórico, que crearía más problemas a los Aliados que la ayuda que éstos recibirían.

Este profundo error me fue desvirtuado por mi apreciado y buen amigo el General Eurico Gaspar Dutra, en aquel entonces Ministro de Defensa, quien en una agradable tarde en que tuve la suerte de compartir su compañía con comunes amigos cariocas en una *fazenda*(1) cercana a Río de Janeiro, con la debida reserva de los "secretos de guerra", me proporcionó valiosas e interesantes informaciones, que trasmití al Presidente Ríos.

Según Dutra, el Brasil estaba cumpliendo el compromiso de vigilar y convoyar con sus naves de guerra la navegación comercial.

Después de una sostenida lucha, con la participación de la Aviación brasilera, se había logrado eliminar los submarinos alemanes de todo el litoral, lo que permitía que los barcos chilenos pudieran seguir navegando sin peligro las costas del Brasil.

—Cumplida esta etapa —me dijo el General—, la Marina de Guerra y la Aviación están ayudando a los norteamericanos en la limpieza del Atlántico sur, donde hemos obtenido importantes victorias.

Con mucho orgullo me informó, además, que el Brasil enviaría pronto un importante cuerpo expedicionario de 30.000 hombres a los campos de batalla de Europa.

Desde hacía un año y medio las Fuerzas Armadas estaban entrenando soldados, movilizandó gente, acomodando el moderno armamento enviado por los Estados Unidos y preocupados de la enseñanza de los equipos automáticos.

—O sea —continuó el General—, Brasil enviará un ejército moderno, equipado y entrenado a la misma altura de las Fuerzas Armadas de las otras potencias, para entrar en la batalla definitiva contra el bastión nazi.

(1)*Fazenda*: Hacienda, fundo.

Agregó en forma confidencial, porque en esos momentos era “un secreto de guerra”, que los grandes aeropuertos del Brasil estaban siendo utilizados por los gigantescos bombarderos norteamericanos y los transportes aéreos para cruzar el Atlántico sur y dirigirse directamente a los extensos campos de batalla.

—Es el trampolín de la victoria que hemos puesto a disposición de las fuerzas aliadas —afirmó con satisfacción el Ministro—. Pero eso no es todo —añadió—: con la materia prima estratégica que nos proporciona Chile, nuestro parque industrial, el más grande de América, está fabricando material de guerra inclusive para los Estados Unidos, lo que alivia a éste en la pesada tarea de abastecer de material bélico al mundo entero, en su carácter de arsenal de la democracia.

”Al término de la guerra usted recordará mi vaticinio: Brasil saldrá poderoso, con un parque industrial considerablemente incrementado, sólo inferior a los Estados Unidos, después de haber cumplido con una misión histórica: “aportar toda su potencia creadora a la victoria de las armas aliadas”.

Capítulo VI

EL PRESIDENTE RÍOS ROMPE RELACIONES CON EL EJE

El Presidente Ríos, en el mes de diciembre de 1942, decidió que Chile rompiera relaciones con los países del Eje, para cuyo efecto envió previamente, en una misión confidencial, a su Ministro del Interior, el hábil y joven político doctor Raúl Morales Beltramí, quien partió a Washington, vía Buenos Aires-Río de Janeiro, en un viaje aparentemente particular.

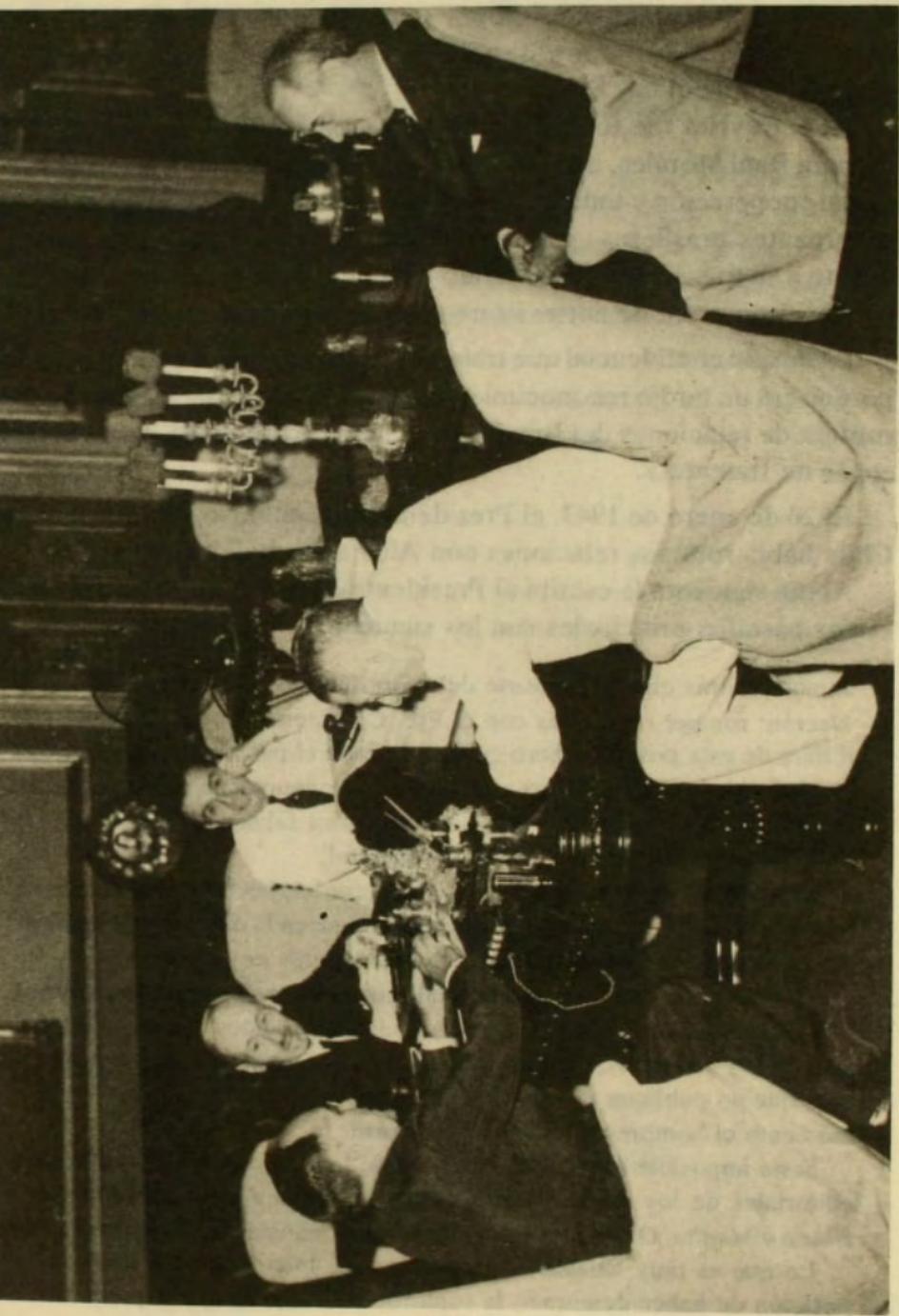
Morales me informó que se entrevistaría con el Presidente Roosevelt y los Presidentes de Argentina y Brasil, con el propósito de lograr la comprensión de esos países en cuanto a la posición neutralista de Chile, mientras el Gobierno obtenía las armas y los recursos para afrontar los riesgos de una ruptura con el Eje.

El mismo día de su llegada lo puse en contacto con el Presidente Vargas y el Canciller Aranha, celebrándose una cordial y exitosa conferencia confidencial en el Palacio de Guanabara.

En esta reunión se planteó a Vargas y a Aranha que la ruptura de Chile con el Eje estaba condicionada a la necesidad de que el Brasil se comprometiera a que su Marina de Guerra diera protección a nuestros barcos mercantes en peligro de ser atacados o torpedeados en su largo litoral, tomando en consideración que su principal carga eran materias primas indispensables para el esfuerzo bélico brasileiro.

Además solicitamos la ayuda e influencia del Brasil ante los Estados Unidos, para obtener de éste la cooperación de su Marina de Guerra en la defensa de nuestros desmantelados puertos, especialmente de aquellos por los cuales se exportaban las materias primas estratégicas para el material de guerra, como el cobre y el salitre.

Ambos planteamientos fueron acogidos sin reservas tanto por el Presidente Vargas como por el Canciller Aranha, quienes expresaron a



El Canciller Aranha en una reunión que preside Getulio Vargas y a la cual asisten, además del Embajador de Chile, los ex Cancilleres Ismael Cruchaga

Morales su honda satisfacción por la decisión del Presidente Ríos de llevar a Chile a la ruptura de relaciones con el Eje, consolidando la defensa continental.

La entrevista fue todo un éxito para el emisario y ex colega de la Cámara Raúl Morales, a quien le presté, como era mi deber, mi incondicional cooperación y toda la influencia personal de que gozaba entre los gobernantes brasileros, para que en veinticuatro horas diera cumplimiento a su trascendental cometido y pudiera continuar viaje a Estados Unidos, con el fin de entrevistarse con el Presidente Roosevelt.

La misión confidencial que traía Morales me colmó de complacencia, porque era un tardío reconocimiento a mi actitud solidaria en favor de la ruptura de relaciones del Brasil, públicamente declarada desde los balcones de Itamaraty.

El 20 de enero de 1943, el Presidente Ríos anunció oficialmente que Chile había roto sus relaciones con Alemania, Italia y Japón.

Al día siguiente le escribí al Presidente Ríos una carta confidencial, cuyos párrafos principales son los siguientes:

Jamás tendrás que arrepentirte del paso que has dado como Jefe de la Nación: romper relaciones con el Eje. Comprendo que haya gente que difiera de esta posición, pero cuando se mira el panorama internacional desde fuera de Chile, se llega a la conclusión inequívoca que el Presidente de la República no podía hacer otra cosa para salvar a Chile de quedar aislado de la unidad y la defensa continental.

Sin ánimo de halago, puedo asegurarte que has hecho un bien inmenso a tu Patria, y ese reconocimiento será unánime en la medida que transcurre el tiempo y se precipiten los acontecimientos de la guerra.

La noticia del rompimiento de Chile con el Eje ha provocado en Brasil una asombrosa reacción. Ayer y hoy, todos los grandes diarios, como los medianos y pequeños, han dedicado todas sus páginas a Chile. No hay uno solo que no publique tu retrato con elogiosos comentarios; eres en este momento el hombre más popular en Brasil.

Sería imposible hacerte un resumen de las informaciones y artículos editoriales de los diarios "peso pesado", como *Jornal de Comercio*, *Diario a Manhã*, *O Globo*, o como los sensacionalistas *O Radical* y otros.

Lo que es muy halagador para ti es que toda la prensa justifica tu posición de haber demorado la ruptura, tal como tú lo defiendes en tu

discurso, que fue radiodifundido a todo el Brasil; la transmisión fue nítida. Hoy todos los grandes diarios publican el texto íntegro de tu exposición.

En suma, en Brasil, en el ambiente público, en las esferas del Gobierno, en la administración civil y militar, en la calle, existe un enorme entusiasmo y simpatía por Chile.

Aranha, que está eufórico con el rompimiento, me dio a conocer hoy nuevas informaciones confidenciales del frente de la guerra. Las noticias no pueden ser más halagüeñas para las naciones aliadas, augurando como inevitable la derrota del Eje a corto plazo. Juzgo por eso, además, que el paso que tú has dado no ha podido ser más oportuno.

MI EXPERIENCIA DIPLOMATICA AL SERVICIO DEL NUEVO ORDEN ECO- NOMICO INTERNACIONAL

Mi experiencia diplomática vivida y sujeta al diario análisis, tanto en Francia como en Brasil, me hizo concebir la idea de consignarla en un estudio para su divulgación en los sectores políticos chilenos, especialmente en el radical, anarquizados por la política menuda o por la intransigencia personal.

En nuestro ambiente localista, nadie extiende su mirada hacia el mundo exterior, más allá de nuestras fronteras, mientras el globo terrestre se incendia por los cuatro puntos cardinales en una conflagración total, en que está en juego la libertad del hombre o el advenimiento de su definitiva esclavitud.

Los políticos chilenos tenemos la tendencia de actuar y desenvolvernos como si fuéramos isleños, ignorando olímpicamente la interdependencia de los pueblos, en especial los que somos de un mismo continente.

La interrelación de los países no la sentimos, ni creemos en ella. Carecemos los políticos del instinto de intuir los peligros y amenazas que también causara a la Humanidad el "estallido de la paz".

Como político, no podía excusarme de la obligación imperiosa, ante el desquiciamiento y anarquía de las colectividades cívicas, que estaban comprometiendo la permanencia del régimen democrático, de llevar la voz de mi experiencia acumulada en dramáticos episodios históricos, para que por encima de la rutina elevasen sus espíritus y abriesen los ojos para aprovechar las nuevas concepciones que impondría la postguerra si se deseaban alcanzar el bienestar económico-social y el desarrollo técnico e industrial de nuestra América.

Ninguna posición más estratégica de observación para tales fines que mi cargo de Embajador en Río de Janeiro, desde donde podía captar día a día cómo el coloso y atrasado gigante de la selva tropical luchaba por alcanzar su independencia económica, y con tal propósito había insta-

lado la industria siderúrgica de "Volta Redonda", construida con la ayuda técnica y financiera de los Estados Unidos.

Dominado por este ejemplo vivido en un país donde el atraso industrial era similar al nuestro, me decidí, en el año 1944, a escribir en Río de Janeiro un ensayo sobre política internacional y económica que titulé *Informe a la Convención*, (1) que en carácter de comunicado oficial envié a mi Gobierno, a los dirigentes del Partido Radical y a otros políticos chilenos.

Con la eficaz colaboración del Gobierno del Presidente Getulio Vargas, me fue posible en esos dos años de estada en Brasil consignar en ese estudio las conclusiones de orden económico e internacional, complementadas con la experiencia recogida en las mismas fuentes de una Francia herida y sacrificada.

Este Informe sirvió para que la Convención de Concepción, de 1944, acogiera textualmente las conclusiones de orden político-internacional, quedando consagradas como "Declaración de Principios del Radicalismo Chileno".

En él se consignan las consideraciones que me sugería el "caso brasileño".

Las conclusiones del Informe eran las siguientes:

Hay ciertos hechos que no pueden ser discutidos ni olvidados en la concepción de cualquier plan económico en nuestros países americanos. Estos son:

1.º La interdependencia entre los pueblos de un mismo continente. No hay pueblos islas, ni los hay capaces de abastecerse a sí mismos en el terreno económico.

2.º La coordinación de la economía entre los países de América es la base de la paz y el bienestar social de sus pueblos.

3.º Las fronteras políticas no pueden ser barreras económicas. La Unión Aduanera debe reemplazar a la "guerra económica".

Mas, para que la Unión Aduanera sirva los intereses de todos, es indispensable que los pueblos tengan que intercambiarse, es decir, se movilicen, pero en direcciones que se complementen.

El caso de Chile y el Brasil es, de todos los países de América, el de más

(1) *Informe a la Convención*, Santiago de Chile, Imprenta La Sudamericana, 1944.

fácil aplicación, pues la naturaleza los ha dotado de producciones típicas diferentes que se complementan con extraordinaria facilidad.

Chile importa del Brasil café, yerba mate, caucho, algodón, semillas oleaginosas, cacao, etc.; Brasil importa de Chile salitre, cobre, azufre, vinos, frutas, cereales, etc.

Pero serán inútiles todos los planes, todas las más generosas iniciativas, si Chile no aprovecha este instante, como ha sabido aprovecharlo el Brasil, para ir a la rápida industrialización del país. El fierro, el cobre y el salitre deben ser transformados en Chile.

Nuestro país, como ninguno otro, posee condiciones excepcionales para su industrialización. Su privilegiada condición geológica, con la cordillera de los Andes, es una inmensa fuente de energía hidroeléctrica, que se extiende de norte a sur de la República. Su dilatada costa dispone de todos los puertos para la movilización de los productos.

Este *Informe a la Convención*, cuyas conclusiones he reproducido en apretada síntesis, fue recibido en los más encontrados círculos con coincidentes palabras de aprobación y elogiosos comentarios. Destaco entre ellos una carta del eminente repúblico don Arturo Alessandri Palma, que no me resisto a dejar de publicar en sus principales y más enjundiosos párrafos con que enjuicia la política partidista del momento:

Carta del ex Presidente Arturo Alessandri Palma

Santiago, 6 de abril de 1944.

Señor don
Gabriel González Videla,
Río de Janeiro.

Mí muy querido amigo:

En la soledad de los hermosos paisajes sureños, leí su trabajo con mucho interés y profunda atención. Lo tengo todo anotado y subrayado. Como usted me pedía mi opinión franca, sin desviaciones ni atenuaciones, me es grato decirle que me ha proporcionado usted, con la lectura de su trabajo, una profunda emoción de consuelo, al ver que, en su partido, entre los hombres que actúan en la vida pública contemporánea, quedan todavía ejemplares como usted, que miran, analizan y estudian en forma concienzuda y levantada el panorama internacional complejo de los momentos en que vivimos, las proyecciones que tiene para la vida interna de

nuestro país, seguida de los remedios que se indican como soluciones apropiadas para evitar males y desastres internos cuando llegue la hora feliz de la "paz".

Su estudio sobre la guerra y sus causas es nítido, profundo y concluyente. La postguerra, sus consecuencias, la organización de la paz y del nuevo ordenamiento internacional del mundo están estudiados en forma magnífica, como igualmente sus conclusiones económicas.

En la cuarta parte de su folleto, donde usted habla del contenido filosófico del radicalismo, me llena de satisfacción cuando usted dice: "Fuimos liberales con Bilbao, con Matta, con Gallo y con Mac-Iver, porque la escuela liberal representaba en aquella época una tendencia renovadora frente a la opresión gubernamental y al fanatismo e intolerancia de la Iglesia Católica, cuya acción se proyectaba en la política. Con el Partido Liberal logramos la conquista de grandes reformas, como la democratización del régimen electoral, la Ley de Matrimonio Civil y de Cementerios Laicos, la laicización de la enseñanza, la instrucción primaria obligatoria y el Código de Sanidad", etc.

Podía haber agregado que fue también un liberal en el Gobierno quien terminó con la laicización de las instituciones, mediante la separación de la Iglesia del Estado, y que dictó las leyes reivindicatorias de los derechos de la mujer en el Código Civil, y que abolió el estigma injurioso de los hijos adúlteros, sacrílegos, de dañado ayuntamiento o incestuosos.

En el Partido Liberal de hoy se ha impuesto e impera el pensamiento de quienes hicieron avanzar a pasos gigantescos el progreso ideológico de este país, del brazo de los grandes radicales citados por usted. Este partido ha seguido la evolución del siglo, y es un profundo error pretender aislarlo, perseguirlo, anatematizarlo por razones pequeñas, cuando no hay ninguna idea de orden ideológico del radicalismo que no pueda ser compartida o servida por los verdaderos liberales de hoy. Los que repudian a los radicales, que cuentan con hombres eficientes, honestos y preparados, lo hacen por razones pequeñísimas de aprovechamiento del botín gubernativo o por otras causas que no miran por lo alto y con elevación los verdaderos intereses públicos, como usted lo hace en su espléndido trabajo, que yo aplaudo con profunda sinceridad y por lo cual lo felicito de todo corazón.

Mac-Iver decía siempre que si no existiera el Partido Radical, habría que inventarlo como plataforma indispensable para gobernar este país.

Por lo que respecta al panorama político de la hora presente, no me atrevo a vaticinar nada de lo que sucederá en el porvenir y sólo Dios podrá

acertar en aquello. Todo está turbio y revuelto. Los partidos políticos de Gobierno, anarquizados y destrozados. Grupos rebeldes de los radicales que luchan y combaten a otros radicales, como fieras. Socialistas y comunistas en la misma forma. Los únicos que, al menos en apariencia se mantienen unidos, son los democráticos y comunistas; pero, desgraciadamente, cuando usted oye a los diversos componentes del extinguido Frente Popular juzgar a los de los otros sectores de su propio partido o a los que ayer luchaban o formaban Gobierno con ellos, se siente sólo el olor nauseabundo y detestable de odios, de envidias, de resentimientos incomprensibles e inconfesables, que no se sabe hasta dónde llevarán a estrellarse a este pobre país.

Haga de cuenta que le habla un observador imparcial, que no tiene pasión ni interés de ningún género, que en realidad no se encuentra clasificado por sus tendencias y aspiraciones en ningún partido, y que sólo es un chileno que ama a su país por sobre todas las cosas y que es el único sentimiento que calienta todavía los años fríos de su vejez.

Yo siento con toda mi alma que sus correligionarios de la última Convención no se hubieran levantado a la altura que usted les indicó y que hubieran sentido y seguido sus juiciosas observaciones y el rumbo trazado con tanto tino y talento por usted. Desgraciadamente, aquella asamblea fue una caldera hirviente de pasiones descontroladas, en donde casi todos se acordaron de los hombres, de sus pasiones, de sus rencillas y cometieron grandes y trascendentales errores, que nos tienen abocados a consecuencias fatales.

Me es satisfactorio decirle que he hecho leer su trabajo por gente de todos los bandos, y en todas partes he recogido favorables y justicieras opiniones.

Hubiera deseado escribirle muy largo y extenderme sobre muchos de los interesantes puntos tratados por usted; pero he tenido que escribirle a la carrera, urgido por la necesidad de salir de Santiago en poco rato más y para entregarle estas mal pergeñadas palabras al cuidado seguro de Miti, a quien hemos tenido tanto gusto de ver, saludar y obtener que ella y sus niñitas nos acompañaran a comer en familia.

Reiterándole mis felicitaciones, quedo siempre suyo atto. y SS., e inalterable amigo que lo abraza con el afecto de siempre.

ARTURO ALESSANDRI.

FIRMO EL TRATADO DE COMERCIO Y NAVEGACION

El 1.º de marzo de 1943, tuve el honor de suscribir el nuevo Tratado de Comercio y Navegación con Brasil, que reemplazó al firmado en Santiago por los Cancilleres Aranha y Rossetti en 1941.

La Cancillería de Itamaraty dio al acto una importancia y solemnidad especiales. En efecto, a la ceremonia, realizada en el Salón de Honor del Ministerio de Relaciones Exteriores, asistieron no solamente los altos funcionarios de Itamaraty, sino que fueron especialmente invitadas destacadas personalidades del Gobierno, de la industria, de la banca y del comercio brasileño, lo que constituyó un hecho excepcional dentro de las normas de la Cancillería de ese país.

Discurso del Canciller Aranha

Una vez leídos los plenos poderes de los señores Presidentes Vargas y Ríos, por el primer secretario, señor Nemesio Dutra, y por el Consejero Comercial y Cónsul General chileno, señor Guillermo Bianchi, procedí a suscribir el nuevo Tratado en nombre de Chile, haciéndolo en nombre de Brasil el señor Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Osvaldo Aranha.

Firmado el Tratado, el señor Ministro Aranha, poniéndose de pie, pronunció un discurso en el cual expresó que era para él un gran placer firmar, una vez más, un Pacto de comercio con Chile.

—Ya lo hice —agregó— cuando mi memorable visita a Chile, de la cual guardo un recuerdo imperecedero por las demostraciones de afecto hechas a mi patria y al pueblo de Brasil. Era, pues, un placer extraordinario firmar en aquella ocasión, como lo hice, un Tratado entre manifestaciones de afecto a Brasil.

—No preciso subrayar —expresó más adelante— el significado de estos documentos que constituyen un vínculo más en las relaciones de paz y amistad que unen a nuestros pueblos.

—Los Tratados en sí no tienen un sentido mayor; son simples forma-

lidades que se destinan a renovar y a rehacer, como con éste, la unidad de nuestros dos países en todos los órdenes de cosas.

Se refirió después extensamente a la amistad chileno-brasilera y al intenso intercambio comercial que entre ambos países existía, y terminó manifestando que era para él un placer firmar este nuevo Tratado con un Plenipotenciario que a los plenos poderes de que estaba investido agregaba los de Embajador de la Paz, de la Libertad y de la Democracia.

Mi respuesta al Canciller Aranha

Reproduzco algunos de los fragmentos más importantes de mi respuesta al señor Ministro de Relaciones Exteriores de Brasil:

EXCELENCIA:

Se suscribe en estos momentos el nuevo Tratado de Comercio y Navegación entre Chile y Brasil, que viene a sustituir el que se firmó en Santiago en noviembre de 1941, y con ello se estabiliza en fórmulas adecuadas, garantidas por la acción oficial, la seguridad de intercambio comercial, constante y floreciente.

Es grato para mí recordar en esta oportunidad cómo han sido permanentes las vinculaciones comerciales que han unido a nuestros dos pueblos y cómo ellas han ido en constante superación.

Este nuevo Tratado de Comercio consolida la mayoría de los derechos aduaneros; establece tarifas preferenciales para algunos productos; combate la competencia desleal; protege la navegación entre ambos países, y abre amplio campo para futuros acuerdos que la práctica señale.

Si la naturaleza ha querido que Brasil y Chile tengan producciones y materias primas que se complementan admirablemente; si la historia ha creado una amistad sincera y cada vez más fuerte; si el esfuerzo de los hombres de mi Patria ha tendido una línea de navegación entre los dos países, que es la arteria por la cual circula la riqueza chileno-brasilera, es altamente grato y honroso para los Gobiernos de los Presidentes Getulio Vargas y Juan Antonio Ríos forjar con este Tratado la herramienta de comunes engrandecimientos.

Fue esa vieja doctrina de hegemonías políticas y económicas la que nos ha traído este mundo empapado en sangre, y si después de esta terrible

conflagración, todavía persistiéramos en los mismos errores del pasado, esta guerra no tendría justificación posible; no sería sino un bárbaro y espantoso crimen colectivo.

Tengo fe profunda en que los destinos de la Humanidad habrán de cambiar después de ella, llevando a todos los espíritus la convicción de que por nuevas rutas de solidaridad, de colaboración entre los pueblos, habrán de encontrarse el bienestar y progreso, permanente aspiración de todos los hombres de bien.

EL ESTADO MAYOR DEL EJERCITO
PROYECTA INSTALAR UNA PLANTA
DE SALITRE SINTETICO.
SE CONJURA EL PELIGRO

Por informaciones de amigos personales y de algunos periodistas muy interiorizados en los problemas de las Fuerzas Armadas, tuve conocimiento de que el Estado Mayor del Ejército del Brasil insistía ante el Gobierno para que se creara una planta de salitre sintético.

La verdad es que este proyecto era agitado constantemente por el Estado Mayor del Ejército, a tal punto que no sólo me tocó luchar en contra de él, como Embajador de Chile, sino después como Presidente de la República.

A pesar de que el Ministerio de Relaciones Exteriores nos daba seguridades formales de que ese proyecto era contrario a los compromisos verbales y escritos entre Chile y Brasil, envié con fecha 27 de junio de 1944 un informe al Canciller Aranha, para que se lo hiciera llegar al Estado Mayor del Ejército, a fin de que los militares conocieran lo contraproducente que era ese proyecto, no sólo para el intercambio comercial entre ambos países, sino para el propio Ejército brasileiro.

A este respecto, hice saber al Estado Mayor:

Chile está dispuesto a mantener en Brasil el stock de salitre que las autoridades militares han estimado indispensable para sus fines estratégicos, siendo fuera de duda que el sistema de stocks es de mayor utilidad bélica que la creación de una fábrica, tanto porque esta última demora varios años en su instalación y producción, cuanto porque es susceptible de paralización total, ya sea por bombardeos aéreos o por actos de sabotaje.

Todo el comercio entre ambos países se funda en el sistema de clearing,

siendo que la exportación chilena está constituida principalmente por el salitre en cerca del 25%.

La paralización o la simple disminución de importación de dicho producto significaría un golpe fatal para el referido intercambio, ya que Chile *no tendría moneda con que pagar las aludidas importaciones*. En estos últimos años, debido a la situación de guerra y al desarrollo de la industria brasilera, que ha venido a suplir en buena parte la falta de importación de artículos manufacturados de otros mercados americanos y europeos, el Brasil ha conquistado un mercado importantísimo en Chile.

Una vez terminado el actual conflicto mundial, el Brasil encontrará seguramente la competencia de otras naciones superindustrializadas en los mercados sudamericanos, como Chile, y es probable que se le presenten serias dificultades para conservarlos. El único interés económico de tales mercados por continuar sus importaciones del Brasil será el de *mantener el sistema de trueque y aplicar el criterio de comprar justamente al que le compre*. Así, en el caso explícito de Chile, si el Brasil cerrase sus puertas a las importaciones de productos que son básicos en el comercio internacional de aquel país, y otra cosa no significaría la instalación de una fábrica de salitre sintético que comenzaría a funcionar en pleno período de postguerra. Esta medida acarrearía la *paralización del comercio chileno-brasilero* y la pérdida total de un importante mercado sudamericano para sus industrias. Porque Chile desea no sólo mantener, sino también incrementar sus vinculaciones económicas con Brasil, que son el reflejo de sus tradicionales relaciones políticas.

La sólida argumentación en defensa de la complementación de las economías de Chile y Brasil tuvo favorable acogida en los círculos militares y, por lo menos, hasta que yo dejé la Embajada, el año 1945, el peligro de la instalación de una planta de salitre sintético en Brasil quedó conjurado.

PRINCIPAL ORADOR EN UN
GIGANTESCO COMICIO PUBLICO
EN RIO DE JANEIRO

La Liga de Defensa Nacional y la Unión Nacional de los Estudiantes organizaron en la plaza del Teatro Municipal una grandiosa concentración popular para celebrar la invasión de las fuerzas anglo-americanas a la Europa ocupada por los ejércitos nazis.

Fue un gran honor para mí, no obstante llevar la investidura diplomática, ser invitado personalmente por los organizadores para que dirigiera la palabra al pueblo brasileiro, como lo había hecho antes desde el Palacio de Itamaraty.

Fui el orador principal del acto y recibí tan calurosa acogida de la muchedumbre, que ella me impulsó a pronunciar una candente improvisación libertaria que arrancó frenéticos aplausos de los asistentes.

El destacado periodista chileno Sergio Montecinos, que se encontraba en aquel entonces becado en Río de Janeiro, recuerda así el episodio en el diario *Las Ultimas Noticias* de Santiago del 22 de abril de 1974:

Cuando en el mes de junio de 1944 los Aliados entraron en la Europa ocupada por los nazis, Gabriel González fue invitado a discursar en una concentración que se organizó para celebrar el acontecimiento.

Gabriel González sabía tocar a las muchedumbres.

Al término de su encendida improvisación el pueblo carioca deliraba.

Recuerdo que nos acercamos a él cuando descendía las escalinatas del Teatro Municipal, donde se celebró, en su frente, la gigantesca concentración.

Como un colegial pícaro que ha hecho una maldad, nos preguntó:

—Montecinos, ¿crees que se me pasó la mano en lo que dije? ¿Estuve muy “descotonado”. . .?

La verdad es que no recuerdo cuál fue la respuesta del agudo joven periodista, quien tampoco la dice en su vivo relato del episodio que reproduzco.

SE M E L L A M A C O N U R G E N C I A
D E C H I L E Y P O N G O F I N A
M I M I S I O N E N B R A S I L

Desde hacía algunos meses los dirigentes del Partido Radical venían reclamando mi presencia en Chile, de acuerdo con el compromiso que había contraído con ellos de no ausentarme por más de dos años del país.

Dos acontecimientos políticos precipitaron mi determinación de regresar a Santiago y presentar la renuncia al cargo de Embajador.

Un lamentable y serio conflicto respecto a la organización del Ministerio empañó las buenas relaciones entre el Presidente Ríos y la directiva del Partido Radical.

El otro problema de urgente solución era decidirme a optar entre la candidatura a senador por la circunscripción de Tarapacá y Antofagasta o la de O'Higgins y Colchagua, lo que exigía mi presencia en el país, en forma definitiva.

Había permanecido al frente de la Embajada durante dos años, tiempo que me permitió recoger una valiosa experiencia en el proceso industrial y económico del Brasil y realizar una fecunda labor de estrechamiento de relaciones políticas y comerciales entre ambos países.

El día 2 de mayo de 1944 presenté cablegráficamente mi renuncia como Embajador al Presidente Ríos, rogándole me fuera aceptada por las razones que daba y las que personalmente le expondría en Santiago.

El día 3, cuando estaba a punto de partir a Chile vía Buenos Aires, un funcionario de la Embajada me entregó un cable del Presidente Ríos en que me rechazaba la renuncia y me pedía que continuara en mi cargo de Embajador.

En Buenos Aires respondí el cable del Presidente Ríos, rogándole que me recibiera a mi llegada a Chile para darle las razones que me impedían acceder a sus deseos, agradeciéndole la confianza con que me honraba.

Llegué a Santiago en la mañana del 6 de mayo, y fui recibido por miembros de la directiva del partido, encabezados por su presidente, don Alfredo Rosende, amigo de toda mi devoción, quien me invitó a

almorzar para ponerme al corriente del grave conflicto suscitado entre el Presidente y el partido.

De inmediato me di cuenta de que el entredicho era mucho más profundo y tenía causas imposibles de remover.

De un lado, el Presidente Ríos firmemente dispuesto a defender sus prerrogativas presidenciales, y por otro, la directiva radical, resuelta a mantener sus atribuciones ejecutivas y a dar cumplimiento al mandato de la Convención, de participar sólo en el Gobierno con un Gabinete de izquierda.

El Presidente Ríos, con mucha "cachaza" política, exigía para organizar un Gabinete de izquierda que ésta aprobara un pacto de Gobierno, ratificado por sus directivas responsables. Le asistía el justificado temor de que el Partido Socialista, a última hora, se abstuviera y lo dejara sin mayoría parlamentaria. Su lema era: "Nadie puede exigirme que fabrique una tortilla si no se me entregan antes los huevos".

Lamentablemente, los mediadores designados para buscar una solución, los señores Durán y Castelblanco, fracasaron y desistieron de sus gestiones.

Esa misma tarde me recibió el Presidente Ríos, muy decepcionado con las dificultades que le creaba su partido, pero se mostró cordial y comprensivo conmigo cuando le expuse las razones que me obligaban a cumplir un compromiso con el partido de optar a una senaturía, cuyo plazo vencía en ese mismo mes.

SORPRENDENTE SIMPATIA
DEL BRASIL POR CHILE

Nuestra partida de Río de Janeiro para regresar a Chile dio motivo para que se exteriorizara en Brasil la tradicional amistad entre nuestros países, excedida esta vez en homenajes de cariño y esplendidez, sólo capaces de ser ofrecidos por estos príncipes de la hospitalidad.

Un mes de ininterrumpidas invitaciones, visitas y festejos de parte de los círculos oficiales como de los privados, de todas las clases y centros de aquella capital, se convirtió en expresivo testimonio de que entre chilenos y brasileros existía un íntimo sentimiento colectivo hacia la unión de nuestros pueblos, más allá del simple contacto y las relaciones políticas, económicas y diplomáticas.

Por eso he creído necesario dar a conocer en estas páginas cómo el Brasil recibió, acogió y despidió a los Embajadores de Chile.

Los nombres de las más altas figuras de Gobierno, de los Tribunales superiores, de la prensa, de los círculos literarios, de la docencia universitaria, de las Fuerzas Armadas, de los altos centros industriales, de los círculos sociales y estudiantiles, se irán sucediendo en atropellado desorden, como prueba elocuente de la amistad de ambos pueblos.

Sin duda que es al Presidente Getulio Vargas a quien corresponde el mérito de haber fortalecido las relaciones con Chile, como me lo demostrara con tanto interés, facilitando mis funciones como Embajador. Al despedirme, como exteriorización de su afecto, me auguró que, sin duda, sería yo el sucesor del Presidente Ríos y, en tal caso, me ofrecía para mi futuro Gobierno todo su apoyo y la ayuda del Brasil.

El Canciller Osvaldo Aranha, cuya personalidad era conocida en Chile por su sagacidad en la conducción de la política internacional que había colocado al Brasil al lado de las grandes potencias democráticas, me dedicó los más delicados elogios en una magnífica pieza oratoria que pronunciara en el banquete de despedida que el Gobierno me ofreció en el Palacio de Itamaraty.

Junto a él, lo secundaban grandes amigos de Chile, como el secretario general de la Cancillería, Embajador Pedro Leão Veloso, Roberto de

Maceo Soares, Edecio Moura y Gracie Aranha, además de la pléyade de Embajadores que nunca dejaron de demostrar sus simpatías por Chile, como el Embajador João Neves de Fontaura y señora, el Embajador Ciro de Freitas Valle, Ministro Hermes Lima y señora, Embajador Sousa Leão Gracie y señora, y Embajador Afranio Mello Franco y señora.

En el Supremo Tribunal, su Presidente, don Ranulfo Bocayuba, nos brindó cálida hospitalidad en su distinguido hogar, en compañía de Victoria, su culta y fina esposa; don Waldemar Falcon, Ministro de ese Tribunal, y señora, y don Alfredo Machado Soares, Procurador de la República, y señora.

Entre los miembros del Gabinete del Presidente Vargas, el General Eurico Gaspar Dutra, Ministro de Defensa, y señora, de quienes fui huésped como Primer Mandatario de Chile, cuando él ocupaba la Presidencia del Brasil; don Pedro Salgado Filho, Ministro de Aviación, y señora; el Almirante Jorge Dodsworth Martins, y Rissa, su encantadora esposa, y su hija Beatriz; el Ministro Marcondes Filho; el Brigadier General del Aire Armando Tromposky; Comandante Atila Aché; Brigadier del Aire Apel Neto; Coronel Carlos Brasil; Teniente Coronel Ari Alburquerque Dinia; Mayor Dino Cavalcanti de Alzambuja.

En el grupo de escritores y periodistas destacó la fraternal amistad que sentía por Chile la célebre poetisa Cecilia Meireles, uno de los valores literarios que honran a la lengua portuguesa. Redactora del diario *A Manhã*, que dirigía otro gran amigo de Chile, el afamado crítico literario y musical Renato Almeyda. Cecilia me hizo un animado reportaje, que reproduzco a continuación y que interpretaba fielmente mi impresión al llegar a Río de Janeiro:

Pero el señor González Videla nos habla primero del Brasil, nos cuenta las impresiones de su llegada: sensación de grandeza de la tierra, encantamiento particular producido por la sorpresa de la luz, de los colores, de las formas. Su mano apunta allá afuera, al jardín iluminado:

-Todo aquí es diferente de lo que he visto antes en otros países. Una belleza al mismo tiempo suave y poderosa.

No nos sorprende su sensibilidad frente a nuestra naturaleza, que ve con ojos de pintor: al lado de sus graves libros de política y economía, ¿no

están dispuestos, en soberbios grupos, álbumes de arte de todos los tiempos y de todas las tendencias? ¿No están allí el Renacimiento y la Edad Media? ¿Las rebeldías de Picasso no están allí sonriendo para la gracia frágil de Watteau?

Recuerdo con especial afecto a Rosalía Coelho Lisboa, una artista con mucho embrujo personal, de múltiples facetas y sorprendente capacidad interpretativa, autora de la célebre novela *Las Siembras de Caín*(1). Ha sido juzgada por la crítica de su país como la "historiadora psicológica" de la Revolución del Brasil.

Representó a su país varias veces ante el Gobierno de Chile y fue condecorada por nosotros en agradecimiento a una inteligente labor de confraternidad.

No puedo tampoco dejar de recordar a José Luis do Rego, el prosista de las costumbres en los ingenios de azúcar, con su novela *Ciclo de la Caña de Azúcar*.

Como también Origenes Lessa, cultor del difícil género del cuento, y Elsie, su bella compañera que a la vez era periodista de fuste. Su simpatía por Chile la llevó en dos ocasiones a visitar nuestro país cuando desempeñaba yo la Presidencia. Los hermanos Roberto y Rogelio Marinho, amigos de mi predilección y dueños del importante y prestigioso rotativo *O'Globo*, cuyas columnas siempre estuvieron al servicio de la amistad y vinculación económica y comercial entre Brasil y Chile.

También debo hacer mención de Herbert Mosses, director de la Asociación de la Prensa, y Austregesilo d'Attaide, redactor de *O'Jornal do Brasil*.

En el mismo plano de sincera amistad hallábanse:

Assis de Chateaubriand, director de *O'Jornal* y dueño de la cadena brasilera de diarios asociados: Elmano Cardin, director del diario *O'Comercio*, y señora; Lurival Fontes, profesor universitario y escritor; Paulo Bitencourt, director y dueño del gran rotativo *O'Correio da Manha*, cuyas columnas estuvieron siempre al servicio de la amistad chileno-brasilera; Mario Pimentel Brandau y Lenvia, profesor universitario y escritor; Samuel Wainer, el activo y talentoso director de la

(1) *A Seara de Caín* ha sido vertida al castellano por el Marqués de Quintana, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1955.

revista *Directrices*, que nunca dejó de ilustrar o comentar en sus ediciones una noticia favorable y elogiosa para nuestro país; Gilberto Tromposky, cronista social de *O' Jornal*, destacando siempre la presencia de los Embajadores de Chile: Pedro Calmon, el eminente catedrático y rector de la Universidad, que tanto contribuyó a un intercambio cultural con la nuestra, para cuyo efecto visitó Chile en varias ocasiones; el prefecto del Estado de Río de Janeiro, nuestro muy querido y buen amigo Enrique Dodsworth Martins, quien merece un recuerdo muy especial por los cuidados y atenciones prestados a la Embajada desde el día mismo que llegamos hasta cuando partimos. Su encantadora esposa prestó a Miti señalados y útiles servicios.

La Embajada de Chile debió a nuestro inolvidable amigo Enrique la belleza tropical de su jardín, con plantas y flores proporcionadas por él, quien personalmente las escogió del famoso Jardín Botánico de Río de Janeiro.

El senador Arturo Bernardes Filho, que pronunciara memorables discursos ponderando el espíritu republicano y democrático de los chilenos, nunca dejó de hacer derroche de hospitalidad para los Embajadores de Chile, secundándole, con su gracia, Sofía, su encantadora esposa.

El internacionalista y decano de las Embajadas brasileras, el eminente jurisconsulto Mauricio Nabuco, que fue Embajador en Chile y que jamás ocultó su nostalgia por nuestro país, donde supo conquistar el corazón de los chilenos. Su hermana Carolina, escritora de nota, que lo secundó con cariño y sentida devoción.

No puedo omitir tampoco el nombre del joven chilenófilo diputado Antonio Sylvio Cunha Bueno, representante del Estado de São Paulo, un verdadero apóstol de la causa de Chile y primer sostén de nuestra Embajada en los innumerables problemas que a diario tenía que resolver. Fue condecorado por nuestro Gobierno en reconocimiento a su probado chilenismo.

Preciso nombrar, asimismo, al eminente jurisconsulto Edmundo da Luz Pinto, presidente del Instituto Brasilero-Chileno de Cultura, impulsor infatigable de la unión de nuestros dos países.

He dejado para el final el recuerdo de los más altos e importantes representantes de ese "mundo carioca", que reúne la élite de la hospitalidad, la gracia y la cultura.

Chile contaba entre ellos con miles de simpatizantes, entre los cuales me complazco en recordar con "saudade" a aquellos que nos dispensaron amistad acogedora, espontánea, que jamás olvidaremos, y a los que hoy, desde estas páginas, les reiteramos nuestra gratitud de chilenos:

João y Helena Borges, Antonio y Celia Leite García, César y Lucía Proença, Charles y Lissette Barrenne, Antonio y Rosalina Sánchez de Larragoiti, Vicente y Leda de Paulo Galliez, Ernesto y María Cecilia Fontes, José y Helló Willemsens, Octavio y Beatriz Simmonsens, Alfredo Siqueira y esposa, Antonio y Olga Marques, Raimundo Castro Maia, Herbert Quadros, Pedro y Silvia Latif, Octavio Sousa Dantas, Víctor Lage y señora, Sento y Eudocia Ribeiro Dantas, Alfonso Bandeira de Melo y señora, Pablo y Beatriz Boyunga, Ary Moura Castro y señora, Julio y Odette Monteiro, José y Nieta Lartés, Joan de Saavedra y señora, Perla Lucena, Carmen Lage, Hugo Gautier y señora, Cecil y Jenny Hime, Jorge y Aida Hime, doctor Manuel Abreu, Roberto de Assumpção de Araujo y señora, Alvaro y Helena Suares Sampaio, Jaime do Nascimento Brito, Pedro Brando y señora, Antonio de Souza Bastos y señora, João Costilles y señora, Zita Catao, Octavio Guinle y señora, Carlos Guinle, Héctor Grillo y señora Cecilia Mirelles de Grillo, Getina Heck, Octavio Ipanema y señora, George Lage y señora, Osvaldo Lodi, Georges Masset y señora, Luis de Morgan Snell y señora, Flora Morgan Snell, Virgilio de Melo Franco y señora, Alberto de Monteiro de Carvalho y señora, Edmundo Miranda Jordão y señora, María Luisa Melb, Hugo Pontis y señora, Gina Regio de Oliveira e hija Silvia, João Marques do Reis, Alzira Quartin de Sampaio, Alves do Santos Filho, Arthur de Souza Costa, Nelson Seabra, Oscar Teffé y señora, Plinio Uchoa Filho y señora, Gastón Vidigal y señora, Horacio Valladao, Antonio José de Mesquita e Bomfin, Antonio Mayoink Veiza y señora.

UN RECUERDO PARA
MIS COLABORADORES

No puedo dejar de expresar en estas páginas mis sentimientos de gratitud, que no se han debilitado con el tiempo, para los eficientes y abnegados colaboradores: Consejeros, Asesores, Secretarios, Adictos Militares, Navales y Aéreos, Agregados Culturales y Comerciales, que me ayudaron a conquistar la gran patria brasilera para hacer más profundas, perennes y solidarias las relaciones económicas, políticas y militares con Chile.

Este recuerdo agradecido lo extiendo en forma muy especial a sus gentiles esposas, dignas exponentes de la belleza, cultura y distinción de la mujer chilena, que tanta influencia ejercieron para el éxito de nuestra Misión.

De estos sentimientos dejé constancia en un oficio especial dirigido al Ministro de Relaciones Exteriores, Joaquín Fernández, al abandonar la Embajada en el año 1944.

El texto del oficio era el siguiente:

Cumplo también con el grato deber al manifestar al señor Ministro que mi labor se vio ampliamente facilitada por la colaboración leal, inteligente y eficaz del personal de la Misión, integrada por los Consejeros señores Hernán Cuevas, Higinio González, Raúl Juliet y Darío Poblete; por los Primeros Secretarios señores Enrique Bernstein, Rodrigo González y Francisco Valdivieso; por el Segundo Secretario señor Raúl Molina; por el Consejero Comercial, señor Guillermo Bianchi, y el Tercer Secretario, señor Hernán Santandreu, y por la prestigiosa y efectiva labor de nuestra distinguida compatriota señora Gabriela Mistral, Cónsul de Chile en Petrópolis.

Sería para mí muy grato que la devoción con que dichos funcionarios colaboraron en mis tareas fuese apreciada por el Departamento en la forma que ellos lo merecen, para el futuro de sus carreras funcionarias.

Dejo también constancia de la colaboración generosa que en todo momento encontré en los Adictos de las Fuerzas Armadas, Coronel don Miguel Puga, Comandante de Grupo don Aurelio Celedón, Almirante señor Sady Ugalde y Capitán de Navío señor Pedro Espina, y la que me brindaron los actuales, señores Coronel Rafael Fernández, Comandante de Grupo don Armando Rivera y Capitán de Fragata don Jorge Araos.

Gracias a la labor de equipo de este selecto grupo de colaboradores, entre los que no puedo olvidar a mi eficiente secretaria brasilera señorita Dolly, me fue posible desarrollar múltiples actuaciones de gran importancia y trascendencia en el desempeño de mi Misión.

Entre otras recuerdo:

La incorporación al mercado del Brasil de productos chilenos que antes no se importaban, como tejidos de algodón, conservas, yodo, cebollas, ajos, vinos, etc., lo que produjo el creciente aumento en la balanza de pagos entre Chile y Brasil, sin considerar las exportaciones tradicionales del salitre y del cobre.

Se obtuvo una profusión de becas en las más diversas ramas de la cultura, el arte, la economía y la industria brasileros, incluyendo el traslado de numerosos grupos de oficiales del Ejército, la Marina y la Aviación a los organismos castrenses brasileros, en una época en que Brasil estaba en pie de guerra. Entre los becados militares recuerdo a Bernardino Parada Moreno, Julio Campos, Alfredo Fernández R., Reginaldo Goddard, los Capitanes de la Fuerza Aérea Navarrete y García y tantos otros. Entre los culturales, a pintores de fama como Israel Roa, Sergio Montecinos, José Venturelli; periodistas como Georgina Durán y las pianistas Herminia Recagni y Arabella Plaza.

Exposiciones de libros y de nuestra industria editorial que tuvieron gran éxito.

Presentación en los teatros de Río y São Paulo de nuestros mejores valores artísticos individuales o conjuntos folklóricos.

Los diversos funcionarios, de acuerdo con su especialidad, se unían al Embajador para desarrollar, en las universidades, en los centros industriales, en los círculos intelectuales y sindicales, y en las propias Fuerzas Armadas, conferencias que siempre tuvieron una gran acogida y fueron prestigiadas con la presencia de un alto representante del Gobierno.

No exagero al afirmar que el éxito de mi Misión en Brasil, donde hasta hoy se nos guarda un afectuoso recuerdo, se debe a este equipo que demostró unidad de acción, capacidad y un espíritu extraordinario de superación.

Sexta Parte

**OTRA VEZ
EN LA POLITICA**

LA ELECCION DEL SENADO Y LA CAMARA DE DIPUTADOS Y LA DELEGACION CHILENA A LA CONFERENCIA DE SAN FRANCISCO

El 4 de marzo de 1945 se llevó a cabo la elección de los miembros del Congreso para renovar la mitad de los senadores y la totalidad de la Cámara de Diputados.

Como candidato a senador del Partido Radical por las provincias de Tarapacá y Antofagasta, obtuve holgado triunfo, con una de las primeras mayorías de sufragios, junto con mi correligionario don Pedro Opitz y los candidatos comunistas Pablo Neruda y Elías Laferte, postulantes de la misma lista de la Alianza Democrática.

El Presidente Ríos, impuesto de quienes habían sido los candidatos triunfantes, solicitó la designación de cinco senadores y cuatro diputados para que representaran a Chile en la Conferencia de Paz de las Naciones Unidas, en la ciudad de San Francisco de California, auspiciada por el Presidente Roosevelt, como el acontecimiento histórico inmediato a la victoria, para asegurar al mundo la paz, la seguridad y una vida sin temores. Fue convocada por los tres Grandes para el 25 de abril de ese año.

La delegación chilena estaba presidida por el Canciller Joaquín Fernández e integrada por los senadores señores Miguel Cruchaga Tocornal, Eduardo Cruz Coke, José Maza, Carlos Contreras Labarca y Gabriel González Videla; y por los diputados señores Enrique Alcalde, Amílcar Chiellini, Alfonso Campos Menéndez y César Godoy Urrutia; por los Embajadores señores Marcial Mora Miranda y Félix Nieto del Río; y los señores Germán Vergara, Guillermo del Pedregal, Oscar Gajardo y Julio Escudero.

La partida de la delegación fue fijada para el día 16 de abril.

El 12 de abril falleció repentinamente, mientras dormía, el Presidente de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt.

A la consternación que conmovió al mundo entero, producida por

este suceso, uni6se un pasajero pesimismo en la suerte de las armas aliadas, en los momentos en que norteamericanos, rusos y británicos, en sincronizada ofensiva, estaban en camino de bloquear y ocupar Berlín.

Asumió de inmediato la Presidencia de los Estados Unidos el Vicepresidente, Mr. Harry Truman, quien en mensaje a su pueblo y a los del mundo entero declaró que los Estados Unidos no fallarían en el cumplimiento de los fines por los cuales había vivido el Presidente Roosevelt.

Agregó: "Seguiremos adelante con las naciones aliadas hacia la total y definitiva victoria a fin de que Alemania y Japón nunca más puedan agredir al mundo; además, realizaremos sin postergación la Conferencia de Paz de las Naciones Unidas, máximo ideal del Presidente Roosevelt, convocada por él el 25 del presente mes".

Confirmado por el Presidente Truman que la Conferencia de San Francisco se realizaría en la fecha indicada, la delegación chilena partió el 16 de abril rumbo a esa ciudad.

L A C O N F E R E N C I A D E S A N F R A N - C I S C O

La rendición incondicional de la Alemania nazi, exigida por el Comandante en Jefe de las Fuerzas Expedicionarias de los Aliados, General Dwight Eisenhower, se produjo el 7 de mayo de 1945, con lo que se puso fin a la guerra con ese país.

La Conferencia de San Francisco estaba en pleno funcionamiento.

El universo entero tenía puestos sus ojos y sus esperanzas en las Naciones Unidas, después de la horrenda matanza sin parangón en la Historia, como último baluarte para que el hombre pudiera vivir en paz, bajo los signos de la justicia, el derecho y la democracia.

Las personalidades más representativas de las naciones del mundo se dieron cita en San Francisco, con el firme y noble propósito de hacer imposible una nueva conflagración que fatalmente conduciría a la exterminación de la raza humana.

Los que tuvimos el privilegio de participar en ella podemos testimoniar que durante su funcionamiento, como en las sesiones de clausura de la histórica Conferencia, reinaba un contagioso ambiente de optimismo y solidaridad entre sus miembros.

La estrecha vinculación con que se presentaron y actuaron las tres potencias vencedoras, Estados Unidos de Norteamérica, Gran Bretaña y Rusia Soviética, que se hicieron garantes de la paz y de la pacífica convivencia de las naciones en el mundo, justificaba esta fe y confianza en los acuerdos alcanzados por las Naciones Unidas.

Nadie podía imaginar que entre los tres Grandes iba a surgir un nuevo perturbador, un nuevo Hitler, invadiendo pueblos, tiranizando y sometiendo a sus habitantes con la fuerza de sus tanques y declarando la Guerra Fría a sus aliados occidentales: Stalin.

Creo de interés reproducir algunos fragmentos de la exposición que pronuncié en el Senado, en la sesión del 18 de agosto de 1945, en la que di cuenta, como delegado, de la participación que me cupo en sus deliberaciones.

En ella se refleja mi optimismo en la proclamación de los nobles y

evangélicos postulados de la Conferencia, en el rol unitario de los tres Grandes y en la creación del "veto" como instrumento fundamental para mantener esa unión.

No transcurrió mucho tiempo antes que Stalin echara mano precisamente al veto, para hacer todo lo contrario y lanzar al mundo a la Guerra Fría, dividiéndolo en dos bloques antagónicos y beligerantes.

Los pasajes más importantes de mi intervención en el Senado fueron los siguientes:

Responsabilidad de las grandes potencias

La primera realidad que debemos confrontar es la de que en esta guerra, como en toda guerra, hay vencedores y vencidos.

Para felicidad del mundo, los vencedores son las Naciones Unidas, que han luchado y luchan en contra de la barbarie científica y la crueldad organizada del fascismo.

Ahora bien, la victoria de las armas y el poderío militar e industrial ilimitados, colocan sobre los Estados Unidos de Norteamérica, Gran Bretaña y la Unión Soviética la responsabilidad primordial de garantizar la paz del mundo.

Y estas tres grandes potencias han aceptado comprometerse históricamente en mantenerse unidas para salvaguardar la pacífica convivencia de las naciones.

Todo esto, señores senadores, constituye el primer hecho real que es preciso tomar en consideración.

Sistema de veto

Paso a referirme ahora al sistema que garantiza, prácticamente, la conservación de la paz mundial. Es el novedoso sistema del veto que tuvo su origen en las reuniones de Yalta. El artículo 27 de la Carta establece que las decisiones del Consejo de Seguridad sobre todos los asuntos que no sean de simple procedimiento, serán adoptadas mediante el voto afirmativo de siete de sus once miembros, pero entre estos siete deben encontrarse los votos de todos los miembros permanentes. Ello significa, en otras palabras, que todas las decisiones que adopte el Consejo con miras al mantenimiento de la paz y seguridad internacionales, deberán contar con la unanimidad de las cinco grandes potencias.

Pueden formularse contra este sistema todas las críticas de carácter jurídico que se quiera, pero si se les considera desde un punto de vista político, *tales objeciones resultan subalternas ante el peso de su realismo*. En efecto, la paz universal sería una vana ilusión y un espejismo peligroso si las tres grandes potencias que tienen la responsabilidad primordial de mantenerla, a causa de su poderío militar y económico, no desarrollan una acción coordinada sobre la base de una perpetua comunidad de propósitos. La ingeniosa institución del veto, por una parte, promueve tal entendimiento indispensable, y por la otra, imposibilita cualquier impulso divergente.

Las grandes potencias nos pidieron a los pequeños países un verdadero voto de confianza en sus intenciones y en la rectitud de sus procedimientos. Este voto de confianza se lo dimos, tomando en consideración que aquéllas se echaban sobre sus hombros la responsabilidad material de salvaguardar la paz; que si la libertad, la justicia y el derecho subsisten, es justamente por el esfuerzo de esas mismas potencias; y que si la civilización occidental y cristiana se salvó, fue principalmente gracias al sacrificio de millones de vidas de británicos, rusos, norteamericanos, franceses y chinos.

No nos hagamos ilusiones, H. Senado. *Si la desunión, la suspicacia, la intriga y la insidia* tienen cabida en el futuro en las relaciones entre las grandes potencias, y principalmente entre la Unión Soviética, Gran Bretaña y los Estados Unidos, nada ni nadie, ni la más perfecta de las Organizaciones Internacionales, será capaz de evitar la más terrible de las guerras, la última, por cierto, que la Humanidad sería capaz de soportar.

Derechos fundamentales del Hombre

Debo referirme ahora, H. Senado, a un asunto en el cual, junto con mi ilustrado colega el H. Senador señor Cruz Coke, nos cupo una intervención muy especial y directa. Me refiero a los principios generales en que descansa la Organización de las Naciones Unidas. Los delegados chilenos estimamos conveniente presentar, como una contribución a la Conferencia, un Proyecto de Declaración de Principios Generales. Tuvimos la honrosa satisfacción de lograr que fueran incorporados a la Carta casi la totalidad de ellos. Desde luego, en la Carta se asegura al individuo la entera y plena protección del derecho a la vida, a la libertad y al trabajo, sin distinción de nacionalidad, de sexo o de religión.

Formulamos estas proposiciones con el legítimo orgullo de representantes de una nación democrática que vive en un régimen de libertad ejemplar.

Se sanciona el principio del respeto a los Tratados

Entremos a considerar, ahora, el principio del respeto a los Tratados, problema que tuvo para Chile especial importancia en vista de determinada campaña revisionista, cuyos móviles de orden político interno son fáciles de comprobar. La Carta de San Francisco la consagró en forma precisa. El preámbulo declara, en efecto, que las Naciones Unidas están resueltas a mantener el respeto de las obligaciones derivadas de los Tratados y que con este y otros fines expresamente enunciados se han reunido para concertar una organización internacional. El respeto a los Tratados figura así en forma precisa y en un lugar prominente del nuevo Estatuto.

Debido a la intervención de la delegación chilena y del propio senador que habla, la Conferencia aprobó unánimemente la interpretación dada por el relator respectivo, en virtud de la cual las disposiciones del preámbulo tienen el *mismo valor jurídico y la misma fuerza ejecutoria* que todas las demás disposiciones de la Carta, que se estima indivisible, y cuyas estipulaciones deben ser consideradas unas en función de otras.

Con la natural satisfacción del delegado al que le cupo intervenir en repetidas oportunidades en favor de un principio que consideramos fundamental para el mantenimiento de la paz en el mundo, y que fue repetida y sistemáticamente atropellado por el nazismo internacional, declaro al H. Senado que la intangibilidad de los Tratados se encuentra salvaguardada por la Carta de San Francisco.

Chile y su nueva política internacional

En este preciso momento que vivimos, en que un viejo mundo cede el paso a otro, en que una nueva organización mundial procura alcanzar el reajuste jurídico, social y económico del mundo, y en que está en juego nada menos que la paz futura y la seguridad de las naciones, es indispensable que sepamos elevarnos por encima de los transitorios intereses políticos internos para concentrar nuestro estudio y atención en el problema de las relaciones exteriores del país. Chile necesita más que nunca

una política externa de líneas bien definidas y claras, de acuerdo con los intereses permanentes del país y de América y con las realidades mundiales. Esta política debe representar el pensamiento de la Nación y debe estar firmemente respaldada por el pueblo y por los Poderes Públicos.

Hemos entrado en una época de absoluta *interdependencia*.

En nombre de estos ideales, y con el deseo de alcanzar la realización de esta cooperación indispensable, firmamos la Carta de las Naciones Unidas, cuyo preámbulo es un mensaje evangélico que ha de llevar la paz, confianza y fe a los hombres y a los pueblos del mundo.

Dice así:

Nosotros los pueblos de las Naciones Unidas, resueltos

a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la Humanidad sufrimientos indecibles,

a reafirmar la fe en los derechos fundamentales del Hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas,

a crear condiciones bajo las cuales puedan mantenerse la justicia y el respeto a las obligaciones emanadas de los Tratados y de otras fuentes del derecho internacional,

a proveer el progreso social y a elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad,

Y con tales finalidades:

a practicar la tolerancia y a convivir en paz como buenos vecinos,

a unir nuestras fuerzas para el mantenimiento de la paz y de la seguridad internacionales,

a asegurar, mediante la aceptación de principios y la adopción de métodos, que no se usará la fuerza armada sino en servicio del interés común y a emplear un mecanismo internacional para proveer el progreso económico y social de todos los pueblos,

Hemos decidido aunar nuestros esfuerzos para realizar estos designios:

Por lo tanto, nuestros respectivos Gobiernos, por medio de representantes reunidos en la ciudad de San Francisco, que han exhibido sus plenos poderes, encontrados en buena y debida forma, han convenido en la presente Carta de las Naciones Unidas, y por este acto establecen una Organización Internacional que se denominará Naciones Unidas.

Por voto unánime del H. Senado, se ordenó publicar esta exposición in extenso en la prensa de Santiago.

EL PRESIDENTE RÍOS DEJA EL MANDO SUPREMO POR GRAVE DOLENCIA

El advenimiento del año 1946 se anunciaba con angustias, en la ya difícil marcha política del país.

El secreto de la grave enfermedad que aquejaba al Presidente Ríos, guardado con extrema cautela por los médicos que lo asistían, fue divulgado en los primeros días de enero por el diario de ultraderecha *El Imparcial*, adversario del Gobierno, afirmando que el Presidente se retiraría del Poder por razones de salud.

Aunque esta aseveración fue desmentida por La Moneda, produjo honda repercusión política y una inmediata movilización de los partidos, convulsionados por la suerte que correría la sucesión presidencial.

El diario *La Hora*, de tendencia gobiernista, a pesar del desmentido oficial, informó al día siguiente que, "ante el avance de la enfermedad del Presidente Ríos, está éste imposibilitado para continuar en el Mando de la Nación".

El Partido Comunista, golpeado por esta noticia de tan graves proyecciones y temeroso de un golpe de Estado, pospuso la bandera de la Alianza Democrática, auspiciada por los radicales, para enarbolar, con la flexibilidad de cuerpo que lo caracteriza, la nueva consigna de la "Unión Nacional" de todos los chilenos. Así lo proclamó su Comisión Política, presidida por el diputado Humberto Abarca, en una declaración pública, aparecida el 13 de enero de 1946, en cuyo considerando tercero se decía:

El Partido Comunista y la clase obrera deben convertirse en la *fuerza dirigente* del movimiento de Unión Nacional, para lo cual tiene que aplicarse una firme política independiente, *libre de deformaciones de derecha e izquierda*, en combate abierto contra el divisionismo trotskista que pretende paralizar las luchas de la clase obrera.

En el Partido Radical la noticia causó honda impresión, desorientando a dirigentes y militantes, en un momento en que el radicalismo se

preparaba para celebrar su Convención en la ciudad de Valdivia, el día 24 de enero, acontecimiento de gran importancia, porque en ella se iba a fijar el rumbo definitivo del partido: cambiar la directiva deliberante por otra ejecutiva y de mando total, y establecer las bases del plebiscito para elegir el candidato a la Presidencia de la República.

La designación de Duhalde desata la guerra entre los radicales

En vísperas de la Convención, el Presidente Ríos empeoró aun más y se vio obligado, por imposición de sus médicos, a alejarse del Poder.

Convencido talvez de que podría recuperar su salud, como se lo aseguraban los facultativos que lo atendían, por una piadosa consideración humana, no hizo consultas políticas ni con su partido ni con sus amigos personales y procedió a designar como Vicepresidente de la República al senador Alfredo Duhalde, a quien lo unían una estrecha amistad y cercano parentesco por el matrimonio de sus hijos.

Esta designación, que dividía profundamente al radicalismo, no cayó bien. Duhalde no sólo era el caudillo indiscutido de la corriente llamada "minoritaria", sino, además, era el candidato oficial para suceder a Ríos.

Las circunstancias anotadas fueron causa determinante del estallido de una violenta lucha en el radicalismo, que produjo su división y en que todos, cuál más, cuál menos, tuvimos nuestra cuota de responsabilidad; y yo, más que muchos, porque fui el más apasionado contendor.

Años más tarde, desde La Moneda, como una fraterna reparación, llamé a Alfredo Duhalde y a su grupo y logramos restañar las heridas de la contienda, uniendo ambas corrientes en un poderoso Partido Radical.

LA CONVENCION DE VALDIVIA

La sesión inaugural de la XVI Convención Nacional Ordinaria del Partido Radical se llevó a efecto en la ciudad de Valdivia el 24 de enero y desarrolló sus sesiones hasta el día 27.

Presidió el acto inaugural el diputado Alfredo Rosende, figura señera del radicalismo, cuyo nombre fue vitoreado como candidato a la Presidencia de la República. Fue designado por unanimidad para dirigir la Convención.

Político de severos e intransigentes principios, su acción pública se caracterizó siempre por su modestia y renunciamiento personal.

A pesar del arrastre y popularidad que él tenía dentro y fuera del partido, nadie logró doblegar su voluntad de no aceptar la candidatura presidencial que le fue ofrecida en Valdivia por todos los sectores, inclusive por el que estas líneas escribe, su más adicto admirador y amigo.

Su muerte prematura, provocada por un infarto cardíaco, ocurrida en Roma, donde le había nombrado Embajador, da la clave de esa persistente negativa.

En esta Convención fui elegido presidente de la Comisión Política e informante del acuerdo que fijaba la posición del radicalismo.

Contra la nueva consigna del Partido Comunista, de la "Unión Nacional", a indicación mía se mantuvo la fórmula de la Alianza Democrática, formada por los partidos afines de la izquierda, para enfrentar unidos a las fuerzas de la derecha.

Esta fórmula era la que verdaderamente interpretaba el sentir de todo el radicalismo, y no la importada del Partido Comunista de la "Unión Nacional" que propiciaba el Komintern.

La Convención aprobó por unanimidad el mantenimiento del Frente Democrático de Izquierda.

También aprobó otro acuerdo trascendental, que revolucionó los tradicionales hábitos políticos del partido: terminar con las directivas deliberantes.

La experiencia recogida en los Gobiernos de Pedro Aguirre y Juan Antonio Ríos demostró que esta dirección deliberante había creado a ambos Presidentes serias dificultades para mantener a sus Ministros, que eran derribados por mayorías ocasionales de la Junta Central, y otras veces retardaban la solución de las crisis ministeriales por la lucha interna para imponer a Ministros determinados.

En el hecho, comenzábase a aplicar los resabios del régimen parlamentario, abolido por la Constitución del 25, con la agravante que no eran los miembros responsables del Congreso Nacional quienes derribaban o imponían los Ministerios, sino asambleístas sin representación ni responsabilidad públicas, que se arrogaban estas atribuciones extra-constitucionales.

La Convención, con gran sentido político y de autoridad, en defensa de la facultad privativa de los Presidentes de la República para nombrar y separar a sus Secretarios de Estado, después de un vivo debate, aprobó por abrumadora mayoría la creación de un Consejo ejecutivo, ágil y autoritario, que llamó Consejo Ejecutivo Nacional (CEN), elegido directamente por la Convención, en lista completa, es decir, sin minorías opositoras.

Con la sigla CEN, el partido, hasta el Gobierno del Presidente Allende, tuvo que afrontar los vaivenes, triunfos y derrotas del acontecer político nacional.

Y como toda obra humana, percedera y falible, esta misma herramienta autoritaria y eficaz, que sirvió para mantener unido y disciplinado al Partido Radical, paradójicamente fue empleada por aquellos extraviados correligionarios ganados en cuerpo y alma por el marxismo, para dividirlo y destruirlo, entregándolo maniatado al comunismo internacional.

Constitución del CEN

Presidente de este nuevo organismo ejecutivo fue elegido Alfredo Rosende, recibiendo un nuevo y excepcional reconocimiento a su indiscutible don de mando, capacidad y modestia.

Los otros miembros del CEN nombrados directamente por la Con-

vención fueron: Jerónimo Méndez, Luis Alberto Cuevas, Juan A. Iribarren, Pedro Bórquez y Pedro Valenzuela.

Sobre los hombros de estos connotados luchadores descansaba todo el peso de la conducción del radicalismo chileno, en los graves y turbulentos momentos por los que atravesaba el país.

EL INFORME POLITICO

No puedo dejar de consignar en estas páginas, por un irresistible impulso de reivindicación personal más que de vanidad, el éxito que obtuvo en la Convención de Valdivia mi meditado y extenso informe político, al que di carácter de discurso-programa como precandidato a la Presidencia de la República.

Mis planteamientos fueron claros, directos e interpretaron fielmente el sentir del alma radical, a la inversa de lo que ocurrió con aquel discurso-programa improvisado en el Teatro Caupolicán, durante la proclamación de mi candidatura presidencial para enfrentar a Juan Antonio Ríos.

Reproduzco algunos fragmentos de este informe:

Un mundo que muere y otro que nace

Talvez en pocas oportunidades como ésta se ha celebrado una Convención del Partido Radical frente a más dramáticos y decisivos acontecimientos. Un mundo que muere, sumido en un montón de escombros, de sangre y de muerte, y otro que nace en medio de las más angustiosas esperanzas.

Debemos reconocer como algo inevitable que nos hallamos frente a una revolución en marcha, dirigida a producir cambios fundamentales en la arquitectura política y económica de los pueblos. El Partido Radical debe procurar por todos los medios a su alcance que esa unidad se realice, tanto en los partidos de izquierda como en los de derecha.

Hago, pues, un llamado a todos los partidos que están imbuidos en los principios que determinan la moderna definición de izquierda democrática, para que entren a formar el sólido Frente Democrático que es necesario para canalizar y dar realidad a los anhelos del pueblo.

Bases de una democracia económica

Corresponde al Partido Radical el honor de haber sido la primera colectividad política que ha sostenido que de nada sirve la democracia

política si no se va con audacia y decisión a echar las bases de la democracia económica.

No puede un hombre ser libre si es prisionero de la necesidad.

No puede el país ser plenamente soberano mientras no domine y disponga sin trabas de sus propias riquezas naturales.

No puede la izquierda conducir a un pueblo a una vida libre y garantizar su bienestar si conjuntamente no transforma el ritmo de la producción nacional y el criterio de distribución social de la riqueza.

Después de hacer un detenido análisis a todos los problemas relacionados con nuestra economía, poniendo énfasis en la industrialización del país, iniciada por los Gobiernos de Pedro Aguirre y Juan A. Ríos, que me comprometí a llevar a su rápida y completa realización, junto con nuevas iniciativas, a través del acero, el petróleo, la electrificación, la fundición y refinación del cobre, pasé revista a los problemas educacionales, financieros y sociales, esbozando sus posibles soluciones.

Terminé mi discurso extendiendo una muy amable invitación para que abandonaran nuestras filas los que discrepaban con nuestros planteamientos, y, por el contrario, se sumaran a ellas los que estando afuera participaban de nuestros ideales:

Estarán con nosotros en esta campaña los que se atreven a transformar la economía de Chile, sin contemplación alguna con los intereses que comprometen el destino del país.

Seguramente que vendrán a nosotros muchos ciudadanos que están equivocadamente al otro lado de la barricada.

¡Que sean bien venidos!

Seguramente que otros que nos han acompañado por comodidad o por menguado deseo de surgir, nos dejarán.

¡Que sean bien idos!

La masacre de la Plaza Bulnes

El domingo 28 de enero de 1946, en circunstancias que los gremios obreros encabezados por el Partido Comunista realizaban una concentración en la Plaza Bulnes, donde había reunidas unas cinco mil perso-

nas, surgió una sangrienta represión policial que dejó el trágico balance de seis muertos y un centenar de heridos.

Nunca se llegó a establecer quién dio la orden de desalojar a los manifestantes de dicha plaza, empleando para ello el uso de las armas de fuego.

En la refriega cayó mortalmente herida la dirigente de la Juventud Comunista Ramona Parra, una agraciada joven de sólo dieciocho años, que pasó a ser consagrada como la heroína mártir del comunismo criollo, y cuyo nombre enarbolaron las brigadas de choque de ingrato recuerdo en el Gobierno marxista de Salvador Allende.

La brutal represión trajo como consecuencia una delicada situación política.

A la renuncia del Ministro de Obras Públicas de la Falange Nacional, Eduardo Frei, siguió la de los Ministros radicales y democráticos. Una huelga general en todo el país paralizó los servicios públicos de la Nación durante varios días.

La solución de la crisis ministerial se prolongaba en exceso, hasta que, fracasadas las conversaciones del presidente del Partido Radical, doctor Jerónimo Méndez, con Duhalde, se produjo la ruptura definitiva del radicalismo con el Vicepresidente de la República.

Se constituyó entonces el grupo minoritario radical, formado por dirigentes destacados que en abierta rebeldía apoyaban al Gobierno del señor Duhalde.

FALLECIMIENTO DEL PRESIDENTE RÍOS

Aunque era de dominio público la sentencia de muerte que pesaba sobre el Presidente Ríos, por la implacable enfermedad que lo consumía, conociendo su vigorosa contextura física y su intenso amor a la vida, nadie esperaba que esa dolencia lo llevaría tan pronto a la tumba.

Contemporáneo en nuestro paso por el escenario político, me tocó actuar junto a él, como aliado o como contendor, en mil lides, a veces encendidas y algunas hasta violentas, pero que jamás provocaron una enemistad sin reconciliación inmediata.

Juan Antonio era lo que su recia personalidad exhibía: todo un hombre, por encima de las miserias y grandezas humanas.

Nacido en uno de esos modestos hogares de clase media de provincia, que fueron también la cuna de los Presidentes radicales Pedro Aguirre Cerda, Juan Esteban Montero y del que escribe estas líneas, dio brillo al advenimiento al Poder de esta clase que es vivo exponente del espíritu creativo, del estudio, del trabajo y de la honradez.

No escatimó esfuerzos para afianzar la situación que el hombre de clase media tiene dentro de la sociedad, la administración pública, las Fuerzas Armadas, la política y las actividades económicas.

Sus hondas convicciones democráticas, unidas a una certera visión política, le valieron la fama de Gobernante enérgico que sacrificaba las ventajas electorales antes de ceder en sus convicciones.

Así se explica que haya mantenido alejados de su Gobierno y de la administración pública a los comunistas, y cuando éstos, siendo candidato a la Presidencia, le ofrecieron prestarle su apoyo bajo condiciones, lo rechazara de plano y en forma categórica.

El senador Marcial Mora Miranda, que fuera el director de su campaña presidencial, destaca así este altivo gesto, en el homenaje que le rindiera el Senado de la República a raíz de su muerte:

De candidato, en ese momento en que la ambición y la ansiedad por asegurar el triunfo ablandan la voluntad para hacer promesas y tomar compromisos sin pensar en la responsabilidad de su cumplimiento, una

colectividad política (Partido Comunista), cuyo apoyo se estimaba decisivo, le solicitó, como condición para prestárselo, una carta en que se comprometiera a realizaciones y tratamientos con los cuales se encontraba en desacuerdo. Su respuesta fue categórica y desusada: "Yo no firmo nada contrario a mi sentir íntimo y a sabiendas de que no lo podré cumplir. Lo único a que puedo comprometerme con ese partido es a no perseguirlo, a darle el mismo tratamiento que a los demás mientras respete, como los demás, las leyes de la República, y a no desconocer ni derogar ninguna de las conquistas sociales obtenidas hasta ahora. Si quieren apoyarme en estas condiciones, aceptaré su consurso; si no quieren, daré la lucha sin ellos".

Su obra de Gobernante, que me correspondió conocer y terminar, me dio ocasión de apreciar cuánto le debe el país, en el supremo esfuerzo para que la "revolución industrial", levantada como bandera por el radicalismo cuando llegó con Aguirre Cerda al Poder, pudiera hacerse realidad para la felicidad y el progreso de Chile.

Juan Antonio, creando Huachipato, descubriendo el petróleo en Magallanes y reservándolo para el Estado, fue el forjador y artífice fundamental de esta magna obra del Partido Radical, no superada por ningún otro Gobierno.

Su nombre no sólo merece la gratitud y admiración de sus correligionarios, sino que será esculpido en el mármol, para ejemplo de las generaciones venideras.

Séptima Parte

MI ELECCION
PRESIDENCIAL
Y SUS VICISITUDES

ARTURO OLAVARRIA ES PROCLAMADO
PRECANDIDATO.
SE INICIA LA LUCHA INTERNA
EN EL PARTIDO RADICAL

Un comité nacional de radicales lanzó en una publicación de prensa, a grandes caracteres, la precandidatura de Arturo Olavarría, por "estar discordes con muchas fases de la política sustentada y seguida por el señor González Videla".

Con fecha 17 de febrero de 1946, Arturo Olavarría, en otra destacada publicación de prensa, aceptó la designación y textualmente dijo: "No habrá de mi parte flaqueza alguna para enarbolar el estandarte de redención que ustedes han querido entregarme".

Días después, el CEN radical adoptó el acuerdo de realizar el plebiscito interno del partido con el fin de elegir al candidato a la Presidencia de la República para el próximo período el día 28 de abril.

Mis partidarios lanzaron entonces mi candidatura, y un numeroso grupo de parlamentarios constituyeron un Comité Central de la campaña, cuya directiva quedó integrada por el senador Humberto Alvarez Suárez, como presidente; el diputado Raúl Juliet, como secretario general, y los diputados Alejandro Ríos Valdivia y Hermes Ahumada, como vocales.

Los parlamentarios integrantes de este Comité eran además los siguientes:

Senadores Ulises Correa y Pedro Opitz y los diputados Oscar Quina, Fernando Cisterna, Pedro Oyarzún, Carlos Melej, Gustavo Olivares, Luis Bossay, Alfredo Nazar, Angel Faivovich, Raúl Brañes, Alejandro Vivanco, Amílcar Chiorrini, Carlos Montané, Angel Evaristo Muñoz, Armando Holzapfel, Carlos Ferreira, Pedro Medina y Quintín Barrientos.

El Tribunal Supremo, con fecha 10 de abril, acordó conceder los pases para que Arturo Olavarría y yo pudiéramos presentarnos como precandidatos a la lucha interna, el día 28 del mismo mes.

La lucha interna se desarrolló en estrecha camaradería gracias a la vieja amistad que nos ligaba, ya que por encima de las discrepancias circunstanciales respecto a la compañía de los comunistas, nos sabíamos fervorosos defensores de los ideales democráticos.

Los radicales, no habituados a este trato de mutuos elogios de dos contrincantes conocidos como apasionados y violentos, celebraron en encontrados comentarios este auspicioso acontecimiento político.

Tan efectiva era esta armonía, que tuve el agrado en solucionarle a mi contendor un serio reclamo que tenía pendiente en el CEN, y obtuve de éste que se reconociera como radicales activos a todos los inscritos hasta el 31 de diciembre de 1945. Por su parte, Olavarría no insistió en aplazar la lucha interna.

Desgraciadamente, días antes de la elección, mi contendiente fue abandonado por sus amigos minoritarios, que públicamente declararon la abstención de concurrir al plebiscito.

En estas condiciones, mi triunfo fue holgado: 25.000 votos contra 7.000.

Ungido candidato oficial del partido, mi primer paso fue visitar a Olavarría en su casa y reconocer la entereza con que supo afrontar el resultado y las circunstancias adversas que lo precedieron.

Mi visita tenía, además, el objeto de rogarle muy encarecidamente que aceptara hacerse cargo de la dirección de la campaña, como generalísimo de ella, dadas las excepcionales condiciones de organización y de mando que había demostrado durante la elección de Pedro Aguirre Cerda.

A pesar de la bien meditada argumentación que llevaba preparada para vencer su obstinada resistencia, su respuesta fue negativa.

LUIS ALBERTO CUEVAS,
EL HOMBRE PROVIDENCIAL

Las democracias en sus horas de prueba tienen el secreto recurso de hacer aparecer al hombre providencial para salvarlas de sus peligros.

Sólo la personalidad extraordinaria y la aguda perspicacia política de Luis Alberto Cuevas, empleadas a fondo, en el mare mágnum de rivalidades, ambiciones, renunciaciones, divisiones, que se desencadenó por la sucesión presidencial, pudo sacar a flote a la desmantelada nave radical con su candidato, a punto de zozobrar.

Todo conspiraba contra nosotros: división interna en el partido, retiro del Gobierno, inoperancia del Frente Democrático por el antagonismo entre comunistas y socialistas, división entre estos últimos y entre los democráticos y, además, perturbación por la consigna de la "Unión Nacional" patrocinada por el Partido Comunista.

Estábamos prácticamente solos y disminuidos, sin recursos de ninguna especie, ya que los radicales pudientes que ayudaban al financiamiento del partido se encontraban en la corriente minoritaria.

Cuevas, con certera visión del acontecer político y con perseverante frialdad, como un mariscal en el campo de batalla, trazó sus planes estratégicos, buscó y midió los puntos débiles y la fuerza del enemigo y decidió la oportunidad de sus ataques.

Audaz, polemista de fuste, conocedor de los hombres y del alma de las mujeres, concentró su ofensiva en recuperar el bastión de La Moneda en un entendimiento directo con Duhalde.

Conversaciones van, conversaciones vienen, desde el 22 de mayo hasta los días 6, 7, 8 y 11 de junio, en que logró llegar a un acuerdo definitivo, que la prensa anunció a grandes caracteres.

El pacto fue ratificado por el movimiento minoritario, y consistía en:

- 1.º Dejar sin efecto la reorganización de las Asambleas.
- 2.º Reincorporación de los expulsados.
- 3.º Designación de tres miembros de la corriente minoritaria para formar parte del CEN.

4.º El problema presidencial se trataría posteriormente.

5.º El partido entraría de inmediato con cuatro Ministros al Gobierno.

Una sensación de alivio causó en la opinión pública el éxito de las pacientes y laboriosas gestiones de Cuevas, que, aunque no satisfacían por completo al partido, por lo menos lo sacaban de su orfandad, y al país, de la inestabilidad gubernativa.

Efímera fue la satisfacción del éxito, por debilidad del Vicepresidente.

Al día siguiente, Alvarez Villablanca, a nombre del Partido Socialista, que estaba en el Gobierno, repudió el acuerdo y, en especial, la entrada de los radicales del CEN.

Fue un duro golpe a la autoridad del Vicepresidente, que no pudo o no quiso rechazar el sabotaje socialista a su Gobierno.

Cuevas, en un levantado manifiesto, explicó al país los acuerdos alcanzados con el señor Duhalde y su rechazo posterior, por exigencias del jefe socialista, Alvarez Villablanca.

En vez de lanzar toda la potencia de sus fuerzas contra el señor Duhalde, Cuevas, inmutable, y como si no hubiera pasado nada, volvió a la carga con la fracción minoritaria para producir la unión del partido, y tuvo su primera reunión con la directiva de éste el 20 de junio, logrando despertar el interés y restablecer el diálogo.

Duhalde, impuesto del restablecimiento de relaciones de ambas fracciones, no quiso quedar al margen y entonces invitó a Cuevas a una reunión privada, en casa de un amigo, para proponerle un arreglo, que en el fondo era mi eliminación como candidato oficial, argumentando que yo carecía de una base de sustentación, por no haber podido unificar ni las fuerzas de izquierda ni las del Partido Radical.

Concretamente, le propuso a Cuevas buscar un candidato de transacción que me reemplazara y que sería sacado de una lista de radicales que le presentaría el CEN al Partido Socialista.

Cuevas, ducho y maestro en el arte de Maquiavelo, comprendió todo el juego de esta macuquería. Escuchó con vivo interés la proposición y le prometió que esa misma tarde reuniría al CEN para darle cuenta de ella, sin adelantarle cuál era la opinión formada que a este respecto existía entre los miembros de la directiva.

Efectivamente, esa misma noche Cuevas, con toda la circunspección de un emisario de Palacio, volvió contrito a comunicarle al señor Duhalde que el CEN había rechazado su amable y generoso ofrecimiento...

No doy una "chaucha" (1) por mi candidatura

Pero Cuevas no desmayó. Era el capitán del barco que no se rendía frente a la adversidad y, por el contrario, levantaba la moral de su gente, abatida por los sucesivos fracasos.

He de confesar en estas páginas que yo mismo, con todo mi espíritu de optimista impenitente, fui víctima, por breves horas, de un pesimismo que me indujo seriamente a declinar la candidatura, para que otro radical con más ambiente y suerte pudiera aglutinar al partido y a la izquierda.

"No doy una chaucha por mi candidatura", fue mi espontánea expresión ante Miti y un grupo de radicales en mi departamento de Teatinos 20, entre los cuales se encontraban Rudecindo Ortega, Humberto Alvarez, Luis Bossay y Cuevas.

Todos rieron de buena gana, porque en el fondo había un resquicio de verdad en esa incontrolada exclamación.

Tan convencido estaba de que mis posibilidades eran pocas, que honradamente ofrecí allí mismo traspasar la candidatura a Ortega, quien la rechazó como una brasa de fuego.

Cuevas de inmediato trató de levantarme el ánimo, invocando el temple de luchador de que siempre había dado muestra y la responsabilidad histórica que pesaba sobre mí y el partido, al ser elegido y haber aceptado enarbolar, sin desfallecimiento, el estandarte de la izquierda democrática.

Miti, profundamente alarmada por esta reacción negativa, que no era natural en mí, me exhortó a seguir la lucha en nombre de las mujeres y la juventud, que habían depositado en mí toda su esperanza.

-Tú no puedes defraudarlos, Gabriel. Tu deber es enfrentar la lucha. Si somos derrotados, no será por tu culpa. Seguiremos luchando después.

(1) *Chaucha*: Denominación popular que se daba a la moneda metálica de valor de 20 centavos.

Esta espontánea reacción de Miti, tan decidida y dispuesta a la pelea, me hizo sentirme mal y hasta arrepentido de mi pasajero desfallecimiento.

Remachó esta ofensiva de aliento la intervención de Luis Bossay, que, echando mano a su intuitiva visión y experiencia política, a pesar de su juventud, me dijo:

—Gabriel, estás profundamente equivocado. El caos político de la izquierda es obra de las directivas de los partidos, pero no de sus bases, que son unitarias y están contigo. Yo te voy a demostrar en tu próxima visita a mi provincia (Valparaíso) el fervor y la decisión de triunfo que existe en ella.

“Valparaíso va a ser para ti el verdadero Stalingrado que nos llevará al triunfo.

Y así fue, efectivamente: se cumplieron las proféticas palabras del joven líder.

Todo Valparaíso se volcó en una gigantesca y delirante manifestación, que no sólo me devolvió mi seguridad en el triunfo, sino que, lo que es más importante, inyectó confianza en los dirigentes radicales, socialistas, comunistas y democráticos que me acompañaban en mi comitiva.

La verdad es que Valparaíso, con Bossay, dio el impulso inicial a la campaña, extendiéndose este fervor por todas las provincias de Chile que empecé a visitar.

¡Mi candidatura ya valía algo más que una chaucha!

*Una entrevista con Codovilla,
jerarca comunista del Komintern*

La proposición de Duhalde a Cuevas para reemplazar mi candidatura por otra de transacción produjo intranquilidad en los dirigentes comunistas, pues tenían puestas todas sus esperanzas en mi posición unitaria y antifascista, para vencer, como en la elección de don Pedro, la resistencia anticomunista de los socialistas, especialmente la de sus dirigentes, como Oscar Schnake, Salvador Allende, Bernardo Ibáñez y otros.

Su Comité Central comisionó a dos de sus miembros, Ricardo Fon-

seca y Natalio Berman, para conocer mi pensamiento y el de la directiva radical.

Les informé que efectivamente el señor Duhalde hizo esa proposición como condición para que el partido ingresara al Gobierno.

El CEN rechazó por unanimidad esa exigencia, porque mi candidatura había sido impuesta por gran mayoría en un libre plebiscito, que impedía a la directiva tomar cualquier resolución en contra de ella.

Por mi parte, les expresé que yo sólo esperaba que la Alianza Democrática, de la cual formaban parte los comunistas, entrara en actividad para elegir el candidato nacional de izquierda.

Para ello era previo terminar con la consigna de la "Unión Nacional", que el comunismo había levantado últimamente, porque ni el radicalismo ni los demás partidos de izquierda estaban dispuestos a acatarla y a seguirla.

Cuevas agregó, sentenciosamente:

—Mientras esa posición no cambie, será difícil aglutinar a las fuerzas de izquierda, y la candidatura de Gabriel quedará estancada.

Ricardo Fonseca, dirigente astuto y sagaz, midió en todas sus consecuencias nuestras observaciones, y nos pidió que aceptáramos tener una entrevista con Vittorio Codovilla, alta autoridad internacional del Partido Comunista, que estaba de visita en Chile.

Yo acepté gustoso la invitación, siempre que se realizara privadamente en su casa y con la sola presencia suya, de Berman y de Cuevas, este último como generalísimo de mi campaña.

Al día siguiente se llevó a efecto la reunión. Codovilla representaba unos cincuenta años de edad, de regular estatura, un poco obeso, pero de aspecto saludable, con sus mejillas enrojecidas que hacían contraste con la tez blanca de su rostro. De origen italiano, nacido y domiciliado en Argentina, era el hombre de confianza del Komintern para Sudamérica.

Con el típico recurso embaucador de los comunistas cuando buscan y necesitan el instrumento que ha de serles útil, empezó con aduladores y exagerados elogios para referirse a mi posición unitaria y antifascista, dándome seguridades de que sería elegido por fuerte mayoría en la elección interna de los partidos de izquierda, precursora de un resonante

triumfo en las urnas, en brazos del pueblo (léase comunismo).

Luego concentró el más vivo interés en escuchar mi objeción a la nueva consigna de la "Unión Nacional" lanzada por los comunistas, que era rechazada unánimemente por el Partido Radical y demás colectividades de izquierda.

Cuevas le informó, además, que la fórmula de la "Unión Nacional" sería sólo aceptada por el radicalismo en caso de amenaza a la estabilidad del régimen, o bien, cuando no hubiera otro medio de dar gobierno al país.

—Y en estos momentos, de lo que se trata en Chile es precisamente consultar al pueblo para que se defina si acepta ser gobernado por las fuerzas conservadoras (derecha) o por las fuerzas progresistas (izquierda) —declaró Cuevas.

—Señor Codovilla —expresé a mi vez—, quiero manifestarle con toda franqueza que la fórmula de "Unión Nacional" de ustedes es profundamente confusionista y contraria a la realidad electoral en que estamos enfrentados: derecha contra izquierda.

Codovilla, frente a la firmeza de mi posición, meditó un instante y luego, apelando a toda su dialéctica, basada en el halago, empezó por decirnos que los comunistas no deseaban otra cosa que los radicales no perdieran el Poder, conquistado por dos Presidentes, y que el sino histórico del partido era permanecer en el Poder por varias décadas.

—Ese es —nos agregó textualmente— nuestro mayor interés, para lo cual el partido movilizará todas sus fuerzas y efectivos, sin reparar en sacrificios. Los comunistas sólo deseamos una cosa: que no triunfe el fascismo. Para defendernos del fascismo del mundo, llegaremos hasta recurrir a la "Unión Nacional", por encima de izquierda y derecha. Pero los comunistas-leninistas somos, antes que todo, realistas y fríos para aplicar nuestras consignas. Por eso acepto que el camarada Fonseca lleve al Comité Central esa firme posición suya anti-"Unión Nacional", a fin de que éste considere suspenderla para favorecer y ayudar a su campaña presidencial.

—Tenemos plena confianza en su experiencia, visión y tino políticos y vamos a demostrarle que el Partido Comunista sabe corresponder a aquellos que, como usted, en una inflexible línea antifascista, ayudó a

salvar tantas vidas y logró liberar a miles de perseguidos durante la ocupación de Francia por las fuerzas de Hitler.

Fonseca, como jefe que recibe órdenes de su superior, aseguró que esa misma tarde quedaría suspendida la consigna y su propaganda.

Agradecí muy efusivamente esta buena disposición de ambos, a la que di gran importancia por su repercusión favorable en el partido y entre los socialistas y democráticos.

Pero Codovilla me rogó, a continuación, que no diera a la publicidad la noticia de este viraje del partido, aunque de hecho se aplicarían las medidas, reincorporándose de nuevo sus dirigentes y militantes a la Alianza Democrática, para revitalizar su acción y propaganda.

Efectivamente así lo hicieron y fueron los más entusiastas impulsores de la Convención del Frente Democrático, donde se proclamó, con gran solemnidad y desbordante entusiasmo, mi candidatura nacional a la Presidencia de la República, como posteriormente se describe.

Ya me lo había profetizado Cuevas cuando, de regreso al partido, después de la reunión, me dijo:

-Te has ganado a Codovilla. Son maestros estos comunistas para cambiar de pelaje cuando reciben la voz del amo. Verás, Gabriel, que se convertirán en los más ardientes partidarios de tu posición, ¡al igual que el sensacional viraje que se pegaron aplaudiendo el monstruoso contubernio entre Stalin y Hitler!

EN UNA CONVENCION NACIONAL, LA
ALIANZA DEMOCRATICA
ME PROCLAMA CANDIDATO
PRESIDENCIAL

El 16 de julio se constituyó el Comité Central de la Alianza Democrática y acordó celebrar una Convención los días 20 y 21 de ese mismo mes para elegir el candidato presidencial, ratificar las bases del torneo y el programa electoral.

Este extraordinario acontecimiento fue un decisivo espaldarazo a mi candidatura. La Convención se realizó en el Salón de Honor del Congreso Nacional.

Las votaciones se iniciaron a las 16 horas del día 21 y terminaron a las 18 horas. No tuve más oponente que el viejo luchador obrero de los tiempos de Recabarren, Elías Lafertte.

En la tercera votación obtuve 302 votos, que correspondían a la totalidad de los sufragios, debido a que se produjo acuerdo entre los comunistas y socialistas para cederme todas sus fuerzas.

Al conocerse el resultado, los convencionales prorrumpieron en una ovación clamorosa, y una comisión fue a buscarme al Club de Septiembre, donde había estado esperando el término de las votaciones.

Cuando hice mi aparición en el Salón de Honor, la muchedumbre, con delirantes gritos y aplausos, me alzó en hombros y en esta forma, y entonando el Himno Nacional, me condujo hasta la mesa directiva, donde tomé colocación.

Inmediatamente, el presidente de la Convención, Luis A. Cuevas, procedió a hacer mi proclamación en medio de un fervoroso homenaje, mientras centenares de damas me arrojaban flores.

Enseguida hice uso de la palabra, para agradecer el honor que se me había conferido, y enuncié un programa de Gobierno que fue recibido con insistentes aplausos.

*Llamado urgente de Santiago
me hace suspender la gira*

Al otro día, la directiva de la Alianza Democrática designaba a Luis A. Cuevas generalísimo de mi campaña.

Cuevas, como jefe supremo, organizó y planificó las giras al Norte y Sur del país, y en todas partes, aun en los rincones más apartados de la Nación, recibí la adhesión cariñosa y espontánea, especialmente de las personas más humildes.

Una seria dificultad experimentó, sin embargo, el bien organizado plan de giras.

Cuando me encontraba en Vallenar, recibí una llamada telefónica de Miti, quien me informó que una de nuestras hijas, Sylvia, estaba seriamente enferma.

Volé a Santiago, y Miti, acompañada de Cuevas y del dirigente de la Comisión de Finanzas Humberto Aguirre Doolan, fueron a recibirme a Los Cerrillos para contarme la verdad de lo ocurrido; Sylvia no estaba enferma, pero la caja electoral, totalmente en bancarrota, no podía hacer frente a las fuertes deudas, cuyos pagos eran reclamados con urgencia.

El leal y abnegado amigo Humberto Aguirre Doolan señaló que para cubrir estos pagos y los gastos de la campaña hasta su terminación, se necesitarían alrededor de 7.000.000 de pesos, cifra exorbitante en esa época, difícil de obtener, a menos que yo consiguiera que setenta radicales y simpatizantes firmaran setenta letras de cambio por 100.000 pesos cada uno y se obtuviera que un Banco las descontara.

Los otros miembros del Comité de Finanzas, Roberto Wachholtz, Germán Picó y Angel Guarello, coincidieron con este ingenioso y salvador arbitrio financiero y ayudaron eficazmente a buscar los adherentes y, además de su contribución personal, tomaron a su cargo algunas de las letras que el Banco rechazaba.

Miti, por su parte, llevó sus pocas joyas al Banco de Chile, para darlas en garantía por aquellas letras que eran resistidas para su descuento.

El gerente, mi querido amigo Ricardo Letelier, rechazó, por su-

puesto, tomar las joyas en prenda, alabando el generoso gesto de mi mujer.

Es para mí profundamente conmovedor recordar en estas páginas el espíritu de sacrificio y generosidad de todos aquellos correligionarios y amigos personales que, en el angustioso plazo de cuarenta y ocho horas, suscribieron las setenta letras que representaban los 7.000.000 de pesos para financiar la elección. Conociendo el exiguo patrimonio de los adherentes, muchos de los cuales sólo disponían de la dieta parlamentaria, se comprenderá a qué sacrificios se sometieron éstos.

Solucionada la grave *impasse* de la caja electoral, continué mi gira, esta vez por el Sur, dejando para el último la provincia de Coquimbo, especialmente La Serena, mi ciudad natal.

Triunfal recibimiento en Santiago

Después de una prolongada y exitosa gira por las provincias del Sur, regresé triunfante a Santiago, donde se me tributó un apoteósico recibimiento.

Más de cien mil personas desfilaron durante dos horas y media, para llegar la columna a la Plaza de la Constitución. Allí se había levantado una tribuna desde la cual me dirigiría al pueblo de Santiago, como único orador.

Mis palabras fueron improvisadas al calor de esa enfervorizada masa humana que repletaba dicha plaza, haciéndome olvidar la lectura del texto escrito de mi discurso, que recibiera en la Estación de Rancagua de una comisión compuesta por Carlos Contreras Labarca y Osvaldo Sagüés, destinado a bajar el diapasón de las arengas que había pronunciado en las provincias del Sur y que habían alarmado a la directiva por la violencia de mis expresiones, las cuales, a juicio de ella, estarían atemorizando a ciertos sectores medios de la ciudadanía, lo que podía comprometer el éxito de mi candidatura.

Dominado por el entusiasmo delirante de la multitud, pero sin ánimo preconcebido, dejé de lado el discurso escrito y los consejos de los emisarios de Rancagua, y me lancé en el más agresivo y violento ataque de toda la campaña.

Tales improvisadas y candentes palabras no estaban dirigidas en

contra de mis contendores, Cruz Coke y Alessandri, a quienes inclusive elogí, sino contra el Vicepresidente de la República, señor Duhalde, por su abierta e irritante intervención en contra del candidato de la Alianza Democrática.

No pudiendo contener la indignación que me sublevaba, me dirigí directamente a él, y con mi brazo extendido señalé el Palacio de La Moneda, para notificarlo en ardientes y perentorios términos: "Sepa, señor Duhalde, que en los pueblos, en el campo, en las minas y en la capital, como lo demuestra esta muchedumbre rugiente bajo sus balcones, hay una ciudadanía dispuesta a tomar las armas, si fuere necesario, para defender mi triunfo y aplastar la intervención electoral".

Una frenética ovación, con gritos de beneplácito, que duró por espacio de varios minutos, demostró que el pueblo esperaba un lenguaje claro, directo y batallador, para no permitir atropello alguno a la libre expresión del sufragio popular.

Estoy cierto de que si doy lectura al tranquilo y bien redactado discurso que me fue llevado por Contreras Labarca y Sagiús a Rancagua, no habría levantado el fervor y el entusiasmo de la muchedumbre de aquella memorable noche, a menos de diez días de la elección.

Mi campaña ya había tomado cuerpo y mi nombre lo coreaban las muchedumbres por doquier.

Fue entonces cuando Neruda escribió su zalamera oda: "El Pueblo lo llama Gabriel".

LA ELECCION PRESIDENCIAL DE 1946

El 1.º de julio se convocó a elecciones para designar el sucesor del Presidente Ríos, y se fijó el día 4 de septiembre de 1946 para celebrarlas.

Las fuerzas políticas y electorales estaban enfrentadas así: la izquierda, formada por radicales, comunistas, socialistas auténticos y democráticos; la derecha, por conservadores, liberales y agrarios, quienes se agruparon en una Convención Nacional para elegir el candidato presidencial, figurando por los liberales Arturo Alessandri, José Maza y Francisco Bulnes; por los conservadores, Eduardo Cruz Coke, y por los agrarios, Jaime Larraín.

Después de agitadas y estériles votaciones en dicha Convención, que duraron una semana, ni los candidatos ni los partidos lograron ponerse de acuerdo y superar la crisis.

Como el tiempo apremiaba, en un supremo esfuerzo por salvar la unidad de la derecha se constituyó un Tribunal de Honor, que también terminó en el más rotundo fracaso.

La directiva conservadora decidió, entonces, recuperar su libertad de acción y proclamó candidato presidencial a Eduardo Cruz Coke.

Los liberales respondieron al día siguiente, lanzando la candidatura de Arturo Alessandri Palma.

Jaime Larraín, por su parte, renunció, como candidato de los agrario-laboristas, en favor de Alfredo Duhalde, quien, por obra de una hábil maniobra del astuto Pablo Ramírez, fue llevado por engaño a dimitir, lo que a su vez obligó a Arturo Alessandri a declinar la candidatura en favor de su hijo Fernando.

La maniobra de Pablo Ramírez pretextaba la necesidad de organizar una combinación de centro, para contener, según decía, las candidaturas extremas de Cruz Coke y la mía.

Para ello fue necesario designar un candidato de transacción, previamente elegido: Fernando Alessandri.

Así sacrificaron sus expectativas don Arturo y Duhalde, quien tuvo que soportar, además, la indignación de los radicales minoritarios y de los socialistas, a quienes dejó en la estacada, sin consultarlos.

Sin pensarlo, y de la noche a la mañana, gracias al malabarismo de Pablo Ramírez, Fernando Alessandri se vio lanzado al espacio, como un astro electoral.

Duhalde reasumió su cargo de Vicepresidente, y su primer acto fue disponer la salida de Pablo Ramírez del Ministerio de Hacienda.

A esta altura de la contienda, tres candidatos quedaban en la arena política para disputar el sillón de O'Higgins: Eduardo Cruz Coke, conservador; Fernando Alessandri, liberal, y Gabriel González Videla, radical.

La apertura de la derecha en dos frentes, mantenidos con intransigencia, daba a mi candidatura una posición ventajosísima, que nosotros no disimulábamos en ponderar, aprovechándola.

Liberales y conservadores, en cambio, tenían la ilusión y la seguridad de que cada uno de ellos por separado era más fuerte y de más arrastre que el contendor radical. Ese error, creo yo, contribuyó decididamente a que no le dieran la trascendencia que tenía a la unión de ambas colectividades para alcanzar el triunfo.

Este equivocado juicio táctico nos permitió fomentar esa ilusión, para cuyo efecto nuestro generalísimo Luis Alberto Cuevas había planeado una treta que consistía en que miles de mis partidarios, bien instruidos y disciplinados, se hicieran presentes, alternativamente, en las manifestaciones y marchas tanto de Cruz Coke como de Alessandri, para presentar más infladas las concentraciones y más fervorosas las muchedumbres.

El lema de nuestro generalísimo era: "Ardides quiere la guerra".

Esta estratagema, cuidadosamente llevada a la práctica, dio espléndido resultado, a juzgar por las ruidosas y multitudinarias reuniones callejeras que acompañaban a mis dos contendores.

La lucha electoral se llevó a cabo con excepcional altura de miras.

En el acto en que se puso fin a la campaña, realizado con gran solemnidad en el Estadio Nacional, que rompió todos los moldes de propaganda, por la gigantesca concentración de masas, rendí a ambos caballerosos contendores el homenaje que merecían, junto con disentir de Alessandri y de coincidir con Cruz Coke en nuestros planteamientos programáticos.

Reproduzco a continuación los fragmentos más importantes del discurso-diálogo, llave de mi campaña, pronunciado en el Estadio ante más de 50.000 personas, en el cual, junto con hacer un espectacular llamado a Cruz Coke y a Alessandri, fijé los principios básicos de mi Gobierno.

Mi discurso-programa en el Estadio Nacional

Comencé por referirme al programa de los otros candidatos con las siguientes palabras:

CONCIUDADANOS: He tenido el honor de enfrentar en esta brega cívica a dos hombres de limpia trayectoria moral. Me ha sido grato destacar en otras ocasiones la valía de sus personalidades. Los he oído cuando solicitaron para sus banderas respectivas el sufragio democrático. Y porque los escuché, tengo la obligación ciudadana de referirme a sus conceptos y a sus propósitos de Gobierno.

Destacó el señor Alessandri, al llegar a Santiago, que pretendía el Gobierno para imponer desde *La Moneda* el estricto cumplimiento de la ley. El resumen de sus discursos es en realidad la sincera expresión de sus deseos de conservar intacta la legalidad existente, las instituciones actuales, el orden jurídico que nos rige. Preconizó, asimismo, normas de sana moral administrativa, que ningún ciudadano honrado podrá dejar de aplaudir.

Yo también estoy en situación de prometer el estricto respeto a un orden jurídico. He sido y sigo siendo fervorosamente adicto a las prácticas y normas democráticas. He luchado duramente en su defensa, a través de toda mi vida pública. No preconizo la violencia ni el atropello, ni la acción desorbitada y arbitraria. Pero un Gobierno no puede basarse en la sola preocupación de mantener las normas que rigen la marcha de la República desde su origen.

Mantener el orden público es deber de los Gobiernos. Yo concuerdo en ello con el candidato liberal. Mas creo, también, que hay en nuestra Patria un mundo de cosas por hacer y de injusticias por corregir. Creo que la realidad social y la realidad económica de Chile obligan al Gobierno que se dé al pueblo la oportunidad de ser el motor poderoso de una transformación económica fundamental, orientada principalmente hacia la total industrialización del país, a la mecanización e intensificación de la produc-

ción agrícola, y a la justa y correcta distribución de la riqueza. Lo obliga también a promover una renovación social seria, capaz de encauzar los anhelos de las masas, que buscan afanosamente su destino y que ya tienen conciencia de sus derechos y de sus posibilidades.

Luego me refiero a la candidatura del doctor Cruz Coke:

Tócame ahora referirme a la plataforma sobre la cual eleva sus esperanzas de triunfo el doctor Eduardo Cruz Coke.

Anuncian los personeros de la candidatura conservadora (y lo repite con encendida elocuencia el propio candidato) que los sectores ciudadanos que lo apoyan dan por superada la división entre izquierda y derecha.

Crean que la lucha entre estas dos fuerzas pertenece al pasado y que un nuevo concepto ha venido a reemplazar a los postulados que sustentaban las dos posturas hasta ahora existentes. Dicen que ha nacido un nuevo movimiento, una nueva fuerza, y ese movimiento procede desde las reservas más sanas de los antiguos partidos y vencerán a éstos. Definiendo sus afirmaciones novedosas, el doctor Cruz Coke habla de que su movimiento tendrá la dirección de lo racional, que caminará hacia el progreso por encima de todas las oposiciones que significan las barreras partidistas.

Refiriéndome a este nuevo concepto, digo:

La voz cristiana

No es imposible que el partido católico chileno haya escuchado la voz cristiana de Europa, que nos habla de cómo el capitalismo no responde al sentido más íntimo de la buena palabra nazarena. Yo tengo la esperanza de que así sea. El conservantismo debe haber comprendido que su inspiración religiosa no se compadecía con la defensa inmutable y violenta de un orden social que, como característica, mantiene la miseria y la injusticia. Nosotros, los hombres de izquierda, tenemos una definida posición frente a los problemas de esta hora. Sabemos que las victorias de antes no han fructificado en la medida de nuestras esperanzas. Llegamos al Gobierno a impulsos del fervor del pueblo y, precisamente, por acato republicano, respetamos las decisiones de un Congreso hostil, y casi intocada mantuvimos la legalidad existente. Cometimos yerros. Los confesamos.

Y más adelante, instándolos a unirse a nuestro movimiento, expreso:

Un sitio junto a nosotros

Pero, así como digo con exacta claridad que nos corresponde un sitio en la dirección del futuro de Chile, he de expresar que en esta empresa de avanzada tienen también lugar los que *partiendo de doctrinas o filosofías distintas pueden coincidir con nosotros en cualquier finalidad generosa y humana*. Es deber de un político buscar los puntos en que sus anhelos concuerden con los que otros expresan. Y ese deber pesa con mayor intensidad sobre los hombros de un candidato que camina hacia el triunfo y que lo tiene en sus manos, porque lo ha recibido de un pueblo que ya comienza a sentir la emoción de una victoria.

Por eso yo digo al candidato católico, doctor Cruz Coke: si su nuevo e interesante movimiento social ha sobrecogido de veras el alma de sus partidarios; si su prédica esperanzada y su palabra de solidaridad humana han logrado prender en las conciencias y en los corazones que a su lado palpitan; si ya no son los que a él aclaman los defensores de un frío capitalismo individualista; si los puntos básicos de mi programa, ya expuestos en mi refutación al señor Alessandri, tienen acogida real entre los que han querido exaltarle a la Primera Magistratura, *sepa él definitivamente que ningún obstáculo será insuperable para que emprendamos, la izquierda conmigo, y Cruz Coke con los suyos, el camino para un nuevo Chile, grande, próspero y feliz*.

Alerta final

Puse término a mi discurso-programa con un alerta al pueblo, que resultó visionario, por los dramáticos acontecimientos que se desarrollaron después del veredicto electoral y que se relatan posteriormente.

Con emoción en la voz, pero con desafiante altivez, dije:

Correligionarios, aliados y amigos:

Serenamente, con el afán de precisión que anima a un hombre que procede con honda sinceridad, he esbozado un programa, he señalado las diferencias que me separan de otros y he recalcado mis propósitos de conciliación con los que honestamente pueden sumarse a mi cruzada.

A este pueblo triunfante me dirijo ahora para formularle un alerta final:

¡CUIDADO! Ya se conoce la magnitud de nuestro triunfo, ya no se discute que la decisión en las urnas ha de ser la que proclame mi nombre como el de vencedor. Vuestro candidato ha vencido de antemano; pero ¡CUIDADO! Que vuestra vigilancia permanezca; que no se entibie vuestro fervor; que conservemos nuestra decisión de hacer respetar el veredicto que sabemos nuestro.

Es posible que algunos piensen todavía en que el juego republicano puede alterarse, acaso creen que está adormecida la conciencia chilena y que la masa ciudadana es capaz de tolerar que se le arrebatase su victoria. Para ello; para los que alientan ese propósito de torcida intención política; para los que no se limitan a combatir al candidato del pueblo con las armas que la ley les franquea; para esos malos chilenos (si los hay), yo digo en este instante: **OID AL PUEBLO, OIDLO JURAR LA BANDERA DE SU CONVICCION.**

Y a vosotros, amigos, os pregunto:

Por vuestro honor de hombres;

Por el amor a vuestros seres queridos;

Por el derecho de vuestros hijos a ser libres y dignos;

Por vuestra conciencia,

¿Juráis defender con vuestra palabra, con vuestra acción y vuestra sangre el triunfo del pueblo?

Pueblo de Santiago: ¡Os conjuro a cumplir vuestra promesa!

He dicho.

Una delirante y prolongada ovación, que duró varios minutos, fue la respuesta con que el pueblo ratificó mis planteamientos programáticos, y juró jugarse la vida, si fuere necesario, para defender el triunfo.

LA JORNADA DE LA VICTORIA

El veredicto popular dio el siguiente número de votos para cada uno de los candidatos:

Gabriel González Videla:	191.351 votos
Eduardo Cruz Coke:	141.134 votos
Fernando Alessandri:	129.092 votos
Bernardo Ibáñez (socialista):	11.999 votos

No puedo dejar de consignar en estas Memorias el recuerdo de aquel día 4 de septiembre del año 1946 y de las horas de intensa felicidad que pasé en brazos de mi madre y de Miti y disfrutadas por ellas con lágrimas en los ojos, mientras la primera me decía: "Hijo, puedo morir tranquila. El Señor ya me concedió lo que por tantos años he venido pidiéndole en mis oraciones".

Todo era alegría y regocijo a mi alrededor; de todos los corazones brotaban la dicha, la esperanza y la fe.

Apretados abrazos, manos levantadas en señal de victoria, besos surgidos espontáneos de labios de damas, jóvenes, viejas y niñas, se fueron sucediendo el resto del día y parte de la noche.

Acababa de tenderme en un sofá para reposar de las emociones recibidas, cuando escuché por la radio la voz del presidente del Partido Conservador, senador Joaquín Prieto, y después la de Cruz Coke, sosteniendo que el país no se había pronunciado y que el Congreso podría rectificar el resultado de la elección.

Una ola de indignación que se reflejó en mi congestionado rostro se apoderó de mi espíritu, y de inmediato pedí una cadena nacional de radio, a fin de dar lectura a una categórica y enérgica advertencia y notificación al país, en la que llamaba al pueblo a salir a la calle para defender el triunfo de su candidato.

Llamado al pueblo

Dije así:

La declaración que acaba de leer el candidato del hasta ayer llamado Movimiento Social Cristiano, doctor Eduardo Cruz Coke, y difundida por una cadena radial, ha sido calcada de la que pronunciara poco antes el presidente del Partido Conservador, don Joaquín Prieto.

Resulta ahora que la plataforma ideológica de la candidatura Cruz Coke no responde, como él lo afirmara enfáticamente, a una *posición definitiva*, sino a una "discrepancia ocasional de las fuerzas de la derecha".

En consecuencia, el sedicente Movimiento Social Cristiano era sólo una burda mistificación y un ardid de baja politiquería para engañar al electorado.

En el fondo, el candidato conservador pretende desconocer el triunfo rotundo de la candidatura de izquierda y aprovecharse de su propio dolo para obtener del Congreso Nacional una designación arbitraria. Así corresponde a la forma elevada y digna en que ha sido tratado por mis partidarios y por mí en todo el proceso electoral.

Lo anterior significa, además, que el doctor Cruz Coke fue a la contienda cívica de hoy con dañada intención.

En presencia de la amenaza que estos hechos significan, y por la personería y autoridad moral que me ha otorgado la victoria de hoy, convoco a los representantes de todas las fuerzas políticas que me acompañaron en esta jornada cívica, como asimismo a los de todas las instituciones gremiales y sindicales de empleados y obreros del salitre, del cobre, del carbón, de los ferrocarriles, de los transportes, del comercio, de la agricultura y de las demás industrias y actividades del país, a una Asamblea del Pueblo, que se llevará a efecto el domingo 8 de septiembre en curso, en esta capital, con objeto de acordar las determinaciones que correspondan para que se respete y cumpla el veredicto de las urnas.

Hago extensivo este llamado a la Falange Nacional, que honradamente creyó en la sinceridad ideológica del señor Cruz Coke, y a todas las demás fuerzas políticas que democráticamente concurrieron a la contienda de hoy, dispuestas a aceptar la clara manifestación de la voluntad popular.

GABRIEL GONZÁLEZ VIDELA

Santiago, 4 de septiembre de 1946.

IMPRESIONANTE REACCION
PUBLICA ANTE EL DESCONOCIMIENTO
DE MI TRIUNFO

Un unánime reconocimiento del resultado que arrojaron las urnas fue el sentir general de los círculos políticos, militares, eclesiásticos y diplomáticos, con excepción del Partido Conservador.

La Falange Nacional

La Falange Nacional, que prestó su decidido apoyo a Cruz Coke, ungiéndolo su candidato, en ejemplar actitud cívica, hizo la siguiente declaración oficial, en que condena las pretensiones suyas y las del Partido Conservador:

Conocidos los cómputos oficiales, la Falange estima que aun cuando es facultad del Congreso Nacional determinar la persona elegida, no hay duda que es tan clara la voluntad del electorado frente a los tres planteamientos ante los cuales tuvo que pronunciarse, que no hay conveniencia alguna en postergar el reconocimiento del legítimo triunfo del señor Gabriel González Videla.

Y para destruir el argumento del Partido Conservador, que la división de la derecha fue una discrepancia ocasional, la Falange le refuta airada:

Invocar como argumento la suma de votos de candidatos que no lograron un acuerdo previo electoral, y que plantearon distintos métodos, programas y soluciones para abordar los problemas nacionales, y sobre esas bases obtuvieron sus respectivas votaciones, tampoco nos parece aceptable.

Por las razones anteriores, estimamos nuestro deber declarar públicamente que esperamos que el Congreso Nacional ratificará la voluntad de la ciudadanía, designando Presidente de la República al señor Gabriel Gon-

zález Videla, y confiamos en que son garantías para el país sus reiteradas declaraciones en orden a que respetará la Constitución y las leyes.

Santiago, 5 de septiembre de 1946.

PEDRO J. RODRÍGUEZ-Presidente

MARIO PARADA COBO-Secretario Nacional.

El Partido Socialista

Por su parte, el Comité Central del Partido Socialista gubernamental, que levantó la candidatura de Bernardo Ibáñez, en un gesto de honradez política tomó el siguiente acuerdo:

1.º Que en presencia de las declaraciones del Partido Conservador y de las actividades de elementos de la derecha para desconocer el veredicto popular que dio una amplia mayoría al candidato señor Gabriel González Videla, el Comité Central sostiene que esa mayoría expresada por el pronunciamiento democrático del país debe ser respetada por la ciudadanía y ratificada por el Congreso Nacional.

2.º Hacer público e inmediato reconocimiento de esta victoria, ordenar a sus parlamentarios votar por el señor González Videla, explicando en su oportunidad que esta actitud no implica un renunciamiento a la evidente diferencia ideológica que nos separa de los comunistas.

Renuncia del Gabinete

Después, el Comité Central del Partido Socialista ordenó a sus Ministros, Hidalgo, Mendoza, Garafulic y Cruz Ponce, que presentaran las renuncias de sus cargos.

Duhalde llamó entonces al presidente del Partido Radical, Luis Alberto Cuevas, para pedirle que el CEN cooperara en la organización de un nuevo Gabinete que reflejara el sentir de la mayoría triunfante, para cuyo efecto se le presentó una lista de nombres para su elección.

El nuevo Gabinete quedó constituido así:

Interior, Juan Antonio Iribarren, radical; Relaciones Exteriores, Joaquín Fernández, apolítico; Economía y Comercio, Oscar Gajardo Villarroel, apolítico; Hacienda, Arturo Maschke, apolítico; Educación, Humberto Enríquez, radical; Justicia, Eugenio Puga, independiente;

Defensa, General Arnaldo Carrasco; Obras Públicas, Germán Picó, radical; Agricultura, Humberto Aguirre, radical; Trabajo, Luis Mandujano Tobar, democrático; Salubridad, doctor René García Valenzuela, radical; Tierras y Colonización, Roberto Contreras Galaz, radical.

La organización del Gabinete significaba otro espaldarazo para el triunfador de la elección.

Los socialistas de Grove

Por su parte, una de las fracciones socialistas, que presidía Marmaduke Grove y apoyó a Fernando Alessandri, hizo por su intermedio la siguiente declaración:

En la vida de los hombres luchadores hay que saber ganar y también saber perder, reconociendo el triunfo del adversario.

El señor Gabriel González ha obtenido un aplastante triunfo, ante el cual tenemos que inclinarnos.

50.000 votos separan al señor González del señor Cruz Coke. Sería peligroso, inoportuno, antidemocrático, proceder tinterillescamente en el Congreso Nacional.

En consecuencia, considero elegido legítimamente al señor González Videla como Presidente de Chile, y confío en que su cordura, inteligencia y patriotismo lo harán digno y eficiente en tan alto cargo.

Visita del Presidente del Senado

Esa misma tarde recibí la visita del Presidente del Senado, Arturo Alessandri Palma, quien deseaba expresarme, a nombre de su hijo Fernando y del suyo propio, que ellos consideraban el proceso electoral totalmente finiquitado y que no había discusión respecto de la legitimidad del triunfo.

Agradecí al señor Alessandri su patriótica actitud, como la de su hijo Fernando, a quien fui de inmediato a ver, para expresarle personalmente al caballeroso adversario mi reconocimiento por su hidalgo proceder.

El mismo día, acompañado de Luis Alberto Cuevas, retribuí en su casa particular la visita de don Arturo, con quien aprovechamos para



Recibo la visita del Cardenal José María Caro y del Obispo Monseñor Augusto Salinas.

analizar el peligroso juego en que estaban empeñados los conservadores.

Don Arturo nos adelantó sus mejores propósitos para ayudarnos a salvar este grave escollo político y constitucional.

El Jefe de la Iglesia chilena

Al día siguiente recibí la visita del Jefe de la Iglesia chilena, mi estimado amigo el Cardenal Monseñor José María Caro, acompañado de Monseñor Augusto Salinas, condiscípulo mío en la Escuela de Derecho.

Monseñor Caro, con clarividente tolerancia y colocándose por encima de banderías políticas, llegó hasta mi departamento de Teatinos para expresarme sus parabienes, dándole a nuestra entrevista un indiscutible y espectacular reconocimiento de mi triunfo.

Agradecí al ilustre prelado su significativa visita y la distinción de que era objeto de su parte, y le manifesté que la Iglesia Católica, como lo había proclamado públicamente en reiteradas ocasiones, contaría con todas las garantías de respeto y seguridades de parte de mi Gobierno.

A las cinco de la tarde, acompañado de Luis Alberto Cuevas, retribuí la visita al Excelentísimo señor Cardenal, yendo a su residencia de la calle Mac-Iver, para reiterarle mis agradecimientos por su valiosa adhesión.

Otras eminentes adhesiones oficiales

Personalidades del Cuerpo Diplomático, del Ejecutivo, de Carabineros, de la Nunciatura Apostólica y de la Iglesia pasaron a saludarme y a expresar sus congratulaciones por el éxito alcanzado en las urnas.

Entre ellos, anoto al señor Nuncio Apostólico, al Arzobispo de La Serena, Monseñor Cifuentes; al Obispo de Talca, Monseñor Larraín; al Comandante en Jefe del Ejército, Oscar Fuentes Pantoja; al General Director de Carabineros, Eduardo Maldonado; al Ministro de Defensa Nacional, Arnaldo Carrasco; al Canciller, Joaquín Fernández; al Embajador de los Estados Unidos, señor Claude Bowers. Pero la nota emotiva fue la de Misiá Juanita de Aguirre, quien me obsequió la banda presidencial de don Pedro.

La impresión causada por la presencia de estas connotadas y representativas personalidades al día siguiente de mi elección consolidó mi triunfo, pero no por eso mis opositores dejaron de actuar en cábalas y conciliábulos con el propósito de arrastrar a la mayoría del Congreso Nacional a alterar el resultado categórico de las urnas.

El generalísimo vigila

Pero el generalísimo Luis A. Cuevas no descuidaba un minuto la defensa del triunfo frente a las asechanzas activas del adversario.

Estaba organizando una gigantesca concentración popular destinada a defender el triunfo.

Cuatro inmensas columnas se movilizarían desde la Estación Cen-

tral, Plaza de Artesanos, Franklin y Plaza Baquedano, para converger en gran número en la Plaza de la Constitución.

El ambiente era tenso. Entre mis partidarios existía un incontenible impulso por salir a la calle en una demostración de fuerza, actitud propensa a que cualquier grupo de provocadores encendiera la mecha de la violencia, con su inevitable secuela: la represión policial.

Con gran sentido de responsabilidad, Cuevas no quería que tan limpio veredicto se tiñera de sangre, y no estimó prudente, en tales circunstancias, sacar al pueblo a la calle. Por lo tanto, suspendió el mitin de la Plaza de la Constitución y lo reemplazó por el "Día de la Victoria", para celebrar el triunfo.

La sensata medida contó con todo mi apoyo y aplauso.

DRAMÁTICA DEFENSA DE MI
TRIUNFO

A pesar de las adhesiones de la Falange y de las dos fracciones de socialistas, la encabezada por Bernardo Ibáñez y la dirigida por Grove, la derecha contaba en el Parlamento con una fuerte mayoría, que era indispensable conquistar.

Para nadie era un secreto que los conservadores, aliados seculares de los liberales, estaban trabajando y ganando posiciones entre los parlamentarios de ese partido, para que éstos apoyaran a Cruz Coke en el Congreso Pleno.

La situación era peligrosa y no podíamos cruzarnos de brazos sin tomar las medidas más acertadas y urgentes para conjurar este golpe, que podía arrastrar al país a la guerra civil.

Con este objeto reuní privadamente en mi departamento a Cuevas y Rosende, por el Partido Radical, y a Carlos Contreras Labarca y Ricardo Fonseca, por el Comunista, para analizar a fondo la situación. Estuvimos de acuerdo que lo fundamental era llegar a un entendimiento con el Partido Liberal, que contaba con treinta y dos diputados y ocho senadores, para que éstos nos apoyaran en el Congreso Pleno. Además, era indispensable que el Partido Liberal ingresara a mi Gobierno con representantes en el Ministerio, única viable solución para que yo tuviera mayoría en ambas Cámaras y, en consecuencia, pudiera gobernar.

Además, la anárquica atomización de los partidos de izquierda y la gran crisis económica y financiera que agudizaba la inflación obligaban a formar un Gabinete Nacional, idea bien recibida por los comunistas, porque coincidía con la consigna soviética de "Unión Nacional".

Para alcanzar este imperioso objetivo, decidí iniciar personalmente las conversaciones con la directiva del Partido Liberal e inclusive con la del Partido Conservador y otras colectividades políticas.

Me dediqué, entonces, con gran optimismo, a esa difícil y laboriosa tarea.

Visité primero, acompañado de Luis Alberto Cuevas, a la Falange Nacional, y fui recibido por su Consejo, a cuyos miembros reiteré mis

agradecimientos por el espontáneo acuerdo de votar por mi candidatura en el Congreso Pleno.

Seguidamente solicité en nombre de la Alianza Democrática, y del mío propio, la colaboración de la Falange en tareas de Gobierno.

Intercambiadas ideas sobre mi solicitud, el Consejo Nacional quedó de estudiarla en su próxima reunión.

En la mañana del día siguiente, procurando ganar tiempo, solicité audiencia a los Partidos Liberal y Conservador, las que me fueron concedidas de inmediato. De esta manera, a las doce horas de ese mismo día fui recibido por la directiva liberal, y a las cuatro de la tarde, por la conservadora.

La reunión con los liberales, que presidía el señor Oscar Urzúa Jaramillo, a la vez de prolongada fue cordialísima. Ocupé gran parte del tiempo agotando toda clase de argumentos para obtener el apoyo de esa colectividad, primero en el Congreso Pleno y después colaborando con sus representantes en el Gabinete de mi Gobierno de Unidad Nacional.

En esta oportunidad fui sometido a numerosas preguntas, que absolví a medida que se me hacían, aclarándolas una a una. De esta manera, la directiva se comprometió a tratar ambas peticiones en la próxima sesión de la Junta.

La entrevista con los dirigentes conservadores, presididos por Joaquín Prieto, fue también cordial y llevada en todo momento con altura de miras, pero no encontré ni de parte de Prieto ni de los otros miembros la menor posibilidad de reconocer mi triunfo y, mucho menos, colaborar dentro de un Gobierno Nacional.

Fundaban tan profunda negativa en la lealtad que yo guardaba al Partido Comunista, al llevarlo al Gobierno.

Así lo confirma la carta de uno de los testigos presenciales de dicha entrevista, Sergio Fernández Larraín,(1) que en el párrafo cuarto dice:

Como usted insistiera en sus puntos de vista, nosotros le reiteramos que estaríamos dispuestos a modificar nuestra posición y darle nuestros votos

(1)El texto completo de la carta del señor Fernández aparece en el Apéndice de estas Memorias.

en el Congreso, con la única condición de que usted nos asegurara que el Partido Comunista quedaría *marginado de toda actividad en su Gobierno*. A nuestro requerimiento, usted nos manifestó que sentía verdaderamente no contar con el valioso apoyo del Partido Conservador, que respetaba nuestros planteamientos, pero que al mismo tiempo pedía comprensión para los suyos, ya que habiendo alcanzado la primera mayoría con los votos del Partido Comunista, se sentía *obligado moralmente* a darles al menos una oportunidad de leal y patriótica colaboración en su Gobierno, integrándolos para tal motivo a su Gabinete.

Del resultado de las entrevistas con la Falange, los liberales y los conservadores, di cuenta detallada a la directiva radical, a la Alianza Democrática y al Partido Comunista.

Fui recibido por los miembros de la Comisión Política de esta última colectividad, entre los que se encontraban Ricardo Fonseca, Humberto Abarca y César Godoy.

El inquieto e intransigente Godoy, a quien conocía desde cuando éste era un furioso anticomunista, demostró cierto recelo, del cual no participaban Fonseca y Abarca, partidarios del Gobierno Nacional.

En círculos parlamentarios y políticos, tales contactos directos con mis adversarios de ayer constituyeron el comentario obligado. En la izquierda se recibió favorablemente esta iniciativa de "tomar el toro por las astas", al enfrentar personalmente y sin intermediarios a los jefes liberales y conservadores, solicitándoles su apoyo.

Con la respuesta negativa del Partido Conservador, toda la expectación nacional se concentraba en lo que la Junta Liberal resolviera.

Mientras tanto, los comunistas recibían una comunicación oficial mía, en la que los invitaba a participar en las labores del Gobierno con representación de Ministros.

Reunida la Conferencia Nacional del Partido Comunista —como organismo máximo—, resolvió que la colectividad participara en el futuro Ministerio y facultó a la Comisión Política para hacer efectiva esta resolución.

Duro e inesperado golpe

A menos de ocho días de la elección de Presidente por el Parlamento, la Junta Liberal, en su sesión del 15 de octubre, rechazó el apoyo que les había solicitado para que sus parlamentarios me dieran sus votos en el Congreso Pleno, que debía celebrarse el 24 de octubre.

El rechazo se produjo al aprobarse la moción del senador Gustavo Rivera, que implicaba la negativa para mi petición. El resultado de la votación fue de 15 votos en contra, 5 acogiéndola y 1 abstención.

Los 5 votos en contra del rechazo fueron emitidos por Manuel Bulnes, José Maza, Pedro Opazo Cousiño, Rafael Vives y Carlos Villarroel. Don Arturo no votó, porque no era miembro de la Junta.

Adoptada esta resolución, los señores Manuel Bulnes y Marín Correa, en sus calidades de vicepresidente y secretario general del Partido Liberal, concurrieron al CEN para comunicarme personalmente lo acordado. Eran las 23 horas.

Duro e inesperado golpe, que echaba por tierra todos mis esfuerzos para alcanzar la unidad nacional y evitar al país el drama de un posible enfrentamiento fratricida.

Decepcionado, pero no vencido, y con serena determinación ante la tremenda responsabilidad de defender el triunfo, esa misma noche convoqué al CEN para acordar las medidas de urgencia que tenía en mente adoptar...

Invitación especial al Partido Socialista

Al Partido Socialista Unificado, que presidía Raúl Ampuero, envié un emisario personal. Fue mi secretario privado, Carlos Diemer, con el encargo de entregar y hacer leer en el Congreso Socialista, reunido entonces en Concepción, mi invitación especial para que aceptaran participar en mi Gobierno.(1)

Al día siguiente, el nuevo Comité Central socialista, recién elegido en el Congreso que se acababa de verificar en Concepción, me hizo una visita oficial para agradecerme las expresiones de la carta enviada a

(1) La carta invitación al Partido Socialista aparece en el Apéndice de estas Memorias.

dicho Congreso y comunicarme los acuerdos de éste frente a la invitación para participar en el Gobierno.

Concurrieron a mi casa los dirigentes socialistas Raúl Ampuero, Isidoro Godoy, Eugenio González, Oscar Waiss, Mario Garay, Manuel Mandujano, Eduardo Osorio y Ramón Sepúlveda Leal, y la entrevista fue sumamente cordial.

Luego Ampuero me comunicó la decisión de apoyarme con los votos de los parlamentarios socialistas y de prestarme cooperación en mi Gobierno, *sin participar en él con Ministros*.

Les agradecí la visita y les manifesté lo mucho que lamentaba el no poder contar con miembros de su colectividad como Ministros en mi primer Gabinete. En forma especial les reconocí el alto valor moral que significaba el acuerdo de apoyarme con los votos de sus parlamentarios.

Sesión secreta del CEN

En un ambiente de gran tensión, los miembros del CEN apreciaron con unánime criterio que el momento político era de extrema gravedad, pues no ofrecía alternativas, lo que significaba un camino directo al enfrentamiento extraconstitucional.

Con el acuerdo liberal diríase que se estaba abriendo la ruta para ese inevitable fin.

Envalentonado por el espaldarazo liberal, Cruz Coke lanzó un nuevo desafío para reiterar "que él no podía abandonar y menos eludir su elección en el Congreso".

Según mis apuntes de la época, que hoy revelo en estas Memorias, logré la unanimidad del CEN para poner en inmediata ejecución mi plan de defensa. Consistía éste en la toma total del Gobierno en nuestras manos y el retiro obligado del señor Duhalde, designándose Vicepresidente de la República a un político de nuestra absoluta confianza.

Además debía convocarse al pueblo a un paro general, seguido de una concentración de masas en la Plaza Bulnes, el jueves 24 de octubre, fecha en que iba a reunirse el Congreso Pleno para ratificar o desconocer mi triunfo en las urnas.

Esa misma noche dispuse las medidas pertinentes, y celebré reuniones privadas y sucesivas con el Ministro de Defensa, General Arnaldo Carrasco; el Ministro del Interior, Juan A. Iribarren; el Canciller, Joa-

quín Fernández, y el General Director de Carabineros, Eduardo Maldonado. Todo esto con el fin de que le representaran al señor Duhalde la conveniencia de hacer dejación del cargo, para que los partidos triunfantes pudieran tomar la responsabilidad plena de la defensa de la voluntad popular, y llevar la seguridad a las Fuerzas Armadas de que en estas condiciones no se produciría, como desenlace, una guerra civil.

Cambio del Gobierno

En la reunión del Consejo de Gabinete de las once horas del día siguiente, 18 de octubre, y a sólo seis días de la elección del Congreso Pleno, el señor Duhalde hizo entrega de su cargo, pretextando una enfermedad. Y a las doce juraron como Vicepresidente de la República Juan Antonio Iribarren, mi profesor de Derecho Administrativo y conterráneo, y, como Ministro del Interior, Luis Alberto Cuevas.

En menos de una hora se había consumado el cambio de Gobierno.

Este espectacular y sorpresivo acontecimiento sacudió los ánimos de la opinión pública y de los círculos parlamentarios y políticos.

Fue bien recibido en todos los sectores democráticos, porque estaba destinado a afianzar mi condición de Presidente electo, desconocida y amenazada por los sectores conservadores.

Estos reaccionaron violentamente ante el inesperado golpe que les asestábamos cuando más seguros se sentían del apoyo liberal y, por lo tanto, de obtener la mayoría en el Congreso Pleno.

La Junta Conservadora, en un manifiesto público, en abierta beligerancia, dijo:

El Vicepresidente de la República ha abandonado su cargo, sin justificación alguna, y ha entregado el Gobierno a un bando político que ha venido anunciando movimientos sediciosos para presionar al Congreso.

Se ha designado Ministro del Interior al jefe de la campaña electoral de uno de los candidatos, a raíz de que dicho jefe ha declarado por la prensa que ha llegado el momento de proceder por la fuerza.

El Partido Conservador denuncia ante el país las medidas expresadas como atentatorias a la dignidad y a la independencia del Congreso Nacional.

La verdad es que los cambios realizados produjeron una sensación de alivio en el país y de tranquilidad en las Fuerzas Armadas, a las cuales era urgente presentarles una solución constitucional.

Por otra parte, partidos políticos adversos a mi candidatura, que se habían abstenido de pronunciarse a favor o en contra, tales como los partidos Radical Democrático, Agrario y Demócrata, acordaron reconocer mi mejor derecho a la Presidencia, gesto patriótico que si bien no decidía la mayoría del Congreso, siempre controlada por los liberales, abría a éstos el camino para una patriótica reconsideración.

*Don Arturo me invita a almorzar con un grupo
de dirigentes liberales*

El lunes 21 de octubre, a tres días de la elección, recibí una invitación urgente de Arturo Alessandri para almorzar en su casa, en compañía de los dirigentes liberales y miembros de la Junta Fernando Alessandri, Víctor Santa Cruz, Ladislao Errázuriz, Humberto Yáñez Velasco, Aníbal Matte, Pablo Aldunate y Hugo Zepeda.

La charla se prolongó hasta cerca de las cinco de la tarde, lo que permitió, en cordial y franco diálogo, predisponer la buena voluntad de este grupo destacado de liberales para que, en la Junta Liberal, que debía reunirse minutos más tarde con el fin de tomar una resolución definitiva, votaran por apoyarme en el Congreso Pleno.

Las dos intransigentes posiciones en que basé la concepción futura de mi programa fueron:

1.º Gobierno Nacional, para conjurar la crisis política y financiera, con la incorporación del Partido Liberal a mi Gabinete, como también la del Conservador, si éste reconsideraba su negativa.

2.º Que un deber de elemental lealtad al Partido Comunista, que había prestado decisivo apoyo a mi candidatura, me obligaba a rechazar toda sugerencia de apoyo a base de su eliminación del Gobierno.

Sorpresivo acuerdo liberal

A las diecisiete horas se reunió la Junta Liberal, presidida por Oscar Urzúa, con asistencia de casi la totalidad de sus miembros.

Eduardo Alessandri, ausente en el extranjero, envió un cable en que adhirió a mi candidatura.

La Comisión designada sometió a la consideración de la Junta un voto, que en su parte final decía:

5.º Que en estas condiciones, altas razones de interés público imponen al Partido Liberal el deber patriótico de prestigiar con una mayoría de votos la elección de don Gabriel González Videla por el Congreso Pleno y de exteriorizar la satisfacción con que ve sus propósitos de constituir un Gobierno Nacional, que respetando nuestros principios fundamentales permita dar satisfacción rápida a los graves problemas de la hora presente.

La Junta Ejecutiva acuerda: recomendar a sus parlamentarios que voten por don Gabriel González Videla en la elección de Presidente de la República que debe hacer el Congreso Pleno el 24 de octubre actual.

Recogida la votación, arrojó 24 votos por la aprobación y uno por la negativa.

Concurro a la Junta Liberal para agradecer su apoyo

Cuando don Arturo me anunció telefónicamente el acuerdo, le manifesté mis deseos de concurrir personalmente a la Junta para agradecer tan trascendental resolución.

Llegué al local del partido en compañía del presidente radical, Alfredo Rosende, y fui objeto de grandes manifestaciones de simpatía por la concurrencia, que desbordaba los patios y corredores de la casa liberal, especialmente por la juventud.

Incorporado a la sesión de la Junta, se ofreció la palabra al señor Rosende, quien dijo que estaba autorizado por el CEN para agradecer en todo su valer la resolución de apoyo del liberalismo.

Agregó que los radicales no tenían el propósito de pedir que el Partido Liberal sacrificara sus ideales doctrinarios, como tampoco aceptarían ellos renunciar a los suyos, pero estaba convencido de que en los graves momentos por los que atravesaba el país no sería difícil encontrar una ecuación de Gobierno que, sin herir ideologías determinadas, sirviese para realizar un programa progresista que correspondiera al interés nacional.

Las palabras de Rosende fueron largamente aplaudidas.

Mi improvisación

Empecé por agradecer el patriótico y desinteresado acuerdo que acababa de tomar el Partido Liberal, de apoyarme con los votos de sus parlamentarios en el Congreso Pleno, pues comprendía que esto le daba realce y autoridad especial al acto de mi proclamación constitucional, apoyo que iba a ser concedido por un partido poderoso y respetable de nuestra ciudadanía.

Textualmente dije:

Siempre creí que en el libre juego de una democracia debía existir la separación entre las fuerzas de Gobierno y las de oposición. Pero las actuales circunstancias políticas, sociales y económicas por las que atraviesa la República son de tal gravedad, que el país no podría resistir esa pugna partidista sin que previamente se solucione, con patriotismo y espíritu de sacrificio, el pavoroso problema de la inflación, que día a día lleva la desesperanza a los conciudadanos que viven de un sueldo y de un salario.

Estas razones me han convencido de que no existe otra fórmula para salvar la Nación del caos partidista y económico que la organización de un Gobierno Nacional.

Terminé solicitando la más absoluta confianza en mi gestión gubernativa, que "estaría exclusivamente destinada a servir a Chile y a elevar nuestra atrasada economía y transformarla de semicolonial en una nueva e industrializada a través del acero, la electricidad, el petróleo y las refinerías del cobre".

Largos y cálidos aplausos premiaron mis improvisadas palabras.

El acuerdo deshiela la tensión en las Fuerzas Armadas

Con el pronunciamiento liberal, mi elección contaría con una inmensa mayoría de votos en el Congreso Pleno.

En gran parte corresponde el éxito de haber encontrado una salida constitucional a la inminente amenaza de una guerra civil al ex Mandatario Arturo Alessandri, quien desde un principio fue el más firme

impulsor de que se respetara mi triunfo y se apoyara mi gestión gubernativa con representantes liberales en el Gabinete.

El Ministro de Defensa, General Arnaldo Carrasco, fue el primero en visitarme al día siguiente para comunicarme que esta patriótica solución había desvanecido el peligroso ambiente de tensión que existía en las Fuerzas Armadas, ya que ponía término a una explosiva crisis institucional de incalculables consecuencias para la estabilidad de la República.

—En los cuarteles —agregó el General Carrasco— reina hoy la más absoluta tranquilidad y confianza en el Gobierno.

Devuelta la normalidad a los espíritus, mi primera medida fue la de pedir la suspensión del paro general, en la siguiente declaración:

Llamado a los gremios organizados

Todos los partidos políticos, con la única excepción del Conservador, han acordado dar su apoyo a mi elección como Presidente de la República en el acto que deberá realizar el Congreso Pleno el jueves próximo.

El acuerdo de estas colectividades políticas significa que más de los dos tercios de los parlamentarios me investirán como Primer Mandatario de la Nación.

Producida la presente circunstancia, que asegura la ratificación amplia de la voluntad popular expresada en las urnas, y con el propósito de que la reunión del Congreso Pleno se vea rodeada de aquellas condiciones que sinteticen el libre juego de una efectiva democracia, hago un llamado a la Alianza Democrática, a la Confederación de Trabajadores de Chile y a los gremios organizados de todo el país, para que el paro nacional de actividades acordado para el próximo jueves se suspenda y se transforme en la natural manifestación de júbilo que con justicia producirá en toda la ciudadanía el resultado previsto del acto constitucional que se efectuará ese día.

EL CONGRESO NACIONAL
ACATA LA VOLUNTAD POPULAR

El jueves 24 de octubre de 1946, el Salón de Honor del Congreso Nacional fue escenario de un histórico acto. Según cuenta la crónica, el viejo "León", en su carácter de Presidente del Senado, fue aplaudido con fervor al tomar asiento en la tarima oficial.

Las tribunas estaban ocupadas por casi todos los Embajadores y miembros del Cuerpo Diplomático, que querían ser testigos oculares del desenlace de la reñida y apasionada lucha que resolverían los votos del Congreso Pleno, impasse que pareció en un momento no tener salida democrática, pronosticándose los más negros augurios.

Abierta la sesión, en medio de un silencio expectante, el Secretario del Senado, Fernando Altamirano, leyó en voz alta el oficio del Tribuna Calificador que daba a conocer al Congreso los resultados definitivos de los escrutinios presidenciales.

A continuación, el señor Alessandri anunció que, de acuerdo con lo dispuesto en la Constitución Política del Estado, se procedería a elegir entre los dos candidatos que habían obtenido la más alta votación.

Se inició el recuento de votos por orden alfabético de los senadores, que demoró ocho minutos, y enseguida se hizo con los diputados.

A las diecisiete horas, el señor Alessandri declaró terminada la votación.

El señor Altamirano declaró luego que habían sufragado 185 parlamentarios, los que correspondían a 41 senadores y 144 diputados.

Se levantó entonces el Presidente de la Corporación y, en voz alta, en medio de un espectacular silencio y ante la emoción contenida de todos los concurrentes, empezó a efectuar el escrutinio, leyendo cada voto que era retirado de las urnas.



Con don Arturo Alessandri en los momentos en que éste me comunica el resultado de la elección en el Congreso Pleno.

A los pocos minutos se proclamó el resultado:

Gabriel González Videla	138 votos
Eduardo Cruz Coke	46 votos
En blanco	1 voto

Junto con anunciar la votación, el Presidente del Senado, a las 17.10 horas, dijo con voz emocionada:

—En conformidad al artículo 64 de la Constitución Política del Estado, proclamo como Presidente de la República, para el período comprendido entre el 3 de noviembre de 1946 y el 3 de noviembre de 1952, al ciudadano don Gabriel González Videla.

Ovaciones clamorosas atronaron el recinto del Salón de Honor, las que salían tanto de las bancas parlamentarias como de las tribunas y galerías.

Luego la concurrencia se puso de pie y entonó las estrofas de nuestro Himno Nacional, que irrumpió potente de las gargantas de centenares de chilenos que acababan de escribir una ejemplar página de civismo y democracia en América.

Al terminar el Himno Patrio, el señor Alessandri declaró cerrada la sesión.

Don Arturo, después de la ceremonia, se trasladó a mi domicilio para comunicarme el resultado, y en medio de efusivos y apretados abrazos, le expresé mi gratitud y la de los míos por la generosa y decisiva ayuda que me prestara desde un principio.

Me hizo entrega entonces del oficio por el cual se comunicaba mi proclamación y que, para los Presidentes de la República, constituye la Fe de Bautismo del Mando Supremo.

El oficio decía así:

Santiago, 24 de octubre de 1946.

A S. E. *el Presidente Electo de la República*, don Gabriel González Videla.

En cumplimiento con lo dispuesto en el artículo 64 de la Constitución Política del Estado, el Congreso Nacional, en sesión plenaria en el día de hoy, tomó conocimiento del escrutinio general practicado por el Tribunal Calificador de la elección extraordinaria, verificada el 4 de septiembre último, y, atendido su resultado, procedió a elegir Presidente de la República, de acuerdo con lo que establecen la disposición ya señalada y el artículo 65 de la misma Carta. La elección recayó en la persona de V.E.

En estas condiciones, el Congreso Pleno proclamó a V.E. Presidente de la República por el período constitucional que se inicia el 3 de noviembre próximo.

Lo que tengo el honor de comunicar a V.E.

(Fdos.) ARTURO ALESSANDRI. FERNANDO ALTAMIRANO.

En la histórica jornada, los 138 votos que ratificaron mi triunfo fueron emitidos por los parlamentarios radicales, comunistas, liberales, socialistas auténticos, socialistas de Ibáñez, radicales democráticos, agrarios y Falange Nacional.

Los 46 votos del señor Cruz Coke corresponden a los conservadores, y el voto en blanco no se identificó.

Me visita Cruz Coke

A las diecinueve horas llegó hasta mi departamento de Teatinos 20 el ex candidato del Partido Conservador, señor Eduardo Cruz Coke, con objeto de presentarme sus saludos y el reconocimiento del triunfo.

“Os abrazo como Presidente de Chile, y deseo que vuestra futura gestión sea un completo éxito”, fueron las palabras de mi ex contendor, a quien, junto con agradecer sus saludos, reiteré la invitación para colaborar con mi futuro Gobierno, con el fin de impulsar unidos el progreso de nuestra Patria.

Recibo la visita del Vicepresidente y su Gabinete

A continuación recibí la visita del Vicepresidente, Juan A. Iribarren, y todo su Gabinete, a quienes saludé efusivamente, reconocido por las garantías otorgadas en resguardo de mis derechos de Presidente electo.

Al dirigirme al General Carrasco, Ministro de Defensa, le dije:

—General, al estrecharlo en este abrazo, lo hago extensivo a todos los miembros de las Fuerzas Armadas, que han dado ejemplo de civismo y disciplina en el peligroso trance por el cual hemos atravesado.

El homenaje popular

Un mar humano, mientras tanto, había invadido la plazuela norte de la Plaza Bulnes, a la cual daba mi departamento, que se hizo naturalmente estrecho para recibir a Embajadores, altas personalidades y dirigentes políticos.

A las veinte horas me dirigí a pie a la Plaza Bulnes para asistir a una gigantesca manifestación en homenaje al nuevo Presidente de la República, donde fui objeto de las más cálidas y delirantes ovaciones que jamás haya recibido en mi vida, de una jubilosa muchedumbre que



Dos aspectos de la grandiosa manifestación en que se aclama al nuevo Mandatario.

vitoreaba mi nombre en medio de cantos y consignas llenos de fervor y alegría.

Luego se anunció que haría uso de la palabra, y al aparecer en la tribuna, se repitió la prolongada ovación, que esta vez fue seguida de gritos y consignas, mientras los pañuelos se agitaban sobre las cabezas de los manifestantes, que entonaban el Himno Nacional.

En mi improvisación expresé mis agradecimientos al pueblo por su fe en los destinos democráticos, por su abnegación y sacrificios, que jamás olvidaría, y terminé diciéndole:

Mi eterna gratitud para los partidos políticos que me acompañaron, unos en la jornada electoral misma y otros en el Congreso Pleno.

No es hora de recriminaciones ni de persecuciones.

Es hora de grave meditación en el porvenir de Chile, y sobre todo de la más grande comprensión.

He pedido a todos los sectores democráticos y progresistas de mi Patria que me acompañen en la tarea de gobernar.

Una vez más los llamo.

Declaro que las puertas del Gobierno están abiertas para todos los que quieren nuestra grandeza y bienestar; combatir la miseria, detener la inflación y hacer los cambios económicos que necesita el país a través de su industrialización.

Estoy dispuesto a hacer los mayores sacrificios para servir a la Nación.

No turba mi espíritu ningún pensamiento pequeño.

Pido que los actos de mi Gobierno sean juzgados con lealtad y sin felonías.

Quiero decirles a las clases trabajadoras, a los obreros y empleados, a la siempre preterida clase media, que no daremos un paso atrás en las conquistas sociales y trabajaremos sin descanso por una mejor justicia social. Nadie será atropellado en sus derechos, pero seré inflexible contra el que atente contra la soberanía del Estado, contra la estabilidad de nuestra democracia y las garantías y libertades públicas de nuestros ciudadanos.

Me dirijo al país entero, pidiéndole confianza en mi Gobierno. Sólo unidos en el trabajo, en el pensamiento y en la acción venceremos a la miseria, al atraso y al derrotismo que corroe el alma de nuestro pueblo.

Una frenética aclamación estalló en la abigarrada multitud, ebria de júbilo, cuando terminé de hablar, mientras una avalancha de hombres y mujeres presionaba por acercarse al estrado para abrazarme.

No fue fácil para los organizadores del acto y Carabineros lograr mi movilización hasta el departamento, que estaba prácticamente bloqueado.

ORGANIZACION DE MI PRIMER
GABINETE MINISTERIAL

En la madrugada del 31 de octubre logré dejar estructurado mi primer Ministerio, con una clara y definida tendencia de unidad nacional, y por primera vez en Chile, con la incorporación en masa de elementos jóvenes, seleccionados entre los de mayor talento, preparación y aptitudes de mando del ambiente político.

En el Partido Radical entregué a los destacados parlamentarios Raúl Juliet, Luis Bossay y Alejandro Ríos Valdivia, que apenas habían cumplido los treinta años, los Ministerios de Relaciones Exteriores, Trabajo y Educación, respectivamente.

La Cartera del Interior la puse en manos del forjador de la *Victoria*, Luis Alberto Cuevas, que tampoco había traspasado los cuarenta.

En el Partido Liberal designé al líder de la Juventud, Manuel Bulnes, para la delicada responsabilidad de manejar el Ministerio de Defensa, y en el Partido Comunista, a dos jóvenes totalmente desconocidos en el ambiente político: Víctor Contreras, obrero del salitre, y al agrónomo Miguel Concha, que años después se desilusionó del comunismo y fue expulsado del partido. A éstos les di los Ministerios de Tierras y Colonización y Agricultura, respectivamente.

En suma, una transfusión de savia renovadora para un Gobierno presidido por uno de los Mandatarios más jóvenes de Chile y el cual habría de enfrentar la dura tarea de la reconstrucción del país: realizar la revolución industrial y salir vencedor en su lucha contra la miseria, todo con mentalidad y procedimientos también renovados, modernos.

El resto de los Ministerios lo ocuparon el independiente Roberto Wachholtz, en Hacienda y Economía, unidos; Fernando Claro, liberal, en Salubridad; Guillermo Correa Fuenzalida, liberal, en Justicia, y Carlos Contreras Labarca, comunista, en Obras Públicas.

Respecto a este último, me costó enorme trabajo obtener del Comité Central del Partido Comunista se le diera el "pase" respectivo, debido a que entonces ocupaba el cargo de secretario general del partido.

De mi parte existía especial interés de contar con Carlos Contreras en el Ministerio, por tratarse del único comunista con quien me ligaba una vieja relación, desde cuando éramos compañeros de curso y estudiábamos Leyes.

Ministro Secretario de Gobierno fue designado también otro joven: el brillante periodista Darío Poblete, bajo cuya hábil dirección se realizó la propaganda de toda la campaña.

En consecuencia, el Gabinete con que me presenté al país estaba compuesto de 4 radicales, 3 comunistas, 3 liberales y un independiente.

Por primera vez en los anales políticos de América, los comunistas llegaban al Gobierno en compañía de dos partidos de extracción netamente democrática.

Fue la fórmula ideada y defendida por mí, después de haber fracasado en mis gestiones para obtener la entrada de los socialistas y la de los conservadores, cuyo programa social tenía mucha afinidad con el mío.

En todo caso, el cartel ministerial daba la sensación de un Gobierno Nacional, donde estaban representadas todas las fuerzas vivas del país: la clase de los empresarios, con el Partido Liberal; la clase obrera, con el Partido Comunista, y la clase media y de los profesionales, con el Partido Radical.

Teóricamente, la combinación parecía perfecta.

Sin embargo, la excesiva lealtad para con el Partido Comunista, que demostrara llevándolos al Poder, y luchando después por mantenerlos en el Gobierno —gesto que, prudentemente, habían evitado mis predecesores, Pedro Aguirre y Juan A. Ríos, que también contaron con el apoyo de ese partido—, me costó graves dificultades, hasta virulentos ataques de un propio partido de izquierda, como el Partido Socialista.

Instalados en el Gobierno, y abusando de mi ciega fe en ellos, no supieron responder a mi confianza y empezaron su obra de zapa para fortalecerse en sus bastiones del carbón, del salitre, del cobre, desde donde, con la mayor audacia y deslealtad, enfrentaron mi autoridad de Jefe de Estado, fracasados sus temerarios planes de emplearme como “el tonto útil” en el nuevo viraje internacional del amo de Moscú: Stalin, con su “Guerra Fría”.

Octava Parte

LA PRESIDENCIA DE
LA REPUBLICA
(1946 - 1952)

Capítulo I

TRASMISION DEL MANDO

El domingo 3 de noviembre del año 1946, a las dos y media de la tarde, se llevó a efecto en el Congreso Nacional, con la solemnidad exigida por el protocolo del Parlamento, la Trasmisión del Mando, que recibí de manos del Vicepresidente de la República, Juan Antonio Iribarren.

El Salón de Honor ofrecía un golpe de vista imponente, con las tenidas de gala de las Misiones especiales, encabezadas por los Vicepresidentes de las Repúblicas de Brasil, Argentina y del Perú; por el Comandante en Jefe de la Escuadra del Pacífico de los Estados Unidos, mi amigo el Almirante Leahy; por representantes diplomáticos acreditados, por los altos Jefes de las Fuerzas Armadas, con sus vistosos

El Presidente del Senado, don Arturo Alessandri Palma, me toma el juramento constitucional. A mi izquierda, el Vicepresidente en ejercicio, don Juan Antonio Iribarren.





Investido de Presidente, tomo juramento a los Ministros.

uniformes de gran gala; por los altos dignatarios de la Iglesia; por los miembros del Parlamento y la administración pública.

En una tribuna reservada se dio ubicación a mi madre y a mis hermanas Teresa y Josefina, que viajaron expresamente de La Serena, y en otra, a Miti, con mis hijas Sylvia y Rosita, que era acompañada por su marido, José Claro.

La ceremonia fue breve, sujetándose estrictamente a las normas del protocolo.

Correspondió al Presidente del Senado, Arturo Alessandri Palma, tomarme el juramento constitucional, al que respondí, presa de una gran emoción, con un sonoro "Sí, juro".

A continuación, ya en mi caracter de Primer Mandatario, tomé juramento al Ministro del Interior, Luis Alberto Cuevas; y, después, en conjunto, al resto de los Ministros.

Entonces, el Vicepresidente saliente se despojó de la banda presidencial y de la joya en forma de estrella empleada como símbolo del Mando por O'Higgins, llamada por eso "Piocha de O'Higgins", y que habían heredado sin interrupción todos los Presidentes de Chile, y la depositó en manos del Presidente del Senado. Este procedió, entonces, a terciar la banda en mi pecho, y desde ese instante quedé ungido Presidente en ejercicio de la República de Chile.

Luego, en sendos y estrechos abrazos, recibí las congratulaciones de don Arturo Alessandri Palma y del señor Juan A. Iribarren, mientras los asistentes irrumpían, de pie, en una ovación cerrada que fue transformándose en grandes aclamaciones cuando salía del Salón de Honor, una vez terminada la ceremonia. Esta había durado, exactamente, once minutos.

Al aparecer en el pórtico del Congreso que da hacia la calle Catedral y al subir a la primera carroza, acompañado por el Ministro del Interior, don Luis A. Cuevas; el Ministro Secretario General de Gobierno, don Darío Poblete, y el Edecán Naval, Capitán de Fragata don Rafael Calderón, fui delirantemente aclamado con ¡vivas! y gritos de la muchedumbre congregada en las calles, hasta llegar al Palacio de la Moneda. En realidad, el recorrido fue triunfal, y el griterío del entusiasmo público era tan ensordecedor, que impedía escuchar el Himno Nacional tocado por todas las bandas de los regimientos apostados en el trayecto.

A las dieciséis horas hice mi entrada a la casa de los Presidentes de Chile, que habité, sin interrupción, los seis años de mi Gobierno y desde donde también dos malogrados Presidentes radicales gobernaron al país sin lograr poner término al período de sus mandatos.

Movido por íntimo sentimiento de solidaridad radical, me trasladé a las tumbas de mis antecesores, don Pedro Aguirre y don Juan A. Ríos, y deposité en ellas sendas ofrendas florales, en tributo de admiración y remembranza.



Al llegar a La Moneda, después de la Transmisión del Mando.

A continuación, acompañado del Ministro señor Cuevas y de don Darío Poblete, me dirigí a los hogares de la señora Juanita de Aguirre Cerda y señora Marta Ide de Ríos, para presentarles mis respetos y saludos oficiales. Ambas damas agradecieron mi atención y el homenaje que había rendido a sus esclarecidos esposos.

*Amigos brasileños viajan desde Río de Janeiro
para congratularme*

Al regreso de estas visitas, me encontré en mi departamento con una agradable sorpresa: me esperaba un grupo de personalidades brasileñas, de mi más estrecha amistad, llegadas en un avión especial ese mismo día, para congratularme y asistir a las ceremonias de la Trasmisión del Mando, porque, según ellos, no deseaban otra cosa que verme con la banda presidencial terciada al pecho.

Apenas franqueamos con Miti los umbrales del living, se abalanzaron para abrazarnos, dominados por ese eufórico entusiasmo que caracteriza la seductora personalidad del carioca, y durante largos minutos Miti y yo pasamos de unos afectuosos brazos a otros mientras sonoros besos se sucedían de mejilla en mejilla.

En un grupo numeroso de predilectos amigos de nuestra intimidad, de los más variados círculos sociales, financieros, intelectuales, políticos y periodísticos de Río de Janeiro, entre los cuales recuerdo a Bento Ribeira, presidente de la empresa aérea "Cruzeiro do Sul", y Eudocia, su rubia y bella esposa; Arturo Bernardes Filho, eminente senador por el Estado de Minas Gerais, e hijo del ilustre Presidente de la República Arturo Bernardes; Antonio Leyte García, hombre de empresa, que sentía por Chile tal afecto y admiración, que me llamaba su "irmão" (1) y me pidió ser designado Cónsul ad-honorem en Río de Janeiro, cargo que desempeñó con el mayor brillo y desprendimiento, y Celita, su encantadora esposa, que nos colmó con sus delicadas atenciones en "Samambaia", casa de campo en Petrópolis, declarada monumento nacional por el Gobierno de Brasil; José Williamsen, joven director de la Bolsa de Comercio de Río, y Helló, su elegante compañera; João Borges, presidente de las más tradicionales instituciones de Beneficencia y de las dedicadas a los deportes hípicas, y Helena, su distinguida consorte; José Cortés, descendiente de antiguas familias portuguesas, y Nieta, su atrayente compañera; Cecil Hime, joven industrial de éxito, y Jenny, su esposa, mimada en todos los ambientes sociales de Río; Vicente Galliez, abogado de gran fama y éxito profesional, y Leda, su atrayente señora;

(1) *Irmão*: hermano, en portugués.

César Proença y su culta compañera, Lucía de Faria, hija del gran escritor Alberto de Faria, que reivindicó la gloria ignorada del Vizconde de Maua, impulsor del progreso del Brasil en el siglo pasado; Herbet Mosses, el gran escritor y periodista, presidente vitalicio de la prensa organizada de esa nación; y muchos otros, que seguramente omito en estas páginas, y desde ellas les expreso mis excusas más rendidas.

Sírvame de justificación la fragilidad de la memoria, que el tiempo se encarga de agravar, después de veintinueve años de ocurridos los hechos que relato.

Luego de recordar años vividos en la *cidade maravilhosa*, les invitamos a comer en La Moneda y a asistir al baile oficial, que se efectuaría en el Palacio, en honor de las Misiones extranjeras.

No sería sincero si no manifestara que esa noche disfruté intensamente del placer de bailar mi danza favorita, el "samba", con tan refinadas maestras y expresivas intérpretes de la arrebatadora cadencia del folklore del Brasil.

*La Cámara de Diputados del Brasil
me rinde un homenaje*

A la inusitada exteriorización de cariño de mis amigos brasileros, se unió otra de trascendencia nacional, esta vez de parte de la Cámara de Diputados del Brasil, según información cablegráfica de la United Press, publicada en todos los diarios de Santiago:

La Cámara de Diputados aprobó hoy una moción presentada por todos los partidos para rendir un homenaje a González Videla, gran amigo del Brasil, donde durante años ejerció con inigualado brillo el cargo de Embajador.

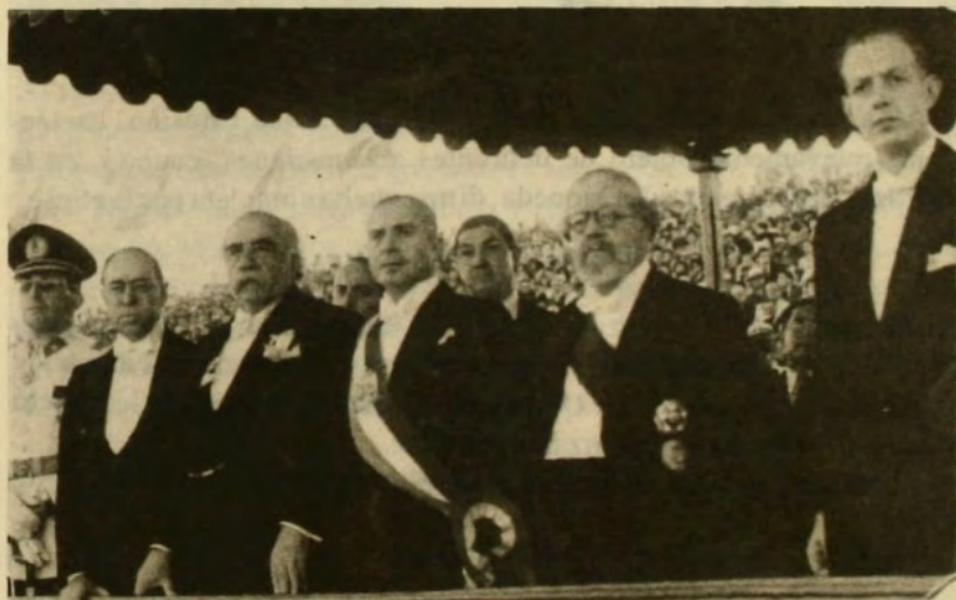
El homenaje se rindió en la sesión del siguiente día.

Las festividades oficiales

La Parada Militar en el Parque Cousiño

Entre los festejos programados para la Trasmisión del Mando, figuraba la Parada Militar, que se realizó con gran brillo y esplendor, no sólo por la gallarda presentación de nuestras Fuerzas Armadas, sino porque en esta ocasión, con la autorización del Congreso, desfilaron tropas del Ejército argentino, los Granaderos de San Martín, como también un destacamento de marinería del acorazado *Wisconsin*, de la Escuadra norteamericana.

Yo aproveché la presencia de los Vicepresidentes del Brasil, Argentina y Perú, señores Nereu Ramos, Quijano y Gálvez, respectivamente, para invitarlos al palco presidencial y junto conmigo revistar las tropas, atención que agradecieron y que el público que nos rodeaba premió con sus aplausos.



Con los Vicepresidentes de las Repúblicas de Argentina, Brasil y Perú, Excmos. señores Quijano, Nereu Ramos y Gálvez, y el Ministro de Defensa, don Manuel Bulnes.



El Embajador ruso y señora corresponden nuestra invitación.

Una inmensa muchedumbre desbordó el Parque Cousiño, haciéndome nuevamente objeto de delirantes aclamaciones, cuando, en la carroza para regresar a La Moneda, di una vuelta completa por la elipse.

Festividades en la noche

En la noche, en las Plazas Bulnes y Libertad se realizaron fiestas populares con la concurrencia de centenares de artistas nacionales y extranjeros, por orden mía. Un grandioso festival artístico se le ofreció al pueblo para que exteriorizara su júbilo.

Idénticos entretenimientos se desarrollaron en todas las ciudades de Chile.

Banquete y baile en La Moneda

En honor de las Misiones extranjeras extraordinarias, venidas de todas partes del mundo, se ofreció un banquete en La Moneda, seguido de un baile de gala.

A esta recepción fueron invitados, además de las Misiones extranjeras, los parlamentarios y representantes de todos los partidos políticos, sin excepción alguna.

Y así se pudo apreciar los comentarios que provocaron la presencia en la "recepción" de La Moneda de los dirigentes comunistas Neruda, Carlos Contreras Labarca, Fonseca, Humberto Abarca, Miguel Concha y muchos otros, que, complacientes, se deslizaban por los salones danzando con "encopetadas" damas de la tan vituperada burguesía.

Sin embargo, contrastaban en medio del brillo de la fiesta las tenidas de calle de los Ministros y dirigentes comunistas, con las espectaculares figuras del apuesto Embajador soviético y su joven y hermosa esposa, vestido él con un suntuoso uniforme cubierto de entorchados de oro, que hacía recordar la época de los zares, y ella con un elegante y escotado traje largo de llamativos colores.

Sin duda, fue la pareja que atrajo más la curiosidad de la concurrencia.

Recepción a 500 dirigentes sindicales

Al día siguiente, 4 de noviembre, recibí en La Moneda a quinientos dirigentes sindicales venidos de todo el país, con quienes sostuve una prolongada charla, oyendo con interés sus problemas; por primera vez ellos pisaban las espesas alfombras y recorrían con cierta timidez los salones de Palacio, que yo había ordenado abrir de par en par, como símbolo de mis deseos de tener un contacto permanente, estrecho y personal con el pueblo, como lo hice a través de las audiencias populares todas las semanas en Santiago, y más tarde, en el carbón, en el salitre, en el cobre y en las visitas anuales a todas las provincias de Chile, de Norte a Sur de la República.

Revisto las Escuadras norteamericana, argentina y chilena.

El día 5, acompañado por los Vicepresidentes de Brasil, Argentina y Perú, me trasladé a Valparaíso con objeto de revistar las Escuadras de Estados Unidos, Argentina y Chile.

Fui recibido con un entusiasmo no presenciado antes en el Puerto. Miles de banderas de todos los países engalanaban las fachadas de los edificios. Las calles, los cerros, estaban repletos de un entusiasta público que quería presenciar el acontecimiento histórico donde un Presidente de Chile revistaría a dos Escuadras extranjeras y recibiría los mismos honores que les rendirían a los Presidentes de Estados Unidos y Argentina, si estuvieran presentes.

Una nota que dio colorido al ambiente fue la aparición, en un día maravilloso de sol, de más de un centenar de botes a motor, a remo y a la vela, de los pescadores, que portaban motes y leyendas de saludos para el Presidente.

Al tomar la lancha para revistar las Escuadras, todos los buques de guerra izaron sus empavesados, mientras atronaban el espacio con las salvas de veintiún cañonazos de ordenanza.

Al pasar frente a cada uno de los barcos, las tripulaciones, formadas en cubierta, con sus gorras blancas en alto, y al unísono, lanzaban "hurra" en honor del Presidente.

Visité primero el acorazado argentino *Moreno*; al subir a bordo, la banda irrumpió con el Himno Nacional, la tripulación presentó armas y los cañones del acorazado hicieron los disparos de saludo.

Momentos más tarde me trasladé al acorazado *Wisconsin*, donde fui recibido con los mismos honores que en el *Moreno* por el Almirante Leahy, enviado especial del Presidente Truman y a quien, como ya lo he referido, me unía una antigua amistad desde cuando ambos desempeñábamos los cargos de Embajadores ante el Mariscal Pétain en Vichy, en plena ocupación alemana.

Fue para mí un gran placer volver a ver a tan distinguido Embajador. El tiempo se nos hizo corto para recordar tantos acontecimientos y saber de otros desconocidos por mí. Quedamos de tener una nueva entrevista, que se llevó a efecto al día siguiente en el Palacio de Viña del Mar.

Por último, me trasladé a bordo del *Almirante Latorre*, y revisté a la marinería, recibiendo los mismos honores y salvas, para bajar luego a la cámara del Comandante, donde fuimos exquisitamente atendidos por la oficialidad.

En la noche, la Municipalidad de Valparaíso me ofreció un banquete

de gala en los salones del Casino de Viña del Mar, que hizo extensivo a los Vicepresidentes Nereu Ramos, Quijano y Gálvez, seguido de un animado baile que duró hasta las primeras horas de la madrugada.

Mi entrevista con el Almirante Leahy

En Viña del Mar recibí en audiencia especial al Almirante Leahy, para continuar nuestra interesante conversación sostenida a bordo del acorazado *Wisconsin* el día en que revisté las Escuadras.

El Almirante, que dominaba correctamente el francés, en amena charla me fue relatando los acontecimientos que se sucedieron en Francia después de mi regreso a Chile hasta la liberación de París y la derrota de Alemania.

Luego, me correspondió informarle sobre la organización de mi Gobierno, y sin que él se refiriera ni directa ni indirectamente a la presencia de comunistas en el Gabinete, le expliqué que el comunismo chileno, como fue el comunismo francés al final de la guerra, estaba en una línea democrática, de unión nacional en política interna y de coexistencia pacífica en lo internacional.

El Almirante, con una reserva desacostumbrada en nuestro cordial e íntimo trato, no hizo comentario alguno, lo que me obligó a preguntarle derechamente por qué no me daba una opinión al respecto.

—Vea, mi querido Presidente —me dijo—; usted me conoce bien, cultivamos una estrecha amistad en esos aciagos días de la guerra y sabe que por sobre mi condición de Plenipotenciario de que vengo investido, soy marino, y, en consecuencia, soy hombre habituado a cumplir estrictamente las órdenes que se me encomiendan. El Presidente Truman me pidió lo representara en la Trasmisión del Mando, porque sabía la amistad que nos unía y, por lo tanto, iba a ser agradable para usted recibir de mis labios los deseos del señor Truman por el éxito de su Gobierno y de su sincero y desinteresado ofrecimiento para cooperar en la tarea en que usted está empeñado para obtener la prosperidad de Chile.

Espontáneamente me levanté de mi asiento para abrazarlo y agradecer sus alentadoras palabras.

Al referirme a los planes de mi Gobierno, le rogué que le explicara al

Presidente Truman que mi atención preferente la pondría en transformar la economía semicolonial en que vivíamos en una altamente industrializada, con la creación de la industria siderúrgica en Concepción, refinerías de petróleo en Magallanes y Valparaíso, refinerías y fundición de cobre en Atacama, electrificación del Norte y Sur del país mediante plantas hidro y termoeléctricas y organización de la industria de la pesca.

El Almirante, sonriente, me estimuló, diciéndome que estaba seguro que, con mi tesón y juventud, alcanzaría la realización de tan trascendental plan y que, desde luego, contara con la buena voluntad del Presidente Truman, para cuyo objeto me pidió un corto memorándum, a fin de ponerlo en sus manos.

Esa misma tarde, mientras el Almirante Leahy almorzaba conmigo y mi familia en el Palacio de Viña, se le redactó en inglés el memorándum solicitado, con referencias a cada una de las industrias que iban a sacar a Chile de su condición de colonia.

No pasaron dos semanas antes que el fino marino y amigo me escribiera desde Washington, y me diese cuenta de que había hecho entrega del memorándum al Presidente Truman, quien lo había encontrado "realista y justo".

SE INICIA MI GOBIERNO

Comienzan las dificultades

La primera dificultad sería la tuve al asumir el Mando cuando los partidos de Gobierno me impusieron de que no se habían podido poner de acuerdo en los nombres para la designación de Intendentes y Gobernadores.

Estos nombramientos, casi siempre políticos, han sido causa de los primeros dolores de cabeza de todos los Presidentes de la República en los inicios de su Mandato.

Lo desagradable para mí fue que este desacuerdo se prolongó durante un mes y siete días, a pesar de mi empeño para obligarlos a buscar una solución, y terminar con la acefalía de las Intendencias y Gobernaciones, servidas por suplentes del régimen anterior.

Por fin, el 10 de diciembre pude designar a los Intendentes, correspondiendo 13 al Partido Radical, 6 al Partido Liberal y 5 al Partido Comunista.

Mi mayor inquietud era que los candidatos propuestos fueran idóneos para el cargo, honorables y que procedieran sin sectarismo alguno.

Sin embargo, me fue imposible conseguir que los comunistas cambiaran su mentalidad totalitaria y no ejercieran una persecución permanente en contra de los obreros socialistas, los cuales se resistían a someterse a sus directivas sindicales, lo que me creaba grandes dificultades.

Primer Consejo de Gabinete

El 8 de noviembre se celebró el primer Consejo de Gabinete, que entró de lleno a estructurar el programa de trabajo inmediato, elaborado para combatir la crisis económica y financiera; y otro, de más vasto alcance, que debía llevar a efecto la industrialización del país.

En el terreno económico-financiero acordaba:

1.º Medidas para el abaratamiento del costo de la vida; supresión de la especulación, acaparamientos y ganancias excesivas.



En mi despacho, frente al retrato de O'Higgins, pintado por Gil de Castro, desaparecido en el incendio de La Moneda del 11 de septiembre de 1973.

2.º Creación del Consejo Nacional de Economía, presidido por el Jefe del Estado y con representación paritaria del capital, el trabajo y el Estado, para organizar y planificar la economía.

3.º Control del crédito bancario para su desplazamiento, hacia la producción agrícola e industrial.

4.º Creación del Banco del Estado, a base de la Caja Nacional de Ahorros, para cuyo efecto se retirarían los fondos fiscales de la banca privada para llevarlos a la Caja.

5.º Proyecto de ley sobre "Delito Económico", incluyendo penas de prisión.

Sobre el Plan de Industrialización del país, se acordó:

a) Construir una industria siderúrgica, levantando altos hornos en San Vicente (Talcahuano), para producir acero y explotar las minas de hierro de "El Tofo" (Comuna de La Serena);

b) Construir plantas termo e hidroeléctricas, a fin de realizar en el Norte, Centro y Sur del país el plan de electrificación;

c) Construir refinerías de petróleo en Magallanes y Valparaíso (Concón);

d) Levantar en Paipote, en la provincia de Atacama, una fundición y refinería de cobre y plantas concentradoras de minerales, en esta misma provincia y en Coquimbo, bajo la dirección de la Caja de Crédito Minero, y

e) Organización definitiva de la industria de la pesca.

El logro de este ambicioso plan, que era lo que el Partido Radical venía propugnando con el lema de "Revolución Industrial", desde los Gobiernos de don Pedro Aguirre y Juan Antonio Ríos, se entregó a la responsabilidad directa de la CORFO, creada para este efecto en el año 1939, por el primero de dichos Mandatarios.

Se acordó, al mismo tiempo, que todos los años se entregarían para su financiamiento los fondos necesarios para su completa y rápida ejecución.

El Consejo de Gabinete resolvió, además, cancelar sesenta comisiones de servicios fiscales y semifiscales que se aprestaban a viajar al extranjero; suprimir por economía setenta plazas de funcionarios diplomáticos, y terminar con Servicios no indispensables.

En cambio, firmé el nombramiento de la primera mujer Embajadora

—tal vez único en la diplomacia de Hispanoamérica—, recayendo este privilegio en Carmen Vial, viuda de Octavio Señoret, nuestro ex Embajador en Gran Bretaña, a quien había secundado brillantemente y que fue destinada a Holanda.

Tratado con Argentina

A una comisión parlamentaria presidida por el senador Jaime Larraín e integrada por los diputados Eduardo Alessandri y Cipriano Pontigo se le encomendó que gestionase en Argentina un Tratado que estableciera sobre sólidas bases el intercambio comercial y obtuviera, al mismo tiempo, correlativas condiciones de ayuda económica, adelantadas en un ofrecimiento del Vicepresidente señor Hortensio Quijano, en nombre del Primer Mandatario trasandino de aquel entonces, don Juan Domingo Perón.

La comisión, tras largas deliberaciones, llegó a un acuerdo con la Casa Rosada, pero el texto del Tratado levantó fuerte resistencia en el Congreso, especialmente entre conservadores y liberales, no obstante que don Arturo Alessandri lo defendió en el Senado con todo interés, prestándole una entusiasta adhesión.

En fin, el Tratado no prosperó, a pesar de mis esfuerzos por obtener su aprobación.

Cambio de directiva del Partido Comunista

La directiva comunista designó secretario general del partido, en reemplazo de Carlos Contreras Labarca, al joven profesor Ricardo Fonseca, discípulo aventajado del que fuera instructor y autoridad del Komintern, el ciudadano peruano Eudocio Ravines, conocido en Chile con el seudónimo de "Jorge Montero", a quien tuve, como lo narrara, el agrado de conocer personalmente y contar con su amistad en aquellos tormentosos días de la elección de don Pedro Aguirre, cuando vino a estructurar el Frente Popular, y que más tarde, asqueado con los crímenes y traiciones de esa secta internacional, hiciera una espectacular y documentada abjuración del comunismo soviético, en su libro *La Gran Estafa*.

Desde el comienzo de nuestros contactos me di cuenta de que el cambio de Carlos Contreras por Fonseca me iba a traer dificultades, por el carácter sibilino, tozudo, arrebatado de éste, en contraste con la personalidad ruda pero franca de su antecesor. No obstante, no podía quejarme del cambio, porque era yo mismo quien lo había provocado al llevarlo al Ministerio. Tuve, sin embargo, desde el principio una intuitiva desconfianza de la manera de actuar políticamente del nuevo secretario general, desconfianza que los hechos demostraron cuán justificada era.

Campaña contra la especulación

La campaña contra la especulación se inició de inmediato, ordenando la clausura de 110 panaderías, por no respetar los precios fijados, al mismo tiempo que decretaba la expulsión del país de acaudalados panaderos extranjeros.

Audiencias populares

A fines de noviembre había siete mil inscritos para las audiencias populares que concedía los miércoles en la tarde, y en las cuales el pueblo personalmente representaba sus problemas al Jefe del Estado. Aunque estas audiencias fueron criticadas por la oposición, porque restaban tiempo al Presidente para dedicarse a los altos problemas nacionales, yo las mantuve, pues ellas me permitían orientarme sobre cuáles eran las más apremiantes necesidades de la gente sin recursos. Efectivamente, comprobé que el ochenta por ciento de los reclamos era por falta de habitación, lo que me movió de inmediato a buscar financiamiento a la Caja de la Habitación y empezar un plan de construcciones; y a Miti, a organizar la Fundación de Viviendas de Emergencia, que prestó gran servicio a la comunidad.

Nuevos mandos en las Fuerzas Armadas

Como era lógico, procedí a designar los nuevos Comandantes en Jefe del Ejército, de la Marina y de la Fuerza Aérea, nombramientos que



Paperchase organizado por la Escuela de Carabineros en nuestro honor.

recayeron, en lo que al Ejército se refería, en la recia figura del General Guillermo Barrios Tirado, de limpio y ejemplar pasado profesional, Jefe que me acompañaría los seis años de mi Gobierno, ocupando la mayor parte de ese tiempo el cargo de Ministro de Defensa Nacional; en la Marina, al Almirante Emilio Daroch, a quien sucedió posteriormente el Almirante Carlos Torres Hevia. Este último se desempeñó con gran acierto, además de sus funciones de Comandante en Jefe de la Marina, como Ministro del Interior, en difíciles momentos; y en la Fuerza Aérea, al General Oscar Herreros, a quien me unía una vieja amistad, desde los tiempos de estudiantes en el Liceo de La Serena; y después, al activo General Aurelio Celedón, ex Agregado a la Embajada de Chile en Brasil, cuando yo desempeñaba el cargo de Embajador en ese país. Como Director de Carabineros designé al General Reinaldo Espinoza, en

reemplazo del General Manuel Maldonado, a quien designé como Embajador en Paraguay, primer nombramiento diplomático recaído en un miembro del Cuerpo de Carabineros desde su fundación.

Primera crisis parcial de Gabinete

El 11 de enero, el Ministro de Hacienda, Economía y Comercio, don Roberto Wachholtz, presentó su renuncia. Se la acepté. Luego, dividí el Ministerio de Hacienda en dos Secretarías de Estado: en ésta y en la de Economía y Comercio; designé en la primera a Germán Picó Cañas, y en la segunda, a Luis Bossay. En reemplazo de Bossay en Trabajo nombré a Juan Pradenas Muñoz, destacado líder demócrata, quien recién regresaba de California, donde era Cónsul.

La elección de Luis Bossay para el Ministerio de Economía y Comercio obedeció a mi propósito de que la directiva de la campaña en contra del alza del costo de la vida fuera encabezada por un mando supremo firme y eficiente. No me equivoqué en esta determinación. Para secundarlo nombré Subsecretario de este Ministerio al joven economista y profesor universitario Alberto Baltra.

La designación de Germán Picó tuvo por objeto entregar la dirección de las finanzas a un joven y emprendedor hombre de empresa, con un cartel de éxito y prestigio.

Picó no defraudó mis esperanzas puestas en él durante el período que estuvo a cargo de las finanzas nacionales.

El Gobierno se instala por ocho días en La Serena

Con objeto de dar una muestra fidedigna de descentralización administrativa, resolví trasladar el Gobierno a provincias, una o dos veces al año.

Con esta finalidad me instalé con el Gabinete en La Serena. El domingo 22 de febrero en dos hidroaviones "Catalina" amaricé en la bahía de Coquimbo acompañado de los Ministros de Hacienda, Defensa, Salubridad, Obras Públicas; del presidente del Partido Liberal, Gustavo Rivera; del secretario general del Partido Comunista, diputado

Ricardo Fonseca; del senador radical Ulises Correa y de los parlamentarios representantes de la zona.

En Coquimbo fui recibido con gran júbilo por sus habitantes y de inmediato asistí a la ceremonia inaugural de la primera piedra de un moderno edificio para el funcionamiento del Instituto Comercial; igualmente, a la iniciación de las obras del puerto de Coquimbo, en el cual se construía un molo de más de trescientos metros.

Esa tarde me dirigí en auto a La Serena, que me recibió en medio de arcos y flores entre una multitud jubilosa, a quien dirigí la palabra desde los balcones de la Intendencia, anunciándoles mi resolución de iniciar un plan piloto de urbanización regional, que abarcaría toda la bahía de Coquimbo, desde La Herradura hasta la Punta de Teatinos. La finalidad de este plan era, además, terminar con los infectos pantanos que se extendían entre La Serena y Coquimbo, y que amenazaban peligrosamente la salud de sus habitantes.

En la noche tuve una comida íntima en casa de mi madre, con asistencia de amigos y familiares, para ser huésped enseguida del Regimiento Arica, ubicado en la principal colina de la ciudad.

Los días posteriores atendí en la Intendencia el despacho habitual que hacía en La Moneda todas las mañanas. Cité luego a un Consejo de Gabinete, con asistencia de todos los Ministros, con excepción del de Interior, el cual había quedado en Santiago.

Desde La Serena me dirigí en autocarril a Ovalle y Elqui, para imponerme de las necesidades de estos departamentos.

Después inauguré la Exposición Agrícola, Minera e Industrial de Peñuelas, en la que pronuncié un discurso en que di cuenta de la labor desarrollada.

LOS SOCIALISTAS LEVANTAN UN
MOVIMIENTO NACIONAL PARA
COMBATIR AL COMUNISMO

El Partido Socialista, dirigido por Raúl Ampuero, en su carácter de secretario general, y con el valioso concurso de Salvador Allende, Aniceto Rodríguez, Astolfo Tapia, Oscar Schnake, Oscar Waiss, Carlos Alberto Martínez, sus dirigentes máximos, y demás miembros del Comité Central, inició un movimiento de opinión que logró arrastrar a todos los partidos opositores.

Con este objeto, realizó el domingo 24 de febrero de 1947 una gran concentración en el Teatro Caupolicán, la que alcanzó éxito resonante e influyó en la derrota del Gobierno en la elección municipal, realizada una semana después.

Sus principales y más aplaudidos oradores fueron: Oscar Schnake, Raúl Ampuero y Aniceto Rodríguez, los cuales, junto con denunciar con pruebas irrefutables los asesinatos y traiciones del Partido Comunista, apenas transcurridos tres meses de Gobierno, responsabilizaron al Jefe del Estado por su "*contemporización con la secta totalitaria*".

Ninguna versión podría ser más auténtica de la actuación de los comunistas durante los tres primeros meses de mi Gobierno, que la reproducción textual, en estas páginas, del relato de la persecución y el terror que los líderes socialistas denunciaron al país en esa solemne reunión.

El acto de masas en el Caupolicán

El secretario regional del Partido Socialista, Aniceto Rodríguez, abrió el mitin, expresando que esa concentración era la más elocuente prueba de que el socialismo vigorizábase como en sus mejores tiempos. El orador se refirió a la labor de los Ministros comunistas, expresando que habían traicionado al pueblo al realizar una política de encarcelamiento de la vida. Criticó la forma como el Partido Comunista, amparado por el Ejecutivo, liquidó el movimiento sindical y anuló el derecho de huelga.

A este respecto, sostuvo que el Partido Socialista estaría siempre al servicio de los movimientos sindicales, para lo cual podía levantar sus manos limpias y no manchadas de sangre como ocurría con los comunistas.

El Secretario General del Comité Central, Raúl Ampuero, dijo textualmente:

“Nosotros sabemos que los Ministros comunistas están llevando a los obreros a su total bancarrota mediante una criminal alza de precios de los artículos de primera necesidad”.

En cuanto a la depuración de los servicios públicos, declaró que ésta era una cobarde persecución política contra los socialistas.

Luego de formular otras consideraciones sobre este asunto, declaró que “los comunistas no tienen ningún deseo de fomentar la industria minera, ya que creen inevitable una tercera guerra mundial. Por eso —agregó— *los comunistas tratan de liquidar la industria extractiva para impedir que pueda ser usada por los enemigos de la Rusia soviética*”.

Condenó en forma enérgica la política de los comunistas, y manifestó que para enfrentarse a esta secta internacional había salido sólo el Partido Socialista, sin contubernios oscuros, en forma limpia e independiente. Esta independencia del socialismo “es la mejor garantía de cómo sabe defender los intereses del pueblo y las libertades públicas”. “No deseamos —dijo— que mañana cinco millones de chilenos tengan que elegir entre una dictadura roja o una de derecha”.

Oscar Schnake, orador de fondo

Oscar Schnake, recién incorporado a la directiva, después de su regreso de Francia, expresó, en una vibrante alocución, que había comprobado cómo, con el pretexto de realizar una depuración administrativa, se estaba echando a la calle a elementos del Partido Socialista, y que en el terreno sindical se estaba efectuando una criminal persecución de parte de los comunistas. “Esto pone en peligro las libertades básicas del régimen democrático, y debemos afrontar a los enemigos con entereza, energía y decisión. La causa de toda esta persecución es sólo una: porque los afectados no son comunistas.” (Hubo grandes aplausos en la sala y gritos contra los comunistas.)

Más adelante agregó que era tenaz, odiosa y criminal la campaña que realizaban los comunistas en el campo sindical. Manifestó también que la libertad sindical no sólo se ponía en peligro con la destrucción de los sindicatos, sino con las persecuciones criminales que los comunistas realizaban dentro de esos organismos en contra de los socialistas.

“En tales condiciones —dijo—, el fomento de la producción resulta ilusorio, ya que los obreros no sólo deben vivir preocupados de su trabajo, sino que están siempre alerta para no recibir de los comunistas la puñalada por la espalda.”

Posteriormente declaró que *“el hecho de que un partido político haya triunfado, no le da derecho para disponer de la administración pública a su antojo, perseguir a sus enemigos políticos y convertir a las instituciones del Estado en feudos. En esta forma se está encendiendo la antorcha de la guerra civil que puede extenderse a toda la República”*.

“Todo Chile acompañará al Partido Socialista para gritar: Basta con esta criminal actitud de los comunistas.” *“No es suficiente el fervor socialista para contener a esta secta internacional, y es necesario recurrir a todos los medios, a fin de orientar a la opinión pública de Chile hacia una política de enérgica defensa”*.

Terminó expresando que el Presidente de la República no podía eludir su responsabilidad ante los graves hechos a que se estaba refiriendo, y que si el Excmo. señor Gabriel González Videla *no se sacudía de las exigencias de los comunistas* y de su actual estado de ánimo, el Partido Socialista y la opinión pública tenían perfecto derecho a decirle que era el *Perseguidor Número Uno*. Asimismo, sostuvo que el Primer Mandatario debía ser el *Gobernante de todos los chilenos y no sólo de los comunistas*.

Al terminar su vibrante improvisación, Schnake Vergara recibió una apoteósica ovación.

Actitud imprudente

Yo me encontraba en La Serena, donde había instalado el Gobierno por diez días, cuando me impuse por la prensa que la ofensiva socialista, con miras a ganar las elecciones municipales, fijadas para el 3 de abril,

era cada vez más vigorosa y ganaba terreno con la bandera desplegada contra el comunismo.

Dominado por la idea fija de la lealtad que debía a ese partido, en un gesto quijotesco, me pareció un deber salir en su defensa, e imitando al "caballero de la triste figura", lanza en ristre, los justifiqué al día siguiente en el Club Radical de La Serena.

Enfrentado hoy, al escribir estas Memorias, a mi conciencia de Gobernante, que debe su conducta al juicio de la Historia, he de confesar hidalgamente que ese arranque no fue atinado, ya que como Jefe de Estado, antes que la lealtad a los comunistas se la debía a la Nación.

La improvisación

El improvisado discurso en el Club Radical de La Serena fue el siguiente, de acuerdo con la versión taquigráfica que allí se tomara:

Correligionarios:

Quiero, en este mi hogar radical, hacer hoy noche una declaración clara, terminante, definitiva: no habrá fuerza humana ni divina que me aparte del pueblo. Sin el concurso del Partido Comunista, yo no sería Presidente de la República. Yo sería un miope si no comprendiera que no se puede gobernar al margen del pueblo. No obstante las diferencias y las dificultades que nos separan de ese partido, declaro que deseo su apoyo para dar cumplimiento al programa ofrecido y *por un imperioso sentimiento de lealtad*.

Por eso me alzo en esta mesa, para pedir a los radicales que sacrifiquen sus antipatías o animadversión a la conducta, a veces sectaria, de los aliados comunistas. Yo sé que esta combinación no es simpática ni a los radicales ni a los liberales, ni a muchos comunistas.

Pero yo tengo que cumplir con esta misión difícil de gobernar con una combinación heterogénea.

Radicales: poned oídos sordos a los cantos de sirena para quebrar mi fórmula de Gobierno, y os pido, os suplico, que os pongáis a mi lado, para salvar el porvenir de la República.

Estas palabras, transmitidas a toda la prensa del país, causaron gran revuelo y encontrados comentarios.

Con toda justicia, el vocero socialista *La Opinión*, en un editorial titulado: "El Discurso de S.E. en La Serena", me dedicó al día siguiente esta sabia pero lacerante catilinaria:

El discurso pronunciado el martes último por el Presidente de la República, Excmo. señor Gabriel González Videla, en el Club Radical de La Serena, tiene la virtud de esclarecer el problema político y definir una situación que se presentaba un tanto confusa.

"Sin el Partido Comunista, yo no sería Presidente de la República", ha declarado S.E., en un rasgo de sinceridad que permite penetrar en la intimidad de su pensamiento. Esta idea ha trabajado el ánimo de S.E. durante mucho tiempo. Es posible que S.E. deba mucho al Partido Comunista, si es que la Presidencia de la Nación es considerada como un fin y no como un medio. Pero aun dentro de este poco encomiable criterio, se debe concluir que nada autoriza al Jefe del Estado para satisfacer la deuda de gratitud personal que tiene para el comunismo, a expensas del porvenir, tranquilidad y progreso de la Patria.

"No habrá fuerza humana ni divina que me aparte del pueblo", ha dicho Su Excelencia, mas esta promesa, que sería bajo otros aspectos laudable, no lo es en este caso, porque para S.E. sólo el Partido Comunista alberga en sus filas al pueblo. En el fondo, S.E. ha querido significar que nada ni nadie lo apartará del comunismo.

Pero mi inquebrantable empeñamiento de guardar lealtad al Partido Comunista, enfrentando a la marea creciente de la opinión pública, me hizo reincidir en este craso error, y a mi regreso de La Serena volví a reiterar estas declaraciones.

Efectivamente, al volver a Santiago el Partido Comunista había organizado un recibimiento popular en la Estación Mapocho, donde se organizó un desfile encabezado por el Jefe del Estado, hasta llegar al Palacio Presidencial.

Desde sus balcones dirigí la palabra a los manifestantes, en el mismo estado de ánimo de tomar la defensa de los comunistas, pero reiterándoles a los socialistas mi invariable decisión de buscar la unidad del Frente Democrático y la cooperación de Ministros socialistas en el Gobierno.

EL PARTIDO COMUNISTA ADULA AL
JEFE DEL ESTADO E INJURIA
A LOS DIRIGENTES SOCIALISTAS

El Partido Comunista, por su parte, estaba consciente de que la inmensa mayoría del país repudiaba su actuación en el Gobierno, inclusive los radicales; y, por lo mismo, su permanencia en el Gabinete era muy precaria.

Por eso se aferraban a la persona del Presidente de la República, único protector que les quedaba para defender su atrincheramiento en el Gobierno.

Con el fin de consolidar ese vínculo, me hicieron objeto de esa demostración de masas típica de la adulación empleada por los comunistas para atraer a quienes les sirven de padrinos o de eficientes voceros.

Y yo, desgraciadamente, estaba, sin quererlo, desempeñando ese rol, dominado por la idea fija de la lealtad que debía guardarles por su apoyo electoral.

Para dar cumplimiento a este plan estratégico, eligieron al joven escritor Volodia Teitelboim para que, en la manifestación preparada por el Partido Comunista frente a La Moneda, hiciera la apología de mi lealtad para con el pueblo y las provincias. En ella exaltó a la categoría de hazaña la gira que con riesgo de mi vida había realizado a La Serena, en circunstancias de que se trataba de un viaje aéreo de hora y media de duración, en una ruta de fácil y corto recorrido y sin complicación de cambios atmosféricos.

Era la inconfundible escuela que el comunismo ha empleado invariablemente en todas partes del mundo: prodigar aplausos clamorosos para ganar al instrumento que necesitan utilizar, y vejar a quienes se oponen a sus designios. Yo he tenido el privilegio de ser codiciado blanco de sus dos sistemas tácticos: el adulo y la injuria. Y ambos proferidos, principalmente, por dos de sus más destacados escritores: Neruda y Volodia.

Por eso creo aleccionador e ilustrativo, después de veinticinco años de ultrajes a mi honra de Gobernante, dar a conocer en estas páginas la manera como sus agentes, expertos elegidos para estos fines, me colma-

ban de loas y halagos cuando les servía, abusando de mi lealtad, como el *Padrino Número Uno* en sus conjuras.

Panegírico de Volodia

Transcribo algunos de los párrafos del panegírico de Volodia:

Pueblo de Santiago,

Camaradas:

Estamos contentos de tener de regreso entre nosotros a Gabriel González Videla.

El Partido Comunista no viene, en esta hora, a rendir homenaje al Ilustre Mandatario que vuelve, por motivos baladíes ni por simples razones de cortesía. Viene a saludar al Presidente que llega sano y salvo y que *desafía los peligros y hasta la muerte para cumplir con el pueblo*.

El Partido Comunista, al cual no entusiasma el besamanos de Palacio, se hace aquí presente de todo corazón y saluda con fervor al insigne trabajador, al hijo de la Patria Chica y al Presidente de la Patria Grande, a este hombre dinámico y sencillo llamado Gabriel González Videla, que, habiendo mirado el mapa en su infancia coquimbana, aprendió junto a sus primeras letras que Santiago no es todo Chile, y que hoy, llegado a la Magistratura Suprema, recuerda, reivindica y practica sin descanso su inquebrantable anhelo de ser el Presidente de Chile entero, el Presidente de todos los chilenos, y, en primer término, el Presidente del pueblo.

Gabriel González Videla, a juicio de algunos, tiene un grave defecto. No quiere gobernar y ser gobernado desde el Club de la Unión, ni siquiera permanece quieto, correctamente sentado, entre los viejos muros aisladores de La Moneda. El cree que La Moneda, el Gobierno, deben estar en todas partes donde haya hambre y sed de pan y justicia social, donde haya sequía, necesidad ciudadana, dolor de humanidad, sufrimiento de pueblo. El Presidente quiere derribar las murallas chinas que pretenden separarlo de las masas desnudas y esperanzadas que lo llevarán al triunfo el 4 de septiembre. No quiere ser y pasar, como tantos otros, como una sombra por la historia patria; no quiere ser un prisionero más en la cárcel dorada.

Ellos (la oposición) están empeñados en una campaña ruin. No respetan ni siquiera el recinto inviolable y sagrado de la vida privada de nuestro Primer Mandatario. *Criticán sus giras, tratando de presentarlas como*

viajes de placer. El Presidente viaja y trabaja, recorre el país incluso con riesgo de su vida. Y en este viaje no sólo ha luchado contra una oposición que no repara en medios, sino que ha bregado también contra los embates de una naturaleza dura, cerril, hosca y a veces cruel.

No se han conformado con *insultar el nombre cien veces puro y honorable del Presidente de la República*. Mas para que la amargura colme su vaso de hielo, ahora ven que Santiago, el corazón de la República, el Santiago de los trabajadores, de los obreros, de los empleados, de los hombres y mujeres progresistas, se ha vaciado para decirle al Presidente: Gabriel González Videla, tiene usted todo nuestro aprecio, toda nuestra confianza, nuestra simpatía y nuestro apoyo a su obra al cumplimiento del programa. Aquí estamos montando guardia a su alrededor, contentos de tenerlo entre nosotros. Venimos a decirle: "Presidente, presente".

En cumplimiento de sus consignas, Volodia dirigió, enseguida, todo el fuego de sus ataques en contra de los dirigentes socialistas, especialmente hacia las personas de Schnake, Ampuero y Aniceto Rodríguez, hecho que mereció violenta protesta pública del Comité Central del Partido Socialista, que hizo extensiva a mi persona, por "haberse transformado en defensor y vocero del Partido Comunista, con olvido de la dignidad del alto cargo que inviste".

Protesta del Comité Central Socialista

La protesta decía así:

El Partido Socialista lamenta sinceramente que el Presidente de la República haya encabezado un desfile por las calles de Santiago, en que el Partido Comunista voceaba consignas de provocación a otros sectores de la vida ciudadana, y hacía, groseramente, escarnio de la honra de los hombres dirigentes del socialismo; como, asimismo, que haya permitido que desde los balcones de La Moneda un dirigente a sueldo del Partido Comunista calumniara y llenara de infamias a partidos y hombres que hasta este momento no hacen otra cosa que defender los postulados esenciales de la convivencia democrática.

Los socialistas rechazamos enérgicamente la afirmación del Presidente de la República, de que toda oposición a la política sectaria y versátil del

comunismo signifique hacer revivir el fantasma del fascismo. Por el contrario, *creemos que el Partido Comunista, por todas las experiencias que acumula diariamente la Humanidad y las que está viviendo nuestro país, es precisamente el heredero legítimo del espíritu y de los métodos deshumanizados del fascismo.*

El Partido Socialista no ha podido ver sino con sorpresa la apología entusiasta que ha hecho el Presidente de la República del comunismo, transformándose en vocero de ese partido, con olvido de la independencia y la dignidad de la función superior que se le ha otorgado como Jefe de Estado.

Aunque sea doloroso para mí, debo reconocer hidalgamente que a *Ampuero, Schnake, Allende, Aniceto Rodríguez, Waiss* y demás miembros del Comité Central del Partido Socialista les asistía toda la razón para consignar tan dura y violenta protesta por mi obstinada defensa del Partido Comunista.

LAS ELECCIONES MUNICIPALES

La oposición encabezada por el Partido Socialista, que había levantado el lema "Democracia contra Comunismo", aglutinó a los Partidos Socialista, Democrático, Radical Democrático, Agrario y Conservador y, en muchas comunas, a liberales.

El Comité Regional de Santiago del Partido Socialista, que presidía Aniceto Rodríguez, lanzó un vibrante manifiesto: "Al Pueblo", que publicó con sensacionales títulos el órgano simpatizante de ese partido, *La Opinión*, en vísperas de las elecciones municipales, donde pedía el voto de los trabajadores para "detener la campaña criminalmente sangrienta y totalitaria de los dirigentes comunistas".

El manifiesto decía, en sus partes más acusatorias:

Camaradas socialistas y trabajadores todos de la provincia:

Solicitamos los votos ciudadanos para vigorizar aun más el ya vasto y poderoso movimiento de opinión pública, que en forma creciente se ha ido forjando al calor de la valiente y honrada posición política del socialismo, por identificarse con los intereses de Chile y sus trabajadores manuales e intelectuales. Hacemos este llamado a todos quienes quieran acompañar-

A VOTAR CONTRA EL TERROR COMUNISTA!

LA CLASE TRABAJADORA SUFRAGARA EN CONTRA DE LOS ENEMIGOS DEL PUEBLO Y DE LA PATRIA

LISTAS DEL P. S. A TRAVES DE TODO EL PAIS INCLUYENDO POR AUTENTICOS LIDERES OBREROS MAESTROS Y SUMEROSOS HERIDOS DE GUERRA, SANTIAGO, CALERA, S. MIGUEL, Y BARRA, RENCO, LA FLORIDA, Y EN STRAL, LOCALIDAD.

COMITÉ REGIONAL SOCIALISTA llama con urgencia a todos sus militantes y dirigentes

Llamado socialista aparecido en el diario *La Opinión*, en vísperas de las elecciones municipales.

nos en la sagrada cruzada de salvación nacional que, como tarea de honor, se han impuesto los dirigentes y militantes del Partido Socialista, dirigida *a detener la acción criminalmente sangrienta y totalitaria de los dirigentes comunistas, que día a día van marcando su paso por el Gobierno con un reguero de sangre proletaria, mártir y generosa.*

POR CHILE Y SU CLASE OBRERA: ¡EL SOCIALISMO AL MUNICIPIO!

CONTRA TIRANIA STALINISTA: ¡LIBERTAD SOCIALISTA!

¡TODOS A CONTRIBUIR AL TRIUNFO DEL PARTIDO SOCIALISTA EN LAS URNAS!

Santiago, 3 de abril de 1947.

COMITE REGIONAL SANTIAGO DEL PARTIDO SOCIALISTA.

Por otra parte, los partidos de Gobierno carecían de cohesión, especialmente *liberales y comunistas*, en franca beligerancia.

En estas condiciones, no fue difícil a la oposición derrotar al Gobierno, que apenas logró alcanzar el 30 % de los votos, y en algunos casos el Partido Radical, eje de la combinación, recibió rudos golpes, como el acaecido en Concepción, donde de nueve regidores quedó reducido a uno.

REPERCUSION DE LA DERROTA DEL PARTIDO RADICAL EN LAS ELECCIONES MUNICIPALES

El triunfo de la oposición en las elecciones municipales creó una honda crisis en el Gobierno.

El más perjudicado fue el Partido Radical, que de 447 regidores en ejercicio bajó a 322. Y, como paradójal contraste, su aliado el Partido Comunista subió de 81 a 202.

El presidente del partido, Alfredo Rosende, se mostró profundamente afectado con este desastre, culpando directamente al Partido Comunista, por su campaña demagógica de protestar en la calle por las alzas, las mismas que con su concurso se acordaban en el seno del Gabinete. Así, el Partido Radical asumía toda la impopularidad de tales medidas, explotadas electoralmente por el Partido Comunista en su favor.

Rosende me expresó que ese juego comunista no podía continuar; más que eso, creía personalmente que la combinación ministerial estaba fracasada. El cumplía con su deber de lealtad para con el Jefe del Estado y con el amigo al comunicarme su pensamiento sin reserva alguna.

Confiado en el afecto y amistad que Rosende siempre me dispense, me permití pedirle su apoyo para mantener el Gabinete, porque yo no veía ni tenía ninguna otra fórmula para dar Gobierno al país.

—Hay una —me dijo sentenciosamente Rosende—: *un Gobierno sólo de radicales.*

Le argumenté que, a mi juicio, era la fórmula más frágil, porque en definitiva iba a ser torpedeada por todos los flancos: *por la derecha y por la izquierda.*

Rosende me replicó que no opinaban así la mayoría de los miembros del CEN ni los parlamentarios, salvo Ortega y Jirón.

Llamé entonces al presidente del Partido Liberal, Gustavo Rivera, con quien me unía una estrecha amistad, para solicitarle, como al presidente radical, su apoyo para mantener el Ministerio con los comunistas.

Rivera me manifestó que la combinación no había dado los frutos esperados por culpa del sectarismo comunista. Creía que en la sesión del 15 de abril la Junta Ejecutiva Liberal iba a acordar el retiro de su partido del Gobierno.

Insistí ante Rivera que sería un error, según mi opinión, retirar del Gobierno al Partido Comunista, para lanzarlo a la oposición, que llevaría al país a una alteración permanente del orden público y sindical.

Rivera replicó que entonces procedía organizar un Gabinete radical, al que los liberales le prestarían su apoyo.

Le argumenté, como en el caso de Rosende, que ese Gabinete sería muy frágil y, a poco andar, el blanco de todos los ataques, sin que se lograra resolver el problema de fondo: dar Gobierno estable al país.

Le propuse, entonces, como último recurso, concurrir personalmente a la Junta Ejecutiva Liberal para defender el mantenimiento del Ministerio integrado por comunistas. Rivera me disuadió de tan peregrina idea, diciéndome:

—Presidente, aunque usted me lo pida, no transmitiré su decisión de intervenir en el seno de la Junta, porque ello es contrario a la dignidad de su cargo y a la independencia de las directivas políticas para tomar sus decisiones sin presiones del Ejecutivo, aunque éstas sean morales. Además, Presidente, usted no va a cambiar la opinión de la Junta, que es unánime para retirarse del Gobierno.

Fracasadas mis gestiones con radicales y liberales, llamé a la directiva comunista.

Concurrieron a La Moneda Fonseca, Galo González y César Godoy Urrutia, a quienes comuniqué mis desesperadas gestiones para mantener la combinación.

Me informaron que la crisis estaba dirigida por el Presidente Truman, con la complicidad de los partidos reaccionarios y trotskistas, no sólo para derribar el Ministerio, sino para derrocarme a mí del cargo de Presidente de la República. Y quien estaba sosteniendo mi estabilidad en el Poder era el Partido Comunista, y por eso buscaban retirarlo de mi lado.

Me aconsejaron entonces que organizara un Gabinete de Alianza Democrática, con todos los partidos de izquierda. A esto les respondí que tampoco era posible, porque, consultado por mí el jefe máximo del

Partido Socialista, Raúl Ampuero, con la seriedad que le caracterizaba, me informó en forma oficial que su partido tenía el acuerdo de su última Convención de actuar independientemente, lejos de los partidos de derecha y lejos del Partido Comunista.

En todo caso, agregaron que la solución radical no les agradaba.

Quedamos entonces de reunirnos posteriormente, en espera de los acontecimientos.

Reunión con el CEN en La Moneda

Días más tarde, en La Moneda, me reuní con los miembros del CEN, señores Jerónimo Méndez, Pedro Valenzuela, Pedro Bórquez, Juan A. Iribarren, Ulises Correa, Fernando Gualda, Pedro Opitz y Fernando Maira. Rosende, con la honestidad que le era peculiar, no asistió a la reunión, para que los integrantes de ese organismo pudieran plantear libremente su posición frente al Jefe del Estado.

En efecto, todos los miembros del CEN, amigos míos de intimidad y veteranos en varias décadas de lucha, me escucharon con profundo interés, dispuestos a ayudarme en tan difícil trance y salvar, a la vez, al país de caer en un desgobierno o anarquía política.

Discutimos con gran cordialidad y analizamos fórmulas y combinaciones durante toda la mañana. Suspendimos la reunión para almorzar en la misma Moneda, lo que permitió continuar inmediatamente después el debate. Yo, defendiendo el mantenimiento de la combinación; ellos, partidarios del Gabinete radical, como última solución.

En un gesto de extremo desprendimiento, los miembros de la directiva desistieron de tomar un acuerdo que habría sido unánime en contra de mi posición y me dejaron en absoluta libertad para que dispusiera del partido en la solución de la crisis, haciéndome saber, sí, que el pensamiento del CEN era el de procurarme a todo trance una base de sustentación de las fuerzas políticas, y que si no era posible alcanzar esa conjunción de fuerzas, el partido estaba dispuesto a hacer el sacrificio de asumir en forma transitoria toda la responsabilidad gubernativa.

Con profunda emoción y gratitud me despedí de tan leales dirigentes del radicalismo, que hoy me honro en recordar con orgullo en estas

páginas, destacando además la actitud patriótica de los parlamentarios señores Angel Faivovich, Alejandro Vivanco, Gustavo Olivares, Carlos Melej, Raúl Brañes, Pedro Medina, Carlos Montané, Alfredo Nazar, Hermes Ahumada, Isidoro Muñoz y Sebastián Santandreu, que respaldaron dicho acuerdo.

SE PRODUCE LA CRISIS MINISTERIAL

En la noche del 15 de abril los Ministros liberales, señores Manuel Bulnes, Fernando Claro y Guillermo Correa, me presentaron sus renuncias verbales, luego del acuerdo de la Junta Ejecutiva de retirarse del Gobierno.

Una hora después, fueron los Ministros radicales y Pradenas Muñoz quienes pusieron a mi disposición sus cargos, para dejarme en libertad de acción.

Los Ministros comunistas renunciaron al día siguiente.

A los Ministros señores Fernando Claro, Guillermo Correa y Manuel Bulnes, que en definitiva abandonaron sus cargos por instrucciones de la Junta Liberal, debo agradecerles su lealtad y eficaz colaboración, que me fue muy valiosa en esta difícil combinación de Gobierno con los comunistas.

Organización del nuevo Gabinete.

Quedan fuera los comunistas

A primera hora del jueves 17 hice citar a Rosende y a los miembros del CEN, para enfrentarnos a la solución de la crisis.

Se agotaron todos los recursos para buscar una fórmula de sustentación mayoritaria. Se apeló nuevamente a Ampuero para organizar un Gabinete de Alianza Democrática, pero las puertas del Partido Socialista estaban cerradas a todo entendimiento con los comunistas, que habían desencadenado una campaña de injurias contra sus dirigentes. Liberales y conservadores no aceptaban tampoco participar de un Gobierno Nacional con comunistas.

En suma, la conclusión era ineludible: no había ninguna conjunción de partidos que diera mayoría al Gobierno.

Tuve que rendirme a la evidencia. Para no demorar un día más la solución de la crisis, y con la experimentada y eficaz ayuda de Rosende y demás miembros del CEN, organicé el siguiente Ministerio radical, con la excepción del demócrata Juan Pradenas, que figuró como técnico:

Ministro del Interior	LUIS ALBERTO CUEVAS
Ministro de Relaciones Exteriores	RAÚL JULIET GÓMEZ
Ministro de Economía	LUIS BOSSAY LEIVA
Ministro de Justicia	HUMBERTO CORREA LABRA
Ministro de Educación	ALEJANDRO RÍOS VALDIVIA
Ministro de Defensa Nacional	JUVENAL HERNÁNDEZ JAQUE
Ministro de Salubridad	DOCTOR MANUEL SANHUEZA
Ministro de Obras Públicas	ERNESTO MERINO SEGURA
Ministro del Trabajo (Técnico)	JUAN PRADENAS MUÑOZ
Ministro de Agricultura	PEDRO CASTELBLANCO AGÜERO

Los Ministros juraron a las siete de la tarde de ese mismo día jueves.

Era un paso audaz, sólo posible contando con el respaldo incondicional del radicalismo y la tolerancia de los partidos democráticos. Era evidentemente una fórmula salvadora, pero débil y de limitada duración.

El cambio de Gabinete y la salida de los comunistas del Gobierno produjeron no sólo una honda satisfacción en todos los medios democráticos, sino un júbilo indescriptible en los sectores populares, especial-

DEBE EL MINISTRO DEL INTERIOR SUSPENDER EL DECRETO DEL ALZA TELEFÓNICA

SE FORMO EL NUEVO GABINETE

COMUNISTAS

EXPULSADOS!

ONCE RADICALES Y UN TÉCNICO FORMAN EL MINISTERIO

Los comunistas hicieron desesperados esfuerzos por aferrarse al Gobierno; solo a las 16 horas renunciaron

La Opinión

DIARIO INDEPENDIENTE

mente en los círculos obreros socialistas, como puede comprobarse en el facsímil de los diarios de ese partido que anunciaban estos hechos.

Los comunistas, por su parte, hicieron una declaración oficial a través del Comité Político, por la cual expresaban que la salida de sus personeros del primer Gabinete se debía a la presión yanqui, coludida con los sectores de la oligarquía y reaccionarios del país, todo a causa de la posición imperialista del Presidente Truman, empeñado en prestar ayuda a Grecia y Turquía, amenazadas por las guerrillas comunistas.

Mantengo en sus cargos a los funcionarios comunistas

Con el propósito de seguir contando con la cooperación del Partido Comunista, mantuve en cargos de confianza del Presidente a los siguientes funcionarios de ese partido:

RENÉ FRÍAS	Intendente de Santiago
LUIS SANDOVAL	Jefe de Abastecimiento del Comisariato
JUAN CHACÓN CORONA	Vicepresidente del Instituto de Economía
BERNARDO ARAYA	Vicepresidente del Consejo Nacional de Economía
JULIO ASCUÍ	Vicepresidente de la Caja de Crédito Minero

Y además, a todos los Intendentes, Gobernadores y Consejeros de instituciones fiscales y semifiscales que habían sido nombrados al iniciarse el Gobierno.

Novena Parte

VISITA AL BRASIL Y
LA ARGENTINA

VISITA AL BRASIL

A pocos meses de asumir el Mando Supremo de la Nación, en el mes de junio de 1947, inicié una gira que abarcaba los tres países del Atlántico, Brasil, Uruguay y Argentina, invitado por sus respectivos Gobiernos.

Dejé la responsabilidad del Ejecutivo durante mi ausencia en manos de dos leales y experimentados políticos: Luis Alberto Cuevas, como Vicepresidente de la República, y Alfredo Rosende, como Ministro del Interior.

Volvía al Brasil a los tres años de haber dejado la Embajada, y para mí tenía esa visita una trascendental importancia, porque me permitiría conocer "de visu" los resultados conseguidos por el audaz y revolucionario programa contra el atraso industrial del Brasil, concebido por el visionario Presidente Getulio Vargas.

Gobernaba ahora ese gran país el General Eurico Gaspar Dutra, a quien me ligaba una estrecha amistad desde los tiempos en que desempeñé el cargo de Embajador, época en la que él ocupaba la Cartera de Defensa Nacional.

La recepción que me brindaron el Gobierno y el pueblo brasileiros fue, sin falsa modestia, cariñosísima y excepcional, como se comprueba en los relatos de la prensa que reproduzco a continuación:

RÍO DE JANEIRO RINDIÓ AL PRESIDENTE DE CHILE EL MAS CLAMOROSO HOMENAJE QUE HAYA TRIBUTADO A MANDATARIO ALGUNO DEL CONTINENTE.

(Versión de la Associated Press aparecida en *El Mercurio* el 27 de junio)

Río de Janeiro, 26. (A.P.) El Presidente de Chile, señor Gabriel González Videla, que llegó a esta capital a las 10.30 horas, fue objeto de la mayor recepción que el pueblo brasileiro haya ofrecido a Mandatario alguno de este continente.

Miles de personas vivaron al Jefe del Ejecutivo chileno y a su país, cuando atravesaba la Avenida Río Branco, revistando a las tropas brasileñas, y millones de papeles picados de todos colores fueron lanzados al distinguido visitante, que durante los años 1942, 1943 y 1944 fuera Embajador de ese país en Brasil.



Desde el destróyer Greenhales revisto la Escuadra brasilera.



El saludo de ambos Mandatarios.

En un avión especial de la línea Cruzeiro do Sul llegué a la base aérea militar de Ponta Galeão, con el fin de dar comienzo a mi visita oficial a ese país, que se prolongó por siete días.

Luego subí a bordo del destróyer *Greenhales*, y mientras la nave cruzaba la bahía de Guanabara, pasé revista a la flota brasilera, que se encontraba en formación de saludo, teniendo como telón de fondo la belleza panorámica de la incomparable ciudad de Río de Janeiro.

En los momentos en que descendía del destróyer, la banda de la Escuela de Aviación ejecutó el Himno Nacional chileno y el Himno brasilero.

El Presidente Dutra me esperaba en el muelle.

Finalizada la ejecución de los Himnos patrios de ambos países, la guardia de honor disparó veintiún cañonazos de saludo, mientras nos abrazábamos efusivamente en medio de las aclamaciones de la multitud.

El jefe del Protocolo del Ministerio de Relaciones, señor Joaquín Souza Leão, hizo las presentaciones de los huéspedes a los funcionarios brasileros, y la comitiva oficial se dirigió a los automóviles que esperaban para iniciar el desfile.

El desfile

A pesar del tiempo nuboso y frío, los dos Presidentes tomamos asiento en un automóvil abierto y encabezamos el desfile por la Avenida Río Branco, que estaba adornada por banderas chilenas y brasileras y donde se alineaban veinte mil soldados del Ejército.

Millares de personas que cubrían ambos lados de la arteria principal de Río de Janeiro, que atraviesa el corazón de la ciudad, aclamaban el nombre de "O'Videla", como afectuosamente me llamaban cuando era Embajador en Río, y arrojaban papel picado al paso de la comitiva, mientras yo respondía saludando con mi sombrero.

La comitiva oficial cubrió el recorrido hasta el Palacio de Las Laranjeiras, residencia que estaba destinada al Presidente de Chile y su familia.

El General Dutra evoca un episodio del Presidente de Chile cuando era Embajador en Río de Janeiro

En la noche, en el histórico Palacio de Itamaraty, el Excelentísimo señor Dutra me condecoró con el "Cordón de la Orden del Cruzeiro do Sul", la más alta distinción que Brasil otorga a un Mandatario extranjero, y en un significativo discurso recordó cuando, sin haber presentado todavía mis credenciales como Embajador, hablé a una inmensa muchedumbre que, enfervorizada, pedía escuchar la voz de Chile, que aún mantenía su neutralidad en la guerra.

Dijo el Presidente:

"Desde los balcones de este palacio histórico tuvisteis con nosotros vuestro primer contacto, cuando dijisteis a nuestro pueblo, en vísperas de que aceptáramos una guerra que nos fue impuesta, que Brasil podía contar con la fraternidad y la total solidaridad de Chile."

Dos significativos gestos de amistad del Presidente Dutra

La feliz circunstancia de mi antigua amistad con el General Dutra hizo que tanto él como su distinguida esposa nos colmaran, al margen del esplendoroso programa de festejos, en que participaba directamente el eufórico pueblo brasilero, con mil delicadezas personales, que a Miti y a mí nos emocionaron hondamente.

Es oportuno, a este respecto, relatar dos intervenciones tuyas, para demostrar cómo este viejo y noble amigo, por complacerme una vez a mí, y otra a Chile, no vaciló en desautorizar nada menos que a su propio Canciller y a su Ministro de Defensa, también General de la República, como él.

Fue en la noche del banquete y baile de gala que el Presidente nos ofreció en el Palacio de Itamaraty, la imperial mansión que ocupaba el Ministerio de Relaciones Exteriores, ocasión en que el Mandatario había tenido la gentileza de hacer invitar a nuestros amigos personales de Río de Janeiro.

El General Dutra, deseoso de que se prolongaran estas agradables horas de esparcimiento, y conociendo mi debilidad por el baile y la



Agradezco al Presidente Dutra la condecoración del "Cordón de la Orden del Cruzeiro do Sul".



En el banquete y baile de gala en Itamaraty, con Miti y nuestra hija Sylvia.

música brasileros, me propuso durante la comida que a la hora fijada por el Protocolo nos levantáramos juntos de la mesa, con lo cual se pondría fin a la parte oficial. El nos dejaría, por el estado de su salud, pero nosotros nos quedaríamos reunidos con nuestros amigos, que nos esperaban en espaciosas y artísticas carpas instaladas a orillas de una gran fuente de cristalinas aguas, en las que hermosos cisnes se deslizaban mientras orquestas cariocas ejecutaban alegres sambas, invitando a la iniciación del baile.

Para proporcionarnos este agrado, el General Dutra tuvo que vencer la resistencia de su Ministro de Relaciones, el experimentado internacionalista señor Raúl Fernandes, que, a pesar de su avanzada edad, no quería retirarse del baile mientras yo permaneciera en él, apegado a la vieja y estricta escuela protocolar de Itamaraty.

Finalmente, se impuso el Presidente Dutra, y para congraciarse con él lo invitó al día siguiente a su mesa, a un almuerzo íntimo con nosotros en el Palacio Catete, la residencia presidencial.

Para ganarme su buena voluntad, el día del almuerzo el General Dutra me insinuó que felicitara al Canciller Fernandes por el éxito que acababa de obtener en los principales Congresos Internacionales de Europa, con la publicación de su última obra sobre Derecho Internacional Privado. Y me agregó: "Si se atreve a pedirle un ejemplar de su libro con una dedicatoria, mejor todavía".

A ningún sordo le han transmitido tan oportuno como agudo consejo... En el acto, aprovechando que el Canciller estaba rodeado por su señora, la mía y la del General Dutra, le hablé de su más reciente obra jurídica y de los elogiosos comentarios divulgados por el mundo internacional, inclusive en Chile. Le expresé mis felicitaciones más sentidas, y en mi condición de abogado y de apasionado cultor de temas internacionales, le solicité que me honrara con un ejemplar de su magna obra, con su dedicatoria, a lo que accedió con amable y risueño gesto.

Al día siguiente, a mi residencia llegaba un ejemplar del libro, artísticamente encuadernado y con una elogiosa y amable dedicatoria que conservo como una reliquia en mi biblioteca.

¡La impasse había sido superada!

La otra intervención personal del Presidente Dutra lo revela como un Mandatario de gran visión política y de arraigados principios americanistas, como lo demostró en su interés por mantener el intercambio y coordinación económica entre Chile y Brasil, por encima de las exigencias castrenses y de su condición de General de la República.

La base de nuestro intercambio comercial con ese país era el salitre y el cobre.

En los últimos años, el Brasil había tenido un desarrollo extraordinario con el establecimiento de su industria pesada (aumentando su poderío militar), lo que obligó al Estado Mayor de su Ejército, en resguardo de la Defensa Nacional, a proyectar nuevamente la construcción de una planta de salitre sintético, asistido por la Nitro Química de São Paulo. Era un golpe más que recibiría nuestra industria salitrera, después de la ruinoso competencia del salitre artificial de las plantas levantadas en Europa, con motivo de la Segunda Guerra, defendidas por aranceles aduaneros.

La visita que el Presidente de Chile iniciaba el 27 de junio de 1947 al Brasil era la ocasión propicia para impedir tal iniciativa, que constituía

un caso flagrante de autarquía, condenado por la III Conferencia de Cancilleres y la Carta de las Naciones Unidas.

Con la cooperación inteligente y asidua del Ministro de Relaciones Exteriores, Raúl Juliet, y de los asesores de la Cancillería Roberto Vergara, Alberto Baltra y Enrique Bernstein, y después de largas y fatigosas reuniones, se logró llegar a un "acuerdo" con Itamaraty, en principio, pero éste fue rotundamente rechazado por el Ministro de Defensa Nacional.

Numerosas fueron las fórmulas presentadas al Ministro que permitían salvar el salitre chileno y garantizar al mismo tiempo al Ejército del Brasil el suministro de nuestro nitrato, incluso ofreciéndole mantener en territorio brasilero un stock mínimo de 25.000 toneladas, pero éste, apoyado en la posición del Estado Mayor del Ejército, mantuvo con intransigencia su negativa, pese a todos los esfuerzos, hasta la víspera de mi partida.

Tanto el Ministro Juliet como los asesores ya mencionados me hicieron presente, entonces, que no quedaba otro recurso que mi intervención personal ante el General Dutra.

Convine entonces con el Presidente en que nos reuniríamos en el Palacio de Las Laranjeiras, antes de la comida de retribución que ofrecería el Presidente de Chile al del Brasil, con la asistencia de los respectivos Ministros de Relaciones, de sus asesores y del Ministro de Defensa.

La reunión se caracterizó por su ambiente tenso. Yo mismo tuve que hacer ímprobos esfuerzos para controlarme frente a la obstinada posición del Ministro de Defensa, quien se escudaba esta vez en que Argentina, según informaciones del Estado Mayor del Ejército, habría ya adquirido una planta de salitre sintético en los Estados Unidos.

Inmediatamente respondí al Ministro que sus informaciones carecían de asidero, por cuanto nuestra Cancillería tenía un acuerdo en principio con la Cancillería argentina para mantener la complementación económica de ambos países y se esperaba mi visita al Presidente Perón para firmar el "acuerdo" por el cual dicho país desistía de toda gestión estatal o privada relacionada con el establecimiento de plantas de salitre sintético.

-En última instancia, señor Ministro -agregué-, en el caso hipotético

de que Argentina no firmara el "acuerdo", Brasil quedaría en libertad de acción.

Incluso con esta garantía, el Ministro de Defensa, con exagerado empecinamiento, rechazó mi generosa y conciliadora proposición, sosteniendo que la "defensa" del Brasil no podía quedar a merced de acuerdos de terceras potencias.

Fue entonces cuando, alterado, me puse de pie y en forma airada le repliqué:

—Olvida, señor Ministro, que quien está ofreciendo estas garantías es un Jefe de Estado de un país gran amigo del Brasil, cuyo tradicional vínculo usted está destruyendo...

Intervino de inmediato el General Dutra, y con gran serenidad y amistosas palabras, junto con apaciguar el ambiente le dio un corte definitivo al diferendo:

—Vea, Videla, su ofrecimiento da garantías suficientes a la defensa del Brasil y fomenta y robustece el intercambio y la solidaridad económica entre Chile y Brasil, que siempre deberá mantenerse por el propio interés de nuestros países. —Y dirigiéndose al Ministro de Relaciones, señor Fernandes, le dijo—: Le ruego, Ministro, hacer redactar esta misma noche el "acuerdo" para que el Presidente de Chile pueda firmarlo el día de mañana.

Y así se hizo.

Gracias a la autoridad firme y resuelta del General Dutra, el día 4 de julio de 1947 se firmó en Río de Janeiro el "acuerdo" especial, por el cual nuestro Gobierno se comprometía a reservar anualmente todo el salitre que necesitara el Brasil y, además, mantener en territorio brasilero un stock mínimo de 25.000 toneladas de nitrato de sodio; por su parte, el Gobierno brasilero se comprometía a no levantar plantas de fertilizantes sintéticos, mientras otros Gobiernos sudamericanos no desarrollaran planes en este mismo sentido.

Se obtuvieron, además, otros importantes acuerdos que contribuyeron eficazmente a consolidar el intercambio económico y la solidaridad continental, y así fue como se firmó, el mismo día, un importante convenio de cooperación económica, destinado a coordinar y complementar las economías de ambos países y a satisfacer sus necesidades recíprocas. Sus principales disposiciones fueron las siguientes:

Las partes contratantes fijarán de común acuerdo sus necesidades de importación. Para la yerba mate, el café, el salitre y el cobre, se fijarán en los primeros quince días de enero de cada año.

La obligación de exportar se entenderá contraída sobre igualdad de precios en el mercado internacional.

Ambos países fomentarán la constitución de sociedades mixtas para desarrollar producciones de interés común.

Se facilitará la instalación de sucursales o agencias de bancos chilenos y brasileros en los territorios de ambos países.

Se prevé el intercambio de técnicos.

También ese día se firmó un protocolo adicional al Tratado de Comercio y Navegación de 1943. Sus principales disposiciones fueron las siguientes:

Facilidades para que el transporte de mercaderías de interés primordial para el intercambio se haga en buques mercantes de bandera chilena o brasileras.

Se libera de derechos aduaneros en Brasil al salitre para uso agrícola o industrial.

Por último, por cambio de notas del mismo 4 de julio, Chile se comprometió a no imponer medidas restrictivas a la importación de 10.000 toneladas de yerba mate, 10.000 de azúcar, 9.000 de café, 5.000 de algodón en rama y 500 de caucho bruto. Se comprometió también a autorizar la exportación a Brasil de un mínimo de 1.000 toneladas de cobre en bruto destinadas al consumo de las industrias militares del Gobierno brasileras.

Por su parte, el Brasil se comprometió a permitir la importación de 3.000 toneladas de cobre elaborado.

VISITA A LA ARGENTINA

El 7 de julio de 1947 puse fin a mi visita al Brasil para continuar viaje a Buenos Aires, adonde había sido invitado por el Presidente, General Juan Domingo Perón.

Tuve que suspender la visita al Uruguay por la grave enfermedad del Presidente, señor Tomás Berreta, que lo llevó a la tumba poco tiempo después.

A las cuatro de la tarde de ese día llegué al aeródromo de Morón, donde me esperaban el Presidente Perón y el Vicepresidente Quijano, que había asistido a la Transmisión del Mando en Chile, quienes me estrecharon en efusivos abrazos, mientras las bandas militares tocaban los Himnos nacionales de Chile y de Argentina y escuadrillas de aviones evolucionaban sobre el aeródromo.

Más de cinco mil personas, entre ellas centenares de compatriotas, se dieron cita en el aeropuerto para darme la bienvenida.

El Mercurio, en su edición del 8 de julio, y con el título a toda la página: "Recibimiento en Buenos Aires al Presidente de Chile", relató así la calurosa recepción del pueblo argentino:

Luego de darse cuenta de los detalles de la llegada de S.E. al aeropuerto de Morón, en que se le hizo un triunfal recibimiento que fue rubricado con un estrecho abrazo del Presidente Perón, se informa de las extraordinarias muestras de afecto que el pueblo argentino expresó a Chile en la persona de nuestro Presidente de la República, en el trayecto hasta el Palacio San Martín, sede del Ministerio de Relaciones Exteriores, fijado como su residencia. Las amplias avenidas del trayecto se hicieron estrechas para contener a los centenares de miles de personas que en ellas se ubicaron para aplaudir al Mandatario chileno, a quien la muchedumbre no cesó de vitorear mientras las Fuerzas Militares presentaban armas y las bandas de música, colocadas de trecho en trecho, dejaban oír himnos marciales.

Las expresiones de entusiasmo de la multitud se multiplicaron cuando, horas más tarde, el Presidente de Chile, acompañado de su comitiva y escoltado por varias compañías del Regimiento Granaderos de San Mar-



En el aeropuerto de Morón recibió el abrazo del Presidente de la República Argentina, el General Juan Domingo Perón.

tín, se dirigió desde su residencia hasta la Casa Rosada, con el fin de hacer su visita oficial al Presidente Perón.

Con destino a Tucumán

El Gobierno había preparado para el 9 de julio, aniversario de la Independencia de Argentina, grandes festividades en la ciudad de Tucumán, cuna de la liberación nacional y donde el Presidente Perón iba a proclamar la "independencia económica" de Argentina, en solemnes y multitudinarios actos, de trascendencia internacional con la presencia del Presidente de Chile.

En el tren presidencial

El Presidente Perón, después de un grave accidente aéreo, en que escapó milagrosamente con vida, no viajaba sino en ferrocarril o en automóvil. Para trasladarnos a Tucumán, a mil cuatrocientos kilómetros de Buenos Aires, ocupó el tren presidencial, donde fuimos suntuosamente instalados con Miti, mi hija Sylvia y mi comitiva, compuesta por el Canciller Raúl Juliet, el senador Gustavo Rivera y el diputado Fernando Maira; el Comandante en Jefe del Ejército, General Guillermo Barrios Tirado; el Comandante en Jefe de la Armada, Almirante Emilio Daroch, y el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, General Oscar Herreros.

El Presidente Perón se hizo acompañar por el Vicepresidente, Hortensio Quijano; los Ministros de Relaciones, Juan Atilio Bramuglia; de Defensa Nacional, General Humberto Soza Molina, y de los tres Comandantes en Jefe: del Ejército, Marina y Aviación, y sus Edecanes. Además, iba como invitado el presidente del Banco Central, don Miguel Miranda, influyente y discutido personaje que tenía en sus manos todo el control de la vida económica y financiera de Argentina, aun por encima de los Ministros de Hacienda y Economía.

El largo trayecto, que demoró alrededor de veinticuatro horas, permitió alternar a los dos Presidentes en la mayor intimidad y sin la tiranía del tiempo y del protocolo.

El Presidente Perón, con su natural afabilidad y simpatía, se esme-

raba, como cumplido y obsequioso anfitrión, para que nuestro viaje, especialmente para Miti y mi hija Sylvia, fuera lo más agradable posible.

En su recorrido, el tren presidencial se detuvo por breves minutos en aquellas estaciones en que estaban programados homenajes de los peronistas a su líder, y que éste correspondía saludando con ambos brazos desde la plataforma del vagón.

Mientras el tren lentamente se iba alejando, desde el último carro se lanzaban centenares de bolsas de juguetes que los niños y mujeres corrían a coger en medio de gritos de alegría.

Miti, Sylvia y yo ayudamos al Presidente a tan "pascuera" labor.

La idea de cargar el carro repleto de juguetes en el tren presidencial para ser repartidos durante el trayecto fue del hombre fuerte, Miguel Miranda, quien no sólo se preocupaba de hacer engrosar los caudales del Estado, sino también de cuidar la popularidad del Presidente Perón.

Ambos Mandatarios en pleno acuerdo.

En varias reuniones íntimas pasamos revista con el Presidente Perón a todos los problemas relacionados con nuestros países y, por supuesto, se le dio preferencia al de nuestro salitre, amenazado por el proyecto de las Fuerzas Armadas argentinas, al igual que las brasileras, de establecer una planta de nitrato sintético, y hallé en él el mejor ánimo para defender y mantener la complementación de nuestras economías, por encima de la actitud autárquica del Ejército, y allí mismo, ante la presencia del Ministro de Relaciones de Argentina, señor Bramuglia, del Canciller chileno, señor Raúl Juliet, y de los Ministros de Defensa de nuestros países, quedó resuelto el "acuerdo", que fue firmado por ambos Cancilleres en Buenos Aires, pocos días después, el 12 de julio de 1947.

El "acuerdo" contenía parecidos preceptos con el firmado en Brasil:
Satisfacer todas las necesidades de salitre de Argentina.

Mantener en el territorio argentino un stock permanente de 15.000 toneladas.

El Gobierno argentino se compromete a no levantar plantas fertilizantes sintéticas y a no dar facilidades y franquicias a los particulares

que quisieran dedicarse a esa industria, mientras otros Gobiernos sudamericanos no desarrollen planes en tal sentido.

El Presidente Perón, no obstante su pensamiento ultranacionalista, heredado de su enseñanza militar, era partidario de la solidaridad continental y de la complementación económica de los pueblos de Latinoamérica, especialmente entre Chile y Argentina.

En un momento llegó tan lejos en su entusiasmo, que se lamentaba de lo que él creía craso error e ignorancia de San Martín y O'Higgins, por haber formado dos países durante la Independencia en vez de uno solo, cuando la naturaleza los había económicamente complementado: tierra y agricultura para Argentina, minerales de todas clases y fuerza hidroeléctrica para Chile.

Pero, adelantándose astutamente a mi pensamiento, en forma socarrona se dirigió a Miti y le dijo sonriendo:

—¡Es claro, señora Miti, que los chilenos se habrían instalado en el Poder como dueños y señores de las dos bandas de territorio...!

Todos lanzamos una carcajada, porque, en el fondo, chilenos y argentinos jamás habríamos aceptado ser provincias o Estados dependientes del uno o del otro.

Nuestras nacionalidades estaban ya enraizadas, y nuestra ubicación geográfica y geológica, con la mole andina divisoria, determinaban Estados independientes, aunque de economías complementarias.

Si los dos próceres hubieran tenido la idea de realizarlo, inspirados en el sueño de Bolívar, los hechos anotados habrían frustrado cualquier iniciativa al respecto, tal como sucedió con los otros países bolivarianos.

*Con extraordinario entusiasmo fueron recibidos en Tucumán
los Presidentes de Chile y Argentina*

En la mañana del 9 de julio llegamos a Tucumán, capital provincial en la que, en la misma fecha, en 1816, el primer Congreso argentino proclamó la independencia del país.

Ambos Presidentes fuimos objeto de un extraordinario recibimiento, no sólo de los ciudadanos de Tucumán y de las localidades cercanas,

sino de miles de otras personas que viajaron desde todos los puntos del norte del país.

En el trayecto al Capitolio, los automóviles que nos conducían pasaron por calles resguardadas por tropas, que estaban literalmente cubiertas de flores lanzadas por el pueblo, que incesantemente vivaba a ambos Presidentes, a Argentina y Chile.

En Tucumán, con la presencia del Presidente de Chile, fue proclamada la independencia económica de Argentina

En el 131.º aniversario de su emancipación política de España, el Gobierno argentino, en presencia del Presidente de Chile, proclamó oficialmente su "independencia económica" en un acta que declaraba que el país se había emancipado de los lazos "del capitalismo extranjero y nacional".



En Tucumán, después de la proclamación de la "independencia económica" de Argentina.

El acta fue leída por el Ministro del Interior, señor Angel Borlenghi, durante una patriótica ceremonia realizada en el edificio conocido con el nombre de "Casa Histórica de Tucumán".

El Presidente Juan Domingo Perón firmó la llamada "Acta de Independencia Económica", siendo seguido por el Vicepresidente, señor J. Hortensio Quijano, los miembros del Gabinete, representantes del Congreso Nacional y miembros de la Legislatura provincial de Tucumán.

*Una ingrata incidencia al final
de las festividades de Tucumán*

Una sola nota discordante empañó las festividades, debido a una desgraciada negligencia u olvido del Protocolo, que omitió comunicar al Presidente de Chile que después de la ceremonia de declaración de la "independencia económica", el Gobernador de Tucumán había programado una gran concentración de masas.

Se omitió, también, como era un elemental deber suyo, comunicar al Presidente de Chile que el Presidente Perón pronunciaría un importante discurso y enviarle el texto del mismo. Por último, se había eliminado al Presidente de Chile de entre los oradores del acto.

Fue así como el Presidente Perón, ajeno a esta grave descortesía protocolar, sólo al final de su discurso, y gracias a que fue advertido por su Canciller, el señor Bramuglia, hizo mención de mi presencia en el escenario, a lo que la muchedumbre respondió con una gran ovación, pidiéndome que hiciera uso de la palabra.

Dominado por un incontenible sentimiento patrio, improvisé no un discurso, sino una apasionada arenga, realzando los valores de la democracia y el alto significado que en mi país tenía la sindicalización obrera y las libertades de que gozaba, donde el derecho de huelga era irrestricto.

Prolongados y calurosos aplausos me fueron prodigados por la multitud en cada pasaje de mi peroración política, mientras el nombre de Chile y el mío eran vitoreados por el pueblo.

Al terminar, varios Embajadores latinoamericanos, entre ellos el del Brasil, Ciro de Freitas Valle, y los chilenos que me rodeaban, se acercaron para felicitarme con ostensible efusión.

Debido a esta omisión protocolar, mi Embajador ante la Casa Ro-

sada, don Alfonso Quintana, por encima de nuestra estrecha amistad, se sintió obligado a presentar la renuncia de su cargo.

Regreso a Buenos Aires

A mi regreso a Buenos Aires me esperaba una exhaustiva labor para poder cumplir con los compromisos diplomáticos, políticos y oficiales.

En la mañana tuve una extensa e interesante entrevista con el Vicepresidente de la República del Uruguay, mi eminente amigo doctor Luis Batle Berres, quien hizo un viaje especial desde Montevideo para presentarme los saludos del Presidente Berreta.

A continuación me reuní con el Canciller uruguayo, señor Manuel Márquez Castro, con quien coincidimos en el propósito de apoyar, en la Conferencia de Río de Janeiro, la solidaridad sudamericana para la defensa común del continente.

En la tarde fui recibido por el Congreso Pleno, con asistencia del Presidente Perón y de los partidos contrarios a su régimen.

Hablando en el Congreso Pleno.



Los Presidentes de ambas Cámaras, los señores Hortensio Quijano, del Senado, y el diputado señor Guardo, en elogiosas frases me dieron la bienvenida, que yo agradecí en amables y fraternas expresiones, exhortando a los pueblos americanos a encontrar un justo equilibrio entre la democracia política y la económica.

Consecuencias satisfactorias del viaje a Argentina

Además de haber consolidado la complementación económica con el éxito del acuerdo sobre el salitre y las facilidades obtenidas para el intercambio comercial con el país hermano, se llegó también a un acuerdo entre Chile y Argentina sobre la Antártida, que reafirmaba la soberanía exclusiva de ambos países en el casquete polar, que fue consignada en una declaración firmada el 12 de julio de 1947 por los Cancilleres Juliet y Bramuglia.

Creo de interés reproducir los elogiosos comentarios editoriales, entre muchos, de los grandes rotativos bonaerenses, como *La Nación* y *La Prensa*, y la Associated Press, a través de *El Mercurio*.

La Nación, al comentar el acuerdo suscrito sobre la Antártida, decía:

Entre otras consecuencias igualmente satisfactorias que ha tenido la visita del Presidente de Chile a nuestro país, cuéntase el haber permitido concertar una declaración conjunta hecha por los Cancilleres de ambas naciones sobre los propósitos de colaboración amistosa que los animan en todo lo que se refiere al estudio, explotación de las riquezas y demarcación de límites en la Antártida sudamericana.

Ese documento contiene antecedentes que contribuyen a mostrar la firmeza con que chilenos y argentinos han hecho valer siempre ante el mundo los derechos respectivos que los asisten, en cuanto al dominio de las tierras en referencia, derechos basados en títulos históricos, geográficos, jurídicos, diplomáticos y administrativos de inmueble validez.

La Prensa, refiriéndose al éxito de la visita, dijo:

Regresan hoy los huéspedes chilenos y nos dejan una grata impresión. Pensará, sin duda, el Presidente chileno que ha trabajado para su país, y lleva esa íntima satisfacción, además de la de haber comprobado cuánto se

quiere aquí a Chile. Pero si además pensara que ha trabajado para la causa común de la libertad de los americanos y de la solidaridad con que deben defenderla, su satisfacción sería mayor e igualmente legítima.

La Associated Press, con fecha 12 de julio, reproduce la impresión dejada en Argentina por el Presidente de Chile:

Buenos Aires, 12.- (A.P.) Con la partida del señor Gabriel González Videla, los veteranos conservadores diplomáticos hacen notar la entusiasta acogida que recibió de parte de todos los grupos del pueblo argentino, y expresan que desde que el extinto Presidente Roosevelt visitara Buenos Aires, en 1936, ningún Jefe de Estado extranjero había logrado conquistarse tan plenamente la simpatía del público.

Durante los seis días de permanencia en la Argentina, la mayor parte de las actividades del señor González Videla fueron radiodifundidas por una red nacional, y su aparición en público fue siempre la señal para un espontáneo saludo con vítores y aplausos.

En el aeropuerto de Morón al tomar el avión de regreso.



Décima Parte

COMUNISTAS DESATAN
LA VIOLENCIA.
SU COMPORTAMIENTO
EN EL GOBIERNO

HUELGA DE LOS AUTOBUSES OCASIONA MUERTOS Y HERIDOS

Violentos incidentes crearon los choferes y cobradores de autobuses en huelga en varias partes de la ciudad de Santiago, ocasionando la muerte de cuatro personas y más de veinte heridos, entre pasajeros, soldados y transeúntes.

El Ministro del Interior, Luis A. Cuevas, declaró que estos luctuosos hechos fueron planeados en una reunión que tuvieron los choferes, en la noche, con su directiva, formada en su totalidad por miembros del Partido Comunista.

Por su parte, la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH), que obedecía a la dirección socialista, entregó una declaración en la que responsabilizaba también al Partido Comunista de estos hechos. En su parte pertinente decía:

Los hechos producidos anoche son la consecuencia de los métodos típicos del Partido Comunista, el cual toma las directivas de los gremios, especula con las aspiraciones de éstos, para lanzarlos después a movimientos huelguísticos sin preparación previa y, finalmente, para utilizarlos en los intereses políticos de dicho partido. Este es el caso de la presente huelga. Ante el fracaso de ella, han recurrido, como siempre, a lanzar a los trabajadores a la violencia, al crimen y al asesinato. Estos hechos los condena, enérgicamente, nuestra organización y responsabiliza, en primer lugar, al Partido Comunista y, en segundo lugar, al Intendente de la provincia, René Frías (comunista), quien tiene a su cargo la fuerza pública y, por consiguiente, es el responsable directo de sus actuaciones.

Frente a la gravedad de los acontecimientos —que produjeron conmoción pública— fui visitado por el Presidente del Senado, Arturo Alessandri, y por el de la Cámara de Diputados, Juan Antonio Coloma. Asimismo lo hicieron los presidentes de casi todos los partidos políticos, quienes estaban de acuerdo en que se adoptaran las más severas medidas para poner punto final a estos hechos atentatorios contra la seguridad del país.

En efecto, esa misma noche firmé el decreto que declaraba a la provincia de Santiago en "zona de emergencia" durante treinta días, y así el Ejecutivo quedó facultado para restringir la libertad personal, la de imprenta y también el derecho de reunión.

El mando de la provincia pasó del Intendente a la autoridad militar, y de inmediato tomó la dirección de la Plaza el Jefe de la II División, General Rafael Fernández Reyes.

Se inician los ataques al Presidente de la República

Al día siguiente, el Partido Comunista y su prensa desencadenaron una provocadora e insultante campaña en mi contra, por la dictación del decreto aludido, que permitió imponer de inmediato el orden, la tranquilidad y la cesación de la violencia en las calles de la capital.

Herido en lo más íntimo de mi conciencia por esta felonía del Partido Comunista, colectividad política por la que me había jugado entero y contra todos a fin de mantenerla en el Poder, y cuando aún sus Intendentes, Gobernadores, jefes de Servicios y otros funcionarios permanecían en el Gobierno, gracias a mi personal decisión, creí de mi deber, como Jefe del Estado, hacer a los dirigentes comunistas una advertencia pública: *que mi paciencia y mi tolerancia habían llegado a su término*, y dar una réplica a sus injustas y provocadoras acusaciones.

Capítulo II

ROMPIMIENTO CON EL PARTIDO COMUNISTA

Con tal objeto, di precisas y terminantes instrucciones para que el Ministro del Interior hiciera difundir por cadena nacional, el mismo día, estas declaraciones:

El Presidente de la República, por la lealtad que debe al país y, particularmente, a las clases trabajadoras, está en el deber de no dejar pasar las audaces afirmaciones que contiene la declaración de la Comisión Política del Partido Comunista y publicada en el diario *El Siglo*, su órgano oficial.

Frente a esas declaraciones, el Presidente de la República debe responsabilizar ante el país a los únicos culpables directos y materiales de los luctuosos sucesos del 12 del presente. Lo hace al comprobar la deslealtad con que la Comisión Política del Partido Comunista pretende soslayar su intervención en estos hechos y descargar sobre las Fuerzas Armadas, sobre el Gobierno y sobre el Presidente de la República la consecuencia de los actos delictuosos ejecutados por un grupo de exaltados y, en algunos casos, ebrios, que dispararon a mansalva y cobardemente sobre pacíficos elementos del pueblo en un barrio popular de Santiago, en horas que regresaban a sus hogares, la tarde del día mencionado.

Declara el Presidente de la República que en los mismos momentos en que grupos perfectamente organizados, que obedecían instrucciones impartidas por los dirigentes de la huelga, asaltaban los microbuses, en su sala de despacho trataba con uno de los dirigentes de la Confederación de Trabajadores de Chile, militante del Partido Comunista, la forma de solucionar el conflicto pendiente. Mientras ese dirigente aparecía colaborando con el Gobierno en su solución, muchos de sus compañeros de partido procedían a herir a otros elementos del pueblo y a atentar contra la fuerza pública que garantizaba con su presencia la vida de los habitantes.

Responsabilidad del Partido Comunista

Los actuales dirigentes del Partido Comunista no pueden eludir la responsabilidad que les cabe en los asaltos cometidos la tarde del día 12, por la influencia efectiva que tienen en el gremio de choferes y cobradores

de micros que estaban en huelga. Esos individuos fueron previamente armados, lo que demuestra el propósito preconcebido de producir desórdenes y llegar al uso de armas.

En este sentido, la acusación de la CTCH socialista es clara y terminante. Los hechos, y en ello están contestes los informes recibidos por el Gobierno, prueban que el ataque partió de grupos de huelguistas comunistas exaltados.

No puede menos que extrañar al Presidente de la República la actitud con que hoy los dirigentes del Partido Comunista pretenden presentarse ante las clases trabajadoras, responsabilizando al Gobierno de los hechos últimos. Olvidan que miembros del Partido Comunista fueron designados por el Ejecutivo para cargos de la personal confianza del Presidente de la República, y se mantienen tranquilamente en el disfrute de sus sueldos, sin que hasta este momento se haya sabido de una sola actitud de ellos que demuestre que están en desacuerdo con el Presidente de la República o con el régimen que representa. La consecuencia que el Partido Comunista reclama entre la palabra y los actos debe comenzar por demostrarla y no exhibirse en la falsa posición de quienes critican a un Gobierno del cual forman parte y se quedan en los altos cargos, disfrutando del Poder que dicen repudiar.

Con evidente impudicia, el diario *El Siglo* pretende encontrar una contradicción entre las palabras que pronunciara como candidato de la izquierda a la Presidencia de la República y la actitud que ha debido adoptar como Jefe del Ejecutivo.

Pero jamás ha prometido que no empleará la autoridad y la fuerza para impedir los desmanes y los crímenes de grupos fanatizados que atentan, precisamente, contra el pueblo indefenso al cual prometió defender, y lo está haciendo.

Se equivocan los comunistas

Se equivocan los actuales dirigentes del Partido Comunista si creen que el Presidente de la República será un instrumento de sus designios. Lo han sabido de sus propios labios sus dirigentes y, si lo han olvidado, en esta oportunidad se lo recuerda en la forma más terminante.

Aun más, debe decirles que frente a nuevos desmanes, frente al ataque a mansalva y cobarde de elementos armados, el Presidente de la República no sólo empleará la fuerza para garantizar la vida de todos los habitantes, sino que personalmente asumirá todas las responsabilidades de sus actos

con una hombría que los dirigentes del Partido Comunista no han tenido hasta este momento.

El Presidente de la República desea que esta declaración, que se dirige en particular a la clase trabajadora, sea meditada por ella. Ha llegado el momento de deslindar responsabilidades muy claras. Han sido los dirigentes actuales del Partido Comunista quienes han obligado al Jefe del Estado a asumir esta actitud, y, al hacerlo, debe reiterar, una vez más, con serena firmeza, que cumplirá el programa nacional ofrecido al país; dará a obreros y empleados el bienestar que reclaman; que la fuerza pública jamás será empleada para coartar los derechos constitucionales y sociales del pueblo, y no permitirá que, con una falaz demagogia, el Partido Comunista pretenda asumir la responsabilidad exclusiva de la clase trabajadora.

Esta declaración, reproducida a grandes caracteres por toda la prensa del país, trajo una ola de satisfacción y alivio, especialmente aquella en que afirmo:

“Se equivocan los actuales dirigentes del Partido Comunista si creen que el Presidente de la República será un instrumento de sus designios”;(1)

El Partido Socialista exige más

El Comité Central del Partido Socialista, sin embargo, me exigió algo más en su severa declaración del 15 de junio, que textualmente decía:

Para que las declaraciones de Su Excelencia tengan verdadera importancia en la marcha política del país, es necesario que se concreten medidas para *eliminar toda intervención del comunismo en la administración pública.*

Y agregaba acusadoramente:

La actitud del Partido Comunista contra S. E. el Presidente de la República es el resultado de las amplias facilidades otorgadas a éstos.

(1) Diarios *La Opinión*, *El Mercurio*, *La Nación*, *El Diario Ilustrado*, ediciones del día 15 de junio de 1947.

El favoritismo hacia el Partido Comunista ha llegado últimamente hasta en la designación de los delegados a la Conferencia de Ginebra y en la de los miembros del Consejo de la Caja de los Ferrocarriles.

ANECDOTICO RELATO DE LUIS ALBERTO CUEVAS,
MINISTRO DEL INTERIOR,
AL PERIODISTA RAFAEL OTERO

Con la fuerza imaginativa de la pluma de Rafael Otero, reproduzco de la Revista *PEC*(1) el relato, verídico en su contexto general, que hiciera nueve años después Luis Alberto Cuevas, en el que participó como coactor Darío Poblete, que durante los seis años de mi Gobierno desempeñó el cargo de Ministro Secretario de Gobierno, con singular eficiencia y devota lealtad.

Cuenta Luis Alberto Cuevas:

En la tarde y la noche del jueves 12 de junio de 1947 violentos incidentes provocados en los terminales de locomoción colectiva provocaron cuatro muertos y veinte heridos. Un chofer fue apuñaleado por la espalda, dentro de su máquina, cuando intentaba sacarla a trabajar.

El Siglo rasgó sus vestiduras, culpando de los hechos a la "intransigencia de los empresarios franquistas" y "a la intervención de la fuerza pública en contra del pueblo".

El viernes 13 no fue fácil hablar con el Presidente González. Estaba entre sus sueños de amor con el comunismo y los hechos. El había criticado duramente lo ocurrido durante la Vicepresidencia de Duhalde, y ahora estaba frente a un cuadro semejante. ¿Sería posible que en la mañana los tres más altos dirigentes del Partido Comunista le hubieran jurado una cosa, y que en la tarde las huestes del partido hubieran hecho otra? ¿No era él el único que conocía "el lenguaje comunista"?

El sábado 14 de junio el Presidente se levantó más temprano que de costumbre, porque su tradicional insomnio estaba acentuado por la cadena violenta de hechos: tensión en la capital, racionamiento de gas, racionamiento de energía eléctrica, disminución del movimiento ferroviario y los centenares de informes acumulados en su mesa sobre las actividades revolucionarias comunistas. El había pedido ser el único que "se entendiera" con los comunistas y ahora debía "entenderlos".

(1)*PEC*, edición del 6 de enero de 1966.

Todavía en pijama leyó *El Siglo*. La obscuridad y el frío invernal desaparecieron de súbito. Gabriel González Videla lo vio todo rojo. En primera página, una extensa declaración de la Comisión Política del Partido Comunista, responsabilizando al Gobierno de lo ocurrido, pidiendo enérgicas sanciones para los culpables, "por muy alta que sea su situación". Adentro, en un lastimero editorial lavatorio de manos, el partido recordaba mefistofélicamente:

"Con toda razón el actual Presidente de la República, señor González Videla, dijo en la memorable tarde del domingo 21 de julio de 1946, en el Salón de Honor del Congreso Nacional: 'Soy y seré una amenaza para todo abuso de la fuerza pública en contra del pueblo indefenso que, en uso de sus derechos soberanos, haga oír su voz, por estridente que ella sea. En mi Gobierno no se ametrallará al pueblo, ni su sangre generosa será derramada en las calles y plazas de las ciudades. Jamás, os lo prometo, pueblo de Chile, la fuerza pública será instrumento de represión en contra del pueblo. Un Gobierno del pueblo no necesita de espías, de verdugos o soplones para su seguridad. Le bastan la confianza y el respaldo del pueblo de Chile'."

El Presidente, colérico, llama a Darío Poblete

Darío Poblete Núñez, Secretario General de Gobierno, contestó soñolientamente el teléfono, para escuchar al otro lado una voz inconfundible, aunque difícilmente comprensible en ese instante. Juntando sílabas y recomponiendo estrépitos vocales, Poblete pudo reconstruir una orden:

—Levántese y véngase tal como esté. Póngase un abrigo encima del pijama. No se bañe, no se afeite: lo quiero inmediatamente en La Moneda.

Solamente los viejos amigos de Gabriel González Videla podían mantener la calma en los momentos en que el Presidente de la República se enfurecía. Un largo historial de bofetadas a Ministros y servidores, en presencia de testigos, lo clasifican como el Mandatario más explosivo que ha tenido el país.

Darío Poblete leyó las páginas de *El Siglo* que le lanzaba Gabriel González. Protegido tras su pipa, soportó las andanadas con que comenzaba a elaborar su cólera presidencial. A los gritos, tomó papel y lápiz:

—Escribe... sin cambiarle ni una coma... Quiero oírlo al mediodía en cadena nacional... Escribe...

Son las dos carillas más ásperas, insultantes, descomedidas y brutales

que jamás ha debido oír y reproducir Darío Poblete. No hablaba el Presidente de la República: bramaba e injuriaba un hombre herido en el alma por su amante más solícita.

Intentando hacerlo reflexionar, Darío Poblete preguntó:

—¿Qué hago con esto, Presidente?

—¡Ya te dije! Sácalo en limpio, *sin cambiarle ni una coma*, y que Lucho Cuevas lo haga leer por cadena nacional de radios. Lo voy a escuchar en Viña. ¡Quiero oírlo a la una...!

—Bien, Presidente.

Darío Poblete no era ni es torero, pero conoce las reglas de la tauromaquia, y, tranquilamente, hizo copiar textualmente las dos páginas de insultos y llamó al Ministro del Interior, pidiéndole que en cuanto estuviera listo se viniera a La Moneda, porque le tenía un encargo urgente del Presidente.

Darío Poblete transmite la orden a Luis Alberto Cuevas

A las diez de la mañana el Secretario General de Gobierno pasó las dos carillas a máquina al Ministro del Interior y le dijo:

—El Presidente quiere que se lea esta declaración suya por cadena de radios a la una. No quiere que se le cambie ni una coma.

Y se sentó, mirando socarronamente a Luis Alberto Cuevas, mientras el Ministro leía la fabulosa colección de denuestos. Cuando terminó, lo interrogó sonriente:

—¿Qué vas a hacer?

—No voy a transmitir esto.

—El Presidente dio órdenes precisas...

Cuevas se niega a transmitir la réplica

—Así, será, pero no lo voy a transmitir. Estas no son palabras ni expresiones que pueda decir un Mandatario, por respeto a sí mismo. Con las mismas ideas redactaré otra declaración.

—Yo he cumplido con el encargo del Presidente...

—Y yo cumpliré con mi deber: si veo a un amigo al borde de un barranco, no debo empujarlo, sino detenerlo, aunque sea violentándolo. Eso es lo que haré.

Ambos sabían que la situación era difícil. Sin perder ninguno de los conceptos o ideas de la primitiva declaración de Gabriel González, a la una

de la tarde todas las radios del país trasmitían la réplica presidencial a la edición de *El Siglo* de ese sábado 14 de junio.

La réplica de la declaración original dictada por Gabriel González al Secretario General de Gobierno, Darío Poblete, y suavizada y dulcificada por el Ministro del Interior, Luis Alberto Cuevas, terminó de leerse por cadena nacional a las 13.10 horas.

El Presidente estalla de ira

A las 13.20 sonó el teléfono directo del Ministro. La voz del Presidente no dio tiempo para réplicas.

-¡Quién es el Presidente aquí, mierda...!

Luis Alberto Cuevas no alcanzó a responder a Gabriel González, porque el Mandatario cortó, furioso, en el Palacio del cerro Castillo, en Viña del Mar. Le habían cambiado su desahogo y estaba indignado.

El Ministro llamó a su secretaria y le ordenó separar los papeles privados de los públicos y empaquetarlos:

-Después de este llamado no hay arreglo con el patrón...

Pero hubo. El lunes, Gabriel González llegó de Viña del Mar hecho una seda. Más de tres mil telegramas llegaron a La Moneda felicitándolo por su "firme y serena declaración". El Intendente de Palacio, Escanilla, se los había leído telefónicamente. *El Siglo* publicó íntegro el texto, reproduciendo nuevamente la declaración de la Comisión Política, sin comentarios. Después, silencio y timidez. El golpe había sido categórico. El martes habló en la Cámara Ricardo Fonseca. Todos esperaban una cata-pulta. Sus palabras fueron medidas, pusilánimes, cautas. ¡Ellos eran inocentes...!

COMPORTAMIENTO COMUNISTA EN EL GOBIERNO

No habían pasado quince días de estar instalados los comunistas en el Gobierno cuando emprendieron su labor sectaria. Lo primero que hicieron fue apoderarse de la dirección de todos los gremios y los puestos directivos en las Juntas de Vigilancia encargadas del reparto de los artículos de primera necesidad, especialmente del aceite. Su principal ofensiva estaba destinada a desbancar a los socialistas e independientes de toda representación sindical o gremial y de los cargos administrativos o fiscales.

Por su parte, el director del Comisariato, señor Exequiel Jiménez, me denunció, en esos mismos días, el reparto arbitrario del aceite. Los comunistas lo distribuían exclusivamente a sus camaradas, con la complicidad del dirigente de ese partido Luis Sandoval, jefe de Abastecimiento de dicho Comisariato. Me hizo entrega, además, de una circular secreta del Partido Comunista, cuyo facsímil reproduzco:

COMPAÑEROS:

Con relación a la circular anterior deben tener presente que deben cumplirse los siguientes puntos:

Primero. Seguir la agitación para la sindicalización campesina, antes que los reaccionarios liberales traten el proyecto de sindicalización campesina, que piensan meter en el Congreso, porque teniendo los sindicatos formados, no podrán obligarnos a cambiar la formación de ellos y así podremos plantear de inmediato nuestras reivindicaciones y declarar las huelgas conforme a las disposiciones vigentes y presionar así al Gobierno.

Segundo. Hay que agitar en todos los barrios la formación de las Juntas de Vigilancia y dar a la SENADECO mayor movimiento, enviando delegados a ella. No debe invocarse el nombre del partido, pero los puestos directivos deben tenerlos *exclusivamente* nuestros militantes. Hay que salir por las calles voceando las consignas de la circular principal última.

Debemos intensificar la lucha en los sindicatos, para *desbancar a los socialistas*. Hay que hacer listas de los que pueden darse vuelta y de los intransigentes, para tenerlos presentes.

SECRETARIA DE INTERIORES, SANTIAGO, CHILE, 1935.

EL DOCUMENTO

A continuación reproducimos en la forma del documento que servía de base que contiene el contenido la lectura de estos elementos en el texto del país.

Circular confidencial anexa--



COMPANEROS

Con relación a la circular anterior deben tener presente que deben cumplirse los siguientes puntos:

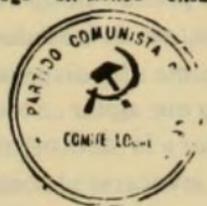
PRIMERO.— Seguir la agitación para la sindicalización campesina, antes que los reaccionarios liberales traten el proyecto de sindicalización campesina, que piensan meter en el congreso, porque teniendo los sindicatos formados, no podrán obligarnos a cambiar la formación de ellos y así podremos plantear de inmediato nuestras reivindicaciones y declarar las huelgas conforme a las disposiciones vigentes y presionar así al Gobierno.

SEGUNTO.— Hay que agitar en todos los barrios la formación de las Juntas de Vigilancia y dar a la SENADECO mayor movimiento, enviando delegados a ella. No debe invocarse el nombre del partido, pero los puestos directivos deben tenerlos exclusivamente nuestros militantes. Hay que salir por las calles voceando las consignas de la circular principal última.

Debemos intensificar la lucha en los sindicatos, para desbancar a los socialistas. Hay que hacer listas de los que pueden darse vuelta y de los intránsigentes, para tenerlos presentes.

Pronto tendremos otras mercaderías, fuera del aceite, para repartir en los barrios. Hay que hacerle ambiente al compañero Sandoval, jefe del Departamento de Abastecimiento del Comisariato, el que pronto tomará medidas drásticas para favorecer al pueblo, a cuyas medidas se opondrá el actual Comisario General, E. Jimenez, quien quiso oponerse al nombramiento del compañero Sandoval y a quien defenderemos en las calles, si el reaccionario de Jimenez pretende hacerle la cama.

Devuelva esta circular al Regional, porque hay que darle a conocer a otras células y tener que fiscalizar su trayectoria, para que no caiga en manos enemigas.



**COMUNISTA DE CHILE
COMITE LOCAL**

Quiero: relación a la circular anterior, deben

MERO—Seguir la agitación para la sindicalización campesina, antes que los reaccionarios liberales traten el proyecto de sindicalización

Circular confidencial anexa. tener presente que deben cumplirse los siguientes

sindicalización campesina, antes que los reaccionarios liberales traten el proyecto de sindicalización campesina que piensan meter en el congreso.

Pronto tendremos otras mercaderías, fuera del aceite, para repartir en los barrios. Hay que hacerle ambiente al compañero Sandoval, jefe del Departamento de Abastecimientos del Comisariato, el que pronto tomará medidas drásticas para favorecer al pueblo, a cuyas medidas se opondrá el actual Comisario General, E. Jiménez, quien quiso oponerse al nombramiento del compañero Sandoval y a quien defenderemos en las calles, si el reaccionario de Jiménez pretende hacerle la cama.

Devuelva esta circular al Regional, porque hay que darla a conocer a otras células, y tenemos que fiscalizar su trayectoria para que no caiga en manos enemigas.

PARTIDO COMUNISTA DE CHILE
COMITÉ LOCAL

Por último, el mismo Jiménez puso en mis manos una denuncia del Frente Nacional de la Vivienda, de fecha 21 de noviembre, firmada por su presidente y secretario, acompañada de un centenar de tarjetas de racionamiento del aceite emitidas por los funcionarios comunistas.

Durante los meses de noviembre y diciembre en la prensa y en el Parlamento se desató una violenta campaña contra el Partido Comunista, en el cual se comprometía al Gobierno por el negociado del aceite.

(Acompaño algunos facsímiles de la prensa socialista, denunciando el negociado. Véase *La Opinión* del 21 de noviembre y 7 de diciembre.)

Intervine personalmente para terminar con este abuso y llamé al Ministro comunista de Agricultura, señor Concha, para que pusiera fin a esta distribución arbitraria que desprestigiaba al Gobierno.

Concha me explicó que ignoraba tal hecho, pero que lo iba a investigar inmediatamente y me traería a las pocas horas un completo informe.

Efectivamente, al poco rato Concha volvió para informarme que todo era falso; falsa la circular secreta y falsas las tarjetas de racionamiento que habían sido entregadas por la Junta Nacional de Abastecimientos. Agregó que todo era una confabulación urdida por la "reacción, el fascismo y el imperialismo, secundados por los trotskistas socialistas".

A pesar de estos desmentidos, cuya procedencia era de muy conocidos clisés, llamé al Ministro de Economía, señor Bossay, para que de inmediato entregara la responsabilidad del reparto del aceite al director del Comisariato, sin intervención de ningún funcionario comunista.

Comunistas siguen vendiendo ilegalmente tarjetas de "racionamiento" de aceite

CEUZARA Contra los Espectadores
Comite de Subcomandante
MONTA BARRAL

Huelga operadores de teatros Presi
mucho enjuiciada anoche

INDIGNACION PROVOCA ESCANDALO COMUNISTA EN LA VENTA DE ACEITE

DE TODOS LOS BARRIOS SURGEN PROTESTAS CONTRA ESTE NEGOCIO QUE CUESTA MILLONES DE DOLARES

En 450/0 ha subido precio de la carne

En un estudio en el Ministerio a 12 pesos el kilo de carne de vaca, se le asigna un aumento de 45/0 en el precio de la carne de cerdo, a este artículo, que pasa de 8.40 al kilo en vaca. En otras provincias de 40/0 de mayor precio, en las ferias, como en las ciudades.

INDIGNACION DE FUNCIONARIOS
CEUZARA S. S.

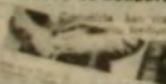
QUITADA A BARRALLI
LA QUITA FINANZIADA

Insurrección popular

Ofrecen en venta vales para adquirir aceite a quienes ingresen al Partido Comunista

La Cámara pide que se investiguen negociados comunistas en el aceite

Unanimidad aprobó un proyecto de acuerdo en este sentido. - El diputado señor Carlos Rozas acusa al Gobierno de acaparar un millón y medio de litros de este artículo de primera necesidad



Es inaceptable que partidos... cuando dificultades

grave escándalo en la venta del aceite

El ministro de Hacienda

Ministerio de Hacienda

Mientras tanto, la Cámara de Diputados acordaba una investigación parlamentaria con el mérito de la circular secreta del Partido Comunista y el centenar de tarjetas de racionamiento entregadas por los denunciantes.

El terror comunista en los gremios obreros

La ola de terror desencadenada por los comunistas, y que los dirigentes socialistas venían denunciando día a día en el Norte y Sur del país, se intensificó en la zona del carbón de Lota y Coronel, donde el Partido Comunista ejercía una tiranía sindical a sangre y fuego.

Dos destacados dirigentes socialistas, Pedro Arbulú, secretario de la Seccional de Lota, y el delegado a la CTCH, el obrero Evaristo Ortiz, fueron abatidos a tiros por la "checa"(1) comunista a la salida de la Oficina del Trabajo, el día 7 de diciembre de 1946.

Una ola de indignación y de protesta se levantó en todo el país, sin distinciones políticas, por tan bárbaro crimen cometido a sangre fría; crimen político que el país no estaba acostumbrado a presenciar.

Llamé inmediatamente al Ministro del Interior, para que tomara en sus manos las más extremas medidas a fin de detener y entregar a la Justicia a los responsables, cualquiera que fuese su vinculación política, y se reforzara la fuerza de carabineros de la zona del carbón, con estrictas instrucciones de proceder contra todo atentado a la vida de los obreros.

Hice llamar al secretario general del Partido Comunista, Ricardo Fonseca, quien llegó acompañado del diputado Natalio Berman, y les expresé que el Gobierno no toleraba ni permitía el ejercicio de la violencia y el crimen en las luchas sindicales. Que lo ocurrido en Lota era una vergüenza para el país y la regresión a la ley de la selva.

Fonseca y Berman me desmintieron que los asesinos fueran comunistas, y, por el contrario, sostuvieron que su partido no empleaba el terror ni la violencia; que era, en fin, un partido legalista y adicto a los procedimientos democráticos. Sin escrúpulos de conciencia, se atrevie-

(1)*Checa*: Organización secreta del Partido Comunista, destinada a la persecución, eliminación y muerte de los obreros que se oponían a sus planes.

ron a acusar a los propios socialistas como los agresores de sus camaradas.

Fonseca terminó diciéndome:

-No se deje engañar, Presidente. Esta campaña desatada contra el Partido Comunista es obra del fascismo, de la reacción y del imperialismo..., ¡los mismos que están fraguando su derrocamiento!...

REACCION SOCIALISTA
ANTE EL ASESINATO DE DOS DE SUS
DIRIGENTES DEL CARBON

El primero en levantar su protesta por este alevoso crimen fue Aniceto Rodríguez, secretario general del Comité Regional Socialista de Santiago, quien dijo en un manifiesto público:

Declaro enfáticamente que los comunistas no lograrán sus deleznales propósitos. Los militantes socialistas tienen una capacidad de lucha que no reconoce límites, y demostraremos a la opinión pública que aquí en Santiago hay un partido que en forma viril se pone de pie para defender a Chile y a su clase obrera del *fascismo rojo* que, al amparo de la debilidad del Gobierno, pretende campear libremente en el seno de la clase obrera.

Llamo a todos los socialistas y sectores independientes a montar guardia permanente para defender las vidas de los ciudadanos que no aceptan la *prepotencia totalitaria del comunismo*, robusteciendo al máximo la capacidad defensiva de los cuadros obreros que aspiran a forjarse su propio destino al margen de las imposiciones de la *diplomacia soviética*.

Por su parte, Raúl Ampuero, en nombre del Comité Central del Partido Socialista, y en su carácter de secretario general, lanzaba su anatema contra el terror rojo en la zona del carbón, asegurando que los comunistas pretendían "hacer desaparecer al Partido Socialista, aprovechando la debilidad del Gobierno". Y solicitaba a la Corte Suprema la designación de un Ministro en Visita, petición que el Gobierno hizo suya.

En el Senado, Salvador Allende se une a la protesta y acusación

Pero las proyecciones de estos asesinatos no quedaron allí; en el Senado, Salvador Allende condenó al Partido Comunista en duros térmi-

negociaciones con la Misión Comercial Chile y Argentina, señores Gabriel por la costa del Pacífico y Chile hará
chilena encabezada por el Senador González Vialta y el General Peron. lo mismo a través de Mendoza.

Brutal masacre hicieron comunistas en zona del carbon

ASESINADOS DIRIGENTES SINDICALES SOCIALISTAS

hazorra comunista agredió con laques y revólveres a los asistentes a una reunión del P.S.
Panificadores llaman a la clase obrera a defender sus vidas
PROFESORES PROTESTAN POR EL DOBLE HOMICIDIO
CTCH PIDE A S. E. GARANTIAS PARA LOS TRABAJADORES LIEDES



Príncipe Bertil arribó ayer a Santiago

Indignación pública ante el doble asesinato perpetrado en zona del carbón

LA CLASE OBRERA CONDENA EL NUEVO CRIMEN DE LOS COMUNISTAS

EL PARTIDO SOCIALISTA PIDE A LA CORTE DESIGNACION DE UN MINISTRO EN VISITA EN LOTA

Socialistas adoptan medidas extraordinarias para prevenir

ENERGICA CONDENACION DEL TERROR COMUNISTA

se manifestó ayer en el Congreso.—Vibrantes discursos de los senadores Allende, Errázuriz, Rivera y del diputado Tanco.—“La ocurrido en Lota— dijo el señor Errázuriz—constituye la advertencia más alarmante”



ANTECEDENTES LAPIDARIOS

A mil argucias recurrieron comunistas para robarse
trece millones de pesos en el Sindicato de Chinitos

nos, responsabilizándolo de estos asesinatos, con las siguientes palabras:

Por desgracia, señor Presidente y H. Senado, en los últimos días los hombres del Partido Socialista han recibido una agresión violenta de parte de elementos del Partido Comunista. Diversos hechos acaecidos en distintas partes, pero que se repiten con dramática monotonía, nos obligan a hacer presente nuestra protesta y a hacer una advertencia.

A estos hechos, de por sí graves, hay que agregar, señor Presidente, lo ocurrido tan sólo hace cuarenta y ocho horas en Lota. Allí han muerto, asesinados, los obreros socialistas Pedro Arbulú y Evaristo Ortiz, en una disputa con obreros comunistas.

Rindo homenaje a los camaradas caídos en Lota, cuya única culpa fue la de ser leales al Partido Socialista. Junto con rendir este homenaje, elevo mi más enérgica protesta en nombre de los socialistas por lo allí acaecido y pido una especial preocupación de parte de la Justicia para establecer totalmente los hechos ocurridos.(1)

En la Cámara, González Olivares hace una relación de los socialistas asesinados por los comunistas

En la Cámara, en medio de graves desórdenes promovidos por los comunistas, el diputado socialista señor González Olivares, a nombre de su partido, responsabilizó al Partido Comunista de su acción totalitaria, y al igual que el senador Allende, dio a conocer en dramática lista el número de obreros socialistas asesinados por los comunistas desde que asumieran cargos en el Gobierno.

Junto con rendir un homenaje emocionado a los dos socialistas asesinados, terminó diciendo:

Voy a demostrar a la H. Cámara y a mi colega Berman que no son éstas las primeras ni las últimas víctimas, detallando a continuación sólo las más recientes del año en curso:

René Tapia, muerto en La Calera; Javier Jara, muerto en la Comuna de San Miguel; Alamiro Quinteros, muerto en la Planta Hidroeléctrica de Sauzal, en Rancagua; Pedro Arbulú y Evaristo Ortiz, muertos en Lota;

(1)Boletín de Sesiones del Senado del día 11 de diciembre de 1946.

José Aravena, Angel Castro y Luis Alberto Arratia, asaltados y apuñaleados en Coronel; Roberto Figueroa, apuñaleado en Nogales, Calera; Alberto Bravo, regidor de la Comuna de Maipú, baleado y convaleciente; doctor Valencia, castigado y amenazado por los comunistas del mineral de Lota, todos los cuales han sido víctimas del terrorismo implantado por los comunistas, cumpliendo consignas de su partido, lista macabra que agregamos al haber del Partido Comunista como uno de los hechos más sobresalientes de la UNIDAD NACIONAL.(1)

*En el Senado Carlos A. Martínez levanta su voz
por estos asesinatos*

Al día siguiente, nuevamente en el Senado, el senador socialista y líder obrero Carlos Alberto Martínez unía su voz al coro de protesta y decía:

En la sesión de ayer del Honorable Senado, mi camarada de Partido el H. senador Salvador Allende se refirió en forma extensa al clima de violencia que impera en el campo sindical y del cual no es responsable el Partido Socialista.

Hoy queremos abundar en algunas consideraciones sobre esta materia, refiriéndome especialmente a los graves sucesos ocurridos en Lota, que la prensa oficial del Partido Comunista ha tratado de presentar como riña entre obreros socialistas que se habrían herido entre ellos mismos.

Como punto central que explica mejor que nada las continuas incidencias que se están sucediendo a través de todo el país, tenemos que hacer mención de un acuerdo de la comisión política del Partido Comunista, según el cual no debe existir en Chile nada más que un partido obrero, y que el Partido Socialista, tildado con los calificativos de "trotskista", "tercerfrentista", "gancho de la burguesía" y "servidor del imperialismo", debe desaparecer.

Y la consigna comunista se está traduciendo entonces en hechos, interpretada por elementos de base sin mayor capacidad política, en el ataque físico que ha ensangrentado ya diversas ciudades del país, y que al proseguirse en una violencia incalificable y sin intervención alguna de las autoridades, obligará a los socialistas a defenderse por sí mismos, en uso del legítimo y sagrado derecho de la defensa propia.

(1)Boletín de Sesiones de la Cámara de Diputados del día 11 de diciembre de 1946.

El caso de Lota es un ejemplo claro del régimen de terror con que se trata de intimidar a los socialistas para que entreguen el control total de la clase obrera organizada al Partido Comunista.(1)

Allende replica en el Senado

Intervino nuevamente en el debate el señor Allende para replicar a los ataques del Partido Comunista, y dijo:

En la sesión de ayer, con la absoluta tranquilidad de espíritu que infunde la conciencia limpia del hombre que no se despega de su clase y de su doctrina, di a conocer el peligro que significa la política de violencia que está imponiendo el sector comunista.

No puedo aceptar que hombres de otras tiendas vengan a discriminar en los hombres del Partido Socialista, pues son únicamente éstos los llamados a elegir quienes deben regir al partido y a eliminar a aquellos que no interpreten su sentir. ¿Con qué autoridad moral puede un senador comunista usar los calificativos de trotskistas, sirvientes del imperialismo y canallas de la burguesía, cuando ellos, que siempre han dispensado este trato a los que les son adversos, han recibido en sus filas a ex militantes del socialismo como César Godoy Urrutia, Natalio Berman y otros, a quienes también colmaron de ignominias cuando no estaban a su servicio.

Ahora debo ocuparme de inmediato en responder a las destempladas palabras del Honorable senador señor Guevara, quien a través de las absurdas e infundadas generalizaciones que ha hecho se ha referido tanto al Honorable senador don Carlos Alberto Martínez como al que habla.

Dije que era penoso dar el espectáculo de tener que discutir en el Senado las incidencias que se han producido en el seno de la clase obrera. El partido, por nuestro intermedio, alzó su voz, porque los socialistas hemos sido agredidos, vejados; porque se ha querido, mediante el empleo de la presión, de la violencia y de la fuerza, someter la pujanza, la independencia y la dignidad de un grupo de hombres que militamos en el socialismo.

El propio diputado Berman, cuando dejó la tienda socialista para incorporarse al Partido Socialista de Trabajadores, llegó a Lota, y al querer hablar allí, hubo de permanecer refugiado durante dos horas en la

(1)Boletín de Sesiones del Senado del día 12 de diciembre de 1946.

estación, protegido por fuerzas de Carabineros. Fue necesario traer una locomotora especial para que pudiera salir de la localidad, frente a la amenaza de elementos del Partido Comunista.

El señor Berman, el comunista de hoy, ha opinado y juzgado en la Cámara sobre lo sucedido en Lota, y se olvida, con liviandad de espíritu, de lo que le ocurrió cuando tuvo que huir de allí ante la prepotencia del Partido Comunista.(1)

Agregó que había palabras del señor Guevara que no podía tolerar, pues ni siquiera el más canalla ni el más irresponsable de sus enemigos políticos se había atrevido a lanzar acusaciones que pudieran afectar su honorabilidad.

Violenta acusación de la CTCH socialista por estos crímenes

La Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH), por intermedio de su secretario general, elegido hacía poco en el último Congreso, Bernardo Ibáñez, en los más duros términos, sintetizó así la enérgica protesta de la clase trabajadora:

El programa gubernamental de este Mandatario es en gran parte nuestro propio programa social y económico. Deseamos sinceramente que lo cumpla y cooperaremos socialmente como trabajadores y ciudadanos para que su Gobierno sea eficiente y progresista.

Su Gabinete ministerial está integrado por tres partidos políticos, dos de los cuales tienen una larga tradición democrática.

Lo integra también un grupo de tres personeros comunistas, partido que no es democrático sino totalitario; partido que busca el aplastamiento de la libertad y usa los mismos métodos políticos de los nazis; partido que está asolando con crímenes a modestos hogares de la clase obrera en su plan de dominar a sangre y fuego a los trabajadores chilenos; partido cuyos dirigentes son considerados en otros países como espías y agentes de una potencia extracontinental; partido, en fin, que trata de ocultar sus crímenes en la impunidad y en la fuerza del poder.

Tenemos por el señor Presidente respeto, estimación y simpatía cordial; pero aunque quisiéramos extender desde aquí a S.E. don Gabriel González Videla nuestra complacencia por la forma como ha iniciado sus

(1)Boletín de Sesiones del Senado del día 13 de diciembre de 1946.

altas tareas de Gobernante, no podemos hacerlo, porque un Presidente que se hace asesorar en sus tareas por dirigentes de un partido que admite y ampara en sus filas bandas de asesinos, provocadores y saboteadores profesionales, calumniadores y difamadores públicos, sin poner freno a sus desmanes, no puede inspirar la confianza serena, responsable y patriótica de los trabajadores de pensamiento libre y democrático, y tampoco de la opinión sana del país.

Hoy son modestos trabajadores llenos de fervor por los ideales de justicia y libertad los que caen baleados y asesinados por no compartir los métodos del totalitarismo staliniano en la vida ciudadana y en la vida orgánica de sus sindicatos. Mañana serán políticos e intelectuales que no se someten a ese yugo opresor los que sufran igual suerte.

Estamos sólo en el comienzo del terror rojo, ya iniciado desde el Poder con la indiferencia o la tolerancia de las autoridades. ¿Quién sabe si mañana puede ser hasta *el Primer Mandatario de la República la víctima de los métodos y planes totalitarios* de sus actuales colaboradores del Gobierno?

Nuevos obstáculos pone el Partido Comunista a la marcha del Gobierno

A la acción persecutoria desatada por el Partido Comunista, para colonizar a la clase obrera y destruir al Partido Socialista, unía su falacia para engañar a los obreros, mostrándose, como el dios Jano, con dos caras: una dentro del Gobierno, tomando responsabilidades, y otra demagógica, en la calle, protestando por los acuerdos que no eran gratos al pueblo, como las alzas de los precios.

Así, mientras sus Ministros, por ejemplo el de Agricultura, señor Concha, proponía en el Consejo de Gabinete, y obtenía su aprobación, el alza del precio del trigo que permitiría al agricultor una utilidad razonable para financiar sus siembras, y como consecuencia tenía que subir el precio de la harina y del pan, el Partido Comunista no sólo salía a la calle y organizaba concentraciones públicas para protestar contra estas alzas, sino que, colmando toda medida, y algo rayano en lo burlesco, el señor Fonseca, a la cabeza del Comité Político, me representaba oficialmente el desacuerdo del Comité Central por estas alzas.

Por supuesto que estas audiencias y las protestas respectivas aparecían al día siguiente en grandes caracteres en *El Siglo*, vocero oficial del Partido Comunista.

Pero al señor Fonseca no le quedaron deseos de montar otra vez estos shows demagógicos destinados a engañar a la masa obrera porque le manifesté, y reprendí, que no estaba dispuesto a tolerar que se le faltara el respeto al Jefe del Estado con esas ridículas comedias. Y di por terminada la entrevista.

Fue mi primer choque personal con el joven profesor Fonseca, elevado a la condición de jerarca del comunismo chileno, en el cargo de secretario general.

GOBIERNO DE ADMINISTRACION
POR DESACUERDO DE LOS
PARTIDOS POLITICOS

El 17 de julio de 1947, a mi regreso de Brasil y Argentina, inicié gestiones para ampliar la base ministerial de mi Gobierno. Con tal objeto, empecé por llamar a La Moneda al Comité Central del Partido Socialista; concurren el secretario general, Raúl Ampuero, y el subsecretario Humberto Soto.

A pesar de mis insistentes ruegos, fundados en imperativos de bien público, para que ingresaran al Gobierno, Ampuero, en cordiales frases, me expresó que su partido, por unanimidad, tanto en el Congreso de Concepción como en el último Pleno, había mantenido la línea de independencia política: lejos de la derecha y lejos del Partido Comunista.

—Es preferible —agregó— que usted se quede con el actual Ministerio radical y se organice una “Concentración Parlamentaria Democrática”, sin conservadores ni liberales ni comunistas, que facilite su acción de Gobierno.

Estériles resultaron mis argumentos para convencerlo de que la sugerencia tampoco era una fórmula viable, porque, además de ser inoperante, carecía de mayoría parlamentaria.

Llamé, entonces, a los conservadores, que se hicieron representar por su presidente, Horacio Walker, mi antiguo profesor y amigo, en quien encontré una favorable disposición a aceptar su ingreso al Gobierno. Sin embargo, me pidió que quedara en suspenso su aceptación mientras consultaba a la Junta Conservadora.

Luego hice citar al presidente del Partido Liberal, Gustavo Rivera, para imponerle de mi resolución de organizar un Ministerio de carácter nacional que diera amplio respaldo al Gobierno y a su programa.

Rivera me aseguró que obtendría de la Junta Liberal la aprobación para ingresar al nuevo Gabinete.

En la noche, invité a comer a La Moneda a los miembros del CEN, a los Ministros radicales y a varios parlamentarios del partido.

Encontré en todos ellos el mejor ánimo para facilitar mis gestiones de dar al país una combinación política fuerte y homogénea para llevar a la práctica la realización de un plan mínimo, en que se contemplaban la industrialización del país, la reforma de la Ley de Seguro Obligatorio, campaña contra la especulación y medidas rápidas y drásticas para detener el proceso inflacionista.

Al día siguiente, Horacio Walker concurrió a La Moneda para comunicarme que la Junta Ejecutiva había aceptado participar en el Gobierno, insinuándome la conveniencia del retiro de Intendentes, Gobernadores y jefes de Servicios de filiación comunista, petición reiterada también por el Partido Socialista y el Partido Liberal.

Exigencia liberal

Después de quince días de laboriosas gestiones con todos los partidos políticos para formar un Gabinete de carácter nacional, las di por terminadas y fracasadas

Los hechos se precipitaron cuando yo hacía los ofrecimientos ministeriales a los jefes de los Partidos Radical, Conservador, Socialista Unificado, Democrático y Liberal, que eran los siguientes:

A los radicales: Interior, Relaciones, Economía y Educación; a los conservadores: Obras Públicas, Salubridad y Agricultura; a los liberales: Hacienda, Defensa y Justicia; a los democráticos: Trabajo y Tierras y Colonización.

Después que todos habían aceptado mi ofrecimiento, Gustavo Rivera —con la sorpresa de todos los asistentes— me pidió la palabra y me informó que tenía instrucciones precisas de la Junta Liberal para plantear, como cuestión previa a la aceptación, que se fusionaran las Carteras de Hacienda y Economía y se designara como Ministro de ellas a Gustavo Ross.

Conteniendo mi natural reacción, serenamente le manifesté al presidente liberal que mi conciliación con los partidos políticos no podía llegar al extremo de abdicar de mis facultades privativas, tanto en la designación de los Ministerios como en el nombramiento de mis Secretarios de Estado.

No me explico hasta hoy por qué un político de tan hábil y experimentadas condiciones como era Gustavo Rivera, con quien me unía una vieja y estrecha amistad, y, en consecuencia, conocía mejor que nadie el celo y la intransigencia que yo empleaba para defender mis prerrogativas de Jefe de Estado, aceptó transmitirme ese acuerdo de la Junta Liberal, que sabía iba a merecer mi más terminante rechazo.

Y armándome de una paciencia desconocida por mí mismo, antes de dar por terminadas las gestiones, les propuse a los representantes liberales que consultaran con su directiva mi proposición ministerial. Estos me respondieron que no podían transmitir esa proposición si previamente no se aceptaba la condición impuesta por la Junta.

Frente a esta impolítica actitud, di por terminadas allí mismo las gestiones, agradeciendo a los demás jefes de partidos la atención que habían prestado a mi iniciativa de organizar un Gobierno Nacional.

Con serenidad, pero a la vez con firmeza y energía en el tono, les notifiqué que la intransigencia del Partido Liberal me obligaría esa misma noche a formar un Gabinete de Administración, que estaría integrado en parte por miembros de las Fuerzas Armadas, en cumplimiento de la obligación constitucional que pesaba sobre mí de dar Gobierno a la República.

Efectivamente, pasadas las doce de la noche de ese día, juraba el nuevo Gabinete, de once miembros, con nueve personalidades apolíticas: siete civiles y dos altos Jefes de las Fuerzas Armadas, el General en Jefe del Ejército, don Guillermo Barrios Tirado, y el Jefe del Estado Mayor de la Armada, Contraalmirante don Inmanuel Holger.

El nuevo Ministerio de Administración

El Gabinete quedó formado así:

Ministro del Interior	CONTRAALMIRANTE INMANUEL HOLGER
Ministro de Relaciones Exteriores	GERMÁN VERGARA DONOSO
Ministro de Economía y Comercio	ALBERTO BALTRA
Ministro de Hacienda	JORGE ALESSANDRI R.
Ministro de Defensa	GENERAL GUILLERMO BARRIOS T.
Ministro de Educación	ENRIQUE MOLINA
Ministro de Salubridad	DOCTOR JOSÉ SANTOS SALAS
Ministro de Justicia	EUGENIO PUGA FISCHER
Ministro de Agricultura, Tierras y Colonización	RICARDO BASCUÑÁN S.
Ministro del Trabajo	JUAN PRADENAS MUÑOZ
Ministro de Obras Públicas	ERNESTO MERINO SEGURA.

Luego me dirigí al país con la declaración siguiente:

Antes de llegar a esta fórmula ministerial, el Presidente de la República agotó todos los recursos a su alcance para conciliar el espíritu de nuestra Carta Fundamental que establece el régimen presidencial de Gobierno, con la sustancia de nuestra democracia representativa fundamentada en los partidos políticos que cristalizan la opinión nacional.

Lo venció, por ahora, la intransigencia...

Tiene, sin embargo, el deber de gobernar. Lo haré con el apoyo de la opinión sana del país, con el respaldo incondicional de las Fuerzas Armadas, seguro de contar con el concurso generoso y comprensivo del pueblo.

La tradición constitucional de Chile se mantendrá.

Esta hora difícil será superada como tantas otras de nuestra historia.

¿Quiénes eran los nuevos Ministros?

El Ministro del Interior, Contraalmirante don Inmanuel Holger, era el Jefe del Estado Mayor de la Armada. Gozaba de un inmenso prestigio por su capacidad y competencia. Fue Edecán de don Pedro Aguirre Cerda.

El Ministro de Relaciones, don Germán Vergara Donoso, brillante diplomático y asesor de nuestra Cancillería, era uno de los funcionarios más distinguidos del Servicio Exterior y se había desempeñado en Francia, Inglaterra, Estados Unidos, España, Bélgica, Perú y en las Naciones Unidas con extraordinario éxito.

El Ministro de Economía, don Alberto Baltra Cortés, era el Subsecretario de la misma Cartera; uno de los fundadores de la Facultad de Comercio y Economía de la Universidad de Chile, de la que había sido decano y profesor, cargos que había cumplido con sobresaliente eficiencia, a pesar de su juventud.

El Ministro de Hacienda, don Jorge Alessandri Rodríguez, era una de las primeras personalidades del Gabinete, a quien siempre distinguí por sus excepcionales condiciones de capacidad y conocimiento de los problemas económicos y financieros. Estaba catalogado como el más autorizado personero de la producción nacional, lo que me llevó a nombrarlo vicepresidente del Consejo Nacional de Economía, donde había estado realizando una destacada y provechosa labor.

Su presencia en el Ministerio de Hacienda importaba una garantía y una promesa y daba al país sensación de confianza.

El Ministro de Defensa Nacional, General de División don Guillermo Barrios Tirado, era el Jefe de la Misión Militar en Estados Unidos; sin duda, uno de los Jefes más distinguidos y respetados, de una irreprochable conducta profesional, que lo hacía ser admirado por todos los miembros de las Fuerzas Armadas, por sus excepcionales condiciones de mando, de austeridad y de disciplina.

El Ministro de Educación, don Enrique Molina, conterráneo mío, era Rector de la Universidad de Concepción. Fue uno de los educadores más prestigiosos del país. Su labor docente había tenido repercusiones internacionales y le había valido sólido prestigio continental. Autor de varios ensayos filosóficos.

El Ministro de Salubridad, doctor José Santos Salas, era el Alcalde de Santiago. Fundador del Ministerio de Salubridad, al cual llegaba por tercera vez. Eran muy apreciadas sus dotes de organizador y sus experiencias, aumentadas por sus largas permanencias de estudio en el extranjero.

El Ministro de Justicia, don Eugenio Puga Fischer, era Superinten-

dente de Bancos, cargo que desempeñaba con gran eficiencia y prestigio, además de su Cátedra universitaria. Había sido también Ministro de Justicia en el Gabinete que se formó antes de asumir el Mando.

El Ministro de Agricultura, Tierras y Colonización, don Ricardo Bascañán, era un destacado ingeniero, que llegaba por segunda vez al Gobierno. Antes había sido Ministro de Obras Públicas, Cartera en la que demostró dotes de hombre de Estado, por su elevado criterio, ponderación en sus resoluciones y espíritu de organización.

Los Ministros señores Pradenas y Merino continuaron en sus Carteras de Trabajo y Obras Públicas, que habían desempeñado con gran acierto y eficacia.

A estos hombres les estaba reservada la misión histórica de enfrentar y derrotar la subversión de los comunistas, impulsada desde el exterior.

*Violenta y última entrevista con Fonseca,
secretario general del Partido Comunista*

Después de organizar el Gabinete de Administración, el secretario general del Partido Comunista, diputado Ricardo Fonseca, conjuntamente con su colega Cipriano Pontigo, conterráneo mío, me solicitaron una audiencia urgente para tratar asuntos de política internacional, de la mayor importancia.

Su visita tenía por objeto poner en mi conocimiento y obtener un pronunciamiento favorable a la nueva línea internacional que, por orden de los Soviets, venía difundiendo en los países latinoamericanos el conocido agente del Kremlin Vittorio Codovilla.

En síntesis, me pedía que mi Gobierno tomara la iniciativa para combatir:

1.º El Plan Truman, destinado a proporcionar ayuda militar a los Gobiernos democráticos amenazados por las guerrillas comunistas. Casos de Turquía y Grecia, que eran atacados desde los países fronterizos de Bulgaria, Albania y Yugoslavia.

2.º El Plan Marshall, destinado a auxiliar a los países europeos devastados por la guerra y a sus pueblos casi exánimes por la miseria y el hambre.

3.º Y, fundamentalmente, el Pacto de Defensa Continental, que sería objeto de una Conferencia que se celebraría esos días en la ciudad de Río de Janeiro.

En consecuencia, lo que los diputados Fonseca y Pontigo pretendían era que Chile se alineara en favor de la posición adoptada por la Unión Soviética, que era enemiga a estos planes propuestos por Estados Unidos como consecuencia de la postguerra.

Yo le expresé en forma categórica a Fonseca que estaba total y definitivamente en desacuerdo con semejante posición internacional, que la creía no sólo absurda y disparatada, sino que era atentatoria al interés y a la soberanía de Chile.

—Alinearse al lado de Rusia —terminé diciéndole— es quedar solos y aislados en América, rodeados de buenos vecinos, pero donde a veces surgen movimientos internos, frecuentes en nuestras Repúblicas, que desentierran viejas consignas reivindicacionistas, y podrían poner en peligro nuestra integridad territorial e inviolabilidad de nuestras fronteras. En consecuencia —agregué—, no sólo estoy en contra de todos esos planteamientos, sino que, adelantándome a ellos, he dado instrucciones a nuestro Canciller, señor Vergara Donoso, para que defienda y vote favorablemente el Pacto de Defensa Continental, en Río de Janeiro, y, además, para que apoye la idea de un Ejército común a todas nuestras Repúblicas, y en esta forma poner término a la carrera armamentista, que pesa en el progreso del país y en el bienestar de los pueblos americanos.

Fonseca, entonces, sin poder ocultar su desagrado por mi cerrada e intransigente oposición a la nueva línea internacional del Partido Comunista, se levantó de su asiento y, alzando con insolencia el tono de su voz, me dijo:

—Presidente, usted ha errado el camino al colocarse en contra de la gloriosa patria de los Soviets y del lado de los imperialistas yanquis. Le pesará toda la vida, porque no antes de mucho se quebrará los dientes frente al hueso duro del monolítico Partido Comunista.

—Se equivoca, joven Fonseca... —Y golpeando la mesa con mi puño, le grité encolerizado—: Quedan advertidos usted y el Partido Comunista que, si pretenden enfrentar o avasallar mi autoridad de Presidente de la República de Chile, volarán plumas en la refriega...

Ante la peligrosa exaltación que me dominaba y que iba en aumento, prudentemente se precipitaron hasta la puerta de salida, sin tiempo para despedirse..., mientras yo los seguía de atrás, rojo de ira e indignación, dispuesto a arrojarlos de mala manera de mi despacho...

Undécima Parte

TRAICIONERO VIRAJE
DEL PARTIDO COMUNISTA.
ANTECEDENTES
HISTORICOS



VUELCO INTERNACIONAL
DE RUSIA SOVIETICA

Para entender mejor el traicionero viraje del Partido Comunista con la revolucionaria huelga del carbón, verdadera declaratoria de guerra al Gobierno (que más adelante se relata en toda su magnitud), previamente quiero recordar los principales sucesos históricos que configuraron el fenómeno internacional denominado "Guerra Fría". Su aparición coincide con los comienzos de mi Gobierno. Sólo así se comprenderá el pérfido giro del Partido Comunista, como ciego instrumento del despótico amo del marxismo-leninismo internacional de esa época: Stalin.

Cuando asumí la Presidencia, en noviembre de 1946, se iniciaba un cambio en la estrategia de las grandes potencias por el dominio mundial. Comenzaba el período de la "Guerra Fría", como acabo de expresarlo.

Las dos facciones en que, ideológicamente, se había dividido el mundo después de la derrota del fascismo, unidas con firmeza en la lucha para derrotar a éste, evidenciaban sus diferencias políticas, que se hacían aparentes en diversas zonas del globo terráqueo.

Estados Unidos y la Unión Soviética, pilares de ambas tendencias, pugnaban por imponer sus principios; pues mientras la gran República del Norte consideraba que la lucha contra el totalitarismo resultaría estéril si a las naciones recién liberadas de sus garras no se les aseguraba el proceso democrático, la Unión Soviética, al contrario, estimaba la ocasión propicia para el advenimiento de la era comunista.

Esta posición de la Unión Soviética señalaba un nuevo cambio en su actitud respecto a la que había adoptado durante la Segunda Guerra Mundial y, posteriormente, en la Conferencia de San Francisco.

Stalin, como Hitler, se lanza a la dominación mundial

Stalin, que hasta entonces se mostraba como verdadero pacifista, aprovechó esta oportunidad para aumentar la esfera de influencia de la Unión Soviética.

Para ello contaba con el eficaz apoyo de los Partidos Comunistas

organizados en todos los países democráticos, que actuaban como puntas de lanza para favorecer sus planes expansionistas, al igual que lo hicieron las quintas columnas para asegurar la penetración nazi.

En muchas naciones, los comunistas, que formaban parte de los Gobiernos, ya sea por elecciones fraudulentas o por medio de golpes de Estado, habíanse ido apoderando de los países de la Europa Oriental; y es así como Yugoslavia, Hungría, Bulgaria, Rumania, Albania y Polonia cayeron dentro de la órbita soviética.

Visión de Churchill

Uno de los primeros líderes en señalar su discrepancia con los métodos de Stalin y denunciar la nueva política expansionista rusa, fue Winston Churchill, con la misma visión que tuvo al advertir el peligro del nazismo, cuando Hitler iniciaba su plan de conquista.

El 5 de marzo de 1946, en Fulton (Estados Unidos), pronunció un célebre discurso en que por primera vez menciona la frase "Cortina de Hierro", que después se haría famosa, y al respecto dijo:

Desde Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Atlántico, una Cortina de Hierro ha descendido a través del continente.

Todas estas famosas ciudades y sus poblaciones están en la esfera soviética, y todas ellas sujetas, en una u otra forma, no sólo a la influencia rusa, sino a un grado de control creciente y muy alto desde Moscú.

Sin embargo, el mundo libre, en sus ardientes deseos de paz, no estaba todavía dispuesto a escuchar las palabras de advertencia de ese genial estadista, como tampoco lo estuvo cuando hizo sus primeras denuncias en contra del nazismo.

Se acababa de salir de la más espantosa conflagración que había asolado a la Humanidad. Rusia había tenido en ella un papel preponderante en la destrucción del nazismo, en resguardo de la libertad y la independencia de los pueblos. Era lógico, por lo tanto, que mereciera el crédito de los demócratas por sus reiteradas manifestaciones en favor de una paz justa y duradera.

El mismo Churchill, artífice de la victoria, y su Partido Conservador



habían sido derrotados en las elecciones celebradas en Inglaterra recién terminada la guerra y reemplazado por Clement Attlee, jefe del Partido Laborista triunfante.

Ello podría explicarse cuando se comprueba que el pensamiento de Churchill en aquella época ni siquiera fue compartido por sectores dentro de sus propias filas, si se considera el editorial publicado por el importante diario inglés *The Times*, de tendencia conservadora, al comentar ese discurso:

Mr. Churchill estuvo talvez menos feliz en los pasajes de su discurso en que pareció oponer la democracia occidental al comunismo. Aunque la democracia occidental y el comunismo son opuestos en muchos aspectos, tienen bastante que aprender el uno del otro; el comunismo, sobre el funcionamiento de las instituciones políticas y el establecimiento de los derechos individuales; la democracia occidental, sobre el desarrollo del planteamiento económico-social.

La opinión internacional se percató de la amenaza soviética

Sólo en 1947 la corriente de opinión pública empezó a cambiar rápidamente frente a la actitud de la Unión Soviética.

Hasta entonces las divergencias que habían existido entre Rusia y las potencias democráticas, especialmente las referidas al caso de Berlín y la división de Alemania, se consideraban como consecuencias naturales del remanente de la guerra.

La causa inmediata de ese cambio de política se produjo con motivo de la acción de las guerrillas comunistas griegas en contra del Gobierno legalmente constituido de ese país, que llegaron al extremo de organizar un Gobierno títere en la frontera septentrional.

Esas guerrillas eran apoyadas por los países limítrofes: Yugoslavia, Albania y Bulgaria, contra los cuales Grecia se quejó ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, las que fueron condenadas, posteriormente, por ese organismo internacional.

Con ella se cerraba la política de unión y colaboración entre los Estados Unidos y Rusia, en lo internacional, y la política de "Unión

Nacional'', que los comunistas venían auspiciando, en lo interno. En el hecho, se regresaba a la lucha sin cuartel.

Ahora toda la propaganda soviética se volcó contra Truman y los Estados Unidos, a quienes se les acusaba de imperialistas, fascistas y explotadores de los pueblos débiles.

La verdad es que con la ''Guerra Fría'', la Unión Soviética y la Internacional Comunista surgieron en 1947 con mayor peligrosidad y más potencia que el nazismo, pero con idéntico desprecio por el régimen democrático.

A todo esto, mientras se desarrollaba la ''Guerra Fría'' en los dos frentes en que estaba dividido el mundo, uno se preguntaba: ¿Y qué es la ''Guerra Fría''?

LA GUERRA FRÍA

Según el experto en política internacional Evan Luard, en su obra *La Guerra Fría*, no existe una definición para este término usado tan a menudo. Se la podría describir talvez como un estado de competencia política, económica e ideológica muy intensa, que llega, sin embargo, casi al borde del conflicto armado entre los Estados. La expresión podría aplicarse a todo conflicto intenso dentro de la comunidad internacional. Pero el uso común presupone que las dos fracciones que intervienen en la "Guerra Fría" son las potencias occidentales y partidos democráticos, por una parte, y las potencias y Partidos Comunistas, por la otra.

No hay duda que la "Guerra Fría" surgió, se mantiene y perdurará por el antagonismo de las dos grandes potencias mundiales: Estados Unidos y Rusia.

El único significado de la frase "Guerra Fría", casi sin posibilidad de errar, es su sentido negativo; es decir, su antónimo: "Guerra Caliente".

Sin embargo, la triste experiencia de estos treinta años de "Guerra Fría" es que el antónimo, la "Guerra Caliente", ha estallado en pequeños países como Corea, Vietnam, Albania y otros, víctimas de las rivalidades de las grandes potencias que mantienen la "Guerra Fría".

Para comprobarlo, Stalin demostró al mundo, con el "bloqueo" de Berlín, hasta qué extremos y peligrosos límites podía llegarse con su empleo.

El uso de la fuerza militar para ocupar las rutas hacia Berlín obligó a los Estados Unidos a emplear, y tuvo gran éxito, su flota aérea de guerra para establecer un "corredor" aéreo a Berlín, como medio de romper el bloqueo, evitando la intervención del Ejército norteamericano, que habría significado el estallido de una nueva conflagración mundial.

El bloqueo resultó un total fracaso para Stalin, por la acción de las fortalezas aéreas norteamericanas, que diariamente abastecían de toda clase de implementos a la capital alemana.

La "Guerra Fría" trazó una línea divisoria en el continente europeo, cuya violación constituía la permanente amenaza de que se desencadenara la "Guerra Caliente". Para demostrar su trascendencia internacional se le llamó la "Cortina de Hierro".

Esta línea dispuesta a través de Alemania significó para los Aliados la demostración más elocuente del fracaso de la alianza y amistad con Rusia. En vez de la paz —prometida e invocada por Stalin en Yalta—, los arrastraba a una guerra que no era precisamente la "Caliente", pero que tampoco era la "paz"...

La iniciativa de la "Guerra Fría" continuó en manos de Stalin, quien disciplinó a sus huestes comunistas para desatar una ofensiva de carácter mundial; primero, contra el Plan Marshall, plan destinado a ayudar a la reconstrucción de una Europa en ruinas.

Stalin rechazó dicho plan. Como consecuencia de esto, ordenó que todos los países satélites lo imitasen... Checoslovaquia, que lo había aceptado con gran interés, se vio obligado a desistirse.

Idéntica campaña se levantó contra el Plan Truman, que había tenido una entusiasta adhesión de parte de los países amenazados por la expansión conquistadora de Stalin.

Gracias a ese apoyo militar, Grecia y Turquía pudieron derrotar a las guerrillas organizadas por los Gobiernos comunistas de Bulgaria y Albania, y también a los propios comunistas griegos.

El Pacto de Defensa Continental de las Américas, auspiciado por Estados Unidos, que contó con el apoyo de todos los países americanos, mereció de parte de los marxistas una sostenida campaña con el slogan de que la finalidad de Estados Unidos era simplemente colonizarlos.

No se hicieron esperar los virulentos ataques de parte de los comunistas en contra de Truman y de los Estados Unidos en general; contrastaba esta campaña de injurias con los titulares elogiosos para los norteamericanos que poco tiempo antes exhibían los diarios soviéticos y procomunistas.

Para dirigir esta ofensiva, el Kominform destinó a los más altos personeros comunistas de su seno; y fue Vittorio Codovilla el encargado de preparar en esta parte de Sudamérica el viraje en contra de los

Estados Unidos y de su Gobierno, y la ofensiva contra mi Gobierno, para lo cual contaba con la complicidad de las Embajadas de Yugoslavia, Checoslovaquia y Rusia.

El Pacto de Defensa Continental fue aprobado en Río de Janeiro por la unanimidad de los países americanos. Asistió a la sesión de clausura de esta Conferencia el Presidente Truman. El Mandatario norteamericano pronunció en esta ocasión un discurso en el que definió claramente la posición del país del Norte con respecto a las actividades subversivas y revolucionarias de los Partidos Comunistas.

El Canciller de Chile, Germán Vergara Donoso, en magistral intervención, destruyó los falsos y absurdos argumentos con que los comunistas querían hacer fracasar dicho evento.

La "Guerra Fría" tuvo una característica muy especial: la dirección personalísima de Stalin, que en ese entonces había alcanzado ya la totalidad del Poder por las purgas dentro del Kremlin y la destrucción de todo resto de oposición.

Así, su omnímodo poder personal se impuso en todos los pueblos sometidos, para lo cual contaba con el Ejército y su Servicio de Seguridad, encargados de mantener dóciles a los Partidos Comunistas y a sus atemorizados dirigentes de los países satélites.

Así se explican el derrocamiento del Presidente Benes, de Checoslovaquia, y la desaparición de Masaryk, su Canciller, con quienes el Partido Comunista tenía organizado un Gobierno pluralista. Stalin hizo uso primero de la minoría comunista en el Gobierno para crear la crisis del Gabinete, para luego producir el derrocamiento del Presidente Benes, tomándose el Gobierno ayudado por los tanques rusos, liquidando con ello toda reacción democrática. Tito —que al principio se mostró como el más ardiente partidario de la política seguida por Moscú—, en cambio, más previsor, apeló a su aguerrido Ejército para defender su independencia y arrojar a los soviéticos del Gobierno. Stalin sólo pudo recurrir a una maniobra política: romper con Tito y expulsar a Yugoslavia del Komintern, que, para el mayor control de los Partidos Comunistas, Stalin hizo renacer con el nombre de *Kominform*.

De este modo, Stalin hizo retroceder la historia a la época del Komintern, agravada esta vez por la "Guerra Fría", que ponía en constante peligro la paz del mundo.

Estas eran la inquietud e incertidumbre en que día a día vivíamos los Gobernantes democráticos que nos habíamos jugado por entero en favor de la soberanía de los pueblos americanos y de su sistema democrático de vida.

Esta firme posición internacional me valió que el gran sátrapa del marxismo-leninismo acentuara su intervención política en Chile, para introducir desde el Gobierno una punta de lanza, a fin de convertirnos en un satélite más de sus proyectos de hegemonía internacional.

LOS CRIMENES DE STALIN Y EL CULTO
A SU PERSONALIDAD,
ACATADOS SERVILMENTE POR EL
PARTIDO COMUNISTA

Para comprender la trascendente magnitud que tuvo el rompimiento entre las potencias victoriosas en la guerra contra Hitler y los planteamientos de la "Guerra Fría" —que ya hemos analizado—, se hace indispensable conocer, aunque sea a grandes rasgos, la cambiante personalidad de Stalin, transformado en uno de los déspotas más sanguinarios de la Historia, de cuyos procedimientos no se escaparon ni sus partidarios, ni siquiera sus más íntimos amigos, con cuyo servilismo contó siempre.

El implacable terror desencadenado dentro y fuera de la Unión Soviética y de los países socialistas obligó a todos los partidos marxista-leninistas del mundo, y entre ellos, por cierto, el chileno, al más abyecto sometimiento al Kominform, que organizara el tirano en Varsovia y que después fijó su sede en Belgrado.

Esta y no otra fue la verdadera razón del inesperado y traidor viraje del Partido Comunista de Chile, durante los años 1946 y 1947.

En contraste con esta servil actitud del comunismo criollo, Tito y su pueblo impugnaron violentamente el viraje de Stalin en el Kominform, a pesar que hasta ese entonces él y su partido eran considerados como los más dogmáticos y activos stalinistas europeos.

La reacción de Stalin se tradujo en aplicar una política de terror en contra de Tito y los yugoeslavos, acusándolos de "trotskistas" y agentes del imperialismo. Denunció al titoísmo como herejía y bloqueó con sus ejércitos a Yugoslavia, buscando vencerla por el hambre.

Sin embargo, Tito había previsto el golpe de Stalin y lo barajó magistralmente, ayudado por su poderoso y experimentado Ejército, que puso a raya a los soviéticos en la frontera. A este Ejército se sumaron la devoción de su pueblo y la ayuda en armas y otros elementos materiales necesarios para la defensa procurados por las potencias occidentales.

El bloqueo fracasó, como fracasara el bloqueo de Berlín.

Por primera vez Stalin era derrotado por un satélite suyo, que se escapaba de sus garras.

Su derrota dañó su autoridad y su prestigio.

Desde luego, el ejemplo del titoísmo demostraba a los demás países satélites que era posible defender la dignidad nacional, al mismo tiempo que ser comunista, contra un tirano que había abusado de su dependencia y sumisión.

Este ejemplo fue seguido por otros líderes de los satélites orientales, como Clementes, Rajk, Kortov y otros.

Stalin reaccionó frenéticamente, y los hizo procesar y condenar, acusados de colusión con el titoísmo.

En septiembre de 1947, Rajk y otros líderes húngaros fueron ejecutados. Junto a Kortov, muchos dirigentes búlgaros corrieron la misma suerte. Sólo se libró el polaco Gomulka.

Stalin no se detuvo aquí. Urgió a las esferas oficiales de Moscú y al círculo de sus amigos más íntimos a hacer ejecutar a Vosnesensky, miembro del Politburó soviético; a Rodionov, Primer Ministro de la República Federal Rusa; a Kuznetsov y Poplov, organizadores de la defensa de Leningrado.

La ola de terror y de muerte que desencadenó la contrarrestó con el "culto a su personalidad".

Según el biógrafo Isaac Deutscher:(1)

El culto a su personalidad había adquirido formas inimaginables y absurdas. Se le llamaba Padre de los Pueblos; el genio más grande de la Historia; amigo y maestro de todos los trabajadores; sol radiante de la Humanidad y fuerza vivificadora del socialismo. Poemas y artículos periodísticos, discursos y resoluciones del partido, obras de crítica literaria y tratados científicos, todo rebosaba de tales epítetos.

En la apostólica sucesión de Marx-Engels, Lenin-Stalin, él parecía empequeñecer a sus predecesores. Si los monarcas habían gobernado por la Gracia de Dios, él gobernaba por la "Gracia de la Historia".

La nación que en su orgullosa nobleza se suponía elevada sobre el resto de la Humanidad, yacía postrada a sus pies.

Según Jruschov, el mismo Stalin utilizó todos los métodos para fomen-

(1) Isaac Deutscher, *Stalin*.

tar la glorificación de su propia persona y agrega: "Ningún César decadente, ningún Borgia, trató a sus lacayos con más desdén y arbitrariedad que Stalin a los más altos dignatarios del Estado y a los miembros de su Politburó".

Stalin pensó que desde entonces podía decidirlo todo él solo.

Las grandes purgas que venían sucediéndose, cada vez con mayor frecuencia, daban la sensación de la obra de un paranoico, dominado ahora por el terror de ser asesinado por sus propios partidarios y sus amigos más íntimos.

Años después, Jruschov, el sucesor de Stalin, en un sensacional y documentado informe secreto, ante el XX Congreso del Partido Comunista, en la noche del 24 de febrero de 1956, exhibió ante los 1.460 delegados soviéticos los "tumores" y "gangrenas" purulentos del régimen de Stalin, que se purgaban con el asesinato y el crimen.

EL INFORME SECRETO

Vale la pena reproducir algunos párrafos de ese extenso informe secreto:

Después de la muerte de Stalin, el Comité Central del partido emprendió la política de explicar concisa y duramente que es intolerable y extraño al espíritu del marxismo-leninismo transformar al individuo en un superhombre, poseyendo las características supernaturales análogas a las de los dioses. Se supone que ese hombre lo sabe todo, lo ve todo, piensa por todos; y, pudiendo hacerlo todo, es infalible en la manera de conducirse.

Tal creencia respecto a un hombre, y específicamente sobre Stalin, fue cultivada entre nosotros durante muchos años.

Más adelante recuerda una carta del propio Lenin, conocida como "Testamento de Lenin", dirigida a sus camaradas comunistas, que en uno de sus acápites dice:

Stalin es excesivamente brutal, y ese defecto, que puede ser tolerado entre nosotros y en los contactos entre comunistas, se convierte en un defecto intolerable en aquel que ocupa las funciones de Secretario General.

Continúa Jruschov:

Stalin no actuaba por persuasión, por medio de explicaciones y de paciente colaboración con las gentes, sino imponiendo sus concepciones y exigiendo una sumisión absoluta a su opinión. Quienquiera que se opusiese a su concepción o ensayara explicar su punto de vista de dirigente, se exponía a la *aniquilación física y moral*.

El comportamiento arbitrario de una persona permite y estimula la arbitrariedad de otras. Detenciones y deportaciones masivas a varios millares de personas, ejecuciones sin proceso y sin instrucción, crearon condiciones de inseguridad, de terror; incluso de desesperanza.

Las grandes purgas

Al referirse a las grandes purgas, expresaba:

Se ha demostrado que, de los 139 miembros y suplentes del Comité Central del partido que fueron elegidos por el XVIII Congreso, 78 fueron detenidos y fusilados; es decir, el setenta por ciento.

La sola razón por la cual el setenta por ciento de los candidatos elegidos en el XVIII Congreso han sido denunciados como enemigos del partido y del pueblo, fue que estos comunistas han sido calumniados; que las acusaciones lanzadas contra ellos eran falsas y que la legalidad revolucionaria fue gravemente violada.

De los 1.966 delegados al Congreso con derecho a voto, con voz consultiva, 1.108 individuos, es decir, netamente más de la mayoría, han sido detenidos con el pretexto de crímenes contrarrevolucionarios. Este hecho demuestra cuán locas y contrarias al buen sentido eran las acusaciones de crímenes contrarrevolucionarios lanzadas contra una mayoría de los delegados.

Muchos millares de honestos e inocentes comunistas han sido muertos a consecuencia de esta monstruosa falsificación de "procesos", en virtud del hecho de que se aceptaban toda clase de "confesiones", calumniosas y a consecuencia de la práctica que consistía en forjar acusaciones contra sí mismo y contra otros.

Los hechos prueban que numerosos abusos han sido cometidos por orden de Stalin, sin tener en cuenta los reglamentos del partido ni la legalidad soviética. Stalin era un hombre muy desconfiado, enfermizantemente sospechoso; esto lo llegamos a saber por nuestro trabajo con él. Era capaz de mirar a alguno y decirle: ¿Por qué sus ojos se hallan tan turbados hoy?, o ¿Por qué os apartáis tanto hoy y evitáis mirarme derecho a los ojos? Esta sospecha enfermiza creaba en él una desconfianza generalizada, incluso con respecto a los trabajadores del partido que él conocía desde hacía años. Por todas partes y en todas las cosas veía "enemigos", "gentes de dos caras" y "espías".

Poseyendo un poder ilimitado, se dejaba llevar hasta una gran obstinación y aniquilaba a hombres moral y físicamente. La situación creada era simple: no se podía manifestar la propia voluntad.

Ultimamente, sobre todo después de haberse desenmascarado a la pandilla de Beria, el Comité Central examinó una serie de materiales fraguados por esa pandilla. Esto reveló un desagradable cuadro de la brutal obstinación y métodos incorrectos de Stalin.

EL CASO DEL CAMARADA EIKHE

En el curso de su informe, Jruschov describe el caso del camarada Eikhe, calificándolo como una odiosa falsificación y criminal violación de la legalidad revolucionaria. El antiguo miembro y candidato del Politburó del Comité Central era uno de los más eminentes del partido y del Gobierno soviético. Había pertenecido al partido desde 1905.

Eikhe fue arrestado sobre la base de materiales difamatorios, sin la sanción del fiscal de la URSS, que sólo se expidió quince meses después del arresto, y, obligado por la tortura, firmó una confesión preparada por los jueces investigadores, en la cual él y muchos otros destacados trabajadores del partido eran acusados de actividades antisoviéticas.

Eikhe envió a Stalin una declaración donde negaba terminantemente su culpabilidad y pedía una revisión de su caso.

En ella escribió: "Le pido y le suplico que vuelva a examinar mi caso, y esto no con el propósito de salvarme, pero sí con el de desenmascarar la vil provocación, que como una serpiente se enrosca como tal en torno a muchas personas, en gran medida por la vileza y difamación criminal. Nunca lo he traicionado ni a usted ni al partido; sé que parezco víctima de la vil e infame obra de los enemigos del partido y del pueblo, que fraguaron esta maquinación en mi contra".

Pareciera que tan importante declaración era digna de un examen por parte del Comité Central —sigue Jruschov en su informe—. Esto, sin embargo, no se hizo. La declaración fue transmitida a Beria, mientras continuaban las torturas al camarada Eikhe.

Eikhe compareció ante el tribunal. En esa ocasión no confesó culpa alguna, pero sí dijo: "En todas mis presuntas confesiones no hay una letra que haya escrito yo mismo, salvo las firmas bajo los sumarios, que me fueron arrancadas por la fuerza. He confesado presionado por el juez investigador, que me torturó desde el momento de mi arresto. Incapaz de soportar las torturas a que fui sometido por Ushakov y Nikolayev —especialmente el primero—, quienes sabiendo que mis costillas rotas no se habían soldado por completo, lo que me causaba horribles dolores, me obligaron a acusarme a mí mismo y a otros. Después de eso empecé a escribir todos esos disparates... Lo más importante para mí es decir al

tribunal, al partido y a Stalin que no soy culpable. Nunca he sido culpable de ninguna conspiración. He de morir fiel a la política del partido, así como he creído en ella durante mi vida entera''.

El 4 de febrero, Eikhe murió fusilado.

Ahora ha quedado claramente establecido que el caso Eikhe era falso; lo hemos rehabilitado póstumamente.

Según sus biógrafos, Stalin fue haciéndose cada vez más caprichoso, más irritable y más brutal... Sus sospechas aumentaron; su manía de persecución alcanzó dimensiones increíbles. Todo lo decidía por sí solo, sin consideraciones a nada ni a nadie.

De este enfermizo recelo sacó ventaja Beria, ese siniestro y vil personaje que asesinó a millares de leales servidores soviéticos.

LOS ENVENENADORES DE BATA BLANCA

Recordemos también el "caso de los doctores envenenadores" —continúa Jruschov en su informe.

En verdad, no hubo tal "caso", aparte de la declaración de la doctora Timashuk, quizás influida u obligada por alguien (después de todo era una colaboradora no oficial de los Organos de Seguridad del Estado) a escribir una carta a Stalin en que declaraba que los doctores aplicaban supuestos métodos inadecuados de tratamiento médico.

Esta carta bastó para que Stalin llegara a la inmediata conclusión de que había "doctores envenenadores" en la Unión Soviética. Dio órdenes de que se arrestara a un grupo de especialistas soviéticos. Personalmente impartió normas para la marcha de la investigación y los métodos de interrogar a los arrestados. Dijo que el académico Vinogradov debía ser encadenado y que se azotara a otro. En este Congreso se encuentra presente como delegado el camarada Ignatiev, ex Ministro de Seguridad del Estado.

Stalin le dijo rotundamente: "Si no obtiene confesiones de los doctores, perderá usted la cabeza..."

Stalin hizo venir ante él al juez encargado del sumario, dándole instrucciones y consejos sobre los métodos que debía emplear en los interrogatorios. Estos métodos eran simples: pegar, pegar y siempre pegar...

Cuando nosotros pudimos examinar este caso después de la muerte de Stalin, nos encontramos que había sido inventado del principio al fin.

Este innoble "caso" fue montado por Stalin; pero él no dispuso del tiempo necesario para llevarlo a buen fin, y por tal razón los médicos están aún con vida. Actualmente todos han sido rehabilitados y se ocupan de las mismas funciones que antes.

STALIN SE GLORIFICA

Después Jruschov se refirió a "Algo sobre el culto a Stalin":

El culto a la personalidad alcanzó tan monstruosas proporciones, sobre todo porque Stalin, utilizando todos los métodos concebibles, fomentó la glorificación de su propia persona. Está demostrado por numerosos hechos. Uno de los ejemplos más característicos de esta autoglorificación y de la carencia absoluta de modestia de Stalin, fue la publicación en 1948 de su "Biografía abreviada". Stalin se alababa y se glorificaba cual si fuera un dios y se consideraba como un sabio infalible: "el más grande de los jefes", "el más grande estratega de todos los tiempos".

Se llegó a hallar palabras suficientemente expresivas para cantar sus alabanzas, superando las anteriores.

También debemos examinar el asunto de los premios Stalin.

Ni los mismos zares habían creado un premio que llevara su nombre.

Para terminar su larga exposición en que señala todas las purgas y eliminaciones de miembros importantes del partido bajo el pretexto de ser enemigos del pueblo, dice:

Pasemos al primer pleno del Comité Central que siguió al XIX Congreso. Stalin, en su alocución del pleno, acusó a Molotov y a Mikoyan. El dejó entender que estos viejos militantes de nuestro partido eran culpables de crímenes evidentemente sin fundamento. No está excluido que si Stalin hubiese permanecido en el Poder unos meses más, los camaradas Molotov y Mikoyan no hubiesen pronunciado discursos en el presente Congreso.

Respecto al "informe secreto", Jruschov hizo a los delegados la siguiente recomendación final:

No podemos permitir que este asunto salga del partido, y en especial, que llegue a la prensa. Por este motivo estamos considerándolo en una sesión secreta del Congreso. Debemos conocer los límites; no debemos lavar la ropa sucia ante sus ojos.

Creo que los delegados del Congreso lo comprenderán y considerarán convenientemente todas estas propuestas.

Sin embargo, algunos meses después, el informe, que iba de un país a otro a través de los 1.460 delegados al Congreso, se fue filtrando junto con las principales y sensacionales acusaciones de Jruschov, hasta que el Comité Central ordenó la publicación oficial de su texto.

Es interesante la profunda observación de Jruschov de "que Stalin había perdido la conciencia de la realidad; mostraba su arrogancia y sus sospechas no solamente ante los individuos de la Unión Soviética, sino que su despotismo lo extendía ante los Partidos Comunistas extranjeros y aun ante naciones enteras".

En cuanto a la actitud de Stalin frente a Yugoslavia, Jruschov decía: "El papel desempeñado por Stalin fue escandaloso. Los problemas planteados por el asunto yugoeslavo puede ser que se hubieran resuelto con discusiones entre partidos y entre camaradas". "Me bastará mover el dedo meñique para que desaparezca Tito", había dicho Stalin.

Degradación de Stalin

Pero la abyecta sumisión del Partido Comunista chileno, que lo llevó hasta desencadenar una permanente acción revolucionaria que sólo pudo ser contenida con las Fuerzas Armadas, no le impidió más tarde, muerto Stalin, cubrir su memoria de oprobio e infamia. No se ruborizaron en aplaudir el retiro de sus restos de la Plaza Roja de Moscú y su degradación política.

Esta repugnante traición del comunismo chileno a quien fuera su "amo" y por quien habían sacrificado el interés de Chile, tuvo su epílogo tragicómico: ellos lo declararon "El Gran Traidor".

Este vuelco del Partido Comunista resulta aun más grotesco cuando se recuerda la forma indecorosa con que el plumario de turno Volodia Teitelboim salió en defensa de Stalin en el proceso de los médicos. Con este fin rindió al tirano empalagoso homenaje, y justificó tan vil crimen con las más rastreras expresiones, denigrando a los nueve profesores de su propia raza, cuya sangre clamaba al mundo justicia.

Muerto Stalin, Nikita Jruschov y el Kremlin se adelantaron a rehabilitar los nombres de los médicos y sus memorias, condenando este alevé crimen del tirano.

Duodécima Parte

LA SUBVERSION COMUNISTA EN EL CARBÓN

LA PRIMERA BATALLA DEL CARBÓN

LA OFENSIVA COMUNISTA

El Partido Comunista respondió al anuncio de formación del Gabinete de Administración, en el cual estaban incluidos dos destacados miembros de las Fuerzas Armadas, en los Ministerios del Interior y Defensa Nacional, con una demostración de fuerza y prepotencia propias de sus tácticas revolucionarias.

La maniobra, que ya estaba preparada de antemano, tenía por objeto producir un serio quebranto en el país al restarle una de sus principales fuentes de energía y combustible.

Dueños y señores del carbón, donde dominaban a veinte mil mineros por el terror de la checa, cuya última hazaña había sido el asesinato de los dirigentes socialistas Pedro Arbulú y Evaristo Ortiz, declararon la huelga en la totalidad de los centros mineros de Lota, Coronel, Curanilahue y Lirquén, el día 19 de agosto de 1947, dos semanas después de la constitución de este Gabinete.

Invocaron como pretexto una causa meramente política y por demás falsa: el alza del precio del pan.

El Gobierno había dictado un decreto que fijaba el precio del pan, que contó con la aprobación del representante comunista en el Instituto de Economía Agrícola, diputado Cipriano Pontigo; se establecía un solo precio para el kilo de este alimento, cualquiera fuese su forma o corte, precisamente para evitar el abuso por parte de los industriales, que, mediante la confección de un pan llamado de "corte especial", vendido a precios mucho más elevados, eludían la fabricación del pan de precio corriente, de un valor muy inferior.

En el hecho, este decreto venía a abaratar el precio del pan.

Con ese mismo pretexto los comunistas habían logrado que se plegaran a esa huelga revolucionaria los obreros ferroviarios de la Maestranza de San Bernardo y los de la tercera zona, controlados por ellos, y procuraban comprometer a otros sectores.

Desde el primer momento me di cuenta de la gravedad de este movimiento huelguístico, que comprendía la totalidad de las minas de carbón y cuya finalidad era privar al país de este importante y vital combustible.

El hecho de que conjuntamente con los mineros se hubieran sumado los obreros ferroviarios, indicaba claramente sus alcances y propósitos subversivos.

Los comunistas no sólo habían aprovechado su estada en el Gobierno para preparar estos planes, sino que continuaban apegados a los altos cargos públicos, fiscales y semifiscales, que conservaban a pesar de su retiro del Ministerio, y desde donde prestaban eficaz ayuda al movimiento en marcha.

Entre las distintas medidas que consideré para hacer abortar esta asonada revolucionaria, estaba la de pedir al Congreso Nacional facultades extraordinarias para declarar zonas de emergencia y estado de sitio en todo o parte del territorio nacional, con la finalidad de poner término a la conjuración política.

No era fácil, de la noche a la mañana, que un Gobierno de Administración, sin respaldo político, lograra obtener, con la urgencia que el caso requería, las facultades privativas del Congreso, y más aún, excepcionales con respecto a la suspensión de las garantías individuales que permitirían detener y trasladar a un lugar seguro a la plana mayor del comunismo y a sus agentes sindicales.

Además, el Gobierno necesitaba de las Facultades Extraordinarias para poder contener la ola especulativa que ayudaba eficazmente a la inflación creciente y que era de urgencia contener, si no queríamos caer en el caos económico, que iba a transformarse en el mejor aliado de la insurrección.

Difícil tarea era obtener ambas cosas; pero el peligro de la sedición que iba en aumento hizo despertar el patriotismo de los congresales, que, empezando por los radicales y seguidos por los socialistas de Ibáñez, liberales, conservadores, agrarios y democráticos, estuvieron dispuestos a otorgar dichas facultades, en la seguridad de que el Contraalmirante Holger, a quien le correspondía aplicarlas como Ministro del Interior, daba total garantía de corrección y serenidad.

ME DIRIJO AL PAÍS PARA DENUNCIAR LA SUBVERSION COMUNISTA

Como era mi hábito de Gobernante dar cuenta a la opinión pública de los acontecimientos de trascendencia nacional, consideré de mi deber dirigirme por cadena radial al país, para señalar los graves peligros que representaba este movimiento revolucionario y explicar las verdaderas razones de la fijación del precio del pan, que sirvió de pretexto al comunismo para desencadenar una serie de huelgas a lo largo de todo el territorio, especialmente en la zona del carbón.

Al mismo tiempo anunciaba mi decisión de defender el régimen democrático a costa de cualquier sacrificio y señalaba sin subterfugios la responsabilidad que le cabía en esta asonada al Partido Comunista, a quien le retiraba desde ese momento todo mi apoyo y confianza, declarando vacantes los cargos públicos a los cuales se mantenían aferrados.

Mis palabras y las excepcionales resoluciones que di a conocer al país fueron las siguientes:

El Presidente de la República se ve en la imperiosa necesidad de hacer un serio y definitivo llamado al país, y en especial a las clases trabajadoras, en su propósito de evitar que sean víctimas de una campaña destinada a hacer fracasar las medidas adoptadas por el Gobierno, y que tienen por objeto poner término a la gigantesca especulación que se estaba haciendo con el trigo, la harina y el pan.

De acuerdo con un plan de perturbación de la opinión pública, a la sombra del cual poderosos intereses económicos procuran hacer su negocio, se ha desatado una desorbitada e inaudita campaña de subversión del orden público, en la que se encuentran empeñados algunos elementos políticos y sindicales.

Hay un inconfesable móvil de agitación política y de afán demagógico en esta campaña en la que está empeñado especialmente el Partido Comunista. Prueba de ello es que la medida que hoy ataca su prensa, y por la cual moviliza en todo el país a los sindicatos obreros en que tiene influencia, fue aprobada por el Consejero del Instituto de Economía Agrícola, dipu-

tado comunista Cipriano Pontigo, en la sesión del 12 del presente del organismo mencionado.

Con esta actitud, el Partido Comunista aparece en esta oportunidad haciendo el juego a los intereses económicos heridos por las medidas del Gobierno. Esos intereses económicos saben que estarán en la obligación de devolver al Estado una suma no inferior a ciento cincuenta millones de pesos (\$ 150.000.000), mediante la bolsa negra que habían creado.

La verdadera historia del precio del pan

Hace algunos meses, después de estudios que contaron con la aprobación del entonces Ministro de Agricultura, Miguel Concha, comunista, se dispuso fijar el precio del pan corriente en \$ 4,40 el kilo, pero permitiendo la fabricación de pan especial, para el cual no se fijó precio alguno.

Se ordenó, también, que el primero representara el 80 por ciento de la elaboración total de cada panadería, y que el segundo alcanzara sólo a un 20 por ciento.

Debido a la dificultad para controlar permanentemente todos los establecimientos, los industriales burlaron esta medida, fabricaron menos de un 80 por ciento de pan corriente, de suerte que el pueblo se vio en la necesidad de consumir el pan especial a 10, 12 y 15 pesos el kilogramo.

Todas las medidas que se adoptaron para impedir el abuso de los industriales panaderos fueron enervadas, sea por los recursos legalistas a que éstos acudieron o, lo que es más grave, por la inercia de los consumidores mismos, que no colaboraron con la autoridad en la defensa del precio del pan, y se resignaron tranquilamente a ser objeto de los abusos de los especuladores.

El Presidente de la República no podía aceptar impasible que continuase el engaño en que se tenía al país y que permitía la más fantástica especulación.

Es por eso que ha querido ir al fondo del problema mismo.

Ha dispuesto, además, el Gobierno que se fabrique un solo tipo de pan y que se terminase para siempre con los tipos especiales que, con el pretexto de ser una regalía para determinados grupos sociales, han servido exclusivamente como medio de especulación.

La fabricación de un tipo único de pan permitirá que el precio que se ha fijado de \$ 6,40 no sea burlado por ningún industrial, ni podrá éste encontrar la complicidad del consumidor resignado que, por comodidad, no protesta ni reclama.

Afirmo en la forma más terminante que el pueblo no estaba consumiendo el pan al precio de \$ 4,40 el kilo, sino que estaba pagando corrientemente 10, 12 y hasta 15 pesos por el kilo.

Es por esto que puedo decir enfáticamente que la medida del Gobierno, antes que subir el precio del pan, tiende exclusiva y directamente a bajarlo.

No obstante que esto es claro y evidente, algunos sectores del pueblo, oyendo las falaces declamaciones de quienes nada le han dado, se han sumado inocentemente a intereses económicos que deseaban, precisamente, hacer su utilidad a costa del hambre de las clases trabajadoras.

La deslealtad y mala fe del Partido Comunista

No obstante todos los esfuerzos del Presidente de la República para obtener que el Partido Comunista le prestase su leal cooperación ante la situación que atraviesa el país, en la solución de los problemas nacionales, le ha impreso no sólo una orientación opositora, sino de franca rebelión en contra del Gobierno constituido, lanzando en una huelga revolucionaria a los sindicatos del carbón y de la Empresa de los Ferrocarriles, por el inaudito móvil de que el Gobierno haya tomado medidas en uso de sus atribuciones privativas para conjurar una gigantesca especulación con el trigo, la harina y el pan.

Aun cuando los intereses inconformables de unos, aliados a la demagogia de otros, procuren agitar los sentimientos generosos del pueblo en contra del Gobierno, y aun cuando algunos sectores de las clases trabajadoras, engañadas por enemigos del Jefe del Estado, se hayan dejado arrastrar por la peligrosa pendiente de la subversión, el Presidente de la República, consciente de sus responsabilidades y de sus compromisos con el pueblo, debe notificar al país las resoluciones que ha adoptado y que mantendrá inexorablemente.

Las tres trascendentales resoluciones

1.º Mantener el precio y corte del pan, inflexiblemente, y fiscalizar esta medida con la mayor escrupulosidad por todos los organismos del Estado.

2.º Notificar a la directiva del Partido Comunista que los cargos que ocupan todos los funcionarios políticos de ese partido, como son los Intendentes, Gobernadores y Consejeros de instituciones semifiscales, fueron declarados hoy vacantes.

3.º Solicitar del H. Congreso Nacional la aprobación de un proyecto de ley que conceda al Gobierno facultades extraordinarias de orden político y económico por el término de seis meses.

El Presidente de la República, con serena pero inquebrantable firmeza, está dispuesto a defender sus prerrogativas constitucionales y el principio de autoridad, apelando a todos los medios necesarios para evitar que se lance a la República por los caminos del desconcierto y del trastorno.

El Presidente de la República está dispuesto, asimismo, a defender la normalidad económica, combatiendo con severidad inquebrantable la especulación donde quiera que aparezca, a fin de aliviar el agudo problema de las subsistencias. Los mercados negros, los intermediarios sin escrúpulos, los mercaderes que lucran desenfrenadamente y agravan con sus artificios los problemas que plantea la inflación, encontrarán la mano firme que pondrá fin a sus excesos en defensa del interés colectivo y del consumidor sacrificado.

Defensa del régimen, cueste lo que cueste

Alterado el régimen jurídico por una campaña de subversión, el Presidente de la República no vacila en declarar que apelará a todos los medios de que dispone frente a la violencia de una demagogia aliada con intereses económicos heridos por una medida justa del Gobierno en defensa del pueblo.

El Jefe del Estado tiene la obligación de buscar soluciones justas para los problemas que hoy angustian al país; y lo hace con serenidad y firmeza, cumpliendo el programa que ha ofrecido.

Pero tiene, al mismo tiempo, el deber de guardar la tranquilidad social en estas horas de profundas perturbaciones. Pide por eso al país que medite con serenidad el llamado que hace a su cordura y a su tranquilidad.

El Gobierno no puede aceptar la ola pavorosa de desconciertos que tratan de levantar quienes creen que se puede alcanzar el Poder por los tortuosos caminos del trastorno, la demagogia y la presión revolucionaria.

El Presidente de la República defenderá el régimen de Chile cueste lo que cueste, y amparará los derechos legítimos de las clases trabajadoras, sin importarles cuáles sean los poderosos intereses que se sientan heridos, con la conciencia de que está acompañado en esta tarea por el sentimiento sano de una Nación que sabe cuáles son sus destinos.

LAS FACULTADES
EXTRAORDINARIAS

El mensaje por el cual solicité del Congreso Nacional Facultades Extraordinarias por seis meses, comprendía las siguientes atribuciones políticas y económicas:

1.º Declarar zona de emergencia cualquier parte del territorio nacional en los casos de peligro de conmoción interna o de actos de sabotaje a la producción.

2.º Declarar en estado de sitio una parte o todo el territorio nacional, con la facultad de poder detener y trasladar a cualquier lugar de la República a todo ciudadano que se haga merecedor de ello, dictando el decreto respectivo.

3.º Refundir, coordinar y reorganizar servicios públicos, instituciones fiscales y semifiscales y de administración autónoma, y fijar la dependencia de estos organismos en cada Ministerio.

4.º Ordenar la continuación de la explotación por cuenta del Estado de todas aquellas actividades industriales y comerciales que sean necesarias para el país, como el carbón, cobre, salitre, electricidad, etc., y

5.º Combatir la especulación.

A la sesión de la Cámara en que se trató este proyecto de ley concurrieron todos los Ministros de Estado. El Contraalmirante Holger, que desempeñaba la Cartera del Interior, en documentada y extensa exposición denunció todos los actos y atentados al orden constitucional en que estaba empeñado el Partido Comunista, empleando los gremios que controlaba, como los del carbón, para paralizar completamente las minas y dejar al país sin reservas de este combustible, que ya estaban muy disminuidas por el trabajo lento que antes había ordenado.

El Ministro Holger fue constantemente interrumpido en la lectura de su documentado discurso por los diputados comunistas, pero éstos fueron llamados al orden por el Presidente de la Corporación, señor Juan Antonio Coloma.

La exposición serena y bien fundamentada del Contraalmirante Holger produjo gran impresión en la Sala, especialmente cuando al final hizo valer su condición de hombre de armas para testimoniar los hechos que denunciaba y que estaban a la vista.

Su discurso fue muy aplaudido.

Después de intervenir varios diputados, a las 3.50 de la madrugada del día 20 de agosto, el Presidente de la Cámara declaró cerrado el debate y puso el proyecto en votación, el que obtuvo una mayoría abrumadora: 82 votos a favor y 29 en contra.

El Senado estaba citado esa misma tarde para tratar el proyecto con el trámite de extrema urgencia.

Esta alta Corporación celebró tres sesiones en el mismo día. Una, a las tres de la tarde; otra, a las diez de la noche, y la tercera, a medianoche, todas presididas por Arturo Alessandri Palma.

Después de la intervención de varios senadores, el Presidente declaró cerrado el debate, a las 2.10 de la madrugada del día 21 de agosto, y puesto en votación el proyecto, fue aprobado tal como en la Cámara por una mayoría aplastante: 22 votos por la afirmativa y 5 por la negativa.

El Presidente del Senado, a petición mía, ordenó que esa misma madrugada, a las tres horas, se remitiera el proyecto al Ministerio del Interior para su promulgación como Ley de la República.

La nueva ley apareció en el Diario Oficial del mismo día 21 de agosto con el N.º 8.837.

A partir de entonces quedé investido, por voluntad soberana del Congreso Nacional, de las facultades de poder detener y arrestar al estado mayor comunista y a los agitadores sindicales, que por la violencia, especialmente en la zona del carbón, obligaban a sus compañeros de las minas a plegarse al paro subversivo.

Mi primer decreto fue declarar zona de emergencia las provincias de Concepción y Arauco, y nombrar como jefe de esa zona al Vicealmirante Hoffmann, con amplias facultades para controlar el movimiento huelguístico.

Las Facultades Extraordinarias, concedidas con excepcional rapidez y con tan amplios poderes, impactaron a los huelguistas, que empezaron por modificar la razón de la huelga. En vez del alza del pan, esta vez invocaron peticiones de orden económico.

El Vicealmirante Hoffmann rechazó toda petición económica, mientras no volvieran al trabajo.

El 25 de agosto los huelguistas celebraron una asamblea en Lota, en la que la mayoría de los obreros pidieron retornar a sus actividades laborales.

En estas circunstancias, los dirigentes comunistas se vieron obligados a aceptar la reanudación de las faenas, como una táctica, según se verá más adelante, mientras preparaban la huelga del cobre en Chuquibambilla, y la huelga del carbón en septiembre, cuando vencían los pliegos de peticiones.

LA HUELGA DEL COBRE DE CHUQUICAMATA

Ante el Ministerio del Trabajo se venían realizando gestiones directas entre los empleados de la mina de cobre de Chuquicamata —en huelga— y los representantes de la Compañía, para resolver el conflicto planteado por razones de orden económico.

Fracasadas estas gestiones, los empleados solicitaron mi intervención personal para llegar a un *acuerdo*, y me pidieron expresamente someter a mi arbitraje estas diferencias.

Con el mayor interés acepté la petición de éstos y llamé entonces a La Moneda a los señores Rodolfo Mitchell y Joseph Cotten, en su calidad de representantes legales de la Compañía, a quienes les pedí que aceptaran el arbitraje en el conflicto. Estos ejecutivos me manifestaron que, aunque la Compañía era contraria a esa forma de solución, dejaban en manos de S.E. resolver en definitiva.

Pregunté entonces a los delegados de los empleados si estaban autorizados para aceptar el arbitraje y firmar el acta correspondiente. Como respondieran afirmativamente, hice redactar el acta respectiva.

De inmediato se comunicó a las autoridades del Trabajo de Chuquicamata y al jefe de Carabineros el acuerdo a que se había llegado. Otro tanto hicieron los delegados de los empleados, quienes, a base de eso, solicitaron a sus compañeros la vuelta a sus labores.

Tan luego se supo la noticia, el Comité Central del Partido Comunista se movilizó y dio instrucciones a sus militantes de rechazar este acuerdo y mantener a toda costa la huelga, para cuyo efecto debían solicitar la convocatoria a una asamblea. Esta se realizó en la mañana siguiente, donde los dirigentes comunistas, encabezados por el secretario seccional del partido, José Tomás Araya, en compañía de un centenar de activistas, ajenos al mineral, irrumpieron en la sala y se ubicaron estratégicamente en ella, en forma tal que les permitiera controlar el auditorio.

Araya se apoderó de la tribuna con la ayuda de sus aláteres, y desde allí pronunció un violento discurso en contra del Presidente de la Repú-

blica y el Gobierno, incitando a los empleados a mantenerse en huelga y a no aceptar la solución alcanzada en Santiago por sus delegados, a quienes se les debía desautorizar. Mientras hablaba este dirigente, los empleados de filiación comunista y la barra llevada ex profeso al recinto atronaban la sala con gritos y consignas, logrando impresionar a la asamblea y arrancándole el acuerdo de desautorizar a sus delegados enviados a Santiago, con lo que echaron por tierra mi laboriosa gestión con la Compañía para obtener el arbitraje que los mismos empleados en conflicto me habían solicitado.

Impuesto de estas extrañas y audaces maniobras comunistas destinadas a sabotear y paralizar la industria del cobre, creando un nuevo clima de agitación política, cité a mi despacho al Ministro del Interior, Contraalmirante Holger, al de Defensa, General Barrios, y al doctor Salas, subrogante del Ministro del Trabajo, a quienes les expresé mi determinación de dictar de inmediato un decreto por el cual se declaraba zona de emergencia el departamento del Loa, y se ordenaba la detención del secretario de la seccional comunista, José Tomás Araya, que había organizado dicha asamblea ilegal, destinada a prolongar la huelga del cobre.

Pedí al General Barrios el nombre de un militar enérgico y resuelto para designarlo jefe de la zona de emergencia.

Para tal misión se designó al prestigioso General Silvestre Urizar, por sus conocidas condiciones de mando y ponderación, otorgándole las más amplias facultades para que procediera a poner en marcha el mineral.

Para cumplir tal misión, el General Urizar se trasladó rápidamente a Chuquicamata, donde tomó el control del mineral. A las ocho de la noche del mismo día de su arribo reunió a todos los empleados en una asamblea, en la que impidió la intromisión de los elementos activistas ajenos al personal. El líder Araya tuvo buen cuidado de desaparecer del mineral para no ser detenido por Carabineros.

En un ambiente tranquilo, como fue esa asamblea, el General Urizar hizo una detallada exposición de cómo habían ocurrido los hechos en Santiago, y del esfuerzo del Presidente de la República para obtener de la Compañía el acuerdo del arbitraje solicitado por los delegados de los

empleados, acuerdo muy resistido por los representantes de la Compañía.

Invocando el testimonio de los delegados que se habían trasladado a Santiago y suscrito el acuerdo, quienes ratificaron todo lo dicho por el General, se les pidió que se reintegraran de inmediato a sus labores en el próximo turno, o sea, el de las once de la noche.

Los empleados, por unanimidad, sin una sola voz disidente, acordaron aprobar el acuerdo del arbitraje y volver al trabajo en el turno señalado.

Lo más sorprendente de esta reunión fue el acuerdo unánime de dar un voto de aplauso al Presidente de la República, reconociéndole el interés con que había defendido los derechos de los empleados.

AL BORDE DE LA PARALIZACION DEL PAIS

Los sutiles hilos que desde el exterior preparaban el golpe revolucionario para derrocar al Gobierno, tendían a aprovechar astutamente los nuevos pliegos de peticiones de los mineros de Lota, Schwager, Lirquén y Curanilahue, a fin de declarar la huelga legal y tener un pretexto para justificar el nuevo y definitivo paro de las minas del carbón.

Estériles fueron los esfuerzos de los funcionarios del Trabajo para llegar a una conciliación que el Gobierno buscaba con gran interés.

Los obreros rechazaron toda fórmula de solución. Al igual que súbditos obedientes a una sola voz de mando, exigían la declaración de huelga y votaban a favor de ella.

La verdad es que la huelga, tanto la legal como la ilegal, era el pretexto de la conjura extranjera para estrangular económicamente al país y apoderarse de él, y los obreros actuaban como meros instrumentos de esos inconfesables propósitos.

Hube, entonces, de apelar al recurso legal de decretar la "reanudación de faenas". El Gobierno designó al Vicealmirante Alfredo Hoffmann para que tomara la dirección y explotación de las minas.

Al mismo tiempo, con objeto de alentar a los obreros al retorno a su trabajo, se dictó un decreto de excepcional alza de salarios, aumentándose éstos en un 40 % , a la vez que se incrementaba en un 33 % la asignación familiar. A estas conquistas laborales se sumaba el pago de la semana corrida, la cual consistía en incluir el domingo no trabajado si el minero había laborado, ininterrumpidamente, de lunes a sábado.

Estos satisfactorios aumentos otorgados por el Gobierno excedían en mucho a lo solicitado por los obreros en sus pliegos de peticiones.

No obstante que los mineros acogieron favorablemente la solución del Gobierno, los jefes del comunismo ordenaron continuar la huelga hasta sus últimas consecuencias.

Después de esta desafiante resolución, a nadie le quedó la menor duda de que el Partido Comunista se sacaba por fin la careta, en su propósito de provocar el derrocamiento del Gobierno.

En efecto, el problema del abastecimiento de carbón era peligrosamente grave: las plantas térmicas de Mapocho, Laguna Verde y Aldunate, generadoras de corriente eléctrica para Santiago, por falta de carbón debían paralizar al día siguiente.

También la mayor parte de las industrias verían agotadas sus reservas en un plazo de cinco días; y dentro de diez días, los Ferrocarriles y los barcos mercantes.

El Gobierno se vio obligado a dictar un racionamiento estrictísimo de consumo de luz y de gas, que la población, comprensiva, aceptó con resignación.

Los trenes restringieron sus salidas, como igualmente los barcos mercantes, salvo aquellos que transportaban alimentos.

Avisos luminosos, iluminación de vitrinas de cualquier clase de propaganda, fueron estrictamente prohibidos. El alumbrado público se disminuyó en cinco horas.

Creí de mi deber informar a la ciudadanía de la gravedad de este emplazamiento y entregué a la prensa la siguiente declaración:

El Presidente de la República pide apoyo al país

Decretada, con fecha 5 de los corrientes, la reanudación de faenas de los obreros de la zona del carbón, éstos se han negado hasta ahora a hacerlo, aun cuando las condiciones económicas que se les han acordado son en extremo ventajosas. Se afirma, sí, el carácter político y revolucionario del conflicto, que obedece a un plan fríamente premeditado y que corresponde a directivas impartidas desde el exterior.

El Presidente de la República reitera el inquebrantable propósito de eliminar definitivamente el control que el Partido Comunista ejerce sobre las masas trabajadoras, pues considera que ello es imprescindible para la propia seguridad nacional, que no puede quedar entregada a las órdenes que se dicten desde el extranjero, de acuerdo, por cierto, con conveniencias que no son las nuestras, ni guardan armonía con los supremos intereses de la Nación ni con la defensa del hemisferio.

El Presidente de la República reitera que su propósito no podrá cumplirse sin imponer al país grandes sacrificios. Las existencias de carbón, como ya lo ha manifestado, iban a durar hasta cinco días más. En estas

condiciones será necesario recurrir a las reservas que son mantenidas para casos de emergencia por la Armada Nacional; pero ello significa imponer nuevas y más severas restricciones en el empleo de dicho combustible. En efecto, a partir desde el lunes 13 del actual, los Ferrocarriles del Estado sufrirán substanciales restricciones en los servicios de carga y pasajeros en todo el territorio, incluyendo el ferrocarril eléctrico de Santiago a Valparaíso; en esa ciudad y en Santiago, y en provincias, sólo se podrá disponer de gas entre las diez y las trece horas, y entre las diecinueve y las veintidós horas; se paralizarán las plantas termoeléctricas de la Compañía Chilena de Electricidad, lo que impondrá un racionamiento de dos sectores diarios en vez de uno, como se estaba efectuando hasta ahora.

Las industrias y otras actividades que consumen carbón se irán paralizando a medida que agoten sus reservas, con la consiguiente angustia económica de muchos hogares modestos, que, en esta forma, sufrirán las consecuencias del cumplimiento del ya citado decreto gubernativo.

El Gobierno atenderá al funcionamiento, aunque restringido, de los servicios de utilidad pública y de otras actividades vitales.

El Presidente de la República llama a la cooperación de todos los sectores de la ciudadanía para sobrellevar el pesado sacrificio que estas restricciones importan, y declara que está resuelto a cumplir íntegramente el propósito que lo inspira y que no vacilará en adoptar todas las medidas necesarias, por duras que ellas sean, para resguardar los intereses nacionales, seriamente comprometidos por una intolerable y peligrosa intromisión extranjera.

La acción del Gobierno es apoyada por Chile entero

Cuando más intensa y soberbia era la actitud de los mineros en huelga, dirigidos por los jerarcas comunistas, ocultos, como siempre, la opinión pública, las colectividades políticas y sociales volcaron sus simpatías y adhesión hacia el Gobierno, que no se había dejado intimidar y estaba resuelto a hacer respetar el principio de autoridad.

Los primeros en llegar a La Moneda, el día 7 de octubre de 1947, fue la directiva de la CTCH, dirigida por su secretario general, Bernardo Ibáñez, acompañado por todos los miembros de la colectividad, quienes en forma terminante me expresaron su total repudio al intento de subversión del régimen constitucional en que estaba empeñado el Partido Comunista.

Les informé que los planes del Gobierno eran terminar con la checa comunista en el carbón. Para ello, sin embargo, las Fuerzas Armadas necesitaban de unos dos mil trabajadores dispuestos a enrolarse en las minas, y entre éstos, especialmente, aquellos mineros que habían sido separados de sus cargos por los propios comunistas.

Por unanimidad, los dirigentes aprobaron esta medida del Gobierno y me prometieron, de inmediato, preocuparse de reclutar en las provincias del Sur gente para trabajar en las minas.

Luego pasaron a mi despacho los miembros del CEN radical, que presidía Alfredo Rosende, quien me informó que la directiva acababa de aprobar un enérgico voto de adhesión total al Presidente de la República, solidarizando con las medidas de defensa adoptadas.

El voto contenía, además, una severa protesta por la acción desleal del Partido Comunista.

—Presidente —me manifestó el señor Rosende al despedirse—, el Partido Radical se siente tan traicionado como usted por el Partido Comunista, a quien le dio un trato amistoso y deferente, y hoy nos corresponde con una compañía de injurias, insultos y amenazas.

Mientras dialogaba con los miembros del CEN, ingresó a la sala el Edecán militar, para anunciarme la sorpresiva visita de la Mesa del Comité Central del Partido Socialista, presidido por su secretario general, Raúl Ampuero, a quien acompañaban altos dirigentes de esa colectividad política: los señores Humberto Soto, Oscar Waiss y Carlos Videla.

Su misión era poner en mis manos el enérgico acuerdo tomado por el Comité Central Ejecutivo, que daré a conocer más adelante, por el cual se repudiaba la actitud del Partido Comunista de servir de instrumento para la conjura soviética en contra de Chile.

Al expresarles mis agradecimientos, les informé del plan del Gobierno para poner término a la checa comunista en el carbón, de acuerdo con las Fuerzas Armadas, y de la necesidad de contar con unos dos mil hombres para reemplazar a todos los malos elementos, entre activistas, matones y espías, que infundían el terror en las minas, y los cuales estaban siendo separados de las faenas.

Aproveché para solicitar a la directiva socialista que me otorgaran su cooperación en esta emergencia, especialmente con todos los mineros

de que dispusieran, principalmente los que fueron marginados por la checa. "Se les garantizará a éstos -les manifesté- su integridad personal, dentro y fuera de las faenas. Esta cooperación -terminé diciéndoles- es de vida o muerte para el futuro de la libertad de trabajo en las minas".

Ampuero me prometió presentar este asunto en el Comité Central esa misma noche, asegurándome sus acompañantes que apoyarían la moción, aun cuando encontraban difícil ubicar a esos mineros en tan breve tiempo, ya que el reemplazo era de extrema urgencia.

El Edecán militar me informó, en esos instantes, que en la antesala de mi despacho se encontraban numerosas personas, representantes de las más diversas actividades e instituciones, quienes deseaban expresarme su adhesión en esos difíciles momentos por que atravesaba el país. Estaban ahí, entre otros, las directivas de los Partidos Liberal, Conservador y Democrático.

En vista de lo avanzado de la hora, solamente pude recibir a los dirigentes de las tres colectividades políticas nombradas. A través del Edecán, rogué a las demás personas que esperaban que dejaran sus nombres en el Libro de Visitas, para agradecerles posteriormente su patriótica adhesión.

Recibí enseguida a la Junta Liberal, presidida por don Gustavo Rivera, quien me expresó que el partido estaba dispuesto a apoyar en forma incondicional todas las medidas en defensa del régimen, y celebraba la energía e inflexibilidad del Gobierno para no ceder, a pesar de la dramática situación provocada por la escasez de combustible.

Don Horacio Walker, que pasó inmediatamente después, me manifestó, con parecidas palabras, la adhesión del Partido Conservador, por la enérgica defensa del régimen constituido y por las oportunas y eficaces medidas adoptadas para contener la acción subversiva del Partido Comunista.

La Junta Democrática, presidida por el diputado Dionisio Garrido, puso en mis manos un acuerdo de protesta y repudio al movimiento sedicioso de los marxistas y de respaldo a las medidas de defensa adoptadas por el Gobierno. Agradecí con efusión las palabras de esa colectividad, formada fundamentalmente por obreros.

El texto de la trascendental declaración pública del Comité Central Ejecutivo del Partido Socialista a que hice referencia es el siguiente:

El conflicto del trabajo que ha desembocado en la huelga actual, tuvo orígenes perfectamente legítimos y justos. Por eso apoyamos inicialmente la actitud de los sindicatos. Sabemos que los trabajadores arrastran una vida miserable, que reclama un pronto y substancial mejoramiento. *Sin embargo, el decreto de reanudación de faenas implica una satisfacción importante —superior a todas las conquistas anteriormente logradas por los sindicatos—, de manera que la prolongación del estado de huelga envuelve el propósito de imprimirle un carácter político que los socialistas repudiamos por principio en los movimientos de carácter económico.*

Esperamos que pronto se reanude el normal desenvolvimiento sindical en la zona, *tantos años dominada por la dictadura comunista, y que los trabajadores del carbón reivindiquen su derecho a gobernarse democrática y libremente. La burocracia stalinista —que se ha impuesto por la violencia y el terror sobre la gran mayoría de los obreros— ha demostrado una vez más su irresponsabilidad y su incapacidad para conducirlos a la victoria.*

REUNION SECRETA CON LOS MINISTROS
DE DEFENSA, GENERAL BARRIOS,
Y DE INTERIOR,
CONTRAALMIRANTE HOLGER

Como no tenía duda alguna respecto a las intenciones subversivas de los comunistas, llamé a mi despacho a una reunión secreta al Ministro de Defensa Nacional, General Guillermo Barrios Tirado, y al Ministro del Interior, Contraalmirante Inmanuel Holger. Les informé que estábamos enfrentados a una muy seria contingencia.

—Los marxistas —les dije— están dirigidos por instructores llegados de Rusia, Checoslovaquia y Yugoslavia. Según antecedentes que obran en poder de la Policía Política, se hallan fraguando el derrocamiento del Gobierno, con objeto de tomárselo y dar a la Unión Soviética *la primera avanzada comunista en América*.

Analizamos con el General y el Contraalmirante cómo Rusia, en forma artera y violenta, se apoderó de Polonia, Hungría, Bulgaria, Rumania y Albania; y cómo, gracias a Estados Unidos, habían logrado salvarse Turquía y Grecia.

Igualmente, en nuestro hemisferio, cómo los soviéticos hacían también esfuerzos desesperados por evitar que Chile y los países latinoamericanos aprobaran en Río de Janeiro el Pacto de Defensa Continental, que auspiciaba Estados Unidos.

A pesar de que en las Fuerzas Armadas existía una natural resistencia por desempeñar funciones propias de la policía, no me fue difícil convencer a los Ministros Barrios Tirado y Holger de que estábamos enfrentados no a un conflicto laboral, sino al peligro de un golpe revolucionario, alentado con la ayuda de potencias extranjeras y con miras a soliviantar al elemento trabajador y lanzarlo a la guerra civil.

En consecuencia, el problema era de estricto carácter castrense y no tenía otra solución que el empleo de los procedimientos militares a la brevedad posible.

En mi calidad de Generalísimo de las Fuerzas Armadas, pedí for-

malmente a los dos Ministros que ellas tomaran el control de la situación, previo un plan de operaciones de carácter estratégico.

—Señores Ministros —les dije—, ha llegado el momento de actuar con sagacidad y valor, poniendo en juego nuestra recia y eficaz organización militar. Necesito que se estudie un plan para comenzar mañana mismo nuestra ofensiva.

“Sólo una advertencia, que deseo se tenga presente: en las acciones en que deba emplearse la fuerza pública hay que evitar todo derramamiento de sangre, en el límite en que su autodefensa lo permita, para evitar que se produzcan víctimas. Las armas sólo serán empleadas cuando el enemigo esté armado y haga uso de ellas contra nuestros soldados y carabineros.

“El Partido Comunista es fuerte y fanático y cuenta con una férrea y disciplinada organización.

“Para cumplir sus planes de resistencia en la zona del carbón, la primera medida que tomaron fue formar grandes stocks de alimentos, contando para ello con la complicidad del jefe comunista Chacón Corona, que designé en la Dirección del Instituto de Economía Agrícola, que los abasteció para varios meses de harina, aceite, azúcar, café y otros artículos. Estos se hallan escondidos en grandes cantidades en las casas de los mineros comunistas.

“Todo lo tienen previsto para resistir la huelga y ocupación de las minas por largo tiempo. En el caso de que el Gobierno haga funcionar alguna de ellas, tienen instrucciones de trabajar a ritmo lento.

“La finalidad es agotar las reservas de carbón, como efectivamente lo han conseguido.

“La zona carbonífera —seguí manifestándoles a los Ministros Holger y Barrios Tirado, en el curso de esta reunión secreta— es el primer bastión que se han tomado los comunistas, atrincherándose en él para desencadenar una guerra sin cuartel al Gobierno. No tengan dudas —les agregué— de que seguirán con el cobre y el salitre.

“Chile carece de reservas de carbón; nuestras disponibilidades alcanzan sólo para cinco días.

“Esta dramática realidad es la carta de triunfo que tienen los mineros de aquella zona concientizada por Moscú para doblegar mi autoridad y paralizar el país.

“Tiene el Gobierno que vencerlos a toda costa, expulsándolos de las minas que mantienen en su poder.

“Por eso, señores Ministros —concluí—, estoy resuelto, pase lo que pase, a vencer o ser vencido. No acepto ni mediadores ni intermediarios, sean éstos políticos o congresales. Mi decisión, con la ayuda de ustedes, es dar la batalla en todos los frentes, con firmeza, resolución y hasta sus últimas consecuencias.

El General Barrios, muy impresionado, se levantó de su asiento y me dijo:

—Presidente, hace mucho tiempo que esperaba de usted una reacción como ésta. Se jugó demasiado por esta gente que nunca dejó de traicionar a usted, al país y a nuestro Ejército. Usted fue demasiado leal, exageradamente leal, con quienes no conocen otra lealtad que la servidumbre a Rusia. Espero que no sea demasiado tarde, para que al país no le cueste ríos de sangre este enfrentamiento. Debo adelantarle, Excelencia, que el Ejército tiene planes preparados para esta emergencia. Mañana tendrá usted el plan, que se adaptará a las instrucciones suyas.

El Contraalmirante Holger, por su parte, se unió a las palabras del General Barrios Tirado y afirmó:

—En la Marina esta medida traerá una inmensa satisfacción. El Estado Mayor de la Armada tiene también planes estudiados para aplicarlos en estas emergencias.

Más tarde reuní al Consejo de Gabinete e impuse a los Ministros de la crítica situación creada en la zona del carbón y de las medidas militares que se habían adoptado, además de las de carácter administrativo.

Por último, se acordó, a petición mía, designar al General Barrios Tirado, Ministro de Defensa Nacional, para que tomara a su cargo la dirección de la “Batalla del Carbón”.

Solicito ayuda al Presidente Truman

Según la apreciación de los organismos técnicos del Estado y de las Fuerzas Armadas, la situación del país se tomaría sencillamente trágica si no recibíamos desde el extranjero el abastecimiento de carbón que necesitábamos con urgencia.

Como las gestiones en Estados Unidos para la adquisición de este mineral iban muy lentas, y éstas representaban la única esperanza de ayuda, debido a la escasez que había de ese estratégico combustible en el mundo, decidí comunicarme por teléfono con nuestro Embajador en Norteamérica, Félix Nieto del Río. Lo instruí para que de inmediato pidiera una audiencia al Presidente Truman, a fin de que en mi nombre lo impusiera de la amenaza cierta que a corto plazo se cerniría sobre Chile si no recibíamos los cargamentos solicitados. Recalqué al Embajador que el país necesitaba disponer de unas cien mil toneladas de carbón, indispensables para su marcha mientras el Gobierno lograba dominar la ofensiva comunista, mediante la acción de nuestras Fuerzas Armadas.

Esa cantidad nos permitiría disponer de abastecimiento durante dos meses, tiempo que, según el cálculo del Estado Mayor, demoraría en volver la tranquilidad a la zona, al ser limpiada de toda influencia soviética.

Nieto del Río me prometió que esa misma tarde obtendría una audiencia con el Presidente norteamericano. De ahí que, inmediatamente después, llamé por teléfono a Nueva York al jefe de la CORFO en Estados Unidos, Roberto Vergara, diligente funcionario, para que se entrevistara con el Presidente del Eximbank y le expusiese la crítica situación en que se encontraba el país, y junto con ello le pidiera los préstamos necesarios para poder pagar los envíos de carbón solicitados en carácter de emergencia al Presidente Truman.

Ese mismo día me llamó Vergara para comunicarme el pleno éxito de sus gestiones con el mencionado Banco. Por otra parte, al día siguiente el Embajador Nieto del Río me informó telefónicamente que el Mandatario estadounidense había mostrado gran interés por solucionar este problema. Tanto era así, que desde su despacho había telefoneado al Ministro de Comercio para que ese mismo día desviara de su ruta un barco norteamericano que transportaba 10.000 toneladas de carbón, destinadas a Corea, y se dirigiera a algún puerto de Chile.

Me aseguré Nieto del Río que, posteriormente, otros barcos cargueros norteamericanos seguirían transportando sin interrupción las 100.000 toneladas que nuestro país necesitaba con urgencia para su abastecimiento.

Estas favorables noticias levantaron la moral, no sólo en los círculos de Gobierno, sino también entre los Jefes de las Fuerzas Armadas, porque ahora sí podían desarrollar con toda intensidad sus planes contra la checa comunista.

El General Barrido

LO QUE CUENTA
EL GENERAL BARRIDO
TIRADO EN SUS
MEMORIAS DE LA
INTERVENCIÓN DE LAS
FUERZAS ARMADAS
EN LA SUBVERSIÓN
DEL CARBÓN

Decimatercera Parte

LO QUE CUENTA
EL GENERAL BARRIOS
TIRADO EN SUS
MEMORIAS DE LA
INTERVENCION DE LAS
FUERZAS ARMADAS
EN LA SUBVERSION
DEL CARBON

LA SUBVERSION DEL CARBON

Dejemos al General Barrios Tirado el relato de estos hechos que hace en sus Memorias inéditas,(1) dando cuenta día a día de las medidas secretas del plan estratégico para la toma de las minas y la movilización de tanques, aviones de guerra y unidades de la Armada Nacional; así como las dificultades, contingencias y atentados que configuraron un estado de guerra en la zona antedicha. Todo esto fue lo que permitió, después de una atinada y enérgica acción, pacificar la región y destruir el dominio de los comunistas.

Dice así el General Barrios Tirado:

Ocupación de la zona carbonífera

El 3 de octubre de 1947 se dictó la siguiente directiva secreta para el Vicealmirante Alfredo Hoffmann, jefe de la zona de emergencia y jefe del Apostadero Naval de Talcahuano:

I. Declarada la huelga, se procederá:

1.º A la ocupación militar de las minas.

2.º Al apresamiento de los agitadores comunistas, según lista en poder de esa Jefatura, incluso del Alcalde y regidores de Lota y parlamentarios de ese mismo partido. En caso de encontrarse en la zona parlamentarios de otros partidos, se dispondrá su salida inmediata.

3.º Cancelación de permisos para cargar armas y requisamiento de las mismas.

II. El sábado 4 del presente mes, el Gobierno procederá a dictar el decreto de reanudación de faenas, indicando las condiciones económicas que regirán... El lunes 6, en el supuesto de que no se reanude el trabajo o éste se haga con una cuota inferior al 80% de la dotación de las minas, se dictará el Decreto Supremo de Movilización Militar y de cumplimiento integral del "Plan Gamma".

El día 4, a las 14 y 16 horas, se inició la huelga revolucionaria. El

(1) *Memorias inéditas del General Barrios Tirado*, en poder de su viuda, señora Elena Merino de Barrios, quien autorizó al autor de estas Memorias para la reproducción de los capítulos que cita. Tomo v, páginas 27 y siguientes.

Gobierno dictó un decreto por medio del cual ordenó la reanudación de faenas en toda la zona carbonífera. Dispuso que tropas de marinería, de Ejército y Carabineros, a las órdenes del Vicealmirante Hoffmann, resguardasen el orden en la región afectada y se evitasen los sabotajes anunciados en las faenas.

La prensa acogió y aplaudió las medidas acordadas por el Gobierno. La opinión pública vio una firme, enérgica y resuelta actitud para enfrentar una situación insostenible. Había llegado la hora de la decisión: democracia o comunismo.

El Presidente de la República, con su buen tino, estimó llegada la hora para abatir al comunismo.

Sin mediar una razón aparente que justificara el movimiento, la directiva moscovita dio la orden de suspensión de faenas por plazo indefinido, obedecida por toda la masa trabajadora. El Gobierno reaccionó rápida y violentamente, provocando desconcierto y sorpresa. Se hizo un despliegue de fuerzas para afrontar la situación; los efectivos de la Guarnición de Concepción fueron reforzados con el Destacamento Andino de Los Angeles y el Regimiento Chillán, varias unidades de la Armada Nacional y una apreciable cantidad de aviones. Se decretó zona de emergencia a la región carbonífera; se procedió al aislamiento de Lota y Coronel; se impidió la entrada y salida de personas sospechosas; se apresó a los cabecillas; se movilizó militarmente a las industrias; se procesó a los insurrectos; se evacuó a cientos de individuos; se cancelaron las personerías jurídicas de los sindicatos y se les incautaron sus bienes, privándoles de los medios materiales para una resistencia prolongada.

Se dictaron tres decretos de importancia. Por el primero, se movilizó militarmente la industria del carbón, para lo cual se sometía a los mineros al régimen disciplinario y judicial de las Fuerzas Armadas. Por el segundo, se llamó al servicio del Ejército a cuatro mil quinientos hombres para reforzar a las Unidades y disponer de mayores efectivos. Por el tercero, se nombró jefe de la zona de Lota y Coronel al General Santiago Danús Peña, Comandante en Jefe de la III División, y se le dieron las instrucciones para sus actuaciones futuras.

Por supuesto, el decreto de reanudación de faenas y el de movilización no fueron cumplidos. Se apresó a los cabecillas y se les internó en pontones y en la Isla Quiriquina, sometiéndolos a procesos militares; se impidió el acceso a la zona de toda persona que no mereciera la confianza y se inició una intensa campaña patriótica alentando a los mineros al cumplimiento de sus deberes.

Diez días se mantuvo la inactividad. A partir del día 13, la masa de trabajadores, sin directiva, acosada por sus necesidades económicas, comenzó a volver al trabajo y la producción a tomar su ritmo normal.

Lo decisivo consistió en la entrada triunfal a Lota de mil mineros, reclutados en el Sur del país, y la evacuación de cientos de cabecillas con sus familiares. Fue sólo entonces cuando la masa se dio cuenta de la firmeza del Gobierno, y la desmoralización comenzó rápidamente. La acción de los dirigentes había tenido su efecto. Había miedo a las represalias; una checa despiadada se encargaba, a viva fuerza, de mantener a una masa de veinte mil hombres en la más humillante sumisión.

EL GENERAL BARRIOS TIRADO EN LA ZONA

El día 14 de octubre de 1947 me trasladé a la zona del carbón. Mi visita obedecía a varias razones:

1.º Evidenciar en el terreno mismo cómo se estaban cumpliendo las distintas disposiciones del Gobierno.

2.º Tomar contacto con las Fuerzas Armadas, para alentarlas en la dura lucha iniciada, que no sabíamos cuánto más iba a durar.

3.º Formar una conciencia firme en las distintas autoridades de la zona, llevándoles la seguridad de que el Gobierno luchaba por su existencia, con decisión y sin claudicaciones, lo que exigía una contribución abnegada de las autoridades, de la prensa y de la ciudadanía entera. No puedo ocultar mi satisfacción por esta acertada resolución. Si no voy a la zona, seguramente la acción desarrollada por las Fuerzas Armadas habría sido distinta, porque había una completa desorientación, con la agravante de no haberse valorizado la finalidad del Gobierno: *por sobre todo y ante todo, aplastar para siempre al comunismo.*

El General Barrios instruye a las autoridades sobre la intransigente posición del Gobierno

El General Barrios, sobre el particular, escribe:

Mi primera reunión se efectuó en el Cuartel General de la III División en Concepción.

Esta reunión tenía por objeto conocer la situación y la forma como apreciaban el momento las más altas autoridades provinciales.

El Ministro expresa que, aunque la masa ciudadana vive en el mejor de los mundos, el Gobierno y sus inmediatos colaboradores se consideran en guerra, en una revolución de cuyos inmediatos resultados no se sabe, porque no se transigirá con los huelguistas y, cueste lo que cueste y pase lo que pase, se impondrá el principio de autoridad. Esta resolución gubernativa obliga a las altas autoridades a convenir y unir sus voluntades para afrontar sin debilidades las órdenes del Gobierno.

Digo que en la situación vivida hasta el instante se han conjugado una serie de factores negativos perjudiciales para la causa del Gobierno. Las

compañías carboníferas no han cooperado por ignorancia o lenidad, porque no se han convencido de la necesidad del apresamiento masivo de dos a tres mil hombres para extirpar el cáncer revolucionario. La checa comunista tiene atemorizada a la masa obrera y es a esa fuerza a la que hay que eliminar para asegurar la libertad de trabajo. Se agrega que el Gobierno, por razones políticas, retrasó la orden de movilización, pero el apresamiento de los cabecillas debió comenzar el día 4 de octubre, iniciándose la limpieza de la zona del carbón. El Gobierno está dispuesto a garantizar la libertad de trabajo y dar la seguridad de la tranquilidad.

El Ministro expresa que el Gobierno tiene la iniciativa, la que no está dispuesto a perder. Ha tomado la ofensiva y todos le deben acompañar. La información del General Danús relativa a la fuga de obreros produjo desconcierto en el Gobierno, porque no comprendía cómo, con la guarnición destacada en la zona, no fueron cercadas las localidades.

Informo que hay mil hombres reclutados en la zona sur para ser incorporados al trabajo. No se retirará la fuerza pública, para dar la sensación de garantía al trabajo. El Gobierno no está sólo interesado en la reanudación de faenas, sino también en la extirpación de la checa comunista. Se tiene la promesa de Estados Unidos de concedernos todo el carbón que nos sea necesario, porque comprende la gravedad de nuestra situación.

Por fin, declaro que el Gobierno no acepta componendas de ninguna tienda política y pido que todos los funcionarios colaboren con sacrificio y energía.

Resumen de esta reunión fue el siguiente:

1.º La provincia se encuentra en estado revolucionario, de manera que todas las autoridades deben mantenerse estrechamente unidas para sumar los esfuerzos hasta imponer el principio de autoridad con firmeza y severidad.

2.º El objetivo final no es otro que la extirpación de la secta comunista en la zona del carbón, en particular de la checa.

3.º No se aceptan gestores ni componedores en el conflicto, porque está de por medio el prestigio de la autoridad. *El Gobierno manda y sus órdenes deben ser cumplidas, cueste lo que cueste.*

EL GENERAL BARRIOS NOTIFICA
A LAS FUERZAS ARMADAS
EL PROPOSITO DEL GOBIERNO
DE ABATIR AL COMUNISMO

Así recuerda el General Barrios Tirado, Ministro de Defensa, sus reuniones con los jefes de las Fuerzas Armadas en la zona de Concepción:

La segunda reunión la tuve con el personal de oficiales y tropas de los Regimientos Chacabuco, Guías y Silva Renard, con el objeto exclusivo de dar a conocer la situación y auscultar el estado moral de los componentes de unidades que se suponían contaminadas con el ambiente.

Enfáticamente afirmo que, cueste lo que cueste, se impondrá el principio de autoridad, porque se trata de una lucha franca entre una secta internacional y la nacionalidad.

Vence la autoridad legítima o los que obedecen a inspiraciones extranjeras. Pido y exijo la colaboración de todos para afrontar con éxito la decisión y hacer sobrevivir a la República democrática. Sé que todos cumplirán con su deber. Pido unión sagrada alrededor de sus Comandantes; ellos sabrán mitigar las inquietudes y todos seremos dignos de la Patria, que saldrá purificada de la dura prueba, aun al precio de tener que hacer uso de las armas.

Estas reuniones fueron para mí de gran valor, pues me permitieron aquilatar el estado moral de los hombres decisivos de la región; de los que tendrían que enfrentar la subversión. Vi en oficiales y tropas decisión, buen estado de ánimo, deseos de cumplir con su deber, como efectivamente así sucedió en la larga jornada iniciada el 4 de octubre. A pesar del agotador servicio e inclemencia del tiempo y privaciones de todo orden, *no hubo una sola defección*. Disciplina maravillosa y buen deseo de cumplir con su deber en las mejores condiciones posibles.

En el Cuartel General de Lota, el General Barrios impone su plan táctico para liquidar la subversión

Al respecto escribe lo siguiente:

El mito de la contaminación era una historia interesada urdida por los enemigos de las Fuerzas Armadas.

La tercera reunión del día se llevó a cabo en el Cuartel General del General Danús, en Lota.

Expresé que la finalidad del Gobierno no era otra que la liquidación del comunismo entronizado en la zona, pasando a término secundario la producción de carbón. Expresé también que el Gobierno esperaba para el día 4 el arresto de doscientos o trescientos cabecillas. Califiqué el Decreto Supremo sobre movilización como el mayor de los fracasos por su inoperancia y lenidad de las autoridades encargadas de ponerlo en ejecución.

Debe procederse al arresto de todos los sindicatos como peligrosos, y los más exaltados deben ser entregados al Vicealmirante, sin temer a las reacciones que puedan sobrevenir.

El Vicealmirante Hoffmann trata de explicar la demora en dar a conocer la lista de los peligrosos al General Danús, falta de agentes de Investigaciones, errores de domicilios, y otras razones, que me llevan al convencimiento de una marcada negligencia e incomprensión de la situación.

Explico a los presentes por qué el Gobierno no desea la intervención de los políticos en la solución del conflicto, y no es otra que éstos ya tienen sus posiciones para la campaña electoral de marzo de 1949.

Se informa a los presentes que el Gobierno tenía conocimiento de elementos extranjeros que inspiraban la huelga revolucionaria.

El Gobierno, ante esta situación, dictó la orden de reanudación de faenas y de movilización industrial, órdenes que fueron burladas. Estimo que se debe poner mano firme y se debe proceder a una limpieza en contra de los que se encuentran en rebeldía.

Se dispone que de inmediato se organicen patrullas de Carabineros, Investigaciones, Ejército, vestidas de civil, para proceder a la detención de quienes figuran en las listas entregadas por las Compañías, procediéndose al arresto de aquellos que se resistan. Se dispone asimismo la detención de la regidora comunista Blanca Sánchez, y su traslado a la Isla Quiriquina.

En esta reunión se acuerda:

1.º Proceder al arresto del máximo de individuos que figuran en las listas. Condenar por remisos a los que no se presenten, dando preferencia a los más revoltosos.

2.º A partir del día 15 debe iniciarse el allanamiento de un pabellón completo, para conducirlos al pontón al ancla en Lota, para lo cual el Comandante Carvallo debe tomar las medidas pertinentes para su aloja-

miento. Las condenas, según la ley, fluctúan entre tres años y un día y cinco años.

3.º Notificar a los familiares de los detenidos en Quiriquina que dentro del plazo de ocho días deben evacuar sus casas, las que serán entregadas a los obreros que vienen de fuera.

4.º Aplicación estricta de la ley seca en toda la región.

La cuarta reunión del 14 de octubre se inició a las 18.30 horas en Schwager con oficiales del Ejército, de la Marina y Carabineros.

El Comandante de Marina señor Oscar Manzano dice que la Compañía no ha colaborado en el sentido de subordinarse a las autoridades instaladas en la zona. Informa haber dispuesto la clausura de los almacenes distribuidores, los que mañosamente, a su juicio, vendían grandes cantidades de víveres a los huelguistas, colaborando en esta forma a la resistencia contra el Gobierno. Dice que el comunismo está incrustado en todas las actividades de la zona, y cita el caso de cinco profesores comunistas en las escuelas de Coronel.

El agotador día terminó con una conferencia telefónica con el Presidente, quien lógicamente tenía que estar ansioso por conocer las actividades de su Ministro y el estado del movimiento.

El General Barrios se reúne ahora en el Apostadero de Talcahuano con oficiales de la Marina y Aviación

Escribe el General:

El día 15 de octubre se inició una reunión de oficiales de Marina y Aviación en el Apostadero de Talcahuano.

Explico la posición del Gobierno ante la huelga revolucionaria, la finalidad y objetivos que persigue Su Excelencia, que no es otra que la liquidación del comunismo en la zona del carbón.

Reitero que el tiempo es factor secundario, pues se cuenta con un acopio de carbón en Chile y otros grandes embarques que vienen en camino. El comunismo intentó asfixiar al país, pero el Gobierno comprendió esta maniobra, y la aparente lentitud gubernamental en los primeros días del conflicto fue la resultante de una meditación serena que se hizo de la situación.

El Comandante Mc Intyre, requerido por el Ministro, para explicar la calidad y preparación de los cabecillas detenidos en Quiriquina, expresa que habló largamente con todos ellos, explicándoles el error en que habían

caído, y constató que la mayor parte de esta gente no había recibido nunca una orientación patriótica a fondo. Los detenidos en los primeros días mantenían una actitud de rebeldía y una fe ciega en que el Gobierno, como en ocasiones anteriores, cedería. Los detenidos últimamente, en cambio, vienen más desmoralizados y se muestran resignados a ser alejados de la zona. Dice que el más capaz de los cabecillas es un español, sastre en Lota, quien ejercía sobre los detenidos la más absoluta tuición, al extremo que les ordenaba, incluso, afeitarse a los que no lo hacían. Este individuo llevaba en la zona poco más de un año de permanencia, y lo estima peligroso.

El Comandante Mc Intyre agrega que el diario que llevaba de su gira al Norte el dirigente Gallardo, enviado por la resistencia a recoger dinero para seguir la huelga, demuestra que estuvo en numerosas localidades del Norte del país y tomó contacto con cabecillas de la zona. El dinero que recogió fue escaso, por lo que aprecia que el viaje tuvo la doble finalidad de hacer propaganda para incitar a un paro de adhesión a los mineros de parte de los salitreros y cupreros, por lo que cree que, restablecida la normalidad en el carbón, estallarán conflictos en el Norte y Centro del país.

Reunión con Carabineros

Se refiere a continuación el General Barrios Tirado a su reunión en la Prefectura de Carabineros de Concepción, a la cual asisten el General Alvear y los oficiales de la Guarnición.

Terminada la reunión se dieron instrucciones para que sus declaraciones en nombre del Gobierno sean conocidas por la prensa.

Después de la reunión, el Ministro se entrevistó con el General Alvear, de Carabineros, quien le explicó que al principio de la huelga las medidas que había tomado el Gobierno para contrarrestarla no habían sido lo suficientemente explicadas, ni tampoco escuchados ciertos antecedentes que tenía, relacionados con la propaganda comunista en Concepción. Expresó que la gente de Concepción señalaba como comunista al ingeniero civil señor Roberto Landaeta, de sólidos recursos económicos y muy bien relacionado, y de quien se creía que en realidad dirigía la

agitación comunista en Concepción y más al Sur. Expresó textualmente: "Yo no sé qué esperan para tomarlo".

El Ministro tomó nota y dispuso hablar con S.E. al respecto.

Informe telefónico al Presidente de la República

El Ministro Barrios relata este episodio en la siguiente forma:

En la cuenta detallada rendida a S.E. ese mismo día en la tarde, no le oculté mi impresión de que la situación no estaba consolidada, por las razones fundamentales siguientes:

1.º Las Compañías se resistían a cooperar en la evacuación de dos mil a tres mil hombres de la zona, para ser reemplazados por otros traídos del Sur.

2.º Se evidenciaba un clima de odio, de resistencia pasiva en la masa obrera, doblegada pero no vencida. Diez días de acción, de lucha, de medidas drásticas, como fue la evacuación de viejas familias, no era suficiente para creer en el término definitivo de un movimiento larga y pacientemente preparado.

3.º No había fe en la masa ciudadana de la región del carbón, y en especial en Concepción, en el sentido de que el Gobierno estaba dando una batalla decisiva. Se creía y se comentaba que lo sucedido podría terminar lo mismo que otros y graves conflictos de años anteriores, que al correr del tiempo los intereses políticos eran más fuertes, encargándose de poner los instrumentos en el punto inicial de partida.

El Presidente de la República estuvo de acuerdo con mis impresiones personales sobre la situación en la zona del carbón.

VISITA SORPRESIVA DEL PRESIDENTE
A LA ZONA DEL CARBÓN

Así relata en sus Memorias el General Barrios la visita que hice a la zona en conflicto, en plena aplicación de las medidas contra los comunistas.

El día 30 de octubre partió al Sur el Presidente de la República, para participar en la inauguración de la Exposición Agrícola y Ganadera de Temuco, acompañado de su esposa, del Ministro de Defensa Nacional y señora, los parlamentarios señores Enrique Alcalde, Raúl Brañes, Alejandro Ríos V., Pedro Opitz y Máximo Valdés, presidente de la Sociedad Nacional de Agricultura.

El día 2 de noviembre me llamó S.E. para comunicarme su resolución de visitar sorpresivamente la zona del carbón, pues quería tomar contacto con los mineros y con la población y dar la sensación de no tener miedo de llegar a un centro que lo sabía hostil. Me ponía como condición la de no divulgar sus deseos, y en especial quería que su llegada fuera conocida sólo por el Vicealmirante Hoffmann.

La resolución presidencial fue una bomba, y traté por todos los medios de convencerlo de que desistiera de sus deseos.

Era temeraria su ida a un centro donde existían heridas profundas, odios reconcentrados en contra de su persona; en una palabra, el ambiente minero se prestaba para que un par de fanáticos atentara contra la vida del Presidente. Y era imposible preparar su seguridad personal, porque no se podía divulgar su visita. No valieron las razones, y se dispuso el viaje para el día 3 de noviembre.

La resolución presidencial era temeraria, de audacia y de gran trascendencia moral y política. Demostraba ante la faz del país valentía y disposición para enfrentarse a los enemigos de la República, que a lo largo del país agitaban las masas para alcanzar sus negros designios.

El comunismo estaba aparentemente derrotado en la zona del carbón; pero sus directivas, sus parlamentarios y la masa de simpatizantes de la secta internacional seguían en su obra en todas las actividades nacionales.

Se llegó a Concepción el día 3 de noviembre a las diez horas e inmediatamente la comitiva se dirigió a la zona del carbón. La llegada del Presi-

dente produjo estupor en la población y en Concepción. Se había logrado mantener el secreto, y esta circunstancia tuvo una gran importancia.

Lota, en menos de una hora, se congregaba y seguía al Presidente donde él iba. No hubo un solo acto de agravio, salvo los lamentos, llantos y escenas de desesperación de las mujeres de los deportados y presos, que se resistían a abandonar la zona, convencidas del pronto regreso de sus maridos.

La permanencia en Lota fue todo un éxito, porque el Presidente logró su finalidad: demostrar al pueblo su virilidad y la preocupación personal por la solución de los problemas de la clase trabajadora.

La llegada del Presidente a Coronel coincidió con la entrada de uno de los turnos de obreros a la mina. El Presidente fue a la mina y estuvo en el relevo. Muchos de los obreros lo saludaron con respeto y otros pasaron frente a él cabizbajos. Después de almuerzo, S.E. recibió la petición de los obreros salidos del turno de la mañana, los que querían ver al Presidente. Esta gente, después de la dura jornada, esperaron más de dos horas la llegada de S.E., y ante una multitud de más de dos mil hombres, el Jefe de Estado pronunció el más violento de sus discursos en contra del comunismo, pero, antes de iniciarlo, ordenó retirar la fuerza pública y levantar los cordones. Los obreros permanecieron en el más completo orden y respeto, salvo una o dos mujeres que trataban de interrumpir con denuestos que a nadie conmovieron.

En resumen, la visita del Presidente a la zona del carbón fue un éxito completo, porque tuvo una significación política, social y moral.

Allí la masa trabajadora supo de boca del Mandatario lo que él era y a dónde iba en la lucha en contra del comunismo. Los alentó al trabajo y les dio seguridad de paz y tranquilidad en la zona. Visitó y conoció los problemas vitales, los orientó y exigió a las Compañías medidas de ayuda como un medio de hacer efectivo el bienestar de una masa abandonada, sufrida y trabajadora. El comunismo jamás se preocupó de los obreros, salvo para explotarlos con fuertes contribuciones que les eran impuestas y que hicieron de esos sindicatos unos de los más ricos. Les convenía mantener el estado de miseria para el logro de sus aspiraciones.

Las fotografías tomadas por los reporteros gráficos del diario *La Patria* de Concepción permiten valorizar el contenido de la recepción que la población de la zona tributó al Presidente de la República. Las palabras o descripciones escritas no pueden interpretar la magnitud y significación de esta sorpresiva visita a Lota y Coronel. Se puede negar un aconteci-



El Presidente de la República en el interior del Pique Grande en Lota.

miento o una relación, pero no se puede tergiversar el contenido de una fotografía.

En Schwager le fue presentado al Presidente de la República el Teniente Neumann y los soldados que le acompañaron. Después de saludar personalmente a cada uno y felicitarlos por el acto de arrojo, pidió al Teniente Neumann que le relatara su acción heroica, llevada a efecto sin derramamiento de sangre.(1)

Durante su estada en la zona del carbón, el Presidente pronunció cuatro discursos.

En el primero debió usar como tribuna un jeep para dirigirse a la población de Lota, que le pidió que le dirigiera la palabra, y les dijo haber ido a la zona para comprobar personalmente el clima reinante, que lamentaba las medidas adoptadas, pero, amenazada la República por consignas foráneas, no había vacilado un instante en defenderla.

“El obrero chileno –les dijo el Presidente– está engañado y está sirviendo a una potencia extranjera; por lo tanto, los comunistas que sirven a

(1) En el Capítulo siguiente damos a conocer el relato de la extraordinaria hazaña, hecho directamente por el Teniente Neumann al Presidente de la República.

esos intereses serán combatidos por traidores a la Patria. A estos comunistas no les pido ni les doy cuartel.”

Fue calurosamente aplaudido.

Después del almuerzo ofrecido por las Fuerzas Armadas a S.E., éste y comitiva se dirigieron a la mina, hasta el Pique Grande, donde dirigió la palabra a una multitud de más de tres mil obreros del turno salido a las catorce horas, pronunciando un fogoso como enérgico discurso, que fue escuchado en profundo silencio. Previamente hizo levantar los cordones de Carabineros para permitir a la muchedumbre que se acercase.

A las Guarniciones de Lota como de Schwager, el Presidente les dirigió la palabra para decirles que llegaba hasta ellas para felicitarlas en nombre del Gobierno y del país por la acción inteligente y democrática, plena de sentido social, cumplida al servicio de la República. Les expresó que estaban ante una masa obrera engañada, no en calidad de verdugos, sino para liberarla de una oprobiosa opresión.

El almuerzo a S.E. fue ofrecido por el Vicealmirante Hoffmann, en sencillo, sentido y corto discurso, contestado por el Ministro de Defensa Nacional.

En esta histórica oportunidad expresé que me era fácil la tarea de hablar en nombre de S.E., por encontrarme en un ambiente profesional y porque las cariñosas palabras dirigidas por Su Excelencia a los componentes de la Unidad podían servirme para responder al Vicealmirante. Dije que la contextura y la dignidad de las Fuerzas Armadas estaban a prueba y era una oportunidad de mostrar su capacidad y lealtad. Han evidenciado una clara conciencia en la mantención del orden y han garantizado la libertad de trabajo. Expresé mi gran satisfacción por la forma en que todos han cumplido con el deber.

HEROICA ACCION DEL
TENIENTE NEUMANN
A 500 METROS BAJO EL MAR

El martes 21 de octubre de 1947, cuando, con la vuelta de miles de mineros a las faenas de Lota y Coronel, el Gobierno consideraba que la huelga del carbón estaba superada, recibí un llamado telefónico del Vicealmirante Hoffmann, quien me anunciaba que dos turnos de la mina de Schwager, compuestos por más de dos mil hombres, se habían tomado la mina, negándose a subir a la superficie, so pretexto de trabajar vigilados por tropas militares. En otros términos, ésta era una abierta rebelión en contra de la autoridad. Su objetivo era volver a paralizar las empresas carboneras y dar al país la imagen de que el Gobierno no podía controlar la situación.

Me expresaba, además, que el General Danús, Jefe de la Plaza, había encomendado al Teniente Eleodoro Neumann, un joven oficial de especiales condiciones militares y tino, para que, al mando de una compañía compuesta por cincuenta soldados del Regimiento Chillán, bajara a la mina e instara a los mineros a deponer tan rebelde actitud.

El Vicealmirante me pedía instrucciones para el caso de que la misión del Teniente Neumann no tuviera éxito.

Mis órdenes fueron claras y precisas: eliminar, sin vacilaciones, cualquier foco de rebelión comunista, pero teniendo presente mi recomendación de evitar todo derramamiento de sangre.

Horas más tarde me llamó el General Danús, y me dio cuenta de la heroica acción del Teniente Neumann, quien, no obstante ser atacado con un dinamitazo, tuvo la sangre fría y el valor necesarios para ordenar a la tropa no disparar contra los mineros. Evitó así una masacre de insospechables proporciones, la cual habría causado conmoción en el país. Además, el Teniente convenció a los mineros para que enviaran una delegación a parlamentar con él.

Agregó el General Danús que, después de haber notificado a la comisión de los mineros sublevados que sólo les garantizaba justicia, pero que no aceptaría otra condición que la vuelta al trabajo, tenía la

impresión de que dentro del plazo de dos horas que les fijó, los obreros abandonarían las minas.

Le agradecí y lo felicité por el éxito de la misión encomendada al Teniente Neumann, y le expresé que estaba seguro de que la autoridad militar se impondría y que los obreros acatarían sus órdenes, y antes de la hora fijada subirían a la superficie.

Por estimarlo un episodio emocionante de la "batalla del carbón" y una lección ejemplarizadora de valor y prudencia, que demuestra el temple de nuestros militares, reproduzco en estas páginas el relato personal que me hiciera en Lota el Teniente Neumann.

El Teniente Neumann relata al Presidente de la República su odisea

Mi Mayor Pedro Zelada, por orden del Comandante del Regimiento Chillán, Comandante Iturriaga, me hace llamar de madrugada, el día martes 21 de octubre de 1947, para encomendarme la delicada misión de que, al mando de una compañía de cincuenta soldados del Regimiento Chillán, debería internarme en las galerías de las minas de Schwager. Ya en el lugar indicado, tendría que, por convencimiento, hacer desistir de su actitud a los obreros, que en cantidad superior a los dos mil estaban atrincherados dentro de ellas.

Recibidas las instrucciones de mi Comandante, reuní a la tropa para explicarle la difícil misión a cumplir, debiendo evitar todo derramamiento de sangre, por órdenes expresas del Presidente de la República, salvo que fuéramos atacados. Terminé recomendándoles a mis soldados actuar con mucha sangre fría y control en los casos imprevistos que se presentaran durante la operación.

Integraban, además, la compañía los Subtenientes señores Hernán Ramírez, Gastón Cruz, Ernesto Hold y Víctor Frasini.

Todos partimos con la moral muy en alto, convencidos de lo importante y delicado de la misión encomendada.

Empieza la operación

A las nueve en punto comencé a descender con mi compañía. Todos íbamos provistos de cascos mineros, con lamparillas eléctricas y con el armamento de rigor.

Avanzamos aproximadamente una media hora por la galería sin en-

contrar a nadie. Los Subtenientes que me acompañaban encontraron sospechoso que de los dos mil mineros que estaban en el interior no se divisara uno. De repente se apagaron las luces eléctricas que nos alumbraban. Los mineros las habían cortado, lo que iba en ventaja de ellos, porque conocían el túnel por donde nosotros nos internábamos.

Allí mismo nos detuvimos, y en voz alta llamé para tener contacto con alguien.

Una voz me contestó: "No avance, Capitán". Yo le grité: "Vengo a hablar con ustedes, con alguien".

Desde la oscuridad llegó la respuesta, dura, amenazante: "No tenemos nada que hablar con nadie; no avance, Capitán, que va a arrepentirse".

Aquello era un desafío, y lo contesté gritando: "¡Es que avanzo!", y avancé solo.

El criminal atentado dinamitero

Había caminado unos veinte pasos, cuando una de las luces, que estaría a unos doscientos metros del punto en que yo me encontraba, se apagó tres veces seguidas, luego todos los mineros apagaron sus lamparillas y de inmediato explotó un tiro de dinamita a unos diez metros. Instintivamente me arrojé al suelo, abrí la boca y me apreté el estómago. Piedrecillas y casquetes alcanzaron mi cara y mi cuerpo.

Los conscriptos, que se habían lanzado a tierra por los costados, se estaban reorganizando, con sus carabinas listas para disparar hacia la oscuridad que tenían al frente.

Entonces grité a la tropa: "No disparen". Sentí la sensación de una masacre, no descartando el peligro de que nosotros voláramos. Estiré los brazos hacia atrás y fui bajando los cañones de las carabinas de los soldados. La tropa estaba excitada. Los Subtenientes ayudaron a calmarla, mientras en voz baja yo los exhortaba a no perder el control.

Los mismos mineros gritaban que había más tiros de dinamita preparada, con expresiones violentas y agresivas.

Los momentos eran dramáticos. Para infundir confianza a la tropa, avancé hasta cincuenta metros delante del sitio en que había sido la explosión, habiendo dejado la orden de que al segundo dinamitazo la tropa disparara para defenderse.

Los mineros me gritaron: "Si es valiente, siga avanzando". Les contesté: "Claro que sí, voy a avanzar veinte metros más, siempre que uno de ustedes haga lo mismo". Caminé los veinte metros y tomé contacto con

una comisión; me apoyé de espaldas a la pared de la galería, mientras seis mineros me rodearon en semicírculo.

Los Subtenientes y la tropa me gritaron: "No avance más, mi Teniente, que esos carajos lo van a matar".

Allí los mineros me expresaron que no aceptaban transacciones y que insistían en su petición de que las tropas debían abandonar la zona del carbón, para que ellos pudieran reestructurar nuevamente su organización sindical; es decir, libertad para que actuara la checa.

A mi vez, les repliqué que ellos estaban cometiendo una falta sancionada por el Código de Justicia Militar y que debían acatar las disposiciones de la autoridad, mientras estuvieran en el carácter de movilizados. "Vengo aquí a cumplir una orden, que no es otra que desalojar la mina."

Me agregaron que si ordenaba que la tropa siguiera avanzando, yo moriría allí mismo.

Los llamé a la cordura. Entonces me dijeron que yo tenía que ir con ellos hasta más al interior, en donde se encontraba el grueso de los mineros.

Ordené que la tropa no se moviera del lugar en que se hallaba y me decidí a avanzar con los seis mineros: tres se colocaron delante y otros tres atrás. Caminamos más o menos doscientos cincuenta metros y llegamos hasta donde estaba el núcleo principal. Una infinidad de lucecillas me indicaba que estaba al frente de los dos turnos. Me recibieron con gritos hostiles y destemplados.

Yo había perdido el completo contacto con mi tropa y con el exterior. Los teléfonos interiores estaban destruidos y no podía informar del desarrollo de la misión, ni pedir instrucciones.

En ese lugar había un carrito volcado. Subí sobre él, y con la mano izquierda hice un movimiento, levantándola para pedir silencio. Fui interrumpido con un grito impresionante:

"¡Cuidado! ¡Se va a quemar(1) con el cable de alta tensión!..."

Efectivamente, allí estaba el cable, a pocos centímetros de mi cabeza y, al tocarlo, dada mi estatura de un metro ochenta y uno, me habría electrocutado. Rápidamente miré hacia el punto de donde había salido la advertencia y respondí: "Muchas gracias, compañeros..."

Este detalle parece que infundió cierta confianza a algunos mineros, que reaccionaron en una actitud más favorable hacia mí.

(1) "Quemar" en jerga minera es electrocutar.

Comencé a dirigirles la palabra desde mi improvisada tribuna, diciéndoles:

“Ciudadanos mineros, tengan fe y confianza en lo que voy a decirles. Comprendo vuestros problemas. Las Fuerzas Armadas no han venido a complicarles la vida. Estamos aquí para solucionar vuestros problemas. Pero con toda franqueza les advierto que ustedes están cometiendo un acto de rebelión que yo tengo el deber de someter. Nombren una comisión para que suba a la superficie a conversar con el jefe de la zona.”

Uno de los dirigentes me pidió, a nombre de sus compañeros, que para que pudiera subir una delegación la compañía tenía que quedar adentro. Petición que no pude aceptar. Luego solicitaron que quedaran cinco soldados en calidad de rehenes. Tampoco accedí a ello.

En ese momento, un minero gritó: “Entonces, ¡mátenlo!”

La situación era desesperada. Sin contacto con la tropa, a quien había ordenado perentoriamente no moverse del sitio en que la dejé ubicada, estaba solo, de pie sobre un carro volcado y ante el peligro inminente de los cables de alta tensión que estaban suspendidos sobre mi cabeza.

Los rostros ennegrecidos de los mineros, dominados por el odio, se volvieron más amenazadores ante el rechazo de sus exigencias, y poco a poco estrechaban el cerco que me rodeaba.

Fue entonces, en ese minuto, debo confesarlo, cuando el miedo de ser electrocutado con un simple empujón dominó mis facultades, y temí por mi vida y la de los hombres que tenía a mi cargo.

Mis brazos y piernas empezaron a temblar, tensión que duró unos segundos y que logré dominar aplicándome un fuerte golpe a una de mis rodillas, con la parte metálica de mi carabina, que me hizo saltar lágrimas de dolor, pero que me permitió recobrar el control sobre mí mismo.

Esta enseñanza la recuerdo de la Escuela, donde se explica que el miedo responde al instinto de conservación de la vida, y los soldados, durante la guerra, cuando entran por primera vez a los campos de batalla, para sobreponerse utilizan este procedimiento.

Recuperado el dominio de mí mismo, sin que los mineros se hubieran dado cuenta de esta reacción anímica, con voz serena y terminante les insté, por última vez, a que enviaran una delegación para hablar con el General Danús.

Les aseguré que yo los acompañaría y que respondía con mi vida que serían devueltos al interior de las minas si ésta fracasaba. Pero que jamás aceptaría que uno solo de mis soldados quedara como rehén.

Después de innúmeras y nerviosas consultas entre ellos, aceptaron el procedimiento.

Salimos con cinco mineros a la superficie. Eran las doce del día.

El General Danús comunicó a la delegación que los obreros debían abandonar la mina sin condiciones, y que les daba de plazo hasta las dos de la tarde para hacerlo.

La delegación regresó al fondo del pique completamente sola, sin fuerza armada.

Hasta aquí lo relatado por el Teniente Neumann.

Abandonan la mina

El lapso transcurrido entre las doce y media y las dos de la tarde fue inquietante. No se conocía la actitud que adoptarían los obreros una vez que tomaran contacto con sus compañeros del interior, pero la enérgica como serena actuación del General Danús tuvo pleno éxito.

Felizmente, al termino del plazo fijado, comenzaron a salir los mineros en forma precipitada.

Fueron detenidos por lo menos doscientos y se les llevó a bordo del *Araucano*, en donde se instruyeron los sumarios.

De esta manera, una rebelión fue sofocada en el interior de una mina, sin disparar ni un solo tiro de foguero.

Al Teniente Neumann se le rindió un homenaje público en la Plaza de Chillán, donde el Ministro de Defensa Nacional, General Barrios Tirado, lo condecoró con la medalla "Al Valor", como igualmente a los Subtenientes y soldados del Regimiento Chillán que lo acompañaron en su histórica jornada.

"No se ha disparado un solo tiro en la zona del carbón."

Enérgica declaración del General Danús

Confirmando las terminantes declaraciones formuladas por el Ministro de Defensa Nacional, General Guillermo Barrios Tirado, el jefe militar de la zona del carbón, General Santiago Danús, hizo la siguiente exposición:

El jefe militar de la zona del carbón declara en forma terminante que son totalmente inexactas las declaraciones hechas por algunos parlamentarios o publicadas en algunos diarios, revistas o panfletos, distribuidos en esa zona, en el sentido de que las Fuerzas Armadas hayan hecho uso de sus armas en contra de obreros, mujeres o niños. No ha sido necesario recurrir a la fuerza, ni se ha disparado un solo tiro a fogeo, ni se han empleado las bayonetas.

Nadie, honradamente, puede afirmar lo contrario.

En el caso de abierta rebelión, como lo ocurrido ayer en el interior de la mina de Schwager, en donde los obreros cometieron actos de sabotaje, como cortar los teléfonos y la luz, recurriendo a la dinamita en contra de las tropas, el personal militar actuó con el máximo de prudencia y tino, y ningún oficial o soldado hizo uso de sus armas.

Lo que ocurre, en realidad, es que se hacen las afirmaciones que desmienten ante la desilusión en que se encuentran los dirigentes de la huelga revolucionaria, por el hecho de no contar con ninguna víctima que exhibir ante el país para conmover a la opinión pública.

Dejo constancia en forma categórica que no es efectivo que se haya procedido de una manera violenta con las mujeres y niños; las familias viven en sus casas y los niños juegan tranquilamente en las plazas, calles y jardines. Las familias que voluntariamente desean acompañar a sus padres, esposos e hijos, cuando éstos, por causa justificada, no sigan trabajando en las Compañías, reciben toda clase de facilidades, pasajes y dinero para irse donde deseen, o bien, siguen viviendo en la misma casa, siempre que no sea de propiedad de las Compañías, pues la industria las necesita para darles vivienda a los nuevos obreros que ha contratado.

Puede tener la opinión pública la certeza absoluta y la confianza plena de que las instituciones armadas, que bajo mi mando cumplen en esta zona esta delicada tarea, lo han hecho y lo harán con el máximo de prudencia y, a la vez, con la energía necesaria; sólo recurrirán a la violencia en casos que ella se ejercite en su contra, pero siempre procurarán apelar al consejo y al convencimiento, preocupándose especialmente del bienestar de las poblaciones en todo sentido. (Fdo.) General SANTIAGO DANÚS PEÑA.

COMPLICIDAD DE LAS EMBAJADAS DE
RUSIA,
YUGOESLAVIA Y CHECOESLOVAQUIA
EN LA SUBVERSION COMUNISTA

El Encargado de Negocios de Checoslovaquia, señor Cejka, era el nexo de la conspiración y el que impartía las directivas de los marxista-leninistas.

No estuve errado cuando, por los antecedentes que recordaré a continuación, me formé la clara y justa apreciación de que la huelga del carbón estaba dirigida desde el exterior, y su finalidad no era otra que ganar para la U.R.S.S. un bastión en América en contra del panamericanismo, respaldado por los Estados Unidos.

Tampoco fue exagerada mi determinación de entregar a las Fuerzas Armadas la responsabilidad de liquidar este movimiento subversivo.

Empezaré por dar a conocer los "informes secretos" de la Policía Política de Chile, encargada de la vigilancia de las Embajadas de Rusia, Yugoslavia y Checoslovaquia.

Estos informes me fueron proporcionados por el entonces Director General de Investigaciones, Luis Brun Davoglio, cuyos textos originales reproduzco en el Apéndice, al final de estas Memorias.

En esa época, Checoslovaquia estaba gobernada por una coalición de partidos, entre los que se contaba en forma preponderante el Comunista, aunque el Presidente de la República, señor Benes, y su Canciller, Tomás Garrigue Masaryk, eran destacados líderes democráticos.

Por desgracia, el Primer Ministro de ese país, Gottwald, era un activo militante comunista, que había infestado la administración pública con sus camaradas, quienes prácticamente tenían controlado todo el Servicio Exterior checoslovaco. Así se explica que la Embajada checa en Chile estuviera manejada por ellos, a tal punto que su principal representante, el Ministro señor Jan Havlasa, fue sindicado como perpetrador de actos de sabotaje en la Planta Eléctrica de Los Maitenes, y que, más tarde, el Encargado de Negocios, señor Strantise Cejka, que lo reemplazó en su ausencia, se convirtiera en el verdadero enlace con la

Embajada de Rusia y Checoslovaquia, aparte de que por su intermedio se transmitían las directivas de Moscú al Comité Central del Partido Comunista chileno.

Cabe también hacer mención de la existencia de las estrechas relaciones habidas entre el Partido Comunista y determinadas organizaciones formadas por nacionales o descendientes de súbditos de los países eslavos, y en especial, representantes de las colonias checoslovaca y yugoeslava, que eran las más numerosas en el país.

Estas organizaciones ocultaban sus actividades subversivas a través de entidades que simulaban cumplir con fines artísticos, literarios o culturales, como el "Comité Coordinador Inter eslavo de Chile", sostenido y financiado por las Embajadas de esos países, como se desprende del informe confidencial que transcribo en el Apéndice de estas Memorias, en el que se denuncia que una de las obligaciones fundamentales de las Misiones de los países comunistas al instalarse en las repúblicas americanas, consistía en la creación inmediata y preferente de organismos de coordinación inter eslava.

Chile rompe con Rusia y Checoslovaquia

Las directivas que por intermedio del Encargado de Negocios de Checoslovaquia se impartían al Comité Central del Partido Comunista, eran en el hecho una abierta intervención foránea destinada a fomentar la rebelión de las masas, engañadas con el fin específico y criminal de sabotear y destruir las fuentes mismas de nuestra producción de carbón, cobre y salitre.

Como este tipo de intervención constituía una grave amenaza para nuestra economía, e incluso un riesgo para la defensa misma del continente americano, que nosotros estábamos comprometidos a mantener, mi Gobierno tuvo que reaccionar, y lo hizo utilizando los medios apropiados; para ello debió apelar a las Fuerzas Armadas, que llamaron hasta sus reservas, pues en el hecho la Patria estaba en peligro.

Consecuencia lógica de ello fue la firme resolución de mi Gobierno de romper relaciones con Rusia y Checoslovaquia. Esta última todavía se defendía de caer bajo las garras soviéticas, y el Presidente Benes se mantenía en el Poder, como igualmente su Canciller, Masaryk.

Checoslovaquia cae en las garras del comunismo

Infructuosos resultaron los esfuerzos por mantener el funcionamiento de las instituciones democráticas en Checoslovaquia, ya que a los pocos meses Masaryk fue alevosamente asesinado y lanzado por una ventana para simular un suicidio, mientras el Presidente Benes era destituido del Poder.

De nada les sirvió defenderse a los partidos genuinamente democráticos de esa nación. Los comunistas y el Primer Ministro, Clement Gottwald, traicionando a su patria, estaban al servicio de la Unión Soviética antes que de Checoslovaquia.

Bastó que Rusia interviniera con sus tanques para que desapareciera todo vestigio de oposición y el país quedara sujeto al más completo dominio soviético.

Es honroso para Chile relatar el episodio del rompimiento de relaciones con Checoslovaquia, porque este Estado, a través de su representante en las Naciones Unidas, señor Papanek, nos atacó duramente en dicho organismo, sosteniendo que nuestros cargos contra su representación diplomática en Chile eran falsos y arbitrarios; que el Encargado de Negocios y ninguno de sus funcionarios eran comunistas ni intervenían en la actividad política en nuestro territorio.

Contestó al señor Papanek nuestro representante en la NU, Hernán Santa Cruz, quien, a la luz de los antecedentes que exhibía, apeló a la responsabilidad del Presidente Benes para que interviniera por la propia seguridad suya y de su alto cargo en las actividades que desarrollaba el Partido Comunista en las Relaciones Exteriores de Checoslovaquia.

Pocos meses después, el 22 de septiembre de 1948, los comunistas checos derrocaron al Presidente Benes, y con el apoyo de los tanques rusos se apoderaron del Gobierno de ese país.

Como una paradoja de la vida, resultó que el mismo Papanek, que había protestado contra Chile por el rompimiento de relaciones con su patria, presentara con fecha 10 de marzo una denuncia a las Naciones Unidas, en que acusaba a Stalin de haber violado los principios fundamentales de respeto e independencia a los Estados; con tan mala suerte, que su reclamo fue rechazado por una hábil maniobra reglamentaria del delegado soviético.

Fue entonces cuando, por mi propia y personal iniciativa, telefoneé a Nueva York a Hernán Santa Cruz, para que ese mismo día presentara ante el Consejo de Seguridad una reclamación en nombre de Chile, y denunciara la vergonzosa intervención soviética.

La denuncia de Chile obtuvo un sonado triunfo al ser acogida favorablemente en el Consejo de Seguridad, cuyos miembros acordaron incluirla en su agenda, por 9 votos contra 2; los votos contrarios fueron, naturalmente, de Rusia y Ucrania.

Pero esto no fue todo: por igual votación se acordó invitar al seno del Consejo de Seguridad al representante de Chile, quien hizo una extensa exposición en abono de nuestra presentación y pidió, en caballeroso gesto, que el Consejo de Seguridad escuchara al representante checo.

El Consejo de Seguridad aceptó la petición de Chile y Papanek pudo exhibir toda la traición y el atropello por parte del comunismo internacional, apoyado por los tanques soviéticos en contra de su patria.

Capítulo VII

EL GOBIERNO DA CUENTA AL CONGRESO NACIONAL DE LAS RAZONES QUE TUVO PARA ROMPER CON LA UNION SOVIETICA, YUGOESLAVIA Y CHECOESLOVAQUIA

Por encargo expreso del Presidente de la República, los señores Ministros de Relaciones Exteriores, Germán Vergara Donoso; del Interior, Contraalmirante Inmanuel Holger, y de Defensa Nacional, General Guillermo Barrios Tirado, en sucesivas sesiones de la Cámara de Diputados dieron cuenta documentada de todos los acontecimientos políticos, diplomáticos y sociales que alteraron la normalidad del país y cuyas bases de subversión fueron las continuas y prolongadas huelgas del carbón, del cobre y del salitre.

Las versadas exposiciones de los Ministros demostraron fehacientemente al país que tales huelgas revolucionarias no eran más que la resultante de la política internacional soviética, aplicada en Chile, a través del Partido Comunista, con la complicidad de los Embajadores de Yugoslavia y Checoeslovaquia.

Recordemos algunos pasajes de la exposición del señor Ministro de Relaciones. (El texto completo aparece en el Apéndice de estas Memorias.)

El Ministro Vergara denuncia la intervención de las potencias comunistas en el movimiento subversivo del carbón

Dijo el señor Vergara:

Por si esto fuera poco, agentes directos de un Gobierno extranjero, sometido al yugo soviético, fueron sorprendidos en actividades subversivas, abusando de su carácter diplomático y de las franquicias que los pueblos civilizados otorgan a los que ostentan la representación de otros Gobiernos.

Ante esta nueva forma de agresión, peligrosa como ninguna, que pretende destruir las fuentes de producción y la vida misma de la Nación, el Gobierno se vio en la necesidad de actuar con ejemplar energía.

Fue así como resolvió la expulsión del territorio nacional de los señores Cunja y Jakasa, funcionarios de un Gobierno extranjero.

El señor Cunja era el Encargado de Negocios de Yugoslavia en Chile.

En cuanto al señor Jakasa, se trata de un funcionario no acreditado en Chile, y en consecuencia asistía al Gobierno perfecto derecho para hacer cumplir a su respecto todas las medidas de seguridad nacional que aconsejaran las circunstancias.

El Gobierno de Yugoslavia, cuyos funcionarios habían violado la hospitalidad chilena, creyó justificado romper sus relaciones con el Chile. Su obligación habría sido, por el contrario, presentar excusas por la intromisión ilegítima en los problemas internos del país.

Luego de analizar los mismos hechos y circunstancias que obligaron a Chile a romper con Rusia y Checoslovaquia, concluyó:

Ante la verdadera agresión de que ha sido víctima nuestro país, el Gobierno asume sus responsabilidades y expone ante la Honorable Cámara los medios que ha utilizado para defenderse, tanto en el frente interior como en el frente diplomático.

En este último aspecto, el Gobierno ha actuado con la más absoluta independencia. Rechaza enérgicamente los términos injuriosos en que están concebidos los comunicados oficiales de Belgrado y de Moscú, cuyos textos han sido ampliamente difundidos por la prensa chilena, como corresponde a un país libre y democrático, mientras los comunicados chilenos, oportunamente transmitidos por las agencias, no han sido publicados en aquellas capitales.

Declara asimismo el Gobierno de Chile que, en este caso, ha procedido por su propia cuenta; no ha concertado sus actitudes con las de ningún país ni pide que ninguno las adopte iguales.

Se vio impelido a hacerlo por las necesidades de su defensa interior y ante una nueva forma de agresión exterior. No desea para ningún país amigo que iguales o semejantes circunstancias lo obliguen a las mismas reacciones.

Debo finalmente agradecer al Gobierno de la Nación argentina el

haber asumido la representación de los intereses chilenos en los países aludidos; al Gobierno de los Estados Unidos, las facilidades que nos ha otorgado para hacer frente a las necesidades de carbón, salvando así de una paralización segura a importantes industrias nacionales, y a los Gobiernos de todas las naciones hermanas de América, la solidaridad y comprensión que han demostrado hacia Chile en los difíciles momentos por que atraviesa la República.

Señor Presidente:

Me ha correspondido el alto honor de dar cumplimiento a las instrucciones de Su Excelencia el Presidente de la República en el desarrollo de su política internacional en los últimos meses, política de paz, pero también de seguridad. No hemos tolerado ni toleraremos intromisiones extranjeras en nuestra Patria; no hemos aceptado ni aceptaremos que se pretenda torcer la limpia trayectoria internacional que hemos heredado de nuestros antepasados. Hemos rechazado y rechazaremos cualquier tentativa para alejar a Chile de sus hermanos de América y para transformar al país en campo de experimentación de doctrinas exóticas.

Prolongados aplausos le fueron prodigados al Canciller Vergara al término de su "exposición".

*El Contraalmirante Holger delata la maniobra soviética,
a través del paneslavismo*

El Contraalmirante Holger, en su carácter de Ministro del Interior, hizo una minuciosa exposición de todas las argucias, intervenciones, correspondencia de contrabando y reuniones clandestinas de la conspiración paneslava en marcha, dirigida por la Unión Soviética, Yugoslavia y Checoslovaquia, y ejecutada con intención fanática por los comunistas chilenos.

Oigámoslo, cuando concretamente afirma:

Moscú ha puesto en marcha un plan internacional, cuyo objetivo principal es crear primeramente una unidad federal europea, que englobe a los países de origen e idiomas eslavos; es decir, a la Unión Soviética, Ucrania Polonia, Checoslovaquia, Bulgaria y Yugoslavia, para continuar después extendiendo sus tentáculos sobre América.

Las colonias eslavas de América, por su número, han llegado a consti-

tuir minorías apreciables, como las de los polacos, ucranianos y judíos rusos en Argentina, que, en conjunto, suman ciento cuarenta mil individuos.

En este plan se utilizan al máximo estos elementos: organizándolos dentro de esas ideologías, se apodera de sus voluntades, crea organismos suficientemente coordinados para que, en un momento determinado, actúen en forma sincronizada, al servicio del objetivo que se persigue de "hacer triunfar el paneslavismo", o sea, soviétizar la América, combatiendo el sentimiento de unidad panamericana.

Chile no ha escapado a esta acción internacional, como tendremos oportunidad de señalarlo más adelante.

En su acucioso relato de los hechos y acontecimientos, que sorprendieron a la Sala, figura la intervención del General yugoeslavo Ilić, que desde la Transmisión del Mando, en que representó a su país, había permanecido en Chile en sospechosas actividades políticas. Luego fue identificado por la Policía Política como un dirigente connotado del comunismo yugoeslavo y agente del Kominform para actuar en Chile.

Su misión en nuestro país era dejar organizados los grupos eslavos especialmente en Punta Arenas y Antofagasta, donde la colonia era muy numerosa, creando centros destinados a la propaganda del marxismo-leninismo, a las que se les disfrazaba de organizaciones culturales o artísticas.

En Chile tuvo el incondicional apoyo del Encargado de Negocios de Yugoslavia, señor Cunja, y de otro diplomático de la misma nacionalidad, secretamente llegado de Buenos Aires, llamado Jakasa. Ambos fueron detenidos y puestos en la frontera.

Los pasajes de una carta que leyó el Contraalmirante Holger, dirigida por el General Ilić a su esposa, donde se refiere con desprecio a los latinoamericanos, produjeron hilaridad y a la vez indignación en los miembros de la Cámara por sus apreciaciones calumniosas.

Uno de los párrafos a que dio lectura decía así: "... que los pueblos latinoamericanos son flojos, apáticos con los ideales y que tienen muchas taras inherentes a su porcentaje de sangre india".

Otro:

"Es muy fácil comprarse a un latinoamericano. Es propenso a trai-

cionar los ideales y al partido a cambio de un puesto o una situación económica mejor que la que tiene.”

Un detalle que demuestra la óptima impresión que causaron las palabras del Ministro fue el silencio con que se escuchó su solemne declaración final, en que apelaba a su calidad de Contraalmirante chileno, para testimoniar la veracidad de todos los hechos denunciados en la conjura contra Chile.

Sus palabras finales fueron éstas:

Honorables señores Diputados:

En estos momentos os pedimos que no consideréis las modestas palabras que habéis oído de un soldado de la República, formado en la escuela del deber y del civismo de nuestra Armada Nacional, *título que invoco* para testimoniar la veracidad de los hechos que os he relatado; en cambio, os solicito que consideréis la grandeza de la causa por la cual estas palabras han sido vertidas en este hemicycleo, que no es otra que la defensa de la Patria amagada por la acción artera y emboscada de las consignas extranjeras.

Prolongados aplausos le prodigó la Sala al Ministro Holger. (Boletín de Sesiones Extraordinarias de la Cámara de Diputados, de fecha 29 de octubre de 1947.) La exposición completa aparece en el Apéndice de estas Memorias.

El General Barrios destaca la actividad de las Fuerzas Armadas en la rebelión minera y exalta el honor militar

En la sesión de la Cámara del 28 de octubre de 1947 le correspondió hablar al Ministro de Defensa Nacional, General Guillermo Barrios Tirado, para dar cuenta y justificar las medidas militares aplicadas en cumplimiento de los deberes que le imponían la Constitución y las leyes vigentes.

Había que restablecer el principio de autoridad, expresión legítima de la democracia y del orden interno, subvertido gravemente.

Junto a esta urgencia había que garantizar y defender la libertad de trabajo contra una minoría audaz y despiadada, que llegaba hasta el crimen, siguiendo las instrucciones del exterior.

Refiriéndose al deber y responsabilidades de las Fuerzas Armadas, dijo:

Me permitirá la Honorable Cámara que en esta oportunidad me refiera a los principios espirituales que informan la personalidad de los hombres de armas de mi Patria, y así justificar la razón de sus actividades.

El ejercicio de la profesión militar deriva de la necesidad que tiene el país de salvaguardar su vida institucional de toda amenaza interior o exterior, y se basa, principalmente, en los sentimientos del honor y del deber de todos los que la profesan, sentimientos que, desarrollados en forma consciente, impulsan al profesional, de cualquier grado o jerarquía, hacia el estricto cumplimiento de todas sus obligaciones.

Abocado el país a los hechos conocidos, las Fuerzas Armadas se pusieron sin debilidades al lado de S. E. el Presidente de la República, para salvar la vida institucional, amenazada por una huelga planeada, sostenida y orientada para herir de muerte la contextura republicana y democrática de la Nación. En consecuencia, todos los componentes de las Fuerzas Armadas en esta oportunidad no han hecho sino evidenciar la profundidad de sus sentimientos del honor y del deber.

El más grave cargo que se le puede hacer a un militar, y muy particularmente a los oficiales, es el de no cumplir las leyes, reglamentos y las órdenes de sus superiores. La más exacta y puntual observancia de sus prescripciones y mandatos es la base fundamental del rodaje militar y del servicio institucional. Ante los hechos acontecidos, las Fuerzas Armadas han evidenciado, ante el país entero, que saben respetar las leyes, los reglamentos y las órdenes de sus superiores y las cumplen con rigurosa exactitud y puntualidad, y gracias a su intervención oportuna y severa, se impuso el orden, la tranquilidad y la confianza. Más aún, las Fuerzas Armadas han iniciado la liberación de poblaciones agobiadas por la más brutal de las tiranías: la de la audacia y del terror.

La actividad profesional, tanto en la paz como en la guerra, se hace con igual puntualidad y esmero, como si se estuviera frente al enemigo. Señor Presidente, las Fuerzas Armadas, desde su llegada a la zona del carbón, se vieron enfrentadas al más peligroso y cobarde enemigo, como es el que huye y se esconde, que se pone a buen recaudo y deja a sus hombres con la consigna de la resistencia y de la esperanza.

Las Fuerzas Armadas recibieron la orden de ahogar la subversión y, fieles a su deber y a la consigna de sus jefes, lo hicieron con fe y abnegación.

*Las Fuerzas Armadas movilizan sus efectivos
por mar, tierra y aire*

Refiriéndose a la ocupación sorpresiva de los minerales de Lota y Coronel, el General Barrios dijo:

Pues bien, haciendo uso del legítimo derecho de defensa, el Gobierno ordenó que unidades motorizadas del Ejército se trasladaran por ferrocarril a Lota y Coronel, en acción combinada con buques de la Escuadra y escuadrillas de Aviación para ocupar sorpresivamente la zona del carbón. Se ordenó, además, por razones de seguridad, que los jefes militares procedieran a cerrar las localidades, impidiendo la entrada y salida de civiles, porque así lo exigía la situación de rebeldía en que se había colocado la población obrera.

El Ministro que habla, ubicado en el plano de las responsabilidades y consciente de la gravedad de la situación, para evitar males mayores, ordenó que para transitar hacia o desde la zona del carbón se haría sólo con permiso de la autoridad, porque se estimó que el conflicto estaba planteado en un terreno revolucionario en que el principio de autoridad pasaba al primer plano, y, como lógica consecuencia, el período de las componendas y de las discusiones académicas sólo prolongaría un conflicto que exigía una rápida solución.

Se había creado un clima artificial y criminal de provocaciones dentro de la mina. Se atentó contra la vida de un valeroso oficial y de cincuenta soldados, que actuaban en nombre de la República y de la ley. Todo había sido dispuesto para que las Fuerzas Armadas se hubiesen visto obligadas a hacer uso de sus armas, para derramar sangre. El comunismo todo lo había dispuesto...

Las Fuerzas Armadas pudieron superar este propósito. Este es nuestro orgullo y nuestra legítima satisfacción. Sin embargo, si se nos arrastra por imperativos de la ley y de la legítima defensa a hacer uso de las armas, declaro ante el Parlamento de mi Patria que se emplearán sin piedad ni contemplaciones, no sólo contra los que sirven como dóciles instrumentos, sino, principalmente, contra los cobardes que desde la distancia instigan y sostienen la torpe y desgraciada aventura.

No me hago cargo, señor Presidente, de los insultos y procaçidades divulgados para ensombrecer el prestigio de las Fuerzas Armadas.

Los chilenos conocen y aprecian la contextura moral de las Fuerzas

Armadas y no pueden creer en los embustes de los enemigos de la Patria. Si mañana se encontrara un cadáver, los técnicos se encargarán de dictaminar si la víctima fue ultimada por la bayoneta o por el puñal alevé de la checa.

Frente a las huelgas revolucionarias del cobre y del salitre, las Fuerzas Armadas han procedido con el mismo espíritu de firmeza y serenidad que en la zona carbonífera. Las Fuerzas Armadas han obrado por presencia para proteger la libertad de trabajo y mantener el orden público.

Por la presente exposición, dejó claramente establecido que las Fuerzas Armadas sólo han cumplido con el deber, sin vacilaciones, con prudencia y a la vez con energía, lo cual ha permitido hacer respetar el principio de autoridad, base de todo régimen democrático. Además, a su amparo se ha iniciado la liberación de las masas oprimidas por el terror comunista y, como lógica consecuencia, proporciona absoluta libertad a la mayoría obrera que, cansada por el pesado yugo de la tiranía, sólo quiere trabajo y tranquilidad.

Y termina con estas visionarias palabras, que se hicieron proféticas con el advenimiento del 11 de septiembre de 1973, veintiséis años después:

La República puede descansar tranquila al amparo de *sus hijos que empuñan las armas* que les ha entregado para su defensa y que sólo las emplean, sin vacilaciones y con firmeza, contra aquellos que atentan contra *su soberanía, su estabilidad o su honor*.

Las palabras del Ministro de Defensa merecieron prolongados y calurosos aplausos en varios pasajes de su discurso, y en especial a su término. (Versión del Boletín de Sesiones de la Cámara de Diputados, del miércoles 28 de octubre de 1947.)

El texto oficial de su exposición aparece en el Apéndice de estas Memorias.

Decimacuarta Parte

**AHORA SUBVERSION EN EL
COBRE Y EN EL SALITRE**

NUEVA OFENSIVA COMUNISTA
TENDIENTE A
PARALIZAR LAS INDUSTRIAS
DEL COBRE Y DEL SALITRE

Restablecida a medias la producción del carbón, los hilos manejados desde el exterior movieron nuevamente al Partido Comunista para provocar trastornos en la producción del cobre y del salitre, fundamentales en la vida económica del Estado.

A pesar de las medidas de seguridad adoptadas, los agentes comunistas, en acción concertada, lograron paralizar en el Norte las labores del mineral de Chuquicamata en conexión con Sewell, en la región de Rancagua. Al mismo tiempo, las Oficinas Salitreras de María Elena y Vergara, en Antofagasta, y las de Victoria, Humberston y Alianza, en Tarapacá, declaraban la huelga ilegal y suspendían el trabajo.

El mismo día que esto ocurría, el 23 de octubre de 1947, declaré zonas de emergencia las provincias de Tarapacá, Antofagasta, Atacama y O'Higgins, y se ordenó la detención de setenta dirigentes comunistas.

Designé jefe de la zona de emergencia del cobre al General don Silvestre Urizar; jefe de la zona del salitre, al General don Guillermo Aldana, y jefe de la zona de Sewell, al General Humberto Luco, quienes, por expresas instrucciones mías, asumieron con la urgencia del caso sus respectivos cargos el mismo día de sus designaciones. Para cumplir tal cometido, ocuparon militarmente los campamentos de Chuquicamata, Sewell y todas las Oficinas Salitreras, paralizadas por la huelga, decretando la reanudación de las faenas.

Se crea el campamento de Pisagua

Con esa misma fecha, dada la magnitud del movimiento subversivo y el número de dirigentes comunistas detenidos, se autorizó al General Aldana, jefe de la zona de emergencia de la provincia de Tarapacá, la

organización del campamento de Pisagua, donde se residenciaría a los detenidos, en virtud de las Facultades Extraordinarias concedidas, por abrumadora mayoría, por el Congreso Nacional.

De acuerdo con el Ministro de Defensa Nacional y el General Aldana, elegimos este pequeño puerto, ubicado al norte de Iquique, en atención a sus condiciones excepcionales de clima, donde el sol brilla durante todo el año, y, además, porque facilitaba a la fuerza pública la custodia de los refugiados, ya que el lugar estaba limitado por el mar y el desierto, lo que haría imposible la fuga.

Por lo demás, la permanencia máxima de los detenidos no podía exceder de los seis meses, tiempo que fijaba la ley para hacer uso de esta facultad, a menos que fuera prorrogada por el Congreso Nacional.

El puerto de Pisagua, que es la capital del departamento del mismo nombre, quedó bajo la tuición del jefe de la zona de emergencia y a cargo directo del personal del Ejército perteneciente al "Grupo A.C. 1 - Salvo", el que se encargó del acondicionamiento para la estada de los relegados y de sus mujeres e hijos, a quienes se les autorizó vivir con ellos en dicho puerto. A todo este conglomerado de personas se les proporcionó no solamente habitación, sino también congrua alimentación y abrigo.

A medida que aumentaba la población, formada por los detenidos y sus familiares, se fueron construyendo nuevas barracas, que servían de habitación junto con otras para los servicios esenciales.

Se dio gran importancia a la atención médica y sanitaria, y con este propósito fue destacado en Pisagua el doctor Sierralta, de la Guarnición de Iquique. Además se estableció un rol mensual de atención médica, que era servido por la Armada y la Aviación.

Un profesional dentista, secundado por sus ayudantes, atendía gratuitamente a los detenidos y a sus familiares.

El Hospital, que era el mejor edificio de Pisagua, se conservaba en buen estado, y ello facilitó el trabajo no sólo de los profesionales, sino también de enfermeras y auxiliares para atender a los enfermos que ocasionalmente lo frecuentaban. El estado sanitario era excelente.

La alimentación, a la vez de ser buena, reunía las condiciones de sana y abundante; en su preparación se prestaba especial atención a las

calorías necesarias para el organismo humano y era la misma que se servía a la tropa allí acantonada.

No obstante la preocupación humanitaria de las Fuerzas Armadas por proporcionarles a los relegados y sus familias los medios y facilidades que he relatado, el Partido Comunista y sus corifeos lanzaron con su acostumbrada falsía una campaña de mentiras e infamias, calificando a Pisagua como un campo de concentración, cercado con alambrados de púas, electrizados.

En su propaganda afirmaban que los detenidos eran sometidos a trabajos forzados, recibiendo una ración alimenticia de hambre e incluso se les torturaba hasta la muerte. En suma, pretendían asemejarlo a un cuadro dantesco, sólo comparable a los campos de concentración que aún mantiene la Unión Soviética en Siberia, y donde imperan el martirio y la muerte.

Para desvirtuar definitivamente tanta mentira y perfidia, que por desgracia llegaron a convencer a más de un demócrata vacilante o algún tonto útil, voy a dar a conocer los oficios "secretos" de los jefes de las zonas de emergencia, Generales Urizar, Aldana y Luco, en que dan cuenta cómo se logró dominar la subversión del cobre y del salitre, y cuándo, cómo y por qué se eligió el pequeño puerto de Pisagua y de la manera en que éste funcionó.

Informes secretos de los jefes militares de las zonas de emergencia,

Informe del General Aldana

El Ministro del Interior, Contraalmirante Holger, ordenó que el General Aldana se trasladase a Pisagua, practicara una visita de inspección e informase sobre las condiciones de vida de los detenidos.

El informe del General Aldana, de fecha 1.º de marzo de 1948, contiene las siguientes conclusiones:

- a) Alimentación buena y bien condimentada.
- b) Pan de excelente calidad.
- c) Agua de buena calidad, salobre debido al cloro y bicarbonato. Se reparten ochenta litros por hombre diarios, lo que se estima suficiente.
- d) El estado de ánimo de los trasladados puede apreciarse en dos aspectos:

tos: bueno en cuanto a apreciar los esfuerzos que se hacen por su bienestar y por el trato que reciben; malo, por la preocupación de sus familiares, que han quedado sin recursos.

Se han producido algunas interferencias entre la Intendencia de Tarapacá y la jefatura de la zona de emergencia con motivo de una visita a Pisagua realizada por el Intendente, de cuyos resultados informó directamente al Ministerio del Interior.

El Ministerio del Interior ha dictado las normas de relaciones futuras de la Intendencia con el jefe de zona.

El estado numérico de trasladados en Pisagua es el siguiente:

Ciudadanos	471
Familiares	157
Total	628

Los trasladados en Pisagua están activamente empeñados en una campaña de adoctrinamiento comunista, para lo cual han organizado cursos de alfabetización, conferencias y hasta una especie de universidad de difusión de sus principios y de sus métodos de acción.

A consecuencia de un ataque cardíaco falleció en Pisagua el ex Intendente de Tarapacá, señor Angel Veas Alcayaga, que tenía la calidad de trasladado.

Los funerales se realizaron en Iquique, con una asistencia de ochocientas personas, en su mayoría mujeres y niños. Pronunció un discurso el diputado Díaz Iturrieta, quien, previamente advertido, pronunció un discurso mesurado, y en su publicación en la prensa se censuraron algunas partes. A los trasladados se les negó toda participación.

Con fecha 31 de marzo de 1948, el General Aldana hizo una nueva inspección al puerto de Pisagua.

He aquí su informe claro y contundente:

PISAGUA

Este pequeño puerto tiene actualmente una población que ha fluctuado en los últimos meses en alrededor de 490 trasladados y 265 familiares, más la tropa de Carabineros de custodia (30 hombres) y 40 individuos de tropa del Ejército.

Las instalaciones y servicios construidos en Pisagua se mantienen en buena forma, y la atención de los trasladados, en todo lo referente a alimentación, servicio médico y dental, alojamiento y suministro de elementos indispensables para su vida, es satisfactoria.

El standard de vida de los trasladados *es superior al de la tropa del Ejército y superior, también, al de los obreros en trabajo en las salitreras.*

Estimo que en este sentido no se puede hacer más y que los trasladados reciben un trato que puede resistir la revista más exigente.

Para corroborar lo anterior, recorro a los informes públicos del periodista señor Planet y del diputado José Avilés, que visitaron Pisagua, y han calificado de óptimas las condiciones de vida de los trasladados y sus familiares en este pequeño puerto.

Como medida de previsión y como US. está informado, no se permiten en Pisagua reuniones ni manifestaciones colectivas, pero los trasladados se mueven con *entera independencia dentro del pueblo y sus inmediatos alrededores.*

*Informe del General Urizar,
jefe de la zona de emergencia de Antofagasta*

Veamos ahora el "informe secreto" del jefe de la zona de emergencia de Antofagasta, General Silvestre Urizar, con fecha 31 de octubre de 1947, quien da cuenta de la toma del mineral, la detención de los dirigentes comunistas, hasta obtener la reanudación de las faenas.

El informe lleva como título:

SINTESIS DE LO ACAECIDO EN EL SALITRE Y EL COBRE

Declarada la huelga, el Servicio de Investigaciones, cumpliendo órdenes recibidas del Supremo Gobierno, detuvo tanto en las ciudades como en las Oficinas Salitreras y Cupreras a todos los dirigentes comunistas, de acuerdo con los datos y listas que obran en poder de dicho Servicio.

Declarada la zona de emergencia en la madrugada del jueves 23, inmediatamente se enviaron tropas de Ejército al mineral de Chuquicamata y a las Oficinas Salitreras de Pedro de Valdivia, María Elena y las del Grupo o Cantón del Toco.

Como la huelga se mantuviera en Chuquicamata y María Elena, el Coronel señor Roberto Concha, que había sido designado delegado del

suscrito para el departamento de El Loa, y el Mayor señor Héctor Godoy, del "R.I.D. 7", que había sido destacado con una compañía de su Regimiento a la Oficina de María Elena, tomaron el mando militar de las respectivas Empresas, el viernes 24 y el domingo 26, en cuyo mando aún se mantienen, a pesar de que las huelgas ya terminaron.

En la Oficina Salitrera Pedro de Valdivia se destacó un escuadrón del Regimiento Exploradores, a cargo del Mayor Edmundo González, quien se encuentra en funciones desde el 23 de octubre y quien ordenó nuevas detenciones de dirigentes con el objeto también de garantizar a los obreros la libertad de trabajo.

Detenciones

Las órdenes impartidas por el Supremo Gobierno fueron cumplidas por el Servicio de Investigaciones, y los detenidos quedaron provisoriamente en el Cuartel de Investigaciones.

Las detenciones posteriores, que significaron un número apreciable de detenidos, hicieron necesario habilitar un local en el Cuartel del Batallón "Acarreo" de esta Guarnición, ya que el Cuartel de Investigaciones no tenía capacidad suficiente. Como la mayoría de los detenidos provenían de la Pampa, fue necesario proporcionarles alimentación.

El día 27, cumpliendo órdenes de U.S., se hizo el primer envío de detenidos en un convoy ferroviario a Pisagua. Se empleó para este efecto, también, la barcaza *Bolados*, la que llevó once relegados desde Taltal a Pisagua.

Mañana, 1.º de noviembre, dicha barcaza hará un segundo viaje para llevar a Pisagua a veintisiete relegados.

Situación general de la provincia

Desde el lunes 27, ocupadas por el Ejército las Empresas del Cobre y el Salitre, se han normalizado todas las actividades industriales de la provincia, y tanto las Oficinas Salitreras como las Cupreras han registrado un rendimiento en sus producciones superior a los obtenidos antes de la situación de emergencia, no obstante que ahora el número de obreros en trabajo, debido a las numerosas detenciones, es inferior.

El orden público en las faenas y en todas las localidades de la provincia se ha mantenido inalterable.

*Informe del jefe de la zona del cobre,
General Humberto Luco Mesa*

Por último, damos a conocer el "oficio confidencial" del jefe de la zona de emergencia de O'Higgins, General Humberto Luco, que tiene la particularidad, junto con dar cuenta de las medidas militares para obtener la reanudación de las faenas, de extenderse en interesantes observaciones sobre el poder de penetración del comunismo, debido a que no existe fuerza política o gremial alguna que lo combata en su propio terreno.

El "informe confidencial" N.º 427, de fecha 6 de noviembre de 1947, reproducido en sus partes pertinentes, dice así:

El suscrito fue designado jefe de la zona de emergencia de O'Higgins el día 23 de octubre, a las 23.30 horas, en circunstancias que se había declarado una huelga ilegal por veinticuatro horas en el mineral de Sewell de la Braden Copper Company.

La misión principal que debía cumplir era:

Lograr la reanudación de las faenas de la Empresa mencionada; limpiar la zona de los elementos agitadores comunistas —por alto que fuera el porcentaje—, debiendo la Compañía proporcionar los nombres y atender los desahucios en conformidad a las disposiciones legales en vigor, devolviendo a estos individuos a Rancagua, punto de origen de la contratación; garantizar la libertad de trabajo y restablecer el orden y la disciplina en las labores de esta importante industria nacional, una de las bases en que se sustenta la economía del país.

La huelga ilegal que el sindicato "Sewell y Minas" había votado por veinticuatro horas, debía terminar el viernes 24 a las veintitrés horas. El resto de la Braden continuaba normalmente sus actividades. Inmediatamente se citó a Rancagua a la directiva del mencionado sindicato, a fin de que, custodiada por personal de Investigaciones, se presentara al día siguiente a la Inspección Provincial del Trabajo y explicara los motivos que adujeron para declarar la huelga, cuyo carácter político no dejaba lugar a dudas.

A las veinte horas del viernes 24 de octubre se captó una conversación telefónica, en que personas que no pudieron ser identificadas *dispusieron la huelga definitiva. Efectivamente, a las veintitrés horas las labores no fueron reiniciadas en la mina.*

En virtud de la orden del señor Ministro de Defensa Nacional, el día 24 de octubre, a las dieciséis treinta horas, se dispuso la detención de los agitadores, la reanudación de la faena bajo administración militar y la expulsión de los obreros que se negaran a concurrir al trabajo. Estas resoluciones fueron dadas a conocer a la población obrera por bando, y al cual, como consta en los informes diarios, se dio estricto cumplimiento.

A partir del lunes 27, las labores se reiniciaron normalmente, alcanzándose las mismas cifras ordinarias de extracción de mineral, con menor número de obreros y mayor porcentaje de asistencia.

Luego, el General Luco previno al Gobierno que la solución militar que había permitido reanudar la producción en el cobre y en el salitre, al ponerse término a las huelgas ilegales en esos centros mineros, no era definitiva, porque el poder de penetración, organización y fanatismo del Partido Comunista hizo que su dominio en las faenas del trabajo no tuviera contrapeso.

Y a este respecto hace las siguientes observaciones, que reproducimos textualmente:

Este estado es el que en excelente forma ha explotado el agitador comunista, cuya labor, puede decirse, se ha visto estimulada por la absoluta falta de una acción opuesta. Mientras el Partido Comunista, desde el hogar y la escuela, en el trabajo, en el descanso y en el sindicato, estimula las fuerzas instintivas hacia la lucha de clases contra el patrón, contra el régimen de Gobierno establecido y otros objetivos sociales negativos, sembrando la destrucción y el odio, *nadie*, absolutamente nadie, ha opuesto a su intensa labor una acción educadora, inspirada en ideales patrióticos, sociales, morales, nobles. No lo ha hecho el personal directivo técnico por su carácter de extranjeros; tampoco lo ha hecho el profesorado de las escuelas del Estado ni de Carabineros ni la Inspección del Trabajo ni el sindicato ni las visitadoras sociales ni las demás instituciones políticas, ni siquiera el propio Departamento de Bienestar.

Esto nos hace reflexionar, pensando que si bien la obra de policía ha terminado y la producción y el trabajo han alcanzado su ritmo normal, lo fundamental queda por hacer. La pacificación de los espíritus no se ha logrado; está por hacerse. Cuán profundamente arraigadas están las ideas comunistas... El siguiente hecho, junto a otros muchos, da testimonio de lo que se afirma.

Conversando con un grupo de muchachitos de once a doce años, en Pangal, uno de ellos, a quien interrogaba por la ocupación de su padre, echando atrás la cabeza con orgullo gritó sin titubear un instante: "comunista"...

En la mente de ese niño no cabía la idea de que su declaración podría resultar perjudicial a su padre; "ser comunista" era para él una distinción.

No hay duda alguna de que las detenciones y expulsiones han logrado, por acción coercitiva, la vuelta al trabajo; pero pensar que el problema ha quedado resuelto es una utopía, y muy peligrosa.

La acción comunista volverá a renacer tan pronto cese la acción de la fuerza. Mientras no se ataque el mal en su origen, en sus causas, desarrollando una labor de bienestar efectiva en el orden material, y sobre todo en el orden espiritual, hasta ganar el corazón de los mineros, con el afecto sincero y el interés que se les demuestre en la satisfacción de sus necesidades materiales y espirituales, el alma de la clase obrera seguirá envenenada.

La experiencia en el mando me indica que en la actualidad esta labor puede ser encomendada e iniciada por un grupo de Oficiales, Suboficiales y Cabos seleccionados de las FF.AA., que bien orientados, bien dirigidos en estos asuntos, e identificándose con los ideales de Patria, Familia, Orden y Progreso, se dediquen con la mayor abnegación y alto espíritu al *cumplimiento del deber en esta noble finalidad* que señalamos.

La tarea es larga, difícil y delicada; pero de ello dependerá el futuro de la República. Todavía es posible desarrollarla; mañana seguramente ya será tarde.

SIMILITUD CON LA ACCION COMUNISTA EN FRANCIA

La actitud asumida por el Partido Comunista chileno durante mi Gobierno era tan parecida a la que seguía en esa misma época -1947- el Partido Comunista francés, y las situaciones y acontecimientos eran tan análogos, que se advertía una idéntica conducción, como si ambos hubieran sido dirigidos por una misma batuta.

Esta singular similitud constituye una prueba más de que los Partidos Comunistas en todas partes del mundo obedecen a las mismas consignas y actúan bajo una misma dirección.

Prueba, además, que sus reacciones y comportamientos frente a los problemas nacionales no están motivados ni por el amor patrio ni por el afán de servir a las clases trabajadoras, cuyos intereses dicen ellos defender, sino que responden al propósito de coadyuvar de la manera más eficaz y obsecuente a la política expansionista de la Unión Soviética.

En Chile, como en Francia, durante el período de la guerra y en la primera época de la postguerra, los comunistas fueron los más firmes sostenedores de los Gobiernos de coalición, cuando había que unir esfuerzos en una "santa alianza" con las democracias para derrotar al nazismo que amenazaba con dominar al mundo.

Pero, derrotado definitivamente éste, y dentro del juego de la diplomacia mundial, cuando los Gobiernos de Chile y Francia debieron orientar su política exterior en forma diferente a la de la Unión Soviética, entonces los Partidos Comunistas de estos países reaccionaron violentamente en contra de sus respectivos Gobiernos, a pesar de formar parte de los mismos, y utilizaron los sindicatos obreros que ellos controlaban para, mediante huelgas y paros subversivos, obligarlos a alinearse a favor de la política seguida por Rusia.

Si alguna duda cabe sobre la deslealtad del Partido Comunista chileno para con el Presidente de la República, que lo hizo partícipe del Poder, y sobre su traición a los altos intereses patrios, ésta se pone en evidencia al comprobar que su conducta fue idéntica a la seguida por el

Partido Comunista en Francia, país donde existían situaciones políticas y sociales parecidas a las nuestras.

Pocos días después de haber asumido la Presidencia, se realizaron en Francia –11 de noviembre– las elecciones generales para elegir a los miembros del Parlamento. Eran las primeras que se celebraban después de la liberación.

La más alta votación correspondió al Partido Comunista, seguido a escasa distancia por el Partido Republicano Popular, de tendencia centrista, que dirigía Georges Bidault, a quien conocí como principal delegado de su país en la Conferencia de San Francisco. El Partido Socialista de Léon Blum recibió una votación más reducida, sin dejar de ser significativa.

Resultaron infructuosas las gestiones para formar un Gobierno que contara con la mayoría parlamentaria, debido a las pretensiones del Partido Comunista, que pugnaba porque su jefe, Thorez, fuera nombrado Primer Ministro. Después de numerosas gestiones –como resolución transitoria–, se le encargó al veterano líder socialista Léon Blum que se hiciera cargo del Gobierno; éste organizó un Gabinete formado por miembros de su partido, que estaba en evidente minoría.

Sólo en enero de 1947 pudo formarse un Gobierno de “coalicción”, integrado por los tres partidos mayoritarios –el Comunista, el Republicano Popular y el Socialista–, bajo la Presidencia del socialista Paul Ramadier.

Sin embargo, no sería de larga duración, ya que comenzaban a agudizarse las diferencias entre Estados Unidos y Gran Bretaña frente a la Unión Soviética, que iban a repercutir en la política interna de todos los países, especialmente en aquellos donde los comunistas integraban los Gobiernos, como el caso de Italia, Francia y, por supuesto, Chile.

Para demostrar su oposición a la política exterior, que no favorecía los intereses de la Unión Soviética, los comunistas franceses adoptaron la táctica de atacar al Gobierno, del cual formaban parte, organizando concentraciones públicas para promover el descontento popular.

Esta maniobra se puso en evidencia al regreso de la Conferencia de Ministros celebrada en Moscú, en marzo de ese año. Allí se hicieron patentes las diferencias que existían entre las naciones vencedoras, respecto al futuro de Alemania. Ello dio motivo para que los comunistas

atacaran la actitud adoptada por Francia, a la que consideraron demasiado inclinada hacia las potencias occidentales.

Estas embestidas se reanudaron con más violencia en julio de ese mismo año, a raíz de la Conferencia de París para la reconstrucción de Europa, donde se aprobó el Plan Marshall, con la oposición del Ministro ruso Molotov y a la que no asistieron, por imposición soviética, los representantes de los países de Europa Oriental, lo que produjo la división del mundo en dos bloques: occidental y oriental.

Para demostrar su insatisfacción, los comunistas franceses fomentaron movimientos rebeldes en las colonias e incitaron desde la Conferencia General del Trabajo, controlada por ellos, a que los sindicatos se declararan en huelga en demanda de mejores salarios, al mismo tiempo que se organizaban protestas masivas por el alza del costo de la vida; y todo ello, mientras eran integrantes del Gabinete.

El 5 de mayo de 1947, los comunistas tuvieron que ser separados del Gobierno por el Premier socialista Paul Ramadier, a causa de la misma actitud doble que observaran en Chile, pues aprobaban una cosa en el Gobierno y en la Cámara votaban otra diferente, torpedeando la política económica de éste.

Léon Blum, desde su banca de senador, justificando esta separación, se preguntaba: "¿Es acaso posible que hombres que votan contra el Gobierno del cual forman parte puedan continuar integrando parte de ese mismo Gobierno?"

Hasta el último momento antes de ser expulsados del Gabinete defendieron a los rebeldes en la guerra de Francia con Indochina, siguiendo los pasos de la política de la Unión Soviética. Asimismo se pusieron a favor de los cinco diputados de Madagascar, a los que se arrestara por tener parte en la sublevación de la Isla.

Más tarde, en órganos de prensa y en mítines, *los comunistas franceses protestaron por el alza del precio del pan, que sirvió de pretexto para que los obreros del carbón se declararan en huelga*, a la que se unieron numerosos gremios. Estos movimientos cada vez fueron aumentando, hasta alcanzar a casi dos millones de trabajadores parados.

A Ramadier no le quedó más que renunciar, y nuevamente se le encargó al líder socialista Léon Blum que formara Gabinete.

Al presentarse éste ante el Parlamento para solicitar un voto de

confianza, acusó al comunismo internacional de haber declarado la guerra a la democracia francesa, y afirmó que la República se hallaba en peligro y la paz amenazada.

Sin embargo, no obtuvo éxito, y fue el católico Robert Schuman quien logró obtener un voto de confianza para formar un Ministerio, esta vez sin los comunistas.

Para imponer el orden llamó a ochenta mil reservistas y envió tropas a la región carbonífera del norte de Francia, para desalojar a los huelguistas que impedían el trabajo de las minas.

Los comunistas replicaron paralizando los trenes subterráneos de París, al declararse en huelga las plantas eléctricas que suministraban la corriente.

Gracias a esta intervención militar, los huelguistas comenzaron a retornar al trabajo; y, poco a poco, Francia fue adquiriendo su vida normal. Pero, como lo manifestaron sus gobernantes, estuvo muy cerca de caer en la anarquía total.

Puede verse la similitud de procedimientos si se considera que en esa misma época -1947-, a muchos miles de kilómetros del teatro de esos sucesos, quien ahora escribe estas Memorias, en su carácter de Presidente de Chile, afrontaba parecidos acontecimientos, con motivo de la huelga revolucionaria declarada por los obreros del carbón en las minas situadas en la provincia de Concepción, instigada, dirigida y financiada por el Partido Comunista.

Meses después de ocurridos estos hechos en Francia, el entonces Ministro del Interior en ese país, Jules Moch, aseguraba en la Asamblea Nacional que el Gobierno francés tenía pruebas documentales de que el Kominform había entregado al Partido Comunista francés 20 millones de francos destinados a sostener las huelgas que hasta hacía poco habían alterado la vida nacional.

Igual declaración pública debí efectuar cuando responsabilicé a los comunistas criollos de los desastrosos efectos de la huelga del carbón y denuncié ante el país y el mundo un plan en contra de Chile, dirigido desde afuera y con la participación de diplomáticos activistas de los países satélites de la Unión Soviética, que hube de colocar en la frontera.

La acción del Kominform

Esta asombrosa similitud de pensamiento y acción entre el Partido Comunista francés y el chileno tiene fácil explicación: su común origen, pues ambos pertenecen a la misma Internacional, que con el nombre de Kominform había organizado Stalin en la ciudad de Varsovia, capital de Polonia.

No hay duda que Stalin logró sus objetivos al sumar a los siete países satélites los poderosos Partidos Comunistas europeos, como son Francia e Italia y, además, a los del resto del mundo, incluso Chile.

La incorporación de los comunistas franceses al Kominform produjo, sin embargo, el rompimiento de la "alianza" con los socialistas, que había de significar violentos encuentros y un cambio en el panorama político francés.

La prensa comunista dirigió entonces sus fuegos contra Blum y Ramadier, quienes en unión de Spaak, socialista belga, llamaron a la organización de una nueva Internacional Socialista.

La organización de esta nueva Internacional por parte de la Unión Soviética, era un franco anuncio de que Rusia se había colocado en posición antagónica a los Estados Unidos y que medirían sus fuerzas a través de la "Guerra Fría".

La primera ofensiva sincronizada del Kominform fue lanzar una campaña mundial en contra de los Estados Unidos, combatiendo los Planes Marshall y Truman y el Pacto de Defensa Continental de América.

Ahora comprendemos cómo las "campañas del carbón" en Francia y en Chile y el pretexto del alza del pan obedecieron a una misma e inconfundible voz de mando.



Decimaquinta Parte

LEY DE DEFENSA
PERMANENTE
DE LA DEMOCRACIA

Capítulo I

ANTECEDENTES QUE JUSTIFICARON SU DICTACION

Como lo manifesté en el mensaje con que envié al Congreso Nacional el proyecto de ley, el Presidente de la República, responsable directo del mantenimiento del régimen constitucional y democrático, no podía tolerar por debilidad, cobardía o irresponsabilidad que la acción sediciosa y conspirativa de elementos sometidos a consignas extranjeras se amparara en nuestras libertades y derechos políticos para provocar el derrocamiento de nuestras instituciones fundamentales e instaurar la "Dictadura del Proletariado", que no es sino la careta con que el comunismo disfraza la tiranía de sus jerarcas marxistas.

En cumplimiento de estos supremos deberes de Gobernante, y sin apartarme un ápice de las líneas espirituales y morales en que está cimentada mi conciencia de demócrata y de radical, llegué a la conclusión de que el Partido Comunista realizaba en Chile, desde hacía algunos meses, un movimiento de inspiración extranjera.

Lo que el comunismo chileno desataba contra el régimen no era sino parte del plan concebido por el totalitarismo soviético para ser aplicado simultáneamente en Francia, Checoslovaquia y en diversos países latinoamericanos.

Lo de Checoslovaquia se convirtió en la prueba más evidente y a la vez trágica del destino de los Mandatarios que ingenuamente depositaban su confianza en el Partido Comunista, y que, antes de ser avasallados, no se decidían a romper con ellos, separándose oportunamente de su falaz cooperación. En dicho país la democracia fue eliminada desde el Poder, donde habían llegado los comunistas. Todas las libertades fueron suprimidas. El Partido Comunista *se declaró partido único y ningún otro tenía derecho a existir*. Masaryk fue asesinado y el Presidente Benes derrocado del Gobierno por la acción de sus propios Ministros marxista-leninistas.

El viraje comunista

Lo que relato en estas Memorias acerca de la "traición comunista" no es otra cosa que una de las consecuencias del claro "viraje" del comunismo chileno, que seguía dogmática y obcecadamente cada uno de los cambios de la Unión Soviética en su política exterior. Esto es de toda evidencia. Su comportamiento antes y después de la "Guerra Fría" así lo comprueba.

Mientras fui su candidato y hasta los primeros meses de mi Gobierno, la consigna de la "mano tendida" estuvo en plena vigencia y correspondía a la política de amistad de Stalin con sus aliados de la victoria: Estados Unidos y Gran Bretaña.

Pero iniciada la "Guerra Fría", tras el rompimiento de Stalin con Churchill y Truman, en el año 1946, es decir, en la misma época en que yo asumí el Gobierno con Ministros comunistas, cambió todo en forma tan rápida, que no atinaba a comprender con quiénes estaba dialogando, si con comediantes o verdaderos jefes políticos.

La subversión del carbón

Por otra parte, la ofensiva del carbón, planeada hacía meses, demostró una paciente concientización y disciplina de los obreros de la zona conflictiva de ese mineral, que actuaban bajo la amenaza e implacable crueldad de la checa, que recurría hasta el asesinato para suprimir a aquellos mineros, como los militantes socialistas, que no se sometían a sus consignas incondicionalmente.

Los agentes diplomáticos eslavos —como se comprobó— intervinieron en aquellas asonadas. Eso demostró al país que estábamos enfrentados a un poderoso movimiento subversivo, dirigido desde el exterior e impulsado por "instructores" destacados en Chile.

Sin embargo, la sorpresa más amenazante que nos vimos forzados a reconocer fue que el Partido Comunista no sólo controlaba a los obreros del carbón, sino que había logrado, desde el Poder, por medio de las organizaciones sindicales, apoderarse de la masa obrera en general. Consecuencia de esta penetración fueron las huelgas ilegales de solidaridad con los mineros del carbón de las zonas del cobre y del salitre.

Al Partido Socialista le asistía toda la razón cuando denunciaba a voz en cuello que los comunistas utilizaban mi Gobierno y los altos cargos administrativos para infiltrar "camaradas" en los puestos claves de la administración pública, desplazando y persiguiendo a sus militantes.

Hoy se puede apreciar con mayor claridad que el intento imperialista de Stalin por la dominación mundial determinó que Chile y mi Gobierno fueran considerados una mera transición hacia una "Democracia Popular", como lo habían logrado los soviéticos en Checoslovaquia y otras naciones de su órbita en la Europa Oriental. De este modo nuestro país, de acuerdo con sus designios, se convertiría en el primer bastión del imperialismo soviético.

El Kominform dirige la rebelión

La intervención de los Embajadores de la Unión Soviética, Checoslovaquia y Yugoslavia, confirmada meses más tarde al caer el Presidente Benes y morir asesinado el Canciller Masaryk, llevó a vastos sectores de nuestra opinión pública y a las más representativas agrupaciones democráticas del Congreso Nacional al convencimiento de que el cerebro de la ofensiva para derrocar mi Gobierno era el Kominform.

Efectivamente, fue éste el que designó al "camarada" Vittorio Codovilla para encaminar y aplicar este nuevo viraje en Chile, el mismo que en 1938 había sido elegido para imponer la consigna de la "Unión Nacional".

Codovilla asumió la dirección del partido. Fonseca y el Comité Central pasaron a ser meros ejecutores de la rígida dirección de este "mandamás" e "instructor" extranjero.

Para el Gobierno, y, en especial, para el Presidente de la República, no existió ya la menor duda de la total dependencia y sumisión de los dirigentes comunistas chilenos al Kremlin.

En mi conciencia de chileno y de Mandatario, formado en los más puros ideales democráticos, medí la responsabilidad histórica que pesaba sobre mí para preservar a mi Patria de tan peligroso como traicionero enemigo, que se valía de nuestras libertades sólo con objeto de llegar al Poder y desde allí estrangularlas con los métodos de la más abyecta tiranía.

Como Presidente de Chile, recaía sobre mí el supremo e ineludible deber de defender a mi Patria, y resguardar los derechos y libertades fundamentales que son el patrimonio máspreciado de una verdadera democracia.

Urgencia de una ley en defensa de la democracia

Las disposiciones ordinarias de nuestra legislación no bastaban para combatir al comunismo internacional, ni el país podía tampoco vivir permanentemente sometido a las restricciones de las Facultades Extraordinarias que limitan las garantías constitucionales. Por lo demás, esas facultades no eran tampoco suficientes para defender en forma efectiva la integridad de nuestro sistema democrático de todas las asechanzas que implica la agresión totalitaria manejada desde fuera.

La única fórmula constitucional para este efecto no podía ser otra que una Ley de la República que negara a la sección chilena del comunismo internacional su condición de partido político que tenían otras colectividades de extracción democrática.

Al "lobo rojo" había que arrancarle la piel de cordero con que se mimetizaba, y mellar, para hacerlas ineficaces, sus zarpas.

Eudocio Ravines—con el cual me cupo tener cordiales relaciones—fue el designado por el antiguo Komintern para organizar el "Frente Popular" en Chile. Lo conocí en mi carácter de presidente del Partido Radical. Más tarde, decepcionado y traicionado por Codovilla y los altos jerarcas del comunismo y asqueado del partido, renunció a éste, y desenmascaró a la faz del mundo, en un sensacional estudio, cómo Stalin y el Partido Comunista habían defraudado a los trabajadores del orbe. Me refiero al libro de Ravines *La Gran Estafa*.

En dicha obra pone en boca del alto dirigente comunista ruso Dargan las siguientes frases en un diálogo sostenido con él en una trasnochada y secreta reunión en Moscú. He aquí esas palabras:

—¿Qué somos los comunistas? Responde con limpieza en el corazón, camarada, y tu respuesta será igual a la mía: los comunistas somos, aquí y fuera de aquí, los bienhechores del mal; hemos tomado una ideología romántica, sedienta de justicia, henchida de generosidad, y hemos fabri-

cado con ella el collar y el bozal del perro que hemos puesto a la clase trabajadora: en Rusia y en todo el mundo. Porque hemos abozalado a los trabajadores, amigo mío, les hemos desplumado las alas. De seres libres los hemos convertido en instrumentos dóciles, serviles, oportunistas y pícaros. Porque el que se vuelve mentiroso, farsante y cínico, al final es un pícaro. Y eso somos, aunque te dé vergüenza, la mayoría de los comunistas, en especial los que tenemos en las manos el pandero.

Avanzó hacia mí, y me tomó los dos hombros, me sacudió con fuerza y exclamó:

—¿Es así o no es así? ...Es muy duro, pero es la tremenda verdad. Los comunistas somos los granujas más cínicos desde los Borgia; quizás desde más atrás; desde los que condenaron a Sócrates a beber cicuta. *Insurgimos como los héroes de la libertad y hemos resultado los más diestros artífices de la esclavitud.*

A medida que la acción del Partido Comunista acentuaba su conducta antinacional, recurriendo a la difamación, la mentira, la calumnia, a través de sus diferentes órganos de publicidad, o por intermedio de sus agentes, tanto nacionales como extranjeros, más imperiosa encontraba yo la urgencia de declararlo fuera de la ley.

La cauta y eficaz arma que constituyó la Ley de Defensa de la Democracia, la que nadie habría aceptado antes de las asonadas revolucionarias comunistas, contó con el beneplácito del país entero, y sus disposiciones fueron aprobadas en el Parlamento por inmensa mayoría, hecho que es de conveniencia nacional recordar hoy.

La directiva del Partido Radical toma la ejemplar iniciativa de apoyar la Ley de Defensa de la Democracia

Fue para mí muy grato recibir en la tarde del 15 de abril de 1948 a Alfredo Rosende, presidente titular del partido, y al senador Pedro Opitz, presidente en ejercicio, quienes pusieron en mis manos el acuerdo del Consejo Ejecutivo Nacional (CEN), tomado por unanimidad hacía pocas horas, en sesión extraordinaria, por el cual el Partido Radical respaldaba ampliamente mi iniciativa.

Este patriótico acuerdo en que se solidarizaba con su Mandatario, en su parte resolutive es del tenor siguiente:

1.º Apoyar la iniciativa del Ejecutivo de legislar en defensa de la democracia.

2.º Instruir a los parlamentarios radicales para que voten la urgencia del proyecto, y

3.º En su oportunidad, instruirles para que "voten como partido" el referido proyecto.

En el nombre del Gobierno y del país, agradecí efusivamente tan valiosa iniciativa del CEN, que aseguraba para la votación del proyecto una abrumadora mayoría en el Congreso.

*Por inmensa mayoría el Congreso aprueba
la Ley de Defensa de la Democracia*

En la Cámara de Diputados, en sesión del 12 de mayo de 1948, la ley fue aprobada por 93 votos a favor y sólo 20 votos en contra; y en el Senado, en la sesión del 23 de junio del mismo año, contó con 31 votos a favor y sólo 8 en contra.

En memorables debates, los más destacados y brillantes juristas del Senado y la Cámara pulverizaron los argumentos y falacias de los parlamentarios comunistas, que recurrieron —como de costumbre— al desorden y la agresión para impedir el despacho de la ley. *No obstante, se les respetaron sus cargos e inmunidades parlamentarias hasta el término de sus mandatos.*

La Corte Suprema, por su parte, reconoció la constitucionalidad de la ley en numerosos y bien fundados dictámenes.

Su aprobación mereció el aplauso de la prensa nacional y extranjera, y trajo como consecuencia el término de la dictadura del marxismo-leninismo sobre la clase obrera, la cual recuperó su libertad de acción en los sindicatos y gremios, cuya organización y derechos fueron expresamente mantenidos.

Me confieso demócrata sectario, educado en la severa doctrina libertaria del radicalismo chileno, que abjura de toda clase de tiranía. Lo digo para que pueda valorizarse mi inflexible determinación de eliminar al totalitarismo, después de la dura experiencia personal recibida en el Gobierno por el doble juego de este fanatismo ideológico. A pesar de la campaña mundial de difamación y de las amenazas del marxismo forá-

neo dirigidas en mí contra, en ningún momento tuve la más leve vacilación para colocar al Partido Comunista fuera de la ley.

La democracia, como sistema de Gobierno y de convivencia humana, es uno de los regímenes más débiles e indefensos, precisamente por entregar a todos sus libertades y derechos políticos seculares, y paradójicamente a quienes sin escrúpulo alguno pretenden destruirla.

Cuando diez años después esta ley fue derogada por un gobernante que exhibía las palas del generalato del Ejército de Chile, el cual había comprobado su eficacia haciendo uso de ella durante los seis años de su Gobierno, nunca dejé de lamentarlo. Con honda decepción pude sorprenderme también de que ese Mandatario había recibido apoyo para esa desafortunada derogación de muchos hombres y partidos de limpia tradición democrática, que habiendo defendido y votado la ley fueron arrastrados por el oportunismo político que el Partido Comunista es maestro en explotar.

El histórico error de la derogación de la Ley

Tal histórico error político volvió a dejar a Chile a merced del imperia- lismo soviético y de su ejército invisible de las "quintas columnas" criollas.

Por desgracia, no pasaron muchos años para que mi intransigente actitud anticomunista apareciera visionaria, oportuna, justa. Sin derramamiento de sangre, con sólo el recurso de la ley y la presencia de las Fuerzas Armadas, abatí al enemigo político número uno de Chile y paralicé su acción demoledora.

Lo ocurrido el 11 de septiembre de 1973, en que las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile, en uso del legítimo derecho a la rebelión en contra de un Gobierno declarado por el Congreso Nacional y la Corte Suprema de Justicia al margen de la legalidad, y subyugado por el marxismo, salvó a Chile de las garras del comunismo que se había rehecho, fortalecido y adueñado de la masa obrera, después de la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia.

Pero esta vez derrotar al comunismo entronizado en el Poder y evitar una inminente guerra civil costó al país un reguero de sangre. Las

Fuerzas Armadas se vieron obligadas a tomar el control del Gobierno y emplear sus armas para destruir la organización paramilitar que los comunistas tenían organizada para establecer en Chile, con la complicidad del derrocado Mandatario y sus seguidores, la tiranía de los jefes del partido, en nombre de la "Dictadura del Proletariado".

Capítulo II

ANÁLISIS DE LA LEY DE DEFENSA DE LA DEMOCRACIA

En apretada síntesis daremos a conocer los fundamentos y principales disposiciones de orden público y sindical establecidos en la ley.

Objetivo fundamental de la ley:

Conservar el régimen democrático y constitucional de la República.

Medios para obtenerlo:

1.º Prohibir la existencia u organización de cualquier entidad, ya sea de carácter político o no, que propugne finalidades contrarias a los principios democráticos de la vida civil chilena;

2.º Privar de derechos políticos a los que pertenezcan a tales organizaciones o propugnen la implantación de sistemas totalitarios o regímenes antidemocráticos;

3.º Impedir a los mismos que se introduzcan en la administración pública, los servicios municipales o cualquiera de los organismos del Estado, y

4.º Rodear de las debidas protecciones de orden legal el funcionamiento de las actividades industriales de carácter vital cuya paralización importe peligro sustantivo para la economía nacional.

Sus finalidades

Primera - Evitar que los enemigos de la libertad se aprovechen de ella para establecer un régimen totalitario, como existe en actual vigencia en Rusia y sus satélites, donde los ciudadanos carecen de libertad de opinión, de palabra o por escrito, y de reunirse para tratar sobre temas civiles o religiosos. Donde tampoco es admisible el derecho de huelga; donde asimismo no pueden sindicalizarse libremente ni elegir ni cambiar empleo, ni ausentarse de él; no pueden viajar, y donde el sufragio

universal es reemplazado por la despótica voluntad del partido único, a través de los jefes del Kremlin. La democracia auténtica no puede amparar a sabidas a organizaciones que se alzan para propugnar su destrucción.

Como lo ha dicho con agudo acierto un pensador francés, "la libertad debe ser para todos, menos para los enemigos declarados de la libertad".

Segunda - Asegurar el orden público, mejorando las disposiciones de la Ley de Seguridad del Estado.

Las nuevas disposiciones que se agregan a la ley, sin coartar las libertades públicas garantizadas por la Constitución, impiden hacer uso de ella en forma de atentar contra la propia libertad, o sea, regulando el derecho de reunión para que éste no pueda ejercerse con objeto de concertar conspiraciones o incitaciones a la revuelta, como también el de asociación para organizar entidades contrarias por sus finalidades a los verdaderos principios democráticos, propugnando la implantación de regímenes de tiranía conculcatorios de los derechos naturales de las minorías o de la persona humana; como igualmente para que no pueda atentarse contra los intereses básicos de la economía nacional, produciendo la paralización de industrias vitales para el país.

Tercera - Privar a los elementos antidemocráticos de los derechos políticos, a fin de que su acción no interfiera en el desarrollo económico y social de la Nación.

Con este objetivo se consultan disposiciones que impiden a estos elementos inscribirse en los Registros Electorales y Municipales, sancionando la perpetración de los delitos contra la Seguridad Interior del Estado, a más de las penas correspondientes, con la cancelación de las respectivas inscripciones electorales.

Se priva a estos elementos del derecho de elegir y de ser elegidos para cargos de representación popular, para cuyo efecto se introducen las correspondientes modificaciones en las leyes generales sobre inscripciones electorales, elecciones y organización y atribuciones de Municipalidades.

Completan tales disposiciones las incluidas en los artículos transitorios, las que constituyen, en realidad, las medidas de mayor envergadura que contiene el proyecto, para asegurar en forma efectiva la conso-

lidación del sistema republicano y democrático representativo establecido por la Constitución del país.

En efecto, por la primera de ellas *se dispone, sin más trámite, la cancelación de la inscripción registrada de los Partidos Comunista de Chile y Progresista Nacional*; y por la segunda, se faculta al Director del Registro Electoral para cancelar de los Registros Electorales o Municipales a "los actuales miembros del Partido Comunista de Chile y de las asociaciones, entidades, partidos, facciones o movimientos cuya existencia prohíbe la Ley de Seguridad Interior del Estado".

Cuarta - Eliminar de la administración pública, Municipios y organismos estatales fiscales, semifiscales, de administración autónoma o independientes, a elementos que pertenezcan a entidades u organizaciones prohibidas por la ley, los cuales, prevaleciéndose de sus cargos, concierten su acción con la de aquellos que desde el exterior propugnan la implantación de la dictadura del proletariado o regímenes similares de tiranía, atentatorios contra los principios subjetivos inalienables de la persona humana.

Quinta - Asegurar el funcionamiento ininterrumpido de las industrias fundamentales para la economía nacional.

Impedir cualquier acuerdo o planteamiento de sabotaje, empleo del "trabajo lento" o de actos que tengan por objeto alterar el desarrollo de las actividades productoras del país, o que puedan perturbar la economía nacional o los servicios de utilidad pública. Asimismo, se sancionan los paros y huelgas ilegales que puedan alterar el orden público, perturbar servicios de utilidad pública o causar daños a las industrias antedichas.

Se prohíbe, además, tanto la suspensión de labores como la realización de huelgas en los servicios fiscales, municipales o en organismos estatales, como también en las empresas e instituciones particulares que tengan a su cargo servicios de utilidad pública. Con respecto a estas últimas, debe establecerse el procedimiento de arbitraje obligatorio, a fin de proveer a la solución de sus diferendos económicos.

Al estructurar este proyecto, el Ejecutivo tuvo especial cuidado de que sus disposiciones no lesionaran las legítimas conquistas sociales de las clases trabajadoras.

Por eso fue que me vi obligado a vetar aquellas disposiciones aprobadas por el H. Congreso que implicaban un retroceso de orden social, involucrando para determinado sector de la población un verdadero perjuicio, lo que era contrario a los sentimientos democráticos del país.

Consecuente con estos propósitos, exigí una detenida revisión de proyecto aprobado por el H. Congreso, en la cual yo intervine personalmente.

De este modo se le restaron al proyecto todas las disposiciones que importaban restricciones a los legítimos derechos sociales que las leyes vigentes conceden a nuestras clases trabajadoras. Las observaciones fueron aprobadas por el Parlamento, quedando a salvo los derechos y garantías de que dispone hoy la clase laboral.

Sin embargo, quienes impugnaban la Ley de Defensa de la Democracia sostuvieron que ella haría imposible el ejercicio del derecho de huelga y la organización sindical.

En el Mensaje leído en el Congreso Nacional el 21 de mayo de 1949 di respuesta, rebatiéndola con cifras, a la falsa y tendenciosa crítica.

Dije en esa oportunidad:

Se sostuvo por quienes impugnaban la Ley de Defensa de la Democracia que ella haría imposible el ejercicio por los obreros del derecho de huelga. Para que vuestras señorías os impongáis de la inexactitud de esta afirmación, deseo recordaros que en mi Mensaje del año pasado os dije que las huelgas legales producidas en 1947, esto es, cuando el Partido Comunista mantenía todo su imperio, alcanzaron a 27. En el año pasado, el número de huelgas legales fue de 20, lo que está demostrando en forma indiscutible que no ha sido abrogado este derecho.

Finalmente, quienes sostenían que la Ley de Defensa de la Democracia iba a impedir la organización sindical, encontraron la prueba de su error al saber que en el año de que os doy cuenta se constituyeron 88 nuevos sindicatos.

Tuvo razón el Jefe del Estado al sostener ante el Parlamento la necesidad y conveniencia de dictar la Ley de Defensa de la Democracia, y vuestras señorías estuvieron en lo justo, interpretando el pensamiento nacional, al prestarle vuestra aprobación.

Sometida la Ley de Defensa de la Democracia al alto dictamen de la Excma. Corte Suprema, y afirmada su constitucionalidad, en la cual ni el

Ejecutivo ni el Parlamento tuvieron dudas, el Presidente de la República desea expresar en esta ocasión solemne que ella constituye un paso más en la purificación de nuestra democracia.

Comprendo que sus disposiciones tienden sólo a garantizar la tranquilidad social y la defensa de nuestro sistema republicano. Os aseguro que en su aplicación no me inspiraré sino en estos principios.

EN PUTSCH

COMUNISTA EN BOGOTÁ Y

LOS ACUERDOS DE LA

CONFERENCIA Y SU

SOLIDARIDAD CON CHILE

Decimasexta Parte

EL "PUTSCH"
COMUNISTA EN BOGOTÁ Y
LOS ACUERDOS DE LA
CONFERENCIA Y SU
SOLIDARIDAD CON CHILE

LOS COMUNISTAS A PUNTO
DE PARALIZAR LA IX CONFERENCIA
PANAMERICANA CON EL ASALTO AL
CENTRO DE BOGOTÁ.
EL PRESIDENTE OSPINA PEREZ LOGRA
SOFOCAR LA REVUELTA

El 30 de marzo de 1948 se reunió en Bogotá la IX Conferencia Panamericana, figurando el problema de la amenaza comunista como tema principal de la convocatoria.

Para presidir la delegación chilena designé al ilustre Rector de la Universidad de Chile, Juvenal Hernández, quien llevaba la misión de revelar a los pueblos de América la traicionera actitud del Partido Comunista frente a mi Gobierno.

No tuvo tiempo el señor Hernández de dar a conocer su misión, porque, coincidiendo con lo sucedido en Chile, el 1.º de abril de 1948 los comunistas desataron en Bogotá, asiento de la Conferencia, un criminal *putsch*, lanzando a las masas fanatizadas a las calles de la capital, con el propósito de apoderarse de la ciudad. El asalto tomó como pretexto la muerte de Jorge Eliecer Gaytán, jefe del Partido Liberal, quien había sido cobardemente asesinado.

Las turbas cometieron toda clase de desmanes, destruyeron los comercios, saquearon las casas y atacaron y mataron a mansalva, creando un caos que conmovería profundamente al país y a América.

Los delegados a la Conferencia debieron ocultarse o pedir protección a los cuarteles ante la inseguridad y el desorden que amenazaban sus vidas.

El Presidente de Colombia, señor Ospina Pérez, que fue sorprendido por este criminal atentado, entregó a las Fuerzas Armadas la defensa de la ciudad, quienes, después de un duro y cruento enfrentamiento, que costó más de cuatrocientos muertos y miles de heridos, lograron sofocar la rebelión.

El Presidente colombiano hizo responsables de estos tumultuosos

sucesos a los comunistas, que procuraban con esta asonada hacer fracasar la reunión, cuyo tema principal era precisamente adoptar acuerdos en contra de ellos.

Mientras tanto, la Conferencia se interrumpió y Chile ofreció su traslado a las ciudades de Viña del Mar o Santiago, para que ésta siguiera funcionando, en caso de que se hiciera imposible su continuación.

Felizmente, el Presidente Ospina Pérez logró dominar la situación y organizó un nuevo Gabinete de Unidad Nacional, cuyo primer acuerdo fue romper relaciones con la Unión Soviética, lo que se hizo el mismo día, al comprobarse que agentes soviéticos y de los países eslavos dirigían el alzamiento que había encabezado el Partido Comunista.

Después de algunos días se reanudó la Conferencia, y Chile, Brasil y Estados Unidos presentaron un proyecto de defensa continental, a fin de evitar la utilización en América de los Partidos Comunistas para los planes de la Unión Soviética.

Juvenal Hernández, al defender el proyecto, anunció que el Gobierno de Chile había presentado al Congreso Nacional un Proyecto de Ley de Defensa de la Democracia, por el cual se marginaba al Partido Comunista como organización dentro de nuestra democracia.

La Conferencia de Bogotá aprobó, por la unanimidad de todos los países del continente, una enérgica resolución anticomunista, cuyo texto reproducimos:

La Declaración de Bogotá

Por su naturaleza antidemocrática y su tendencia intervencionista, la acción política del comunismo internacional, o cualquier totalitarismo, es incompatible con la concepción de libertad americana, la cual descansa en dos postulados: la dignidad del hombre como persona y la soberanía de la Nación como Estado.

Reiteran la fe que los pueblos del Nuevo Mundo tienen depositada en el ideal y realidad de la democracia, al amparo de cuyo régimen se ha alcanzado la justicia social, ofreciendo a todos oportunidades cada día más amplias para gozar de los bienes espirituales y materiales que constituyen la garantía de la civilización y el patrimonio de la Humanidad.

Condenan, en nombre del Derecho de Gentes, la injerencia de cualquier potencia extranjera o de cualquier organización política que sirva los

intereses de una potencia extranjera en la vida pública de las naciones del continente americano, y RESUELVEN:

1.º Reafirmar su decisión de mantener y estimular una efectiva política social y económica, destinada a elevar el nivel de vida de sus pueblos, y su convicción de que sólo en un régimen fundado en la garantía de las libertades y derechos esenciales de la persona humana, es posible alcanzar ese objetivo.

2.º Condenar los métodos de todo sistema que tienda a suprimir los derechos y libertades políticas y civiles, y en particular *la acción comunista internacional, o de cualquier totalitarismo.*

3.º *Adoptar dentro de sus territorios respectivos, y de acuerdo con sus preceptos constitucionales, las medidas necesarias para impedir y desarraigar las actividades dirigidas, asistidas o instigadas por Gobiernos, organizaciones o individuos extranjeros que tiendan a subvertir por la violencia sus instituciones; a fomentar desorden en su vida política; intentar o impedir por la presión de la propaganda subversiva, o en cualquier otra forma, el derecho libre y soberano de sus pueblos para ordenarse a sí mismos, de acuerdo con sus aspiraciones democráticas.*

4.º Proceder a un amplio intercambio de comunicaciones acerca de las mencionadas actividades que se desarrollen en sus respectivas jurisdicciones.

Esta trascendental resolución de la Conferencia de Bogotá, aprobada por la unanimidad de todas las naciones americanas, es la justificación más categórica y honrosa para Chile de su inflexible lucha por defenderse del comunismo internacional. Constituye además una significativa coincidencia la resolución tercera, que impulsa a los Estados americanos a dictar leyes y disposiciones que, como la Ley de Defensa de la Democracia, “sirvan para impedir y desarraigar las actividades dirigidas, asistidas o instigadas por Gobiernos, organizaciones o individuos extranjeros que tiendan a subvertir por la violencia sus instituciones...”

La Conferencia de Bogotá dio a Chile, a su Gobierno y a sus instituciones democráticas, a través de estos acuerdos, un espaldarazo que nos enorgullece.

Nuestros delegados tuvieron una brillante actuación y concitaron la atención de la Conferencia, por representar a la primera nación americana que sufrió la agresión soviética.

La delegación estaba compuesta por su presidente, Juvenal Hernández J.; por el eminente hombre público e internacionalista Ernesto Barros Jarpa; por el ex Ministro de Relaciones Exteriores y destacado parlamentario José Ramón Gutiérrez; por Julio Barrenechea, nuestro Embajador en Colombia; por el ex Ministro de Estado Gaspar Mora Sotomayor; por Walter Müller, prestigioso economista; por mi amigo y distinguido marino el Almirante Danilo Bassi, y por Enrique Bernstein, de larga y brillante carrera diplomática.

Todos ellos merecen nuestro recuerdo agradecido.

LA FRANCMASONERIA INTERVIENE
EN EL DEBATE SOBRE LA LEY
DE DEFENSA DE LA DEMOCRACIA.
CARTAS CAMBIADAS ENTRE EL
SERENISIMO GRAN MAESTRO Y EL
PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

Mientras el Proyecto de Ley de Defensa de la Democracia era debatido en el Congreso Nacional, la Orden Masónica, a pedido mío, me hizo llegar una carta del Serenísimo Gran Maestro, Orestes Froedden, en que me daba a conocer la inquietud que había provocado el proyecto de ley en el seno de la institución para la estabilidad de la Orden, y el juicio adverso a algunas de sus disposiciones.

El 25 de junio de 1948 di respuesta a la fraternal y filosófica invocación del Gran Maestro, manteniendo con firmeza mi posición de Jefe de Estado, en una hora que era de decisiones irrevocables para organizar la defensa de nuestras instituciones republicanas y poder derrotar la con-fabulación mundial en que estaba empeñado el comunismo internacional en contra de las democracias.

(Las cartas cambiadas se reproducen en su texto íntegro y aparecen en el Apéndice de estas Memorias.)

Sin embargo, creo de interés reproducir en estas páginas los pasajes más importantes de mi carta-respuesta, porque de su contexto queda en evidencia la inflexible e intransigente posición de no retroceder en mi decisión de abatir el comunismo, no obstante las reservas doctrinarias de la Alta Jerarquía filosófica y moral de la Francmasonería, universalista, fraternal y humanitaria.

*Comienzo por agradecer el tenor de la carta que me fue
enviada por mi propia iniciativa:*

Al Serenísimo Gran Maestro e Ilustre Hermano Orestes Froedden, en este Oriente.

Serenísimo Gran Maestro:

Debo empezar por agradeceros muy sinceramente la solicitud y presteza con que habéis tenido a bien satisfacer mi petición, dándome a conocer en ordenado resumen los antecedentes que, en la intimidad de nuestros templos, han servido de base a muchos Hermanos para considerar que algunas de las disposiciones del Proyecto de Ley de Defensa de la Democracia—que en estos momentos se discute en el Congreso Nacional, a instancias de mi Gobierno—contienen contraposiciones con fundamentales principios masónicos y pueden llegar a ser, si alcanzan la aprobación parlamentaria, inconvenientes y peligrosas para la vida institucional de nuestro país y la estabilidad de la Orden que nos alberga en su seno.

*No obstante las observaciones que se me formulan,
considero que la Ley
no vulnera los bien entendidos principios
de la Orden:*

En primer término, debo expresaros que no puedo sino concordar, de la manera más amplia y solidaria, con todas las ideas y declaraciones contenidas en lo que puede denominarse preámbulo de vuestra nota, en que habéis considerado necesario recordar, en apretada síntesis, los principios esenciales de la Francmasonería, en especial los que dicen relación con los conceptos de política y democracia; la lucha tenaz y secular mantenida por ella, en la esfera mundial, en defensa de dichos principios; la incompatibilidad de tales principios con los que propugnan los Gobiernos de tipo totalitario y, por último, las obligaciones y deberes que gravitan sobre todos sus afiliados de trabajar incansablemente, sin medir sacrificios, por la implantación de dichos principios, para que la Humanidad pueda alcanzar los más altos planos del bienestar material y moral.

Puedo, todavía, deciros más. Tales ideas y principios son como la tierra nutricia de mis raíces espirituales y han llegado a constituir mi razón de ser y de existir. Si alguna satisfacción grande me ha proporcionado la vida, al permitirme escalar la más alta cima del mando político de mi país, ésa es, a no dudarlo, la de poder llevar a la realidad, en la medida que mis condiciones personales y las difíciles circunstancias en que me ha tocado gobernar me lo permiten, esas ideas y esos principios.

Nadie podría, con probidad y fundamento, señalar uno solo de mis actos de Gobernante que se aparte un ápice de las líneas espirituales y morales que la Orden señala para la acción pública a sus afiliados.

Ahora bien, si existe, como lo declaro, tan absoluta identidad, en lo que a pensamiento y acción se refiere, entre la Orden y yo, cabe preguntar, ¿de dónde surge la antinomia para juzgar el proyecto de ley citado entre muchos Hermanos y el Presidente de la República?

*Expreso que existe diferencia entre el ideal y la realidad
de Gobernante:*

Por subjetiva honradez y por la fidelidad que debo a la Orden, debo manifestaros, con la mayor franqueza, que esta diversidad de criterio para la apreciación del proyecto de ley citado no tiene, a mi juicio, sino una causa determinante: la de que mis Hermanos, movidos por ese impulso idealizante que nuestra Orden da a todos los espíritus que se forman en sus Columnas, han estudiado el problema en lo que pudiéramos llamar un plano abstracto, en el plano de las ideas puras, con prescindencia de lo que en política jamás se puede prescindir: de los hechos y los acontecimientos, sean éstos fortuitos o provocados deliberadamente por un hombre o un grupo de hombres. Mis Hermanos actúan en la intimidad de nuestros Talleres, adonde llegan, como Vos lo habéis dicho, muy atenuadas las voces de la barricada partidista; por tanto, pueden permitirse la satisfacción de llegar siempre a conclusiones ideales, ya que esas conclusiones no están destinadas a ser aplicadas a la realidad de la vida nacional, sino a poner fin, de la manera más perfecta posible, a discusiones y controversias de carácter puramente académico.

En cambio yo, Serenísimo Hermano, como rector político del país, no puedo considerar los conflictos que a diario se me presentan, ni menos darles solución, en el plano superior, despegado de la realidad circunstante en que lo hacen mis Hermanos, sino en el plano abrupto, erizado de dificultades y azotado por fuerzas contrarias, y a veces inconciliables de la política partidista, del cual ningún gobernante democrático, por genial o poderoso que sea, puede desentenderse.

De ahí que, por la acción inevitable de las circunstancias políticas, económicas y sociales, esencialmente mudables, yo no puedo sino en contadas ocasiones dar a los problemas nacionales la solución que más me satisface. Las más de las veces debo conformarme con soluciones parciales o defectuosas, que dejan insatisfecho mi espíritu de político y francmasón, pero que, desgraciadamente, son las únicas que permiten

las circunstancias del momento y los elementos políticos en juego. Este drama lo han vivido y viven todos los gobernantes democráticos del mundo, y lo vivo yo, en forma más dramática todavía, desde mi primer minuto de Presidente, por la anarquía que reina, no sólo en la vida de relación de los partidos políticos entre sí, sino también en la vida interna de cada partido político, particularmente considerado.

Por mucho que se piense e investigue, no podrá encontrarse otra razón que explique el diferente criterio con que mis Hermanos y yo apreciamos el proyecto de ley de que se trata.

Intentaré demostrarlo.

Luego describo la actuación del Partido Comunista desde que llegué al Poder:

Llegado al Poder procuré, por todos los medios a mi alcance, reagrupar a las fuerzas de izquierda en un haz ordenado y fuerte, a fin de organizar un Gobierno progresista, del tipo que preconiza la Orden, vale decir, democrático y vanguardista. No lo conseguí. Fue más fuerte que mi masónico deseo el odio que en todo el mundo ha separado violentamente al socialismo democrático del socialismo totalitario, y que en nuestro país ha abierto un abismo entre el Partido Socialista y el Partido Comunista.

La formación de mi primer Gabinete, con participación de Ministros comunistas, constituye una buena prueba de espíritu amplio, tolerante y fraternal, dispuesto a buscar y a aceptar colaboraciones de todas las tendencias políticas, aunque en doctrina fuesen antidemocráticas, si en su actuación dentro de nuestro campo político se ceñían a las normas constitucionales y legales.

Es triste para mí decir que la acción que el Partido Comunista realizó desde el Gobierno, por medio de sus Ministros, *no correspondió a la confianza que le dispensé. Digo que es triste, porque su acción disolvente importó una verdadera traición al deber que tenían de colaborar conmigo en la solución de los más urgentes problemas nacionales. Incorporados al Gabinete, en las Carteras de Obras Públicas, Agricultura y Tierras, sólo se preocuparon de llenar, en cuanto les fue posible, los cuadros de la administración pública con militantes comunistas, instruidos para realizar simultáneamente una acción proselitista y una acción desquiciadora del orden público.*

Después de referirme a la labor proselitista y desquiciadora desarrollada por los Ministros de Obras Públicas, Agricultura y Tierras, digo:

Los dirigentes comunistas se condujeron peor, si cabe. En efecto, mientras por un lado obtenían del Gobierno todos los beneficios que podían, por otro llevaban a efecto las más diversas actividades tendientes a alterar el orden necesario para el desarrollo de un régimen democrático. *Podría citar numerosos casos en que el Gobierno, en Consejo de Gabinete, adoptó resoluciones de bien público con el voto favorable de los tres Ministros comunistas, lo cual no era óbice para que al día siguiente esas resoluciones fueran objeto de las más violentas y demoleadoras críticas en los diarios que el comunismo tiene en distintas zonas del país, como asimismo en los centenares de reuniones, grandes y pequeñas, que sus núcleos celebran cotidianamente en las ciudades, en los villorios y en los campos.*

En este párrafo explico la labor de penetración del comunismo en las Fuerzas Armadas:

De acuerdo con el mismo plan, el Partido Comunista ha hecho constantes esfuerzos para introducir en las filas de las Fuerzas Armadas y de Carabineros el mayor número de adeptos. A la Juventud Comunista le está reservado un rol especial en esta actividad revolucionaria. En efecto, los jóvenes comunistas que, de conformidad con la ley respectiva, son llamados a la conscripción militar, reciben una preparación previa de su partido, a fin de que durante el año que deben permanecer acuartelados lleven a cabo no sólo una incansable labor proselitista entre los demás conscriptos, sino muy principalmente un estudio de los cuarteles, de los armamentos y municiones de que éstos están dotados y de la manera de llegar a disponer de ellos si llega a producirse el evento revolucionario que preparan. Como es natural, las autoridades militares han debido extremar su cuidado para prevenir que esta obra de traición a la Patria pueda dar sus nocivos frutos. Debo agregar que en muchas oportunidades las autoridades de las Fuerzas Armadas y de Carabineros han debido dar de baja a soldados y suboficiales a quienes se les ha logrado comprobar en forma irrefragable, por medio de pacientes y prolijas investigaciones, que eran militantes activos del Partido Comunista.

En suma, lo único que preocupó a los Ministros y dirigentes fue introducir conflictos, desórdenes y perturbaciones en todas las activida-

des productoras, como asimismo tomar posiciones útiles a sus designios revolucionarios en los servicios públicos, en las organizaciones particulares y aun en las Fuerzas Armadas, con los fines ya manifestados.

Y agregó más adelante:

De lo dicho podréis inferir, Serenísimo Hermano, que no se trataba ya de la difusión de ideas, de la divulgación de una doctrina política o filosófica, ni de la propaganda de nuevos postulados económicos, que ningún francmasón puede condenar, aunque sean de contenido revolucionario, sino de hechos prohibidos por la ley. Se había pasado, por tanto, a pesar de que el comunismo compartía aparentemente responsabilidades de Gobierno, del plano de la prédica revolucionaria, tolerada por tantos años, en virtud de nuestra idiosincrasia democrática, a la subversión del orden público, a la comisión de hechos punibles, a lo que en lenguaje comunista se denomina "acción directa".

¿Podía el Presidente de la República *tolerar impasiblemente esta relajación del poder público, llevada a efecto desde el mismo Gobierno por individuos que hacían mal uso de la confianza depositada en ellos?* Sostengo que no.

¿No creaban estas demasías comunistas *un estado de anarquía que, de seguir en curso ascendente, nos llevaría en corto plazo a la eliminación gradual de los principios democráticos y a su sustitución por normas de carácter totalitario, en favor exclusivo de la corriente antidemocrática y en desmedro de todas las corrientes genuinamente democráticas?* Afirmo que sí.

Al referirme al retiro del Gobierno del Partido Comunista, digo:

Por eso puse fin a la participación del Partido Comunista en mi Gobierno, *no sin haber intentado previamente, en innumerables ocasiones, aunque sin fortuna, que cambiara de rumbo, que desoyera las consignas del exterior y se concretara a servir con fidelidad el interés nacional.*

Ahora bien, producido el retiro del Partido Comunista del Gobierno por las razones ya dadas, su actitud se hizo más altanera, insolente y temeraria.

De inmediato pude comprobar que aumentó, en forma desmedida, la virulencia en los conflictos del trabajo.

Entre otros casos cito el siguiente:

No quiero hacer el recuento de las innumerables tropelías cometidas por los huelguistas en esa oportunidad; sólo deseo recordar que la tarde del día 12 de junio de 1947 tales huelguistas llevaron a efecto en la Alameda Bernardo O'Higgins, en una barriada obrera, un asalto a mano armada a los microbuses que, contrariando sus instrucciones y amparados por la libertad de trabajo que garantizaba el Gobierno, salían a prestar sus servicios a la población. En este asalto perdieron la vida tres personas y resultaron numerosos heridos graves. Los antecedentes recogidos por el Servicio de Investigaciones y por la autoridad judicial me demostraron que este hecho de sangre, en que fueron víctimas obreros que después de terminado su trabajo regresaban pacíficamente a sus hogares, había sido fríamente organizado por los dirigentes del Partido Comunista.

Más adelante explico los motivos que me llevaron a tomar esta grave determinación:

Comprenderéis, Serenísimo Hermano, como comprenderán todos mis demás Hermanos, que mis más elementales deberes de Gobernante no me permitían seguir contemporizando con el Partido Comunista, frente a hechos de esta naturaleza. Reitero que ya no eran ideas las que manifestaban sus militantes, sino delitos los que cometían a lo largo de toda la República, con una frecuencia que demostraba que obedecían a un plan que desarrollaban sistemáticamente. *Me di cuenta de que estábamos en los comienzos de una acción típicamente revolucionaria de gran envergadura, que atentaba con inusitada violencia contra nuestra inerme organización democrática.*

Medité serenamente sobre estos hechos. No pude dejar de relacionarlos con la situación internacional que en esos momentos vivía el mundo. El conflicto latente entre las potencias occidentales y Rusia pasaba por uno de sus instantes más críticos. En vez de la ansiada paz, que nuestra Orden proclama como el más alto y permanente de los fines humanos, una guerra sorda, llamada Guerra Fría –¡pero guerra al fin!–, se desencadenaba. Interesaba en esa hora, como interesa hoy a Rusia, poder tener el control de la economía de los países que en cualquier forma puedan contribuir al equipamiento bélico de los Estados Unidos. Chile estaba en esa encrucijada. Varios de nuestros productos esenciales –salitre, cobre, carbón,

hierro— iban a ser indispensables a las potencias occidentales en cualquier emergencia guerrera.

Llegué, entonces, a la conclusión de que la acción revolucionaria que el Partido Comunista realizaba en Chile, desde hacía algunos meses, no era de inspiración local, sino de inspiración extranjera. Lo que el comunismo chileno llevaba a efecto en contra de nuestra organización democrática no era sino parte de un vasto programa concebido por el totalitarismo ruso, que realizaban simultáneamente en el mundo entero todos los núcleos comunistas. No dudé que el comunismo chileno, tras la serie ya realizada de huelgas locales, organizaba una huelga general revolucionaria destinada a subvertir en definitiva el orden público. Los antecedentes reunidos, provenientes de todo el país, me señalaron que esta huelga debía empezar en las minas de carbón de Lota y Coronel, la que traería como consecuencia inmediata e inevitable la paralización de los Ferrocarriles del Estado, de todas las industrias y de las empresas de electricidad y gas.

Al referirme al carácter de las diferentes huelgas organizadas en el país por el Partido Comunista, afirmo:

Era, Serenísimo Hermano, la huelga de ocupación, que hacía muchos años no se practicaba en Chile, vale decir, la más temible de las huelgas. Frente a esta actitud de violenta rebelión, que si se hubiera prolongado habría traído a corto plazo la paralización total de las actividades industriales, de transportes y de comunicaciones del país, decreté la zona de emergencia y la ocupación militar de la zona carbonífera. Esto desconcertó a los dirigentes comunistas, que no esperaban medidas tan rápidas y enérgicas, y trajo, como consecuencia, el restablecimiento del orden. La normalización de las faenas tardó algunos días en conseguirse; pero, mientras tanto, gracias a un plan de racionamiento bien estudiado, se satisficieron las necesidades del país con las exiguas cantidades de carbón que extraían los pocos mineros que volvieron al trabajo en los primeros días y la reserva de carbón que se tuvo la previsión de adquirir en el extranjero.

Puedo decir, con profundo orgullo, *que en todas estas operaciones no se produjo una sola víctima. No hubo muertos ni heridos. No hubo siquiera necesidad, por el cuidado con que se organizó la represión de la huelga, de emplear la violencia con ninguna persona.*

Sólo de esta manera pudo ser aplastada la huelga revolucionaria de la

zona del carbón, para impedir que el Partido Comunista tomase el control general e impusiese a Chile la dura y tiránica ley que hoy hace gemir a varios países de Europa, que no supieron defenderse a tiempo.

También creo oportuno explicar la intervención extranjera:

Es útil, Serenísimo Gran Maestro, que también se sepa que entre los antecedentes recogidos por el Gobierno en la zona del carbón aparecieron algunos que me demostraron de manera inconcusa la intervención que en los conflictos del trabajo y en la política del Partido Comunista tenían los representantes de algunas naciones extranjeras, como la Unión Soviética, Yugoslavia y Checoslovaquia.

Hice detener a uno de los miembros de la Embajada de Yugoslavia en Buenos Aires, en misión especial no de su Gobierno ante el nuestro, sino del Partido Comunista yugoeslavo ante sus camaradas chilenos. En su poder se encontraron documentos que probaban sobradamente que estaba sirviendo de agente de la política internacional comunista para su aplicación en nuestro país. En efecto, en poder del señor Jakasa se encontró un amplio informe político y económico sobre la situación general de Chile. Se encontraron, además, varios documentos que denunciaban la intervención de los diplomáticos yugoeslavos en nuestra política interna.

Procedí a hacer poner a esos funcionarios en la frontera. Y Yugoslavia, en vez de pedir la explicación a que tenía derecho por este acto de mi Gobierno, resolvió cortar relaciones con nuestro país.

Otros documentos que el Gobierno pudo obtener sobre esta misma materia me hicieron ver que la Misión diplomática de Checoslovaquia acreditada ante La Moneda desarrollaba idénticas actividades.

Es mi deber recordar que, en esos momentos, no existía entre nosotros ningún otro antecedente sobre la situación internacional de Checoslovaquia. Nadie imaginaba que en la gran democracia checa se estaba viviendo la más terrible de las tragedias. Los documentos que obraban en mi poder, que he hecho entregar al Consejo de las Naciones Unidas, demostraban que miembros del Gobierno checoslovaco, a espaldas del Presidente Benes y del Canciller Masaryk, estaban actuando de consuno con el de Moscú en una acción de carácter revolucionario en nuestro país.

En la fecha en que adopté esta resolución, se encontraba reunida la Asamblea General de las Naciones Unidas. El Presidente de la delegación de Checoslovaquia, señor Masaryk, manifestó a uno de nuestros delega-

dos su sorpresa y pesadumbre por la actitud de Chile. ¡Nadie, ni el propio Masaryk, pudo imaginarse que más tarde iba a pagar con su vida la confianza que había depositado en los miembros comunistas del Gobierno checo!

La intervención de los diplomáticos checos, de consuno con los de Rusia y Yugoslavia, en una acción política de alcance mundial, era evidente.

Por eso, cuando se produjo el derrumbe de la democracia checoeslovaca, cuando la vida del propio Masaryk terminó en forma trágica y misteriosa, creí de mi deber hacer que *la delegación chilena levantara su voz en el seno de las Naciones Unidas y llevara este caso al Consejo de Seguridad, aportando los antecedentes que aquí habíamos reunido.*

Es historia demasiado fresca la de los días que hoy vive Checoeslovaquia. *La democracia allí no existe; ha sido eliminada brutalmente. Fuera del Partido Comunista, ningún otro tiene derecho a existir. Y algo igualmente grave: la Orden ha sido prohibida y se les ha negado el derecho de reunión a todos sus Talleres.*

En cuanto a la finalidad de la ley, le manifiesto:

Os pido excusas, Serenísimo Gran Maestro, por la larga exposición de hechos precedentes. La he considerado indispensable para que tanto Vos como mis demás Hermanos puedan juzgar con claridad y conocimiento de causa mi actitud frente al Partido Comunista.

Creo haberos demostrado que me he visto obligado, por la conducta contumaz de dicho Partido y por los peligrosos acontecimientos que ha desencadenado, a buscar nuevas armas para la defensa eficaz de nuestro régimen político tan seriamente amenazado. Como soy demócrata probado, he pedido al Congreso Nacional las armas legales que nos hacen falta para que esa defensa pueda ser efectiva en los días turbulentos y oscuros que sobrevienen: ayer, las Facultades Extraordinarias, que me han permitido restablecer el orden y mantener transitoriamente las libertades públicas; hoy, la Ley de Defensa de la Democracia, que ha dado origen a vuestra nota.

La finalidad esencial de esta ley es poner fin a las actividades de carácter revolucionario que persiguen el derrumbe del régimen jurídico establecido por nuestra Carta Fundamental, y encaminadas, por consiguiente, a obtener la abolición de las libertades de que disfrutamos, que constituyen la razón de existir de una democracia.

Con esta ley no se persigue, en modo alguno, la proscripción de ideas, como han dado en sostener en el Senado algunos sedicentes campeones de la democracia que hace muy poco tiempo demostraron que carecían de escrúpulos para instaurar regímenes de fuerza.

Tampoco es efectivo que sea un proyecto de ley antiobrera. No contiene una sola disposición tendiente a aminorar las conquistas sociales y económicas de nuestro pueblo, consagradas en la legislación del trabajo. Nadie tiene derecho para suponer siquiera que una ley propuesta por mi Gobierno pueda tener finalidad tan menguada. A mis instancias, el Ministro del Trabajo ha concurrido al Senado a desmentir categóricamente este cargo especioso y falso con que se quiere restar popularidad y prestigio a esta iniciativa de mi Gobierno. Sólo los obreros comunistas, que son minoría dentro de nuestro proletariado, pueden estar en contra de este proyecto de ley, y no porque tengan el convencimiento de que sea lesivo para sus derechos e intereses, sino porque su desmedrado papel en esta materia es sólo el ser ecos e instrumentos irresponsables de sus dirigentes. Al presente, nadie ignora que algunas disposiciones que le fueron agregadas en la Cámara de Diputados, con objeto de alterar, suprimir o modificar preceptos legales del Código del Trabajo, han sido retiradas a petición del Gobierno, que no desea que el proyecto de ley sea desnaturalizado en forma alguna.

Sobre la supresión de los derechos electorales de los afiliados comunistas, afirmo:

Lo dicho me lleva a pensar que incurren en una manifiesta inconsecuencia los Hermanos que se inquietan por la pérdida de los derechos electorales de un grupo político cuyos principios son la negación de los principios de nuestra Orden; de un grupo político que ha demostrado con hechos, a través de todo el mundo, que se vale de la libertad para el solo efecto de alcanzar el Poder y ahogarla enseguida bajo el peso de la más abyecta tiranía; de un grupo político y revolucionario, en fin, que dondequiera que ha triunfado ha hecho de nuestra Orden su primera víctima. No compartiré, por tanto, su romántica inquietud.

Como Presidente de Chile, Serenísimo Gran Maestro, pesa sobre mí un deber fundamental, imperioso, ineludible: mantener el régimen democrático establecido por nuestra Constitución Política.

Ahora bien, dadas las circunstancias creadas por la acción demoledora

del Partido Comunista, en cumplimiento de consignas del comunismo internacional, estimo que las facultades que me otorga la legislación en vigencia son insuficientes para la adecuada defensa de dicho régimen. Por eso he recabado del Congreso Nacional la aprobación del proyecto de ley que ha originado nuestro cambio de ideas. Todas las meditaciones a que me ha conducido vuestra nota, en vez de atenuar estas convicciones, las han robustecido.

En esta virtud, Serenísimo Gran Maestro, cumplo con el duro deber de manifestaros que esta iniciativa de mi Gobierno la mantendré sin alteración, seguro de que con ella defiendiendo no sólo los intereses de mi país, no sólo los derechos que los hombres libres tienen en una democracia, sino también el derecho inalienable a sus pensamientos y a sus ideas, en suma, lo que constituye la sustancia de la personalidad humana.

Por último, me refiero a los acuerdos de la Conferencia de Bogotá:

Me mueve a ello, además, un compromiso contraído por mi país en la Conferencia de Bogotá, hace días solamente, y respecto de la cual os spongo ampliamente informado. En dicha Conferencia, la delegación chilena, por disposición mía, votó favorablemente algunos acuerdos que, en sus partes sustanciales, "reiteran la fe que los pueblos del Nuevo Mundo tienen depositada en el ideal y en la realidad de la democracia, al amparo de cuyo régimen ha de alcanzarse la justicia social, ofreciendo a todos oportunidades, cada vez más amplias, para gozar de los bienes espirituales y materiales que constituyan la garantía de la civilización y el patrimonio de la Humanidad"; en segundo término, "condenan los métodos de todos los sistemas que tiendan a suprimir los derechos y libertades políticos y civiles, y, en particular, la acción del comunismo internacional o de cualquier totalitarismo", y, por último, "establecen el compromiso de que las naciones concurrentes puedan adoptar dentro de sus territorios respectivos, de acuerdo con sus preceptos constitucionales, las medidas necesarias para impedir y desarraigar actividades dirigidas, asistidas o instigadas por Gobiernos, organizaciones, individuos extranjeros que tiendan a subvertir por la violencia sus instituciones, a fomentar el desorden de su vida política interna o a menoscabar por presión, propaganda subversiva, amenazas o cualquier otra forma el derecho libre y soberano de sus pueblos para gobernarse a sí mismos, de acuerdo con sus inspiraciones democráticas".

Y termino declarando que en mi doble condición de francmasón y Jefe de Estado, he decidido privarme de practicar la tolerancia y el trato fraternal con el comunismo:

En obediencia a los nobilísimos principios de la Orden y siguiendo el natural impulso de mi propio espíritu, siempre he estado dispuesto, como el que más, a practicar la tolerancia, el respeto y la bondad con mis semejantes, a disculpar sus errores y a no considerar a nadie mi enemigo; pero hoy, en cumplimiento de mis supremos deberes de Gobernante, debo privar de ese trato fraternal y generoso a los miembros de un partido político que, con violación de todos los cánones legales y morales que rigen a las naciones de nuestra civilización occidental, pretende obtener el control de nuestra economía, imponer su voluntad sobre los organismos directivos del Estado, destruir nuestro régimen democrático y aniquilar nuestros mejores atributos de hombres dignos y libres.

Quiera el Grande Arquitecto del Universo que mis palabras, dictadas por el más puro amor a mi Patria y a la democracia, encuentren eco propicio en Vos y en vuestra Obediencia.

Salud, Fuerza, Unión.

Muy fraternalmente vuestro,

GABRIEL GONZÁLEZ VIDELA, Presidente de la República de Chile.

Decimaséptima Parte

OFENSIVA ANTICOMUNISTA
EN EL CARBÓN, EN EL
SALITRE
Y EL COBRE

GIRA DE INFORMACION Y
CONVENCIMIENTO POR LAS PROVIN-
CIAS DEL SALITRE Y DEL COBRE

El 15 de agosto de 1948 inicié una gira de información y de convencimiento por la zona del salitre y del cobre, en las provincias de Tarapacá y Antofagasta. Aterricé en el aeropuerto de Tocopilla, para dirigirme directamente al muelle del puerto, donde debía embarcarme en el transporte *Presidente Errázuriz*, con destino a Arica.

El día 17 de agosto llegué a Arica, donde fui objeto de una brillante recepción.

El Mercurio, en su edición de 18 de agosto, relató así la acogida:

La manifestación popular que se tributó al Primer Mandatario constituyó una verdadera apoteosis.

Mientras el inmenso público avivaba calurosamente al Presidente, la bocina de las bombas y las campanas de la ciudad atronaban el aire y los aviones de la Fuerza Aérea y civiles daban desde lo alto la bienvenida al ilustre viajero.

Desde el Hotel Pacífico, en uno de sus balcones, presencié el desfile de las Fuerzas Armadas, organizaciones obreras, sociales, deportivas, escolares y del pueblo en general, en una magna demostración de cariñosa adhesión al Jefe del Estado.

Terminado el desfile, le dirigí la palabra al pueblo de Arica, para decirle que venía a imponerme en el terreno de las necesidades de la ciudad, como, igualmente, a darles cuenta, como corresponde a un Mandatario democrático, del motivo de mi ruptura con el Partido Comunista y el porqué de la dictación de la Ley de Defensa de la Democracia.

En un escueto resumen, les enumeré todas las actividades sediciosas del comunismo en el carbón, en el cobre y en el salitre, a punto de paralizar totalmente el país, y sus contactos con las Embajadas y agentes de los países de detrás de la Cortina de Hierro; su acción ejercida contra los obreros en los sindicatos que controlaban, todo lo que confi-

guraba un cuadro bien elocuente de que el Partido Comunista es un ejército al servicio de una patria que no es la suya: la Rusia soviética.

En los pasajes más violentos contra el marxismo-leninismo, como también al final de mi exposición, el pueblo irrumpió en calurosa y prolongada salva de aplausos, que era la demostración más espontánea y fehaciente de adhesión a mi política antimarxista.

El día 18 de agosto arribé a Iquique y fui recibido por las autoridades civiles, militares y religiosas.

Reproduzco el relato que hizo *El Mercurio* el 19 de agosto, a través de su corresponsal en Iquique, para apreciar cuál era el clima que existía en provincias después de la ruptura del Gobierno con el Partido Comunista:

El verdadero calor emocional con que el pueblo de Iquique lo saludaba vino a conocerlo cuando el automóvil en que viajaba llega a la plazuela del muelle de pasajeros.

Primeramente se levantaba un imponente arco de triunfo con la consiguiente leyenda. En ese mismo instante las locomotoras del longitudinal atronaban el espacio con sus pitazos continuos.

Una verdadera lluvia de flores cayó sobre el auto presidencial en todo su recorrido.

Cuando apareció en los balcones de la Municipalidad, una cerrada ovación, que se prolongó por espacio de uno o dos minutos, dio al Presidente el agrado de comprobar el aprecio caluroso que espontáneamente se le brindaba en Iquique.

Desde los balcones de la Municipalidad presencié el desfile de las Fuerzas Armadas, sociedades de obreros, deportistas y colegios.

A la una de la tarde partí con mi comitiva rumbo a las tierras que habían sido dominadas por el comunismo: las Oficinas Salitreras.

En la Oficina Pedro de Valdivia

Visitamos primero la Oficina Salitrera Pedro de Valdivia, donde arribamos a las cuatro de la tarde.

Al llegar a la plaza de ese mineral, que estaba repleta de obreros y familiares, recibí una cariñosa recepción.

Es de importancia para la Historia reproducir hoy lo que recogía la prensa de esa época sobre el repudio manifestado por la clase obrera a

los que fueron sus amos en el salitre, los comunistas, y la espontánea y entusiasta adhesión que prestara al Presidente de la República en su visita a esas tierras.

El Mercurio del 20 de agosto de 1948 relató el recibimiento con las siguientes palabras:

Con una entusiasta recepción fue recibido el Jefe del Estado, exteriorizando especialmente su regocijo los obreros y vecinos de esta Oficina, los que lo avivaban entusiastamente.

El presidente del sindicato obrero del mineral, Manuel Icaza, lo invitó a nombre de los obreros a concurrir al teatro de la localidad, para que dirigiera la palabra a los trabajadores.

Este dirigente ofreció conducirme en automóvil, pero yo preferí ir a pie para tomar contacto personal con los obreros, y sin escolta ni Edecanes, sin ninguna protección, me mezclé en medio de la inmensa masa que se puso en marcha hacia el teatro.

Mientras tanto, Carabineros e Investigaciones, como mis propios Edecanes, pasaron angustiosos momentos, sin poder penetrar en el mar humano que me rodeaba, temiendo un atentado de cualquier fanático.

Yo también pensé en ese riesgo, pero era tan sincero el afecto demostrado por los obreros y sus mujeres, tan espontáneos sus agradecimientos por haberlos liberado de la checa marxista, que desapareció en mí todo recelo y seguí eufórico con ellos varias cuadras hasta llegar al recinto.

En el teatro expliqué a los trabajadores que nadie mejor que ellos conocían los procedimientos de los comunistas para tiranizar a los obreros, y cómo abusaron del poder que yo les confiara, creyendo en su lealtad, y que ellos utilizaron exclusivamente para reclutar adeptos a su partido, bajo pena de ser perseguido y hasta asesinado aquel que se oponía a sus designios.

—Por eso la Ley de Defensa de la Democracia —les recalqué— dejó al margen de la legalidad a esos tiranuelos de la clase obrera, que antes que a Chile obedecen y están entregados a los designios de una potencia extranjera.

La reacción de la clase obrera fue instantánea; todos se pusieron de pie y recibí una prolongada ovación con vítores y gritos: “¡No afloje, Presidente!”

En la Oficina María Elena

Seguimos viaje a la Oficina María Elena, donde me tenían preparados grandes homenajes y varios arcos de triunfo; uno de ellos, levantado en el recinto de la plaza, enmarcaba la tribuna construida para que desde allí hablara el Presidente.

En María Elena, tal como ocurrió en Pedro de Valdivia, fueron los sindicatos, a través de sus directivas, quienes me dieron la bienvenida. Hablaron los presidentes de los empleados y obreros. En una corta improvisación, agradecí conmovido el apoyo y la simpatía que los trabajadores del salitre me prodigaban por haberlos liberado de la persecución comunista.

Repetí a los obreros de María Elena los mismos o parecidos conceptos de mi improvisación en Pedro de Valdivia, recibiendo idénticas demostraciones de adhesión.

Era reconfortante ir comprobando de oficina en oficina salitrera la unanimidad del sentimiento obrero para apreciar y agradecer mi esfuerzo por liberar al país del enemigo del pueblo de Chile, a quien engañaba y oprimía, disfrazándose para dar la sensación de ser el único protector de su liberación y bienestar.

Mi llegada al mineral de Chuquicamata

En el mineral de Chuquicamata fui recibido por el General Guillermo Aldana, el juez de letras de Calama, el Comandante del Regimiento, el presidente del sindicato de empleados, Héctor Díaz; el presidente de los sindicatos obreros, Pedro Madariaga, y una inmensa multitud de trabajadores, familiares y vecinos del mineral.

Los presidentes de ambos sindicatos me dieron la bienvenida, expresando el agradecimiento de los mineros por haber sido liberados de la majadera y torturante concientización a que se había hallado sujeta la clase obrera, especialmente cuando los comunistas estaban en el Gobierno, sufriendo de ellos toda clase de vejámenes y persecuciones.

Al final de mi exposición les expresé con calor que, para mí, la mejor prueba y justificación de la ruptura con el Partido Comunista y la Ley de Defensa de la Democracia eran las valientes y doloridas palabras escuchadas a los dirigentes obreros, cuando denunciaban los atro-

pellos y persecuciones que habían sufrido, porque ella era la voz de la conciencia de las víctimas del marxismo-leninismo.

Esta declaración arrancó prolongados aplausos.

La recepción en Antofagasta

Para demostrar en forma documentada que el Partido Comunista no contó en toda esta gira, ni en ningún otro momento, con aliados o voces que salieran en su defensa, y, por el contrario, la clase obrera del Norte se volcó hacia el Jefe del Estado para demostrarle su adhesión, hemos apelado a lo que en esa época se escribió en la prensa, y para ello hemos elegido *El Mercurio*, por su prestigio de decano y por la ponderación que pone en la noticia.

Creemos que su relato (aparecido en la edición del 21 de agosto de 1948, con grandes titulares) de la extraordinaria recepción que recibí en el puerto de Antofagasta es la máxima prueba de que Chile repudiaba y repudiará siempre la sombra del amo moscovita.

TODO EL PUEBLO DE ANTOFAGASTA DEMOSTRÓ SU ADHESIÓN Y SIMPATÍA
AL PRIMER MANDATARIO.

EL RECIBIMIENTO ALCANZÓ GRANDES CARACTERES. COMO JAMÁS HABÍA
PRESENCIADO LA CIUDAD.

Antofagasta recibió triunfalmente al Presidente de la República. Es éste el recibimiento más grandioso que se ha hecho a un Presidente de Chile, el que alcanzó grandes proporciones desde su entrada a la ciudad.

Inmediatamente S.E. el Presidente de la República encabezó una caravana de automóviles que inició el viaje a la ciudad, en cuya entrada se había erigido una tribuna, en la que estaba esperando el Alcalde, Juan de Dios Carmona, quien le dio la bienvenida a nombre del pueblo de Antofagasta.

En su discurso, el señor Carmona dijo:

“Me complace recibiros en este sitio, en medio de estas viviendas de pobre aspecto exterior, pero bajo cuyos techos se cobijan hombres que con esfuerzo han hecho posible la vida de esta zona.”

Terminado el discurso del Alcalde, la comitiva siguió viaje hacia el

centro de la ciudad, en medio del clamor de las repetidas manifestaciones de adhesión, de los vivas y las atronadoras salvas de aplausos.

Frente a los balcones de la Intendencia se había apostado un público que parecía un mar humano.

El Presidente, las autoridades locales, Ministros de Estado, presenciaron enseguida un importante desfile de las Fuerzas Armadas, marinería de la Escuadra Activa; instituciones gremiales, políticas, escuelas, colegios y pueblo.

A continuación el Presidente improvisó un brillante discurso, refiriéndose especialmente a la Ley de Defensa de la Democracia, asumiendo personalmente toda la responsabilidad histórica de su dictación en favor de la clase obrera, para liberarla de las garras de los comunistas. Aseguró que todos los derechos, todas las conquistas sociales, fueron mantenidos. En el fondo, se trata de impedir que el comunismo nuevamente se adueñe de las directivas de los sindicatos, del poder municipal, que lo utilizan para el beneficio exclusivo del partido.

Recalcó enfáticamente: "Yo, señores, tengo los pantalones bien amarrados, y, mientras yo gobierne, los comunistas estarán paralizados, y ustedes, trabajadores, gozarán de plena libertad sindical y de todos los derechos sociales que les garantiza la ley".

Atronadores aplausos saludaron las últimas palabras del Presidente de la República.

Después de dar cumplimiento a un laborioso programa de festejos, concurrí a una reunión de la Municipalidad, donde fui declarado "Hijo Ilustre de la ciudad"; de ahí me trasladé a la Casa Radical, en una corta visita, y, enseguida, alcancé a la Intendencia, donde se sirvió una comida íntima con miembros de las Fuerzas Armadas.

Terminada la comida, concurrí al local del Club Inglés, para asistir a un baile de gala que la sociedad de Antofagasta me ofrecía como demostración de adhesión y simpatía.

En esta recepción, que fue concurridísima, y donde los antofagastinos echaron la casa por la ventana, ocurrió un acontecimiento inusitado debido a una pintoresca coincidencia.

Jamás he ocultado mi debilidad por la música y el baile, y, por lo tanto, nada podía ser más agradable para mí que esta recepción organizada en mi honor, donde a la belleza de las damas y su elegancia se unían conjuntos orquestados, concedores de mis gustos, llevados especialmente de Santiago.

Siguiendo el protocolo que yo mismo había impuesto en esta clase de actos sociales, me dediqué primero a sacar a bailar a las señoras de las altas autoridades civiles, judiciales y militares, y después a todas, absolutamente a todas, las damas dispuestas a acompañarme. Fueron dos o tres horas continuas de baile, sin parar, y sin que sintiera el menor cansancio.

Debo advertir que no bebo ni fumo y talvez esta circunstancia era la que permitía mi resistencia en el baile.

Cuando al final no quedaban más de dos o tres damas a quienes sacar a bailar, se me acercó un caballero extranjero, muy bien plantado, y con mucha cortesía, mostrándome a una señora de imponente figura, reclinada en el marco de uno de los salones, me pidió que la invitara a bailar.

Yo había ubicado desde el comienzo a esta dama, que sobresalía del ambiente, y la había borrado de la lista, porque, no obstante su airosa presencia, su altura y contornos eran tan desproporcionados con mi baja estatura, que habríamos hecho la pareja más ridícula de la noche, y yo cuidaba mi imagen de Presidente, inclusive cuando bailaba. Seguramente dicha dama danzando con un gigantón se habría lucido.

Como el señor insistiera con majadería y no oyera razones, en un arrebató de fastidio le dije:

—¡No insista, señor, no voy a bailar con la señora; yo no bailo con la “Estatua de la Libertad”...!

—Gracias, señor —me replicó—: ¡La señora es mi esposa...!

—Señor, cuando uno comete un desaguisado como éste, no hay otra explicación que decir la verdad. Observe cómo están los fotógrafos a la pesca de “tomas” indiscretas. Mi fotografía, bailando con su señora, aparecerá mañana en la prensa, exhibiéndome por la desproporción, en forma risible, y yo no puedo exponer mi investidura a tales excesos. Perdóneme usted, porque no he tenido la intención de ofenderlo y mucho menos a su señora.

El señor terminó aceptando mis excusas.

No sé qué explicación daría el marido a la señora que fue la sacrificada de la noche para salvar la imagen presidencial. ¿Vanidad, temor al ridículo, o simplemente celo de autoridad?

De regreso al hotel, le conté a mi yerno José Claro, que me acompa-

ñaba en la comitiva como secretario privado, el percance poco protocolar en que me vi envuelto, cuando sonó el teléfono de Santiago.

Era mi hija Rosita, que, impuesta por la prensa del anunciado baile, inquiría de su marido informaciones de si había bailado mucho...

Pepe, con muy buen humor, le dijo:

—Sólo he bailado los “protocolares”, ayudando a tu papá...

*“Mi viaje al Norte constituyó un nuevo
y rotundo fracaso para el Partido Comunista”,
dijo S.E. a “El Mercurio”*

Tomo de *El Mercurio* del 22 de agosto de 1948 lo siguiente:

Tuvimos anoche oportunidad de conversar con el Primer Mandatario sobre los resultados alcanzados en su gira a la zona norte del país. S.E. comenzó diciéndonos que los resultados habían superado todas las expectativas, tanto por las entusiastas manifestaciones que se le tributaron, especialmente por elementos obreros, en todas las regiones visitadas, como por la magnífica comprensión de los sectores de la producción.

Recalcó con todo énfasis que este viaje a las provincias de Tarapacá y Antofagasta, más que una exteriorización de simpatías hacia el Gobierno, constituía un rotundo y nuevo fracaso del Partido Comunista, que mediante panfletos y consignas instó a los obreros a sabotear esta gira, no acompañándole, ya que el pueblo y especialmente la masa laboriosa del cobre y del salitre exteriorizaron su adhesión al Jefe del Estado.

LA OFENSIVA ANTICOMUNISTA
LA DIRIJO HACIA EL SUR.
VISITA A CONCEPCION,
LOTA Y SCHWAGER

La visita a Concepción y a la zona carbonífera, un año después de haber sido ocupada militarmente y decretado el traslado a Pisagua de los dirigentes comunistas, fue todo un éxito, repitiéndose las calurosas demostraciones de apoyo al Presidente de la República recibidas en la zona del salitre y del cobre.

En la gran recepción popular que se realizara en la Plaza de Armas de la capital penquista, dirigí la palabra a un multitudinario público. Afirmé que sólo bajo el signo de la democracia podríamos vivir en paz y seguridad en nuestro continente. Denuncié que en América existía una conspiración en marcha, instigada por el Partido Comunista, en híbrido contubernio con fuerzas nazistas.

Al día siguiente, a pesar de haber recibido las autoridades anónimos en que se me amenazaba de muerte si iba a la zona del carbón, visité los minerales de Lota y Schwager, donde recibí una calurosa adhesión de miles de mineros. Esta acogida me impresionó en tal forma, que, desligándome de la comitiva oficial, de mi escolta y de la compañía de mi Edecán, Comandante Calderón, y del propio Director de Investigaciones, Luis Brun, sorpresivamente me mezclé entre una doble fila de mineros, con quienes departí cordialmente, y escuché a varias mujeres, quienes me pidieron con lágrimas que liberara a sus maridos. Accedí a estos ruegos con el compromiso que se fueran a trabajar las tierras del Sur, que el Estado les entregaría con todos los elementos agrícolas necesarios para cultivarlas. Al llegar a Santiago cumplí mi promesa, dictando un decreto por el cual liberé a cuarenta mineros de Lota y a cuatro de Schwager, que estaban en Pisagua, teniendo en cuenta la buena conducta observada por éstos, con la condición de que abandonarían la zona y se dedicarían al cultivo de las tierras que el Estado se

comprometía a proporcionarles junto con créditos, semillas y herramientas.

Los obreros celebraron y aplaudieron mi gesto de unirme a ellos, separándome de la comitiva oficial, y se reían de los esfuerzos que hacían los miembros de mi escolta para acercarse y penetrar en el mar humano que me rodeaba. Me acompañaron así varias cuadradas hasta la plaza.

En la plaza de Lota se reunió una multitud impresionante por su magnitud y entusiasmo, como se comprueba con las fotografías publicadas por todos los diarios de Santiago y de la zona el día 19 de diciembre de 1948, que son documentos irrefutables del aislamiento y orfandad en que quedó el comunismo en la zona del carbón, después de la intervención militar y dictación de la Ley de Defensa de la Democracia.

En mi discurso declaré a los obreros en forma terminante: "No dejaré, mientras yo gobierne, que los comunistas resurjan para imponer de nuevo su criminal tiranía en el carbón. ¡Los comunistas no pasarán!", declaraciones que fueron recibidas con estrepitosos aplausos y con gritos de "muera el comunismo".

La visita a esa zona fue tan sorprendente, que el diario *La Patria* de Concepción, el 18 de diciembre de 1948, hizo el siguiente comentario editorial para señalar la diferencia entre mi visita del año anterior y la actual:

La visita que el Presidente de la República hizo a los centros mineros de Lota y Coronel tiene una trascendencia que conviene destacar nítidamente ante la opinión pública de todo el país.

Nosotros asistimos hace un año al recorrido que S.E. practicara a las mismas poblaciones, cuando el imperio rojo manifestaba toda su odiosa maraña. Dijimos que los mineros habían escuchado la palabra patriótica del Primer Mandatario de la República sin emoción.

Desde aquella fecha hasta ayer, la patriótica labor de los gobernantes, la prédica constante acerca de la mañosa finalidad perseguida por el comunismo internacional, ha estado presente día a día para conseguir que esas masas obreras vuelvan a los cauces que señala el patriotismo. Y en verdad resulta una impresionante y risueña realidad comprobar cómo el esfuerzo y la resolución que la prensa de esa zona venía pidiendo para terminar con la obra extranjerizante de los comunistas ha rendido frutos

más que óptimos. Puesta esa determinación de hacer frente al peligro en las manos de un hombre decidido y valiente, del cuño del Excelentísimo señor Gabriel González Videla, los resultados halagadores a que nos referimos no se han hecho esperar. Los mineros que ayer recibieron al Presidente de la República, los mineros que escucharon atentamente las palabras del Primer Magistrado de la Nación, no tienen el espíritu refractario de aquellos que conocimos hace un año. Los que vimos ayer son honrados y patriotas trabajadores que están dispuestos a comprender: son hombres con el espíritu liberado de las cargas que imponía la tiranía de unos pocos dirigentes que postergaban el interés de Chile para dar paso al de una nación extranjera.

Los aplausos pueden ser anhelados por los políticos; resultan necesarios a los gobernantes a veces; pero los que ayer escuchó el Presidente González Videla de sus auditores van a resonar no sólo en sus oídos, sino que en el alma de Chile. Nos atreveríamos a decir que la continuación del plan de realizaciones que se ha propuesto el Gobierno para mejorar las condiciones de vida en la zona del carbón terminarán a corto plazo con todo residuo comunista y hasta con la posibilidad de que allí sea pronunciada alguna frase perturbadora.

Produce honda y patriótica satisfacción llegar a comprobaciones tan valiosas. Produce honda y patriótica satisfacción comprobar cómo un gobernante ha podido devolver al puro espíritu de Chile lo que se había transformado en un núcleo peligroso para la tranquilidad de lo que más amamos los chilenos: nuestra Patria.

VISITA AL MINERAL DE SEWELL.(1)
UNA AVALANCHA DE NIEVE,
QUE PUDO SER FATAL, NOS
OBLIGA A PERNOCTAR EN PLENA
CORDILLERA

Los dirigentes de los sindicatos de "El Teniente" y los de Sewell me pidieron hiciera una visita al mineral, especialmente a Sewell, donde un grupo de activistas rojos trataba de sembrar la cizaña y provocar la división entre los sindicatos libres.

Un domingo del mes de junio de 1948, en pleno invierno, me dirigí en automóvil a esa zona, acompañado por mi apreciado amigo Alberto Baltra, Ministro de Economía, y mis Edecanes señores Rafael Calderón, Comandante de Marina, y Santiago Robles, Coronel de Ejército, y varios funcionarios del Trabajo.

En Rancagua fuimos recibidos por el gerente de operaciones, Mr. Frank Turton, un simpático y gigante norteamericano que había empezado su carrera en la Compañía como simple obrero.

Mr. Turton me informó que en la cordillera se había desencadenado una tempestad de nieve y que el tiempo se mostraba muy amenazante, por lo que se permitía aconsejarnos que postergásemos el viaje.

El General Ducaud, Jefe de la Plaza, y el Comandante de Carabineros señor Pazols coincidieron en que eran atendibles las reservas de Mr. Turton, pero me informaron a la vez que en Sewell estaba todo preparado, y había mucho entusiasmo en los obreros por recibirnos y por escuchar mi palabra.

El Comandante de Carabineros me agregó que los comunistas habían desarrollado una activa propaganda para hacer fracasar la manifestación en el teatro, asegurando que el Presidente no tendría "pana" para arriesgarse en plena nevazón a subir al mineral.

(1) *Sewell*: Mineral y campamento ubicado a 2.800 m. de altura en la cordillera de los Andes, provincia de O'Higgins.

Apreciamos la situación con Alberto Baltra y mis Edecanes y llegamos a la conclusión de que si no nos hacíamos presentes en el teatro a la hora fijada, los comunistas iban a cantar victoria, apabullando a los obreros que luchaban contra ellos. ¡No podíamos defraudarlos!

Acordamos entonces con Mr. Turton encontrarnos en la estación del ferrocarril a las diez de la mañana para tomar el convoy que debía conducirnos al mineral.

A la hora convenida, Mr. Turton nos esperaba en la estación con su equipo de ingenieros, maquinistas y cuadrillas ferroviarias para auxiliarnos en caso de accidente.

Mr. Turton se mostraba muy nervioso y no cesaba de pasarse por la frente y la cara un gran pañuelo de color para secar su transpiración.

En la cordillera la tempestad había disminuido, lo que nos decidió a partir a la conquista del bastión comunista de la mina.

El trazado de la línea del ferrocarril va por la falda de la montaña, que el tren remontaba lentamente con la ayuda del tercer riel, la "cremallera".

A través de las ventanillas del viejo y angosto vagón, Baltra y yo íbamos contemplando el abrupto paisaje cubierto por la nieve, apareciendo a cada instante Mr. Turton para darnos informaciones del tiempo. Después de dos horas de viaje sin percance alguno, llegamos a Sewell cuando nevaba con mucha intensidad.

Fuimos recibidos por los dirigentes de los sindicatos, y una multitud de obreros con sus familias nos saludaron con demostraciones de alegría y satisfacción.

Pasamos al teatro, donde me permití hacer una verdadera "autopsia" al Partido Comunista.

En mi improvisación repetí los argumentos más sencillos para la comprensión de la gente, pero, al mismo tiempo, los más impactantes para justificar mi ruptura con el Partido Comunista y la dictación de la Ley de Defensa de la Democracia.

Les hablé en un lenguaje claro, sin apresuramientos, con mucha sinceridad, para que los obreros pudieran captar mejor la perversidad del enemigo que era el marxismo-leninismo para la clase obrera.

Elevando el tono, hice la siguiente advertencia:

He venido a Sewell a compartir y escuchar a la masa obrera democrática y, además, a notificar personalmente a los comunistas, en su propia guarida, que el primero que sea sorprendido desarrollando actividad o propaganda subversiva, será trasladado a Pisagua en veinticuatro horas. No me importa que para ello me hayan obligado a cometer un acto temerario como Jefe de Estado, de subir en medio de una tempestad deshecha a tan apartada e inhóspita región cordillerana.

Los obreros, los empleados, sus mujeres e hijos, de pie, me expresaron su adhesión y afecto.

Aprovechamos una pequeña pausa en la nevazón para embarcarnos de regreso, con nuestro espíritu pleno de complacencia de no haber defraudado a miles de obreros.

Mientras tanto, Mr. Turton, con honda preocupación por los riesgos del descenso en plena tempestad de nieve, había puesto en alerta a todo el mineral.

Habría transcurrido más o menos una hora de viaje, y estaba ya obscuro, cuando con violencia fuimos arrojados de nuestros asientos por una tremenda frenada a fondo, que salvó por segundos al convoy de ser sepultado por una enorme avalancha de nieve que pasó a corta distancia de la locomotora.

El tren se desrieló, pero por fortuna las ruedas cayeron del lado del cerro, pues de lo contrario habríamos desbarrancado irremisiblemente en un abismo de más de mil metros de profundidad.

Mr. Turton, demudado, bañado de transpiración, con su gran pañuelo de color, irrumpió en el vagón para decirnos que teníamos que ponernos a salvo en el acto, caminando por la línea férrea hasta llegar a un pequeño refugio de obreros ferroviarios a dos kilómetros de distancia.

El pánico nos dominó cuando, fuera del tren y a 2.000 metros de altura, nos enfrentamos a las fuerzas desatadas de la naturaleza: cerrada nevazón, viento tempestuoso y un frío glacial con 10 grados bajo cero, al borde del abismo.

La caravana de pasajeros organizada para alcanzar el refugio la encabezaba Mr. Turton, y parecía un desfile de soldados en derrota, muertos de frío, de miedo y de cansancio.

Por fin, después de tres horas de ansiedad, llegamos a un modestísimo refugio llamado "Copado", de sólida construcción, donde se encontraban esparcidos cuatro o cinco tambores de fierro con fuego vivo para calefaccionar a los asilados y algunas bancas muy poco confortables.

Protegidos ya bajo techo, con fuego reverberante y un fuerte café hirviendo que Mr. Turton tuvo la previsión de traer, la vida pareció volver a nuestra aporreada humanidad.

Mientras tanto, el gerente de operaciones, como un robot, desafiando a la naturaleza inclemente, subía y bajaba la montaña hasta el convoy, trayendo gente y elementos para nuestra alimentación y abrigo.

Horas más tarde se me acercó como un niño que ha cometido una maldad, y muy nervioso me dijo: "Perdone, Mr. Presidente, hemos quedado bloqueados debido a que la nieve obstruyó la línea férrea y cerró el paso del tren auxiliar, que está detenido como a quince kilómetros de distancia. En consecuencia, tendremos que pernoctar en el refugio en condiciones tan reñidas con su calidad de Presidente de la República".

Le repliqué a Mr. Turton que no tuviera preocupación alguna por mí y por los miembros de mi comitiva, que estaríamos muy felices de pernoctar en ese cálido recinto de los obreros que nos había salvado la vida y que por eso nos parecía de ensueño...

Al día siguiente el tren auxiliar logró abrirse paso y llegó en ayuda nuestra, trasladándonos sanos y salvos a Rancagua.

Desde entonces, al refugio obrero de "Copado", donde pernoctó el Presidente de la República, los obreros lo llamaron "La Moneda Chica".

Después de realizar con tanto éxito mis giras por las zonas del salitre, el cobre y el carbón, no puedo ocultar en estas páginas mi íntima satisfacción de haber sido comprendido por la inmensa masa de los trabajadores, gracias a que supe auscultar oportunamente el sentir arraigado en sus conciencias libertarias: el hartazgo de la opresión comunista.

PABLO NERUDA Y SUS DIATRIBAS

Dentro de las tácticas de penetración que utiliza el marxismo en sus siniestros designios de dominar el mundo, figura el reclutamiento de personajes de significativa importancia en el ámbito del intelecto.

Amparados por el prestigio de sus nombres y de sus obras, los comunistas los aprovechan para introducir de contrabando su ideología y sus consignas políticas, que llegan así más fácilmente a las masas ávidas de cultura, atraídas por el brillo de sus creaciones artísticas.

Neruda no escapó a la telaraña del marxismo internacional, que fue poco a poco envolviéndolo en sus redes, hasta convertirlo en un instrumento de su partido, cuya política secundó con servil obsecuencia y abyecto proceder.

Este sometimiento a la causa implica un compromiso recíproco, tanto de parte del partido como del intelectual reclutado; éste se obliga a colocar su persona y sus obras para que sean utilizadas con los exclusivos fines y beneficios partidarios a cambio de dinero, promociones, canonjías y honores. La violación de este verdadero pacto de sangre es castigada con los más duros anatemas y persecuciones, que se parecen mucho a los exorcismos tribales o a las excomuniones de los dogmas religiosos.

Neruda nunca osó quebrantar estas normas. Jamás utilizó su pluma para protestar por la persecución de algún escritor o el avasallamiento de las libertades públicas detrás de la "Cortina de Hierro", ni aun en las épocas más negras de la tiranía stalinista, cuando los Partidos Comunistas de Francia, Italia y otros levantaban sus voces de protesta; en cambio, estuvo siempre dispuesto a apoyar la causa stalinista, cualquiera que fuera la situación o su postura intelectual, aunque muchas veces el poeta debió envilecerse ante el político, con desmedro evidente de su dignidad literaria.

Cuando se le otorgó el Premio Nobel a Boris Pasternak, Neruda, sin sospechar la posterior reacción soviética, declaró que ese galardón ponía fin a una ingrata discriminación que premiaba a uno de los grandes valores de la poesía universal.

Cuando después Jruschov motejó a Pasternak de "cerdo" y la Unión de Escritores Soviéticos lo suspendió como miembro de ella, Neruda inmediatamente cambió de actitud, y en declaración a la prensa de Caracas, del 20 de octubre de 1958, expresó que el *Doctor Zhivago* es una novela absurda y soporífera y que Pasternak, al aceptar el galardón, había cometido un grave atentado a su patria socialista.

De este mismo indigno doblez, llevado al paroxismo, me hizo blanco después de mi rompimiento con el Partido Comunista.

En efecto, cuando yo era candidato a la Presidencia, me consagró versos ditirámicos y entusiastas panegíricos, para después cubrirme de injurias y calumnias.

Recuerdo que en la concentración popular del Estadio Nacional, en el día de mi proclamación, leyó un empalagoso poema intitulado "El pueblo lo llama Gabriel".

A título de ejemplo, reproduzco estas dos estrofas:

*Desde la arena hasta la altura,
desde el salitre a la espesura,
el pueblo lo llama Gabriel,
con sencillez y dulzura.
Como a hermano, hermano fiel,
y entre todas las cosas puras,
no hay como este laurel:
el pueblo lo llama Gabriel!*

Más tarde, en el *Canto General de Chile*, vomitó los más soeces improperios contra mi dignidad de hombre y de Gobernante.

Mi diferendo con Neruda no tuvo el más mínimo motivo personal. Nos enfrentó solamente el concepto de lealtad para con la Patria. Para los comunistas, Rusia, la patria del marxismo-leninismo, está ante todo. Para nosotros, nuestra Patria es Chile, y como soldado juré defenderla con mi vida; juramento que después reiteré al asumir la Presidencia de la República ante el Congreso Pleno.

Al ingresar públicamente al Partido Comunista, en el año 1945, Neruda logró la mejor y más grande empresa de propaganda del mundo, al disponer de los innumerables y variados medios de comunicación y de

espionaje con que cuenta esta organización antinacional; pero también la más onerosa. Su precio es la libertad de conciencia y de crítica, que, para un intelectual, constituye el más valioso ypreciado de los dones. A pesar de ello, esto ha sido el cebo más atractivo que ofrece el marxismo-leninismo para reclutar intelectuales "devotos".

Neruda, desde ese momento, en forma oficial, porque antes lo había hecho en forma encubierta, se convirtió en portavoz del stalinismo en América y comenzó a pulsar su lira de poeta a los acordes de la Internacional Comunista.

Para congraciarse con el amo soviético y el Partido Comunista, Neruda dedica en odas y poemas los halagos y panegíricos más rastroseros en honor de Stalin.

Para muestra reproducimos la siguiente estrofa que aparece en su poema "Las uvas y el viento":

*Stalinianos. Llevamos este nombre con orgullo.
Stalinianos. Es ésta la jerarquía de nuestro tiempo.
Obreros, empleados, campesinos stalinianos,
salud en este día! No ha desaparecido la luz,
no ha desaparecido el fuego!,
sino que se acrecienta
la luz, el pan, el fuego y la esperanza
del invencible tiempo stalinista!(1)*

Posteriormente, a la muerte del tirano, cuando Jruschov execró su memoria, Neruda, sin recato ni pudor alguno, renegó de su ídolo de ayer, hizo retirar de las nuevas ediciones de sus poemas los cantos dedicados a Stalin y los reemplazó con felonía por versos como los siguientes:

*... este hombre cruel
que suprime la vida
y daba sus órdenes
desde lo alto de sus innumerables estatuas.(2)*

(1) Neruda, *Las uvas y el viento*, Nascimento, 1954.

(2) Paseiro, Ricardo: *Le mythe Neruda*, L'Hermin, París. 1964.

Su posición intelectual dependía de la política que en materia internacional adoptara la Unión Soviética y, en especial, el dictador Stalin.

Mientras los intereses de Rusia y Chile coincidieron, como sucedió mientras ambos países estuvieron unidos en su lucha contra el nazismo alemán, y en defensa de las democracias, no tuvimos problemas con Neruda, ni tampoco con el Partido Comunista; y es así como en enero de 1946, en su carácter de jefe de propaganda de mi candidatura a la Presidencia de la República, me prestó su más entusiasta e incondicional apoyo.

Ya en el Gobierno, Neruda y el Partido Comunista me solicitaron la Embajada de Chile en Francia, y como ésta estaba ya concedida, lo propuse al Senado como Embajador en Italia, pero su nombramiento fue rechazado por sus propios colegas.

Cuando comenzaron mis dificultades con los comunistas, Neruda siguió encajecido la línea de su partido, aunque ella significó atentar en contra de su propio país, mientras otros prominentes miembros de esa secta y colegas suyos en el Congreso prefirieron apartarse de ella para no actuar contra Chile.

En octubre de 1947 publicó en *El Nacional*, de Caracas, "Una carta íntima para millones de hombres", que por sus términos injuriosos para mi Gobierno, y lesivos para el prestigio de Chile en el extranjero, obligaron al Ministro del Interior a iniciarle juicio político.

El 3 de febrero de 1948 la Corte Suprema aprobó el desafuero de Neruda como senador de la República, y el día 5 del mismo mes ordenó el Tribunal su detención.

Instruí a la policía: "Buscarlo y no encontrarlo".

Esta situación dio lugar a una de las comedias más grotescas que ha forjado el comunismo: el poeta perseguido, el poeta encadenado y barbón, con fotografías a granel y esparcidas por todo el mundo; atravesando la cordillera a pie y a caballo, según afirmaba, en circunstancias que el propio diario comunista *El Siglo* publicó un reportaje al chofer que lo condujo en automóvil.

Nadie tenía interés en su detención, más aún, no se ignoraban sus pasos ni sus confortables escondites en Embajadas amigas o en residencias de altas personalidades chilenas. Habría sido una torpeza apresarlo para darle en el gusto y provocar los comentarios internacionales que le

convenían. Por último, si lo hubiesen detenido, habría recobrado su libertad en brevísimo tiempo, de acuerdo con los procedimientos legales en vigencia.

El testimonio que transcribo a continuación es doblemente significativo:

*El senador Allende se refiere en Caracas
al caso Neruda*

Caracas, 11 de febrero de 1948. —(UPI)

El senador socialista doctor Salvador Allende, en una entrevista concedida al diario *El Nacional*, desmintió que Neruda estuviese relegado en un campamento de concentración. Allende agregó: "Si esto fuera efectivo, mi calidad de senador de la República me habría impedido representar ante este Congreso Interamericano del Trabajo a un Gobierno que atropella a un senador y a su fuero parlamentario.

"El Presidente González Videla, de acuerdo con la Constitución, ha recurrido al Poder Judicial para solicitar su desafuero, y Neruda, a su vez, ha procedido a defenderse.

"Separo en este caso al poeta, que apreciamos en lo que vale, *del político militante del Partido Comunista*".

Respecto del distanciamiento entre González Videla y los comunistas, dijo:

"... *que se debía a la posición de los comunistas en política internacional y a las naturales discrepancias que surgieron cuando los comunistas actuaban dentro del Gabinete de Unión Nacional*".

En enero de 1950 Neruda asistió al Congreso Latinoamericano de Partidarios de la Paz en México, donde tuvo la impudicia de exhibir unas falsas fotografías en que aparecía disfrazado de presidiario. La verdad es que nunca fue detenido ni menos recluso en una prisión. Aun más, al término de mi período lo indulté junto con los demás reos políticos.

Es inverosímil suponer que un genio poético recurriera a tan infantiles y grotescas artimañas como las de disfrazarse con tenuta de presidiario y fotografiarse tras una reja, con barba postiza, con manos esposadas y pies encadenados con pesados grilletes.

Tan desvergonzada y calumniosa propaganda la hizo circular a través del Partido Comunista por todos los países de América.

Las Memorias de Neruda

Las Memorias de Neruda, *Confieso que he vivido*, permiten apreciar sus constantes inconsecuencias, que surgen con profusión espontánea.

Por mi parte, no habría gastado tiempo ahora, como no lo gasté antes, en preocuparme de sus ataques si éstos se hubiesen limitado a criticar o a desaprobar mi gestión gubernativa, derecho respetable que asiste a la oposición en toda auténtica democracia; pero el odio irracional que, sin motivo personal alguno, derramó en mi contra y repite en estas Memorias póstumas, pretendiendo enlodar mis costumbres y mi vida privada con infamias y vilezas inadmisibles en un ser provisto de razón y de moral, me obliga a hacerlo, contrariando mis más íntimos deseos.

Me atribuye con perversidad una vida privada licenciosa, que corresponde exactamente a la suya, como deja expresa constancia en los episodios lascivos que repetidamente se complace en narrar en sus recuerdos.

Es posible que, dada su conformación moral, considerara una licencia reprochable el haber yo formado muy joven una familia respetable y permanente, quererla y velar por ella mientras viva, en contraste con el despiadado abandono que hizo de su primera mujer y de su inválida hija, cuyo reclamo personal recibí durante la Presidencia.

Expresa que yo "estaría algo manchado de sangre". Gracias a la Ley de Defensa de la Democracia no fue necesario que las Fuerzas Armadas y Carabineros emplearan sus armas.

Los agitadores comunistas profesionales que impedían el trabajo en los minerales fueron confinados por escaso tiempo en Pisagua, que no es el sitio sórdido que describieran. Fueron tratados con consideración y estuvieron a cargo de Jefes responsables de las Fuerzas Armadas que compartían sus mismas condiciones de vida.

Durante todo mi mandato y a pesar de la beligerancia comunista, puedo declarar con profunda satisfacción de Gobernante y demócrata que no hubo una sola víctima cuyo nombre pueda señalarse y atribuirse a las autoridades.

Al terminar este capítulo sobre mis relaciones con Neruda y al contemplar su vasta obra literaria manchada de odiosidad política, se reafirma la idea de cómo el comunismo lo prostituye todo, de cómo se



Mi familia

adueña del espíritu del hombre, explota sus miserias y debilidades, domina su mente hasta convertirlo en verdadero robot humano que obedece sumiso sus más pérfidas órdenes.

¡Cuánto mejor hubiera sido la obra de Neruda, despojada de todas esas excrescencias a las que fue obligado por la ciega adhesión a una doctrina que no sentía y a una patria que no era la suya!

Su avaricia, su sibaritismo, sus afanes de gloria y figuración corrompieron al hombre y a su poesía.

¿Fue necesaria esa enajenación de sus facultades para llegar a grupas del oso soviético hasta el Premio Nobel?

Yo creo que no.

¿No lo consiguió primero, acaso, para las letras chilenas una humilde maestra de mi tierra, Gabriela Mistral, sin otras armas que colocar su prosa sencilla y directa al servicio de los niños, con sus hermosas canciones de cuna y de la Patria que la vio nacer?

El célebre pensador y genial poeta alemán Goethe, ya en el siglo XVIII, así se refería a los poetas que "venden su alma", cual nuevos Faustos, a la concupiscencia de la política:

En cuanto un poeta quiere desempeñar una acción política, se ve obligado a dedicarse a un partido, y en cuanto lo hace, se pierde como poeta. Se ve obligado a decir adiós a la libertad de su espíritu, a la serenidad de su visión de las cosas y a hundirse, en cambio, hasta las orejas el bonete de la estrechez de espíritu y el odio ciego.(1)

(1)GOETHE, citado por Ernst Erich Noth, en su obra *El hombre contra el militante*, Ediciones Ercilla, Santiago.

